

FRANK MOYA PONS

El pasado dominicano

Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

FUNDACION J. A. CARO ALVAREZ

1986



EL PASADO DOMINICANO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



FRANK MOYA PONS

EL PASADO DOMINICANO

FUNDACION J. A. CARO ALVAREZ

Santo Domingo, República Dominicana

1986



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Este libro es distribuido por el
CIRCULO DE LECTORES
DEL VOLUNTARIADO DEL MUSEO DE LAS CASAS REALES,
Casa de Bastidas,
Calle Las Damas, Santo Domingo, República Dominicana



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Diseño Portada:
Lourdes Saleme

Composición y Diagramación:
Ninón León de Saleme

Impresión:
Editora Corripio

Edición al cuidado de:
José Chez Checo

Santo Domingo
República Dominicana

Contenido

PRIMERA PARTE: LAS SINTESIS

1. Una Síntesis de la Historia Dominicana	15
2. Una Historia de la Población Dominicana	29
3. Una Historia de la Iglesia Dominicana	53
4. Una Historia de La Vega	69
5. La Primera Abolición de la Esclavitud en Santo Domingo .	87
6. España y Santo Domingo en el Siglo XIX	111
7. Haití y la República Dominicana: Otra Historia	127

SEGUNDA PARTE: LA SOCIEDAD REPUBLICANA

8. La Economía Dominicana en la Primera República . . .	147
9. Las Luchas Constitucionales en el Siglo XIX.	171
10. La Economía Dominicana y el Partido Azul	185
11. Caudillismo y Burocracia	191
12. Sobre la Oligarquía Dominicana	199

TERCERA PARTE: LA MODERNIZACION Y LAS IDEAS

13. Modernización, Industrialización y Cambios en el Siglo XX	207
14. Etnicidad, Identidad Nacional y Migración	235
15. Los Historiadores y la Percepción de la Nacionalidad . . .	253
16. Intercambio Cultural y Desarrollo	265
17. El Nuevo Liderazgo Institucional	279
18. Una Historia Reciente de la Educación Superior	289



**CUARTA PARTE:
LA ESCENA CONTEMPORANEA**

19. Las Crisis Económicas Dominicanas en el Siglo XX	307
20. La Caída de Trujillo entre Dos Crisis Económicas	321
21. Las Relaciones Económicas Domínico-Americanas	335
22. La Sociedad Dominicana Contemporánea	347
23. Raíces del Problema Dominicano	365
24. El Futuro Dominicano	379



Introducción

La idea de este libro no es mía. Es de mi buen amigo José Chez Checo, Director del Museo Nacional de Historia y Geografía, de la República Dominicana, quien durante unos dos años estuvo instándome, casi día tras día, a que recogiera en uno o en varios volúmenes los muchos cursos, clases, discursos y conferencias que he tenido que dictar en varias partes del mundo en el curso de mi carrera profesional.

Durante todo ese tiempo estuve resistiéndome a cometer este pecado de vejez que significa ver recopiladas mis obras completas pues soy todavía un hombre joven y me parecía que si algo debía yo publicar, eso no podría ser otra cosa que mis nuevos libros en los que vengo trabajando desde hace algún tiempo. En Santo Domingo se usa mucho recopilar artículos de periódicos que nunca se leyeron mucho en ediciones privadas que tampoco se leen de ninguna manera. No quería yo tampoco pecar de ese afán de perpetuación intelectual publicando cosas que dicté o escribí para ser transmitidas oralmente en seminarios, clases o conferencias y que nunca tuvieron más finalidad que la de enseñar lo que yo he ido descubriendo en el curso de mis investigaciones.

José Chez Checo se resistió a aceptar todos mis argumentos hasta que un día se me apareció en mi casa y me obligó a abrirle mis archivos para él personalmente hacer la recopilación con la intención de publicar esta obra bajo el patrocinio del Museo Nacional de Historia y Geografía. Confieso que cuando Chez Checo terminó su tarea me sentí sorprendido al descubrir cerca de un centenar de trabajos que había preparado a vuela máquina o que había dictado apresuradamente a mi secretaria años atrás para hacer frente a compromisos profesionales que exigían algún tipo de



manuscrito, y al encontrar transcripciones magnetofónicas de conferencias que fueron grabadas por mis anfitriones y que de no haberse registrado de esa manera se hubieran perdido para siempre, como se han perdido muchas otras incluyendo numerosos cursos sobre historia dominicana o del Caribe que he pronunciado tanto en la República Dominicana como en el extranjero.

También me sorprendió que la recopilación mostraba una unidad temática y una continuidad histórica que trascendía las fechas en que produje esos trabajos, a pesar de que entre el más antiguo y el más reciente habían transcurrido más de doce años. De repente, todos mis escrúpulos se disiparon y quedé entusiasmado con la publicación de este libro y de otros dos más que resultaron de la búsqueda y la organización de mis materiales gracias a la mano de José Chez Checo.

Una cosa he de advertir al lector, sin embargo, y ésta es que todo lo que aparece en esta obra está teñido de un tono oral que resulta de mi magisterio itinerante que me ha llevado a difundir la historia dominicana en numerosos escenarios académicos. Este libro no es un tratado de historia. Si tuviera que definirlo preferiría decir que este libro es más bien una continua lección de introducción a los principales problemas de la historia dominicana, tal y como eran definidos y era posible describirlos o resolverlos en la época en que me tocó hablar acerca de ellos.

También he de advertir que todos estos trabajos fueron escritos, dictados o pronunciados para responder a peticiones de audiencias muy diversas, de muy alto nivel algunas, y otras de amplia composición popular. En todos ellos traté de abrir caminos para introducir a mis oyentes en territorios históricos que hacía tiempo yo había recorrido en un largo viaje de antiguos documentos, de memorias de gente vieja y de datos estadísticos. En muchos casos, advertirá el lector, cada una de las piezas que componen esta obra no son más que esquemas generales de libros más grandes que yo hubiera querido escribir algún día, y que tal vez escriba, o que andando el tiempo encontrarán algún autor que se dedicará a explorar a fondo esos temas que yo apenas señalo como simples momentos de una más larga duración.

Si este libro fuera a tener alguna utilidad, ojalá que fuese el servir de introducción a la historia dominicana para aquéllos que andan en busca de nuevos planteamientos o de nuevos temas de investigación. Hay numerosos problemas que aguardan todavía la mano de los investigadores para quienes una enorme masa de



documentación espera desde hace siglos en los archivos nacionales y extranjeros. En esta obra yo apenas toco algunos de ellos y al hacerlo solamente estoy abriendo el camino para otros que vendrán detrás de mí y que escribirán las grandes obras.

Por razones que no voy a discutir ahora, a mí me ha tocado contribuir a preparar la transición entre la historia tradicional y la historia moderna en la República Dominicana. En esa tarea yo no he estado solo pues hay otros que también han realizado aportes significativos en la revisión de la historiografía dominicana. Cada uno lo ha hecho según su medida. Pero todavía las grandes tareas y las grandes revisiones están por realizarse pues existen numerosas áreas de la historia que apenas han sido exploradas por nuestros investigadores y hay numerosos archivos que apenas han sido explorados.

Faltando apenas catorce años para la conclusión del siglo XX es sorprendente que casi nadie haya hecho investigaciones utilizando los archivos notariales y que sólo contados estudiosos hayan hurgado en los archivos municipales de nuestras comunidades. De la misma manera, casi nadie ha explorado en la historia demográfica dominicana trabajando los muchos censos comunales y provinciales que se realizaron en el país antes de 1920. Asimismo, es casi nada lo que hemos hecho con los documentos de nuestros ministerios para reconstruir la evolución de la industria, la agricultura y la ganadería en el siglo XX, o para entender la transformación de la propiedad de tierra después de la disolución del sistema de los terrenos comuneros.

Menciono estos pocos casos, no para elaborar una agenda de investigación, que buena falta le hace a la historiografía dominicana, sino para mostrar que lo que en otras sociedades son viejos temas de los historiadores en la República Dominicana son todavía campos vírgenes que esperan nuevos exploradores desprovistos de dogmas y sin pretensiones de saber pontifical y definitivo.

A mí me gustaría ver en los próximos años libros frescos de historia dominicana, con enfoques cuantitativos, que estudien la evolución de la política económica de los gobiernos, las relaciones exteriores, los sistemas agrícolas, el campesinado, el comercio, los sectores laborales, los procesos de urbanización, los ferrocarriles, el impacto de las carreteras, la moderna industria azucarera, la introducción de nuevos cultivos comerciales, la demografía, los partidos políticos, las clases medias, las élites, la evolución de la cultura, los nuevos movimientos religiosos, las fuerzas armadas, el Estado, las



migraciones, la mujer, las ideas, las empresas, la educación, la reforma agraria, la política agropecuaria, la vida local, en fin, todo lo que hasta ahora ha estado ausente de los libros de nuestros historiadores.

Ojalá que este libro inventado por José Chez Checo estimule a los jóvenes estudiantes de nuestras escuelas y universidades a buscar en otros campos y a aventurarse en la investigación de temas que sus mismos profesores no han explorado todavía. Ojalá que aquellos que lean esta obra sin la intención de ser historiadores le dispensen la bondad de su comprensión y la acepten como lo que siempre fue, como un conjunto de lecciones de introducción al pasado dominicano.

Cosas de la vida: cuando ya este libro estaba en imprenta, la Fundación J. A. Caro Alvarez se interesó en su publicación y arregló con el Museo de Historia y Geografía la transferencia de los derechos de edición a cambio de contribuir a publicar otra obra mía de demografía histórica dominicana con el resultado de la venta de esta edición, de manera que José Chez Checo se ha salido con la suya y en vez de una obra con mis papeles, ahora va a terminar publicando dos.

La verdad es que los hermanos Danilo y J. A. Caro Ginebra y sus familiares que componen la Fundación J. A. Caro Alvarez han sido muy generosos con ese arreglo que honra muy merecidamente a su padre Don José Antonio Caro Alvarez, quien en vida fue uno de los más grandes protectores de las artes y de las letras que tuvo la República Dominicana. Don José Antonio fue un gran amigo mío a pesar de la diferencia entre nuestras edades. Tal vez por eso, por la complicidad que le proporciona al viejo saberse comprendido por el joven, o al contrario, fue por lo que nuestra amistad se mantuvo siempre inquebrantable y nos sirvió a ambos para enfocar nuevas perspectivas en la vida.

Quiero por eso dedicar este libro a la memoria de Don José Antonio Caro Alvarez, mecenas de la cultura dominicana.



PRIMERA PARTE: Las Síntesis



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



1. Una Síntesis de la Historia Dominicana

La historia colonial dominicana se inicia cuando Cristóbal Colón arribó a las costas de una isla que bautizó con el nombre de la Española, en 1492, y fundó allí el primer establecimiento europeo en el Nuevo Mundo. El experimento colonizador de España en esta isla marcó el rumbo de la colonización americana, pues durante los primeros treinta años del siglo XVI Santo Domingo, su capital, fue el principal puerto de las Indias y el lugar de llegada, estación y salida de casi todas las expediciones conquistadoras del Continente.

La experiencia dominicana de la Encomienda, de la Real Audiencia y de otras muchas instituciones se extendió a las demás tierras y se reflejó en el impulso colonizador español en el resto de América, en unos casos para evitar errores cometidos al inicio de la Conquista y, en otros, para adaptar esas instituciones a las que ya existían en el seno de las sociedades aborígenes americanas. Alonso de Ojeda, Juan Ponce de León, Pedrarias Dávila, Vasco Núñez de Balboa, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, entre otros pioneros y conquistadores, vivieron o estuvieron en Santo Domingo y allí organizaron o prepararon sus expediciones de penetración de las nuevas tierras.

Estas expediciones tuvieron un sentido más depredador que colonizador pues en sus inicios el contacto con los reinos e imperios indígenas despertó la codicia de los europeos en tal forma que el saqueo de las riquezas y la esclavitud de los indios se convirtieron en la meta principal de los conquistadores, que eran hombres empeñados en forjarse una fortuna y un nombre que les otorgaran un prestigio similar al que otros habían logrado en España en la Guerra de la Reconquista contra los moros. El indio americano fue



considerado pagano y a muchos pareció justificado esclavizarlo para ponerlo a trabajar en contra de su voluntad al servicio de los cristianos.

El impulso explotador de España en América tenía sus raíces en la enorme necesidad de metales preciosos que padecían los pueblos europeos a finales del siglo XV. Las expediciones descubridoras de Cristóbal Colón fueron los primeros esfuerzos que llevó a cabo la Corona española para buscar el acceso a nuevas fuentes de metales preciosos y especias, y puede decirse con toda propiedad que “la empresa de las Indias”, como se le llamó a la aventura colombina, fue concebida como un negocio basado en la explotación económica de las nuevas tierras que llevó a Colón y a los Reyes Católicos a asociarse para extraer la mayor cantidad de riquezas posible de la Española y de los otros territorios.

El oro se convirtió en la principal de esas riquezas pues en la Española no aparecieron las especias que los españoles querían encontrar pero, en cambio, sí aparecieron ricas minas de oro de aluvión que tan pronto como fueron descubiertas comenzaron a ser explotadas intensivamente. La mano de obra que se utilizó para laborar esas minas fue la del indio esclavizado en las encomiendas, que los españoles consideraban un recurso natural tan abundante que, al principio de la Conquista, les resultaba difícil de creer que se extinguiría.

A pesar de la abundancia de los indios, los maltratos, los trabajos forzados, el hambre, las enfermedades y los homicidios terminaron liquidando la población aborigen. Así, en 1508 sólo quedaban 60,000 indios de unos 400,000 que había quince años atrás en el momento del Descubrimiento. En 1514 apenas vivían unos 25,000 y en 1517 solamente 11,000. Tres años más tarde, en 1520, los indios que sobrevivieron al régimen de las encomiendas apenas sobrepasaban los 500, y quince años más tarde quedaron reducidos a unas pocas docenas. Como puede verse, la desaparición de la población aborigen fue rápida, como también lo fue la extinción del oro que se extrajo intensivamente durante los primeros veinte años del siglo XVI.

Al desaparecer los indios y el oro, los españoles optaron por emigrar a otras partes del Nuevo Mundo, especialmente a Cuba, a El Darién y a México y, más tarde, al Perú, llevando con ellos la experiencia explotadora y colonizadora de Santo Domingo. Sin embargo, aquellos encomenderos que se habían enriquecido con el negocio de las minas optaron por quedarse en la Isla e invertir sus



capitales en la construcción de molinos de azúcar para aprovechar los altos precios que tenía este producto en la España de esos años. Al tiempo que los últimos indios perecían, los ricos encomenderos sembraban sus tierras de caña y compraban negros esclavos a los portugueses y a los genoveses para ponerlos a trabajar en las nuevas plantaciones y en los ingenios. Así comenzó la tierra a poblarse de negros esclavos y así comenzó la economía dominicana a transformarse en la tercera década del siglo XVI.

El azúcar dominó la vida económica colonial dominicana durante unos ochenta años, y permitió la consolidación de una sociedad configurada en dos clases completamente diferentes entre sí: la de los amos y la de los esclavos. Como el sistema de plantaciones obligaba a los negros a trabajar violentamente, no tardaron en producirse las rebeliones. La primera, ocurrida en 1522, fue reprimida ahorcando a los rebeldes o friéndolos en alquitrán. Otras rebeliones siguieron durante unos quince años y llegaron a poner en peligro toda la economía colonial, pues llegó un momento, entre 1537 y 1544, que los negros cimarrones eran más que los mismos pobladores españoles de la Colonia. Sin embargo, rápidas y eficaces campañas militares lograron pacificar la Isla y los españoles pudieron imponerse sobre las grandes masas de la población esclava. Durante los siglos siguientes hubo continuos alzamientos de negros, pero en ningún momento volvieron a adquirir la importancia de los del siglo XVI.

Junto con el azúcar también se desarrolló la ganadería en el siglo XVI, y junto con la ganadería se desarrolló el contrabando con los extranjeros a quienes España prohibía comerciar en sus colonias americanas. Como España no podía atender a Santo Domingo, pues su atención se concentró en México y en el Perú, luego de la conquista de esos territorios, sus habitantes prefirieron negociar sus productos con los competidores económicos y políticos de España, que en aquella época eran los holandeses, los franceses y los ingleses. A principios del siglo XVII, entre los años 1605 y 1606, España devastó todas las tierras de las costas del norte y del oeste de la Isla y quemó sus ciudades para obligar a los vecinos a mudarse cerca de Santo Domingo, en la costa sur, e impedir que en aquellas regiones continuaran los contrabandos.

Los efectos de esas medidas se hicieron sentir a los pocos años pues, aunque el contrabando se detuvo, las zonas despobladas fueron ocupadas por los franceses, que se habían establecido antes en la hoy famosa Isla de la Tortuga. Ahí, en las tierras occidentales



de la Isla de Santo Domingo, surgió una nueva sociedad basada en la agricultura de plantación y en el uso intensivo del trabajo esclavo para cultivar productos tropicales para el mercado mundial. Esta nueva colonia francesa, que fue llamada Saint Domingue, comenzó a desarrollarse en el siglo XVII y creció tanto en el siglo XVIII que llegó a convertirse en la colonia más rica del planeta, cuyas plantaciones importaban decenas de miles de esclavos africanos cada año y exportaban millones de libras de azúcar, café, tabaco, añil y maderas hacia Europa. En Saint Domingue se creó la más singular sociedad esclavista del Nuevo Mundo.

Entretanto, la colonia española de Santo Domingo se debatía en medio de la pobreza, abandonada por España y amenazada por sus enemigos. Despoblada y miserable, no le quedó más camino que entrar en negocios con los habitantes de la parte francesa comprándoles mercancías y manufacturas, y vendiéndoles, a cambio, ganado para alimentar los cientos de miles de esclavos negros que trabajan en sus plantaciones, explotados hasta el límite, pues es sabido que el promedio de vida de un esclavo negro en los ingenios franceses no pasaba de los siete años debido al maltrato que sufrían.

Por ésta y por muchas otras razones estalló una gran rebelión de esclavos en agosto de 1791 en la colonia francesa, pues las ideas e inquietudes de la Revolución Francesa que defendían la igualdad de todos los hombres habían fermentado y se habían difundido ampliamente entre las masas trabajadoras. De esa rebelión surgió el gran líder Toussaint Louverture que logró imponer la abolición de la esclavitud e hizo frente a una larga guerra de liberación luchando simultánea o sucesivamente contra Francia, Inglaterra y España. Gracias a esta guerra pudieron los esclavos negros liberados constituir un Estado independiente el 1 de enero de 1804 cuando proclamaron la Independencia de Haití.

La colonia española, entretanto, pasó por muchas manos. Zarrandeada por los vaivenes de las pugnas internacionales fue cedida a Francia en 1795, fue invadida por los ingleses en 1796 y luego por los negros esclavos rebelados en 1801. Más tarde la ocuparon los franceses en 1802 y la invadieron los haitianos en 1805. Fue nuevamente ocupada por los ingleses en 1809 y finalmente recuperada por los españoles en este último año. Todas estas ocupaciones, contraocupaciones, guerras e invasiones terminaron arruinándola. Su ganadería se extinguió y su agricultura quedó reducida a un poco de tabaco que se cultivaba en el fértil valle del Cibao en el interior de la Isla.



España volvió a gobernarla nuevamente durante catorce años dentro de la más franca decadencia en unos momentos en que el Continente se debatía en las guerras por la Emancipación, y los movimientos independentistas de Venezuela, México y Perú exaltaban los ánimos de los criollos en América. Estimulados por el avance de los patriotas sudamericanos y por los triunfos de Simón Bolívar, a quien el presidente haitiano Alexandre Petión había proporcionado ayuda en 1816, los criollos dominicanos encabezados por José Núñez de Cáceres se organizaron para expulsar a los españoles de Santo Domingo. El día 1 de diciembre de 1821 lograron consumar un golpe de Estado que les permitió derrocar a las autoridades peninsulares. Ese día proclamaron la Independencia y crearon el nuevo Estado Independiente del Haití Español.

Como los dominicanos se sabían carentes de recursos para hacer frente a un posible ataque español, enviaron un embajador a Caracas para que se entrevistara con Bolívar y le propusiera la incorporación del nuevo Estado a la Gran Colombia que el Libertador trataba de organizar en esos momentos. La ausencia de Bolívar de Caracas impidió que se materializara esta misión y, además, los haitianos aprovecharon el vacío de poder que se produjo por la salida de los españoles e invadieron la parte del Este de la Isla, incorporando a Santo Domingo a la República de Haití el 9 de febrero de 1822.

Durante 22 años los invasores trataron de mantener a los dominicanos bajo su dominio haitianizando la población y transformando sus instituciones de origen español en otras de origen y carácter francés. El régimen militar que los haitianos impusieron a la población dominicana y los continuos despojos de tierras y propiedades terminaron creando un clima de resistencia nacionalista que dio lugar a varias conspiraciones y a un golpe de Estado independentista el 27 de febrero de 1844, que culminaron con la fundación de la República Dominicana. A partir de entonces se produjeron nuevas invasiones haitianas que fueron rechazadas gracias a la dirección militar del General Pedro Santana, y sirvieron para reforzar el espíritu patriótico que terminó conformando la nacionalidad. El inspirador de la independencia dominicana fue el joven comerciante Juan Pablo Duarte, quien desde su exilio en Venezuela y desde Curazao dirigió a los patriotas hacia la proclamación de la Independencia.

Las invasiones haitianas también crearon un sentimiento derrotista en algunos grupos conservadores del país que, temerosos



de perder sus bienes y propiedades si los haitianos ocupaban a Santo Domingo de nuevo, influyeron sobre los primeros gobiernos republicanos para que se negociara un tratado con alguna potencia extranjera que ofreciera un protectorado y, finalmente, lograron convencer a España de que anexara el territorio dominicano a la Monarquía. Esto sucedió en 1861, cuando los Estados Unidos iniciaban su Guerra de Secesión y no podían reaccionar para aplicar la ya famosa Doctrina de Monroe e impedir la vuelta de España a su antigua colonia de Santo Domingo.

La anexión de Santo Domingo a España fue recibida con gran frialdad por la mayoría de la población dominicana que se sintió traicionada por los grupos dirigentes conservadores. Al poco tiempo estalló la rebelión ya que después de cuarenta años de vida republicana —22 con Haití y 17 independientes— los dominicanos no estaban dispuestos a ser gobernados nuevamente como colonia de una potencia esclavista. Los dominicanos constituían una población principalmente de color, y temían que España restableciera la esclavitud pues en sus otras colonias de las Antillas, Cuba y Puerto Rico, los esclavos eran muy maltratados por los españoles.

Este temor inicial creció debido a diversas medidas de carácter económico y cultural que ofendían a diversos grupos sociales, y pronto los españoles y los dominicanos fueron a la guerra. El 16 de agosto de 1863 comenzó la llamada Guerra de la Restauración de la República en la cual los españoles sufrieron más de 10,000 bajas y perdieron unos 33 millones de pesos al ser derrotados por una bien dirigida guerra de guerrillas que movilizó la totalidad de la población dominicana en su contra. La Guerra de la Restauración fue una verdadera guerra popular que sirvió para consolidar aún más el sentimiento nacional. Con esta lucha los dominicanos descubrieron cuán lejos estaban entonces del antiguo pueblo de criollos españoles del que descendían.

Pero la Guerra de la Restauración dejó al país desarticulado y en manos de cientos de caciques guerrilleros que empezaron a luchar entre sí por el Poder tan pronto como los españoles salieron derrotados de la Isla en julio de 1865. Esas pugnas se tradujeron en numerosas guerras civiles que crearon un impresionante clima de inestabilidad que dio por resultado una sucesión de más de 20 gobiernos en el corto lapso de unos 14 años, entre 1865 y 1879. Esta inestabilidad político-social fue aprovechada por varios grupos de poder dentro del Gobierno de los Estados Unidos para asociarse con grupos conservadores dominicanos en una aventura



política que debía culminar con la anexión de la República Dominicana a esa potencia. En 1869 se firmó un Tratado de Anexión, entre el Presidente norteamericano Ulises Grant y el Presidente dominicano Buenaventura Báez. Ese tratado, sin embargo, fue rechazado por el Senado norteamericano en 1871 gracias a la campaña nacionalista de los exiliados dominicanos en los Estados Unidos, quienes lograron convencer a los senadores de la inmoralidad de las negociaciones.

Una importante consecuencia de la Guerra de la Restauración en el plano internacional fue el estímulo que el triunfo de los dominicanos proporcionó a los patriotas cubanos y puertorriqueños que deseaban su independencia y que ahora descubrían que era posible derrotar a España. La guerra de guerrillas dominicana sirvió de modelo a la primera gran guerra de la independencia cubana que se inició en 1868 y terminó diez años más tarde con la Paz del Zanjón. Un dominicano, llamado Máximo Gómez, fue el arquitecto militar de esta guerra que preparó el espíritu nacional cubano para la independencia al terminar el siglo XIX.

Entretanto, la República continuó su vida política independiente hasta que, a finales del siglo, las deudas contraídas por los continuos empréstitos de los gobiernos la hicieron caer en manos de varios consorcios de prestamistas europeos, al tiempo que las más fértiles tierras del sur de la Isla caían en manos de capitalistas extranjeros que empezaron a invertir en la construcción de grandes centrales azucareros. De manera que a finales del siglo XIX, esto es, en 1900, la República Dominicana estaba prácticamente arruinada, endeudada hasta el límite de su capacidad e imposibilitada de controlar las nuevas empresas que operaban el negocio del azúcar, cuya fabricación terminó convirtiéndose en la principal industria dominicana. Era tanto el poder financiero de las compañías azucareras que habían logrado imponer una política de exenciones tributarias en su favor, dejando así al país privado de los ingresos que normalmente debía recibir.

En 1899, a la muerte del tirano Ulises Heureaux, que gobernó el país continuamente durante unos 14 años, la República Dominicana volvió a ser víctima de las pugnas caudillistas y cayó bajo la amenaza de los acreedores europeos y norteamericanos que compartían su deuda externa. Estos acreedores gestionaron ante sus gobiernos para que las cuotas de esa deuda fueran pagadas bajo el influjo de la presión diplomática y militar. Como en esos momentos los Estados Unidos estaban empeñados en la construcción del



canal de Panamá y la intervención política o militar europea en el Caribe era contraria a sus intereses, el gobierno de Teodoro Roosevelt intervino directamente en la República Dominicana imponiéndole una fórmula político-financiera para consolidar la deuda con un banco norteamericano y, al mismo tiempo, para obligar a los dominicanos a aceptar el protectorado de los Estados Unidos.

Esto ocurrió entre los años de 1905 y 1907 y, a partir de ese momento, los Estados Unidos empezaron a intervenir cada día más directamente en los asuntos dominicanos hasta que se hizo evidente que los gobiernos de los años siguientes estaban imposibilitados de actuar soberanamente. La situación se agravó a partir del estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 y con la ocupación militar norteamericana en Haití en 1915. Siguiendo rumores de una supuesta amenaza alemana en aguas dominicanas y aprovechando las disensiones políticas que había en el seno del Gobierno dominicano a principios de 1916, los norteamericanos desembarcaron tropas en mayo y legalizaron la ocupación militar en Santo Domingo a partir del 29 de noviembre de ese año.

Durante ocho años el Departamento de Marina de los Estados Unidos gobernó omnímodamente la República Dominicana, sometiendo a la población a un régimen de fuerza que liquidó las revoluciones caudillistas e impuso el orden, pero que al mismo tiempo perjudicó notablemente los intereses comerciales dominicanos al imponerle al país un sistema de tarifas, en 1919, que impidió a la industria nacional desarrollarse y competir con los artículos norteamericanos que eran importados libres de impuestos. El Gobierno Militar Norteamericano desarmó a la población civil y creó una Guardia Nacional que se encargaría de velar por el orden, al tiempo que dio inicio a la construcción de carreteras que abrieron el interior del país y lo comunicaron directamente con la Capital por primera vez en su historia.

El impacto del nuevo ejército nacional y de las carreteras fue enorme pues con ellos el Gobierno Militar inició la centralización política y administrativa y la modernización del país. Las obras públicas se acrecentaron gracias al aumento de la producción en años posteriores y las revoluciones cesaron, pero al mismo tiempo la existencia de un ejército que podía actuar sin oposición militar alguna, hizo posible que en 1930 su Jefe, Rafael Trujillo, se impusiera por la fuerza sobre todas las organizaciones políticas e instalara una tiranía que fue oprobio de América durante 31 años.

Para luchar contra Trujillo los dominicanos contaron con la



generosidad de los pueblos de América y de muchos gobiernos del Caribe, cuya solidaridad política protegió a los exiliados y les proporcionó ayuda en los preparativos de varias invasiones que, aunque fracasaron, mantuvieron viva la llama de la resistencia y el espíritu de la libertad. En 1960 Trujillo atentó contra la vida del Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, quien se salvó milagrosamente y logró que la Organización de los Estados Americanos (OEA) impusiera sanciones económicas y diplomáticas a la tiranía.

Esta iniciativa venezolana, secundada por los Estados Unidos y varios gobiernos del Caribe, fue un poderoso factor demoleedor de la estabilidad de la dictadura que a partir de entonces empezó a debilitarse. El apoyo brindado por Venezuela y Cuba a los patriotas dominicanos en el exilio estimuló la formación de un frente interno de resistencia y, finalmente, el tirano fue asesinado el 30 de mayo de 1961, iniciándose luego un proceso de democratización de la vida dominicana que culminó con la desaparición del régimen y la celebración de elecciones libres en 1962, las primeras en su género en los últimos 38 años.

A partir de entonces, la República Dominicana se ha empeñado en prepararse para vivir un Estado de derecho organizado en forma democrática. El Consejo de Estado que organizó esas elecciones fue seguido por el Gobierno de Juan Bosch, derrocado en septiembre de 1963. El régimen que sustituyó a Bosch, un Triunvirato, fue expulsado del Poder en abril de 1965 por una revuelta popular que expresaba el deseo del Pueblo de volver a las formas democráticas. Las acusaciones de que este movimiento estaba controlado por los comunistas arrastraron los Estados Unidos a una nueva intervención militar que contribuyó a poner fin a la contienda civil y a la instalación de un gobierno provisional encabezado por el doctor Héctor García Godoy. Este gobierno se instaló en septiembre de 1965 y organizó nuevas elecciones en mayo de 1966 en las cuales resultó electo Joaquín Balaguer, quien se impuso durante doce años y finalmente fue sacado del Poder por el voto de la mayoría tras haber organizado elecciones libres en mayo de 1978. Estas elecciones fueron ganadas por el candidato del Partido Revolucionario Dominicano, Don Antonio Guzmán, un hacendado de larga trayectoria democrática.

En más de un sentido, el régimen de Balaguer fue una continuación de la Era de Trujillo por el centralismo político que instituyó y por el fuerte énfasis que puso en la realización de obras públicas llevadas a cabo sin planificación aparente. Sin embargo,



Balaguer respetó la libertad de prensa y algunas libertades públicas. La inversión pública masiva que llevó a cabo estimuló la economía, contribuyó a ampliar el mercado interno y enriqueció nuevos sectores de la sociedad dominicana, creciendo la emergente clase media que comenzó a formarse durante el largo dominio de Trujillo. Durante su gobierno de doce años las ciudades fueron modernizadas, principalmente Santo Domingo, aunque la agricultura continuó estancada y el país sufrió grandes déficits de productos agrícolas que compensó con importaciones de alimentos que gravaron onerosamente su balanza de pagos.

Después de doce años de ejercicio omnímodo del poder, Balaguer y sus allegados se negaron a aceptar el resultado de las elecciones celebradas el 16 de Mayo de 1978 en las cuales resultó electo abrumadoramente el candidato Antonio Guzmán, quien había sido postulado por el Partido Revolucionario Dominicano. Esa noche, y mientras todo el pueblo dominicano presenciaba el conteo general de los votos que estaba siendo transmitido por televisión a todo el país, los militares que apoyaban una nueva reelección de Balaguer se presentaron en las oficinas de la Junta Central Electoral e interrumpieron el conteo que ya mostraba a Guzmán como el seguro ganador de las elecciones. Acto seguido procedieron a confiscar y a destruir las urnas en donde estaban depositados los votos y encarcelaron a numerosos representantes de los partidos políticos.

La indignación general que se produjo a consecuencia de ese acto de fuerza no tenía paralelo en la historia dominicana. De inmediato todos los grupos organizados en el país se lanzaron a la resistencia pacífica y publicaron su protesta a través de cientos de manifiestos, comunicados y pronunciamientos en los cuales se hacía ver que la nación dominicana no aceptaría una prolongación fraudulenta del gobierno de Balaguer. Los observadores extranjeros que se encontraban en Santo Domingo representando a la Organización de los Estados Americanos (OEA), al Partido Demócrata de Estados Unidos, al Partido Acción Democrática, de Venezuela, y a la Internacional Socialista se pusieron de inmediato en movimiento y organizaron un movimiento internacional de repudio a la maniobra de Balaguer y su mafia militar. Esta vez los Estados Unidos mantuvieron firme su posición de no reconocer ningún otro gobierno que no fuera el que había obtenido la mayoría de los votos. La posición norteamericana fue inmediatamente respaldada por Venezuela y por docenas de gobiernos amigos del Partido



Revolucionario Dominicano. Balaguer tuvo finalmente que ceder y entregó el poder a Antonio Guzmán el 16 de Agosto de 1978 después de tres meses de una profunda crisis política que sirvió para mostrar una vez más que el gobierno de Balaguer había sido en más de un sentido una prolongación de la Era de Trujillo.

Guzmán comenzó, pues, su gobierno con el mayor respaldo político que gobierno alguno haya recibido jamás en la República Dominicana. Después de presenciar las numerosas maniobras que Balaguer y los militares realizaron para tratar de despojar al Partido Revolucionario Dominicano de la victoria electoral, la mayoría del pueblo dominicano le volvió la espalda a Balaguer, mientras expresaba continuamente su repudio a través de sus organizaciones cívicas. Guzmán aprovechó la impopularidad de Balaguer y sus jefes militares para desarmar desde los primeros días de su gobierno la maquinaria militar trujillista que Balaguer había reestructurado en 1966 y se había mantenido en el poder desde entonces. Esa maquinaria militar había llegado a hacerse tan exclusiva y poderosa que incluso llegó a obligar a Balaguer a destituir a su candidato a la Vicepresidencia de la República justo en las últimas semanas de la campaña electoral de 1978. Pero lo que más ofendía a los dominicanos en aquellos días era el estado de abuso permanente de los jefes militares, quienes se repartían generosamente entre ellos los contratos de obras públicas, los privilegios de nombrar a sus seguidores en la burocracia estatal, se hacían otorgar exoneraciones para importar sin pagar impuestos todos los bienes de consumo que deseaban, y se habían enriquecido lo suficiente como para convertirse en inversionistas y empresarios que competían deslealmente con los grupos tradicionales del comercio y la industria.

Los dominicanos habían votado por un cambio. Guzmán fue el candidato del cambio y toda su campaña electoral se fundamentó en ese slogan. Hasta entonces, Guzmán lucía un hombre manejable por la burocracia de su partido y se pensaba que después de quince años fuera del gobierno el Partido Revolucionario Dominicano volvería a gobernar como quiso gobernar Juan Bosch en 1963, esto es, realizando reformas sociales fundamentales. Sin embargo, muy pronto los dominicanos descubrieron que Guzmán había ido al gobierno a instalar un gobierno de familia traicionando al Partido Revolucionario Dominicano. Desde el primer día de su gestión administrativa Guzmán dejó ver muy claro que aquél era “mi gobierno”, no el del Partido Revolucionario Dominicano.

Como era lógico esperar, el Partido Revolucionario Domini-



cano se dividió y los que quedaron fuera del gobierno pasaron de inmediato a la oposición ya que Guzmán y su familia insistían, tanto en público como en privado, que su gobierno no era el gobierno del Partido. La división se ahondó mucho más cuando Guzmán empezó a trabajar para repetir lo que Trujillo y Balaguer habían hecho antes, esto es, reelegirse indefinidamente. Como para lograr la reelección Guzmán necesitaba de una maquinaria partidaria, y como el Partido Revolucionario Dominicano siempre había sido contrario a la reelección presidencial, Guzmán trató de comprar a cada uno de los líderes de medio nivel y a los activistas del Partido colocándolos en la nómina del gobierno. Aunque parezca imposible, Guzmán nombró casi ochenta mil nuevos empleados públicos antes de concluir su primer año de mandato y antes de los tres años había aumentado la nómina estatal en unos ciento ochenta mil nuevos empleados públicos.

De inmediato se hizo evidente el resultado de esta política. Los gastos corrientes del gobierno subieron vertiginosamente hasta copar casi el cien por ciento del presupuesto nacional. Los programas de obras públicas se detuvieron por falta de recursos de inversión, de la misma manera que también se detuvieron numerosos proyectos de desarrollo financiados con aportes del Banco Interamericano de Desarrollo, la Agencia para el Desarrollo Internacional y el Banco Mundial debido a que el gobierno se quedó sin fondos de contrapartida. La industria de la construcción entró en crisis y con ella el empleo de los grupos urbanos de menores ingresos. El déficit del sector público creció hasta niveles nunca vistos y para financiarlo el gobierno se vio obligado a recurrir al viejo expediente de emitir moneda sin respaldo. Al principio, Guzmán y su gobierno quisieron justificar las emisiones inorgánicas de dinero diciendo que eran para financiar la reconstrucción del país que había sido azotado severamente por los huracanes David y Federico en Agosto de 1979. Pero lo cierto fue que a medida que el déficit crecía debido al desorden financiero, tanto el gobierno central como las empresas públicas necesitaban más y más emisiones del Banco Central.

La emisión monetaria creció desmesuradamente durante el gobierno de Guzmán. Con ella creció también la demanda agregada pues ahora había mucho más dinero circulando. Como la industria y la agricultura dominicanas eran insuficientes para abastecer el país, las importaciones ahora crecieron exorbitantemente. Con ello entonces empezó a crecer el déficit en balanza de pagos, el cual



anteriormente había sido financiado con fondos procedentes de la ayuda externa. Como durante el gobierno de Guzmán los desembolsos de la ayuda externa estaban severamente limitados por falta de fondos de contrapartida, el déficit en balanza de pagos se financió con préstamos a corto plazo obtenidos de los bancos comerciales extranjeros a tasas de interés sumamente onerosas. La deuda externa empezó entonces a crecer. Guzmán recibió el país en 1978 con una deuda externa de unos ochocientos millones de dólares. Al final de su mandato la deuda externa era de más de dos mil millones de dólares.

Pese a todos sus esfuerzos, la popularidad de Guzmán terminó desvaneciéndose. El desencanto llegó a ser universal. Los comerciantes y los industriales, hostilizados desde los primeros días por los funcionarios de Guzmán, mantuvieron viva su oposición al gobierno quejándose continuamente de la competencia desleal de las empresas públicas y del Instituto de Estabilización de Precios. Los terratenientes se quejaban de las continuas amenazas que sufrían de parte de los funcionarios agraristas del gobierno quienes querían llevar la reforma agraria a todas partes, sin cumplir con la ley y sin ofrecer compensación a los dueños de terrenos confiscados. Los sindicatos obreros y las masas pobres de la población protestaban continuamente contra el alza del costo de la vida.

Sintiéndose amenazado por el Presidente de la República que parecía dispuesto a todo con tal de imponer su reelección, el Partido Revolucionario Dominicano se reorganizó bajo el liderazgo de su Secretario General, Doctor José Francisco Peña Gómez y del Senador por el Distrito Nacional, Doctor Salvador Jorge Blanco, un conocido abogado que había enfrentado a Guzmán durante las elecciones primarias de su partido en 1977. A medida que crecía la impopularidad de Guzmán, también avanzaba la rehabilitación política de Balaguer, con cuyo gobierno se comparaban los magros logros de Guzmán. La política de congelación de los gastos corrientes y de inversiones públicas masivas que Balaguer había llevado a cabo, había estimulado la economía, había contribuido a ampliar el mercado interno y había enriquecido a numerosos sectores sociales, principalmente a la clase media urbana y al empresariado industrial y comercial. Guzmán no había logrado nada de eso y su hazaña más visible había sido eminentemente política, al liquidar la mafia militar balaguerista, al respetar la libertad de prensa y de palabra y al respetar también la libertad de acción del Con-



greso Nacional, que en tiempos de Balaguer había sido una simple extensión del Poder Ejecutivo.

Para enfrentar a Guzmán y a Balaguer al mismo tiempo, el Partido Revolucionario Dominicano se convirtió de nuevo en un partido de oposición. Las mayores críticas al régimen procedían el mismo seno del partido de Guzmán, que entonces se dividió en dos tendencias irreconciliables. Cuando Guzmán se dio cuenta de que ya no sería posible lograr que su partido lo postulara para un nuevo período, entonces trató de imponer al Vicepresidente de la República, licenciado Jacobo Majluta. Pero ya era muy tarde. El Partido se había emancipado del Gobierno y eligió como candidato a las elecciones de 1982 a Salvador Jorge Blanco, quien prometía establecer un gobierno del partido y para el partido, y quien presentaba una imagen de honradez intachable, reconocida incluso por sus propios enemigos. Después de una intensa campaña electoral, Salvador Jorge Blanco fue electo Presidente de la República el 16 de Mayo de 1982 y tomó posesión el 16 de Agosto de ese mismo año.



2. Una Historia de la Población Dominicana

En las páginas que siguen voy a tratar de determinar cuál ha sido la curva real de crecimiento (o de decrecimiento, si lo hubo) de la población dominicana desde el Descubrimiento hasta estos mismos días. El problema de la población dominicana es mucho más viejo de lo que pudiéramos creer a simple vista y en muchos momentos llegó a ser considerado con la misma seriedad con que se le considera en estos momentos. Claro está, la gravedad de este problema no era anteriormente la sobrepoblación, como parece ser hoy en día, sino la baja población o la despoblación. A lo largo de toda nuestra historia, y hasta hace algunos años, lo que los dominicanos percibían como el más importante aspecto de nuestra realidad demográfica era la falta de gente que poblara el país. Hoy, y ustedes lo saben mejor que yo, el problema parece ser el exceso de gente que parece estar en camino de sobrepoblar el país hasta límites críticos.

En 1492 Cristóbal Colón dejó unos 39 españoles en la costa norte de la Isla reunidos en el llamado Fuerte de la Navidad. Esos españoles fueron muertos por los indios y al año siguiente, en diciembre de 1493, al regreso de Colón, es cuando puede decirse que en verdad dio inicio al proceso de colonización y poblamiento europeo en la Española. Los acompañantes de Colón, que eran unos 1,500, se convirtieron así, junto con los indios, en los primeros pobladores de tiempos históricos de la Isla. La historia de esos 1,500 hombres (siempre se ha dicho que no había mujeres entre ellos) es bien conocida. Muchos enfermaron y murieron. Otros se adaptaron bastante bien, aunque con muchos trabajos y hambre. Pero las dificultades de la nueva colonia hicieron que muchos de ellos desaparecieran, ora por muertes, ora por deserción, ora por-



que la Corona española ordenó en 1496 que en la primera oportunidad Colón dejase regresar a los que quisieran y que no hubiera más de 500 personas en la Isla¹. La oportunidad de cumplir con esta orden se presentó a finales de 1498 cuando Colón, después de muchas dificultades, logró resolver su disputa con Roldán, y muchos de los españoles que quisieron se regresaron a sus casas. De manera que la población española entre 1499 y 1500 fue de alrededor de 500 personas. Ahora bien, con la llegada de Francisco de Bobadilla y el regreso de los hermanos Colón a España, esa población se redujo, según el conteo que hicieron los que quedaron, a 360 españoles². Esta población se vio repentinamente aumentada a mediados de 1502 con la llegada de la flota de Nicolás de Ovando trayendo en sus 17 naves unas 2,500 personas, de diferentes calidades, hombres, mujeres y clérigos. Se sabe que de esos 2,500 murieron unas mil personas en las semanas siguientes al desembarco debido sobre todo a problemas de adaptación³. De manera que a principios de 1503, la población española era de unos 1,800 individuos de ambos sexos.

A partir de entonces el núcleo español empezó a aumentar. En los años siguientes, esto es de 1504 a 1512, llegaron a la Isla alrededor de 290 barcos⁴ trayendo grupos de gente que deseaban venir a establecerse en la Española. Este dato de los barcos llegados a Santo Domingo y otros puertos de la Isla sirve para considerar verosímil la afirmación de Bartolomé de las Casas, quien dice que en 1512, esto es, en el apogeo de la economía del oro, la población española llegó a las 10,000 personas⁵. Este fue el tope que alcanzó la población española durante todo el siglo XVI, pues poco tiempo después, esto es, a principios de 1515, la emigración masiva producida por las injusticias del Repartimiento de Alburquerque hizo que el proceso de lenta emigración hacia Cuba, que se había iniciado precisamente en 1512, se acelerara y se llevara consigo una enorme cantidad de gente. No sólo Cuba atrajo a los españoles en estos años. También lo hizo El Darién y lo hicieron algunas de las expediciones que iban a Tierra Firme y hacían escala en el puerto de Santo Domingo en busca de carne salada, cazabe y, desde luego, recursos humanos. Hay noticias de 1516 que dan cuenta que la población española había descendido para ese año a los 715 vecinos⁶, que de acuerdo con los estimados no serían muchas más de 3,500 personas⁷.

La emigración siguió. Sin contar a Azua y a Santo Domingo, la población de los pueblos del interior bajó en 1528, según consta



en un documento de ese año, a 108 vecinos, esto es, a un poco más de 500 personas⁸. El resto se había ido a vivir a Santo Domingo en espera de oportunidad para salir de la Isla o en busca de una salida que le permitiera mejorar su situación económica, muy mala luego de la crisis de la economía del oro diez años atrás, pero que presentaba buenas perspectivas ahora que la industria azucarera empezaba a desarrollarse. La ciudad de Santo Domingo quedó así con una población varias veces superior a la del interior de la Isla y así permanecería hasta mediados del siglo XVIII, esto es, unos doscientos años más tarde. Azua, dice el documento de ese año, estaba bien poblada porque tenía un ingenio cuya actividad económica retuvo unos 80 vecinos, “porque de otra manera ya estoviera despoblada”⁹.

El desarrollo de la industria azucarera vino así a detener la despoblación que se había iniciado años antes y que en sus momentos más críticos llegó a pensarse que terminaría arruinando “la Isla toda”¹⁰. Y en verdad, también el azúcar vino a significar la repoblación de la Colonia con otros grupos humanos que, aunque segmentados al principio, poco a poco fueron integrándose con la población española y terminarían conformando el grueso de la población dominicana en los siglos siguientes. Los negros, que es a quienes me refiero, empezaron a llegar por miles en la década de 1520 a 1530, y siguieron llegando a un ritmo parecido en los veinte años siguientes¹¹. Aunque pueda parecer exagerado, lo cierto es que en 1546, la cantidad de negros que había en la Isla era de unos 12,000, mientras la población española apenas alcanzaba las 5,000 personas¹². Este aumento de la población española durante los años del azúcar se debió a una ligera inmigración de gente vinculada al negocio de fabricación y comercialización de este producto¹³. La población negra siguió subiendo. Tanto, que durante muchos años, un sector de la población de Santo Domingo vivió de la exportación de esclavos hacia otros lugares de las Indias que se encontraban necesitados de mano de obra. Santo Domingo jugó el papel de centro abastecedor de esclavos para Centroamérica y Tierra Firme durante bastante tiempo. Con todo, la población esclava siguió aumentando hasta llegar a alcanzar los 20,000 en 1568¹⁴. Y este aumento se explica. Desde 1528 la Corona española legisló en el sentido de que por cada tres negros que entraran en la Isla uno debía ser de sexo femenino, para que de esta manera los negros se multiplicaran naturalmente y eventualmente no hubiera necesidad de seguir importándolos¹⁵. Esta



cifra de 1568, que la ofrece un Oidor de la Real Audiencia en respuesta a unos cuestionarios sometidos tiempo atrás por la Corona, parece indicar que la política de apareamiento y multiplicación de los esclavos dio resultados.

Sin embargo, ese crecimiento se vio detenido en la década de los ochenta del siglo XVI, cuando los esclavos empezaron a enfermarse y a morir a causa de unas epidemias que mermaron la población negra y la redujeron a la mitad al decir de testigos que escribieron sobre ellas¹⁶. Así se explica cómo en el censo general de la población que fue llevado a cabo en octubre de 1606, luego de las Devastaciones de ese año y el anterior, solamente pudieran ser registrados unos 9,648 esclavos negros¹⁷. Un nuevo conteo y cuantificación detallada del Censo de 1606 que incluye hallazgos estadísticos hasta ahora insospechados, me ha permitido encontrar el registro de unas 1,192 cabezas de familia, sin contar los clérigos y monjas, puesto que éstos no eran considerados como tales. Este solo dato nos da una población no esclava, una gran parte de la cual todavía era gente blanca, de un poco más de 6,000 personas en el año 1606¹⁸.

Lo que ocurre en la Isla a lo largo de todo el siglo XVII es demasiado largo para contarlos aquí. La crisis económica de las Devastaciones, la ruina de la ganadería, la falta de exportaciones, los desastres naturales, las epidemias, la emigración subrepticia de individuos y familias y otros mil problemas más, produjeron un interesante fenómeno que sí conviene señalar. Los esclavos fueron poco a poco desapareciendo víctimas de las enfermedades en su mayoría, y debido también a que no volvieron a importarse esclavos en Santo Domingo a causa de la pobreza de los vecinos y de la ruina de la industria azucarera que ya no los requería más. Llegó un momento en que sólo se pudieron contar en todo Santo Domingo unos 80 esclavos, y en 1669, cuando llegó un barco negrero ofreciendo en ventas unos 400 esclavos, los vecinos sólo pudieron comprar unos 140 ya que su pobreza no les permitía para más. Lo interesante es que los esclavos fueron desapareciendo durante el siglo XVII (ya reaparecerán en el XVIII), y los que fueron ganando su libertad por una razón o por otra se fueron mezclando con la población no esclava, la cual se hallaba tan empobrecida que no tenía con qué sustentar sus antiguas costumbres aristocráticas¹⁹. Esta población no esclava quedó prácticamente estancada. Su crecimiento, dentro de aquellas circunstancias, fue tan lento que apenas si alcanzó la tasa de 0.3% anual. De manera que en 1681, las



autoridades de la Real Audiencia comunicaban que toda la población de la Colonia apenas llegaba a las 7,500 personas. En mi *Historia Colonial de Santo Domingo* doy los detalles del ambiente, circunstancias y coyunturas económicas dentro de los cuales discurre la población dominicana de aquel entonces. Aquí interesan sobre todo los números, pero he querido presentarlos con ciertos comentarios para cuando examinemos la curva de nuestra evolución demográfica más adelante.

El año 1681 marca una coyuntura sumamente importante en la historia colonial dominicana. Este es el año en que empiezan a sentirse los primeros efectos del incipiente comercio intercolonial que logró transformar la vida de Santo Domingo en el siglo XVIII gracias a una notable reactivación de su economía causada por el intercambio comercial con la colonia francesa de Saint Domingue. Pero para la historia demográfica, este año es igualmente importante por otras razones, pues también ocurre que se aceleran las gestiones para que la Corona española dispusiese el envío de familias canarias para reforzar la escasa población de la Colonia que año tras año veía venir sobre sí el peligro de ser desalojada de la Isla por la creciente población francesa que empezaba a desarrollarse en el oeste de la Isla. En 1684 llegaron las primeras 108 familias canarias con un total de 543 personas que fueron asentadas en la orilla oriental del río Ozama. Como una buena parte de esa gente murió a causa de diversas enfermedades, los sobrevivientes fueron asentados en unos cerros en las afueras de Santo Domingo. El poblado que formaron se llamó San Carlos en memoria del pueblo de San Carlos de Tenerife en las Islas Canarias. En 1687 llegó otro grupo de canarios, esta vez compuesto de 97 familias que fueron asentadas en las regiones cercanas a los establecimientos franceses del oeste de la Isla. El más importante de esos puntos fue el poblado de Bánica que había sido fundado ya en 1664 para vigilar y hacer frente a la penetración francesa. “La intención de las autoridades era, y lo siguió siendo durante todo un siglo, utilizar a los canarios como una frontera viva que, al defender sus tierras recién adquiridas, defendiesen al mismo tiempo la Colonia contra los franceses. En 1690 el Cabildo y la Audiencia escribieron a la Corona nuevamente pidiendo el envío de más familias pues de todas las que habían llegado sólo quedaban dos tercios debido a las muertes causadas entre ellas por las viruelas. Esta vez las autoridades pidieron cien familias, cincuenta para Santiago, que era un lugar que convenía proteger de un ataque francés, y el resto para Azua y San



Juan de la Maguana, avanzadas fronterizas por el sur. Al año siguiente, en 1691, llegaron las primeras 18 familias de este grupo con un total de 94 personas que fueron inmediatamente destinadas a Santiago”²⁰.

Durante este período no solamente estuvieron entrando familias canarias a la Colonia, sino también grupos de extranjeros cuya experiencia militar los gobernadores querían aprovechar para auxiliar las tropas que guardaban las tierras fronterizas. El flujo de extranjeros aumentó notablemente a partir de 1702 a raíz del estallido de la Guerra de la Sucesión española que tuvo notables repercusiones en el Caribe. Una carta del Gobernador de la Colonia en 1704 indica que, militares solamente, había unos 400 extranjeros en la ciudad de Santo Domingo²¹. Dado el corto número de habitantes, este medio millar de hombres tiene una cierta significación estadística en la demografía colonial de esos años. Y debió tener una real significación biológica, a juzgar por los indicios que surgen de la lectura de los documentos que yo he publicado recientemente en *La Vida Escandalosa en Santo Domingo en los siglos XVII y XVIII*²². Sabemos que un sector de la población extranjera estaba compuesto por mujeres y sabemos también que los hombres terminaban integrándose con los demás pobladores de la Colonia. Otro grupo que también terminó integrándose en la población colonial fue el de los negros que escapaban de la parte francesa y al solicitar asilo a las autoridades españolas terminaban siendo considerados hombres libres. Este grupo, que originalmente se asentó en la población de San Lorenzo de Los Mina, creada especialmente para ellos, fue creciendo notablemente a lo largo del siglo XVIII a medida que la población esclava de la colonia francesa crecía y junto con ella crecía el cimarronaje hacia la parte española²³. Esta inclusión de estos tres diferentes grupos humanos (canarios, extranjeros de diversas procedencias y negros de la parte francesa) que tuvo lugar a finales del siglo XVII y a principios del siglo XVIII, sacó a la colonia española del estancamiento demográfico en que se había mantenido a todo lo largo del siglo XVII, a consecuencias del estancamiento económico. Un conteo que se hizo en 1716 y que fue recogido por un oficial francés que viajó en una misión especial por la parte española, arroja para ese año una población total en la colonia española de 18,410 personas²⁴, cifra que significa un verdadero salto demográfico en relación con la tasa de crecimiento propia del siglo anterior. Si mis cálculos son correctos la tasa acumulativa de crecimiento anual durante el pe-



río 1681-1716 fue de 2.3%; que contrasta notablemente con el 0.3% del período precedente de 1606-1681.

Lo interesante a partir de este momento es el ritmo sostenido de crecimiento de la población colonial dominicana y, desde luego, el estudio de las causas que produjeron este crecimiento. Como ya tuve la oportunidad de hablar detalladamente sobre esas causas y de presentarlas acompañadas de las informaciones documentales pertinentes en las cinco conferencias sobre la economía y la sociedad coloniales que dicté en este mismo recinto en noviembre de 1973²⁵, no voy a referirme en detalle a ellas y les ruego me permitan concentrar la atención sobre los aspectos estadísticos del proceso, especialmente a la tasa de crecimiento. Aunque, desde luego, creo que sería conveniente mencionar como condicionantes generales de este crecimiento, el impresionante proceso de reactivación económica que sufrió la colonia de Santo Domingo a lo largo del siglo XVIII y la continuidad e intensificación de la inmigración canaria, extranjera y negra²⁶. Todavía hay que determinar cuál fue el peso relativo de cada una de estas tres inmigraciones, pero de la canaria ya hay suficientes datos para tratar de reconstruirla casi en su totalidad. El ritmo original de introducción de familias canarias se detuvo a principios del siglo XVIII por diversas razones que no vamos a mencionar aquí²⁷. Pero en 1720, luego de reiteradas solicitudes de las autoridades coloniales, volvieron a llegar los embarques. El primero llegó ese año, y estuvo compuesto por 50 familias. En 1725 llegaron otras 78 y poco tiempo después se empezó a hablar de acrecentar la inmigración con la importación de familias gallegas que, al decir de algunos eran más adaptables a estos climas²⁸. Un nuevo embarque registrado en 1737 da cuenta de haber llegado a Santo Domingo otras 40 familias “de a cinco personas (aunque no dé tan buena calidad como se quisiera)” con las que se dispuso la repoblación de Puerto Plata. En 1751 llegaron otras 200 familias, la mitad de las cuales fueron destinadas a poblar el lugar de Montecristi y la otra mitad fue enviada a Puerto Plata. En 1756 arribó a Santo Domingo otro grupo de familias que se sumó a unas 60 que llegaron más tarde y todas juntas fueron destinadas a poblar a Samaná²⁹. Unas 36 nuevas familias fueron puestas a vivir en Azua en 1761, mientras en Santo Domingo esperaban unas 292 personas que originalmente se pensó poblarían la Boca de Haina, pero que aparentemente resultaron ser las enviadas a poblar la Sabana de Baní. De acuerdo con un informe de la Contaduría de Santo Domingo fechado en 1763, en



los últimos veinte años habían llegado unas 225 familias canarias más dos personas a Santo Domingo³⁰. En la Colección Incháustegui de Documentos Coloniales extraídos del Archivo de Indias se conservan los expedientes completos de cada uno de esos embarques con los nombres, el sexo y las edades de los inmigrantes. Un estudio de esos expedientes más detallado del que yo he hecho podría ayudarnos, a través de la determinación de las edades, a deducir la capacidad de reproducción de los miembros más jóvenes y el grado del impacto de la población canaria en el crecimiento vegetativo de la población dominicana de esos años.

Pero volvamos a la cuestión de las tasas de crecimiento de la población en el siglo XVIII, pues es interesante examinar cuáles son los materiales que nos permiten aproximarnos a ellas con cierta credibilidad. Como ustedes saben, en 1739 estuvo de visita pastoral Don Domingo Pantaleón Alvarez de Abreu, Arzobispo de Santo Domingo, quien el curso de la misma fue recogiendo los datos y conteos puestos al día por sus párrocos para cada uno de los pueblos y lugares de la Colonia³⁰. Computando sus informaciones he encontrado que la población colonial de Santo Domingo en 1739 era de unas 30,058 personas de todos los colores y condiciones sociales³¹, lo cual indica que tomando como base el último conteo de 1718, durante esos 21 años la tasa cumulativa de crecimiento anual fue de 2.4%.

Otros dos censos parroquiales, cuyos resultados fueron publicados recientemente³² también nos permiten seguir la curva de crecimiento de la población en el siglo XVIII y encontrar las siguientes informaciones: en 1769 los padrones parroquiales arrojaron una población de 70,625 personas³³. Si ello es cierto, eso quiere decir que en los últimos 30 años la población creció a una tasa cumulativa anual de 2.4%. Esto es, una tasa similar a la de los veinte años precedentes a 1739. El censo parroquial de 1782, que no parece muy preciso, pero que está por debajo de los otros estimados contemporáneos, da una población de 119,600 personas³⁴. Esto quiere decir que la tasa se mantuvo en estos últimos 14 años casi igual a la anterior, esto es a un 2.5% anual.

Debo confesar que para mí ha resultado una sorpresa encontrar estas constantes al examinar con detenimiento la evolución de las cifras sobre la población en el siglo XVIII. Yo sabía que la población creció notablemente en este siglo. Incluso tengo registrados esos datos y otros estimados cuantitativos en otro trabajo mío sobre este problema. Pero nunca hasta ahora caí en la cuenta de la



uniformidad del proceso de crecimiento demográfico en Santo Domingo durante el siglo XVIII que corre a parejas con el proceso de reactivación y crecimiento económico de la Colonia durante el mismo período. En los años que siguieron a 1782 la economía colonial siguió mejorando y el régimen de comercio libre establecido años antes de esta fecha permitió la puesta en contacto con el extranjero en una medida desconocida hasta entonces. Si la tasa de crecimiento anual de 2.5% se mantuvo en los 13 años siguientes a 1782, esto es, hasta 1795, año en que se produce un verdadero cataclismo económico, social y político en la colonia española, es de aceptar una proyección que nos arrojaría una población cercana a las 180,000 personas en 1795. No hay informaciones que me indiquen que ese crecimiento no continuó, pues el mismo estallido de la Revolución Haitiana en 1791, lejos de afectar inmediatamente la economía, lo que hizo fue estimularla pues los diferentes ejércitos en pugna —franceses, negros e ingleses— crearon una extraordinaria demanda sobre el ganado dominicano. La crisis económica llega en 1795 con el Tratado de Basilea que concedía en cesión la parte oriental de la Isla a Francia. Con la crisis económica llega también la crisis demográfica³⁵.

Los historiadores dominicanos desde Américo Lugo a Antonio Del Monte y Tejada han insistido en que las emigraciones que se produjeron a raíz del Tratado de Basilea y de las invasiones haitianas de Toussaint y Dessalines despojaron la colonia de Santo Domingo de “la flor y nata de las familias dominicanas”. Releyendo los textos de los libros de historia dominicana que se refieren a este período uno sale con la impresión de que esas emigraciones fueron movimientos de población que solamente afectaron los núcleos aristocráticos, de Santo Domingo. Esa, debo confesarlo, era también mi impresión hasta hace algún tiempo y posiblemente todavía lo fuera de no haber tenido la oportunidad de examinar con detenimiento algunos legajos procedentes del Archivo de Indias que fueron copiados hace unos diez y siete años por César Herrera en Sevilla. En esos legajos aparecen algunas relaciones de embarques de familias dominicanas que fueron a parar a diferentes puntos de Venezuela, especialmente Coro y Maracaibo a partir de la entrega de la parte española a Francia en interpretación de lo dispuesto en el Tratado de Basilea. Además de esas informaciones, hay otras contenidas en la Colección Incháustegui que dan noticias de la emigración de familias hacia Cuba y Puerto Rico. Consideradas en su conjunto esas noticias y tomando como base las listas de



emigrados dominicanos hacia Venezuela solamente, se llega a la conclusión de que de la Isla emigraron entre 15 y 25,000 personas, por lo menos, entre los años 1795 y 1809. La cifra es sorprendentemente alta, y cuando hice los cálculos me pareció excesivamente alta. Pero recientemente, al estudiar en su conjunto el movimiento global de la población sobre la base de los censos de finales del siglo XVIII —esto es, los de 1769 y 1782— contrastados con el censo general de 1819 hecho durante la gobernación de Sebastián de Kindelán³⁶, entonces es que he podido darme cuenta de la magnitud real de esta crisis que bien podría ser calificada de una verdadera catástrofe demográfica.

Los datos de 1819 arrojan una población de 71,223 personas³⁷ en toda la parte española. En comparación con las 119,600 de 1782, estos datos significan que por lo menos el 35% de la población desapareció en el lapso de unos 37 años. Si la comparación la hacemos con las 180,000 personas que debían vivir en la Colonia en vísperas del Tratado de Basilea, entonces los resultados son ciertamente dramáticos, pues encontraríamos que la merma no fue sólo de un 35% sino de un 60%. Las noticias de esos años no hablan de epidemias y, aparte de los degüellos y crímenes de Desalines y Cristóbal en Moca y Santiago en 1805³⁷, no hay muchas evidencias de que las muertes en la guerra tuvieran mucho que ver con este impresionante descenso de la población dominicana a principios del siglo XIX. Esta segunda despoblación tuvo como causa inmediata la emigración, a juzgar por los documentos del período³⁸. Ahora bien, y éste es un problema que conviene ser estudiado con más calma, ¿fue ése realmente el descenso demográfico? ¿No sería que mucha gente quedó fuera del alcance de los empadronadores del censo de 1819? El examen detenido del censo no da esa impresión pues aquellos lugares que se poblaron con gente que salió huyendo de los haitianos desde Santiago en 1805, como la común de San José de las Matas, también fueron registrados³⁹. Mientras no haya pruebas en contrario, a mí me parece que podemos admitir que entre el 35% y el 50% de la población dominicana desapareció entre los años de 1795 y 1819.

Nuevamente van a ser útiles los padrones eclesiásticos para continuar la reconstrucción de la curva demográfica dominicana durante el siglo XIX. Y aquí son de gran utilidad las informaciones y los razonamientos de José Ramón Abad en su *Reseña General Geográfico-Estadística* de la República Dominicana publicada en 1888. En ella Abad registra los resultados totales de los dos padro-



nes más recientes: el de 1887 y el de 1863, esto es, uno realizado en tiempos de Lilís y el otro en tiempos de la Anexión. Tomando como base los datos del censo de 1819 y los de esos dos censos eclesiásticos, Abad llega a estimar por interpolación la población dominicana de 1844 en unas 126,000 personas⁴⁰. Esto significa que la población empezó a recuperarse y logró hacerlo a una tasa acumulativa anual de 2.3% durante la Dominación Haitiana. Y esto no es inverosímil si se recuerda que durante la Dominación Haitiana el flujo migratorio se detuvo casi inmediatamente después de la salida de aquellas familias que no aceptaban el régimen de Boyer. Esas familias sí parecen haber sido pocas y su número debió estar reducido a los miembros de la élite burocrática criolla más españolizados, como fue el caso de la familia Fernández de Castro, o aquellos comprometidos políticamente con José Núñez de Cáceres, quien también salió del país acompañado de su familia. De ser cierta esta consideración podemos también afirmar que mientras que la emigración que produce la llegada de las tropas de Boyer parece haber sido una migración de élite (de la “flor y nata” de que siempre se ha hablado), la emigración posterior al Tratado de Basilea y a las invasiones de Toussaint y Dessalines parece que fue una migración que afectó a todos los niveles y clases de la población, incluyendo a los esclavos⁴¹.

Pero volvamos a los comienzos de la vida republicana con las 126,000 personas calculadas por Abad para el año 1844. Contrastemos esa cifra con las 207,700 personas registradas en 1863 por los empadronadores eclesiásticos⁴². Esto nos dice que en esos 19 años la tasa acumulativa de crecimiento fue de 2.6% al año, aumento cuya causa quizás pueda ser encontrada examinando la naturaleza de la inmigración recibida por la parte oriental de la Isla durante la Dominación Haitiana. En efecto, se sabe que al detenerse la emigración a principios de la Dominación, el proceso se invirtió con la puesta en práctica de una política de poblamiento acelerado ordenada por el Presidente Boyer con el propósito de aumentar la densidad demográfica de la antigua colonia española. Entre los primeros actos de esa política estuvo el empeño de traer negros libres norteamericanos a residir en diferentes regiones de la parte oriental. Ese primer intento fracasó por muy diversas causas y sólo unos cuantos centenares de negros norteamericanos lograron asentarse en territorio dominicano⁴³. Ahora bien, aunque el impacto de esos negros norteamericanos no fue decisivo por haber sido tan pocos los que quedaron, hubo otro hecho que sí parece haber



contribuido al aumento de la población tanto durante como después de la Dominación Haitiana. Me refiero a la migración interna, dentro de la Isla, de pobladores de la parte occidental que vinieron a vivir como soldados o funcionarios haitianos, con sus familias muchos, y otros como hombres solos que andando el tiempo echaron raíces formando familias con mujeres dominicanas. La lista completa de esas familias está por elaborarse todavía, pero es cosa bien conocida en este país los muchos apellidos de origen haitiano que llegaron en tiempos de Boyer y se integraron con los dominicanos siendo muchos de ellos hoy parte importante de nuestra población. Si hubo un alto índice de natalidad durante la Dominación Haitiana, y parece que lo hubo⁴⁴, ese hecho debe haber servido para aumentar la tasa de crecimiento de la población dominicana durante la Primera República en un 0.3% por encima de la anterior.

Y es la inmigración nuevamente la que nos puede dar la clave para entender el mantenimiento de esa misma tasa de 2.6% para el período comprendido entre 1863 y 1887. El censo eclesiástico de este último año dice que había unas 382,312 personas en el país⁴⁵, lo cual quiere decir que el ritmo de crecimiento se mantuvo. Aquí conviene explicar, aunque sea ligeramente, que durante estos años tuvieron lugar algunos acontecimientos que pueden haber contribuido al aumento sostenido de la población. Como se sabe, hubo inmigración española al principio de la Anexión. Inmigración de familias constituidas no solamente de soldados y hombres solos⁴⁶. Y también hubo una notable inmigración de familias cubanas y puertorriqueñas durante los diez años de la primera guerra por la independencia de Cuba que transcurrió entre 1868 y 1878⁴⁷. Muchas de esas familias permanecieron en el país y hoy forman parte importante de la población dominicana. Otras, que se quedaron durante unos veinte años, regresaron a Cuba a principios de este siglo después de que los cubanos lograron su Independencia de España. Aunque ya se han realizado estudios preliminares sobre la inmigración cubana en el país, todavía falta conocer el carácter de esa inmigración en su conjunto, pues aunque su impacto en el desarrollo de la industria azucarera es bastante conocido, los dominicanos no conocemos todavía claramente cuál fue su impacto en otras áreas y sectores de la vida social y política del país, tanto a nivel nacional como local. Puedo avanzarles que luego de un estudio detenido de los archivos eclesiásticos y municipales de Santiago solamente, llevado a cabo por un equipo de tres perso-



nas bajo mi dirección, hemos descubierto algunas cosas muy reveladoras sobre la inmigración cubana de finales del siglo pasado que nos parecen muy atractivas para nuestros investigadores⁴⁸. Creo que algo similar debiera hacerse en Santo Domingo y en Puerto Plata.

Hay un dato de 1908 que nos ayuda a continuar con la reconstrucción de la curva demográfica a principios de este siglo. Se trata del conteo que hizo el geógrafo Casimiro N. de Moya mientras viajaba a caballo por todo el país en los trabajos de campo para la preparación de su *Mapa de la República Dominicana*⁴⁹. Su relación de la población de las diferentes ciudades y comunes del país arroja un total de unas 638,000 personas. Eso nos da una tasa acumulativa anual de crecimiento de 2.4% para el período 1887-1908, que es inferior, como se ve, a la del período anterior. No tengo muchas informaciones a mano que me sirvan para explicar a qué pudo deberse esta declinación, con excepción de la hipótesis de que pudo ser provocada por la salida de gente, sobre todo extranjeros, en los peores años de la dictadura de Liliés y en el período de intensa inestabilidad política que va desde 1899 a 1905. Me parece que sería conveniente indagar más en este sentido⁵⁰. Ahora bien, cualquiera que hubiera sido la causa, este descenso a una tasa de 2.4% anual, me parece un regreso al ritmo normal de crecimiento que mostró la población dominicana a lo largo de todo el siglo XVIII. Parece como si nuevamente, a los 90 años de crecimiento sostenido, la población dominicana hubiera encontrado el ritmo que le era propio. Esta consideración me parece razonable si observamos que la tasa del período inmediatamente posterior, esto es, de 1908 a 1920 fue también la misma (2.4%). De acuerdo con el censo de 1920 la población dominicana alcanzó la cifra de 894,665 personas⁵¹. A partir de entonces los datos son ya bien conocidos y supongo que alguno de los distinguidos participantes de la sesión de hoy también querrá hacer sus consideraciones sobre ellos. Teniendo en cuenta esta circunstancia, me abstendré de invadir el campo que le corresponde explorar en esta reunión, que es el de los censos oficiales de 1935, 1950, 1960 y 1970. Pero quiero señalar un dato que nos puede servir para explicarnos el notorio aumento demográfico que se percibe en el censo de 1935, que al mostrar una población de 1,479,417 personas refleja una tasa acumulativa de crecimiento anual entre 1920 y ese año ascendente al 3.4%. Ese dato se refiere al volumen de la inmigración que debió haber en esos años favorecida por una polí-



tica de puertas abiertas a todos los extranjeros que fuesen de raza caucásica. No he tenido tiempo de preparar la serie completa de las cifras de inmigrantes, pero con mostrar los que llegaron en los años 1919, 1920 y 1921 nos hacemos una idea sobre el impacto que la inmigración debió tener en el aumento demográfico posterior a 1920. En esos tres años llegaron al país 19,930 inmigrantes, repartidos de la siguiente manera: 1919, 6,120 personas; 1920, 5,953 personas y 1921, 7,857 personas. Si la inmigración siguió a ese ritmo, y, tengo razones para creerlo así, entonces no es sorpresa que quince años más tarde el nuevo censo de población muestre cifras más altas de las esperadas.

Debo terminar con estas consideraciones. La primera conclusión que quiero anunciar es la siguiente: después del examen de los datos más importantes disponibles sobre la evolución de la población dominicana, desde 1500 a 1935, las variables más importantes parecen haber sido la emigración y la inmigración provocadas por diversos accidentes históricos, unos de carácter económico, otros de carácter político. Creo que es en función de estas dos variables que puede encontrarse una explicación razonable al comportamiento tan singular de la curva demográfica de Santo Domingo a lo largo de su historia. El crecimiento vegetativo y la mortalidad por epidemias o guerras también han jugado un papel importante en determinadas coyunturas y circunstancias. Pero ese papel debe ser enmarcado dentro de un contexto más amplio que ayude a comprender las rupturas de las tendencias.

Otra conclusión es la siguiente: la tasa normal de crecimiento de la población dominicana hasta 1920, en períodos “normales”, anduvo siempre alrededor de 2.7%. Hay dos períodos claramente visibles de crecimiento dentro de esta media. Uno va desde 1681 a 1795, esto es, un poquito más de un siglo, y el otro va desde 1819 a 1920, que es para fines prácticos un siglo redondo. Ambos períodos han mostrado un crecimiento sostenido con variaciones poco importantes. Todavía hacen falta los estudios que permitan expresar cuantitativamente el papel que le corresponde a cada una de las variables mencionadas hace un momento en el mantenimiento de ese crecimiento. Hay que hacer indagaciones más profundas que nos indiquen el comportamiento de la natalidad y la mortalidad, tanto en tiempos coloniales como durante el período nacional. Hay que examinar también las políticas demográficas oficiales, pues me consta que prácticamente las hubo siempre, desde los primeros años de la Colonia hasta nuestros propios días. En gene-



ral, esas políticas demográficas siempre consideraron su objeto en función de las dos variables más visibles —emigración e inmigración—, pero creo que un examen cuidadoso de los muchos materiales que hay en archivos y bibliotecas de este país y del extranjero arrojaría muchas informaciones valiosas.

A propósito de la búsqueda de esos materiales, quiero decir también que todavía hace falta, mucha falta, la preparación de una Historia de la Población Dominicana que permita a los planificadores, educadores, políticos e historiadores conocer a fondo cuáles han sido los antecedentes de la actual situación poblacional nuestra que tantos dolores de cabeza le está dando a tanta gente y que hoy nos obliga a reunirnos para tratar de buscarle nuevas soluciones.

NOTAS

1. Cf. Frank Moya Pons, *La Española en el Siglo XVI*. Trabajo, Sociedad y Política en la Economía del Oro (Santiago de los Caballeros, 1974), p. 17, n. 32.
2. *Ibid.*, p. 43, n. 20. El documento que da cuenta del número de 360 españoles en este año fue publicado por Charles E. Nowell, *A Letter to Ferdinand and Isabella 1503* (Minneapolis, 1965). En p. 63 está el dato.
3. Moya Pons, *La Española en el Siglo XVI*, pp. 43 ss.
4. Pierre y Huguette Chaunu, *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, Partie Statistique. Le Trafic de 1504 a 1560 (París, 1955), II, 6-53.
5. Bartolomé de las Casas, *Historia de las Indias* (México, 1951), lib. II, cap. XL.
6. Cf. Moya Pons, *La Española en el Siglo XVI*, p. 214, n. 16, donde hay algunos detalles sobre el descenso de la población en este momento.
7. Este estimado lo he hecho partiendo del supuesto tradicional de que un vecino como cabeza de familia equivale a cinco personas.
8. Cf. la "Relación de los oidores licenciado Espinosa y licenciado Zuazo al Consejo de Indias: sobre lo que conviene hacer para estabilizar y poblar la Isla Española", 30 de marzo de 1528, ed. J. Marino Incháustegui, *Reales Cédulas y Correspondencia de Gobernadores de Santo Domingo* (Madrid, 1958), I, 200-203.
9. *Ibid.*, I, 201.
10. Cf. Moya Pons, *La Española en el Siglo XVI*, 247-257.
11. Sobre la llegada de negros, cf. Carlos Larrazábal Blanco, *Los Negros y la Esclavitud en Santo Domingo* (Santo Domingo, 1967), pp. 23-43.
12. Cf. Frank Moya Pons, *Historia Colonial de Santo Domingo* (Santiago de los Caballeros, 1974), pp. 78-81.
13. *Ibid.*, p. 79.
14. "Relación de la Isla Española Enviada al Rey D. Felipe II por el Licenciado Echaogoin Oidor de la Audiencia de Santo Domingo", ed. Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones Históricas de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1942), II, 131.



15. Larrazábal Blanco, *Los Negros y la Esclavitud*, pp. 28-29.
16. Cf. Américo Lugo, *Edad Media de la Isla Española. Historia de Santo Domingo. Desde el 1556 hasta 1608* (Ciudad Trujillo), p. 99, cita unas cartas del Deán y el Cabildo de Santo Domingo, adjuntas a un informe de la Audiencia fechado en 1600, en las cuales se afirma que después de la invasión de Drake hubo en la Isla "grandes pestilencias en los negros con muerte de más de la mitad de los que había".
17. Cf. "Testimonio de quantos lugares ai en esta ysia; quantos vezinos; quantos esclavos; quantos yngenios; quantos hatos; quantas estancias de gengibre; quantas de comida y quantos puertos en esta costa desde Azua a Higüei", ed. Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones Históricas de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1945), II, 443.
18. Cf. Frank Moya Pons et al., *El Censo General de Población de 1606. Una Guía para su Interpretación* (Santiago de los Caballeros, 1971), p. 7a. (Inédito).
19. Doy varias noticias sobre el proceso de desenoblecimiento de Santo Domingo en los siglos XVII y XVIII en mi *Historia Colonial de Santo Domingo*, cap. X, y en Frank Moya Pons, "Notas sobre la Primera Abolición de la Esclavitud en Santo Domingo", EME-EME Estudios Dominicanos (julio-agosto, 1974), XIII, 18-19 y 24, n. 40 que refiere el acta de una sesión del Consejo de Indias que dice "Satisface R. Orden de S.M. e informa sobre lo expresado en carta de 17-12-1728 por el Presidente de Sto. Domingo D. Francisco de la Rocha Ferrer, sobre pocas familias nobles que hay en Sto. Domingo, causa que impide ocupar los empleos de la república, haciendo presente las providencias dadas sobre la despoblación de la Isla y otras materias que expresa", 19 de julio de 1730. *Archivo General de Indias*, Santo Domingo, Legajo 237.
20. Cf. Moya Pons, *Historia Colonial de Santo Domingo*, pp. 215-222, las noticias referentes a estos primeros embarques y llegadas de familias canarias a Santo Domingo.
21. *Ibid.*, p. 240.
22. Frank Moya Pons (ed.), *La Vida Escandalosa en Santo Domingo en los siglos XVII y XVIII*, Colección Incháustegui (Santiago de los Caballeros, 1974).
23. Cf. Moya Pons, "La Primera Abolición de la Esclavitud en Santo Domingo", pp. 4-7.
24. Cf. Pierre François Charlevoix, *Histoire de L'Isle Espagnole ou de S. Domingue* (París, 1730), II, p. 478, quien reproduce el Diario que escribió el oficial francés M. Butet dando cuenta de su viaje por la colonia española ese año.
25. Los títulos de esas conferencias fueron: "Francia en Santo Domingo: Los Orígenes de Haití; Decadencia y Miseria en Santo Domingo: Comercio de Ganado y Contrabando de Mercancías; Tensiones y Conflictos en la Frontera y La Población, el Comercio y la Frontera en el Siglo XVIII".
26. Doy noticias sobre este asunto en mi *Historia Colonial de Santo Domingo*, cap. XIII.
27. *Ibidem.*
28. *Ibidem.*
29. *Ibidem.*
30. Cf. la "Compendiosa Noticia de la Ysla de Santo Domingo en el Mar Oceano que Don Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu su Arzobispo remite a V.M. por resultas de la Pastoral general visita de su cargo principiada en octubre 18 de 1739 a fin de que vuestro C.R. Zelo se sirva dar las Providencias que por bien tubiere para reparar del calamitoso estado en que se hallan por lo tocante a lo espiritual aquellos infelices vasallos", Santo Domingo, abril de 1740, ed. Emilio Rodríguez



Demorizi, *Relaciones Históricas de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1957), III, 259-272.

31. Solamente quiero ocuparme aquí del resultado global del conteo. Esta relación sobre el número de la población, lo mismo que las otras que he mencionado y las que mencionaré más adelante, contienen importantes noticias sobre otros aspectos de importancia para el demógrafo. Como mi interés en este trabajo es la búsqueda de la curva general de la población, he preferido dejar a un lado consideraciones especiales sobre problemas específicos. Con todo, deseo llamar la atención de nuestros demógrafos acerca de la importancia de estas fuentes documentales para profundizar sus conocimientos sobre la población dominicana.
32. Son los dos padrones parroquiales contenidos en un documento publicado hace poco por José Antonio Caro, "Estado General de las Poblaciones de la Ysla Española de Santo Domingo, con el número de su vecindario a fines de 1769 y el que en el de 1782 le reguía el Racionero Dn. Josef Sanchez de Valverde", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano* (octubre, 1973), III, 327-331.
33. *Ibid.*, 331.
34. *Ibidem.*
35. Estudio con algún detalle la crisis producida a consecuencias de la Revolución Francesa y la Revolución Haitiana en Santo Domingo a partir de la firma del Tratado de Basilea en el cap. XV, "Cesión a Francia: Emigración y Crisis", de mi *Historia Colonial de Santo Domingo*.
36. Cf. Charles Mackenzie, *Notes on Haiti made during a Residence in that Republic* (London, 1830), I, 114.
37. Cf. Emilio Rodríguez Demorizi, *Invasiones Haitianas de 1801, 1805 y 1822* (Ciudad Trujillo, 1955) y *La Era de Francia en Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1955), en donde hay abundantes documentos españoles, franceses y haitianos sobre estos asuntos.
38. *Ibid.*
39. Mackenzie, *Notes on Haiti*, I, 114.
40. Cf. José Ramón Abad, *La República Dominicana. Reseña General Geográfico-Estadística* (Santo Domingo, 1888), pp. 85-86.
41. Estela Cifré de Loubriel, *La Inmigración a Puerto Rico durante el Siglo XIX* (San Juan, 1964), da noticias de dominicanos que fueron a vivir a esa isla en estos años acompañados de sus esclavos. Más noticias pueden verse en un legajo preparado por el Capitán General de Caracas en el que "Acompaña relaciones de las familias que han continuado emigrándose de Santo Domingo y han llegado a las Provincias de Maracaybo, Coro y Barcelona de Aquella Capitanía General de su mando, incluye copia de las reflexiones que hazen los Generales de Francia Chanlatte y Kerversó sobre la entrega de dicha Ysla al Negro Tusen; de los manifiestos de éste: insultos hechos a los Gobernadores de España y Francia con lo demás que expresa sobre las exposiciones de dichos generales", *Archivo General de Indias*, Estado 59 y 60.
42. Cf. Abad, *La República Dominicana*, p. 87.
43. Abundan las noticias sobre la inmigración de negros norteamericanos a Santo Domingo en tiempos de Boyer, pero aquí deseo llamar la atención sobre estos materiales: *Correspondence Relative to the Emigration to Hayti, of the Free People of Colour in the United States together with the Instruction to the Agent sent out by President Boyer* (New York, 1824); Harry Hoetink, "Los Americanos de Samaná", *EME-EME Estudios Dominicanos* (enero-febrero, 1974), 3-26, y Jean Stephens, "La Inmigración de Negros Norteamericanos en Haití en 1824", *EME-EME Estudios Dominicanos* (septiembre-octubre, 1974).
44. Mackenzie, *Notes on Haiti*, I, 216, dice haber calculado el crecimiento anual de la



población de Santiago y haber encontrado una tasa de un 3.61%. Sorprendido por ese crecimiento que él consideró más alto que el de Inglaterra y Gales, preguntó a qué se debía y encontró que los habitantes de esta ciudad lo explicaban en función de “La salubridad del clima, la facilidad para mantener una familia y la práctica general de los hombres de tener una sola mujer, cosa que no ocurre en la parte francesa”.

45. Cf. Abad, *La República Dominicana*, p. 87.
46. Cf. Emilio Rodríguez Demorizi, *Antecedentes de la Anexión a España* (Ciudad Trujillo, 1956), reproduce algunos documentos que dan noticia de la llegada de familias españolas al producirse la Anexión.
47. Harry Hoetink, *El Pueblo Dominicano* (Santiago de los Caballeros, 1972), cap. II trae noticias sobre la inmigración de cubanos y puertorriqueños a la República Dominicana en la segunda mitad del siglo XIX.
48. Cf. Evaristo Heres Hernández y Javier López Muñoz, *La Inmigración cubana y su Influencia en Santiago de los Caballeros durante los Años 1868-1908* (Santiago de los Caballeros, 1971), inédito.
49. La relación detallada de la población de cada una de las ciudades y comunas trabajadas por Casimiro N. de Moya aparece en una de las páginas centrales del original de su Mapa de la isla de Santo Domingo por secciones.
50. Recuérdese que Eugenio María de Hostos emigró al no sentirse cómodo con la nueva situación creada por la instauración de la dictadura de Ulises Heureaux. Hay Noticias de algunos cubanos que vivían en Santiago y decidieron emigrar al saber que Cuba había logrado la Independencia.
51. Cf. *Primer Censo Nacional 1920* (Santo Domingo, sin fecha).

TABLA I

Año	Población	
1500	360	
1502	1,800	
1510	10,000	
1517	3,575	
1528	4,000	
1546	5,000	más 12,000 esclavos
1568		20,000 esclavos
1606	5,960	más 9,648 esclavos
1681	7,500	
1718	18,410	
1739	30,058	
1769	70,625	incluyendo 8,900 esclavos
1783	119,600	
1819	71,223	
1844	126,000	
1863	207,700	
1887	382,312	
1908	638,000	
1920	894,665	
1935	1,479,417	
1950	2,135,872	
1960	3,047,070	
1970	4,006,405	
1981	5,647,977	



TABLA II
TASAS DE CRECIMIENTO

Períodos	Tasa	Años
1606-1681	0.3%*	75 años*
1681-1718	2.6%	37 años
1718-1739	2.2%	21 años
1739-1769	2.9%	30 años
1769-1783	3.8%	14 años
1819-1844	2.3%	25 años
1844-1863	2.7%	19 años
1863-1887	2.6%	24 años
1887-1908	2.5%	21 años
1908-1920	2.9%	12 años
1920-1935	3.4%	15 años
1935-1950	2.5%	25 años
1950-1960	3.6%	10 años
1960-1970	2.8%	10 años
1970-1981	2.9%	11 años

* La población esclava no ha sido considerada en el cálculo de esta tasa.

TABLA III
CENSO DE 1606 CONTEO GENERAL DE DATOS

I. SEXO:	
1) Total en la Isla:	
882 hombres cabezas de familia	310 mujeres cabezas de familia
1192 cabezas de familias en total (se excluyen clérigos, frailes y monjas por no ser considerados "cabezas de familia").	
2) Santo Domingo:	
452 hombres cabezas de familia	227 mujeres cabezas de familia
En total: 679 cabezas de familia (Idem que en anota anterior).	
3) Interior:	
430 hombres cabezas de familia	083 mujeres cabezas de familia
En total: 513 cabezas de familia (Idem que en nota anterior).	
a) Santiago:	
121 hombres cabezas de familia	029 mujeres cabezas de familia
En total: 150 cabezas de familia (Idem).	
b) La Vega:	
039 hombres cabezas de familia	002 mujeres cabezas de familia
En total: 041 cabezas de familia (Idem).	
c) Bayaguana:	
082 hombres cabezas de familia	034 mujeres cabezas de familia
En total: 116 cabezas de familia (Idem).	
d) Monte Plata:	
071 hombres cabezas de familia	017 mujeres cabezas de familia
En total: 088 cabezas de familia (Idem).	
e) Boyá:	
014 hombres cabezas de familia	000 mujeres cabezas de familia
En total: 014 cabezas de familia (Idem).	
f) Higüey:	
018 hombres cabezas de familia	004 mujeres cabezas de familia
En total: 022 cabezas de familia (Idem).	
g) Seibo:	
007 hombres cabezas de familia	000 mujeres cabezas de familia
En total: 007 cabezas de familia (Idem).	
h) Azua:	
048 hombres cabezas de familia	002 mujeres cabezas de familia
En total: 050 cabezas de familia (Idem).	
i) Cotuí:	
020 hombres cabezas de familia	005 mujeres cabezas de familia
En total: 025 cabezas de familia (Idem).	



TABLA IV
CONTEO GENERAL DE LA POBLACION EN 1739

Ciudad	Vecinos	Personas (total)
Santo Domingo	1,800	9,000
Santa Bárbara	300	1,500
San Carlos		822
Haina		1,030
Baní	525	2,625
Azua		500
San Juan	110	550
Neiba	80	400
Bánica		400
Hincha	500	2,500
Puerto Plata	100	500
Santiago	1,300	6,500
La Vega		3,000
Cotuí	146	730
Seibo		1,113
Higüey		318
Bayaguana		380
Monte Plata		220
Boyá		65
San Lorenzo		105
		32,258

TABLA V
CONTEO GENERAL DE LA POBLACION EN 1769 Y 1782

Ciudad	1769	1782
Santo Domingo	16,367	25,000
Los Mina, Haina e Ingenios	1,147	4,800
San Carlos	1,274	2,900
Baní	918	1,600
Azua	1,138	3,000
Neiba	1,243	1,500
San Juan	1,838	4,900
Pedro Corto y Farfán	1,728	7,000
Las Caobas	3,000	000
San Miguel de la Atalaya	000	12,000
San Rafael	1,941	000
Dejabón	1,941	4,000
Montecristi	1,641	000
Puerto Plata	1,185	9,900
Santiago	18,439	26,000
La Vega	4,294	8,000
Cotuí, Amina y Macorís	1,271	7,500
Samaná y Sabana de la Mar	437	900
Bayaguana y Los Llanos	1,102	1,000
El Seibo	1,684	4,000
Monte Plata	1,397	600
Boyá	74	160
Higüey	291	500
	61,729	119,600
	más 8,900 esclavos	
	Total 70,629	



TABLA VI
POBLACION DE LA PARTE DEL ESTE EN 1819

Provincias	Comunes	Población	
Monte Cristi	Monte Cristi		1,029
Puerto Plata	Puerto Plata		4,534
Azua	Azua	3,208	
	Neyba	3,516	6,724
Santo Domingo	La Villa y su Común	11,205	
	Baní	2,321	
	Seybo	5,364	
	Higüey	1,655	
	Samaná	754	
	San Christobal	4,020	
	Los Llanos	1,142	
	Bayaguana	1,702	
	Sabana de la Mar	194	
			28,357
La Vega	La Villa y la Común	5,650	
	Moca	3,386	
	San Francisco	3,357	
	Cotuí	1,776	
			14,220
Santiago	Santiago		11,056
San Juan	La Villa y la Común	3,386	
	Las Matas	1,917	
			5,303
Total			71,223

TABLA VII
POBLACION DE LA REPUBLICA DOMINICANA*
1908

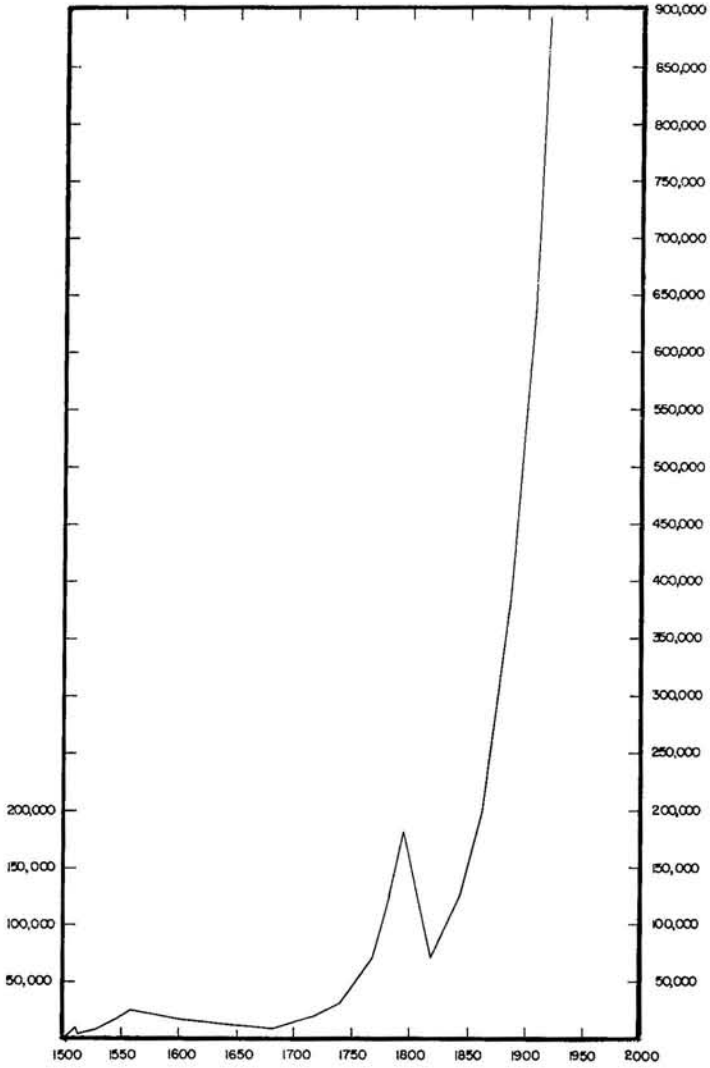
Provincia	Población	Provincia	Población
Santo Domingo	115,000	Macorís	25,000
La Vega	50,000	Seibo	50,000
Santiago	105,000	Samaná	14,000
Montecristi	48,000	Espailat	50,000
Azua	55,000	Pacificador	48,000
Barahona	22,000	Puerto Plata	56,000
Total			638,000

* Cálculos aproximados.

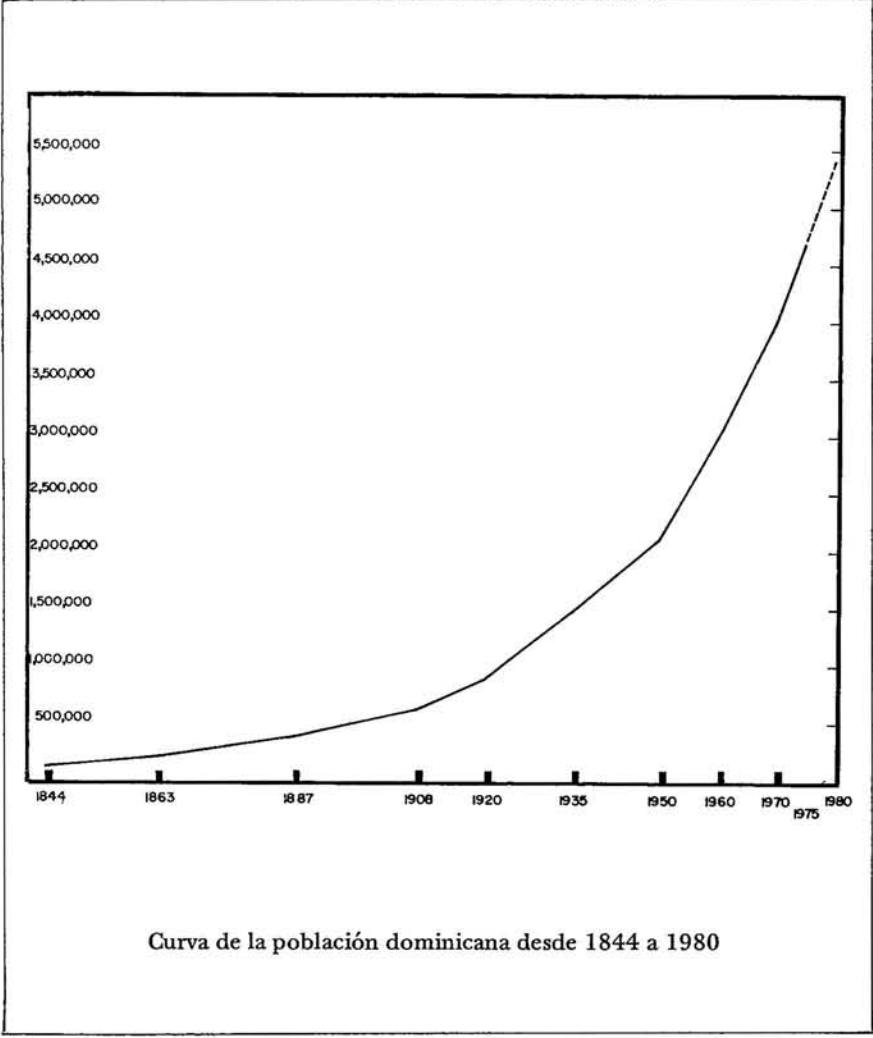
TABLA VIII
POBLACION DE LA REPUBLICA DOMINICANA
CENSO 1920

Provincia	Población	Provincia	Población
Santo Domingo	146,652	Pacificador	78,216
San Pedro de Macorís	38,609	Espailat	50,946
Seybo	58,720	La Vega	106,245
Azua	101,144	Santiago	123,040
Barahona	48,182	Puerto Plata	58,923
Samaná	16,915	Monte Cristi	67,073
Total			894,665





Curva de la población dominicana desde 1500 a 1920





3. Una Historia de la Iglesia Dominicana

Cualquier intento de periodificación de cualquier institución dominicana plantea problemas metodológicos que de ordinario no se presentan al historiador del resto de América Latina. En el Continente, por ejemplo, la historia de estos países se divide generalmente en tres grandes momentos: en primer lugar se coloca el Período Colonial, que comienza a principios del siglo XVI y que se hace concluir alrededor de 1808 ó 1810; en segundo lugar se coloca el proceso de Emancipación y las guerras de independencia que concluyen en la década de 1820 y 1830, período éste que es estudiado siempre teniendo en cuenta los antecedentes ideológicos, específicamente la Ilustración y el Racionalismo; y en tercer lugar se habla del Período Nacional que llega hasta nuestros días y dentro del cual se establecen dos tipos de influencias político-culturales, la europea-anglo-francesa y la norteamericana que comienza a finales del siglo XIX a partir del momento en que los Estados Unidos empiezan a intervenir más profundamente en los asuntos internos de nuestros países. Esta última influencia ha sido más notable en el Caribe y Centroamérica que en el resto del Continente.

En el caso de Santo Domingo este esquema sólo es posible señalarlo en forma demasiado general como para ser satisfactoria desde el punto de vista metodológico. Ello se debe, si se quiere buscar una causa general, al papel que Santo Domingo jugó dentro de todo el proceso de descubrimiento, conquista y colonización de las tierras americanas durante el siglo XVI y tiempos posteriores. Por ejemplo: Santo Domingo es el lugar de llegada de los españoles al Nuevo Mundo y como tal se convierte en el centro de todas las actividades que tenían que ver con la administración española de



las nuevas tierras descubiertas o por descubrir. Como en Santo Domingo se descubrió oro y se encontró mano de obra indígena relativamente abundante, por un momento se creyó que la colonización de la isla Española sería un hecho permanente, tanto que incluso se crearon tres sedes episcopales, de las cuales, por lo menos hasta 1524, solamente pudo ser ocupada una, que fue la de la diócesis de la Concepción, y esto por muy poco tiempo. El descubrimiento y poblamiento de México y más tarde del Perú y otras tierras americanas distrajo casi completamente la atención de todo el plan de colonización. En muy poco tiempo Santo Domingo se vio sustituido por los puertos de La Habana, Veracruz y Nombre de Dios, pero mantuvo por razones de preeminencia una Catedral y un Cabildo Eclesiástico que actuaba en función de una supuesta importancia que hacía tiempo se había perdido. Se nota a lo largo del siglo XVI, en todos los órdenes de la vida social, y muy especialmente en la Iglesia, un estilo de hacer las cosas en el cual aparentemente se está perdiendo de vista la realidad circundante que era totalmente diversa a la de los primeros tiempos en que la abundancia del oro, de los indios y de las gentes, dieron una imagen de prosperidad a la primera colonia española de América.

A partir de 1520 la población dominicana vive del azúcar y de la exportación de cueros de vacas, pero como la mayor parte de la gente emigró hacia México y otras partes, la riqueza era producida utilizando mano de obra exclusivamente compuesta por negros traídos de Africa que en muy poco tiempo fue el doble de la población española (blanca) de la Colonia. Se estructuró de esta manera, andando el tiempo, una oligarquía esclavista compuesta por unas cuantas familias de origen español que se habían enriquecido en los tiempos del oro y de las encomiendas y que ahora vivían dedicadas al negocio del azúcar, importando negros para trabajar en sus ingenios. La Iglesia, entretanto, dependía de los llamados señores de ingenio. Una buena parte de los clérigos tenía curatos en los ingenios en donde sus dueños, en virtud de disposiciones legales vigentes, tenían derecho a patronato. Esto es, el bajo clero estaba en una relación de dependencia directa del gran propietario. Pero acontecía que los grandes propietarios de tierras e ingenios eran al mismo tiempo los más altos funcionarios de la Colonia y de los cabildos locales, en especial del Cabildo de Santo Domingo que era el centro del poder político y social en toda la Colonia. Tanto el Gobernador, nombrado por la Corona y removido de tiempo en tiempo, como el Arzobispo y su Cabildo



Eclesiástico, que recibían salarios pagados del Tesoro Real, se veían precisados a actuar conforme a las exigencias de los intereses locales puesto que el papel marginal de Santo Domingo dentro de toda la organización indiana impedía a la Corona ejercer una acción de policía eficaz y sus principales funcionarios apenas si tenían poder para oponerse a los más importantes grupos que detenían el Poder.

Tengo la impresión de que la temprana extinción de los indios y el hecho de Santo Domingo haberse quedado con una población blanca tan exigua, bastante aislada del contacto con Europa, son dos de los factores que permitieron a los vecinos vivir libres de la vigilancia de la Inquisición que funcionaba tan vivamente en España como en diversas regiones de América. Esto es muy importante porque la Iglesia, que teóricamente debía velar por la conservación de la fe en unos tiempos en que ésta se encontraba grandemente amenazada por la propagación del Protestantismo en Europa, reaccionó muy tímidamente frente a la presencia de contrabandistas luteranos que en las últimas tres décadas del siglo XVI fueron ganándose la simpatía y el favor de la mayor parte de los habitantes del interior y de las costas del norte de la isla Española que se encontraban bastante lejos de la fiscalización de las autoridades coloniales. Como se sabe, el monopolio de la Casa de la Contratación, unido a la incapacidad de España para satisfacer las demandas de productos manufacturados de sus súbditos en las Indias, hicieron del contrabando un hecho general en las colonias españolas a lo largo de casi todo el Período Colonial. Ese contrabando, que era realizado por franceses, portugueses, ingleses y holandeses y que era alarmante de por sí por los efectos económicos sobre los intereses de la oligarquía comercial sevillana y de los comerciantes locales, se convirtió en la última década del siglo XVI en un grave problema de Estado a medida que las relaciones de España con Holanda se fueron deteriorando. Este hecho fue adquiriendo cada vez mayor gravedad y la Corona Española, urgida por los comerciantes locales y sevillanos, tomó la decisión, en 1603, de despoblar y destruir todas las villas y pueblos de la costa del norte y del oeste de la Isla obligando a sus habitantes a concentrarse en lugares cercanos a la ciudad de Santo Domingo, cosa que se realizó entre los años de 1605 y 1606, muy a pesar de la opinión de la mayor parte de la población que había hecho del contrabando la principal actividad para garantizar su subsistencia y muy a pesar, también, de las autoridades eclesiásticas de entonces,



incluido el Arzobispo, quienes, mal que bien, aceptaban el contrabando como la única solución a las necesidades materiales de los vecinos, aun cuando estuvieran en contra de que este comercio fuera realizado con enemigos de la Corona, que al mismo tiempo eran enemigos de la fe católica. El pretexto esgrimido por la Corona para justificar la despoblación de la mayor parte de la Isla y la concentración de la población en los alrededores de Santo Domingo fue precisamente que el contrabando se realizaba con herejes que eran enemigos de los monarcas de España. Lo curioso del papel de la Iglesia en esta situación es que se vio obligada a apoyar a la Corona, no porque realmente estuviese verdaderamente interesada en impedir que los vecinos se ganaran la vida por medios ilícitos, sino por obediencia al Rey. Hubo una rebelión popular en la que participaron algunos religiosos que fue duramente reprimida con persecuciones, ahorcamientos y excomuniones. Sin embargo, no puede establecerse que la Inquisición actuara conforme a los mismos patrones en que se desenvolvía en otras partes de América.

La vida dominicana durante el siglo XVII está regida por los siguientes factores: pobreza extrema de sus habitantes, despoblación continua, militarismo, lucha contra ingleses y franceses que pretendieron apropiarse de la isla de Santo Domingo, aislamiento casi total de las demás colonias españolas y actividad económica reducida prácticamente a la ganadería y a cultivos de subsistencia. El siglo XVII es el siglo de la miseria en Santo Domingo, miseria de la cual la Iglesia misma no pudo sustraerse. Son muy abundantes los testimonios de arzobispos y clérigos que narran las penurias por las cuales el clero, tanto secular como religioso, padeció por escasez de medios para llevar adelante su misión apostólica. En muchas ocasiones, a lo largo del siglo XVII, encontramos noticias de que es imposible decir misas ya sea porque falta el vino o la harina o porque las iglesias no están bien ataviadas o, simplemente, por falta de vestidos de los sacerdotes para celebrar los cultos conforme la liturgia manda. Hay abundantes informaciones que denotan una alteración tanto formal como sustancial en la vida religiosa dominicana durante este período. Por ejemplo, hay noticias de diferentes épocas en que se señala que las misas y otros actos religiosos tenían que ser celebrados de noche o muy de madrugada porque las gentes estaban tan desnudas que preferían no salir antes que ser vistas sin vestidos. Los sacerdotes, para poder conseguir asistentes a los actos, tuvieron que cambiar las horas de celebración de los mismos. En sentido pastoral la atención dedicada a los



fieles fue minimizándose a medida que fueron escaseando los medios materiales. Por ejemplo: la pobreza obligó a los habitantes a irse a vivir a los campos en haciendas o “hatos”, como se les llamaba. Se produjo con ello un proceso de ruralización con la consecuente diseminación de la población hacia lugares más o menos apartados. De manera que esta gente, que componía más de la mitad de la población, se vio marginada de todo contacto regular con la Iglesia y sólo asistía a ciertos servicios en ocasiones solemnes. No hay que decir que esto debió tener sus efectos sobre la conservación del catolicismo, fenómeno que todavía espera ser estudiado. Por otra parte, en Santo Domingo la vida monástica se alteró notablemente a medida que fueron ingresando en los conventos femeninos, jóvenes que buscaban escapar de la pobreza del medio ambiente y entraban en ellos sin vocación suficiente. Hay noticias, bastante abundantes por cierto, que indican que hubo un relajamiento de las costumbres en el interior de los conventos tanto de hombres como de mujeres. El alto clero, por su parte, se vio obligado a colaborar con los caciques locales de turno para no verse marginado del proceso de adquisición de bienes materiales, sobre todo de manufacturas europeas que hacían la vida más llevadera y que solamente eran adquiribles a través de contrabando. Se sabe también que algunos arzobispos practicaron la usura. No obstante todo ello, se celebraron por lo menos cuatro sínodos episcopales en Santo Domingo al final del siglo XVII con la participación de obispos procedentes de otras partes del Caribe. Estos sínodos son reveladores del estado en que se encontraba la Iglesia en el Caribe en esta época.

A partir de 1660 empieza a desarrollarse en las tierras des pobladas 50 años atrás la colonia francesa de Haití. No tardaron en presentarse graves conflictos entre las poblaciones española y francesa y entre las autoridades de ambas colonias. Los españoles consideraban a los franceses como usurpadores de sus tierras y éstos, por su parte, sin hacer caso de las protestas españolas, seguían avanzando y ocupando cada vez mayor cantidad de terreno. El desarrollo de Haití a lo largo de los siguientes 120 años es uno de los procesos más determinantes en la vida histórica dominicana puesto que dividió definitivamente la Isla en dos entidades y dos culturas también diferentes. Los primeros pobladores de Haití fueron aventureros franceses —muchos de ellos calvinistas, muchos de ellos católicos. En poco tiempo se establecieron las primeras iglesias y se enviaron los primeros sacerdotes alrededor del año 1680.



Desde entonces las autoridades francesas, en un intento por pacificar los ánimos de aquellos aventureros, permitieron que la Iglesia actuara y realizara su labor libremente, pero, como se sabe, la masiva importación de negros esclavos provenientes de Africa, que en 1789 alcanzaron la cifra de 452,000 esclavos, y el desarrollo de una población mulata libre, descendiente parcialmente de estos negros, que en ese mismo año estaba compuesta por unas 28,000 personas, fueron hechos que sobrepasaron cualquier esfuerzo de evangelización que hubiera podido poner en marcha la Iglesia con los recursos de la época en que no existían, como se sabe, medios de comunicación de masas. La difusión del catolicismo por los misioneros franceses que trabajaron en Haití durante el siglo XVIII apenas alcanzó las grandes masas esclavas pero fue suficiente como para dejar en ellas nociones acerca de la existencia de los Santos del Calendario Romano que en poco tiempo fueron identificados, en relación con sus cualidades específicas, con algunas divinidades de las religiones africanas de las diferentes zonas de donde provenían esos esclavos. Es sabido que este sincretismo originó el desarrollo de un culto y una práctica religiosa muy particular no solamente de Haití sino también de otros grupos negros en diferentes partes del Caribe y América Latina: el vudú.

Durante el siglo XVIII las condiciones materiales de la Colonia española de Santo Domingo variaron muy poco. La Iglesia, al igual que el resto de la población, siguió padeciendo las mismas necesidades ocasionadas por la falta de comercio con Europa, la escasez de la producción, la vida rural de la mayoría de los habitantes y la existencia de un régimen de gobierno colonial sustentado fundamentalmente en el control militar debido a que Santo Domingo era considerada por España como una zona de importancia estratégica cuya conservación se justificaba para impedir que los ingleses o los franceses, cuya hegemonía en el Caribe ya era incontrastable, la ocuparan y la utilizaran como centro de operaciones navales contra las demás posesiones españolas en las Antillas. El desarrollo de la colonia francesa de Haití obligó al gobierno colonial a llevar inmigrantes blancos provenientes de las Canarias y a asentarlos en diferentes pueblos a lo largo de la frontera con el propósito de utilizarlos para impedir que los franceses continuaran expandiendo sus posiciones territoriales. El siglo XVIII en la historia dominicana es un siglo de pugnas fronterizas. Es un período durante el cual, poco a poco, se va reforzando el sentimiento de la hispanidad a través de la continua oposición a las pretensiones



francesas y, a través de la continua propaganda en favor de la defensa de los intereses del rey de España. En este proceso la Iglesia juega un importante papel porque al mismo tiempo va conformándose un cierto sentimiento —muy elemental, desde luego— de la nacionalidad vista como dominicanidad. Ahora bien, este sentimiento de dominicanidad no era más que un matiz de una hispanidad en la que los habitantes de Santo Domingo creían estar inmersos, no obstante existir entre ellos la conciencia, muy vaga por cierto, de que España desde hacía siglos los había abandonado, y no obstante, también, haberse producido mutaciones raciales en el elemento criollo —que era la mayoría— las cuales ya hacían ver que la sociedad dominicana se encaminaba hacia una comunidad mulata. La Iglesia jugó un papel importante en este proceso, porque su identificación con los intereses de la Monarquía sirvió para identificar ideológicamente Hispanidad con Catolicidad y para hacer sentir a los dominicanos de entonces que la dominicanidad equivalía a ser blanco, a ser español y a ser católico.

La Revolución Francesa contribuyó notablemente a reforzar este sentimiento pero lo hizo en una forma muy singular. La agitación revolucionaria en Francia repercutió en Haití y sirvió de detonante para la gran rebelión de los esclavos en 1791 en el curso de la cual fue exterminada la mayor parte de los blancos de la Colonia quedando el Poder en manos de un jefe negro llamado Toussaint Louverture. Esta rebelión alarmó igualmente al gobierno revolucionario francés y a las autoridades coloniales españolas de Santo Domingo, lo mismo que a la Corona española, todo ello al tiempo en que la Francia revolucionaria entraba en guerra con la España monárquica. Esta guerra, como se sabe, concluyó al firmarse la Paz de Basilea, en junio de 1795. Uno de los tratados comprendidos en la negociación de la paz estableció que España cedía su colonia de Santo Domingo a Francia, aunque el gobierno francés se reservaba el derecho de escoger la fecha de ocupación, cosa que no quería realizar hasta tanto la rebelión de esclavos, todavía en marcha ascendente, no fuera aplastada. Ahora bien, la Corona española ordenó inmediatamente a sus autoridades en Santo Domingo, especialmente a la Real Audiencia y al clero, tanto secular como religioso, que abandonaran en el acto la Colonia y se trasladaran a otras partes de las Indias. De todas las dificultades por las cuales la Iglesia había tenido que pasar durante los 300 años anteriores, ésta aparecía como la más terrible porque ella significaba que tanto el Arzobispo como su Cabildo Eclesiástico y las órdenes religiosas te-



nían que despojarse de sus rentas, abandonando sus tierras, sus propiedades y sus bienes para ir a radicarse en cualquier otro lugar. Hubo, como es natural, una gran oposición al abandono, pero la Corona en este punto fue inflexible y las autoridades obligaron al clero, sobre todo a las órdenes religiosas, a salir de la Isla. Entretanto, se interpretó que esos bienes quedaban integrados al patrimonio del Estado. Aparentemente éste fue el caso de las propiedades de los jesuitas que también habían sido obligados, unos 20 años atrás, a dejar la Isla cuando Carlos III ordenó su expulsión de todos los dominios de España. De manera que entre 1795 y 1800 Santo Domingo sufre los efectos de una nueva emigración, en este caso, de los recursos humanos más calificados de toda la Colonia, esto es de la élite, que preferían dejar sus propiedades antes que ser gobernados por franceses.

No todo el clero abandonó la Isla, pero las órdenes religiosas no pudieron evitar su salida. En 1801 Toussaint Louverture, sabiendo que Napoleón Bonaparte pensaba atacarlo, pero actuando oficialmente a nombre del Gobierno francés, pasó con sus tropas a Santo Domingo y exigió de las autoridades españolas la entrega de la Colonia que había sido legalmente cedida a Francia 6 años atrás. El pensaba que sería más fácil defender toda la Isla de un ataque francés si la ocupaba con sus tropas e impedía que la parte oriental sirviera de base para el mismo. El ataque francés no se hizo esperar y ya en marzo de 1803 llegaban a las aguas de Santo Domingo dos grandes flotas con unos 60,000 hombres, librándose durante todo ese año una de las más sangrientas guerras que conoce la historia de esta isla. En ella las armas napoleónicas sufrieron una derrota mucho más humillante que la de Waterloo al perder la vida prácticamente todos los soldados. Solamente pudieron salvarse unos 1,200 hombres, que, por razones muy especiales, pudieron expulsar los haitianos de Santo Domingo y ocupar la antigua colonia española gracias a la colaboración de sus habitantes que, significativamente, preferían ser gobernados por franceses que respetarían la esclavitud que por negros esclavos que había iniciado su revolución asesinando a todos sus amos. Es importante hacer notar aquí que pese a que la mayor parte de la población de Santo Domingo era de color, mulata, muy pocos se consideraban a sí mismos negros y se hacían llamar “blancos de la tierra”. El sentimiento de hispanidad había sido mucho más fuerte que la percepción real de la raza. Es importante destacar este factor porque los haitianos invadieron en 1805 con el propósito de expulsar el núcleo de franceses



que quedaba en Santo Domingo, pero al frustrarse el logro de este objetivo, por razones que no vamos a mencionar aquí, las tropas haitianas compuestas en su mayoría por antiguos esclavos negros cometieron saqueos, violaciones, degüellos y asesinatos incluso de curas refugiados en sus propias iglesias quedando desde ese momento, entre los dominicanos, la conciencia de que los peores enemigos suyos eran sus vecinos. Desde entonces, por contraposición, los dominicanos aceptaron definitivamente la blancura, opuesta al negro haitiano, y la catolicidad opuesta a sus prácticas de vudú, como los rasgos esenciales de su ser nacional. Sin embargo, no quiere decir que existiese un verdadero sentimiento de una nacionalidad diferente de la hispánica debido a que durante más de un siglo sus enemigos habían sido los franceses y ahora resultaba que ellos eran quienes estaban gobernándolos en contra de su voluntad. Además, los soldados franceses, hombres de la Revolución Francesa, antimonárquica, anticlerical y racionalista, se burlaban de las creencias, las costumbres y las tradiciones locales y tildaban de supersticiosos a los nativos que, pese a todo, confiaban y seguían ciegamente al clero. Así la lucha por desembarazarse del gobierno francés era sólo cuestión de tiempo, y el factor determinante fue la noticia de que Napoleón había invadido a España deponiendo al Rey Fernando VII y colocando en el trono español a su hermano José Bonaparte, en 1808. En nombre de la hispanidad, alentados por la defensa de su catolicidad, y en favor de la restauración de la monarquía, los dominicanos se lanzaron a la guerra y lograron expulsar las guarniciones francesas a mediados del 1809.

Pero he aquí las particularidades del proceso histórico dominicano en relación con el resto de América Latina: mientras en el Continente la deposición de Fernando VII sirvió de pretexto a los grupos criollos para organizarse y prepararse para la emancipación de España, en Santo Domingo los grupos criollos se lanzaron a la lucha para expulsar de la Colonia a los franceses y para exigir a España que volviera a tomar posesión de su antigua Colonia. Es importante destacar que en la conspiración contra los franceses tomaron parte muy activa los sacerdotes y párrocos de diferentes puntos del país sirviendo como aglutinantes de la población para que ésta secundara un movimiento que se hacía en favor de un rey católico como era Fernando VII. Los años que siguen, hasta 1822, son años de intensa actividad política y militar en todo el Continente, son los años de las guerras de independencia, son los años



de la exaltación liberal y republicana. Sin embargo, para Santo Domingo éstos son los años del estancamiento. España estaba tan ocupada atendiendo a los enormes problemas del Continente que apenas si podía prestar atención o disponer recursos para siquiera pagar los salarios de sus funcionarios de Santo Domingo. El estancamiento llega a ser tal, en todo los órdenes de la vida local, que desde entonces los dominicanos le llaman a este período el de la “España Boba”. Es notable que durante el período fue electo un nuevo Arzobispo para sustituir el que había abandonado la Colonia dieciséis años antes, el Cabildo Eclesiástico fue reorganizado, se reabrió la Universidad, que estaba controlada por la Iglesia, pero las órdenes religiosas no volvieron a ocupar los conventos ni las posesiones abandonadas luego del Tratado de Basilea.

En 1822 los haitianos, que habían obtenido su independencia 18 años atrás, aprovecharon una favorable coyuntura política e invadieron a Santo Domingo manteniendo a los dominicanos unidos a la República de Haití por espacio de 22 años. Uno de los primeros grupos en sufrir los efectos de la dominación haitiana fue la Iglesia, específicamente el Arzobispo con su Catedral, cuyas propiedades, en particular las tierras, fueron confiscadas y cuyas otras rentas, entre ellas los censos y las capellanías, fueron extinguidos por una ley promulgada en 1823. Desde el mismo día de la ocupación, la Iglesia se mostró contraria al régimen haitiano y varios sacerdotes conspiraron para dar un golpe de Estado que fue descubierto y reprimido rápidamente. A partir de 1824, las relaciones entre el Arzobispo y el presidente Boyer se mantuvieron en continua tensión por lo menos hasta 1830 en que el Arzobispo tuvo que salir hacia el exilio, luego que intentaron asesinarlo. La Iglesia no recuperó sus tierras ni sus demás propiedades, incluidas las de las antiguas órdenes religiosas, durante la Dominación Haitiana ni después de 1844, año en que los dominicanos pudieron separarse de Haití y lograron constituir un Estado independiente llamado República Dominicana, luego del triunfo de una extensa conspiración en la cual se hallaba envuelta la mayor parte del clero tanto criollo como extranjero. Existe una abundante documentación sobre este punto. Otras de las razones que sirven para explicar el por qué de la oposición de la Iglesia al régimen haitiano es que los haitianos ideológicamente eran hijos de la Revolución Francesa y habían podido constituir una república independiente y organizar un Estado conforme a las teorías racionalistas y de la Ilustración de Locke y Montesquieu. El Arzobispo de Santo Do-



mingo era monárquico lo mismo que una parte del clero. Es curioso hacer notar que entre los conspiradores que facilitaron la organización del movimiento de independencia se encontraban sacerdotes que pretendían que la separación de Haití debía ser para volver otra vez a convertir a Santo Domingo en colonia de España porque, aparentemente, los dominicanos de la época todavía se veían a sí mismos como españoles.

Sin embargo, años más tarde, en 1844, entre los diputados de la primera Asamblea Constituyente que se encargó de confeccionar la Constitución para la nueva república una vez proclamada la Independencia, había unos siete sacerdotes, todos ellos de pensamiento republicano, que evidentemente habían sido ganados por las nuevas ideas del liberalismo que estaba muy en boga en esos años. En los primeros años de la República hubo tensiones entre la Iglesia y el Estado provocadas por el interés del Arzobispo y de algunos sacerdotes de que el Estado Dominicano, que se veía como una continuación —desde el punto de vista institucional— del Estado Haitiano, devolviera a la Iglesia las propiedades confiscadas por los haitianos hacía más de veinte años. La negativa del Gobierno Dominicano a realizar esa devolución, en vista de que muchas de esas propiedades habían sido adquiridas por terceras personas y otros particulares y resultaría enormemente engorroso revertir un proceso que había ido complicándose a medida que pasaba el tiempo, produjo tensiones y provocó crisis políticas porque altos funcionarios del Gobierno estaban ligados familiarmente con altos funcionarios del clero. Estas tensiones culminaron finalmente en 1853 con una ruptura de relaciones entre la Iglesia y el Gobierno, crisis de la cual el propio Arzobispo quedó afectado mentalmente teniendo que ser sustituido en sus funciones por un Vicario. Esta pugna no la ganó la Iglesia y el clero tuvo que mantenerse sometido a presiones del Gobierno dejando, poco a poco, a un lado el problema de las propiedades y bienes de la Iglesia.

Entretanto, los haitianos se habían mantenido realizando intentos por ocupar nuevamente la parte de la Isla correspondiente a Santo Domingo para someter a los dominicanos otra vez a su dominio. Hubo guerras, invasiones, presiones diplomáticas y negociaciones, todo lo cual fue reafirmando en los dominicanos el sentimiento de que ellos eran totalmente diferentes a los haitianos, esto es, blancos, católicos e hispánicos. Pero resultaba que los haitianos eran mucho más numerosos y militarmente más poderosos. Esto hizo nacer en los dominicanos un gran sentimiento de



inseguridad que los llevó a buscar el apoyo de potencias europeas aun a cambio de ofrecer a estas potencias la adquisición de ventajas territoriales o a ejercer alguna forma de protectorado político-militar o, incluso, ofrecerles anexarse a la potencia que así lo deseara. Todo ello con la única meta de librarse del dominio haitiano. Ser dominicano en esos momentos era ser antihaitiano. Después de largas negociaciones, finalmente, en 1860, España, deseando restablecer su antiguo dominio en el Caribe, accedió a la petición del grupo gobernante dominicano de anexar la República Dominicana a los dominios españoles convirtiéndola en una provincia de ultramar. Ya en marzo de 1861 las primeras tropas españolas llegaron a Santo Domingo donde permanecerían gobernando hasta 1865 en que se vieron obligadas a salir después de una violenta y sangrienta guerra de dos años en la cual España perdió unos 21,000 hombres. Este es el período conocido con el nombre de Anexión y esa es la guerra conocida con el nombre de la Guerra de la Restauración de la República. Las causas de este conflicto fueron muchas, pero las de naturaleza cultural y espiritual son enormemente significativas. Como el anterior Arzobispo dominicano había muerto, el gobierno español nombró un nuevo Arzobispo peninsular que llegó a Santo Domingo inspirado por propósitos moralizantes condicionados por la rigidez del clero español de la época. En Santo Domingo encontró una sociedad donde el matrimonio canónico apenas existía y donde la mayor parte de los hombres influyentes eran masones. Frente a esta situación el Arzobispo decidió actuar queriendo obligar por ley a los dominicanos a que se casaran por la Iglesia e impidiendo el ejercicio de la masonería. Estas dos simples medidas le costaron al gobierno español gran parte de su popularidad y es sabido que fueron de los principales ingredientes del descontento que alentó la enorme reacción popular que llevó a la Guerra de la Restauración. Pocas veces arzobispo alguno fue tan impopular en Santo Domingo, incluso entre el propio clero criollo que desde hacía tiempo llevaba una vida de adecuación al medio y a las costumbres locales y no era raro encontrar un cura que fuera masón o que tuviera hijos.

Luego de la expulsión de los españoles la vida pública dominicana se hace grandemente inestable. Se suceden las revoluciones, los golpes de Estado, las conspiraciones, los levantamientos y pronunciamientos. Entre 1865 y 1879 hay por lo menos 19 gobiernos. En todo este proceso los sacerdotes intervienen en la política, adoptan posiciones, sirven de asesores a los diferentes caudillos



políticos y militares, son exiliados —nunca fusilados— e incluso llegan a ser presidentes de la República como ocurrió con Monseñor Fernando Arturo de Meriño, quien ejerció el Poder constitucionalmente durante los años de 1880 y 1882, luego que su partido logró imponerse sobre los demás grupos políticos y pudo establecer un ciclo de gobiernos cortos, de dos años, pero constitucionales, que trajeron por primera vez en mucho tiempo estabilidad política a la República Dominicana. Poco después de haber terminado su ejercicio presidencial, Meriño fue nombrado Arzobispo de Santo Domingo y durante su administración se realizaron los primeros intentos para la organización de una Iglesia verdaderamente dominicana, aparentemente como reacción a las medidas del anterior Arzobispo español. Meriño estableció un programa de formación acelerada de sacerdotes para hacer frente a la escasez de clero nacional, y en unos pocos años aumentó el número de sacerdotes dominicanos. Durante su administración se establecieron relaciones directas con la Santa Sede. Por otra parte, tuvo lugar un significativo conflicto entre la Iglesia y el Estado cuando Meriño se opuso abiertamente a la promulgación de un proyecto de ley sobre el divorcio. Otro conflicto notable que repercutió grandemente en la vida pública dominicana, fue la oposición de la Iglesia al establecimiento de escuelas laicas organizadas conforme a los criterios positivistas de la época. El positivismo llegó en esos años a la República Dominicana y atrajo inmediatamente la simpatía de los grupos cultos de la población.

El próximo Arzobispo, que sucedió a Meriño en 1906, también llegó a ser Presidente de la República. Su nombre es Adolfo A. Nouel. Llegó a ejercer la Presidencia en el año 1913 por unos cuatro meses solamente. Dentro de la evolución eclesiástica, lo más notable de la administración apostólica de Nouel es la llegada de órdenes religiosas al país por primera vez después de más de un siglo, pues debe recordarse que el clero religioso fue obligado a abandonar la Isla después de 1795 en ocasión del Tratado de Basilea. En cuestión de algunos años el clero extranjero sobrepasó en número a los sacerdotes dominicanos de manera que ya en 1930, cuando se avecina el gran cambio de la Iglesia dominicana, era notable el desbalance.

Ese gran cambio tiene lugar durante la Era de Trujillo que transcurre de 1930 a 1961. Es, por decirlo de alguna manera, el período de la Iglesia triunfalista y extranjerizante. Debido a la avanzada edad de Monseñor Nouel, la administración eclesiástica



pasó a manos de un extranjero, de nombre Ricardo Pittini, quien fue hecho Arzobispo de Santo Domingo y desde el principio trató de estrechar lo más posible las relaciones de la Iglesia y el Estado en la República Dominicana. Esta política sirvió mucho, al menos desde el punto de vista utilitarista, a los intereses inmediatos de ambas instituciones, pues la Iglesia Católica, en detrimento de las demás sectas religiosas, se convirtió en la confesión protegida oficialmente. A cambio de su lealtad al régimen recibió innumerables beneficios materiales que al final del período se estimaban en unos 26 millones de dólares. La Era de Trujillo es la etapa del crecimiento material de la Iglesia Católica especialmente de las órdenes religiosas en la República Dominicana. Es el período de la adquisición de inmuebles, de la construcción de colegios y seminarios, y de la adquisición de privilegios por parte de diversos sectores del clero, casi todo otorgado por el Gobierno. Todo ello se obtuvo, desde luego, a cambio de una lealtad absoluta al régimen de Trujillo. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado llegaron a su punto culminante con la firma de un Concordato entre la República Dominicana y la Santa Sede en el año 1954, en que una delegación de alto nivel de la República Dominicana, presidida por Trujillo, viajó especialmente al Vaticano a firmar con Pío XII este tratado que convirtió a la religión católica en la religión oficial del Estado Dominicano y que estableció la identidad jurídica de efectos entre el matrimonio eclesiástico y el civil. La evolución política del país hizo crisis entre 1959 y 1960. Las implicaciones de esta crisis afectaron las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Un fracasado intento de invasión proveniente de Cuba, una extensa conspiración anti-trujillista desarrollada en el interior del país, que fue descubierta y luego reprimida, un intento de asesinato contra el Presidente Betancourt de Venezuela, que al ser descubierto hizo que la Organización de los Estados Americanos aplicara sanciones económicas al régimen de Trujillo; todas estas cosas juntas, produjeron un notable deterioro en la situación nacional y Trujillo, tratando de reforzar aún más las bases del régimen, buscó apoyo de la Iglesia, su aliada tradicional, solicitando que los obispos de la República Dominicana le otorgaran el título de “Benefactor de la Iglesia Dominicana”. Los obispos se resistieron rechazando finamente el asunto lo cual contribuyó más a complicar la situación y permitió a los opositores del régimen identificar dentro de la Iglesia algunos grupos que podían servir para apoyar el movimiento de resistencia contra el gobierno de Trujillo. En 1960 los obispos habían emitido



una carta pastoral llamando la atención sobre las condiciones de vida del pueblo dominicano. Los términos en que fue redactada esta carta no dejaba duda de que la Iglesia había decidido separarse de un régimen que se desmoronaba. De aquí al enfrentamiento directo con el régimen sólo hubo un paso. Trujillo desató una abierta campaña contra la Iglesia a través de la radio y la prensa y dispuso que sus agentes de seguridad vigilaran y persiguieran a los miembros del clero que se habían destacado como críticos del Gobierno. Tan grave llegó a verse la situación que en mayo de 1961, cuando Trujillo fue asesinado, existía un virtual estado de guerra entre el Gobierno y la Iglesia: un obispo se encontraba fuera de su diócesis escondido en su casa donde esperaba ser asaltado de un momento a otro por turbas gobiernistas.

La muerte de Trujillo abre un nuevo período en la historia de la Iglesia en la República Dominicana porque casi coincide con la celebración del Concilio del Vaticano II y permite al clero dominicano comenzar una labor de crítica social que hasta entonces le había sido vedada. La década de 1960 a 1970 fue en la República Dominicana, al igual que en toda América Latina, la década del fermento revolucionario. En cuanto a la Iglesia respecta se pueden ver claramente dos períodos: el primero cubre desde el 1960 a 1965, y el otro a partir de este último año en adelante. El primero nos presenta a la Iglesia dominicana recibiendo una masiva inmigración de clero cubano, una buena parte de ellos jesuitas que emigraron de esa isla huyendo del régimen de Fidel Castro. La propaganda anticubana tanto gubernamental como internacional junto con las historias personales de cada uno de los religiosos que llegaron a la República Dominicana contribuyeron a conformar una actitud de anticomunismo militante en la Iglesia dominicana. Esta actitud llevó a miembros del clero a participar activamente en la política y a aliarse con grupos políticos de la derecha que organizaron el golpe de Estado de septiembre de 1963 contra Juan Bosch. Fue necesario haber sufrido el gran trauma de la guerra civil de 1965 para que la Iglesia cobrara conciencia de que su anterior alianza con los grupos reaccionarios podría resultar a la larga inconveniente. Esta toma de conciencia, aparentemente, se ha debido también a la difusión de las encíclicas “Mater et Magistra”, “Pacem in Terris” y “Populorum Progressio”, y, sobre todo, a la elección de obispos jóvenes de moderna formación que han servido como factores de sensibilización social tanto del clero dominicano como del extranjero. La guerra civil de 1965 y la intervención militar norteamericana de



ese año también sirvieron para llamar la atención del clero de que el enemigo del pueblo dominicano no era solamente el comunismo. La Iglesia, luego de esas experiencias, se ha mantenido en una posición de búsqueda de vías para favorecer el cambio social en función de los principios de las encíclicas papales, aunque todavía falta mucho por recorrer en ese sentido. Se nota, asimismo, durante el período, el esfuerzo de la Iglesia por actuar como árbitro en la vida pública dominicana dando a entender que su misión trasciende los objetivos materiales de la sociedad. En este sentido, los obispos han tratado de mantener en los últimos años una actitud mucho menos comprometida con las instituciones oficiales que en el período anterior. Y hoy la Iglesia dominicana ha recuperado parte de su legitimidad perdida al ejercer su ministerio apostólico con la universalidad que manda su doctrina social.



4. Una Historia de La Vega

La historia de la ciudad de La Vega comienza a desarrollarse a partir del famoso fuerte de la Concepción que Cristóbal Colón fundó en 1495, cuando se encontraba en campaña militar en el Cibao “haciéndole guerra cruel a todos los reyes que no le querían obedecer”.

Este fuerte fue construido por Colón como parte de una cadena de instalaciones militares que comenzaba en La Isabela, en la costa norte, seguía por Esperanza, cerca de Mao, continuaba hasta las montañas de Jánico, con el fuerte de Santo Tomás, bajaba hasta las orillas del Yaque, con el fuerte de la Magdalena en lo que es hoy Santiago, seguía hasta las habitaciones del Cacique Guarionex, al pie del que sería llamado Santo Cerro por los cristianos más adelante, y, finalmente, conectaba con el Bonao. Esta cadena de instalaciones militares fue completada más tarde con la fundación de Buenaventura, cerca de la Villa Altagracia de hoy, y con la ciudad de Santo Domingo en la costa sur del país. El nombre de La Vega Real fue dado al valle que Colón y los españoles contemplaron maavillados desde el Puerto o el Paso de los Hidalgos, en una cúspide de la hoy llamada Cordillera Septentrional, cerca del actual pueblo del Mamey.

Cada uno de esos fuertes fue construido en las cercanías de grandes poblados indígenas cuya ubicación coincidía con lo que parecían ser tierras auríferas, pues el mayor interés de los españoles y de Colón, particularmente, era convertir estas tierras en un gran campo de explotación de recursos naturales que hacían mucha falta en Europa, tales como especias, metales preciosos y plantas medicinales. En algunos casos las tierras probaron ser poco ricas en oro, pero en otros, como fue el caso de la Concepción de



La Vega, la ubicación fue tan feliz que en poco tiempo los conquistadores se dieron cuenta de que unos ríos abundantes en oro acompañaban a numerosos poblados indígenas en los cuales ellos podían surtir de mano de obra esclava para lavar las arenas auríferas. El potencial minero de la Concepción pudo constatarlo el mismo Colón cuando en 1496, luego de haber establecido por la violencia un impuesto de un cascabel de oro al año por cada indio adulto del Valle de la Vega Real, pues solamente el cacique Guarionex fue capaz de conseguirlo en el corto plazo fijado para la primera entrega. Colón quedó impresionado también por las grandes posibilidades agrícolas que ofrecían las tierras de la región, muy fértiles y bien regadas por innumerables arroyos y manantiales que hoy ya han desaparecido, pero que en aquellos tiempos impresionaron tanto a los españoles por su cantidad que el padre Las Casas llegó a hablar de ser esta tierra de treinta mil ríos.

Al principio, la agricultura de los españoles probó ser poco exitosa en la Isla pues, aunque muchas de las semillas que trajeron germinaron bien pronto y prometían mucho, los problemas políticos iniciales entre Colón y Roldán terminaron por obligar a los españoles a abandonar la agricultura y a entregarse en brazos de los indios para su alimentación. En la Concepción de La Vega, pues, la dieta original de sus primeros habitantes se redujo, desde los primeros días de su fundación, al casabe, al maíz, al ají y a los peces, aves y roedores que los indígenas les proporcionaban. A estos alimentos se añadieron en años posteriores los frijoles, el arroz, las judías, los garbanzos, el vino y las carnes de vaca, de carnero y de cerdo, luego que estos animales fueron importados y pudieron ser criados en cantidad suficiente para el mercado que se desarrolló a consecuencia del auge de la producción de oro.

Este auge comenzó en 1502 con el estímulo que proporcionó la llegada del Comendador Nicolás de Ovando para hacerse cargo de la gobernación de la Colonia. Ovando trajo mineros y especialistas en metales que de inmediato construyeron, por órdenes reales, una fundición en la Concepción de La Vega para convertir en lingotes todo el oro que se producía en los ríos de la región, el cual debía ser exportado hacia la Península. La ubicación céntrica de la Concepción, como recogiendo en un embudo el flujo de las comunicaciones hacia Santo Domingo de los otros fuertes del Valle de La Vega Real, favoreció que esta fundición se estableciera aquí. También favoreció este hecho el importante acontecimiento del descubrimiento de arenas auríferas en el río Verde, que fue durante



varios años uno de los ríos más ricos de la zona. Los años de los gobiernos de Nicolás de Ovando y de su sucesor Diego Colón, de 1502 a 1515, convirtieron la Isla en territorio minero en donde nada que no tuviese relación con la extracción de este metal tenía mucho sentido o importancia. Durante estos años, miles de personas afluyeron de España hacia Santo Domingo y desde allí se desparramaron por toda la Isla en busca de fortuna luchando por encontrar un filón de oro o un río que los enriqueciera de la noche a la mañana. Esta fue una inmigración de muchos hombres y pocas mujeres.

En pocos años la Isla fue poblándose con gente venida de los lugares más pobres de España, particularmente de Andalucía y Extremadura. Rápidamente se definieron dos polos urbanos en la Isla, al ser los dos principales polos de la producción minera: Santo Domingo y La Concepción. Santo Domingo se convirtió, en razón del puerto, en la capital administrativa y política de la Colonia, pero la Concepción se transformó, de un simple fuerte de avanzada, en un pujante centro minero con una imponente fortaleza, originalmente construida de madera y yaguas, pero más adelante de ladrillos y tapias, con cientos de casas, una catedral y miles de hombres y mujeres viviendo en una lucha constante entre sí y contra el Gobierno, tratando de acumular la mayor cantidad de oro a costa del trabajo de decenas de miles de indios. La sociedad vegana de principios de siglo XVI, lejos de ser el idílico centro urbano que una vez nos pintaron en la escuela, era un centro de explotación de indios, de luchas sórdidas entre los encomenderos y dueños de minas, de abusos comerciales que se cometían aprovechando la avalancha de inmigrantes y la escasez de productos alimenticios, de precios excesivos, de numerosas dificultades políticas y de una codicia colectiva rampante que hizo olvidar a sus habitantes toda noción cristiana de la dignidad ajena. Nada que no estuviese encaminado a la producción de oro tenía mayor valor. La Concepción tenía sus tabernas, y mucho dinero debió cambiar de manos en los juegos de azar que eran tan populares entre los españoles del siglo XVI.

La riqueza de las minas y la concentración del oro de toda la región en la ciudad, a causa de la fundición que se realizaba varias veces al año, creó una dinámica social muy propia de toda sociedad minera en donde el dispendio, la corrupción y la violencia son la ley del día. Los más ricos hacían galas de sus trajes de seda labrada en oro importados directamente desde España, o de sus



casas en mampostería fabricadas a la usanza sevillana. Otros presumían de caballeros y de una nobleza que su pobreza les impidió alcanzar en España, pero que ahora el oro parecía borrar en un abrir y cerrar de ojos. La Concepción llegó a tener, al decir de Las Casas, la mayor concentración demográfica urbana de la colonia al alcanzar su población la cifra de 10,000 habitantes. Para tener una idea de dónde salió tanta gente, hay que saber que solamente en siete años, esto es, entre 1501-1509, llegaron a la Isla unos 972 barcos cargados de gente.

Esta enorme masa de gente generaba demanda por alimentos, prendas de vestir y objetos de uso doméstico. No hay noticias claras sobre el comercio local en estos años, pero sí se sabe que la necesidad de azúcar era tan grande que en 1506 un vecino de la Concepción de apellido Aguilón, estaba sembrando caña y construyó un trapiche para abastecer de azúcar el mercado local. Y parece que el negocio resultó muy bueno pues en 1513 el alcalde de la ciudad, llamado Miguel Ballester, quiso participar también y construyó un segundo trapiche, mucho más grande que el de Aguilón, para vender azúcar en la ciudad y colocarla en otros puntos de la Isla, particularmente Santo Domingo y Santiago. Estos fueron, dicho sea de paso, los dos primeros ingenios de azúcar construidos en el Nuevo Mundo. Si la industria azucarera no prosperó más adelante en la Concepción de La Vega, se debió a la falta de caminos que imposibilitaba el transporte hacia la costa desde donde el azúcar se exportaba a España, como lo probó más adelante la experiencia histórica.

Esta incomunicación con los puertos de la costa sur ayuda a explicar la ruina de la Concepción de La Vega entre los años 1515 a 1520. La ruina de la Concepción —la primera ruina, había que decir, porque hubo una segunda— fue la consecuencia natural de la crisis de la economía aurífera colonial que estalló en 1515 a consecuencias del agotamiento de las minas, que fue concomitante con la desaparición de la población aborigen. Ni en la Concepción de La Vega ni en ningún otro pueblo de la Isla los indios eran alimentados. Se sabe, como consta en numerosos documentos, que la jornada de trabajo de un indio era de unas catorce a dieciséis horas y que su dieta consistía en una torta de casabe y una o dos sardinas. Y se sabe que de los 400,000 indios que había en la Isla en 1494 a la llegada de Colón, apenas quedaban 60,000 en 1508; 33,000 en 1511; 25,503 en 1514; 11,000 en 1517 y menos de 1,000 en 1521. Sin indios no había oro, sin oro no había econo-



mía, sin economía no había ciudades. Y por estas razones fue que entre 1515 y 1522 varias de las ciudades fundadas por Ovando desaparecieron, y otras, como Santiago y Puerto Plata, tuvieron que fundir sus poblaciones para no desaparecer pues todos dejaban la Isla para ir a otro sitio donde hubiera oro e indios en abundancia. No debemos olvidar que la Concepción de La Vega, para sus primitivos habitantes, no era más que un coto minero a donde se va a buscar oro y riqueza: nada más que eso.

La gran crisis económica que afectó toda la Isla a partir de 1514 creó enormes preocupaciones entre los líderes de la sociedad colonial, pues muchos tenían grandes intereses que no querían abandonar para ir a otra parte a comenzar de nuevo. Otros, como el Obispo de la Concepción, Don Pedro Suárez de Deza, tenían que velar por la preservación de la Iglesia. Curiosamente, la experiencia azucarera vegana fue lo que salvó a la Isla de arruinarse definitivamente y levantó nuevamente la economía colonial. En una de las muchas reuniones que los vecinos de la Concepción llevaron a cabo en 1515 tratando de encontrar una solución a la crisis, se llegó a la conclusión de que lo único que podía sustituir al oro como producto de exportación en aquellos momentos era el azúcar, pues los ingenios de Aguilón y Ballester habían probado ser buenas empresas y, además, los precios del azúcar habían estado subiendo desde 1510 en Europa. Esto llevó al Obispo Pedro Suárez de Deza a escribir al Rey proponiendo que la Corona facilitara préstamos a los que quisieran quedarse en la Isla para que con ese dinero prepararan las tierras creando plantaciones de caña y construyendo los ingenios para fabricar azúcar y exportarla. La idea, como sabe, fue bien acogida y en años posteriores esos préstamos agrícolas se pusieron a la disposición de aquéllos que los querían, quienes los aprovecharon también para comprar negros africanos que sustituirían a los indios como mano de obra esclava.

La historia de la industria azucarera y de la esclavitud en Santo Domingo es bien conocida y sólo viene al caso para recordar que su primer proponente fue el Obispo de la Concepción de La Vega y que gracias a ella la economía colonial se recuperó, pero no por eso la economía vegana pudo salvarse de la caída que sufrió cuando los indios y el oro se agotaron, pues el azúcar requería comunicaciones rápidas entre el ingenio y el puerto de embarque, ya que por la calidad de este producto en aquellos tiempos, la humedad muy pronto la deterioraba y, por lo tanto, no era posible producirla en el interior de la Isla para tratar de sacarla en recuas



en enormes cantidades a través de ríos y lodazales o bajo los frecuentes aguaceros tropicales sin que se perdiera. Por falta de salida para su azúcar, la Concepción de La Vega terminó despo-blándose y en menos de seis años había pasado a ser algo así como un pueblo fantasma de pocas familias y muchas casas vacías. Ya en 1520 sus familias no llegaban a un ciento y, aunque parezca increíble, en marzo de 1528, de acuerdo con un documento oficial que daba cuenta de la ruina de los pueblos del interior, sólo había en toda la ciudad veinte familias de vecinos, “viejos e sin ser casados”, sin hijos “e todos los más estan para desamparalla”. Lo mismo pasaba con todos los demás pueblos que quedaron con alguna gente que no quiso irse a Cuba o México en aquellos años. Pero en la Concepción de La Vega, la ruina se notaba más pues este pueblo había adquirido una calidad urbana especial ya que, además de la Catedral y la casa del Obispo, había también, según este documento, un Monasterio de la Orden de San Francisco, y unos treinta edificios, todos hechos de piedra, “muy buenos”. Solamente la ciudad de Santo Domingo podía competir urbanísticamente con la Concepción de La Vega en términos urbanos y no del todo, puesto que su catedral todavía no estaba concluida.

Pero ahora, sin minas, sin indios, sin gente que las explotara, esta importante ciudad minera empezaba a sumergirse en un tiempo de olvido. Los que quedaron, los pocos que quedaron, se enclaustraron en las callejuelas enlodadas o polvorientas, según la estación, en las que comenzó a crecer la yerba y luego la enredadera y luego árboles que más adelante empezaron a encaramarse por las paredes y a habitar entre las cornisas o sobre los techos penetrando con sus raíces en el mismo hueso de mampostería de aquellas casas que durante dos décadas fueron testigo mudo de la codicia y la violencia españolas. Los que quedaron cambiaron de vida dejando el oro atrás sepultado en sus recuerdos, y se aferraron a unos cuantos conucos para cultivar los víveres necesarios y criar las vacas y los puercos cuya carne necesitaban para vivir. Muy de vez en cuando, algunos se aventuraban a llevar sus animales a vender a Santo Domingo, en donde su carne no valía nada pues a mediados del siglo XVI, sólo los cueros de vaca tenían algún valor. La abundancia de ganado era tanta que apenas se pagaba un peso por cada cuero y la carne se botaba.

De esta situación a la mayor pobreza había menos de un paso. Los vecinos de la Concepción de La Vega quedaron aislados del resto del país, no sólo por su situación económica, sino tam-



bién porque entre los años de 1533 y 1548, toda la Isla padeció una violenta y extraña guerra que impedía a los pobladores españoles salir de sus pueblos sin grave riesgo de perder la vida, ya que a medida que la industria azucarera se fue desarrollando y los dueños de ingenios importaban esclavos negros por millares, estos mismos esclavos buscaban la forma de rebelarse y alzarse a los montes, en donde se reunían con gente de su misma tribu o lengua formando grupos guerrilleros que en aquel tiempo fueron llamados cimarrones. Se sabe que cerca de la Concepción operaba un grupo de negros cimarrones que se había adueñado de sus despoblados campos y los recorría a caballo, cubiertos de pieles de buey. Fueron necesarios muchos esfuerzos y el paso de muchos años para que las autoridades de Santo Domingo pacificaran la Isla y para que los poquísimos habitantes de la Concepción tuvieran alguna tranquilidad.

Pero esa tranquilidad, que duró algo más de quince años, fue interrumpida el día 2 de diciembre de 1562 cuando un fuerte terremoto sacudió el centro de la Isla echando por el suelo las viejas paredes de piedras y ladrillos, los podridos techos de madera carcomidos y debilitados por el comején y las raíces, y dejando tras las ondas del temblor un gigantesco montón de escombros apenas adornado por una de las torres de la fortaleza y por unas cuantas columnas de la catedral y tal vez por uno que otro muro del monasterio franciscano o de la casa del Cabildo. En Santiago, como ustedes saben, ocurrió algo similar a consecuencias del mismo terremoto. Y tanto allá como en la Concepción de La Vega, los vecinos decidieron abandonar el sitio para ir a asentarse a tierras nuevas más al sur, con abundancia de agua.

La nueva población fue fundada casi a orillas del río Camú, en unos terrenos que, según la tradición, fueron cedidos o donados por una viuda cuyo nombre nadie ha podido determinar hasta la fecha. Esta nueva población no fue una ciudad ni nada que se le parezca pues sus fundadores no llegaban a veinte y lo único que tenían a mano para albergarse eran las yaguas, bejucos y varas que la vegetación les proporcionaba. Cada cual, como pudo, tal vez con la ayuda de los demás, construyó su choza de la única forma posible: un bohío que sirviera para dormir en un sitio y para poner los pocos trastos que componían los haberes domésticos en otro. No hubo orden ni concierto en la ubicación de estos ranchos que además de un precario albergue sólo ofrecían la ventaja de su ubicación en una sabana con agua y lagunas en donde había pesca



y caza abundantes, y yerba donde podían pastar sus animales. Treinta años más tarde, en 1598, “la ciudad de La Vega era ciudad de sólo nombre con no más de diez y seis casas de paja (bohíos) que no tenía calles ni plazas, sino que los vecinos andaban de una casa en otra por trillos que sus pasos abrieron por entre guayabales y brucales, que los más de los vecinos vivían en el campo; que lloviendo, no había quien fuese a la catedral, por haber grandes lodazales aún dentro del pueblo; que los canónigos que eran entonces sólo dos, para poder vivir, formentaban (sic) algunos conucos; que los diezmos eran escasísimos por haberse perdido mucho ganado entre los dientes de infinitos perros cimarrones, y con los huracanes haberse perdido los ingenios que antes habían, etc. etc. y que sería muy del servicio de Dios que se suprimiese el obispado, y los canónigos se pasasen a igual puesto en Santo Domingo”.

Así quedó la situación de La Vega durante mucho más de un siglo. Una simple aldea de un poco más de dos docenas de familias que crecían en forma puramente vegetativa, con escasísimo contacto con el mundo exterior, comunicada apenas por uno que otro vaquero que llevaba reses a Santo Domingo o a Santiago para ver si podían conseguir algo por sus cueros. Familias cuya única actividad era atender a unos conucos de subsistencia y aprovechar en forma puramente natural el ganado cimarrón que se atrevía a acercarse a la aldea. Familias que una vez al año, el 24 de septiembre, iban en romería al Santo Cerro, lo mismo que muchas otras de la región y del país, a hacer sus oraciones a la Patrona de todo el pueblo, la Virgen de las Mercedes, venerada en un santuario que atendían dos curas dominicos (a veces uno, a veces ninguno) y cuyo culto estaba ligado íntimamente a la fundación de la ciudad pues se decía que ella había hecho una aparición allí, en aquel cerro, en la rama de un níspero, para ayudar a los españoles a ganar una batalla contra los indios. El culto de las Mercedes para los veganos de aquellos tiempos y hasta bien entrado el siglo XX, sólo podía ser comparable al de la antigua Virgen de la Inmaculada Concepción, cuyo culto se celebraba el 8 de diciembre, que era la patrona de la ciudad y cuya imagen se veneró mucho en un cuadro antiquísimo que es uno de los tesoros pictóricos de América.

En medio de aquel ocio universal que la crianza de ganado libre y la agricultura de subsistencia permitían, el abatimiento cayó sobre los espíritus en toda la Isla, pues la miseria vegana fue común a todos los pueblos del país durante todo el siglo XVII. La gente se contentó con holgar y jugar gallos, rezar y cocinar, criar o



cazar ganado, guardar los cueros de vaca para venderlos cuando se pudiera, ir al río a bañarse y a pescar. La dieta se redujo a plátano y carne, frijol a veces, casabe, yuca y batata y sancocho. Todos olvidaron que alguna vez sus antepasados habían tomado vino o vestido sedas. La gente se sentía española porque no había la posibilidad de pensar de que se pudiera vivir de otra manera; era católica porque esa era la tradición y porque durante más de un siglo de encierro en el medio de la Isla el tiempo se había como estancado y se seguía siendo de la misma manera. Nada cambiaba porque evidentemente todo seguía igual. En abril de 1769, ochenta años después de su fundación a orillas del Camú, La Vega tenía, al decir del Arzobispo de Santo Domingo, Fray Domingo Fernández de Navarrete, “treinta y cinco boxios, entre grandes y chicos, malos y buenos”, y las “personas de confesión” eran 434, “los cuarenta y ocho varones, y treinta y cinco hembras, cincuenta y ocho esclavos. Los demás pardos y mulatos libres”. Estos datos de Fernández de Navarrete aparecen completados otros sesenta años más tarde, en 1739, por otro Arzobispo, Don Domingo Pantaleón Álvarez de Abreu, quien en una descripción general de la Isla, al referirse a La Vega dijo, entre otras cosas, que ya cuenta con 90 casas, una iglesia maltratada, la peor que él ha visto en toda la Isla, tres cofradías muy pobres, siendo éste un pueblo donde “falta de todo lo necesario” y donde lo que llaman plaza era una laguna cuya humedad favorecía mucho la ocurrencia de enfermedades.

Como se ve, en 175 años La Vega cambió muy poco, poquísimamente, pasando apenas de una aldea de 16 bohíos con una iglesia, a otra de 90 ranchos, con una ermita en las afueras, la de Santa Ana, en donde la pobreza sólo permitía dar misa una vez al año, el día de la Patrona. Todo el siglo XVII y la mitad del XVIII fueron un período de estancamiento y pobreza de los que sólo se salió cuando la colonia francesa de Saint Domingue, que comenzó como un centro de filibusteros y bucaneros en el lado occidental de la Isla, se convirtió en una gigantesca plantación azucarera gracias al enorme impulso que recibió de los capitales franceses que se invirtieron en la compra de cientos de miles de esclavos negros con cuyo trabajo las tierras de lo que hoy es Haití alcanzaron niveles de productividad jamás vistos en América. Este desarrollo de la colonia francesa en la parte occidental de la Isla, durante el siglo XVIII, generó una enorme demanda de carne que sólo podía ser suplida por los habitantes de la parte española. El ganado que pastaba en los montes y sabanas de La Vega Real se convirtió, en



unos cuantos años, en un tesoro muy preciado pues los hasta entonces miserables vaqueros españoles y criollos se vieron envueltos en una nueva dinámica de abastecimiento de ganado a la colonia francesa que enriqueció a muchos rápidamente y puso en intenso contacto a los habitantes de Santiago y La Vega con los franceses, a quienes se les vendía ganado a cambio de ropas, alimentos, manufacturas y medicinas. Por otra parte, la conversión de Monte Cristi en Puerto Libre después de 1760 favoreció la libre concurrencia de barcos y comerciantes de otras naciones, especialmente norteamericanos, quienes vendían a los enriquecidos vecinos del interior del país numerosos artículos que desde hacía más de un siglo no se veían. La Vega comenzó a mejorar, las familias empezaron a prosperar, la animación se hizo notable a la vuelta de pocos años y el ganado, antes mayormente cimarrón, se amansó y se cuidó con mayor esmero. Renació la fe. Algunas familias de otras zonas vinieron a radicarse a La Vega y ya a finales del siglo XVIII el panorama era, ciertamente de pobreza y de relativa escasez, pero la miseria del siglo XVII había desaparecido.

En eso estalló la revolución en Francia, a la que siguió la revolución de los esclavos en Haití, y, como ustedes saben, la cesión de la colonia española de Santo Domingo a Francia en julio de 1795, que obligaba a la mayoría de los vecinos de esta parte a abandonar la Isla para irse a vivir a otros territorios españoles en las Antillas, pues los franceses pasarían a ser los nuevos dueños de la Colonia. El Tratado de Basilea, como se le llamó a este acuerdo de cesión, fue algo así como una catástrofe para los dominicanos que después de haber creado las bases de su seguridad económica con enormes sacrificios, ahora tenían que dejarlo todo en virtud de una orden real dictada en Europa que no había tenido en cuenta para nada su opinión. Contra esta medida protestaron los habitantes de La Vega el 16 de noviembre de 1795, en un *Memorial* firmado por sus líderes más importantes, que se resistían a acatar la orden de abandono pues sabían que de hacerlo se arruinarían definitivamente. Este *Memorial* de los vecinos de La Vega es uno de los más altos ejemplos del patriotismo dominicano de todos los tiempos pues en aquellos momentos en que miles de personas optaron por la defensa de sus bienes sacrificando su apego a la Patria, los vegaños declaraban que si tenían que obedecer y emigrar, ellos lo harían “aun a costa de las incomodidades, aflicciones y trabajos consecuentes a una emigración”, pero que mientras tanto ellos se quedaban hasta tanto la Corona buscara una solución que les per-



mitiera seguir apegados al terruño que les vio nacer. Viéndolo bien, los que se quedaron en esta ocasión es posible que sufrieran más que los que se fueron pues tuvieron que soportar diez años después los estragos de la célebre invasión haitiana encabezada por Jean Jacques Dessalines que tuvo por resultado el saqueo e incendio de las poblaciones de Cotuí, La Vega, Moca, Santiago y San José de las Matas, varios cientos de cuyos habitantes, como es bien sabido, perecieron degollados, unos en el interior de sus iglesias, otros asesinados mientras eran llevados como rehenes a Haití. Pero lo cierto es que los que se quedaron resistieron a los haitianos, no sólo en tiempos de Dessalines sino también en tiempos de la Dominación bajo el gobierno de Boyer, cuando ya el pueblo, a consecuencias de su crecimiento y de su nueva fundación sobre las cenizas del incendio de 1805, había logrado ya formar calles con sus casas alineadas y estaba dotado de una plaza y una iglesia menos deplorables que a mediados del siglo XVIII. Del incendio de 1805 se salvaron la iglesia y dos casas; se perdieron los archivos.

Durante la España Boba, La Vega continuó su vida aldeana y ganadera. Un comercio raquítico, reducido a unas pocas pulperías o bodegas era todo lo que había como expresión de la vida económica de la población. Sin embargo, la vuelta del gobierno español después de la Reconquista, en 1809, tuvo efectos importantes en la configuración urbana de la población pues al reconstruirse el pueblo se trazaron las calles de nuevo, la iglesia se reedificó poco a poco, se construyó una cárcel pública, se restableció la escuela para niños y la crianza de animales volvió a recuperarse. Durante la Dominación Haitiana, el gobernador local, General Placide Lebrun, continuó este impulso constructor edificando un Palacio de Gobierno de mampostería en la manzana que queda al oriente de la plaza o del parque actual, que era, junto con la casa de mampostería que en esos años hizo edificar el influyente terrateniente Don Francisco Mariano de la Mota, la única construcción de este género en todo el pueblo. En el campo agropecuario las cosas cambiaron poco, pero el gobierno haitiano se empeñó notablemente en que la agricultura se desarrollara y la economía rural dominicana se diversificara produciendo artículos para la exportación, pues era política del presidente Boyer aumentar las exportaciones para con ello obtener la mayor cantidad de divisas posibles y pagar a Francia una deuda que Haití tenía contraída con esa potencia. En un censo agrícola de 1839 La Vega se destaca como región ganadera,



al igual que todavía lo era Moca, en donde apenas la agricultura empezaba a desarrollarse y las tierras eran, en su mayor parte tierras de crianza. Sin embargo, entre los conucos citados en el censo agrícola de 1839 aparece continuamente los de café como un nuevo cultivo introducido en gran escala en Haití por los franceses, y que ahora los haitianos fomentaban oficialmente pues en estos momentos el café era la principal fuente de divisas del Estado haitiano.

El café terminó transformando la economía vegana en el siglo XIX, pues durante muchos años la ganadería fue el principal medio de vida de los pobladores de La Vega, pero ya en 1871, en ocasión de la visita de una Comisión de senadores norteamericanos al país, se habla de que el café era uno de los principales productos agrícolas y su exportación alternaba con el tabaco cuyo cultivo, como ustedes saben, se convirtió en la actividad salvadora de los vecinos de La Vega a principios del siglo XIX luego del incendio de 1805 y del robo del ganado por las tropas haitianas. También el tabaco gozó de la protección de los haitianos y por esa razón, en 1844, cuando los dominicanos alcanzan la independencia, el tabaco gozaba de la más importante posición en la escala productiva del Cibao y, particularmente de La Vega. Hubo, se puede decir, un tránsito de la ganadería al café, desde 1822 hasta 1874, siendo este tránsito financiado con los ingresos que dejaba el tabaco. Por eso, durante la Primera República, esto es de 1844 a 1861, la economía vegana se sustenta en la pequeña propiedad, en el conuco tabaquero que permite a todos cultivar pequeños lotes, tal como fue observado por los comisionados norteamericanos en 1871, cuando escribieron que en La Vega “la tierra está repartida entre muchos propietarios, quienes cultivan café y tabaco, y lo que no consumen los despachaban a Puerto Plata para ser exportado”. Esta nueva orientación de la economía local hacia la exportación es uno de los más importantes procesos en la historia de La Vega pues creó una mentalidad empresarial en el seno de muchos de sus pobladores que le permitió, a finales de siglo, convertir a La Vega en una de las más pujantes ciudades del país.

Mientras en el Cibao del siglo XIX el tabaco era la base de la economía, en el Sur, el corte de maderas, especialmente caoba, era la principal actividad productiva. Pues bien, a nadie se le ocurrió abrir un aserradero en Santo Domingo ni en la región sur para procesar la madera que se bajaba por los ríos hasta el mar y hasta el puerto de Santo Domingo, hasta que en 1853 el cura párroco de



La Vega, Dionisio Valerio de Moya, se le ocurrió importar las maquinarias para instalar un aserradero que le permitiera contar con la madera adecuada para construir el nuevo templo de la ciudad. Es muy conocida la historia de cómo se trajeron esas maquinarias y cómo se transportaron arrastradas por mulas desde el puerto de Montecristi hasta las orillas del Camú. Y a propósito del templo, destruido hace algunos años, los ladrillos utilizados para sus muros y sus gigantescas columnas, fueron traídos por los fieles de las ruinas de La Vega Vieja, de donde también se sacaron años más tarde los ladrillos con los que se construyó la iglesia del Santo Cerro. Por esa razón, apenas quedan vestigios de los cimientos de las edificaciones coloniales en La Vega Vieja, y esto también ayuda a explicar por qué mucha gente decía en la escuela que la Concepción de La Vega se había hundido puesto que cuando uno iba a ver las ruinas apenas quedaban vestigios de las casas antiguas.

Volviendo a la economía local, y según narra Mario Concepción en un artículo sobre La Vega en el siglo XIX, “en un informe del año 1874 se consigna que la principal ocupación de La Vega es la siembra de café en gran escala, expresándose a la vez que se prepara terreno para la próxima cosecha de tabaco, pero ya al año siguiente se dice que este último cultivo se depreció extraordinariamente (a causa de la mala calidad de la hoja del tabaco dominicano pues en aquellos años los cultivadores apenas sabían cómo curarla y no podían competir con Europa con el tabaco cubano) y se abandonó su siembra”, emprendiéndose a partir de 1875 una intensa campaña en favor del cultivo del cacao que muchos vecinos y los principales líderes de la ciudad apoyaron incondicionalmente y que consiguió en Gregorio Riva un promotor sumamente eficaz cuando este empresario sugirió, y de hecho consiguió hacerlo, que se utilizaran las aguas del Camú y del Yuna para bajar los cargamentos de cacao en barcazas hasta la bahía de Samaná desde donde podía ser embarcado sin pagar los altos costos de transportación que implicaba sacar este producto en recuas hasta Puerto Plata cruzando todo el valle del Cibao y la cordillera Septentrional. Si el café estimuló la mentalidad empresarial vegana en el siglo XIX, mucho más lo hizo el cacao, producto éste que se popularizaba rápidamente en Europa y los Estados Unidos (la primera barra de chocolate se fabricó en Holanda en 1872) y cuya demanda subía día tras día en el mercado mundial. A la idea de Gregorio Riva de hacer bajar las cargas por la vía fluvial hasta Samaná, que no dejaba de tener sus riesgos, siguió la idea de construir un ferro-



carril que conectara La Vega con Samaná, de manera que el transporte de los productos cibaños fuese rápido, fácil, barato y seguro.

Algún día alguien deberá escribir la historia del ferrocarril y su impacto no sólo en la economía vegana sino también en la de todo el Cibao, así como su influencia en el desarrollo social y cultural de la región. El ferrocarril resultaba sumamente atractivo para todos pues en el siglo XIX este medio de transporte era el símbolo del progreso económico y de la civilización. Además, la apertura del ferrocarril a través del Cibao oriental significaba la apertura de las mejores tierras para el cacao que había en el país. Gregorio Riva fue apoyado por los principales líderes de la región, finalmente sensibilizó a los diferentes gobiernos que hubo entre 1881 y 1884 hasta que finalmente, en este último año, se comenzaron los trabajos de su construcción y ya el día 16 de agosto de 1887 estaba inaugurado. Con la inauguración del ferrocarril, dice Mario Concepción, “La Vega pudo iniciar una era de verdadero progreso, puesto que ya podría exportar fácilmente el cacao, cuyo cultivo había crecido enormemente junto al café, y podía importar, asimismo, mercancías de una manera regular. Casi de la noche a la mañana, por el solo efecto del ferrocarril, surgieron docenas de negocios en La Vega, dedicados casi exclusivamente a la exportación y a la importación, la mayoría de ellos concentrados en la Calle del Sol (hoy llamada Juancito Rodríguez)”.

La animación económica de estos años produjo bastante animación cultural. En 1878 se fundó la Sociedad la Progresista. En 1885 se fundó la Sociedad Amor al Estudio, beneméritas instituciones éstas que fueron creadas por sus fundadores para oponer al espíritu bélico de aquellos tiempos de revoluciones, caudillismo y golpes de Estado, una actividad creadora y civilizadora en favor del progreso y del estudio, de la cultura y de la educación del pueblo. En esos años se instalaron escuelas. La Sociedad Amor al Estudio creó una escuela secundaria. Varios jóvenes viajaron a la Capital a estudiar con Eugenio María de Hostos. Se crearon dos clubes sociales, el Camú y el Club Amantes del Progreso. Se fundó el primer diario vegano, con el título de “Las Noticias”, que publicaba noticias internacionales venidas por el cable francés instalado en esos días por el Gobierno central. Fueron esos los días de la construcción de un parque de recreo donde estaba la vieja plaza y de la dotación a la ciudad de un reloj público por parte de la sociedad la Progresista. En pocas palabras, los últimos 25 años del siglo



XIX fueron la época del inicio de la gran transformación económica, social y cultural de La Vega. Pronto el ferrocarril Sánchez—La Vega, se conectó con Salcedo, Moca, Santiago y Puerto Plata, y así el Cibao quedó perfectamente comunicado con un eje de actividad económica que contrastaba mucho con el antiguo eje de actividad militar que componían los fuertes construidos por Cristóbal Colón en los inicios mismos de nuestra historia.

Al finalizar el siglo XIX, en el año 1898, según un censo local realizado en esos días, La Vega había sufrido una transformación difícil de creer, pues ahora la ciudad contaba “con 21 calles con 73 manzanas y en ellas 789 casas, de las cuales seis eran de dos plantas, dos de estas últimas de mampostería con techo de zinc y una de madera solamente. En cuanto a casas de un solo piso, había 19 de mampostería con techo de zinc, 2 de mampostería y madera techadas de zinc; 174 de madera solamente y techo de zinc, y 597 de madera con techo de yagua. Los habitantes alcanzaban a 3,406, de los cuales 1,510 eran hombres y 1,896 mujeres, “entre los cuales había 70 extranjeros. También había 6 escuelas para varones, 8 para hembras y los profesores alcanzaban la cifra de 21 personas, en tanto los estudiantes subían a 450 en toda la ciudad.

La Vega, como el resto del país, terminó en el siglo XIX con excelentes auspicios. La República Dominicana se incorporaba rápidamente al mercado mundial al desarrollar una economía exportadora basada en el azúcar, el cacao, el café y el tabaco. La Vega, bajo el impacto del ferrocarril, como hemos visto, terminó convirtiéndose en un importante centro urbano en torno al cual se movía la economía agrícola y comercial del Cibao Central.

En 1900 se creó una escuela normal y los comerciantes más acaudalados iniciaban o completaban numerosas construcciones de mampostería. Se establecieron clubes deportivos y fábricas de hielo; se abrieron nuevos periódicos y revistas en los años 1903 y 1904 (*La Paz*, *El Adalid*, *La Gaceta Judicial*, el *Boletín Municipal* y la *Revista Ideal*). En 1903, también se creó el primer banco comercial de la ciudad que, aunque tuvo corta vida, es un indicador del crecimiento de la economía monetaria en la zona. También surgieron nuevas escuelas, una de ellas nocturna, en donde se impartían las asignaturas de Derecho, Historia, Historia Natural, Economía Política, Aritmética y Gimnasia. En 1906, se inauguró un nuevo teatro auspiciado por la Sociedad “Amor al Estudio”.

Ahora bien, este desarrollo extraordinario que estamos reseñando era sólo relativo en comparación con lo que La Vega había



sido hasta hacía poco tiempo y con lo que era el resto del país, pues, en 1906, la ciudad sólo tenía cinco abogados, seis médicos (todos extranjeros), un solo ingeniero, graduado en Francia, tres farmacéuticos, dos agrimensores y cinco notarios. Mario Concepción recoge en su libro varias notas extraídas del *Directorio* de Enrique Deschamps, que dan cuenta que en 1906 había cuatro hoteles, aunque, desde luego, su escala debió ser modesta. Con todo, la vida económica de la ciudad era activa y pujante. Había tres aserraderos, ocho alfarerías para fabricar ladrillos debido a que las construcciones de la ciudad se hacían normalmente con este material, trece destilerías de alcohol y unos 140 establecimientos comerciales “además de dos agencias funerarias, cuatro barberías, dos chocolaterías, ocho carpinterías, tres herrerías, 3 latonerías, nueve modistas, nueve músicos, dos sombrererías, tres baulerías, un tonelero, cuatro tenerías, doce zapaterías y trece talabarterías”.

El crecimiento económico era notable y no se interrumpió ni siquiera por el temporal de San Severo que comenzó el 6 de noviembre de 1909 y produjo inundaciones que destruyeron la más antigua barriada de La Vega, Zafarraya, cuya población tuvo que ser mudada a una sabana propiedad del Ayuntamiento conocida como la Estancia de la Cigua, que según Mario Concepción había sido comprada por el Ayuntamiento para “la proyectada ciudad de Guarionex”.

De esta época datan numerosos avances culturales en la ciudad. Nuevas escuelas, periódicos y revistas y sociedades culturales fueron fundadas en esos años. El teatro “La Progresista” se inauguró el 5 de agosto de 1910 “conforme a planos del ingeniero Zoilo Hermógenes García, siguiendo diseño del teatro de La Opera, de París, Francia”. En los años siguientes fueron muchas las compañías de zarzuela, de ópera y de bailes procedentes de distintos puntos de Europa que atravesaron las selvas húmedas del corazón del Cibao a bordo del ferrocarril que cruzaba ciénegas y cacaotales para enfrentarse con un público culto y educado, amante de las bellas artes que se movilizaba de todas partes del Cibao a presenciar sus actuaciones.

Todavía hay vegaños que recuerdan el famoso restaurante La Gioconda, construido en madera calada fabricada al estilo morisco. Otros recuerdan la instalación del teléfono urbano también en ese año, y la terminación de los trabajos de modernización del Parque Central que fue bautizado por el Ayuntamiento con el nombre de Parque Duarte. Otros recuerdan el día que voló el primer avión



construido por el ingeniero García en La Vega, en 1912, y el día que llegó el primer automóvil a La Vega, el 27 de junio de ese año, procedente de Santiago con un chofer puertorriqueño.

Los amigos de los clubes también recuerdan la fusión de los clubes Camú y Unión en el Casino Central, a mediados de 1913, y la celebración de los primeros Juegos Florales, en abril de 1915.

De los años de la Ocupación Militar Norteamericana son las noticias de los inicios de la urbanización de Villa Carolina y de la inauguración del Hospital “La Humanitaria”, así como el establecimiento del servicio de alumbrado público a base de acetileno, en 1919, que en 1920 fue ampliado con un servicio de alumbrado eléctrico a cargo de una empresa privada que instaló 65 lámparas de cien watts cada una, y que funcionaba hasta las 3:00 de la madrugada.

Aunque la crisis económica del año 1921 lesionó notablemente el comercio de La Vega, el impulso cultural adquirido en los primeros veinte años del siglo no se detuvo y durante el gobierno de Horacio Vásquez La Vega seguía activa con la formación de clubes literarios y culturales, y la construcción de nuevos edificios de mampostería y de concreto, así como con la creación de nuevas escuelas y colegios, como el Inmaculada Concepción, y nuevos periódicos, como *La Palabra*, en el cual, dicho sea de paso, publiqué yo mi primer artículo 33 años más tarde, en 1962.

De esos años data también la instalación de los dos primeros cines, El Rívoli y La Progresista. En este último, como nota curiosa, reseña Mario Concepción que el 9 de octubre de 1929 se hizo una prueba de cine parlante que no tuvo gran acogida entre el público.

Las noticias que he ofrecido en este trabajo son una síntesis muy apretada de la historia de la Concepción de La Vega. Una visión diferente de esa historia ha sido recogida con novedosos detalles por Don Mario Concepción, en su libro *Historia de la Concepción de la Vega*. Mario Concepción es un hombre de labor tesonera e incansable espíritu de abeja; un hombre bueno y trabajador, inteligente y servicial que nunca le ha regateado a nadie el favor de su conversación amena e ilustrada, y que siempre ha estado abierto a todos los estudiantes y estudiosos que han acudido a él para aprender acerca de las raíces que alimentan el árbol de la veganidad.

De Mario Concepción aprendí muchas cosas cuando yo era jovencito e iba todos los días después de comida a su casa a oírlo hablar y a ver sus papeles amarillos y empolvados que olían a



hongos sin edades y a tiempo viejo. Su casa fue para mí durante muchos años como un templo, el único templo en donde se conservaban los secretos y misterios del pasado del pueblo que me vio nacer y cuya historia Mario Concepción ha vuelto a desenterrar con inigualable amor y con extraordinario detalle.



5. La Primera Abolición de la Esclavitud en Santo Domingo

En el territorio de la Isla Española que a partir de 1844 se ha venido llamando la República Dominicana no es posible hablar de la abolición de la esclavitud, sino de las aboliciones que fueron llevadas a cabo en los años 1801 y 1822, pues no hubo allí una sino dos aboliciones. Y cosa curiosa, esas aboliciones no fueron el resultado de ninguna campaña iniciada o financiada por ninguna de las sociedades abolicionistas tan en boga en las Antillas y en Europa en ese entonces, sino que, por el contrario, fueron el resultado de dos invasiones militares llevadas a cabo bajo el liderazgo de Toussaint L'Overture, una, y bajo la dirección de Jean Pierre Boyer, la otra, con el propósito de unificar la Isla bajo un solo gobierno y proteger la libertad de los negros haitianos adquirida después de una sangrienta revolución que costó decenas de miles de vidas. Aunque no pretendo presentar ninguna tesis en el curso de este trabajo no está demás decir desde ahora que en sus dos momentos, esto es, 1801 y 1822, la abolición de la esclavitud en la colonia española de Santo Domingo fue la obra de intereses extranjeros que obraron en contradicción con importantes intereses y fuerzas sociales existentes en la sociedad dominicana de aquellos tiempos.

Ahora bien, el caso dominicano es un caso de matices y de acontecimientos sinuosos y cambiantes dentro de una dinámica sumamente contradictoria, sobre todo cuando se le contrasta con las demás luchas por la liquidación de la esclavitud en otras partes de América y, particularmente, del Caribe. Pues resulta que desde dos décadas antes de terminar el siglo XVII surgió en Santo Domingo una doble política relativa a la presencia de los negros en la Colonia que se mantendría durante casi un siglo. Me refiero a una especie de “abolición permanente” de la esclavitud que afectaba a



los esclavos que se fugaban de la parte francesa de la Isla e iban a parar a Santo Domingo buscando auxilio, pues aquí las autoridades españolas, en su empeño por restarle fuerza de trabajo a los franceses, optaron por dejar libre automáticamente a todo esclavo que desertara de sus plantaciones dejándolo gozar de la más plena de las libertades. Por otra parte, sin embargo, los negros que trabajaban al servicio de sus amos españoles debían seguir siendo esclavos y para obtener su manumisión debían proceder conforme lo establecían las leyes españolas, esto es, reuniendo los célebres 300 pesos necesarios para pagar a sus amos por su libertad. Esa doble política se inició en 1677 en ocasión de haber pasado a Santo Domingo unos doce esclavos negros que escaparon de las posesiones francesas y al llegar el Gobernador interino Don Juan Padilla y Guardiola los acogió favorablemente dejándolos vivir a sus anchas en los alrededores de la Capital.

Esa medida tenía una razón política que consistía en perjudicar a los franceses que usurpaban las tierras occidentales de la Isla en forma cada vez más creciente y que a medida que iba aumentando su población servil les iba siendo más difícil controlarla. “Se consideró —declaró el Gobernador de Santo Domingo en una carta— que con el medio de darles libertad se invitara a los demas que pueblan y cultivan la vanda de el norte para que la desamparasen, y el enemigo experimentase este modo de hostilidad”. En muy poco tiempo el número de negros huidos alcanzó la cifra de cincuenta y todos juntos fueron asentados en unas tierras baldías del lado oriental del río Ozama “que distan aun no una legua de esta ciudad para que hagan población que ya la an comenzado con el nombre de San Lorenzo”¹. Desde entonces, en 1678, se convirtió en norma política de las autoridades de Santo Domingo agasajar a todos los negros que huían de las plantaciones francesas y se creó incluso una patrulla especial para buscarlos donde quiera que se encontraran escondidos de los franceses para atraerlos a residir al pueblo de San Lorenzo de Los Mina, como se le llamó a esta población en virtud de que los primeros negros asentados eran del grupo Mina, de Angola, posesión portuguesa en Africa.

La Corona española apoyó estas medidas de sus funcionarios coloniales en Santo Domingo. Lo más curioso de todo fue que el antagonismo político con Francia pudo más que el deseo de algunos vecinos de apropiarse de esos negros para sí pues en esos momentos casi no había esclavos en la colonia española. El último cargamento había llegado hacía más de diez años en un período de



extrema miseria y el precio de los esclavos había sido demasiado alto para la pobreza de la tierra². Los vecinos tuvieron que contentarse con esta nueva política que los dejaba nada más que con los pocos esclavos que habían podido conservar y los obligaba a contemplar cómo todo esclavo escapado de la parte francesa queda automáticamente libre al acogerse a la protección de las autoridades españolas.

Las autoridades francesas, por su parte, no se quedaron tranquilas frente a esa política sin precedentes e hicieron todo lo posible por conseguir que los españoles les devolvieran sus esclavos fugitivos enviando emisarios que en 1697 lograron aprovechar la coyuntura de la Paz de Ryswick y convencer al entonces gobernador español, Don Ignacio Pérez Caro, para que firmara un acuerdo por medio del cual los franceses se comprometían a pagar a los españoles la suma de 25 pesos por cada esclavo devuelto a sus antiguos dueños. Sin embargo, este acuerdo no fue nunca cumplido por los españoles pues éstos siempre argumentaron múltiples pretextos para no devolver esos esclavos, convertidos ahora en trabajadores libres o en peones de los principales propietarios de la Colonia. Si hubo un problema que mantuvo un punto de irritación permanente en las relaciones entre franceses y españoles a lo largo del siglo XVIII en la Isla de Santo Domingo, además de la cuestión de los límites fronterizos, puede decirse que éste fue el problema de los esclavos huidos de la parte occidental³. En 1709 los franceses intentaron hacer cumplir el acuerdo nombrando un Comisionado para que residiera en Santo Domingo y tuviera a su cargo recibir los negros fugitivos a cambio de los 25 pesos mencionados, pero esta medida probó ser infructuosa pues con la gran escasez de mano de obra negra que siempre hubo en Santo Domingo nadie estaba dispuesto a ceder los negros que ya trabajaban como peones en su favor, a cambio de una cantidad de dinero que era una suma mínima en relación con el precio de un esclavo en aquellos días. Por ello, en 1711, el Gobernador español Guillermo de Morfi, lejos de obligar a los vecinos a devolver a los esclavos huidos de la parte francesa, favoreció su apropiación y retención en calidad de hombres libres en la parte española.

Sin embargo, en unos momentos en que España se encontraba diplomáticamente dominada por Luis XIV, debido a la presencia de su nieto Felipe V en el trono español, las presiones francesas hicieron que la Corona española reprobara la decisión de sus autoridades en Santo Domingo y ordenara a su Gobernador que hiciera



lo posible para que los negros fueran devueltos a sus dueños. En 1715 las autoridades francesas nombraron un funcionario para que fuese a Santo Domingo a recibir los negros fugitivos que supuestamente le serían entregados, pero este comisionado no tuvo ningún éxito al no obtener ninguna colaboración de las autoridades españolas⁴. Dos años más tarde, en 1717, los franceses se quejaban de la reticencia de los españoles a cumplir con el acuerdo y observaban que “cerca de 1,000 negros cimarrones han desertado a vuestras regiones y no han sido restituidos más que dos y a quien ellos pertenecían ha tenido que pagar 212 piastras; el acuerdo de las 25 piastras ha sido olvidado”⁵. A pesar de las continuas demandas francesas el entonces Presidente español Don Fernando Constanzo y Ramírez declaró a principios de 1721 que no devolvería ningún negro como no fuese con la orden expresa de su Corona.

Como en ese año los gobiernos de Francia y España habían llegado a un acuerdo de paz y amistad en Europa, los franceses aprovecharon el deseo de España de no ofender a Francia y obtuvieron que Felipe V ordenara al Gobernador Constanzo y Ramírez, en agosto de 1722, que devolviera sin tardanza los referidos negros⁶. Esta orden expresa hizo que Constanzo y Ramírez, de muy mala gana, hiciera arrestar unos 128 negros que había en Santo Domingo y diera órdenes de arrestar a todos los que convivían libremente con el resto de la población española en los demás pueblos del interior de la Isla, entre ellos La Vega, Santiago y Cotuí, para entregarlos a los franceses. Y aunque los franceses enviaron en 1723 un buque que fondeó en la Bahía de Ocoa para trasladar en él a los negros, la oposición de la población española a la repatriación de los fugitivos fue tal que bien pronto estalló una rebelión. Los españoles que opusieron a viva fuerza al embarque y entregaron armas a los negros, sosteniendo que eran libres. Poco faltó para que los comisionados encargados del traslado perdiesen la vida⁷. Con este incidente las relaciones entre los gobiernos de ambas colonias se hicieron tensas en lo que respecta a los esclavos huidos de Saint Domingue, pues los españoles habían descubierto una fuente de aprovisionamiento de mano de obra barata y no estaban dispuestos a perderla.

Ahora bien, el problema no cesó y los esclavos de la parte francesa siguieron huyendo y penetrando dentro de la Colonia española donde se asimilaban a la población con una categoría de hombres libres, pero de ciudadanos de segunda clase que los obligaba a servir a los españoles en calidad de peones o de trabajadores



manuales. Como tales, los españoles sacaban mucho partido de esos negros haciéndolos trabajar en las obras públicas de Santo Domingo y de los demás pueblos del interior, haciéndolos servir en las milicias algunas veces contra los mismos establecimientos franceses, o haciéndolos trabajar como peones en sus hatos. Pero a juzgar por el interés de los negros franceses por permanecer en la parte española de la Isla, se puede decir que ellos preferían esta condición de hombres libres de segunda categoría, a la de esclavos sin ningún tipo de derechos, que era su situación cuando estuvieron sometidos a la servidumbre en la parte francesa donde, como se sabe, las condiciones de la esclavitud eran mucho más duras que las de la parte española. Andando el tiempo los franceses quisieron resolver el asunto nombrando encargados de recibir a los negros en ciertos sitios de la frontera de manos de otros encargados españoles nombrados para estos fines, pero también esto fracasó y el problema se mantuvo vivo hasta 1777, fecha en que se firmó un acuerdo definitivo de límites entre Francia y España para zanjar de una vez por todas los diversos problemas que acarrearía la presencia de dos colonias tan disímiles disputándose las tierras de una isla tan pequeña. El Tratado de Aranjuez, que así se le llamó a ese acuerdo, definió las fronteras y, al mismo tiempo, estableció que de ahora en adelante las autoridades españolas se comprometían solemnemente a devolver a todo negro que cruzara los límites huyendo de las plantaciones francesas⁸. Esta vez el acuerdo sería respetado, y una prueba de ello la encontramos en julio de 1790 cuando los mulatos Vicente Ogé y Jean Baptiste Chavannes cruzaron la frontera buscando refugio en la parte española luego que su movimiento en favor del reconocimiento de la gente de color en Saint Domingue fracasara. Ogé y Chavannes fueron atrapados por las autoridades españolas y, pese a la oposición que hubo en Santo Domingo, fueron devueltos a la parte francesa en donde fueron ahorcados⁹.

La documentación sobre este particular es larga y merece un estudio aparte. Sin embargo, conviene decir que el Tratado de Aranjuez y sus artículos sobre la devolución de los negros fugitivos estuvo vigente mientras Francia y España mantuvieron las paces, pues no bien estalló la guerra entre ellas en marzo de 1793, las autoridades españolas de Santo Domingo variaron su política de los últimos años e hicieron pública la decisión de acoger a los negros esclavos rebelados. La confusión existente en la parte francesa a consecuencia de la rebelión de los esclavos en 1791 propor-



cionaba la posibilidad de que, ayudando a los líderes de los esclavos rebelados, los franceses pudieran ser expulsados de la Isla y España recobraría las tierras del oeste perdidas hacía más de cien años. Así fueron atraídos Jean Francois, Biassou y Toussaint al servicio de los españoles aceptando estos líderes la ayuda de los comandantes españolas de la frontera. Durante los meses siguientes los esclavos rebelados y las tropas españolas lucharon aliados contra los franceses hasta que se produjo la invasión inglesa en Saint Domingue. Entonces fue cuando el Comisario Santhonax, consciente de que sin el apoyo de las mayorías negras no podía expulsar a los ingleses del país, decretó el 29 de agosto de 1793 la abolición de la esclavitud en la colonia francesa de una vez y para siempre. Como se sabe, en mayo de 1794 Toussaint abandonó a los españoles y fue a Saint Domingue con toda su gente, que sumaba unos 4,000 hombres, a dar apoyo a la causa de la libertad de los negros en donde él creía que podía hacerse más efectiva eventualmente.

Los negros se dividieron, pues una parte quedó luchando al lado de los españoles formando una curiosa categoría de soldados y, desde luego, de hombres libres llamados “negros auxiliares”. Las fuerzas francesas, compuestas ahora en gran medida por las masas de Toussaint, obligaron a los españoles a evacuar los importantes puestos fronterizos de San Rafael, San Miguel de la Atalaya e Hincha y andando el tiempo ocuparían militarmente los poblados de las Caobas y Bánica, de donde los vecinos españoles salieron huyendo con lo poco que tenían. En 1795 la posición de España en la guerra de Europa, lo mismo que en la de Santo Domingo, no podía ser más crítica, y lo que vino a impedir el avance de las tropas de Toussaint fue la firma de un Tratado de Paz entre Francia y España en julio de 1795, por medio del cual España cedió a Francia la colonia de Santo Domingo a cambio de sus territorios perdidos en la Península¹⁰.

A partir del momento en que se aplicara el Tratado, Francia gobernaría a los pobladores de Santo Domingo. A esos mismos pobladores que habían pasado más de un siglo en constante lucha contra la penetración francesa. Esa noticia, como es de imaginar, produjo la mayor de las consternaciones y la población protestó contra la cesión en las más diversas maneras. Como la cesión era definitiva, varios miles de personas optaron por emigrar e ir a vivir a otras partes de las Antillas, especialmente, Caracas, Puerto Rico y Cuba. El abandono de las propiedades era preferible a ser fran-



cés, sobre todo si el gobierno francés de Saint Domingue, que sería el encargado de regir la cedida colonia española, iba a arruinar a los propietarios despojándolos de sus esclavos, tal como había hecho en la parte francesa. Este, desde luego, era el razonamiento de los propietarios de Santo Domingo. A partir de 1795 mucha gente salió de Santo Domingo, unos por las buenas, como los más recalitrantes funcionarios coloniales cuyo hispanismo los hacía repugnar a los franceses, otros por las malas, como fue el caso de las órdenes religiosas, parte del clero y muchos propietarios que en ningún momento quisieron abandonar sus propiedades en Santo Domingo hasta no tener tiempo de venderlas y de cobrar todas las deudas pendientes¹¹.

De todos los emigrados, los que tenían esclavos hicieron todo lo posible por llevárselos consigo a sus nuevos lugares de residencia. Los esclavos eran considerados bienes y, como tales, el Tratado de Basilea, según la interpretación española, permitía su extracción y mudanza de la colonia de Santo Domingo¹². Sin embargo, los franceses pensaban de otro modo. No debemos olvidar que ahora gobernaba en Saint Domingue el General Juan Esteban Laveaux, un jacobino radical que creía fervientemente en los principios igualitarios de la revolución y que, además, sabía que la garantía de su poder residía en el apoyo de las masas libertas encabezadas por Toussaint L'Overture. Las noticias del Tratado que Laveaux recibió de Francia le indicaban que él debía prepararse para tomar posesión de la parte española en cuanto la Convención enviara fuerzas suficientes para auxiliarlo en esa operación, o en cuanto el Gobierno francés lo considerara conveniente. La interpretación de Laveaux al Tratado de Basilea, así como la de los comisionados enviados a Santo Domingo a preparar la transferencia de mando, era de que las leyes francesas que regirían en la parte española, debían ser divulgadas entre la población de Santo Domingo para ilustración de los esclavos y de sus propietarios¹³.

De ahí que Laveaux enviara comisiones a la parte española con el encargo de hacer correr impresos en donde se publicaba y se hacía conocer el Decreto sobre la libertad de los esclavos del 29 de agosto de 1793. Esas comisiones, lo mismo que la literatura que hicieron circular abundantemente por todos los campos y ciudades de Santo Domingo, fueron grandemente repudiadas por los principales propietarios y funcionarios de la Colonia. El Gobernador Don Joaquín García y Moreno escribió al General Laveaux protestando por esa intervención en los asuntos internos de la colonia



española antes de que los franceses tomaran posesión de ella¹⁴. Laveaux no se dejó amedrentar por las protestas del Gobernador y en noviembre de 1795 le escribió una extensa carta en la que le decía, entre otras cosas, que “Vos os quejais de que la Diputación que os he enviado ha hecho correr impresos sin vuestra participación, que ella ha extendido con abundancia el Decreto de la Libertad general y ella ha divulgado que los Esclavos que se hallan en la parte Española, desde el momento en que la República estaria en posesion, gozarian de la Livertad”.

“Vos me decís que el tratado concede un año para determinarse a la permanencia, que los súbditos de vuestro Rey tienen la mayor parte de sus bienes en esclavos, que las Leyes Españolas no han abolido la Esclavitud, y que violando esta consideración, yo he procurado la ruina de los subditos de vuestro Rey”. A pesar de eso, decía Laveaux, “en todo lo que yo he dicho y en todo lo que ha hecho mi Diputación nada veo que no sea legal, y justo; Yo voy a provárselo”. Y entonces entraba en una serie de consideraciones de orden legal y político sobre la nueva condición de los habitantes de la parte oriental de la Isla a partir de la aplicación del Tratado. En un párrafo posterior Laveaux argumentaba diciendo que “los españoles que han venido a Fuerte Delfin en Diputación a mí me han solicitado vivamente para hacer vna Proclamación que tranquilizase a todos los Españoles: con prontitud les he expresado los sentimientos de los verdaderos Republicanos, yo les he hecho conocer nuestros principios para atraerlos a adoptar nuestras costumbres, nuestros usos, la Amistad, y la fraternidad que nosotros ofrecemos con anticipación a todos los que quedarán con nosotros aun más se me ha hecho explicar sobre la libertad del Culto, sobre la Libertad de Elección de los Clérigos; Yo lo he hecho con presteza para tranquilizar a los habitantes. Si los unos estaban inquietos sobre la Libertad del Culto si ellos querían para determinarse a quedar con nosotros, conocer esta Libertad del Culto, si yo les he satisfecho ¿no era mi obligación satisfacer tambien a los habitantes que Esclavos sobre la tierra Española se hacian libres por la concecion de esta tierra a la Francia, y por el año que les está concedido para determinarse a quedar o salir?

“Yo debía instruirles —continuaba Laveaux— de las ventajas que ellos hallarían en quedar, yo debia decirles que la Libertad del culto, y la Libertad del Cuerpo, y del pensamiento serian religiosamente observados por los franceses Republicanos”. Más adelante Laveaux afirmaba que “el tratado es positivo. Los habitantes po-



dran trasladarse con sus bienes, la Republica ha decretado que el hombre no puede ser la propiedad de otro: luego desde el dia de la notificación del tratado de la Paz ningun español ha podido ni puede sacar por la fuerza un solo individuo de la Isla de Santo Domingo, no hay sino su voluntad, su eleccion que puedan determinarle a preferir las Posesiones de S.M.C.”

“Durante la guerra vos querias soldados y vos dabais idealmente la Libertad: hoy que la Paz esta hecha vos quereis esclavos. Vos no podeis reconocerlos mas en la Isla de Santo Domingo, nuestros principios se oponen y ellos pruevan que la República executa fielmente su Constitución”. En consecuencia, concluía Laveaux, “en mi calidad de General de división, de Governador de la Isla de Santo Domingo, yo os prevengo que en nombre de la Nacion francesa, en nombre de esta Republica, una é indivisible, yo protesto contra la salida de la Isla de todos los hombres negros que vos mirais como esclavos, y que son habitantes. Yo pido a la Convencion Nacional que mire como infracción al Tratado la saca de uno solo de estos hombres que han sido tan desgraciados, y que tocan en la dicha, fruto de los trabajos de los republicanos. Salud en la República-Esteban Laveaux, etc.”¹⁵.

Con esta comunicación quedaba definido el problema de la esclavitud en Santo Domingo para el resto de los cinco años que transcurrieron a partir de la firma del Tratado de Basilea hasta la toma de posesión de la parte española. Ni Laveaux, ni el Comisario Roume, ni el General Antonio Chanlatte, ni el General Hedouville, ni el Comisario Santhonax, que fueron los hombres que en diversas ocasiones envió el Gobierno francés a manejar en alguna forma los negocios de la colonia, pudieron dominar los acontecimientos que produjeron la ascensión militar y política de Toussaint. En cinco años de intentos, esos acontecimientos obligaron al Gobierno francés a posponer la ocupación de la parte española de Santo Domingo, pues hacerlo hubiera significado poner en manos de Toussaint L'Overture un territorio y unos recursos que de seguro hubieran servido únicamente al logro y engrandecimiento de sus fines particulares. Además, la población española continuamente daba muestras de su oposición a que la toma de posesión se llevara a cabo con tropas negras, pues durante la campaña contra los ingleses, las tropas de Toussaint habían ocupado y saqueado varias localidades fronterizas con tal violencia que a partir de entonces sus habitantes españoles las evacuaron totalmente. Mencionar el nombre de Toussaint L'Overture entre la población española de aquel entonces era



decir poco menos que una mala palabra. De esta oposición a Toussaint se conservan numerosas evidencias.

Ahora bien, no olvidemos que dejamos nuestra conversación con las discusiones entre el General Laveaux y el Gobernador García en noviembre y diciembre de 1795. A lo que temía García, de la propaganda de los franceses en favor de la libertad de los esclavos, era a las inquietudes que pudieran aparecer entre las masas trabajadoras de los pocos ingenios del sur de la Colonia y al disgusto de los propietarios, quienes ya comenzaban a hacer contactos con los ingleses pues éstos prometían que si ellos, y no los franceses, ocupaban a Santo Domingo, la esclavitud sería mantenida. En una carta de diciembre de 1795 García se quejaba de que los impresos y promesas de los franceses “han causado vnos trastornos en los Esclavos que me han ocasionado el mayor recelo, precaución y cautela” (y) “Ha sido necesario vertir especies contrarias a las suyas con que pretenden que todos los esclavos se escapen o incendien los cañaverales y Edificios de Campo”. Y decía que pese a la oposición y protestas de los franceses los propietarios seguían sacando sus esclavos de la Colonia y los llevaban a otras partes: “Ellos (los Diputados) se manifiestan violentos al ver la Saca de negros Esclavos que se van transportando poco a poco”¹⁶.

Con todo, la propaganda francesa tuvo sus efectos, pues en octubre de 1796 estalló una rebelión de esclavos en el principal ingenio de la parte española, llamado el ingenio de Boca de Nigua, propiedad de don Juan de Oyarzabal. Aquí se levantaron en armas unos 200 negros haciendo huir a su propietario, destrozando e incendiando los cañaverales y los edificios y matando los animales que encontraban a su paso. Pese a la violencia inicial de los esclavos, esta revuelta fue prontamente sofocada perdiendo la vida un buen número de esclavos tanto en combate como ahorcados y descuartizados¹⁷. Pero el temor a que esas rebeliones continuaran, con el apoyo de los negros de Toussaint y de las autoridades francesas, hizo que muchas otras personas continuaran emigrando¹⁸. El Gobernador español, pese a que preveía la rebelión desde hacía casi un año declaró: “No creí tan cerca esta explosión. Nuestra esclavitud bien tratada y ninguna mejor que la Oyarzabal, parecía vivir felizmente bajo nuestro Gobierno, Leyes, y Economía. No se conocía la dureza, y ellos parecían hallarse satisfechos. Son una maquina que cede á cualquier movimiento ó impresión. Hay mucha gente mala, hay negros libres por este funesto orden y como tengo dicho la cesion, el estado de evacuación, la venida del Agen-



te, y muchos otros accidentes”, que imposibilitaban, decía el Gobernador, el mantenimiento de la tranquilidad¹⁹.

En efecto, la llegada del Agente Roume con instrucciones de preparar la situación y los ánimos a la próxima incorporación de la parte francesa creó un gran estado de inquietud tanto entre propietarios, como entre los esclavos de la parte española. Roume tenía órdenes de hacerles saber a los negros de Santo Domingo que “el primero de los grandes beneficios que ofrece una revolución es y será el restablecimiento de la libertad acompañada de una igualdad general”²⁰. De ahí las innumerables protestas contra la presencia del Agente francés en Santo Domingo durante los años que siguieron al Tratado de Basilea, sobre todo cuando éste, siguiendo indicaciones de Laveaux, quiso impedir que continuaran sacándose los esclavos, de quienes se esperaba que serían los más entusiastas de los nuevos ciudadanos. Se sabe que todo el que podía sacaba sus esclavos de la Isla. Los sacaron las monjas y frailes de los conventos, los burócratas y otros funcionarios coloniales, los militares y, principalmente, los hacendados. A principios de 1796 el Gobernador García reconocía que “hay hacienda de las mas fuertes que han sacado sus negradas para transportarlas resueltos sus dueños al mayor sacrificio”²¹, y todavía cinco años más tarde esa situación continuaría²².

Ahora bien, había esclavos que no querían salir de la Isla para seguir en su misma situación en otras colonias de las Antillas. De ahí que conjuntamente con la emigración y la saca de negros, se produjera un movimiento de huida de esclavos españoles hacia la parte francesa en donde estaban seguros de que sí obtendrían su libertad. Por ejemplo, el Comandante del pueblo fronterizo de Dajabón escribía en agosto de 1796 que “son varios los esclavos de estos vecinos que profugan a la parte francesa, llevados de la voz de libertad de aquella Republica. Además de la perdida que sus amos experimentan de su verdadero valor, se sigue en perjuicio que estos sirben de practicos a los de aquella parte, y unidos pasan por mar y tierra a estas haciendas donde hacen robos diarios, seduciendo y persuadiendo a los demas para los mismos fines; con este motivo se hallan destruídas las crianzas de todo ganado, especialmente en el partido de Dajabón”²³. Para resarcirse de esas pérdidas los españoles, por su parte, procedían a hacer prisioneros a los negros de la parte francesa que eran aprehendidos en la parte española convirtiéndolos nuevamente en esclavos²⁴.

Así pasó el tiempo hasta que en diciembre de 1799 empeza-



ron a llegar a Santo Domingo los rumores de que Toussaint L'Overture nada más esperaba la terminación de la guerra con Rigaud para ocupar con gente suya la parte española de la Isla, a pesar de la oposición oficial del Gobierno francés. Con estas noticias mucha gente se alarmó con la seguridad de que perderían sus esclavos tan pronto la llegada de Toussaint se realizara. En mayo de 1800, el Gobernador español comunicaba en una carta a su Gobierno que entre la gente que quedaba en Santo Domingo “hay muchas familias y considerable número de esclavos”, y decía también que siendo tan inminente ahora la entrega de la plaza “el esclavo que no se saque antes, será perdido el día de ella”²⁵.

En efecto, después de una dramática serie de incidentes en el curso de los cuales los vecinos de Santo Domingo hicieron resistencia a la entrega de su colonia a unos representantes enviados por Toussaint, éste decidió pasar personalmente a la parte española a tomar posesión en nombre de Francia. El día 6 de enero de 1801 recibía el Gobernador español la comunicación de Toussaint anunciando su llegada. Y aunque los vecinos de la Capital y del resto de la Colonia se pusieron en armas para resistir el avance de las tropas de la parte francesa, toda resistencia fue prontamente aplastada y el día 26 de enero de 1801 el general Louverture obligaba al Gobernador español a hacerle formal entrega de la plaza, que ahora quedaba incorporada a los territorios de Francia²⁶.

Los incidentes que siguen son sumamente interesantes pues a partir de ese momento, quedaba claro, todos los esclavos pasaban a ser hombres libres. Los historiadores dominicanos siempre han dicho que Toussaint lanzó una proclama decretando la abolición de la esclavitud. Es posible que así fuera. Sin embargo, yo he tenido la oportunidad de ver los legajos y expedientes relativos a la llegada de Toussaint a Santo Domingo y en ninguna parte aparece esa proclama. A lo mejor se ha perdido y es probable que esa sea la proclama Núm. 2 que falta en un expediente de la Sección Estado 59 del Archivo General de Indias que contiene una serie de decretos y proclamas de Toussaint para la organización y el gobierno de la parte española de Santo Domingo²⁷. Pero en cualquier caso, lo importante no es que se proclamara o no la abolición, sino que tanto Toussaint como los habitantes de Santo Domingo estaban de acuerdo en que con su llegada quedaría abolida la esclavitud y de entonces en adelante todos los hombres y mujeres de la parte española serían tan libres como los de la parte francesa.

Se sabe que uno de los varios pretextos que levantó Toussaint



para pasar a la parte española a tomar posesión de la misma en nombre de Francia, aunque en contra de la voluntad de las autoridades francesa, fue el hecho de que existían denuncias de que los españoles robaban negros libres provenientes de la parte francesa y los estaban vendiendo como esclavos a los que se embarcaban. En noviembre del año de 1800 hubo un importante escándalo con motivo de haberse descubierto en las vecindades de Cotuí a “tres ciudadanos negros cultivadores franceses” atados con las manos en las espaldas y vigilados por seis españoles que los llevaban a vender. Y aunque los españoles dijeron que éstos eran esclavos que antes les pertenecían, los negros declararon a un General de Brigada francés que descubrió casualmente la operación que “nosotros somos franceses, se nos roba diariamente para llevarnos a vender”²⁸. Este General comunicó el incidente al Comisario Roume quien se encontraba en la parte francesa, y éste se lo hizo saber a Toussaint quien montó en cólera al enterarse de que todavía continuaba el tráfico de negros en la parte española. Roume declaró que Toussaint deseaba muy vivamente tomar posesión de Santo Domingo “para hacer cesar inmediatamente el abominable tráfico de carne humana”, y que de continuar ese comercio nadie podría evitar que las masas negras de la parte francesa se levantaran en armas para obligar a sus líderes a pasar a la española a acabar con ese tráfico de raíz²⁹.

En realidad Roume estaba casi repitiendo lo que Toussaint diría en Santo Domingo una vez tomara posesión de la plaza, pues resulta que el mismo día en que llegó con sus tropas a Santo Domingo salía del puerto de la ciudad un barco con familias acompañadas de sus esclavos. El día 28 de enero, esto es, dos días más tarde, Toussaint le hacía saber al Gobernador García que él no toleraría que los propietarios siguieran sacando sus sirvientes pues desde su llegada los esclavos habían quedado en condición de ciudadanos libres. En esa carta Toussaint decía, entre otras cosas, que “desde la época en que esta cesion fue decretada entre las dos Potencias no solamente ha salido de este País una infinidad de familias españolas, sino que lo que es contrario al verdadero espíritu del tratado, ellas han llevado consigo sus esclavos que por la mayor parte eran negros robados en la parte Francesa y vendidos a esta, o que se han hallado trasplantados por los efectos de la Guerra. Esta decersion y estas sacas se han continuado hasta hoy de tal suerte que puede decirse que son la causa primera de la toma de posesion que acabo de hacer en nombre de la republica Fran-



cesa y se han multiplicado principalmente cuando yo tube el honor de haceros conocer señor Presidente mi resolucion irrevocable de hacer (detener) estos abusos y otros semejantes por la toma de posesion que he pedido este Pais”³⁰.

En otra parte de su carta Toussaint L’Overture decía que “la Republica Francesa no verá sin pena que se le hayan quitado bajo vuestra autoridad mas de tres mil cultivadores que estoy instruido se han hecho pasar ya a otros paises españoles... La habitación de Oyarzabal ofrece un exemplo chocante de las suertes que estas sacas causaban a este País, los negros que la cultivaban han sido embarcados a vuestra vista y la habitación mas bella de la parte española, va a caer en Ruina y combertirse en bosque. Hay infinidad de otras que estan en el mismo caso y en un estado de abandono que causa horror”.

“Yo os suplico señor Presidente de dar ordenes precisas para que estas sacas no se continuen mas”.

“Yo estoy instruido de que la Fragata que en este momento esta fondeada en este Puerto y que esta pronta a partir tiene una infinidad de negros a bordo que han sido embarcados por fuerza los quales lejos de ser a las bentajas de los particulares que los lleban serán la presa de los ingleses entonces serán perdidos para la España y para la Francia porque en los canjes que se hacen respectivamente las Naciones los esclavos no estan comprendidos. También está prohibido en la parte francesa el embarcar consigo, ni domestico ni cultivador a fin de conservar a la cultura los brazos que le están destinados, e impedirles caher en las manos extranjeras y enemigas que se aprovecharían”³¹. El Gobernador español respondió que la petición de Toussaint sería satisfecha en el acto y, efectivamente, hizo desembarcar a los esclavos de labor que se hallaban en la mencionada fragata. Ahora bien, en cuanto a los domésticos, García pidió a Toussaint que los dejara acompañar a sus amos. Que Toussaint los dejara salir es algo difícil de creer, pues el día 2 de febrero los hechos le dieron la razón cuando se supo que uno de los barcos que habían salido inmediatamente antes de su llegada había sido perseguido vivamente por los ingleses, y sus pasajeros sólo pudieron salvarse luego de tirarse a la costa con los quince negros domésticos que les acompañaban, los cuales, decía Toussaint, “si estos infelices no se hubieran salvado hubieran vuelto a caher en la esclavitud”³².

Así concluyó el régimen de la esclavitud por primera vez en Santo Domingo. En esta ocasión todos los esclavos y no solamente



los franceses quedaron libres de una vez y para siempre, según fue ratificado en agosto de 1801, en ocasión de publicarse en Santo Domingo la nueva Constitución Política de la Colonia de Saint Domingue, en cuyo Título 2do., Artículo 3ro. se hacía constar que “en este territorio no pueden subsistir Esclavos, la serbidumbre está allí abolida para siempre, todos nacen, viven y mueren libres y Franceses”³³. Pero todo fue en vano, pues ya en febrero de 1802 llegaba la célebre invasión enviada por Napoleón Bonaparte para colocar la Colonia en una situación similar a la que ocupaba antes de la revolución de 1789. Con la expedición llegó a la parte francesa la guerra y la destrucción. La parte española, aunque inicialmente menos afectada, también sufriría las consecuencias de la ambición francesa para dominar totalmente la Isla de Santo Domingo y someter a los esclavos nuevamente a la esclavitud.

La llegada de Toussaint a Santo Domingo había significado el fin de la esclavitud en la parte española pues Toussaint gobernó con el propósito de aplicar las leyes francesas, en especial el decreto de abolición de la esclavitud del 29 de agosto de 1793, el cual nunca fue reconocido por las autoridades españolas después de la firma del Tratado de Basilea, a pesar de las reiteradas peticiones que el Gobernador de la parte francesa le hiciera en ese sentido al Gobernador español Don Joaquín García y Morena. Este siempre argumentó que hasta que Francia no ocupara efectivamente la parte oriental de la Isla la situación jurídica de los esclavos continuaría como en el pasado. De manera que la esclavitud fue abolida automáticamente por Toussaint a su llegada y esa abolición fue ratificada para siempre por la Constitución Política de la Colonia promulgada en Santo Domingo el día 27 de agosto de 1801.

La gigantesca expedición francesa echó por el suelo la dominación de los antiguos esclavos en la parte española de Santo Domingo y nuevamente la esclavitud fue instituida por los generales franceses que ocuparon la Capital el 25 de febrero de 1802 luego de diversos incidentes militares entre los invasores europeos y los ocupantes de la parte francesa. Por ejemplo, una vez tuvieron control firme de la situación militar en Santo Domingo, las tropas francesas fueron puestas en operación junto con otras tropas criollas para liquidar un brote de resistencia de los esclavos de unas haciendas de los alrededores del río Nigua, quienes no querían volver a la antigua servidumbre. Los propietarios de Santo Domin-



go nunca habían estado en favor de una revolución social que había dado la libertad a los esclavos y por eso apoyaron a las tropas francesas. No era coincidencia que fuera un militar criollo llamado Don Juan Barón quien dirigiera las operaciones militares para expulsar de Santo Domingo las tropas de Toussaint Louverture y facilitar la entrada de los soldados franceses dirigidos por el General Kerversau. Desde hacía varios años se sabía que la principal causa por la cual los habitantes de Santo Domingo se oponían a la ocupación francesa y no estaban interesados en volverse republicanos era su temor a la libertad de los esclavos: “eso es lo que los determina, decía en 1798 el señor Pedron, un funcionario francés, a vender la mayor cantidad de animales que pueden”³⁴. Los propietarios de la parte española solamente aceptaron a los franceses, cuando descubrieron que éstos habían cambiado de política con respecto a la esclavitud una vez Napoleón había decidido lanzar su expedición contra Toussaint. Por ello, todo el que pudo colaboró con la expulsión de las tropas de Toussaint.

Aunque es cierto que hubo un hecho de orden socio-cultural que también contribuyó a que los criollos de Santo Domingo simpatizaran en 1802 con unos extranjeros, como eran los franceses, y no con los antiguos esclavos de Saint Domingue. Ese hecho tenía mucho que ver con la autopercepción racial de los habitantes de la parte española quienes, a pesar de ser en su mayoría gente de color, esto es, mulatos descendientes de los antiguos esclavos, siempre se percibieron a sí mismos como españoles. Como se sabe, en Santo Domingo prácticamente todas las fortunas sucumbieron bajo la crisis económica que abarcó todo el siglo XVII. Las familias blancas que pudieron conservar sus fortunas durante ese período fueron muy pocas y apenas lograron mantener una posición social relativamente asegurada gracias a su vinculación con los altos funcionarios que controlaban la vida política y económica de la Colonia. Muchas de las familias que presumían de nobles, pero que se arruinaron, tuvieron que irse a vivir a los campos para no dejarse ver sin ropas adecuadas a su condición social. Hubo otras que, menos apegadas a estas cuestiones, se dejaron absorber por el medio social en que vivían mezclándose con el resto de la población que, como se sabe, era de color. Las noticias de finales del siglo XVII destacan que la población en esta época era mulata en su mayoría. Ser mulato significaba, de acuerdo con las normas sociales de España y de la Colonia, no ser noble. De manera que ser persona de color era un factor que oficialmente impedía a los



vecinos ocupar ciertos puestos importantes dentro de la administración pública.

Ahora bien, como a medida que pasaba el tiempo la gente blanca escaseaba cada día más, los gobiernos coloniales del siglo XVIII dejaron esas consideraciones discriminatorias a un lado y en su empeño por aglutinar gente en las operaciones de defensa de la frontera comenzaron, a partir de la tercera década del siglo XVIII, a incorporar a los altos rangos militares personas cuyo color de la piel les había impedido hasta entonces ser tomadas en cuenta³⁵. En un caso como el de la ciudad de Santiago, en donde en 1723, por ejemplo, había ochocientas familias “en las cuales apenas hay diez, que no sean de mulatas y negros”³⁶, los empleos tenían forzosamente que recaer sobre gente de color. Y lo mismo ocurriría en Santo Domingo en 1740 en donde “los vecinos de este pueblo son 1,800, el mayor número de negros y mulatos libres, y esclavos, y es muy corto el de blancos”³⁷; e igualmente acontecía en Azua, cuyo vecindario se componía “de 500 personas de ínfima calidad”³⁸; y en el Seibo y en Higüey, ciudad esta última donde de las 318 personas que había en 1740 “habrá entre ellas diez o doce personas blancas y el resto mulatos y negros”³⁹.

A pesar de su color, los pobladores de la colonia de Santo Domingo, la mayoría de ellos gente libre, en su lucha de todo un siglo contra los franceses no pudieron evitar definirse a sí mismos como españoles y como defensores de la soberanía de España en las primeras tierras pobladas en el Nuevo Mundo. Ahora bien, los habitantes de Santo Domingo componían un tipo muy singular de españoles: mulatos libres y blancos pobres a quienes la miseria había igualado socialmente. El problema racial en Santo Domingo fue echado a un lado mientras la población francesa crecía al otro lado de las fronteras y junto con ella también crecía por millares anualmente la población de esclavos negros. Los gobernadores españoles, presionados por las circunstancias de las luchas fronterizas, dejaron a un lado los escrúpulos legales que creaba la legislación colonial relativa a la gente de color utilizando y dando cabida a los vecinos de la Colonia en todo lo que fuese posible, siempre y cuando su mestizaje pudiese ser debidamente explicado.

En Santo Domingo, aquella sociedad empobrecida y desennoblecida⁴⁰, lo importante era no ser totalmente negro o demasiado negro. Con esta única salvedad se adquiría una categoría social bastante cercana a la de la gente blanca, aunque no del todo igual. Así, andando el tiempo, surgió el término “blanco de la tierra”, que



venía significando dominicano o español criollo de Santo Domingo⁴¹. Así, poco a poco, el esclavo fue identificándose casi exclusivamente con el negro, pues un mulato difícilmente pasaba toda su vida siendo esclavo. Se sabe que el mulato no quería ni remotamente ser considerado como negro porque ello podía llevarlo a ser esclavo nuevamente. Ese desdén del mulato hacia el negro fue tan universal como la misma esclavitud y tuvo lugar no solamente en Santo Domingo sino también en la misma colonia francesa en donde la cacería de negros cimarrones era llevada a cabo casi exclusivamente con mulatos. El mulato quería ser blanco, o por lo menos ser considerado como tal.

En Santo Domingo, particularmente, esa “desvinculación del negro”⁴² también fue producida por otro factor y éste fue la presencia de familias canarias importadas durante el siglo XVIII para oponerlas a la penetración francesa en las fronteras y costas de la Isla, pero al mismo tiempo para reforzar a los casi extinguidos grupos de familias hispánicas puras que habían quedado⁴³. Acostumbradas a pensar en el hombre de color como un esclavo o, al menos, como un ser inferior, los canarios se mostraron desde el principio reticentes a mezclarse con el resto de la población y muchos de ellos desarrollaron un rígido espíritu endogámico, como llegó a ser el caso de los pobladores de la Villa de San Carlos, en las afueras de la Capital, quienes se opusieron a mediados del siglo XVIII a un proyecto de incorporarlos a la población de la ciudad de Santo Domingo pues ellos no querían exponerse “a mezclarse sus familias con las de los Mulatos y Negros de ella (de que siempre se han procurado preservar)”⁴⁴. Aunque esto ofendía a la gente de color, lo cierto es que muchos, olvidados ya de sus orígenes y considerándose a sí mismos “blancos de la tierra”, consideraron digna de imitar la actitud de los canarios hacia los negros.

En cincuenta años, esto es, durante la segunda mitad del siglo XVIII, la población de la colonia española, además de sentirse profundamente hispánica por haber sido capaces de preservar su nacionalidad frente al empuje de los franceses, también se consideraba a sí misma blanca. Por ello hubo tanto miedo cuando se supo que en la parte francesa los esclavos se habían rebelado en 1791. Y por ello hubo tanta angustia cuando llegaron a las noticias de que la parte española quedaría unida a la francesa luego del Tratado de Basilea. Por ello, también, el terror se apoderó de tanta gente cuando se supo que era Toussaint con sus tropas negras, las mismas tropas



que habían saqueado los poblados fronterizos de Hincha, Bánica y Las Caobas, quienes venían a tomar posesión y a gobernar a Santo Domingo en 1801. Por ello hubo tanta oposición al régimen de Toussaint L'Overture durante ese año. Y por ello, finalmente, fue que muchos criollos dominicanos arriesgaron sus vidas para ayudar a las tropas francesas de la expedición de Leclerc a expulsar a los negros occidentales y a restituir a la vieja servidumbre a los pocos miles de esclavos que quedaban. Sin estas consideraciones en mente, es difícil entender por qué los dominicanos, siendo una población mayoritariamente de color, nunca quisieron apoyar la lucha abolicionista de los esclavos de la parte francesa.

Y con estas consideraciones en mente es que hay que estudiar la segunda abolición de la esclavitud que llevó a cabo el Presidente haitiano Jean Pierre Boyer veinte años más tarde, en especial las reacciones de la población dominicana que en su mayoría repudió desde el principio la ocupación de Santo Domingo por sus vecinos el 9 de febrero de 1822. Aunque la discusión de esta nueva abolición ameritaría otro trabajo, yo he esclarecido un poco sus antecedentes en mi obra sobre la Dominación Haitiana de Santo Domingo, publicada hace un par de años⁴⁵. Sus consecuencias, sin duda fueron bastante interesantes por las transformaciones espirituales que sufrió la sociedad dominicana durante los veintidós años de ocupación haitiana, siendo la más importante de ellas el descubrimiento de muchos de los dominicanos de que ellos ya no podían sentirse españoles como lo habían estado haciendo durante más de trescientos años y, más particularmente aún, que ellos ya sabían cuál era la diferencia entre ser libre y ser esclavo y no tolerarían volver a la servidumbre de ninguna manera.

Por ello, no bien se proclamó la República Dominicana en 1844 y fue derrocado el régimen haitiano, un grupo de gente de color de los alrededores de Santo Domingo que había sido anteriormente esclavos, se pusieron casi en pie de guerra hasta que se les convenció de que en el nuevo Estado que acababa de surgir la esclavitud no sería resucitada. Pues resulta que entre la propaganda que hubo por los defensores del régimen haitiano en Santo Domingo en los momentos en que se luchaba por la independencia dominicana estuvo la de acusar a los nacionalistas de ser partidarios de la anexión a Colombia, país en donde todavía había esclavos, lo que quería decir que los nacionalistas eran esclavistas⁴⁶. Algo por el estilo ocurrió en 1861, en ocasión de la Anexión de la República Dominicana a España, país esclavista con posesiones vecinas como



Cuba y Puerto Rico en donde la esclavitud se mantenía. En esta ocasión muchos dominicanos de color pensaron que España restituiría la esclavitud en Santo Domingo. Es bien conocido en el país el caso de una rebelión de gente negra que tuvo lugar en el poblado de Moca apenas dos meses y medio después de proclamada la Anexión cuando oyeron los rumores de que los españoles habían vuelto a la Isla a restablecer la esclavitud. Dos años más tarde, en 1863, el tema de la esclavitud seguía vivo entre la gente de color de Santo Domingo a quienes los españoles procedentes de Cuba ofendían continuamente con sus insinuaciones maliciosas a su color y a su posible precio como esclavos en las colonias de Cuba o Puerto Rico. Felizmente, este fue uno de los catalizadores de la rebelión que se convirtió en la famosa Guerra de la Restauración que sirvió para expulsar a los españoles y desterrar la sombra de la esclavitud de una vez y para siempre de la República Dominicana⁴⁷. De la esclavitud formal hay que decir. Porque todavía en Santo Domingo subsisten formas sutiles —y groseras, ¿por qué no?— de esclavitud. Pero ese es otro tema.

NOTAS

1. “El Gobernador Interino D. Juan de Padilla Guardiola: Dá cuenta del estado en que se hallan los negros fugitivos de los franceses, que los vecinos no han cumplido lo ordenado de pago de jornales a los negros, y que andaban perdidos, les señaló unas tierras valdías para que hicieran población que ya la han comenzado”. 25 de octubre de 1677. *Archivo General de Indias*, Audiencia de Santo Domingo. Legajo 63.
2. “Carta a S.M. del Presidente Pedro de Carvajal y Cobos: Dá cuenta del miserable estado de la isla, que en varias ocasiones lo ha dicho; que se cumple el término de su gobierno, que en ocho años que lo ha tenido no ha recibido tres situados, etc. Corre unida. Carta de la ciudad sobre la misma materia”. 20 de julio de 1669. *Archivo General de Indias*. Audiencia de Santo Domingo. Legajo 273.
3. Sobre el problema de los límites fronterizos, cf. Frank Moya Pons, “Diplomacia y Política en el Siglo XVIII: Tensiones y Conflictos en la Frontera, 1697-1777”, *Renovación CCXLII* (15 de marzo de 1974), 34-37. Sobre el problema de los esclavos fugitivos de la parte francesa, solamente Moreau de Saint Méry, *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo*, (Ciudad Trujillo, 1944); 413-426, ha dado detalles hasta ahora.
4. Saint Méry, *Descripción*, pp. 419-420.
5. “Copie de la lettre écrite par Monsieur le Marquis de Chateaurmont a Mr. le Président de St. Domingue du 22 février 1717”, Colección Lugo, Recopilación Diplomática Relativa a las Colonias Española y Francesa de la Isla de Santo Domingo, *Boletín del Archivo General de la Nación*, LXXXVI (julio-septiembre, 1955), 273.
6. Cf. “Carta a S.M. del Cabildo, Justicia y Regimiento de la Ciudad de Santo Domingo de la Española: Informa de los inconvenientes que se siguen de la entrega de los negros libres del Pueblo de San Lorenzo y demás que han desertado en tiempo de guerra a la Nación Francesa, procedimientos del Presidente D.



Fernando Constanzo en esta materia". *Archivo General de Indias*, Santo Domingo. Legajo 257.

7. Cf. la "Carta a S.M. del Presidente Gdor. etc. D. Fernando Constanzo Ramírez: Da cuenta de la deserción que hicieron los negros que había presos en la cárcel para reintegrarlos a los franceses, en cumplimiento R. Cédula, expedida a instancia del Rey de Francia, remite testimonios y otros de las cartas escritas en la Audiencia en esta razón y respuesta y testimonio de una carta del Comandante de las Milicias de la ciudad de La Vega. Corren Unidos. Documentos expresados". 20 de octubre de 1723. *Archivo General de Indias*, Santo Domingo. Legajo 257.
8. Cf. Saint Méry, *Descripción*, pp. 422-423.
9. Los incidentes relativos a la trama, huida y captura de los mulatos Vicente Ogé y Jean Baptiste Chavannes son universalmente conocidos por todos los que en una forma o en otra han estudiado la Revolución Haitiana. De todos modos, conviene mencionar que existen documentos que prueban que en Santo Domingo hubo una oposición bastante firme para impedir que fueran entregados de vuelta a las autoridades francesas. Cf., por ejemplo, "Acuerdo del Consejo de Indias sobre sublevación en la parte francesa de Santo Domingo por el mulato libre Vicente Ogé y otros, para resolución de S.M.", 15 de julio de 1791. *Archivo General de Indias*, Audiencia de Santo Domingo. Legajo 1029.
10. Cf. "El Tratado de Basilea", *Boletín del Archivo General de la Nación*, LXVIII (enero-marzo, 1951), 86-119, donde aparece reproducido el texto íntegro del Tratado, tanto en francés como en español.
11. Las informaciones que siguen han sido extraídas de la colección de documentos relativos a los efectos de la ejecución del Tratado de Basilea que fue publicada por Emilio Rodríguez Demorizi con el título *Cesión de Santo Domingo a Francia* Correspondencia de Godoy, García, Roume, Hedouville, Louverture, Rigaud y otros, 1795-1802.) (Ciudad Trujillo, 1958.) Las notas citadas a continuación son aquellas que por su relación directa con el tema de este trabajo merecen que se les señale. El resto de las informaciones aparece ampliamente detallado en el capítulo XV de mi libro *Historia Colonial de Santo Domingo*, Universidad Católica Madre y Maestra, Santiago, R.D., 1974.
12. Cf. la Carta "Del Gobernador García al Gobernador de la parte francesa", Santo Domingo, diciembre 19 de 1795, ed. Rodríguez Demorizi, *Cesión de Santo Domingo a Francia*, pp. 49-51, citado de ahora en adelante como *Cesión*. Cf. además las cartas "Del Gobernador García a Mariano Urquijo", Maracaibo, marzo 8 de 1801, *Cesión*, pp. 621-623, en las cuales explicaba la posición española en relación con los esclavos a partir de la firma del Tratado de Basilea.
13. Véase, en este sentido, la carta "De Esteban Laveaux al Gobernador García", Puerto de Paz, noviembre, 1795, *Cesión*, pp. 17-20.
14. *Ibid.*, p. 17.
15. *Ibid.*, 19-20.
16. "Del Gobernador García al Príncipe de la Paz", Santo Domingo, diciembre 7 de 1795, *Cesión*, pp. 26-29.
17. Cf. La Carta "Del Gobernador García al Príncipe de la Paz", Santo Domingo, noviembre 1 de 1796, *Cesión*, pp. 168-171.
18. *Ibid.*, p. 171.
19. *Ibidem*.
20. "Del Agente Provisionales, Roume", Madrid, diciembre 24 de 1795, *Cesión*, p. 55.
21. Cf. la Carta "Del Gobernador García al Príncipe de la Paz", enero 4 de 1795, *Cesión*, pp. 57-58.



22. Cf. la Carta "Del Gobernador García a Mariano Urquijo", Maracaibo, marzo 8 de 1801, *Cesión*, 622.
23. Cf. Carta del Comandante de Dajabón y otros vecinos al Sr. Presidente y Capitán General Don Joaquín García, el 29 de agosto de 1796, *Cesión*, p. 138.
24. Cf. la carta "De José Antonio de Urizar, Regente de la Real Audiencia de Santo Domingo, al Príncipe de la Paz", Santo Domingo, abril 16 de 1796, *Cesión*, p. 86.
25. Carta "Del Gobernador García a Mariano Urquijo", Santo Domingo, mayo 28 de 1800, *Cesión*, pp. 534-535.
26. El Capitán General de Caracas, "Acompaña relaciones de las familias que han continuado emigrándose de Santo Domingo y han llegado a las Provincias de Maracaybo, Coro y Barcelona de aquella Capitanía General de su mando, incluye copia de las reflexiones que hazen los Generales de Francia Chanlatte y Kerversó sobre la entrega de dicha Ysla al Negro Tusen: de los manifiestos de éste: insultos hechos a los Gobernadores de España y Francia con lo demás que expresa sobre las exposiciones de dichos generales". *Archivo General de Indias*, Estado 60. Cf., además, A.G.I. Estado 59, con la parte complementaria a este expediente.
27. *Ibidem*.
28. Cf. la "Copia de la relación hecha por el General de Brigada Pageot al Ciudadano Roume Agente Particular del Gobierno Nacional francés en Santo Domingo, su data en el Guarico 20 Prairial año 8vo. (8 de junio de 1800) de la República Francesa una e indivisible", *Cesión*, p. 559 ss.
29. Cf. la Carta del Agente Particular del Gobierno Nacional Francés en Santo Domingo a S.E. el Sr. D. Joaquín García Mariscal de Campo de los Ejércitos de S.M.C. Gobernador y Capitán General de Santo Domingo, *Cesión*, p. 561-562.
30. Carta de Toussaint Louverture General en Gefe del Exercito de Santo Domingo A.S.E. don Joaquín García, Mariscal de Campo, Capitán General de las Tropas de S.M.C. y Presidente de la Audiencia Real de Santo Domingo, Santo Domingo, 28 de enero de 1801, *Cesión*, p. 624.
31. *Ibid.*, 624-625.
32. Cf. la Carta de Toussaint Louverture General en Gefe del Exercito de Santo Domingo, a don Joaquín García Mariscal de Campo y Capitán General de servicio de S.M.C., Santo Domingo, 2 de febrero de 1801, *Cesión*, pp. 626-627.
33. Constitución de la Colonia Francesa de Santo Domingo. *Archivo General de Indias*, Estado 59. La acompaña un acta de la ceremonia de promulgación en la ciudad de Santo Domingo el día 27 de agosto de 1801.
34. "Memoria descriptiva de la parte española de Santo Domingo que contiene algunas ideas y pensamientos sobre diferentes materias, por Mr. Pedron, Ex Ordenador de Santo Domingo (1800)", ed. Emilio Rodríguez Demorizi, *La Era de Francia en Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1955), p. 194.
35. Por eso cuando uno de aquellos gobernadores, el Presidente Francisco de la Rocha Ferrer fue acusado en su juicio de Residencia de haber incorporado gente de color, "mulatos, grifos y libertos", en los rangos militares de la guarnición y milicias de Santo Domingo, el Juez de Residencia no tomó en cuenta la acusación y desestimó los cargos como delaciones "falsas calumniosas e injuriosas". Cf. las "Sentencias de la Residencia tomada a Don Francisco de la Rocha Ferrer, Presidente, Gobernador y Capitán General de Santo Domingo", 1739. *Archivo General de Indias*, Escribanía de Cámara, Legajo 1, 194.
36. Cf. Pedro Andrés Pérez Cabral. "La Mulatización en Santo Domingo", *La Comunidad Mulata* (Caracas, 1967), p. 123, n. 66.
37. Domingo Pantaleón Alvarez Abreu, "Compendiosa Noticia de la Ysla de Santo Domingo", ed. Emilio Rodríguez Demorizi, *Relaciones Históricas de Santo Domingo* (Ciudad Trujillo, 1957), III, 259.



38. *Ibid.*, p. 264.
39. *Ibid.*, p. 269.
40. Una prueba de la falta de familias nobles en Santo Domingo lo constituye el acta de una sesión del Consejo de Indias: "Satisface R. Orden de S.M. e informa sobre lo expresado en carta de 17-12-1728 por el Presidente de Sto. Domingo D. Francisco de la Rocha Ferrer, sobre pocas familias nobles que hay en Santo Domingo, causa que impide ocupar los empleos de la república, haciendo presente las providencias dadas sobre la despoblación de la Isla y otras materias que expresa", 19 de julio de 1730. *Archivo General de Indias*, Santo Domingo, Legajo 237.
41. Cf. Lemonier Delafosse, *Segunda Campaña de Santo Domingo* (Ciudad T:ujillo, 1946), p. 151. Esta expresión era de uso corriente en Santo Domingo a finales del siglo XVIII y a principios del XIX según pudo constatar Delafosse, un Teniente de Artillería francés que vivió en Santo Domingo a partir de 1804. Quizás sea útil reproducir aquí su vivencia del problema racial en Santo Domingo: "Blanco, amarillo, cobrizo o negro, es un español que está orgulloso de sí mismo! Desgraciado de aquel que se atreva a darle su verdadera denominación, pues entonces monta en cólera reemplaza su paciencia y aunque sea negro como el ébano os contestará, golpeándose el pecho con un orgullo más grande todavía en las Indias Occidentales, que en Europa mismo: "Yo, soy yo blanco de la tierra! ..." (Moi, moi, je suis blanc de cette terre!) porque él había nacido criollo y no africano."
42. Utilizo esta expresión tomándola del interesante y polémico libro de Pedro Andrés Pérez Cabral, *La Comunidad Mulata*, p. 156.
43. Debe hacerse referencia aquí al estudio sobre la inmigración canaria y la Frontera dominicana que aparece en el capítulo XIII del libro *Historia Colonial de Santo Domingo*, 1974.
44. "Carta del Gobernador de Santo Domingo, comunica que R.O. de 16 de agosto de 1742 se le ordenaba la demolición del pueblo de isleños llamado San Carlos inmediato y dominante de esta plaza y ciudad, y expone las razones por las que se ha suspendido la práctica de esta orden", Sao Domingo, 15 de octubre de 1743. *Archivo General de Indias*, Audiencia de Santo Domingo, Legajo 281.
45. Cf. Frank Moya Pons, "La Invasión de Boyer", *La Dominación Haitiana* (Santiago de los Caballeros, 1972), pp. 15-43. Véase también la "Proclama al Pueblo" del Presidente Jean Pierre Boyer el 9 de febrero de 1822, por medio de la cual anuncia que "Sobre este suelo de libertad ya no hay esclavos", dejando extinguida de esa manera la esclavitud en *Ibid*; p. 173. Es interesante, además, la "Memoria presentada por D. Francisco Brenes sobre la situación política de la Isla de Santo Domingo" el 16 de septiembre de 1822, que fue publicada como "Una Carta sobre la Abolición de la Esclavitud en 1822", *EME-EME, Estudios Dominicanos X* (enero-febrero 1974), 118-122.
46. Sobre estos detalles, Cf. Vetilio Alfau Durán, "En torno a Duarte y su Idea de Unidad de las Razas", *Clio C* (julio-septiembre, de 1954), 107-114.
47. Cf. Ramón González Tablas, *Historia de la Dominación y Última Guerra de España en Santo Domingo*, (Madrid, 1870), pp. 52, 55.





6. España y Santo Domingo en el Siglo XIX

Antes de comenzar este trabajo hay que señalar que de todos los territorios americanos ninguno fue más afectado por los acontecimientos de la Revolución Francesa que Santo Domingo, y que fue precisamente el impacto que esta revolución produjo en esta isla del Caribe lo que marca el inicio de un notable proceso de diferenciación en las relaciones de España con su primera colonia en el Nuevo Mundo, por lo que a la hora de examinar las relaciones domínico-españolas en el siglo XIX nos encontramos con una evolución completamente diferente a la que siguieron sus vecinas colonias de Cuba y Puerto Rico. Este impacto se produjo en dos niveles. Uno, el de la revuelta de los esclavos de Saint Domingue a partir de agosto de 1791, que conmovió todo el Caribe y que dio inicio a una larga guerra internacional, civil, racial y social que mantuvo en zozobra las poblaciones de ambas partes de la Isla durante casi veinte años echando abajo el antiguo orden y trastocando para siempre el viejo sistema colonial.

Otro, el de la guerra franco-española en Europa a partir de 1793, por la que España, luego de una lamentable campaña militar, se vio obligada a firmar las paces con Francia en términos desfavorables haciendo concesiones más generosas de las que los diplomáticos franceses estaban dispuestos a exigir. Una de estas concesiones consistió en la oferta de cederle a Francia la colonia española de Santo Domingo que durante más de un siglo los franceses habían estado codiciando y que ahora, ante la perspectiva de que la revuelta de los esclavos se extendiera a toda la Isla, Manuel Godoy creía que “era un cáncer en las manos de cualquiera que la poseyera”. Los diplomáticos franceses que negociaron el Tratado de Basilea que puso fin a la guerra el 22 de julio de 1795 tenían



instrucciones de no presionar mucho en caso de que España pusiera dificultades de última hora para conceder el traspaso de Santo Domingo, pero el empeño de Godoy de dejarle a Francia todo el problema de una revolución antiesclavista en el Caribe se impuso, y a partir de esa fecha Santo Domingo pasó a ser un nuevo territorio francés, del cual Francia no tomaría posesión hasta que la rebelión de los esclavos fuera conjurada o los acontecimientos de Saint Domingue se aclararan suficientemente y el Directorio pudiera enviar tropas compuestas por soldados blancos a tomar posesión de la antigua colonia española. Esta condición, la de esperar a que sus tropas pudieran ser trasladadas desde Europa en el momento adecuado, fue la única que Francia puso para aceptar la cesión de Santo Domingo.

Ahora bien, los compromisos militares franceses en Europa retardaron la toma de posesión de Santo Domingo durante los años en que Toussaint Louverture ganaba terreno en Saint Domingue como líder de los esclavos revelados y como único punto de apoyo de Francia en la colonia. Bien conocida es la historia de su ascenso político y militar y de la reacción final de Napoleón Bonaparte de liquidar la revolución haitiana enviando a Santo Domingo un enorme ejército de 60,000 hombres en febrero de 1802 para volver a colocar la antigua colonia francesa bajo el viejo régimen esclavista. Y bien conocido es también el fracaso de esa expedición cuyo resultado fue la pérdida definitiva de la colonia francesa, la muerte de la mayoría de los blancos que había en ella, y la proclamación de Haití como la primera nación independiente de América Latina en 1804. Y mucho más conocido es tal vez el hecho de que Toussaint había ocupado la parte española de la isla en enero de 1801 para anticiparse a la invasión napoleónica, y las tropas francesas a su vez desalojaron a los soldados de Toussaint en 1802. A pesar de la derrota, los franceses conservaron las principales ciudades de Santo Domingo y, en 1804, en donde hubo antes una colonia francesa se levantaba ahora un nuevo Estado independiente, en tanto que en donde existió una colonia española ahora había una nueva colonia francesa.

De manera que el siglo XIX comienza para Santo Domingo en condiciones completamente diferentes que para el resto de las colonias españolas en América, pues la rebelión de los esclavos produjo, entre otras cosas, además de la cesión a Francia, la invasión de su territorio por tropas inglesas, francesas y negras que consumieron la mayor parte de su ganado, dando lugar a una enorme



oleada migratoria que redujo la población a menos de un 30% en quince años, y, finalmente, produjo también una sangrienta aunque infructuosa invasión haitiana en 1805 dirigida por Jean Jacques Dessalines con el empeño de expulsar a las tropas francesas que quedaron en Santo Domingo, luego de la cual el país quedó completamente devastado y con su economía totalmente arruinada, sin ganados y sin mercado exterior para su tabaco que anteriormente se vendía a las Reales Fábricas de Sevilla y era, junto con los cueros, el único artículo de exportación de la antigua colonia española a finales del siglo XVIII.

Así, pues, en 1808 cuando Napoleón aprovechó la profunda crisis política que aquejaba a la monarquía española a consecuencia de la caída de Manuel Godoy y de la abdicación del Rey Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII para atraer a éste a Francia y hacerlo prisionero poniendo en el trono a su hermano José Bonaparte, las reacciones que se suscitaron en las colonias españolas en América adquirieron en Santo Domingo un matiz distinto, pues mientras en el Continente los líderes criollos organizaron juntas populares para gobernar sus colonias con mayor autonomía de las Cortes de la Península, bajo el pretexto de su lealtad a Fernando VII, en Santo Domingo, particularmente, en donde los franceses gobernaban a una población que todavía seguía considerándose española, la traición de Napoleón contra los monarcas de España provocó la indignación de los líderes criollos y de los propietarios más importantes que ahora se consideraban doblemente humillados al saber que también la Madre Patria había caído bajo el dominio francés y al ver sus negocios lesionados por las limitaciones comerciales que impusieron las autoridades francesas.

Algunos de ellos, como fue el caso de Don Juan Sánchez Ramírez, rico propietario de hatos ganaderos, se indignaron en grado extremo y buscaron el apoyo de las autoridades españolas de Puerto Rico y de la población dominicana que había emigrado a esa isla recientemente para luchar contra los franceses de Santo Domingo de la misma manera que estaban luchando los españoles contra los invasores en la Península. Las revueltas populares que tuvieron lugar en Madrid contra los franceses a partir del 2 de mayo de 1808 fueron prontamente conocidas por los habitantes de Puerto Rico, y ya en julio Sánchez Ramírez sabía que la Junta de Gobierno que había sustituido a Fernando VII antes de su salida, había hecho las paces con Inglaterra y declarado la guerra a Francia.



Esta declaración de guerra decidió al Gobernador de Puerto Rico, Don Toribio Montes, a proporcionar hombres y armas a Juan Sánchez Ramírez para luchar por la expulsión de los franceses, luego de que ambos mantuvieron una intensa correspondencia secreta de la cual se desprende que el pago de esa ayuda se hizo en troncos de caoba que fueron enviados desde los bosques orientales de Santo Domingo hacia Puerto Rico en los meses en que Sánchez Ramírez preparaba la conspiración. Finalmente, a principios de noviembre de 1808, ya los dominicanos habían reunido un ejército de menos de 1,200 hombres, entre los cuales había 300 soldados llegados clandestinamente desde Puerto Rico. Este abigarrado ejército fue enfrentado por tropas comandadas por el Gobernador francés, Jean Louis Ferrand, en una batalla en la que tanto Ferrand como quinientos franceses perdieron la vida, y luego de la cual Sánchez Ramírez marchó contra la ciudad de Santo Domingo, a la cual puso cerco durante ocho meses tomándola finalmente con ayuda de los ingleses en julio de 1809. Durante el cerco, los comandantes militares dominico-españoles celebraron una Junta “en nombre del Pueblo de la Parte Española de la Isla de Santo Domingo, a quien representa, que reconoce, como lo tiene reconocido, el Señor Don Fernando 7mo. por legítimo Rey y Señor Natural y, por consiguiente a la Suprema Junta Central de Madrid, en que reside la Real Autoridad”, y determinaron nombrar a Juan Sánchez Ramírez Gobernador interino encargado de conducir los negocios del país conforme a las leyes españolas hasta la aprobación definitiva por la Junta Central de los hechos obrados a raíz de la reconquista de Santo Domingo.

Cuando llegaron a España las noticias de que los dominicanos habían arrebatado a Santo Domingo de manos de los franceses sin más ayuda que la que el gobernador de Puerto Rico les había proporcionado, la Junta Central, establecido ahora en Sevilla, se apresuró a reincorporar nuevamente a Santo Domingo a los dominios españoles de Ultramar decretando el 12 de enero y el 29 de abril de 1810 varias disposiciones para restablecer la antigua guarnición militar, el antiguo Cabildo Eclesiástico, con el Arzobispado, y la antigua Universidad, instituciones éstas que habían desaparecido a consecuencias de las calamidades surgidas a raíz de la cesión a Francia por medio del Tratado de Basilea. La Real Audiencia no fue restituida y Santo Domingo quedó dependiendo en materia judicial de la Audiencia de Caracas, pero sí se ordenó que se despachara el antiguo situado de 300,000 pesos el año, que ahora debía



dividirse en partes iguales entre las Cajas Reales de México y Caracas. Para estimular la economía se abolieron para siempre los diezmos y las alcabalas, y se decretó un régimen de comercio libre, al tiempo que se extinguieron los viejos censos que el gobierno administraba sobre los bienes de los jesuitas que habían pasado a manos de la población. La Junta ratificó el nombramiento de Sánchez Ramírez como Gobernador de la Colonia, pero para la aplicación de los decretos nombró un Comisario Regio que echó por el suelo la popularidad de las medidas, pues tan pronto comenzó sus labores este funcionario se rodeó de los grupos más conservadores de la colonia que habían hecho causa común con los franceses y relegó a los soldados y hombres de armas que habían librado la larga campaña de la Reconquista, a tal punto que cuando llegó el momento del reconocimiento de los grados militares, los hombres de Sánchez Ramírez quedaron en su mayoría fuera de los rangos otorgados por las nuevas autoridades peninsulares enviadas por la Junta para administrar la Colonia, pues Sánchez Ramírez enfermó gravemente poco tiempo después de la Reconquista y a su muerte, ocurrida en febrero de 1812, ya las riendas del Gobierno se encontraban en manos de funcionarios venidos de otras partes de las Indias o de España misma.

Esto dio lugar a grandes malestares que se reflejaron en varias conspiraciones militares que tuvieron lugar entre 1810 y 1814 y que dejaron un clima de inestabilidad entre las tropas durante varios años por la pobreza con que fueron reprimidas estas conspiraciones y por la ruina económica en que quedó la Colonia después de la Guerra de la Reconquista pues los prometidos situados nunca llegaron y sólo pudieron colocarse en Santo Domingo dos partidas de cien mil pesos sacadas de la renta de la lotería de La Habana en 1813 y en 1817. Las dificultades que empezó a confrontar España en el continente a partir de 1810 son bien conocidas por todos ustedes y sólo quiero señalar que a medida que las demás colonias hispanoamericanas se incorporaban al movimiento emancipador en el Continente, la atención que España podía ponerle a Santo Domingo disminuía cada vez más. Es cierto que Francia finalmente reconoció la reconquista de Santo Domingo al firmar el Tratado de París el 30 de mayo de 1814, en el cual convino en restituir a España su antigua colonia, pero no es menos cierto que Santo Domingo quedó durante todos esos años en una especie de limbo económico y político cuyos gobernadores no podían resolver porque la producción del país, limitada a la exportación de pocos



miles de cueros, de menos de cinco mil quintales de tabaco y unos cuantos miles de pies de caoba al año, no alcanzaba siquiera para pagar los sueldos de la guarnición ni de la burocracia, y la ruina y la decadencia se enseñoreaban por doquiera. Es fama que la situación de Santo Domingo en esos años era de una pobreza tal, que en la Capital apenas había un solo carruaje, que los soldados vestían con harapos y que el Gobernador tenía que sacar a los presos de las cárceles y ponerlos a trabajar en los conucos para producir alimentos para la población de la ciudad. Santo Domingo vino a convertirse así en una sociedad empobrecida por las guerras, desnoblecida por la inmigración y desapegada de la Madre Patria, por quien sus hijos se habían lanzado a una guerra de Reconquista para luego verse abandonados por ella en unos momentos en que España enfrentaba los enormes problemas de los movimientos independentistas en el resto de América.

La inconformidad con España creció hasta el punto en que se formaron por lo menos dos movimientos políticos con el propósito de extinguir el régimen colonial. Ya en 1820 había rumores de que algunos criollos blancos y militares de la ciudad de Santo Domingo, estimulados por los acontecimientos de otras partes de América, planeaban un golpe de Estado para proclamar la Independencia, al parecer estimulados por una carta subversiva impresa en Caracas que invitaba a los dominicanos a la insurrección. Pero también se gestaba en esos mismos días otro movimiento, alentado por el Gobierno de Haití en las zonas fronterizas, que estimulaba a los habitantes de color y traficantes de ganado de esas regiones a proclamar la independencia de España para unirse a Haití con quienes ellos tenían relaciones económicas estrechas desde hacía más de ciento cincuenta años a través del comercio de ganado. El 8 de noviembre de 1821 este último grupo se pronunció en favor de la Independencia y de su anexión con Haití y recibió apoyo inmediato del gobierno haitiano del Presidente Jean Pierre Boyer, cuyos agentes forjaron una serie de pronunciamientos en el interior del país que alarmaron a los criollos blancos de la ciudad de Santo Domingo para quienes la unión con Haití significaría la abolición de la esclavitud y la pérdida de su hegemonía política y económica. Para hacerle frente a esos acontecimientos, el grupo de Santo Domingo se movilizó y, en control como estaba de los cuadros militares, dio un golpe de Estado incruento haciendo prisionero al Gobernador español Don Pascual Real, el día 1 de diciembre de 1821, a quien despachó varios días más tarde a La Habana junto



con los demás funcionarios españoles de la ciudad.

España no hizo nada por evitar esta segunda proclamación de la Independencia dominicana ya que Santo Domingo no ofrecía ningún interés para distraer su atención de los asuntos del continente. Pero el Gobierno haitiano hacía tiempo que tenía elaborados sus planes y siete semanas después, el 9 de febrero de 1822, el Presidente de Haití se presentó en la ciudad de Santo Domingo con un imponente ejército de 12,000 hombres declarando que había sido llamado para proteger la independencia proclamada en la frontera y para llevar a cabo la unión de Santo Domingo con Haití. Inútilmente los líderes del grupo esclavista habían enviado una misión a Caracas con el propósito de entrevistarse con Simón Bolívar para ofrecerle el apoyo a sus planes independentistas a cambio de ayuda para consolidar lo que ellos llamaron el “Estado Independiente del Haití Español”, cuya finalidad era, decían ellos, quedar incorporados al esquema bolivariano de la Gran Colombia. El Gobierno haitiano se hizo entregar formalmente la antigua colonia española y se instaló en Santo Domingo durante veintidós años, con grandes resistencias de una gran parte de la población que ahora se veía gobernada por “negros franceses”, antiguos esclavos emancipados gracias a los acontecimientos provocados por la Revolución Francesa.

La reacción española ante la dominación haitiana de Santo Domingo fue bastante tardía pues no había en la Península ni en La Habana ningún funcionario convencido de la utilidad de embarcar a España en una aventura militar contra los haitianos para reconquistar un territorio pobre y despoblado, y sin cultivos, sin caminos y sin ciudades. Los haitianos, que habían derrotado a las mismas tropas de Napoleón cuando apenas empezaban a organizarse como nación, lucían prácticamente inderrotables y temibles ante los ojos de las potencias europeas. Por eso Santo Domingo quedó en sus manos, a pesar de las numerosas protestas que levantaron los emigrados de origen español ante las autoridades madrileñas y de La Habana. Uno de esos emigrados fue un antiguo gran propietario de tierras y esclavos, Don Felipe Fernández de Castro, quien durante ocho años estuvo tratando de convencer al Gobierno español, a través de las autoridades cubanas, para que reclamara ante el Gobierno de Haití la devolución de Santo Domingo o, al menos, la indemnización adecuada por las pérdidas sufridas tanto por la Corona española como por sus súbditos a causa de las confiscaciones de propiedades ejecutadas por los haitianos a partir



de 1822. Fernández de Castro obtuvo autorización para ir a Haití en representación del Gobierno español para entrevistarse con el Presidente Boyer y exigirle que devolviera a España la parte del Este de la Isla. A mediados de enero de 1830, Fernández de Castro llegó a Puerto Príncipe y, pese a que su diplomacia fue llevada con firmeza y hasta con la amenaza de que Fernando VII intervendría militarmente en caso de que Boyer no accediera a devolver la parte del Este, los diplomáticos haitianos mantuvieron la tesis de que España no tenía nada que ver en Santo Domingo por haber perdido su colonia el 1 de diciembre de 1821 cuando los criollos blancos proclamaron la Independencia del Haití Español, de quienes el Presidente de Haití la había recibido cuando la ocupó en 1822. La tesis de los derechos perdidos en virtud del movimiento de 1821 y del llamamiento de los pueblos fronterizos, sirvió de base a la posición haitiana y, pese a sus amenazas de invasión, Fernández de Castro no tuvo más remedio que retirarse de Puerto Príncipe a fines del mismo mes de enero de 1830.

España no volvió a ocuparse más de Santo Domingo hasta los días en que Boyer fue derrocado en marzo de 1843 y de nuevo comenzaron los dominicanos a conspirar para separarse de los haitianos, formándose en Santo Domingo varios partidos independentistas, uno de los cuales era de tendencia proespañola, otro de tendencia profrancesa y otro de tendencia proinglesa, opuestos los tres a un cuarto grupo independentista radical que creía que era posible separarse de los haitianos sin hipotecar la soberanía del nuevo Estado a una potencia extranjera. Los líderes del grupo proespañol eran un par de sacerdotes y un viejo general. Cada uno de ellos escribió separadamente y en varias ocasiones a las autoridades españolas de Puerto Rico y Cuba exponiéndoles la situación general de Santo Domingo y el estado de dominación en que se encontraban sujetos sus habitantes. En cada caso pidieron al gobierno español que enviara tropas para desalojar a los haitianos de la parte del Este de la Isla y ofrecieron sus servicios para ayudar a realizar con éxito la empresa. Pero en ningún momento el gobierno español se mostró interesado en estas ofertas, pese a que el cónsul francés en Puerto Príncipe llegó a convencerse de que durante la primera mitad del año 1843 España tenía intenciones de hacer valer sus derechos sobre Santo Domingo. En realidad, el único interés que España tenía sobre este país en esos momentos era el de mantenerse informada sobre su evolución política interna para poder anticiparse a cualquier movimiento que tendiera a alte-



rar la tranquilidad de sus esclavos, y para ello las autoridades españolas mantenían una pequeña pero eficiente red de espías compuesta por varios comerciantes radicados en Santo Domingo.

Así, cuando los dominicanos finalmente se lanzaron al movimiento y al golpe de Estado que les permitió alcanzar su independencia de Haití el 27 de febrero de 1844, las autoridades de La Habana siguieron paso a paso los acontecimientos de Santo Domingo y se limitaron a ejercer una discreta influencia a través de sus agentes para que Francia no obtuviera concesiones territoriales de parte de los dominicanos cuyos líderes estaban ansiosos de concederles el dominio de la Bahía y Península de Samaná a cambio de ayuda militar y de protección política contra los haitianos. Esa ayuda no cristalizó inmediatamente y los dominicanos tuvieron que luchar solos contra los haitianos en los campos de batalla. Pero necesitados como estaban del reconocimiento diplomático de su independencia, despacharon misiones en 1845 a los Estados Unidos y en 1846 a España, Francia e Inglaterra en busca de la concertación de Tratados de Paz, Amistad, Comercio, Navegación y Reconocimiento con esas potencias. Tanto Estados Unidos como Francia e Inglaterra reaccionaron favorablemente. Francia e Inglaterra firmando los mencionados tratados y nombrando los cónsules respectivos en el año 1849, cuya política a partir de entonces fue tratar de impedir que Haití volviera a ocupar a Santo Domingo y de que tanto una como la otra potencia obtuviera concesiones territoriales a costa del Estado Dominicano. Los Estados Unidos enviaron una misión de reconocimiento en 1846 y nombraron al año siguiente un Agente Comercial. Pero España respondió a los diplomáticos dominicanos con dilaciones y más tarde hizo saber que no podía otorgar el reconocimiento a la nueva república porque prefería reservarse sus derechos sobre Santo Domingo adquiridos por el Tratado de París de 1814 para hacerlos valer en el momento oportuno. De manera que, mientras Francia e Inglaterra se aprovechaban del vigoroso comercio de tabaco y maderas que había cobrado impulso en tiempos de la Dominación Haitiana gracias a la política de fomento de las exportaciones puesta en práctica por el Presidente Boyer, y mientras Estados Unidos vendía artículos manufacturados a una población ansiosa y necesitada de adquirir estos productos, España permaneció al margen de los acontecimientos de Santo Domingo y no mantuvo ningún tipo de relación económica o financiera con la República Dominicana durante los primeros años de su independencia.



Sin embargo, las cosas empezaron a cambiar a partir de 1853 cuando los Estados Unidos demostraron un interés extraordinario en la adquisición de la Península y Bahía de Samaná con la intención de establecer allí una base carbonera de apoyo a sus unidades navales en el Caribe. Para ello enviaron a Santo Domingo como Agente Especial a un aventurero llamado William Cazneau, con experiencia en la guerra de Texas y ligado a las correrías de William Walker en Nicaragua. La rapidez con que Cazneau logró redactar un proyecto de Tratado con la Cancillería Dominicana, iba a parejas con una nueva ofensiva diplomática que el Gobierno Dominicano realizaba para obtener nuevos reconocimientos por parte de otros gobiernos en unos momentos en que se sabía que los haitianos preparaban una nueva invasión contra los dominicanos, la cuarta desde la fundación de la República. Entre 1852 y 1853 los dominicanos firmaron nuevos tratados con Dinamarca y con Holanda e hicieron contactos con la Santa Sede al tiempo que enviaron una nueva misión a España con el propósito de obtener el reconocimiento y protección política y militar para enfrentar las amenazas haitianas.

Esta nueva misión a España entre diciembre de 1853 y mayo de 1854 también fracasó al encontrarse el enviado dominicano, Ramón Mella, ante la indiferencia del Ministro de Estado español quien adujo que el reconocimiento de la República Dominicana era “una cuestión difícil en las actuales circunstancias”, debido a que la fragilidad política del Gobierno español le impedía atender un asunto que iba a encontrar la oposición de grupos e intereses que el Ministro no estaba dispuesto a enfrentar como eran los anexionistas cubanos, los diputados de la Oposición en Madrid, el Gobierno de los Estados Unidos y el mismo Gobierno Haitiano, a quien España no quería ofender para no alterar la paz de sus territorios en las Antillas. De manera que Mella regresó a Santo Domingo a mediados de 1854 dejando encargado de la misión al periodista dominicano Rafael María Baralt, quien pocos meses más tarde se vio sorprendido por un cambio súbito en la actitud de España al saberse en Madrid que los Estados Unidos y la República Dominicana habían redactado un proyecto de Tratado por medio del cual la República Dominicana obtendría el reconocimiento norteamericano a cambio de la concesión del uso de tierras y aguas en la Bahía de Samaná para los barcos de la marina norteamericana.

Ante esta noticia el Gobierno español reaccionó nombrando



de inmediato un Agente Comercial en la República Dominicana y despachándolo sin pérdida de tiempo a Santo Domingo en donde desembarcó a finales de noviembre de 1854 con las siguientes instrucciones: “El primer deber de usted en Santo Domingo es valerse de todos los medios que pueda emplear para paralizar si es posible los proyectos ambiciosos de los Estados Unidos, retrayendo al Gobierno Dominicano de hacer las concesiones que de él se quieren recabar. Procure usted reanimar la esperanza del Presidente Santana y de su confianza en la España haciéndole entender que ea actual Gobierno de S.M. desea estrechar relaciones con la República Dominicana, que en el envío de usted debe ver una prueba evidente de nuestras buenas disposiciones; y que si bien no les ofrecemos desde luego el protectorado, porque para que esto fuere eficaz sería indispensable acompañarlo con el envío de fuerzas de que hoy no podemos desprendernos, estaremos dispuestos a reconocer la independencia de la República si el Gobierno Dominicano quiere enviar un Agente a Madrid. Exponga usted además a dicho Gobierno cuán funesto sería, no sólo para la independencia de su país sino para el porvenir de su raza que los Estados Unidos sentaran el pie en la Isla; y procure usted utilizar la influencia de los Agentes Consulares de Francia e Inglaterra, interesados en poner coto a las invasiones de la Unión Americana, para contrarrestar los planes ambiciosos de la misma”.

La correspondencia de los agentes europeos en Santo Domingo acerca de sus maniobras para hacer fracasar el proyecto de tratado con los Estados Unidos es bastante abundante y muestra cómo la diplomacia española logró una rápida victoria al conseguir que el Presidente dominicano se comprometiera públicamente a no vender, arrendar, conceder o en forma alguna enagenar ninguna porción del territorio dominicano a ningún gobierno extranjero, especialmente la Bahía de Samaná. En su empeño por lograr el reconocimiento español, los líderes dominicanos buscaron modificar sustancialmente el proyecto del tratado con los Estados Unidos, por lo que el Secretario Marcy y el Presidente Pierce se desinteresaron del mismo apostándose entonces España para llenar el vacío que Estados Unidos dejaba en esos momentos y disponiéndose a ejercer una presencia más activa en la República Dominicana, cuya independencia quedaba finalmente aceptada. En menos de dos meses, esto es, el 18 de febrero de 1855 se firmó en Madrid el Tratado de Paz, Amistad, Comercio y Navegación entre España y la República Dominicana.



“La Reina de España —dice el artículo I—, usando de la facultad que le competía por Decreto de las Cortes Generales del Reyno, del 4 de diciembre de 1836, renuncia para siempre, del modo más formal y solemne, por sí y sus sucesores, la soberanía, derechos y acciones que le correspondían sobre el territorio americano conocido antes bajo denominación española de la Isla de Santo Domingo, actualmente República Dominicana y cede y traspasa esa soberanía, derechos y acciones a la mencionada República... en ejercicio de la suprema potestad que desde entonces y para siempre reconoce”. Y en clara advertencia a los Estados Unidos y a Haití, en el Artículo II, España dejó claramente establecido su deseo de que el territorio de la parte del Este de la Isla continuara para siempre bajo el dominio de los dominicanos, mientras estos, por su parte, se comprometían a impedir que su territorio fuera utilizado eventualmente como base para expediciones agresivas contra Cuba o Puerto Rico, con lo que España lograba su objetivo de neutralizar a la República Dominicana como una posible base norteamericana en unos momentos en que el anexionismo de Cuba a los Estados Unidos estaba de moda tanto en La Habana como en Washington, y le hacía temer grandemente a la política expansionista norteamericana en esos años en el Caribe.

Durante los años siguientes, la República Dominicana sufrió dos nuevas invasiones haitianas, una de ellas con el propósito de impedir que tanto España como Estados Unidos reforzaran la independencia dominicana, y padeció también un golpe de Estado y una larga guerra civil que duró todo un año y dejó el país postrado en un gigantesco desorden financiero que arruinó por igual a comerciantes y campesinos y extinguió, a finales de 1858, las esperanzas de la élite de salvaguardar la Independencia de las amenazas haitianas, cuyo gobierno nuevamente se preparaba para lanzar una invasión que, al decir del Emperador Soulouque, no dejaría vivas ni las gallinas en la parte oriental de la Isla. Aunque Soulouque fue derrocado por sus propios oficiales que no querían sufrir nuevas derrotas en Santo Domingo, y su sucesor hizo saber al Gobierno Dominicano que los planes de invasión quedaban cancelados, el Presidente Santana no creyó a los haitianos y decidió acercarse nuevamente a España en busca de protección política y militar pues en octubre de 1860, también, la marina dominicana había tenido que desalojar a unos aventureros norteamericanos de una de las islas adyacentes al país que pretendían reclamarla como territorio de los Estados Unidos. La convicción generalizada en el seno



del Gobierno Dominicano era que si España no intervenía, la República caería tarde o temprano en manos de los haitianos o de los norteamericanos.

El Gobierno Dominicano había pedido ya a España la ayuda y los medios necesarios para fortificar y artillar aquellos puntos y puertos de mar que eran codiciados por los norteamericanos por su importancia estratégica o por su valor económico, y se adelantó a solicitar la negociación de un acuerdo que tuviera por objeto el establecimiento de un protectorado político y militar de España en Santo Domingo que ayudara a los dominicanos a preservar su independencia frente a los haitianos. Pero frente a la resistencia del Gobierno español a comprometerse militarmente en Santo Domingo sin recibir nada a cambio, en abril de 1860 las negociaciones tomaron un nuevo giro al establecerse que una propuesta de anexión sería acogida más fácilmente por el Gobierno español. De manera que en el curso de ese año se precisaron las bases para la reincorporación de Santo Domingo a España y los diplomáticos de ambos países acordaron que a cambio de la anexión España se comprometía a no restablecer nunca la esclavitud en territorio dominicano; a considerara la parte oriental de la Isla como provincia española con los mismos derechos y privilegios que sus demás provincias; a utilizar los servicios del mayor número posible de funcionarios públicos y militares del país una vez consumada la anexión; y a reconocer como buenos y válidos los actos de los gobiernos dominicanos desde la proclamación de la Independencia hasta la fecha.

Por unos momentos las negociaciones parecieron que fracasarían. En diciembre de 1860 el Primer Ministro de España, Leopoldo O'Donnell, declaró que su gobierno quería que se aplazara la reincorporación que ya se había acordado, al parecer debido al temor de ofender a los Estados Unidos que ya se habían pronunciado privadamente en contra de las negociaciones, y a su interés de esperar que se iniciara la guerra civil norteamericana. En efecto, una vez que los españoles se aseguraron de que los Estados Unidos entrarían en guerra, las negociaciones se aceleraron y ya el 18 de marzo de 1861 las autoridades dominicanas, que habían estado recibiendo refuerzos militares desde Cuba y Puerto Rico en los meses anteriores, proclamaron solemnemente la anexión de la República Dominicana a España.

Tan pronto como los españoles llegaron a Santo Domingo descubrieron que el pueblo que ellos venían a gobernar no era tan



hispanico como les habían asegurado pues la población era en su mayoría de color y sus costumbres diferían notablemente de las españolas después de varios siglos de aislamiento y, lo que era más decisivo, después de 22 años de convivencia con los haitianos y otros 17 años de vida independiente. De inmediato empezaron a manifestarse las diferencias entre los soldados y funcionarios españoles y la población dominicana: comenzó la segregación racial; el gobierno español no aceptó los rangos militares de los oficiales del antiguo ejército republicano; el papel moneda no fue redimido de inmediato; las tropas abusaron de los campesinos; el nuevo Arzobispo español ofendió a la élite persiguiendo las logias masónicas, se malquistó con el clero local imponiendo nuevas reglas de conducta e intranquilizó a la mayoría de la población exigiendo el matrimonio eclesiástico obligatorio; los nuevos jueces importaron un sistema jurídico ajeno a las costumbres que chocaba con la tradición legal dominicana basada en los códigos napoleónicos adoptados bajo la influencia haitiana; el libre comercio del tabaco, principal producto de exportación del país, fue restringido cuando las autoridades quisieron imponer un monopolio en favor de intereses metropolitanos; los comerciantes se resintieron de la imposición de nuevos impuestos de importación en favor de los barcos y las mercancías españolas, todo lo cual creó un clima de malestar generalizado que era ya evidente a finales de 1862 cuando los oficiales españoles escribían a sus superiores previendo el estallido de una rebelión en breve plazo.

Efectivamente, la rebelión estalló a principios de febrero de 1863 y a mediados de año se convirtió en una gigantesca conflagración alentada por el Gobierno haitiano que desde un principio había protestado contra la anexión y proporcionó dinero, armas y alimentos a los rebeldes dominicanos, quienes lograron tomar a Santiago, la principal ciudad del interior del país, e instalaron un Gobierno Provisional para dirigir la lucha por la Restauración de la República. Lo que sigue a la instalación de este gobierno es una guerra total de casi dos años que le costó a España más de 10,000 bajas y unos 33 millones de pesos, y a los dominicanos centenares de vidas y la ruina de su economía. Con excepción de Santo Domingo y varias poblaciones cercanas a esta ciudad, todo el país se levantó en armas. En esta Guerra de la Restauración, que comenzó siendo una rebelión de campesinos y muy pronto se convirtió en una guerra de razas por el temor de los dominicanos de color, que eran la mayoría, a ser convertidos nuevamente en esclavos, y de



ahí pasó a ser una verdadera guerra popular y de guerrillas que puso en movimiento todas las energías de la Nación.

Las pérdidas españolas en esta guerra fueron creciendo desde el principio, de manera que a mediados de 1864 el Ministerio de Guerra de Madrid ordenó la suspensión de las actividades ofensivas hasta tanto el Gobierno de la Reina decidiera si continuaba las operaciones que reducían los efectivos españoles en un 10% cada mes, pues en España la oposición a la ocupación de Santo Domingo se había hecho tan fuerte que había acentuado las crisis políticas que terminaron con la caída del Gobierno del Ministro O'Donnell, y su sustituto, el General Narváez, quería someter la cuestión de Santo Domingo a la consideración y decisión de las Cortes.

De los debates de las Cortes, muy largos y acalorados, salió finalmente la decisión de abandonar a Santo Domingo en razón de que la guerra se había convertido en una empresa apoyada por la totalidad de los dominicanos y continuarla tendría los visos de una campaña de conquista de un territorio que España, en rigor, no deseaba. El día 3 de marzo de 1865 la Reina de España firmó el decreto derogando la anexión, y el día 10 de julio las tropas españolas comenzaron a embarcarse de regreso a Cuba, Puerto Rico y España. Quince días más tarde no quedaba un solo soldado español en Santo Domingo cumpliendo funciones militares.

Como es de imaginarse, las relaciones entre Santo Domingo y España quedaron rotas durante un buen tiempo y la comunicación entre ambos gobiernos quedó reducida al mínimo. El comercio entre ambos países, que virtualmente no existió durante el siglo XIX, continuó siendo nulo y los viajeros entre la Península y la República Dominicana no pasaron de un puñado en muchos años. De hecho, las relaciones empeoraron, a raíz del estallido de los movimientos revolucionarios independentistas en Cuba y Puerto Rico a partir de 1868, inspirados, en cierta medida, en el triunfo de las armas dominicanas en la Guerra de la Restauración, pues una vez estalló la Guerra de los Diez Años en Cuba, muchos patriotas cubanos perseguidos en su país buscaron refugio político en Santo Domingo y en la ciudad norteña de Puerto Plata en donde organizaron grupos de apoyo a la causa de la independencia de las Antillas. Con los patriotas puertorriqueños del grupo de Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos ocurrió otro tanto, por lo que Puerto Plata se convirtió en el centro de las conspiraciones antiespañolas en el Caribe durante esos años.



Intentando poner coto al apoyo que los independentistas cubanos y puertorriqueños recibían de los grupos liberales dominicanos en Puerto Plata, y aprovechando que el partido político que había dirigido la Guerra de la Restauración se encontraba fuera del poder en 1874, el Gobierno español nuevamente hizo contactos con el Gobierno Dominicano con el propósito de restablecer las relaciones diplomáticas interrumpidas años atrás ofreciendo su apoyo al Gobierno del Presidente González a cambio de que éste limitara las actividades subversivas de los revolucionarios antillanos. Así se firmó un nuevo Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre España y la República Dominicana en 1874, cuyo primer efecto fue la desbandada de los independentistas cubanos y puertorriqueños de Puerto Plata. Pero esta jugada tuvo éxito durante muy poco meses después y desde entonces, hasta los mismos días de la Guerra Hispanoamericana de 1898, los diversos gobiernos de la República Dominicana durante el último cuarto del siglo XIX acogieron, respaldaron y financiaron los movimientos independentistas de Cuba y Puerto Rico, a través de una consistente política inspirada en los ideales de la creación de una Confederación Antillana libre y republicana compuesta por las antiguas colonias españolas. Los incidentes a que dio lugar esta política del Gobierno Dominicano fueron muy numerosos y en una ocasión llegaron a producir el enfrentamiento abierto de unidades navales españolas contra las fortificaciones costeras dominicanas aunque nunca se llegó a la guerra.

Esta historia de los problemas de España en las Antillas a finales del siglo XIX es bien conocida y todos sabemos que culminó con la Guerra Hispano-Americana de 1898 y con la independencia de Cuba y Puerto Rico. Es lástima que no podamos ocuparnos ahora de los movimientos de los patriotas cubanos y puertorriqueños auxiliados por los gobiernos dominicanos en esos años, pero creo que el panorama de las relaciones domínico-españolas en el siglo XIX que he reseñado rápidamente en estas páginas, sirve para mostrar que después de casi un siglo de dificultades, incomunicación y malas relaciones con España, los grupos independentistas de las tres Antillas no podían hacer otra cosa que aliarse en un movimiento regional con el propósito de extinguir el sistema colonial español en América.



7. Haití y la República Dominicana: Otra Historia

Las relaciones domínico-haitianas comienzan mucho antes de que la nación haitiana y la nación dominicana se formaran, pudiendo decirse, muy temprano en el siglo XVIII.

En aquel tiempo, la Isla estaba dividida en dos colonias, una francesa y una española. Pero estas dos colonias eran completamente diferentes entre sí.

Por una parte, la colonia francesa era una colonia de plantación cuya economía estaba basada en la explotación intensiva de la tierra y del trabajo esclavo.

Por otra parte, la colonia española era una colonia cuya economía se sostenía sobre la crianza de ganado.

Los franceses necesitaban mantener cientos de miles de esclavos trabajando en los ingenios y en las plantaciones para exportar los productos hacia Europa.

Al desaparecer el ganado en la parte occidental de la Isla, los franceses necesitaban de proteínas para alimentar a sus esclavos y esas proteínas sólo podían ser conseguidas importando ganado de la parte española.

De manera que la alimentación de las grandes masas de trabajadores de la parte francesa, dependía del ganado de la parte española.

Por esta razón, durante el siglo XVIII se desarrolló a través de la línea fronteriza un intenso comercio de ganado. Y este comercio puso en contacto, en contacto amistoso, las dos poblaciones de ambas colonias.

Por otra parte, como los franceses trataban tan mal a sus esclavos, una buena parte de ellos huía hacia los montes y se hacían cimarrones.



Las autoridades españolas pretendían hacerle daño a la economía francesa, acogiendo los esclavos que huían de la parte francesa hacia la parte española. Y es muy interesante notar que los primeros esclavos que huyeron en grandes grupos hacia la parte española, fueron acogidos y liberados por las autoridades españolas en 1678.

Muchos de estos esclavos cimarrones provenían de Angola, eran africanos Mina y con ellos los españoles formaron un pueblo cercano a Santo Domingo, llamado San Lorenzo de Los Mina. Este fue un primer paso que creó enormes contradicciones entre las autoridades francesas y las autoridades españolas porque, aunque los españoles tenían esclavos, su política era liberar a todo esclavo cimarrón de la parte francesa.

De manera que, durante el siglo XVIII, varios miles de esclavos de la parte francesa fueron a vivir a la parte española y se radicaron como ciudadanos libres.

Los franceses, desde luego, protestaron. Y protestaron durante todo el siglo XVIII. En varias ocasiones trataron de conseguir que las autoridades españolas suspendieran el asilo a los esclavos cimarrones.

Los franceses sólo consiguieron que los españoles no acogieran más cimarrones, en 1777. Pero la tradición del cimarronaje ya estaba establecida y aun así, en los años siguientes otros cimarrones siguieron yendo a vivir a la parte española.

Sin embargo, ya las autoridades españolas después de haber firmado este acuerdo, devolvían a los cimarrones que encontraban.

Así, pueden verse contactos intensos y significativos entre ambos pueblos en el siglo XVIII. En muchos casos, los campesinos dominicanos de origen africano, escondían a los cimarrones mientras que las autoridades españolas los perseguían.

Hay un caso muy importante que fue el caso de Ogé y Chavanne, cuando vinieron a tratar de fomentar la revolución, después del estallido de la revolución francesa, y siendo perseguidos por las autoridades francesas, huyeron a Santo Domingo, pero las autoridades españolas los hicieron presos y los devolvieron a las autoridades francesas.

La revolución haitiana cambia la tradición que hemos señalado hasta ahora, porque la revolución haitiana creó un estado de guerra en toda la Isla que implicó a España, a Francia y a Inglaterra.

Durante la guerra, las tropas dirigidas por Toussaint L'Ouver-



ture tuvieron que penetrar en la parte española para desalojar a los ingleses y ocuparon los territorios de San Miguel de la Atalaya, de San Rafael, de Hincha y Las Caobas.

Los habitantes españoles de estas regiones, tuvieron que mudarse al extremo oriental de la Isla, especialmente al Seybo y a Higüey. Una de estas familias que huyeron de las tropas haitianas comandadas por Toussaint L'Ouverture, fue la familia de Pedro Santana. Esta familia vivía en Hincha y esto es importante tenerlo en cuenta, porque el trauma de la huida de Hincha y la pérdida de sus propiedades, permaneció en la mente de la familia Santana por muchos años.

Más adelante, Napoleón Bonaparte trató de detener la revolución haitiana. Y para proteger la revolución, Toussaint L'Ouverture ocupó la parte este de la Isla en enero de 1801. La parte del este había sido cedida a Francia oficialmente en 1795, pero las autoridades francesas habían pedido a las autoridades españolas, no entregar la parte oriental a menos que no fuese a un ejército francés compuesto por soldados blancos.

De manera que, entre 1795 y 1801, la parte española, aunque oficialmente pertenecía a Francia, seguía gobernada por las autoridades españolas y muchos dominicanos, de origen español, creían, por esa razón, que la cesión nunca se iba a llevar a cabo.

Pero los acontecimientos políticos en la parte francesa y las intenciones imperiales de Napoleón Bonaparte echaron por el suelo esta creencia.

Por esta razón, cuando Toussaint L'Ouverture llegó con sus tropas a Santo Domingo en 1801, muchas familias de origen español sintieron que todo estaba perdido para ellos.

Hay que recordar que durante estos años también estas familias españolas habían estado en contacto con familias francesas que habían huido de la parte occidental a Santo Domingo.

De manera que hubo un éxodo de familias francesas y familias españolas a otras partes del Caribe, huyendo de Toussaint L'Ouverture.

Los dominicanos españoles, no comprendían las razones que tenía Toussaint para invadir y ocupar la parte del Este.

De ahí que, cuando Napoleón envió su ejército al mando del general Leclerc, los dominicanos apoyaron al general Leclerc. Por esta razón, las fuerzas francesas pudieron desalojar de la parte española, a las tropas haitianas comandadas por Paul L'Ouverture.

De manera que a partir de 1802 hasta 1809 los dominicanos



fueron gobernados por los franceses. Pero, como el ejército francés había fracasado en Haití, el núcleo militar francés que se quedó en Santo Domingo, mantuvo las relaciones entre los haitianos y los dominicanos cortadas. Y peor todavía, para hostilizar al gobierno haitiano, dirigido por Jean Jacques Dessalines, el gobierno francés dictó una ley dando permiso a los dominicanos para que pudiesen cruzar la frontera a cazar esclavos.

Esta decisión del gobierno francés fue tomada en octubre de 1804. Dessalines esperó hasta reconstruir su ejército y la economía del país. Cuando Dessalines se sintió seguro, en enero de 1805, invadió la parte española para expulsar a los franceses. Pero los dominicanos españoles, apoyaron nuevamente a los franceses porque la élite domínico-española mantenía todavía sus fortunas sobre la base del trabajo esclavo. De manera que hubo una guerra de tres semanas entre haitianos, por un lado, y franceses y dominicanos por otro lado.

La ciudad de Santo Domingo fue cercada por el ejército haitiano, pero como la ciudad tenía murallas no fue posible para el ejército haitiano tomar la ciudad y expulsar las tropas francesas. Los oficiales haitianos decidieron levantar el cerco y regresar a la parte Occidental. En su retirada, Dessalines cometió abusos y masacres porque él se sentía traicionado por los dominicanos. En su diario, él dice que para acabar con los franceses tenía que acabar con la economía. Mató todo el ganado que pudo y llevó numerosos prisioneros a la ciudad del Cabo.

En Moca y en Santiago, asesinó más de 400 personas que se habían refugiado en las iglesias. Estos son, desde luego, crímenes de guerra y por esta razón, los dominicanos sufrieron un nuevo trauma que no fue olvidado durante mucho tiempo. Es muy importante también tener en cuenta estos hechos para conocer las raíces de las relaciones domínico-haitianas en el siglo XIX.

Después de la invasión de Dessalines, los dominicanos preferían ser cualquier cosa antes que ser gobernados por los haitianos.

Sin embargo, después de haber expulsado a los franceses en 1809, los dominicanos volvieron a ser gobernados por los españoles. Pero estimulados por las guerras de emancipación latinoamericanas, ellos intentaron declarar la independencia en 1821. Y este hecho ocurrió en una coyuntura muy interesante. Porque mientras los dominicanos conspiraban para expulsar a los españoles, un grupo de antiguos colonos franceses estaba conspirando en Francia y en Martinica para enviar un ejército contra el gobierno haitiano. El



presidente Boyer conocía estos planes y por esta razón, mientras estos dos procesos seguían su marcha, el presidente Boyer planeaba unificar la Isla bajo un solo gobierno como una estrategia para preservar la independencia haitiana.

De manera que en 1821 cuando los primeros barcos franceses llegan a Samaná, los agentes políticos de Boyer aliados a grupos de dominicanos de Dajabón y Montecristi, proclamaban la independencia de Santo Domingo español y la unión con Haití.

Cuando los conspiradores dominico-españoles de la ciudad de Santo Domingo, supieron de los acontecimientos de la frontera, decidieron anticiparse para proclamar también su propia independencia.

La proclamación de la independencia en la frontera ocurrió los días 8 y 15 de noviembre y la independencia en Santo Domingo fue proclamada el 1ro. de diciembre.

De manera que Boyer actuó rápido y consiguió que sus agentes y un partido pro-haitiano, que había en la parte oriental, proclamaran la independencia en el resto del país llamando al presidente Boyer a protegerla.

Boyer respondió a este llamado y escribió a las autoridades independientes de Santo Domingo que él iba a Santo Domingo para preservar la independencia de los dominicanos y asegurar la unificación de la Isla.

En enero de 1822, Boyer marchó con 2 ejércitos hacia Santo Domingo. Un ejército por el sur, comandado por él mismo y un ejército por el norte, comandado por el general Guy Joseph Bonnet. Estos ejércitos llegaron a Santo Domingo el 9 de febrero de 1822. En este momento comenzó lo que se llama en Santo Domingo, la dominación haitiana.

Este período duró 22 años y terminó debido a los numerosos errores cometidos por Boyer. Primer error: Boyer confiscó todas las propiedades eclesiásticas. Segundo error: Boyer obligó a los hijos de la élite a incorporarse en el ejército. Tercer error: Boyer abolió la esclavitud y se ganó la enemistad de la élite. Cuarto error: Boyer quiso obligar a la población dominicana a cambiar sus hábitos españoles por hábitos franceses. Por ejemplo, quiso obligarlos a escribir todos los actos oficiales en francés y no en español.

Debo decir que la política económica de Boyer, aunque estuvo teóricamente bien orientada, en el caso de la parte del Este demostró ser políticamente fatal porque Boyer quiso distribuir las tierras del Este que estaban despobladas entre numerosas familias



haitianas, especialmente familias de miembros del ejército del Norte y para ello tenía que confiscar estas tierras de manos de sus propietarios dominico-españoles.

El sistema de la posesión de la tierra de la parte española, era diferente al sistema de la posesión de la tierra en la parte francesa.

Los españoles no tenían en tiempos coloniales un sistema como el sistema francés. Ellos tenían el llamado sistema de los terrenos comuneros. Por eso Boyer quiso obligar a los propietarios dominico-españoles a presentar sus títulos a las autoridades haitianas. Los dominicanos rehusaron hacer eso. Hubo disputas, malquerencias, y conspiraciones porque los dominicanos creían que Boyer quería despojarlos de toda su tierra.

En realidad, lo que Boyer quería era saber de quiénes eran las tierras de la parte del Este, para saber cuáles tierras pertenecían al Estado y por lo tanto cuáles tierras podían ser donadas a los antiguos esclavos españoles y a las nuevas familias haitianas que debían ir a vivir a la parte Oriental.

Los dominicanos acusaban al gobierno haitiano de querer haitianizarlos y ellos decían que una prueba de eso era la importación de antiguos esclavos, ahora libertos, de los Estados Unidos.

Para los dominicanos, haitianización significaba africanización. De manera que la importación de negros norteamericanos fue considerada como una amenaza contra la hispanidad de los dominicanos.

Muchos norteamericanos murieron de aquellas familias que fueron traídas en 1824, pero algunas se quedaron.

Por otra parte, Boyer introdujo en Santo Domingo un régimen militar muy duro para los dominicanos. Los dominicanos consideraban que el régimen militar español era más blando que el régimen militar haitiano, y se sentían gobernados por una dictadura. Ellos consideraban que habían perdido sus libertades (cuando estoy hablando de los dominicanos, estoy hablando de la mayoría, porque en 1822 apenas había esclavos en Santo Domingo, la población era de 80 mil habitantes y solamente había 3 mil esclavos).

La población era en su mayoría mulata, pero muchos de ellos se consideraban blancos y por lo tanto se consideraban españoles. En apoyo de esta creencia, la ideología de la élite siempre mencionaba los crímenes de Dessalines y la invasión de Toussaint.

Por esta razón, poco a poco, los dominicanos fueron contituyéndose en un grupo resistente al gobierno haitiano. Muchos de ellos decían que los haitianos querían hacerlos desaparecer y opo-



nían a estos propósitos una ideología hispanizante, blanquizante y catolizante.

Los dominicanos, estimulados por la Iglesia, que había perdido sus propiedades, decían que los haitianos querían introducir el vudú y eliminar la religión católica.

Si se leen los documentos preparados para justificar la independencia, o la separación de Haití, se notará cuán claramente los dominicanos hablan de los propósitos de Boyer.

En realidad, Boyer quería algo más. Él quería crear en Santo Domingo una economía basada en la agricultura porque las exportaciones haitianas habían decaído mucho después de la Revolución Francesa. Él quería volver a colocar a Haití en una posición ventajosa para las exportaciones. Él quería exportar más productos agrícolas para obtener dinero con qué pagar a Francia la deuda de la independencia haitiana. La deuda de 1825.

Puede recordarse que la primera cuota que se pagó de la deuda con Francia, se realizó con contribuciones hechas, tanto en la parte haitiana, como en la parte dominicana. Este fue otro error político de Boyer. Porque los dominicanos se preguntaban: ¿por qué tenemos nosotros que pagar a los haitianos por su independencia, cuando ellos nos han quitado la nuestra?

Como puede verse, los motivos para la separación eran muchos. Hubo conspiraciones y finalmente, el 27 de febrero de 1844, los dominicanos proclamaron su independencia. Pero el Presidente Hérard, que había estado ya en Santo Domingo el año anterior, con un ejército, para reprimir una conspiración, no aceptó la independencia dominicana.

El año anterior, en 1843, él había hecho prisioneros a los principales conspiradores o los había hecho huir del país. Estos eran los líderes de la población dominicana. De manera que, en 1844, cuando Hérard invade nuevamente la parte del Este, todos los dominicanos deciden ir a la guerra para preservar su independencia.

Durante 14 años, los dominicanos estuvieron en pie de guerra y pudieron consolidar su independencia. Hubo grandes y sangrientas batallas.

El motivo que los ministros del gobierno haitiano exponían para justificar la guerra, era que sin la parte del Este, Haití no podría pagar la deuda a Francia.

Cuando Francia e Inglaterra deciden mediar, éstos eran los motivos que los políticos haitianos del gabinete de Soulouque ex-



ponían. Había un ministro, el ministro Hippolyte, que según se decía, tenía propiedades en Santo Domingo. Y la propaganda oficial dominicana utilizó estas informaciones para argumentar que los motivos haitianos eran mercuriales, económicos, del interés personal de los ministros.

La cuestión es la siguiente: la guerra domínico-haitiana consolidó el espíritu nacional dominicano, la identidad nacional, más bien. Pero en la élite dominicana, el trauma de Santana permaneció hasta el último momento. Tanto él como la élite eran de origen español, y muchas de sus familias habían sido perjudicadas por Toussaint o Dessalines, y preferían volver a ser españoles protegidos por España que dominicanos débiles expuestos a la victoria haitiana. Y por eso negociaron con España, un acuerdo de protección y de anexión.

En 1858, cuando Soulouque estaba preparando una nueva invasión contra Santo Domingo, la élite dominicana creía que los dominicanos no resistirían esta nueva invasión porque el país estaba empobrecido por la revolución y las guerras civiles.

Pero en 1859, cuando los dominicanos esperaban la invasión haitiana, los altos oficiales del ejército haitiano, por su parte, no querían volver a invadir a Santo Domingo. Esta es una de las razones por las cuales Soulouque fue derrocado. Tan pronto Geffrard tomó el poder, él anunció al gobierno dominicano que nunca más habría una invasión. El reconocía la independencia dominicana. Pero la élite dominicana ya había avanzado demasiado las negociaciones para la anexión y además no creían que Geffrard fuera sincero.

De manera que en 1861, los dominicanos renunciaron a su independencia y fueron incorporados como una provincia de España.

España quería en esos momentos, reconstruir su imperio en América y quería comenzar reforzando sus posiciones en las Antillas.

España cometió numerosos errores en Santo Domingo, pero el principal error fue que los soldados enviados a Santo Domingo venían de Cuba y Puerto Rico, países en donde todavía existía la esclavitud y los soldados españoles, al ver a los dominicanos que eran gente de color, en su mayoría, los insultaban diciéndoles que si ellos vivieran en Puerto Rico o en Cuba, serían esclavos.

Los dominicanos creyeron que España venía a imponer la esclavitud aunque en el tratado de Anexión se estableció que la esclavitud nunca sería impuesta nuevamente en Santo Domingo.



Por éstas y otras razones, los dominicanos se fueron a la guerra contra España y esa guerra fue estimulada por el gobierno haitiano de Geffrard que le dio ayuda en alimentos, armas y dinero a los patriotas dominicanos para expulsar a España.

Geffrard sentía en peligro la independencia haitiana porque España era una nación esclavista y no había garantías de que España no se asociara con Francia para volver a dominar a Haití.

Por eso el gobierno haitiano apoyó en todo momento a los dominicanos y muchas de las proclamas antiesclavistas contra España se prepararon en Haití.

España reaccionó contra el gobierno haitiano militar y diplomáticamente. Es famoso el incidente que se produjo cuando España envió barcos de guerra a Puerto Príncipe para obligar al gobierno haitiano a detener ese apoyo.

A pesar del compromiso oficial del gobierno haitiano, el pueblo haitiano en la frontera ayudó a los patriotas dominicanos. Y, finalmente, fue el gobierno haitiano el que sirvió de mediador entre España y el gobierno revolucionario dominicano para firmar la paz.

Después de la guerra, las relaciones domínico-haitianas cambiaron porque ya una gran parte del pueblo dominicano había conocido a los haitianos como sus amigos. Y es muy interesante observar entonces, que la política haitiana y la política dominicana, entre los años de 1866 a 1880, marchan en forma paralela porque los grupos revolucionarios haitianos y los grupos revolucionarios dominicanos se ayudaban mutuamente y los gobiernos haitiano y dominicano se ayudaban mutuamente.

A veces era al contrario, el gobierno haitiano ayudaba a los grupos revolucionarios dominicanos.

Por ejemplo, Silvain Salnave siendo presidente, era apoyado y estaba aliado a Buenaventura Báez, presidente dominicano. Los dos eran reaccionarios. Nissage Saget, revolucionario haitiano, estaba aliado con Gregorio Luperón y José María Cabral, revolucionarios contrarios a Báez.

Hubo años en que la guerra civil se hacía posible, en ambos países, por la ayuda que los revolucionarios se ofrecían en la frontera. Por ejemplo, cuando Silvain Salnave fue derrocado, él huyó hacia Santo Domingo, pero en la frontera Cabral lo hizo prisionero y se lo entregó a Nissage Saget. Ya se sabe cual fue el fin de Silvain Salnave. Gracias a la ayuda de Saget, años más tarde, Báez fue derrocado por Luperón, después de haber sido debilitado por las guerrillas de Luperón y de Cabral.



Más adelante, los dominicanos y los haitianos consideraron que el momento era propicio para hacer la paz oficialmente y firmaron un Tratado de Paz, Comercio, Amistad y Navegación en 1874.

Este Tratado es muy curioso y espera ser estudiado por los expertos en derecho internacional, porque el original del Tratado que existe en la cancillería dominicana ha sido alterado y nadie sabe cuándo ni por quién, pero la alteración reconoce en forma ambigua la soberanía haitiana en las tierras de Hincha, Las Caobas, San Miguel de la Atalaya y San Rafael. Nunca hubo un tratado de límites entre Haití y la República Dominicana hasta ese momento.

De manera que la frontera estaba considerada por los dominicanos como aquella línea de 1777 que fijaron España y Francia en el Tratado de Aranjuez.

Los gobiernos dominicanos siempre consideraron que las tierras de Hincha, Las Caobas, San Rafael y San Miguel de la Atalaya, les pertenecían a la República Dominicana y que la ocupación haitiana de esos terrenos, desde Toussaint hasta ese momento, era provisional.

Por esa razón es importante el Tratado de 1874. Por ejemplo, cuando Pedro Santana anexó Santo Domingo a España, él tenía la intención de utilizar tropas españolas para recuperar esos territorios. Desde luego, eso nunca ocurrió debido a la guerra domínico-española.

Pero hay algo más, a partir de la guerra contra España, puede observarse a muchas personas, muchos hombres de origen haitiano participando en la política dominicana. Por ejemplo, Gregorio Luperón, Ulises Hereaux, ambos fueron presidentes de la República Dominicana y es muy interesante observar que en los gobiernos de Luperón y de Heureaux, las relaciones domínico-haitianas sufrieron algunos problemas.

Por ejemplo, en 1879 siendo Luperón presidente, el presidente de Haití, Salomón, quiso detener el comercio entre Haití y la República Dominicana.

El Cibao tenía un intenso comercio con la parte norte de Haití, en tabaco y en aguardiente. Este era un comercio libre y el presidente de Haití quiso imponer un impuesto a este comercio. Luperón, considerando que este impuesto haría daño al comercio, entonces decidió suspenderlo totalmente. Hubo una crisis económica en Cabo Haitiano que repercutió políticamente en Puerto



Príncipe. De manera que la presión del comercio de Cabo Haitiano obligó al presidente de Haití a dejar el impuesto a un lado.

Pero Luperón no reinició el comercio inmediatamente. El entonces demandó al gobierno haitiano que le pagara algunas cuotas atrasadas contraídas en virtud del tratado de 1874 que estableció que el gobierno haitiano debía pagar al gobierno dominicano una indemnización por el usufructo de las tierras de Hinchá, Las Caobas y San Rafael.

Solamente cuando el gobierno haitiano pagó, Luperón abrió el comercio. Este problema de las tierras de Hinchá y Las Caobas siguió como el principal problema entre los dos países, porque nadie sabía claramente cuáles eran las obligaciones del gobierno dominicano frente al gobierno haitiano en relación con esas tierras, porque no había límites.

La cuestión se solucionó en secreto en 1898, cuando el dictador dominicano Ulises Heureaux necesitaba dinero porque la situación económica del país y del gobierno era muy mala.

El gobierno haitiano estaba interesado en resolver este problema, porque algunas veces las tropas dominicanas de la frontera molestaban a los vecinos haitianos.

De manera que hubo el siguiente negocio: el gobierno haitiano debía pagar a la República Dominicana un millón de pesos, pero secretamente le iba a entregar nada más que \$400 mil dólares americanos, los otros \$600 mil se quedarían en manos de los oficiales del gobierno haitiano.

De esa manera, Heureaux se quedaba, él personalmente, con los \$400 mil y los políticos haitianos con los \$600 mil. Nadie supo de ese trato nunca, hasta 1910 cuando el Ministro de Relaciones Exteriores de la República Dominicana estaba preparando sus memorias y buscando en los archivos encontró el documento. Esto fue un escándalo. Después de este arreglo que solamente lo supieron el presidente Heureaux y el presidente de Haití, los gobiernos de la primera década del siglo intentaron llegar a un nuevo tratado de límites de la frontera, porque el tratado de 1874 era imperfecto y ambiguo.

Las negociaciones se iniciaron después de la caída de Heureaux y el Papa fue escogido como mediador o árbitro. Las demandas dominicanas se basaban en el viejo tratado colonial y que no aceptaban la alteración del tratado de 1874. Las demandas dominicanas fueron aceptadas por el Papa, pero el gobierno haitiano no aceptó la conclusión del Papa, porque el gobierno haitiano había



estado pagando durante años por esas tierras. De manera que las negociaciones no prosperaron.

Entre los años de 1909 y 1911, los dominicanos enviaron misiones topográficas a la frontera, especialmente después que se supo del escándalo del millón de pesos. Este escándalo hizo que los dominicanos renunciaran a esas tierras. Desde luego, no hubo fijación de límites porque en 1915, el 26 de julio de 1915, Haití fue ocupado por tropas norteamericanas y en mayo de 1916, la República Dominicana fue ocupada por tropas norteamericanas.

Teníamos entonces dos gobiernos militares bajo un mismo comando extranjero y por lo tanto no había problemas de límites. Pero la ocupación norteamericana terminó primero en Santo Domingo que en Haití. La ocupación terminó en Santo Domingo en 1924. El nuevo gobierno quería fomentar la agricultura en la frontera y quería crear colonias agrícolas en la frontera. Este interés tenía una razón. Durante la segunda mitad del siglo XIX, especialmente después de la guerra contra España, muchas familias haitianas aprovecharon la paz para establecerse en tierras abandonadas en la frontera. La guerra domínico-haitiana obligó a muchas familias dominicanas a abandonar esas tierras. El comercio fronterizo atrajo muchas familias haitianas hacia la República Dominicana.

De manera que durante unos 60 años miles de haitianos se establecieron en la República Dominicana. La élite dominicana escribía en los periódicos y revistas advirtiendo sobre el peligro de una nueva dominación haitiana realizada en forma pacífica.

A principios de siglo, algunos escritores dominicanos decían que la única manera de detener la inmigración haitiana, era creando colonias agrícolas en la frontera porque desde el momento que hubiera campesinos dueños de esas tierras ellos las defenderían. Esta es la razón por la cual se hacía necesario un tratado de límites.

Finalmente entonces, se crearon dos comisiones, una haitiana y otra dominicana, y en 1929 trabajaron en la fijación de una frontera nueva que fue fijada ese mismo año por un nuevo tratado domínico-haitiano. Ese tratado de 1929 fue perfeccionado en 1935, pero los dominicanos encontraron que dentro de la frontera había demasiados haitianos. Este proceso coincide con la llegada de Trujillo al poder.

Trujillo era un megalómano. Trujillo era de origen haitiano, pero él quería ser conocido como de origen español. El sufría de una enfermedad sociológica que nosotros llamamos blancofilia.



Trujillo consideraba que él había sido elegido por la providencia para crear una nación dominicana. La élite dominicana tenía algunos ideólogos que sostenían que la nación dominicana no existía porque los elementos constitutivos de la nacionalidad dominicana que eran, la hispanidad, la catolicidad y la blancura, habían sido alterados por la presencia haitiana durante la dominación de Boyer. Decían que los dominicanos no eran muy blancos, no eran muy católicos y que tampoco eran muy españoles. De manera que había que crear una nación pero que no era fácil porque la élite blanca había desaparecido. Pero tal vez con la presencia de un hombre providencial los dominicanos podrían encontrar su destino. Trujillo, creyó en esto y llegó a considerar que el principal elemento desintegrador de la dominicanidad era la presencia haitiana, o la amenaza haitiana.

Trujillo necesitaba controlar totalmente el país. La naturaleza tiránica de su régimen lo llevaba hacia el control totalitario. Ahora bien, él no podía controlar totalmente el país cuando había cerca de 50 mil haitianos viviendo dentro de él y cuyas lealtades respondían al gobierno haitiano. Además, él no podía manejar la economía del país, que él quería controlar para su propio beneficio, cuando una gran parte de las tierras y el comercio, desde Azua hasta la frontera y de Santiago a Juana Méndez, estaba en manos de los haitianos.

Hay un estudio, no publicado, sobre el control haitiano de la economía de Dajabón y sus alrededores que muestra que un gran porcentaje de la tierra y el comercio, antes de 1935, estaba en manos haitianas o controlado indirectamente por haitianos.

La historia se conoce bien. El 4 de octubre de 1937, comenzó una masacre ordenada por Trujillo para eliminar a todos los haitianos de la República Dominicana. Años más tarde, Trujillo confesó a varios amigos que por lo menos 18 mil haitianos habían sido asesinados por el ejército dominicano.

Las relaciones domínico-haitianas quedaron completamente rotas. Hubo una protesta internacional. Los Estados Unidos, México, Cuba y otros países de América, denunciaron a Trujillo como un criminal y un genocida.

Haití no podía ir a la guerra con la República Dominicana, Haití acababa de salir hacía muy poco tiempo del control militar norteamericano y los Estados Unidos no querían guerra en el Caribe. De manera que lo que los Estados Unidos intentaron hacer fue obligar a Trujillo a dejar el poder, cosa que él hizo, aparentemente,



al año siguiente en 1938. Pero el problema era el agravio que sentían el gobierno haitiano y el pueblo haitiano. El gobierno haitiano no aceptaba que Trujillo solamente dejara el poder. Había miles de familias que habían perdido sus hijos, sus padres, y sus mujeres y que habían también perdido sus bienes y habían ido a la ruina, Trujillo debía compensarlas. La historia de esa compensación es demasiado sucia para narrarla aquí. Porque en ella participaron políticos haitianos y dominicanos y algún día alguien la escribirá.

Las consecuencias de la masacre nos interesan más en este momento porque varias cosas ocurrieron. Primero, Trujillo se consideró un triunfador, él se presentó a sí mismo ante los dominicanos como el salvador de la nacionalidad, como el hombre providencial que había nacido para vengar las ofensas que los haitianos habían hecho a los dominicanos. Trujillo era el anti-Dessalines. Segundo, los haitianos sintieron nacer en ellos odio y frustración porque consideraban que ese no era el precio que ellos debían pagar por los errores de sus antepasados. Pero políticamente algo muy importante también ocurrió. Los haitianos empezaron a temer a los dominicanos.

Hasta entonces, los dominicanos habían sido los que habían temido a los haitianos pero ahora, con un monstruo megalómano en el poder en Santo Domingo, los haitianos no estaban seguros de que no hubiera algo peor después de la masacre.

Por esta razón, los gobiernos haitianos posteriores a la masacre, fueron siempre muy cuidadosos en sus relaciones con Trujillo. Pero hay más, Trujillo jugó con Haití una política de poder. Él sabía que él era descendiente de haitianos, de manera que él se consideraba elegido para gobernar toda la isla y en el caso del presidente Lescot, Trujillo decía que él había elegido a Lescot y lo había quitado también. Él decía que él ponía y quitaba gobiernos en Haití.

Del lado dominicano, la masacre tuvo otras consecuencias. El pueblo dominicano se sintió horrorizado porque aprendió de qué era capaz Trujillo y desde entonces no hubo grandes conspiraciones en el frente interno. Hubo invasiones, más tarde, pero el terror quedó para siempre.

Ahora bien, desde el punto de vista político e ideológico, la masacre tuvo otras consecuencias interiormente.

Primera consecuencia: Considerándose el salvador de la nacionalidad, Trujillo comenzó una gran campaña para dominicanizar la

frontera; primero la militarizó y luego, creó numerosas colonias agrícolas.

Segunda consecuencia: esa campaña de dominicanización de la frontera, que duró por lo menos 10 años, fue una campaña ideológica de propaganda anti-haitiana, racista, pro española, pro católica, pro hispana. En las escuelas se les enseñó a los estudiantes que el gran enemigo de los dominicanos era Haití y docenas y docenas de libros fueron escritos para justificar la matanza de los haitianos y para fundamentar la identidad nacional en el anti-haitianismo.

Ahora bien, después de muerto Trujillo y gracias al clima de libertades que empezaron a gozar los dominicanos a partir de 1961, la historia de las relaciones domínico-haitianas ha sufrido una gran transformación.

Ahora los dominicanos saben que Haití es un país pobre como la República Dominicana y que los problemas del desarrollo son más importantes que los viejos problemas raciales, ideológicos y políticos.

Esta nueva visión de Haití es la que se ofrece ahora a través de los medios de comunicación en la República Dominicana. Desde luego, muchos dominicanos todavía creen que Haití es una amenaza, y en conversaciones se encuentran a dominicanos que son antihaitianos. Yo he encontrado, por otra parte, sobre todo en Europa, en Estados Unidos y en Canadá muchos haitianos que son antidominicanos. Es una pena porque las relaciones entre la República Dominicana y Haití han mejorado notablemente después de la muerte de Trujillo.

Solamente en 1963, estuvieron estas relaciones rotas gravemente. El gobierno dominicano de entonces, apoyó grupos de guerrilleros que debían invadir a Haití. Este plan fracasó. Aquel gobierno fue derrocado dos meses después. Los dominicanos tuvimos una guerra civil en 1965, luego vino un nuevo gobierno, muy curioso, porque el presidente fue un antihaitiano profesional. Sin embargo, las realidades de la política y la necesidad de la convivencia pacífica, hicieron que este gobierno trabajara mucho para regularizar las relaciones domínico-haitianas.

Por ejemplo en 1967, el gobierno dominicano creó el Consejo Nacional de Frontera y más adelante creó en la Secretaría de Relaciones Exteriores, una División de Asuntos Haitianos muy importante.

Al mismo tiempo, el gobierno haitiano, especializó un funcio-



nario para seguir los asuntos dominicanos y mantener las comunicaciones continuamente.

Las necesidades dominicanas de mantener buenas relaciones con Haití se basan en lo siguiente: (naturalmente, no estoy hablando oficialmente; ésta es una interpretación personal, basada en mi apreciación histórica y no represento el punto de vista oficial dominicano) el gobierno dominicano necesita mantener relaciones con Haití porque los dominicanos necesitan que los haitianos corten la caña. Esto no es cinismo, esto es realidad económica y con esto quiero ser realista.

Por otra parte, el desempleo que existe en Haití, obliga a muchas familias a enviar a parte de sus miembros a Santo Domingo a cortar caña. Los haitianos y los dominicanos bailan día tras día la amarga canción de la caña de azúcar. Esta es una razón muy importante.

Segunda razón, los dominicanos no quieren guerra con Haití, ni los haitianos quieren guerra con los dominicanos. Yo creo que ya ambos países, ambos pueblos, han llegado a convencerse de que tenemos que seguir viviendo uno al lado del otro, porque en el pasado hubo algunas personas en Santo Domingo que querían expulsar a los haitianos y enviarlos a Brasil, así como en el siglo XIX hubo haitianos que querían ocupar toda la Isla.

Estamos obligados a vivir juntos y a ver la línea fronteriza como la línea que nos une, no como la línea que nos separa y esto ha sido comprendido perfectamente por nuestros pueblos y por nuestros gobiernos. En 1972, una comisión de alto nivel del gobierno haitiano encabezada por varios ministros viajó a Santo Domingo para negociar un tratado de colaboración comercial, cultural y de transporte. Se firmó el acuerdo cultural, los otros dos acuerdos han seguido negociándose en el curso de los años y aunque no han sido firmados, el comercio entre la República Dominicana y Haití, se ha multiplicado por seis en tanto que el número de visitantes haitianos a Santo Domingo y de dominicanos a Haití se ha multiplicado por ocho*.

La frontera está oficialmente cerrada pero se sabe que son muy frecuentes los viajes de haitianos y dominicanos por tierra, especialmente a través de Jimaní y Malpase.

En febrero de 1973, se celebró en la República Dominicana un importante seminario sobre las relaciones comerciales y culturales domínico-haitianas y se puede decir que las recomendaciones

* Se firmaron en Jimaní en junio de 1979.



en favor de un mayor acercamiento entre ambos países que surgieron en este seminario, han sido seguidas por ambos países.

Desde luego, eso no quiere decir que por el seminario las relaciones fueron mejoradas. No hay relación de causa a efecto, pero en términos dominicanos este seminario creó una nueva conciencia sobre lo que deben ser las relaciones domínico-haitianas.

Por ejemplo, más adelante, ambos gobiernos han mejorado las comunicaciones terrestres hacia la frontera. Ambos gobiernos dan amplias facilidades para el turismo entre ambos países. Ambos gobiernos están fomentando el comercio entre ambos países y hay un banco en Haití que trabaja asociado con capitalistas dominicanos. Hay una compañía de seguros asociada con capitalistas dominicanos. Algunas industrias haitianas están aprovechando tecnologías y experiencias primero ensayadas en la República Dominicana. Y finalmente, los dominicanos y los haitianos han llegado a acuerdos para aprovechar conjuntamente las aguas de los ríos fronterizos. Por ejemplo, a fines de este mes o a principios del próximo, se va a inaugurar un dique construido conjuntamente por la República Dominicana y Haití en el río Pedernales y próximamente probablemente se construya un nuevo dique en las aguas del río Dajabón o Massacre, se está negociando.

Como se ve, las relaciones entre Haití y la República Dominicana van más allá de la borlette.





SEGUNDA PARTE: La Sociedad Republicana



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



8. La Economía Dominicana en la Primera República

Hablar de economía sin usar estadísticas es casi como hacer cirugía sin usar bisturí. Sin embargo, cuando se trata de hacer una descripción y análisis de los asuntos económicos dominicanos durante la Primera República, una buena parte del trabajo hay que hacerla, no solamente sin bisturí, sino también sin pinzas y sin guantes, tratando de aislar datos dispersos para luego ver si es posible armarlos en algunas series que ayuden a ver las tendencias aparentes del proceso económico. La falta de estadísticas económicas confiables fue un hecho evidente desde los primeros años de la fundación de la República y en no pocos casos fue origen de litigios y debates públicos que llegaron a desembocar en verdaderas crisis políticas, como fue el caso del famoso debate en el Congreso en 1847 cuando el Ministro de Hacienda presentó sus Memorias y no fue capaz de presentar los documentos justificativos que demandaron los congresistas. Solamente como información voy a mencionar las palabras de varios testigos contemporáneos que buscaron datos cuantitativos sobre la economía y las finanzas dominicanas durante la Primera República y no los encontraron.

El primero fue el teniente de la Marina de los Estados Unidos David Porter, quien llegó al país a principios de mayo de 1846, enviado especialmente por el Presidente de los Estados Unidos para estudiar “las condiciones sociales, industriales y políticas de la República Dominicana”, luego que el Gobierno Dominicano pidió su reconocimiento al de los Estados Unidos. En una parte de su Diario de Viaje, cuando habla del “comercio, las exportaciones, las importaciones y la moneda de Santo Domingo”, Porter deplora la falta de estadísticas y dice que “aunque hice muchos esfuerzos para encontrar una lista de los artículos exportados e importados,



no pude obtener la información, ya que ni ellos (los dominicanos) la tienen”.

Otra persona que se quejó durante varios años por no encontrar las informaciones que buscaba, y que finalmente tuvo que armar las estadísticas económicas del país por sí solo y con sus propias manos, fue el Cónsul de Su Majestad Británica, Sir Robert Schomburgk, quien llegó al país a principios de 1849 y quien, tratando de escribir su primer informe económico, inmediatamente descubrió que “es imposible formarse una idea correcta del valor del comercio de exportación en base a los ingresos arancelarios asentados en los libros aduaneros... Los libros de la Oficina de Aduanas que han sido examinados por mí para preparar el presente Informe, muestran tales incorrecciones que el valor de las facturas de exportación señalado en el Cuadro IV anexo, ni siquiera podría considerarse una aproximación”*. Además de estos libros de la Aduana de Santo Domingo, Schomburgk también da noticias en 1851 de la falta de informaciones procedentes de la Aduana de Puerto Plata, diciendo que el Vice-Cónsul inglés en aquella ciudad no le había podido suministrar informes debido a “que los libros de la Oficina de Aduanas no se encuentran en un estado que le permitan extraer las cifras del intercambio comercial hasta diciembre del año pasado”. En ocasiones posteriores Schomburgk también se quejó de esa carencia de estadísticas económicas en Puerto Plata diciendo, por ejemplo, que “libros de la Oficina de Aduanas no ofrecen luz alguna al respecto”. Seis años después de haber llegado al país el Cónsul inglés, todavía se quejaba de esa carencia diciendo que cuando las cifras que él buscaba aparecían, entonces resultaban erróneas y eso valía tanto para las exportaciones como para las importaciones pues en cuanto a estas últimas “la Oficina de Aduanas de la República Dominicana no guarda relación alguna de los diferentes artículos que se importan del exterior”. Esta última queja de Schomburgk es del año 1855.

Otra queja acerca de la falta de datos confiables acerca de las finanzas públicas dominicanas la expresó un funcionario español —no al principio, como Porter, ni en los años intermedios, como Schomburgk— al final de la Primera República, esto es, en 1861,

* Todo lo que se refiere al testimonio y los datos aportados por Schomburgk en el presente trabajo, procede de un volumen inédito de documentos británicos que se encuentra en la Public Record Office, en Londres. Hasta el momento, esta es la fuente más rica de informaciones cuantitativas sobre la economía dominicana en los años que siguieron a la independencia pues los informes de Schomburgk, son los de una persona sumamente perspicaz, que trató de llenar el vacío estadístico con su observación personal dejando a la posteridad valiosísimas informaciones.

cuando ya la Anexión había sido consumada y los españoles buscaban con avidez informaciones sobre el estado real del país que les permitiera consolidar su dominación. Este funcionario se llamaba Joaquín M. Alba, Comisario Regio, Superintendente General de Real Hacienda, encargado de investigar la situación financiera de Santo Domingo, especialmente aquello que tocaba a los problemas monetarios, de que hablaremos más adelante. La versión sobre el papel moneda dominicano de este funcionario también se refiere a la falta de informaciones financieras en el país. Por ejemplo, en cuanto al papel moneda, “la única verdad que hay, con la de su existencia amenazante, es que se arrojó a la circulación en cantidades que nadie sabe y que nunca quedó constancia fehaciente; porque ni de las emisiones quedaron huellas indelebles...” Y acerca de este mismo problema, el mismo General Santana también es otro testigo que informa sobre la falta de estadísticas, sobre todo cuando se dirigió al Comisario Regio diciéndole que él mismo —un ex-Presidente de la República—, no sabía dónde “hallaría los datos que desea en esta materia porque siendo diferentes las administraciones que han emitido papel moneda en la pasada República, no todas han dejado sus asientos con la regularidad que V.S. supone en su oficio de ayer”. Finalmente, en diciembre de 1861, después de muchos meses de búsqueda, la Cámara de Cuentas de Santo Domingo informaba que “no tiene hoy un archivo a qué referirse, ni de dónde sacar noticias para un informe fundado, explícito y completo. La funesta guerra civil de 1857-1858 destruyó o dispersó lo que hasta entonces se hallaba en orden”.

Los datos que había en aquella época eran pocos y no siempre confiables. Y hoy, los datos que existen sobre aquellos años aparecen dispersos, fragmentados y a veces inaccesibles al estudiante, sobre todo, los que más interesan al economista hoy, que son los de producción, exportación, importación, consumo y precios. Sin embargo, a pesar del siglo de distancia que nos separa, es posible encontrar algunas informaciones útiles que puestas todas juntas sirvan para elaborar algunos indicadores. Y aunque no será posible dar en este trabajo todas esas informaciones juntas, sobre todo las estadísticas, los estudiosos pueden encontrarlas, en caso de que tengan que trabajar con ellas, en las fuentes siguientes: en primer lugar, en la *Colección de Leyes y Decretos*, donde hay informaciones sobre aranceles de exportación e importación y otros impuestos. En los periódicos *El Dominicano* y *El Oasis*, donde pueden encontrarse algunos datos sobre precios en varios años



de la Primera República. También en una rarísima publicación, de la cual debe haber copia en el Archivo General de la Nación, titulada *Documentos Legislativos* editados por Félix María Ruiz, donde están las únicas estadísticas básicas de los tres primeros años de la Primera República, que son precisamente aquéllas que el Teniente David Porter no pudo encontrar. Para el estado general de ingresos y egresos del Estado hay que buscar en la Colección de la *Gaceta Oficial* que se encuentra microfilmada en el Archivo General de la Nación y los informes que los Ministros de Hacienda y Comercio rendían al Congreso anualmente, algunos de los cuales fueron publicados en la *Colección del Centenario* en los tomos dedicados a las actas del Congreso, del Tribunado y del Senado Consultor. También debe buscarse en los informes consulares franceses e ingleses, especialmente en los de Robert Schomburgk, que se encuentran depositados en la Foreign Office en Londres. Finalmente, hay que tomar en cuenta las leyes de presupuestos o de gastos públicos publicados también en la *Colección de Leyes y Decretos*. A pesar de todo lo que se dijo, siempre es posible coleccionar indicadores sobre la marcha de la economía en estos años, manejando con atención estos materiales.

Tradicionalmente se ha dicho que la economía dominicana durante la Primera República estaba basada en la producción de muy pocos productos cuya explotación se encontraba relativamente especializada por regiones geográficas. Eso es verdad. Siempre se ha dicho que en el Norte de la República, especialmente en el Cibao, se cultivaba tabaco y que éste era la base de la economía de aquella región, y también se ha dicho que en el Sur y en el Este, los dos productos principales eran la madera y el ganado, y que su explotación era la actividad principal de los habitantes de estas zonas. Los libros de viajeros, los informes de los cónsules, las leyes, los discursos presidenciales, las memorias de los ministros, y los periódicos, todos hacían referencia en un momento o en otro a esta *especialización regional de la producción económica dominicana*.

Hay datos que comprueban esta visión de las cosas para los tres primeros años de la República. Por ejemplo, de los principales productos exportados en los años 1845, 1846 y 1847 por los puertos de Santo Domingo y Puerto Plata, que eran los principales, se destacan claramente el tabaco saliendo por millones de libras por Puerto Plata, y la caoba y otras maderas exportándose por millones de pies por el puerto de Santo Domingo. Estos productos



eran realmente la base de la vida económica dominicana durante esos años, pero no eran, y esto que quede claro, los únicos productos que mantenían económicamente activa en el país la población en ese entonces. Había otros productos que significaban otras tantas actividades económicas y, claro está, otras tantas actividades empresariales. Además del tabaco y la caoba y el guayacán y el campeche, los dominicanos también producían y exportaban cigarrros, resina de guayacán, cueros de res y de chivo, miel de abejas y cera, almidón, cocos, conchas de carey, azúcar y víveres, aunque el valor de todos estos productos juntos fuera siempre inferior al de la caoba o el tabaco por separado. Con el dinero recibido de la exportación de estos productos, los dominicanos compraban en los primeros años de la República las pocas manufacturas que necesitaban, acostumbrados como estaban, después de siglos de pobreza, a un consumo escaso y sobrio orientado a la satisfacción de sus requisitos más esenciales.

Tras la lectura del Diario de Viaje del Teniente Porter, que ya hemos mencionado y de un librito titulado *Los Campos de Oro de Santo Domingo*, escrito por un geólogo norteamericano que vivió en el país entre los años 1858 y 1860, el estudioso se da cuenta de que la especialización económica regional también daba paso a la producción variada de una agricultura de subsistencia que rendía lo suficiente para el mantenimiento de las familias pero que no podía ser acrecentada para fines de exportación por dos razones. Primero, por la falta de mercado para víveres, y segundo, por la escasez de brazos hábiles que pudieran dedicarse intensivamente a la agricultura en un período donde la mayor parte de los hombres estaba continuamente ocupada en defender la Patria de las constantes invasiones e incursiones militares haitianas. La reiteración de este hecho es continua por parte de Porter en 1846, lamentándose de que la guerra le quite todos los brazos hábiles a la agricultura, y en más de una ocasión el Presidente Santana y sus ministros se lamentaron de esta situación que se hizo permanente mientras duró la guerra con Haití.

Ahora bien, cualquiera que hubiera hecho un viaje en aquellos años por el interior de la República hubiera encontrado lo siguiente: que Santo Domingo estaba dominado por una minoría de comerciantes extranjeros que se dedicaban a la exportación y a la importación, siendo los más importantes de ellos judíos, españoles y alemanes. Estos comerciantes extranjeros eran los canales del comercio exterior dominicano y eran de los pocos individuos que



contaban en todo momento con suficientes capitales para hacer frente a todas las eventualidades, incluso a las insistentes demandas de crédito por parte del Gobierno que siempre anduvo corto de fondos como veremos más adelante. Estos comerciantes extranjeros eran los fiadores y financiadores de los pequeños comerciantes al detalle, en su totalidad dominicanos, porque la ley no permitía que los extranjeros se ocuparan del comercio minorista en la República Dominicana, lo cual, entre otras cosas, nos da una idea de la escasa capacidad de formación de capital que existía entonces entre los grupos criollos.

En Puerto Plata, el comercio estaba igualmente en manos de extranjeros alemanes en su mayoría, representantes de casas importadoras de tabaco en Alemania o en Holanda, existiendo, además, varios judíos que representaban firmas de Curazao o de Saint Thomas, hacia donde también se exportaba bastante tabaco dominicano. En el interior del país, el comercio estaba en manos de dominicanos y de muy pocos extranjeros. Este era un comercio de poca monta, dependiente de los grandes importadores de los dos puertos principales, con excepción de los comerciantes de Santiago, que poseían grandes capitales y a veces exportaban e importaban por su cuenta, atendiendo un mercado interno compuesto por la masa de cultivadores y productores de tabaco, andullos y cigarrillos en toda la zona cibaëna. Como decíamos, el comercio de Santo Domingo se especializaba en la exportación de maderas, cueros y cera de abejas, principalmente, además de otros productos de la tierra. Mientras importaban harinas, telas, licores y quincaillería de Estados Unidos, Francia, Saint Thomas y Curazao.

Según Porter, en 1846, “el poco dinero que había en el país estaba en manos de judíos. El dinero consistía en monedas de cobre y billetes de papel, y veinte pesos de papel equivalían a un dólar de plata. Siempre que el Gobierno quería pagar sus deudas aumentaba el precio de las monedas de cobre. Inmediatamente después el valor del cobre volvía a caer y el del papel moneda aumentaba. Los especuladores que estaban al tanto de los secretos del Tesoro hacían dinero con ambas operaciones, pero la masa del pueblo siempre sufría. En todas partes se veían las evidencias de la abyecta miseria a la que estaba reducido el pueblo; su otrora floreciente comercio había sido reducido a la nada; la educación era una farsa; y hasta los ritos de su religión habían caído en el abandono.”

En una descripción más amplia del panorama económico a

dos años de haberse fundado la República, Porter señala que “las exportaciones e importaciones se hacen en moneda nacional; de otro modo sólo aparecerían pequeñas en el papel. La moneda nacional está muy depreciada; un dólar español vale cinco dominicanos de papel y todavía sigue depreciándose.”

“El Gobierno ha emitido más de dos millones de esta moneda, o cerca de cuatrocientos mil dólares de nuestra moneda y como no se paga ningún interés sobre estas notas del tesoro, la moneda de plata está en alto valor.”

“La mitad de los derechos de aduana se paga en especie y la otra mitad en dinero nacional. Creo que la ley solamente se aplica a los extranjeros, porque los naturales no poseen la plata con que pagar y no tienen costumbre de comprarla.”

“Los derechos sobre las importaciones de Santo Domingo para 1845 fueron ciento seis mil, ochocientos y ochenta. Dos tercios de las importaciones fueron de los Estados Unidos. El gasto público, para el mismo tiempo, en la jurisdicción de Santo Domingo, fue ciento treinta mil y veintisiete dólares españoles, siendo treinta mil mayor que los ingresos de esa provincia.”

“Muy poco se exporta de Santo Domingo al presente, fuera de la caoba y el palo de campeche. Con estos dos artículos se hace un buen comercio con los Estados Unidos y Gran Bretaña, principalmente con los primeros.”

“Cerca de cuarenta buques americanos visitaron este puerto el año pasado y este año habrá un aumento, a juzgar por las actuales apariencias. Los barcos tienen que ir allá para aclararse para la costa y luego de recibir a bordo su carga, deben regresar para obtener su despacho hacia los Estados Unidos. Los ingleses no tienen sino poco comercio con este puerto, mientras los holandeses tienen veinte o treinta barcos al año.”

“El comercio de cabotaje es pequeño y no alcanza a más de veinte embarcaciones, pequeñas goletas, usadas principalmente en buscar madera de la costa.”

“Los suministros de las provisiones son traídos totalmente de Estados Unidos y los barcos encuentran rápida venta para la harina, pan, carnes saladas, bacalao, caballa, arenque, mantequilla, queso, tocino, jabón y velas, sillas, muebles, madera, letreros de oficina, ferretería y artículos corrientes de algodón. Y aunque la caoba es el principal artículo de exportación, el palo de campeche, fustete, resina de guayacán, añil, café y algodón son en la mayoría de los casos, y pronto lo serán en todos, artículos de exportación.



De azúcar, sólo se hace lo suficiente para el consumo doméstico, aunque un año de tranquilidad les permitiría competir en calidad con el azúcar cubano (aunque no en cantidad.) La caña es de una calidad bellísima y todo lo que necesita son manos para trabajarla.”

“Aunque me tomé mucho trabajo en encontrar una lista de todos los artículos importados y exportados, no pude conseguir esta información, como tampoco la han conseguido todavía para sí mismos.”

“Los derechos portuarios para los barcos extranjeros son muy altos —un dólar por tonelada—, si bien son un tercio de los derechos portuarios en La Habana. También cargan el muellaje, aunque todavía no han construído el muelle.”

“Cuando los dominicanos se vean aliviados de las tensiones de la guerra, y hayan dejado en paz su ejército y su marina (para los que entonces no tendrán uso alguno) el presente ingreso por los derechos será ampliamente suficiente para pagar la deuda pública y mantener al gobierno sin acudir a los impuestos.”

Y si alguien hubiera salido de Santo Domingo hacia los pueblos del interior se hubiera dado cuenta de que la población vivía dedicada a producir lo que la naturaleza le permitía, pues la tecnología agrícola apenas pasaba del machete y la coa, y los habitantes del país vivían en perfecta adaptación con las condiciones ecológicas. Por ejemplo, en San Cristóbal, la gente vivía de la siembra de víveres y algo de tabaco y caña, de la cual fabricaban muy poca azúcar y algún melado. En Baní, la gente vivía de las salinas, la crianza de chivos, la ganadería y el corte de maderas. En Azua, la mayor parte de la población se ocupaba de la fabricación de azúcar y el corte de caoba y otras maderas para exportación, además de la ganadería. En el Maniel, o San José de Ocoa, el azúcar era la principal ocupación de las poquísimas familias que habitaban aquellas tierras aisladas. En San Juan de la Maguana los pobladores se ocupaban mayormente de la ganadería, en crisis en los principios de la República debido a la guerra con Haití y a la falta de intercambio comercial con aquel país. La frontera estaba casi totalmente despoblada convertida en una especie de tierra de nadie. En Montecristi, casi todos los habitantes vivían de la crianza de ganado vacuno y caprino. En la aldea de Guayubín lo mismo. En Santiago la economía estaba mucho más diversificada que en el resto del país, pues, además del cultivo y mercadeo del tabaco que involucraba a la mayoría de la población, del campo y la ciudad,



también mucha gente se dedicaba a la agricultura de víveres, a la crianza de puercos y de ganado vacuno, y en la ciudad había una numerosa capa de artesanos, mecánicos, sastres, que trabajaban junto con los obreros de las tenerías y fábricas de ladrillo y cigarrerías de la zona. Entre Santiago y Moca la tierra estaba bastante cultivada y se puede decir que existía un campesinado independiente bastante numeroso que constituía un mercado seguro para las importaciones de los comerciantes locales y una buena clientela para los profesionales de esta ciudad. En Puerto Plata, que era una ciudad comercial, como se ha visto, el puerto ocupaba muchos brazos en las labores de carga y descarga, y los cortes de caoba alternaban con la ganadería y una incipiente agricultura de víveres. Moca todavía no era una región agrícola, sino más bien ganadera, pues sus campos apenas empezaban a dedicarlos a la siembra de tabaco y otros víveres. Con La Vega ocurría otro tanto. Aquí la ganadería constituía el principal medio de vida, junto con la agricultura conuquera de víveres y otros frutos menores. En la aldea de Jarabacoa, la crianza por igual era el sostén de sus habitantes. En San Francisco de Macorís se desarrolló desde tiempos de la Dominación Haitiana, la siembra de maíz, arroz y frijoles que eran vendidos en las ciudades vecinas. También se cultivaba algún tabaco y caña de azúcar. Sin embargo, la mayor parte de la población vivía de la crianza. En Cotuí la agricultura era casi inexistente, y la población vivía de la crianza de cerdos y de algún ganado vacuno. La miseria en este pueblo era proverbial. En Samaná la gente subsistía de sus conucos que daban abundantes frutos para todos y alcanzaban para exportar algunas cosas aunque pocas cantidades. Como dato curioso, las cifras oficiales de exportación de Samaná para los años 1845, 1846 y 1847 combinados arrojan los totales siguientes: 139 cueros de vaca, 1,248 $\frac{3}{4}$ cocos, 1 $\frac{1}{2}$ libra de almidón, 14 reses, 19,394 libras de tabaco, 4 cerdos, 50 libras de cera, 8 libras de concha. Todo esto en 12 barcos que salieron de ese puerto en aquellos tres años. Los ingresos del Gobierno por concepto de derechos de exportación apenas pasaron de los 500 pesos. Samaná era de los pocos pueblos que exportaba algo en la República Dominicana. Los otros eran, como se dijo, Santo Domingo, Puerto Plata, Azua, y más adelante Montecristi y La Romana, que fueron habilitados para exportar maderas.

En 15 años, esto es, de 1844 a 1859, la estructura de la economía no varió en lo más mínimo. Y todavía en 1871, el que lee con atención el *Informe de la Comisión de Investigación de los*



Estados Unidos de América en Santo Domingo en 1871, puede darse cuenta de la perpetuación del orden económico dominicano que existió en la Primera República. Las variaciones que hubo durante todo este primer período de nuestra historia nacional fueron más bien cuantitativas que cualitativas. Variaron las cantidades exportadas o importadas y el número de artículos o productos importados o exportados, pero el Cibao siguió produciendo tabaco, cada vez en mayores cantidades, aunque hubo una ligera crisis de exportación en 1852 a causa de la guerra de Crimea que debilitó nuestro mercado en Alemania; el Sur siguió exportando maderas, cada vez en mayor cantidad, hasta que los cortes se fueron alejando demasiado de la boca de los ríos y fue costando cada vez más dinero su transporte, siendo necesario entonces intensificar este tipo de explotación en el Norte y en el Nordeste, pero la gente todavía en su mayoría estaba dedicada a la ganadería a finales de 1851, como puede constatarse en la descripción del país que hizo el geólogo norteamericano W.S. Courtney en 1860, después de vivir durante dos años en el país. La agricultura se mantuvo estancada, en general, debido a la falta de tecnología y a la permanente ocupación de los hombres en las labores de la guerra para defenderse de los haitianos, y hay noticias de que en varias zonas del país la agricultura de subsistencia, así como la crianza de abejas y explotación de la miel y la cera, estuvo a cargo de las mujeres y los niños. Esto en cuanto a la descripción general de la producción y el comercio.

En cuanto a los aspectos financieros y monetarios, tal vez valga la pena comenzar diciendo que la moneda que utilizaban los dominicanos durante el primer año de vida independiente fue la moneda haitiana, pero que ésta fue muy pronto sustituida por moneda extranjera y moneda dominicana, especialmente papel moneda que fue emitido para sacar de circulación la haitiana que se veía como un símbolo más de dominación extranjera. Con excepción de una agricultura incipiente que fue fomentada con cierto vigor por el gobierno de Boyer, los dominicanos heredaron de los haitianos unas finanzas en desorden, un comercio precario y una industria inexistente.

Cuando los haitianos fueron expulsados del país en marzo de 1844, apenas dejaron en las cajas del Tesoro Público en las ciudades de Santo Domingo y Puerto Plata, las sumas de \$6,068.64 pesos fuertes y \$5,093.77 pesos en moneda nacional, que apenas si alcanzaron para cubrir los primeros movimientos de tropas en mar-



zo de 1844. En pocos días el Gobierno Dominicano se quedó sin dinero contante y sonante y se vio obligado a recurrir a los comerciantes locales, especialmente extranjeros, y a los grandes propietarios para conseguir préstamos que le ayudaran a sufragar sus gastos corrientes. Durante este primer año de vida independiente, el Gobierno Dominicano tomó prestadas las sumas de \$12,000 pesos fuertes y \$95,591.77 pesos nacionales a distintos comerciantes y propietarios del país.

Durante los años siguientes, los préstamos se convirtieron en una práctica común, junto con las emisiones monetarias sin respaldo que el gobierno dominicano llevó a cabo para mantener el Estado funcionando y para dotar de numerario al país. Ambas prácticas mantuvieron el comercio continuamente en crisis y fueron causa de varias quiebras de la Hacienda Pública que ayudan a explicar muchas de las inquietudes políticas de aquellos años.

Cuando Santana llegó al poder el 12 de julio de 1844 el país estaba padeciendo una “crisis financiera espantosa”. El poco dinero haitiano que había quedado en circulación ya estaba en manos de los comerciantes y apenas había unas cuantas monedas en manos del público. En 1846, las emisiones realizadas habían puesto en circulación más de 2 millones de pesos sin respaldo y el peso dominicano había perdido ya el 90% de su valor. La administración de la Hacienda Pública había sido sumamente deficiente a causa de la ignorancia económica de sus directores y cuando en marzo de 1847, el Congreso Nacional, alarmado por la crisis económica que existía, pidió cuentas al Ministro de Hacienda, éste no pudo demostrar documentalmente el estado de las cuentas públicas, lo que le costó sufrir un violento ataque de parte de los congresistas que lo acusaron, junto con el Gobierno, de corrupción administrativa.

La causa real de esta crisis financiera, parece haber sido más ignorancia que mala fe, pues los mismos miembros del Congreso diagnosticaban que “la depreciación que ha sufrido la moneda nacional de la República proviene de las mismas causas que han producido los mismos efectos en todos los países cuyo estado de guerra ha causado gastos mayores que las entradas, y cuya diferencia ha sido satisfecha con emisiones de papel moneda que encontrándose en exceso de lo que las necesidades del movimiento mercantil exige, desde luego, empieza a decaer. Tal es el estado de la circulación actual a que deseamos aplicar remedio, es decir que figuran en la circulación diez veces la cantidad de pesos que el



movimiento comercial del país puede emplear, por consiguiente, cada peso ha decaído el valor real y proporcionado que le puede haber o que puede representar en la circulación monetaria, es decir, de diez centavos.”

Hoy se sabe que este malestar económico y financiero le enajenó a Santana las pocas simpatías que le quedaban en el Congreso y fue una de las principales causas de su renuncia en agosto de 1848, quedando el poder en manos de su Ministro de la Guerra Manuel Jimenes. Hoy se sabe también que la administración de Manuel Jimenes fue aún más incapaz que la de Santana para hacerle frente al problema monetario dominicano, pues no acogió ninguna de las sugerencias del Congreso, ni aplicó un plan de empréstitos y consolidación de la deuda pública, que le fue sugerido, dejando que el numerario se fuera agotando y se acumulara en manos de los grandes comerciantes. De manera que cuando al país le vino encima la invasión de Soulouque en 1849 y el gobierno tuvo que movilizar al ejército nuevamente, no había fondos con qué hacerle frente a la situación. A mediados de 1849, no había un solo centavo en las arcas del Tesoro Público para hacer frente a los nuevos gastos de guerra. El Gobierno no tuvo más recurso que hacer otra emisión de un millón de pesos nacionales, que vino a sumarse a las muchas otras emisiones realizadas anteriormente.

Cuando Buenaventura Báez tomó posesión de la presidencia de la República en septiembre de 1849, ya se habían realizado por lo menos unas diez emisiones monetarias sin respaldo alguno, como no fuera la garantía crediticia del Gobierno. La falta de dinero en las cajas del Tesoro, nuevamente obligó a realizar otras emisiones. La primera de estas nuevas emisiones, quedó “exclusivamente reservada para los gastos de la guerra, en caso de una nueva invasión, y para que a la mayor brevedad provea los arsenales de armas, pertrechos de guerra, fornituras, uniformes y demás de este ramo”. Las siguientes emisiones también tuvieron este mismo pretexto, pero esta vez el Gobierno adoptó una nueva política financiera consistente en emitir dinero nacional para cambiarlo por moneda fuerte extranjera y depositar estas nuevas sumas en un banco de Saint Thomas ganando un interés anual que oscilaba entre el 3 y el 6%. Desde el punto de vista puramente administrativo ésta parecía a Báez una medida sana por cuanto que creaba una reserva de contingencia para hacer frente a gastos de emergencia. Pero desde el punto de vista de la ciudadanía, esta medida era inconveniente pues ponía en manos de los productores y exportadores que



generaban la riqueza del país una moneda de baja clase al tiempo que los despojaba de la moneda de buena ley. Por esa razón fue que el representante de la zona tabacalera de Santiago y el Cibao, Benigno Filomeno Rojas protestó ardientemente en marzo de 1853 diciendo que esta política de “emitir cinco o más millones de papel moneda, para reducirlos a cien mil pesos fuertes, y depositarlos en un banco de Saint Thomas, es una medida inconcebible, un hecho tan erróneo, que basta haber leído las primeras páginas de un Tratado de Economía Política para comprender que así es como debe ser calificado.” En la ejecución de esta política, hay que buscar una de las causas de la enemistad de Báez con los comerciantes y propietarios cibaños que los enfrentarían otra vez por razones financieras en julio de 1857.

Al ser Báez sustituido por Pedro Santana en febrero de 1853, el país contaba con más de \$100,000 depositados en el extranjero como respaldo de la moneda nacional que circulaba en el país. No era una suma suficiente, pero era la mayor reserva con que gobierno alguno había contado desde la fundación de la República. Como ahora el país se hallaba en paz con Haití por haberse firmado la tregua, el pretexto de una invasión haitiana para hacer nuevas emisiones fue sustituido por el de la necesidad de recoger los billetes viejos que se habían deteriorado con la circulación debido a la mala calidad del papel. Así Santana empezó por emitir 8 millones de pesos nuevos en dos tiradas y en los dos años siguientes hizo tres emisiones adicionales, una de las cuales fue justificada diciendo que los haitianos se aprestaban a invadir y que era necesario contar con fondos para pagar los gastos de la guerra que se avecinaba. La invasión haitiana de 1855 llegó, el dinero fue gastado, como era de esperar, y otra vez tuvo el gobierno que recurrir a nuevas emisiones para sustituir las papeletas viejas que se habían deteriorado.

Cuando Báez volvió al poder en octubre de 1856, gracias a las intrigas de Segovia y al malestar económico que la política financiera de Santana había producido, la República ya contaba con unas 23 emisiones monetarias que habían colocado el valor del peso dominicano muy por debajo del peso fuerte español o del dólar norteamericano, aunque no tanto como diez años atrás en los comienzos de la República. Según José Gabriel García, “Cuando Báez ingresó al Poder en 1856 circulaba el peso fuerte en la República a razón de 68 $\frac{3}{4}$ unidades, o lo que es lo mismo, valía la onza a \$1,100 nacionales. La poca abundancia de papel moneda



desmeritó de tal manera el oro, en vísperas de la cosecha de tabaco que las transacciones llegaron a celebrarse a *cincuenta por uno*. Los exportadores del Cibao comenzaron a introducir plata y oro en tan grandes cantidades, que el comercio en general optaba por el pago de sus derechos en esas especies de preferencia a la moneda del Estado.”

“Un gobierno patriótico e inteligente habría aprovechado tan fácil coyuntura para recoger de una vez el papel moneda en circulación, con grande utilidad y ventajas para los tenedores y el fisco, o para restituirlo al valor de su primera emisión, pues, con poco esfuerzo podría haberse llevado muy lejos la alza del papel, compensada por el desmérito relativo del oro y de la plata. Pero Báez hizo todo lo contrario viendo la manera de especular con la situación, se dejó arrastrar por el deseo del medro, y bajo pretexto de recoger los billetes deteriorados, y de impedir los perjuicios que la falta de numerario pudiera ocasionar a los agricultores cibaeños, se hizo autorizar por el Senado Consultor para poder emitir seis millones de pesos nominales en papel moneda: dos millones destinados al primer objeto; y los cuatro restantes al segundo.”

“Como no era verdad que faltara numerario para las transacciones, pues este había venido de fuera atraído por el aliciente de la cosecha, y el oro y la plata alternaban ya en el Cibao con el poco papel moneda que quedaba en circulación, el aumento repentino de esta especie funesta y perjudicial, vino a destruir el equilibrio mercantil porque la desconfianza alejó por de pronto el metálico de todos los mercados y echó a rodar el papel moneda por la resbaladiza pendiente del desmérito.”

“Esto llegó a lo infinito, pues ampliada y extendida discrecionalmente por el Senado Consultor, el 2 de mayo de 1857, la facultad de emitir papel moneda acordada antes a Báez, éste en vez de cuatro hizo confeccionar diez y ocho millones de billetes, que repartidos para su venta entre los *numerosos abijados de la administración*, al precio fijo de 1,100 unidades por una onza, acabaron de precipitar la bancarrota, pues se inundaron del funesto agente todos los mercados, con grave perjuicio del gremio agricultor, que habiendo principiado a vender por papel su cosecha de tabaco cuando el cambio estaba a 50 *por uno*, vino a deshacerse de él cuando ya circulaba a 68 $\frac{3}{4}$, experimentando la pérdida consiguiente a la fluctuación del ruinoso agiotaje, que por otra parte fue productivo para Báez y sus agentes, quienes no repusieron al Erario de las cantidades que les tocaron en el reparto sino al precio

que les fueron entregadas, incautándose descaradamente la escandalosa diferencia.”

“Con esta ruinosa operación consiguió Báez cuatro cosas: primero, dar un golpe mortal a los propietarios cibaños, que nunca le habían sido afectos; segundo, proporcionar a sus allegados políticos la manera de improvisar un pequeño capital a poca costa; tercero, reunir en oro la suma de cincuenta mil pesos que se hizo dar en compensación de los perjuicios inferidos a sus propiedades; y cuarto, tener en las cajas nacionales fondos bastantes para hacer frente a la revolución que veía ya venirle encima”.

“Esta es la verdadera historia de la operación financiera con que Báez provocó en 1857 la famosa revolución del 7 de julio”.

La historia política de esta revolución es bien conocida y escapa al tratamiento de estas notas. El país estuvo en guerra durante un año completo, esto es, hasta julio de 1858, y durante todo este tiempo tanto Báez como el gobierno revolucionario cibaño que se instaló en Santiago, realizaron nuevas emisiones de papel moneda que arruinaron completamente el país y produjeron la bancarrota del Estado. Durante la Revolución el peso nacional dominicano llegó a cotizarse entre los 3,125 y 4,750 unidades por uno fuerte. Y mientras tanto, la masa de numerario circulante reconocido oficialmente había subido ya a la astronómica suma de \$43,290,430, que era apenas la mitad de lo que realmente circulaba pues Báez había emitido en sólo un año, \$59,700,000 nacionales y el gobierno cibaño \$20,000,000.

Los dos años que siguieron a la Revolución fueron un período de profunda crisis económica. Todo el producto de un año de trabajo del país había sido robado por Báez y sus secuaces y ahora había que comenzar de nuevo. La situación se había agravado con las demandas de los cónsules de Francia, Inglaterra y España, que reclamaban una reducción de la tasa de cambio de los pesos nacionales que ellos y sus conciudadanos habían adquirido antes y durante la Revolución. El Gobierno fue obligado bajo amenazas por los cónsules a adoptar un nuevo patrón de cambio de 500 por uno, y el Congreso secretamente se lanzó a realizar nuevas emisiones para recoger las viejas papeletas y para hacer frente a las falsificaciones que durante estos años se hicieron frecuentes. La primera de estas emisiones de 10 millones de pesos, ordenada en enero de 1860, produjo un verdadero desastre en el país pues la moneda fuerte y metálica de origen extranjero que había, fue escondida por sus tenedores y los nuevos billetes fueron rechazados por el



público viéndose el Gobierno obligado a recoger estas nuevas papeletas aunque algunas semanas después volvió a ponerlas en circulación.

Esa emisión no fue suficiente, para atender a las necesidades del Gobierno que el año anterior había movilizadado todo el ejército para hacer frente a la amenaza de una invasión haitiana, que nunca llegó, y en marzo de 1860, el Senado autorizó secretamente la emisión de otros 10 millones de pesos más, que fueron sucedidos por otros 10 nuevos millones más, que fueron sucedidos por otros 10 nuevos millones en agosto, y por otros 8 millones más en diciembre de ese mismo año. De manera que mientras Santana negociaba la Anexión a España, su Gobierno emitió casi cuarenta millones de pesos en cientos de miles de papeletas que dejaría como herencia al nuevo régimen español. Cuando la Anexión fue finalmente consumada, los gobiernos dominicanos de la Primera República habían realizado por lo menos 33 emisiones monetarias sin más valor que el crédito del Estado, ascendentes a unos \$148 millones de los cuales, había unos \$83 millones en circulación, pues el resto había sido recogido o incinerado. Santana y sus ministros dejaron al Gobierno español con las manos atadas, pues antes de entregar el país a España, decretaron una nueva tasa de cambio de 250 pesos por uno fuerte, sumamente favorable para los tenedores de papel moneda nacional si se compara con las tasas a que llegó a cotizarse el peso dominicano en los meses siguientes a la Revolución. Las dificultades confrontadas por el Gobierno Español en los años siguientes para satisfacer los intereses de los tenedores de papeletas fue, como se sabe, una de las causas más importantes de la Guerra de la Restauración.

VALOR DEL PESO DOMINICANO EN LA PRIMERA REPUBLICA

Febrero	1844	40
Diciembre	1847	210
Julio	1849	500-525
Julio	1852	650
Diciembre	1852	800
Todo el año	1853	800
Diciembre	1854	
Diciembre	1855	1,200
Julio	1857	1,100
Julio	1858	3,125-4,750
Diciembre	1859	500*
Marzo	1861	250*



Como se ve, las finanzas dominicanas fueron siempre el lado flaco de la economía de la Primera República, aún en los períodos en que la producción y la exportación mantuvieron niveles aceptables dentro de la época. Interesante es ver en los informes del Cónsul Schomburgk el comportamiento anual de las diversas variables económicas entre 1849 y 1856 que fueron los años en que él vivió en el país. Así que en las próximas páginas trataré de presentar una rápida síntesis de la evolución general de la economía, en especial del comercio exterior, al tiempo que es conveniente mantener presente la síntesis que acabamos de hacer de la evolución de las finanzas. Así concluiremos con una visión global de la evolución económica del país, más o menos comprensiva entre los años de 1844 y 1861.

El año de 1844 fue un mal año para la República Dominicana desde el punto de vista económico. A consecuencia de las invasiones haitianas, y frente a la amenaza de una nueva dominación, los comerciantes dejaron de importar y la exportación se paralizó debido a que la guerra sacó todos los brazos a la agricultura y a la explotación de maderas. Del tabaco, que es la única cifra de exportación que conocemos para ese primer año, se exportaron solamente 30,000 quintales por un valor de \$46,000 pesos fuertes. Fue necesario que los comerciantes se dieran cuenta de que por el momento la independencia dominicana se había consolidado bajo el liderazgo del Presidente Santana, para que la actividad económica empezara a recuperarse poco a poco. Entre 1845 y 1846 se exportaron 34,000 quintales de tabaco, pero al año siguiente, esto es, entre 1846 y 1847, se exportaron solamente 28,000 quintales, debido nuevamente a la tremenda sequía que azotó todo el país en 1846. Este año fue un año de crisis económica tal como constató Porter a su llegada al país, y como llegó también a apreciarlos Schomburgk atribuyéndolo en parte a las desmedidas emisiones monetarias que llegaron a ascender a la suma de \$2,700,000 pesos, “lo que produjo una crisis económica proporcional de tal magnitud que en diciembre de 1847 se consideró que el doblón se cotizaba por solamente 210 pesos”. Esas emisiones produjeron un tremendo impacto en el comercio nacional, sobre todo entre los comerciantes detallistas, pues éstos compraban y pagaban cuando la moneda estaba en un precio alto, y vendían a crédito cobrando meses más tarde cuando el dinero había perdido hasta el 50% de su valor anterior. A juicio de Schomburgk, ésta era una de las causas principales que impedían una mayor inversión de capitales en el



comercio dominicano. No obstante eso, Teodoro Stanley Heneken, un empresario inglés residente en Santiago, dijo que algunos se arriesgaban y construían nuevos edificios en el Cibao, donde el tabaco mantenía su mercado asegurado. Con todo, la falta de capitales invertidos en el comercio era notable en la ciudad de Santo Domingo todavía en 1848 y 1849, período éste en el que “puede decirse con propiedad, sin que ello constituya una burla, que en estos momentos no existe en la ciudad de Santo Domingo casa comercial alguna que disponga de una suma de capital que le permita realizar una compra tan amplia como todo el cargamento de manufacturas europeas que pueda transportar un buque”.

La firma del Tratado de Comercio con Inglaterra mejoró y estimuló mucho el intercambio comercial entre la República Dominicana y la Gran Bretaña. Sobre todo en lo que respecta al mercado de maderas. Como vimos al principio de esta cátedra, la caoba era el principal producto de exportación de la parte sur del país, y constituía el renglón comercial del cual dependía la vida económica de Santo Domingo y la región. El principal consumidor de la caoba dominicana era Inglaterra, que la importaba principalmente por el puerto de Liverpool, desde donde era distribuida a las numerosas fábricas de muebles, talleres y ebanisterías inglesas para la fabricación de muebles de lujo, pisos, puertas y ventanas. “El comercio de caoba (dice Schomburgk), ha dado origen a grandes fortunas y por ello no es de extrañar que haya monopolizado el capital y la mano de obra disponible en detrimento de cualesquiera otras ramas de la producción agrícola. Las plantaciones de caña de azúcar, café y añil han desaparecido y solamente se presta atención a la búsqueda de zonas boscosas que tengan grandes cantidades de estos árboles”... “El negocio de la madera de caoba ha acaparado toda la mano de obra en una comarca que sufre severamente por lo reducido de su población y no ha dejado ninguna actividad económica a la cual recurrir en caso de que se malograra este peculiar negocio”.

“Por esta razón, cuando a consecuencia de la reciente crisis económica de los Estados Unidos y posteriormente de Europa, especialmente en Inglaterra, esa amplia clase social, la de los comerciantes, se vió compelida a restringir los gastos de sus hogares, sus efectos se hicieron sentir de inmediato en Santo Domingo al disminuir considerablemente la demanda por la madera de caoba. Esta situación se agravó más aún durante las recientes convulsiones económicas que sacudieron a Europa, cuando debido a ellas la deman-



da por este artículo de lujo decayó totalmente. Entonces fue cuando amenazadoramente se evidenciaron en Santo Domingo las consecuencias funestas de este erróneo sistema de depender de un solo artículo de exportación. Se registraron cuantiosas pérdidas relacionadas con la exportación de esta madera, tanto hacia los Estados Unidos como hacia Europa; la caoba se convirtió en un artículo de poca venta en los mercados y grandes cantidades de madera yacían en los puertos y costas sin que se intentara realizar ningún embarque. Tal situación, naturalmente, provocó una crisis económica general que afectó severamente las finanzas de la República Dominicana; finanzas que, con las subsiguientes invasión haitiana y guerra civil, sufrieron una mayor sacudida. Los embarques de caoba desde el puerto de Santo Domingo durante 1847-1848, comparados con los realizados el año anterior disminuyeron en 481,321 pies, en comparación con el total embarcado el año anterior”.

Sin embargo, el mercado de la caoba se mantuvo, aunque vacilante, en los años siguientes durante el primer gobierno de Buenaventura Báez, y el comercio siguió creciendo, en términos generales, aunque hubo una nueva crisis económica en 1852 debido a la guerra de Crimea y a la crisis financiera y política que sufrió Inglaterra otra vez en ese año. El 1851, fue para la caoba un mal año, debido a que por las costas del Sur pasó un poderoso ciclón que arrastró “mar afuera 100,000 pies de caoba que estaban aplicados en la costa causando una pérdida total a los exportadores”. Por esa razón y por la competencia que le hizo a principios de 1851, la caoba hondureña en el mercado británico, es que los valores de exportación del puerto de Santo Domingo disminuyeron en 1851 a 78,000 libras esterlinas, en comparación con las 104,937 libras esterlinas del año anterior de 1850, esto es, en un 25%. En ese año la libra esterlina se cotizaba a razón de \$4.80 dólares cada una.

La caoba, como se ve, constituía el alma y nervio de la vida económica de la capital de la República y de toda la región Sur del país. Pero éste era un recurso natural que por la misma forma de explotarlo acabaría agotándose en pocos años. El corte era tan intenso y la explotación había sido tan continua durante los últimos 30 años que ya se veían signos de su desaparición. Cada día los cortes se alejaban más de los ríos y las costas y cada día costaba más dinero sacarlos hasta el mar o llevarlos al puerto de Santo Domingo. “Es obvio que estas fuentes de exportación no pueden continuar. Las mismas son el producto espontáneo de la naturaleza y puesto que no se toma medida alguna para preservar



el crecimiento de los árboles maderables para los años futuros, ni tampoco se siguen las prácticas de selvicultura que se emplean en los países civilizados en la administración de sus bosques y forestas, el suministro tendrá que agotarse. En la medida en que se aproxime ese período, más ventajosas resultarán las posibilidades del país de lograr su prosperidad y desarrollo agrícola.”

“La facilidad con la que un hombre trabajando en el corte puede adquirir cierta suma de dinero en un lapso de tiempo relativamente corto, es el origen de la gran pereza que es la característica predominante de los habitantes del Sur del país, a diferencia de los de las provincias norteñas en las que la agricultura es la principal actividad económica de sus habitantes. Estos cortes de madera aunque son productivos desde el punto de vista económico constituyen el mayor obstáculo al desarrollo de otros recursos que ofrece el feraz suelo del país”. En una palabra, el Sur poseía una economía relativamente recolectora que no estimulaba la realización de un trabajo creador de formas empresariales desarrolladas o modernas. La agricultura en el Sur era casi inexistente, y la mano de obra estaba compuesta fundamentalmente por un personaje dependiente de los grandes dueños de propiedades madereras, que eran principalmente unas cuantas familias residentes en Santo Domingo y Azua.

El año de 1852 fue igualmente un año en que las exportaciones dominicanas (por el puerto de Santo Domingo bajaron considerablemente a causa de las malas cosechas de cereales en Inglaterra y Europa que afectaron notablemente todas las transacciones comerciales. Este año y el siguiente de 1853, fueron malos años para el comercio de caoba y, por lo tanto, de poco comercio con Inglaterra, que se vio precisada a ocupar gran parte de sus barcos en el transporte de cereales y alimentos para hacer frente a la demanda interna. La caoba, como artículo de lujo, pues, fue dejada a un lado por los consumidores ingleses. “Por haber aumentado los precios de los artículos básicos para la vida, las personas juiciosas evitan realizar todo gasto que sea indispensable y si acaso adquieren algún mobiliario de construcción doméstica lo escogen de madera que no sea caoba; por todo ello, la adquisición de muebles de caoba es muy limitada al estar solamente al alcance de las clases más altas y ricas.”

“Las amenazas de guerra redujeron aún más el comercio de caoba e impidieron que grandes cantidades de madera fueran embarcadas hacia Europa (en 1852). Los especuladores, por tanto,

prefirieron despachar mayores embarques de caoba que los acostumbrados a los Estados Unidos de América, donde el mercado se saturó totalmente y, como consecuencia natural de ello, se registraron ventas ruinosas que han causado cuantiosas pérdidas o, en las mejores circunstancias, apenas han servido para cubrir los costos de producción incurridos por el embarcador.”

Con el tabaco ocurrieron acontecimientos similares en los años 1852 y 1853, pues aunque las cosechas fueron más altas que en otros años y también el volumen de la exportación creció, los valores recibidos por este concepto se redujeron notablemente debido a los bajos precios de este producto en sus mercados de Europa, aunque el promedio de pérdidas para los exportadores sólo subió al 10% en su conjunto. La razón de este deterioro de los precios del tabaco fue no solamente la situación europea, sino la mala calidad de las cosechas de 1852 y 1853, siendo esta última la peor de las dos. Según Schomburgk, para 1854 se esperaban precios más bajos para el tabaco cibaño: “Cual que fuera la cantidad o calidad de la cosecha de 1854, por ella se pagará menos que por la del año pasado y los productores agrícolas que han sido los mayores consumidores de artículos y provisiones extranjeras, tendrán que reducir considerablemente sus gastos domésticos.”

“Bajo las circunstancias antes señaladas, se esperaba que disminuirían las importaciones de 1853, en relación con las de 1852. En realidad, durante el año se realizaron cuantiosas operaciones comerciales porque se pudieron obtener créditos con mucha facilidad en Saint Thomas, donde los importadores adquieren las mercancías que introducen el país y, por ello, en 1852 se importaron más mercancías de las que podían ser consumidas en el mercado interno. Los comerciantes al por mayor de Saint Thomas recibieron una dura lección por la facilidad con que vendieron a crédito a cualquier pequeño importador o pulpero dominicano y en el futuro solamente venderán a crédito a los compradores que ofrezcan buenas garantías.”

Este papel de financiadores del comercio de importación dominicano por parte de los comerciantes mayoristas de Saint Thomas tiene una larga historia sin la cual es muy difícil comprender la historia política y económica de la Primera República y aún de los años posteriores a la Guerra de la Restauración, pues ellos no sólo facilitaban los créditos que los comerciantes dominicanos necesitaban, vendiéndoles las mercancías a largo plazo, sino que también estaban asociados con las grandes casas exportadoras domini-



canas, cuyos principales accionistas militaban activamente en los partidos políticos de la época y, asimismo, ayudaban a financiar las actividades de sus líderes y caudillos a cambio de prebendas y beneficios una vez que se instalaran en el poder. El caso de Báez y el de Luperón son sumamente ilustrativos en este respecto.

A propósito de exportación y del comercio de Saint Thomas, es conveniente mencionar que la mayor parte de las mercancías y manufacturas que se consumían en el país venían desde Saint Thomas y Curazao, que por ser puertos libres cercanos a la República Dominicana permitían adquirir a relativamente buenos precios lo que la población necesitaba importar. Según Schomburgk más de las tres cuartas partes de los artículos que se consumían en Santo Domingo era de manufactura inglesa, pero no todos venían directamente desde Inglaterra, sino a través de los grandes mayoristas de Saint Thomas. Es también interesante observar la especialización, si se puede decir así, del comercio de importación según los países con los que la República Dominicana mantenía relaciones comerciales. De Inglaterra y Saint Thomas llegaban a Santo Domingo tejidos de algodón, de lino y géneros de punto, medias, tejidos de lana, cubiertos de metal, artículos de ferretería, loza de barro y vajillas. De los Estados Unidos se importaban principalmente harina de trigo, velas y velones, jabones, materiales de construcción de buques y artículos mecánicos. De Francia y Martinica, alguna harina de trigo, aunque no mucha, quesos, mantequilla, piel de becerro, vinos, desde luego, ginebra y sedas, además de algunos licores y frutas secas. El consumo de estos últimos productos, como es evidente estaba restringido a las capas ricas de la población dominicana de entonces. De Curazao también se importaban harina de trigo, provisiones, ginebra, sal y alimentos secos.

En 1854, conforme a las predicciones del Cónsul inglés, el comercio exterior dominicano se redujo ligeramente. Las importaciones bajaron de 183,234 libras esterlinas en el año anterior, a 109,800 libras esterlinas. Las exportaciones, también bajaron algo, de 233,305 libras esterlinas en 1853, a 228,266 en 1854. Y aunque aparentemente las exportaciones superaban a las importaciones, eso no quiere decir que hubiera un superávit real en la balanza comercial dominicana ni en este año ni en los anteriores, pues como llegó a descubrir Schomburgk, ese superávit aparente se debía a la inveterada costumbre de los comerciantes de subvaluar sus importaciones de manera que los impuestos aduaneros a pagar resultaran más bajos. La regla era subvaluar las facturas “en un 30



y un 40% del valor real de las mercancías”. Según los cálculos del Cónsul inglés, la República estaba padeciendo de un déficit crónico en su balanza comercial con el extranjero que no aparecía en los libros ni en las cuentas de aduana. Lo cual indicaba la existencia de una economía sumamente dependiente del exterior y de una población que trabajaba para pagar las deudas contraídas con comerciantes y especuladores que estaban atados en una cadena crediticia a otros comerciantes y especuladores extranjeros que eran quienes recibían los mayores beneficios.

Volviendo a la exportación, digamos que los años de 1855 y 1856, fueron buenos años para el tabaco cibaño a causa de la guerra europea. “El alza de precios que ha tenido el tabaco debido a la guerra también ha hecho sentir sus efectos en el Cibao y el déficit que tuvieron las exportaciones realizadas por el Puerto de Santo Domingo fue compensado, en gran medida, por el crecido valor de las exportaciones de tabaco producido por las provincias del Norte.” Puerto Plata exportó ese año, la impresionante suma de 55,000 quintales de tabaco, que comparados con los 30,000 quintales de 1844 dan una buena idea del desarrollo de la economía tabacalera en el Cibao durante la Primera República. No ocurrió lo mismo con la caoba, pues ese año ya empezaron a sentirse claramente los efectos de la sobre-explotación de los bosques y la madera que pudo ser acarreada a Santo Domingo no poseía la tradicional calidad de la caoba que había sido la norma exportar hacia Liverpool. Los precios no fueron igualmente favorables, aunque el volumen en pies exportados también fuera igualmente mayor que años anteriores. Puede decirse que a partir de este año, el valor de explotación de la caoba en el Sur entra en una curva de descenso que obligaría a los dominicanos a buscar esta madera en otras zonas como realmente ocurriría años más tarde en las regiones del Norte y del Noroeste del país. También puede decirse que a partir de este año, el déficit en la balanza comercial de la ciudad de Santo Domingo será cubierto permanentemente por el superávit, casi constante del comercio tabacalero cibaño.

Este fenómeno es muy importante tenerlo en cuenta porque también ayuda a comprender algunas de las características internas de la economía dominicana durante la Primera República, y si hasta ahora sólo se ha puesto atención al “sector externo” de la economía de esa época, ello se debe a la importancia fundamental del mismo, pues sin exportación no había ingresos en moneda fuerte que permitiera financiar las importaciones, ni mucho menos había



la posibilidad de que el Estado percibiera ingresos fiscales para financiar sus operaciones, pues en aquellos años no había rentas internas, propiamente hablando, y todos los ingresos del Gobierno provenían directa o indirectamente del comercio de exportación e importación.

Sin embargo, la economía dominicana funcionaba con cierto grado de integración, a pesar de las diferencias regionales y de la especialización de la producción en el Sur y el Norte. Hablando de la crisis económica que produjo la catastrófica emisión de papeletas de Báez que produjo la Revolución de Julio de 1857 y de la presente crisis en que las nuevas emisiones del Gobierno de Santana habían provocado en 1860, los miembros del Senado Consultor se enfrascaron en una discusión que ha dejado importantes revelaciones sobre el intercambio de bienes y servicios entre las diferentes provincias y regiones del país. Por ejemplo, Manuel Joaquín Delmonte declaró en una sesión del Senado celebrada el 26 de abril de 1860 que “sabido es que entre las diversas Provincias de la República, hay un gran movimiento mercantil (hablo con relación al estado de riqueza del país), movimiento que varía según los productos de cada una: Así, de esta Capital se hacen frecuentes e importantes remesas de papeletas a la Provincia de Azua para comprar las maderas, los azúcares, cueros, etc., etc. y a la del Seibo, para la compra del ganado vacuno, cera y algunos productos agrícolas, cuyas cantidades vuelven paulatinamente a la Capital para emplearse en mercancías y provisiones extranjeras; y aunque casi nada le vendemos ni compramos a las Provincias del Cibao, no por eso dejamos de hacer con ellas transacciones comerciales de suma importancia, toda vez que en tiempo de la cosecha del tabaco, mandan nuestros comerciantes a comprar libranzas sobre el extranjero a Santiago y Puerto Plata, y pasada la cosecha sucede todo lo contrario, que vienen del Cibao a hacer aquí igual negocio, esto es, en solicitud de nuestros giros con las mismas papeletas que de nosotros recibieron produciendo ésto y alimentando un canje y trabazón de intereses entre todas las provincias con la Capital, de la mayor conveniencia bajo el aspecto así comercial como político.”



9. Las Luchas Constitucionales en el Siglo XIX

El objetivo de este trabajo es analizar brevemente las luchas constitucionales dominicanas a partir de 1844 y la relación que estas luchas tuvieron con la realidad socioeconómica del país, pues, como se sabe, la economía dominicana de entonces reflejaba una especialización geográfica productiva que mantuvo al país dividido, no sólo económicamente, sino también políticamente, pues al nacer la República Dominicana las regiones sur y este del país producían mayormente —y casi exclusivamente— maderas y ganado para la exportación, en tanto que el Cibao y el norte especializaban su trabajo en la producción de tabaco, que constituía la principal fuente de ingresos de aquella región. Tal como se ha venido estudiando recientemente, esta dicotomía productiva terminó condicionando en gran medida el acontecer político dominicano del siglo XIX al constituirse dos sociedades diversas, con dos economías regionales diferentes y con intereses políticos antagónicos.

Esto, por un lado. Por otro, también es conveniente tener en cuenta, que las ideas constitucionales dominicanas tienen viejos antecedentes que se remontan hasta la Constitución liberal de Cádiz en 1812 y hasta la Constitución norteamericana de 1787, y, claro está, a la Constitución de la República Francesa. Pero en 1844 las influencias doctrinales constitucionales más cercanas a los dominicanos provenían de los grupos de juristas y políticos haitianos que, agrupados en la Asamblea Constituyente de Puerto Príncipe de finales de 1843, sirvieron de ejemplo y modelo a los varios diputados y representantes de la Parte del Este sobre cómo debía ser elaborada una Constitución de corte liberal que garantizara el ejercicio de las libertades y derechos ciudadanos, pues



hasta esa fecha tanto los haitianos como los dominicanos habían vivido gobernados por un régimen presidencialista vitalicio y personalista que favorecía el absolutismo.

Así, pues, no es casual que el Manifiesto del 16 de enero de 1844, llamado por sus redactores “Manifestación de los Pueblos de la Parte del Este de la Isla antes Española ó de Santo Domingo, sobre las causas de su separación de la República Haytiana”, que funcionó durante todo el año de 1844 como una Constitución rudimentaria, no es casual, repito, que fuera elaborado a partir de las ideas contenidas en el Acta de Independencia de los Estados Unidos de 1776 y que contuviera algunas disposiciones acerca de la organización provisional del Estado Dominicano, y del ejercicio de los derechos ciudadanos, contenidas en la Constitución norteamericana y en la Constitución francesa.

Y mucho menos casual es el hecho de que cuando se dispuso nombrar una comisión encargada de preparar el borrador o proyecto de Constitución que debía ser conocido por los Constituyentes de San Cristóbal, el modelo utilizado fuera el de la mencionada Constitución haitiana de 1843, pues el diputado Buenaventura Báez, redactor principal de este borrador, o proyecto de Constitución, había sido miembro de la Asamblea Constituyente de Puerto Príncipe y compartía, en esos momentos, plenamente el credo político liberal de los revolucionarios haitianos que habían derrocado a Boyer para imponer un nuevo régimen político.

De manera, que la Constitución de San Cristóbal de 1844, es en gran medida una Constitución liberal elaborada a partir de la experiencia haitiana con la intención de impedir que el absolutismo y el personalismo políticos volvieran a cobrar cuerpo en el país. De ahí la conocida crisis política que tuvo lugar entre los días 6 y 13 de noviembre de 1844 cuando el General Pedro Santana y sus consejeros no quisieron aceptar el texto liberal de San Cristóbal pues debido a los múltiples controles legislativos que contenía sobre el ejercicio del Poder Ejecutivo, a ellos les parecía que resultaba poco práctico para gobernar un país envuelto en una guerra de supervivencia nacional contra los haitianos. En este punto se centró la discusión que llevó a Santana y a sus asesores a imponer por la fuerza militar sobre los constituyentes el célebre artículo No. 210 que establecía la irresponsabilidad del Poder Ejecutivo mientras la guerra de la Independencia continuara.

Los excesivos poderes que este artículo colocó en manos del Presidente de la República, unidos a la difícil situación internacio-



nal y al estado de continua oposición política al régimen de Santana por parte de los grupos liberales derrotados junto con los trinitarios en 1844, favorecieron la instauración de una dictadura y justificaron el ejercicio del poder unipersonal y absoluto, en forma tal que la intención de los Constituyentes de San Cristóbal se perdió bajo el imperio de las realidades políticas. Con todo, durante el primer gobierno de Buenaventura Báez, que había sido el principal arquitecto del pensamiento liberal de 1844, los grupos liberales opositores de Santana obtuvieron la protección política del Presidente de la República y alcanzaron a estructurar un movimiento de opinión pública que terminó preparando los ánimos para exigir reformas constitucionales efectivas que limitaran el excesivo ejercicio del Poder Ejecutivo.

Este movimiento se hizo manifiesto en 1853, luego que Báez terminó su período presidencial y estalló la famosa crisis política de julio de ese año que marcó para siempre el rompimiento entre éste y Santana con la consecuente expulsión del país de Báez y un gran número de sus partidarios. Este incidente alarmó a muchos dominicanos, especialmente a los miembros del Congreso Nacional, quienes demandaron de inmediato la organización de una Asamblea Constituyente que se ocupara en redactar una nueva Constitución más liberal que la de 1844 que despojara al Presidente de los poderes que le otorgaba el artículo 210. Como en esos momentos el General Santana recién regresaba al Poder y no contaba con medios suficientes para impedir las reformas que los legisladores solicitaban, no tuvo más remedio que acceder a la solicitud convocando en julio de 1853 esta Asamblea para que se reuniera en enero de 1854.

Un mes estuvo trabajando esta Asamblea Constituyente bajo la influencia del pensador cibaeno Benigno Filomeno de Rojas, cuyas ideas en aquella época reflejaban las más avanzadas doctrinas liberales extraídas de los textos constitucionales ingleses y norteamericanos. Durante este mes, las modificaciones que se hicieron al texto constitucional de 1844 fueron bastante profundas y chocaban con la tradición política establecida por Santana. Por ejemplo, el Senado fue investido de mayores poderes de los que anteriormente tenía, entre ellos la capacidad de otorgar los ascensos militares y de movilizar las Fuerzas Armadas en tiempos de paz y de guerra, que hasta entonces eran funciones privativas del Presidente de la República. También se creó el cargo de Vicepresidente de la República que hasta entonces no existía. Los constituyentes



modificaron el régimen municipal para que los ayuntamientos ejercieran efectivamente el gobierno político y económico de las ciudades que hasta entonces estaba sumamente influido por la presencia de los comandantes de armas. Pero, aunque se suprimió el artículo 210 para impedir que el Presidente ejerciera el Poder en forma absoluta e irresponsable, esta nueva Constitución introdujo una disposición para permitirle al General Santana que ejerciera el cargo de Presidente durante dos períodos constitucionales consecutivos que debían terminar el día 28 de febrero de 1861, e incluyeron otra disposición transitoria para permitirle que el Presidente de la República pudiera conferir todos los grados militares que considerara necesario entretando la guerra continuara y no se firmara la paz con Haití. Esta última disposición, como es evidente, invalidaba aquellos artículos que conferían esa capacidad al Senado y, por lo tanto, colocaban nuevamente el comando de las fuerzas armadas en manos del Presidente de la República.

Esta nueva Constitución fue promulgada el 25 de febrero de 1854, pero el Presidente Santana no quedó muy conforme con que hubieran eliminado de la misma el artículo 210, y a medida que fue consolidando su poder en los meses siguientes fue influyendo en el Congreso para que éste, a principios de agosto, dictara un nuevo decreto concediéndole la facultad de adoptar todas las medidas que juzgara necesarias para garantizar el orden y la seguridad del Estado, lo que equivalía a poner en vigor nuevamente el espíritu del artículo 210. Con estos poderes en sus manos y luego de esta demostración de debilidad del Congreso que había comenzado siéndole algo hostil, Santana convocó extraordinariamente al Senado y a la Cámara de Representantes para que el 1 de noviembre de 1854 se reunieran y discutieran la conveniencia de redactar una nueva Constitución que modificara la de febrero de ese año, puesto que él consideraba que ésta no aseguraba debidamente la estabilidad del país por las diversas dificultades que imponían al Poder Ejecutivo para gobernar. Cuando el Congreso se reunió en la fecha fijada, Santana leyó una alocución dirigida a los representantes en la cual hizo conocer sus amenazas si la Constitución no era modificada conforme al proyecto de reforma que él sometía.

Atemorizados, los congresistas se reunieron y trabajaron bajo la influencia de los agentes de Santana en el Congreso en la redacción de un nuevo texto constitucional que se haría célebre en la historia dominicana por el despotismo que contenían tanto su espíritu como muchas de sus cláusulas. Por ejemplo, el ejercicio de



las libertades fundamentales quedó sometido a la regulación de leyes especiales que podrían modificarse según conviniera al gobierno de turno. Las elecciones quedaron regidas por un sistema de voto indirecto a través de colegios electorales, como antes. El Congreso, que hasta entonces había sido bicameral y con más de treinta representantes, quedó reducido a un Senado Consultor con atribuciones legislativas, judiciales y consultivas y su número de miembros quedó reducido a siete, que podían ser reelectos indefinidamente y que debían reunirse en sesiones legislativas que duraran solamente tres meses al año, fuera de las cuales sus funciones quedaban reducidas a las de mero cuerpo consultor del Poder Ejecutivo. El gobierno de las provincias quedó en manos de un Gobernador, dependiente directamente del Poder Ejecutivo, cuyas facultades estaban por encima de los Ayuntamientos. Las demás disposiciones constitucionales fueron ajustadas al espíritu de este nuevo texto que, aunque no había introducido el artículo 210, había organizado el sistema político dominicano de tal manera que, estrictamente hablando, el país ahora quedaba regido por una verdadera oligarquía política reunida en una sola Cámara, esto es, un Senado de 7 miembros que vendrían a ser algo así como el coro que el Presidente de la República quería tener a su disposición para justificar o legitimar cualesquiera acciones que adoptara en el futuro. Esta Constitución, que fue promulgada el día 23 de diciembre de 1854, se convirtió a partir de entonces en el texto preferido de las dictaduras que habrían de aparecer en la vida dominicana en el curso del siglo XIX.

Pero de primera intención esta Constitución sólo sirvió para amparar los dos cortos gobiernos de Santana y Báez que rigieron el país entre 1855 y 1858. A consecuencia de los excesos cometidos por Báez en 1857, después de haber derrocado a Santana con la ayuda del Cónsul español Antonio María Segovia, el país se vio envuelto en una violenta guerra civil. Esta revolución que comenzó el 7 de julio de 1857, se produjo cuando los campesinos y comerciantes cibaños se fueron a la guerra para tratar de defenderse de un colosal fraude monetario que Buenaventura Báez había cometido al poner en circulación secretamente unos 18 millones de pesos que fueron distribuidos entre sus amigos y seguidores políticos y fueron utilizados para despojar a los comerciantes y campesinos cibaños del oro, la plata y el tabaco que componían la riqueza de aquella región gracias a la abundante cosecha de ese año. Como esa guerra civil duró todo un año, durante el cual funcionaron dos



gobiernos en el país, uno en la Capital y otro en Santiago, los cibaños, convencidos de que las dictaduras sufridas durante los últimos catorce años habían estado amparadas en la existencia de textos constitucionales defectuosos, decidieron convocar a un nuevo Congreso Constituyente que le diera al país la Constitución liberal y democrática que ellos consideraban hacía falta.

De manera que el 25 de septiembre de 1857, el Gobierno Provisional revolucionario de Santiago convocó al país para que a partir del 17 de diciembre fueran elegidos los diputados que debían preparar esta nueva Constitución. De estas elecciones surgieron convertidos en diputados constituyentes los hombres más ilustrados del país cuyo pensamiento se hallaba en consonancia con las ideas liberales que habían inspirado el movimiento del 7 de julio. Tan pronto los constituyentes comenzaron sus trabajos se hizo evidente que el Cibao contaba con una intelectualidad sumamente vigorosa que deseaba implantar efectivamente un gobierno auténticamente democrático y representativo, tal como había sido previsto por los Constituyentes de San Cristóbal en noviembre de 1844, pero cuyos esfuerzos habían sido fallidos a causa de la imposición del artículo 210.

La nueva Constitución que elaboraron en Moca los nuevos diputados fue proclamada el 19 de febrero de 1858. Con esta Constitución la pena de muerte por cuestiones políticas fue abolida para siempre y se garantizó a los dominicanos el ejercicio absoluto de las libertades ciudadanas, en especial la libertad de expresión, el libre tránsito y la libertad de reunión pacífica. El gobierno, de acuerdo con la Constitución de 1858, debía ser civil, republicano, popular, representativo, electivo y responsable, recogiendo así también la intención de los constituyentes de San Cristóbal de 1844. Como gran innovación y avance político, los Constituyentes de Moca establecieron que todo ciudadano con derecho a votar podía hacerlo directa y secretamente, en vez de la forma indirecta establecida por las Constituciones anteriores. El Presidente de la República no podía ser reelecto en forma sucesiva, y los gobernadores de provincias no podrían ser en lo adelante los mismos comandantes de armas como había ocurrido en el pasado. El Poder Municipal volvió a ser restituido con toda su plenitud, en tanto que las Fuerzas Armadas, al igual que fue declarado en 1844, quedaron definidas como esencialmente obedientes al Poder Civil, sin facultades para deliberar y con la obligación de defender la soberanía de la Nación y el orden público, y de observar y cumplir



con la Constitución y las leyes. Otra innovación introducida al calor de la lucha política de aquellos días de guerra fue declarar que a partir de ese momento la Capital de la República quedaba fijada en Santiago de los Caballeros, lo cual probó ser fatal pues esta fue una decisión que rompía con los usos establecidos y no fue del agrado del General Pedro Santana que en esos momentos se desempeñaba como Jefe del Ejército revolucionario que combatía contra Báez.

De ahí que, tal como lo cuenta don José Gabriel García, el General Santana “que no poseía la facultad de disimular sus impresiones, no ocultó nunca desde su llegada al país, la tendencia a independizarse de toda sujeción disciplinaria, ni el propósito de dar al movimiento revolucionario un giro que convenía a sus intereses personales. Para él la cuestión se reducía simplemente a derrocar a Báez del poder, pero respetando la Constitución y las leyes que estaban en vigor; de suerte que sostenía desde su campamento la teoría de que una nueva Constitución era ajar la majestad de la que regía, principalmente en momentos en que tenía lugar una lucha sangrienta que desgarraba las entrañas de la patria. No quería convenir en que en medio del tumulto de las armas y de los combates, y cuando sus amigos políticos, que eran para él las únicas notabilidades del país, vagaban unos en tierras extranjeras, y otros se encontraban al frente del enemigo, se quisiera constituir una nación que estaba ya constituída desde 1844; subterfugio de que se valía con frecuencia para desprestigiar la Constitución de Moca, que consideraba alejada de la realidad y en contraposición con las costumbres, el genio, la religión y las necesidades de los dominicanos”.

Ahora bien, lo cierto era que la Constitución de Moca recogía el sentir de una gran mayoría de dominicanos que querían ver a su país organizado en forma similar a la democracia norteamericana, y recogía, en este sentido, lo mejor y más selecto del pensamiento político de los constituyentes liberales de San Cristóbal de 1844. Pero como ésta era una Constitución que instituía un nuevo gobierno en el Cibao que ponía en el Poder a un grupo de hombres diferentes a los que hasta entonces habían gobernado con Santana o con Báez en los años anteriores, tan pronto como Santana y sus tropas entraron a Santo Domingo tras haber obligado a Báez a salir al exilio, el partido santanista se movilizó para echar abajo la Constitución liberal cibaeña y el gobierno de Santiago. Así, el día 27 de julio de 1858 los más conspicuos representantes del santanismo



y algunos baecistas reconciliados con Santana a última hora publicaron en Santo Domingo un “Manifiesto Nacional” y, actuando como “órganos de la Voluntad del pueblo”, visitaron al General Santana para que, oyendo la voz de las “provincias del sur”, restableciera el orden anterior ejecutando algunas reformas legales, entre ellas, la puesta en vigor nuevamente de la Constitución de diciembre de 1854. En los días siguientes fueron apareciendo manifiestos similares en cada uno de los pueblos de la República que pedían a Santana que desconociera el Gobierno Constitucional del Cibao y la Constitución de Moca y que “por la soberana voluntad del pueblo se encargara de restaurar el imperio de la Constitución y las Leyes”. Antes de que esos manifiestos fueran publicados, Santana lanzó una proclama aceptando el nuevo mandato que “la ciudad de Santo Domingo por medio de una numerosa y respetable comisión me ha presentado”. Aunque se produjo una inmediata reacción en el Cibao y el país estuvo al borde de una nueva guerra civil, en pocas semanas el imperio de la fuerza se impuso y con poca dificultad pudo Santana derrocar el gobierno revolucionario cibaño, de tal manera que ya el 27 de septiembre de 1858 un nuevo decreto suyo puso en vigor nuevamente la Constitución de 1854.

Con este grave conflicto concluyeron los experimentos constitucionales dominicanos durante la primera república, pues amparado en el poder que esta Constitución le confería, y arrastrado por un sinnúmero de circunstancias, que no son del caso mencionar ahora, en 1861, como es sabido, logró Pedro Santana anexar el país a España trayendo la consiguiente desaparición del orden institucional republicano. Ahora bien, lo interesante es que durante los años de la Anexión a España, no desaparecen los ideales liberales y democráticos de la población dominicana, ni tampoco desaparecen los intereses de los viejos políticos de la generación que hizo posible la redacción de la Constitución de 1854. Y por eso se ve que, al desaparecer la dominación española, cuando los dominicanos salen triunfantes de la Guerra de la Restauración, vuelven los ojos atrás, a su anterior tradición constitucional, y frente a ellos aparecen nuevamente dos modelos constitucionales que expresan las necesidades de dos generaciones diferentes, así como también de dos modos de vida igualmente diferentes, como eran los de las sociedades cibaña y sureña en el siglo XIX, cuando todavía la República Dominicana era un país regionalmente desarticulado. Mucho de lo que ocurre en la historia política dominicana en los



años posteriores a la Restauración no puede entenderse sino es a través de las pugnas constitucionales de aquellos años, pues como es sabido, una vez que los españoles salieron del país, y ya habiendo desaparecido Santana de la vida política, los dominicanos se organizaron en dos partidos nítidamente diferentes que fueron llamados en aquel entonces los rojos y los azules.

Durante todo ese tiempo, el partido azul fue el partido de los intereses tabacaleros cibaños, esto es, el partido que expresaba mejor la naturaleza de una sociedad rural y mercantil basada en una economía agrícola estructurada en torno a la explotación intensiva de pequeños predios cuyo producto era comercializado a través de una complicada cadena de relaciones económicas que involucraba a la totalidad de la población cibaña. El partido rojo, en cambio, fue el partido de los grandes propietarios ganaderos y madereros sureños o norteños cuya fortuna y poder personal derivaban de la posesión de extensos territorios explotados por una masa de peones dependientes de su amos debido a la poca productividad agrícola de las tierras de aquella región.

Durante la Primera República y, luego, en los años posteriores a la Restauración, el Cibao y el Sur se comportaron como dos países diferentes e independientes entre sí y, al mismo tiempo, segregados política y socialmente. La falta de caminos hacía las comunicaciones entre estas dos regiones sumamente difíciles y, por ello, sus habitantes estaban ligados más directamente a los mercados compradores de sus productos que hacia el intercambio interregional. Como las dos regiones producían mercancías diferentes con distintos mercados, así vemos que mientras el Sur y Santo Domingo estaban orientados hacia Inglaterra, Curazao y Saint Thomas, el Cibao y Puerto Plata lo estaban haciendo Hamburgo, Bremen y también Saint Thomas. La caoba llegó a ser la base de la economía sureña, así como el tabaco fue la base de la economía cibaña.

La caoba llegó a constituir el alma y nervio de la vida económica de la capital de la República y los más conspicuos representantes del sur hicieron sus fortunas gracias a la explotación y exportación de esta madera. El mismo Buenaventura Báez vivió durante muchos años, antes de ser Presidente de la República, de los extensos bosques de caoba que había heredado de su padre. En el Sur los cortes eran muchos, pero con pocos dueños. En cambio, en el Cibao el tabaco llegó a ser la vida de toda la economía de esa región. Su explotación se realizaba en empresas familiares que ex-



plotaban pequeños lotes, pero muchas pequeñas cantidades de tabaco sumaban una gran producción cada año. En el Cibao casi todo el mundo trabajaba por sí y para sí, aunque en última instancia dependiera de los financiadores de la producción tabacalera que eran los grandes comerciantes exportadores de los compradores de tabaco de Saint Thomas, Hamburgo y Bremen.

Estas producciones tan diferentes —tabaco y maderas— que se desarrollaron debido a condicionamientos ecológicos y económicos tan diversos, terminaron conformando dos sociedades bastante desiguales con modo de pensar igualmente distintos. De acuerdo con los informes de los viajeros y cónsules extranjeros de aquella época, en el Sur era evidente la inexistencia de una agricultura sistemática a diferencia de las provincias norteñas en las que la agricultura era la principal actividad económica de sus habitantes. El Sur vivía de una economía recolectora que no estimulaba la realización de un trabajo creador entre la población de aquella región pues las maderas no se cortaban más que de temporada en temporada y el resto del tiempo lo pasaban holgando sin hacer nada. La baja productividad de la tierra no los entusiasmaba tampoco a dedicarse a la agricultura.

El Cibao, en cambio, con una agricultura y una industria establecida en el siglo XVIII, mantenía ocupada a toda su población en la producción cíclica del tabaco poniendo en marcha la totalidad de las energías de la región. El tabaco era una industria multiplicadora del trabajo y del ingreso y, por tanto, democratizante en sus efectos sociales. No sólo trabajaban en la producción del tabaco los campesinos que lo sembraban, sino también las mujeres que lo recogían y preparaban, los hombres que lo enseronaban y lo empaquetaban, los dueños de recuas que lo transportaban a los pueblos y luego al puerto de embarque. En los talleres había gente que trabajaba en la fermentación y empaque hasta que era estibado en los buques en que se exportaba.

Todo este proceso ponía en movimiento una enorme masa de agricultores con sus familias, de recueros, peones, fabricantes de sogas, fabricantes de serones, empacadores, andulleros, cigarreros, comerciantes, negociantes, prestamistas y corredores de la comercialización de la cosecha. También daba lugar a un dinámico ciclo económico al poner en circulación una gran masa de numerario que estimulaba la importación y venta de mercancías para satisfacer la demanda de una población numerosa que ganaba dinero regularmente y consumía toda clase de artículos. Por eso el Cibao



era una región activa, emprendedora y laboriosa, según narran los viajeros y cronistas que anduvieron por sus provincias a mediados del siglo pasado.

Y por eso también los cibaños resultaban permeables a las ideas de igualdad y libertad humanas que propagaban los liberales europeos y americanos a mediados del siglo XIX. En una sociedad como la suya en donde la riqueza estaba mucho más repartida que en el Sur, los cibaños debían tender mucho más naturalmente hacia la democracia que los sureños, cuya riqueza y propiedades estaban concentradas en manos de un pequeñísimo número de grandes propiedades, herederos de las tierras, del prestigio y del poder social y político de la antigua élite burocrática colonial que, aunque empobrecida en los siglos anteriores, pudo reponerse económicamente gracias al comercio de las maderas y pudo continuar ejerciendo su influencia durante la Dominación Haitiana entre 1822 y 1844. Influencia ésta que los sureños no permitieron a los trinitarios gozar plenamente cuando Duarte fue proclamado Presidente en el Cibao y que tampoco quisieron aceptar que los cibaños compartieran en 1848, ni que ejercieran luego en 1858 ni en 1865.

Las luchas entre rojos y azules de 1865 a 1879 fueron la pugna entre los muchos caudillos que las guerrillas de la Restauración pusieron en circulación en la vida política dominicana, pero también fue la pugna entre dos sociedades estructuralmente diferentes, que poseían dos economías disímiles, dos estilos de pensamiento y dos concepciones políticas antagónicas.

Durante esos catorce años estos dos partidos se mantuvieron en una intensa pugna por el poder en la República Dominicana. Tan intensa que entre 1865 y 1879 el país tuvo unos veinte gobiernos de diversos tipos, pero siempre dominados o influídos por uno de estos dos grupos políticos. Los rojos, como se sabe, eran los partidarios de Buenaventura Báez; los azules eran los partidarios del liberalismo dominicano expresado tímidamente en la Constitución de 1844, y militantemente en la Constitución de Moca en 1858. Durante todo este tiempo rojos y azules representaron intereses regionales encontrados y la lucha política de esos años llegó a convertir a las constituciones en algo así como manifiestos políticos que, a posteriori, eran puestos en vigor cada vez que uno de estos dos grupos llegaban al poder. Así, por ejemplo, cuando los restauradores expulsan a los españoles en 1865 y se disponen a elaborar una nueva constitución, buscan el modelo de



la Constitución liberal de Moca, lo modifican y lo ponen en vigor. Sin embargo, cuando este grupo de hombres organizado ya en el Partido Nacional Liberal, o partido azul, es derrocado por Buenaventura Báez en diciembre de 1865, éste hizo que el Congreso restituyera nuevamente la vieja Constitución de 1854 de manera que le fuera más cómodo el ejercicio absoluto del mando. No hay que decir que tan pronto Báez fue derrocado en 1866, varios meses más tarde, los azules pusieron en vigor nuevamente la Constitución liberal reformada y, otra vez, cuando Báez regresó a la Presidencia en 1868, hizo instituir de nuevo la Constitución de 1854, la cual le sirvió eficazmente para instalar su famosa tiranía de los seis años en que terminó firmando la anexión del país a los Estados Unidos.

Báez fue derrocado a principios de enero de 1874 y los cambios constitucionales continuaron con las revoluciones y gobiernos de los años siguientes. En un sentido o en otro las constituciones dominicanas fueron reformadas, modificadas, sustituidas o simplemente cambiadas sucesivamente en marzo de 1874, en marzo de 1875, en marzo de 1876, en mayo de 1877, en mayo de 1878 y en febrero de 1879. Hasta que en octubre de 1879 los azules, encabezados por el General Gregorio Luperón, se lanzaron a la revolución e instalaron un Gobierno Provisional en Puerto Plata que dio inicio a una serie de gobiernos liberales, conocidos en la Historia Dominicana como “los gobiernos azules”, durante los cuales el país gozó de una época de progreso económico y estabilidad política hasta entonces desconocidos. Los azules aprovecharon que ya Báez se encontraba viejo, enfermo y desprestigiado y que su partido estaba prácticamente en bancarota, y Luperón convocó el 7 de enero de 1880 a una nueva Convención Nacional que elaborara una nueva Constitución liberal. Y para que se vea hasta qué punto había llegado a hacerse decisivo este conflicto constitucional que la República venía arrastrando desde hacía más de 35 años, obsérvese que en el decreto de convocatoria de esta Convención Nacional, el Presidente Luperón pidió que se redactara una nueva Constitución elaborada a partir de cualquiera de las anteriores que había tenido la República “exceptuando en absoluto la de diciembre de 1854” que había servido de instrumento a las tiranías dominicanas de entonces. Esta Convención Nacional se reunió en los meses siguientes y preparó un proyecto basado en la versión modificada de la de Moca que había sido promulgada a principios del año anterior. La nueva Constitución fue promulgada el día 28 de mayo de 1880 y con ella los azules se dispusieron a gobernar.



Las dificultades políticas continuaron, desde luego, y aún esta Constitución de 1880 terminó siendo desconocida por el Presidente Meriño en 1881. Pero lo cierto es que la Constitución de 1880 pone fin a las luchas por el reconocimiento constitucional de la democracia que se iniciaron con la Constitución de San Cristóbal en 1844. Luchas en que los conservadores llevaron la ventaja cuando impusieron por la fuerza el artículo 210 y luego la Constitución de 1854, pero que los liberales terminaron ganando cuando finalmente prevaleció el espíritu de la libertad que encendió el mismo Juan Pablo Duarte en su famoso proyecto de Constitución, espíritu que los liberales cibaeños expresaron en su proyecto de Moca de 1858 y en las diversas reformas ejecutadas a partir de entonces.

En conclusión, vista en su dimensión real, la experiencia constitucional dominicana iniciada en San Cristóbal en 1844, muestra que los fracasos de los diferentes proyectos que han sido puestos en vigor hasta la fecha, son la expresión de profundas diferencias sociales que comenzaron a manifestarse en el seno de dos sociedades agrarias como eran el Cibao y el sur dominicanos en el siglo XIX, pero que han ido adoptando otros perfiles con los profundos cambios que ha sufrido la sociedad dominicana en los últimos cien años, en que esas primeras diferencias regionales han desaparecido, pero han dado paso a diferencias más profundas y más complejas como son las que existen entre las diversas clases sociales que componen la comunidad dominicana. Las sustituciones y reformas constitucionales del siglo pasado, fueron la expresión de la lucha de un pueblo por obtener el reconocimiento de su derecho a vivir libremente, con sus derechos reconocidos y respetados, en unos momentos en que todavía quedaban grupos políticos nacidos en los últimos años de la era colonial española que no entendían que las repúblicas debían ser organizadas conforme a los intereses de las mayorías.

Hace mucha falta en el país una historia constitucional moderna que muestre a los dominicanos que ellos no han fracasado en su lucha por la libertad y que si muchas veces ha caído bajo el imperio de la fuerza, siempre les ha sido posible levantarse con más bríos para hacer que sus ideas prevalezcan. Hoy, a nadie se le ocurriría proponer que los dominicanos vivamos gobernados con una Constitución como la de 1854 o bajo la férula de una disposición semejante a la del célebre artículo 210 de 1844. Sin embargo, aunque en el siglo XX los dominicanos cayeron otra vez bajo la



tiranía, fueron necesarios más de 35 años de luchas y de revoluciones en el siglo XIX para que las minorías se dieran cuenta de la intención y la decisión del pueblo de vivir organizado en un gobierno civil, republicano, popular, representativo, electivo y responsable.



10. La Economía Dominicana y el Partido Azul

Con la crisis que confrontaron los exportadores de caoba al final de la Primera República debido al alza de los costos de su producto causada por el paulatino alejamiento de los cortes de maderas que, cada vez se iban distanciando más y más de los ríos y puntos de embarque, los capitales que hubieran podido servir para financiar la política de los rojos en los años que siguieron a la Restauración desaparecieron y forzaron a sus líderes, en especial a Buenaventura Báez, a buscar empréstitos en el extranjero que terminaron sumiendo a la República en un mar de complicaciones internacionales. Esta crisis de la caoba favoreció al Cibao y a los azules a largo plazo, pues los cibaños siempre contaron en su favor la existencia de una economía de producción permanente ligada al cultivo intensivo de la tierra y no a la explotación de bosques que con los años se agotaban y tardaban décadas en reponearse. Por esa razón, los nuevos cortes de madera que aparecen después de la Restauración surgen en el Norte, en las costas de Puerto Plata, y en el noroeste, en la cuenca del río Yaque, para embarcarla por Montecristi.

Fue precisamente la permanente capacidad de autofinanciamiento del Cibao lo que mantuvo el partido azul consolidándose progresivamente durante los años de 1865 y 1879, aun a pesar de numerosísimas dificultades. Y fue precisamente la riqueza cibaña, basada en el tabaco, lo que permitió a Gregorio Luperón contar con un crédito continuo de parte de los comerciantes cibaños y de Saint Thomas para financiar las continuas revoluciones que él y su partido levantaron contra Báez en el curso de este período. Luperón terminó siendo financiador de su propio partido y de los gobiernos de su partido al hacerse socio de los grandes comercian-



tes que negociaban invirtiendo dinero en las revoluciones. Pero el hecho que importa es que el triunfo final de los azules fue el triunfo del tabaco sobre las maderas y, por ende, el triunfo del Cibao sobre el Sur.

Los azules alcanzaron el poder en 1879 en los precisos momentos en que comenzaba a desarrollarse en el Sur una nueva industria a consecuencia, indirectamente desde luego, de la guerra de Restauración. La industria azucarera moderna apareció en la República Dominicana luego que se produjo una masiva inmigración de exiliados cubanos que vinieron al país a causa de la primera guerra de la independencia de Cuba, que comenzó en 1868 y terminó en 1878 con el llamado Pacto del Zanjón.

La Restauración estimuló a los patriotas cubanos a lanzarse a la guerra con la finalidad de expulsar a los españoles del suelo de Cuba como lo habían hecho los dominicanos del suelo de Santo Domingo. Desde los mismos comienzos de la guerra, muchos cubanos emigraron hacia la República Dominicana y en pocos años llegaron a nuestro país unos 5,000 exiliados, muchos de los cuales lo pasaron bastante mal porque fueron perseguidos por Buenaventura Báez y luego por Ignacio María González, cuyos gobiernos querían mantener buenas relaciones con el gobierno colonial español. Tan pronto como Báez fue derrocado y los azules pudieron actuar libremente, Luperón y sus amigos políticos les ofrecieron y dieron la mejor acogida y ayuda a todos los patriotas cubanos y puertorriqueños que llegaron al país, especialmente por Puerto Plata, en busca de refugio o de ayuda para independizar a sus países.

De estas relaciones resultaron hechos muy importantes. Uno fue que Puerto Plata y Santiago se beneficiaron muchísimo con la presencia y actividades de numerosos profesionales y hombres de empresa e intelectuales de esas islas que decidieron radicarse en el país creando un clima de cosmopolitismo y de avance cultural hasta entonces desconocido en ciudad alguna de la República. Muchos de esos cubanos, que eran gente muy educada, casaron con dominicanos y dominicanas y fundaron familias en el país. Pero el hecho más importante que produjo esa inmigración fue la decisión que tomaron algunos cubanos de invertir los capitales que habían traído consigo en la compra de tierras para hacer plantaciones de caña y construir molinos industriales para fabricar azúcar en forma moderna, esto es, utilizando maquinarias de vapor y empleando ferrocarriles para transportar la caña. La apertura y construcción



de esas centrales azucareras comenzó en el sur y en el este, que era donde la tierra era más barata y donde había una tradición azucarera todavía viva en las zonas cercanas a la Capital.

Las primeras concesiones para construir esas centrales azucareras se hicieron en el gobierno de González, pero el verdadero estímulo político y económico para que esos inversionistas se decidieran a aportar sus capitales se debió a la política del partido azul de fomentar y proteger la inversión y la inmigración de extranjeros como un medio para favorecer el desarrollo económico y social del país. El “progreso”, creían los azules, sólo era posible si los dominicanos lograban atraer suficientes inmigrantes y capitales para facilitar el desarrollo de la agricultura y la industria en el país. De manera que esas teorías económicas terminaron por ser aceptadas por la mayoría y durante estos años los extranjeros pudieron obtener todas las concesiones que quisieron para instalarse en el país.

El primero que fundó un ingenio azucarero fue el cubano Joaquín Manuel Delgado en 1875 en la zona de San Carlos, adquiriendo para ello 5,000 tareas de tierra e importando las maquinarias, trenes y rieles para transportar la caña y fabricar el azúcar. A partir de ese año las inversiones se multiplicaron y ya en los siete años siguientes se fundaron 30 haciendas de caña e ingenios azucareros con una impresionante inversión de 21 millones de pesos, equivalentes a unos 6 millones de dólares, que era varias veces el monto del presupuesto nacional. Los propietarios de todos estos ingenios fueron extranjeros pues a los cubanos siguieron norteamericanos e italianos que terminaron controlando la industria azucarera.

El impacto de esta inversión se hizo sentir inmediatamente en el Sur al atraer a los dueños de tierras a venderlas por precios que ellos nunca soñaron que alcanzarían, aunque siempre muchísimo más baratas de lo que hubieran costado en Cuba, en Puerto Rico o en Luisiana. Muchos de estos dueños eran campesinos que resultaron atraídos por los altos salarios que pagaban los centrales en relación con lo poquísimo que podían hacer en sus predios. Muchos optaron por vender sus tierras a los ingenios e irse a trabajar como peones y obreros a los centrales, produciéndose así, en poco tiempo, un proceso de desposesión de la tierra de los pobladores de las zonas cercanas a la ciudad en favor de los ingenios.

Además de estos efectos, la industria azucarera, que ya en 1880 se encontraba en pleno desarrollo, produjo la quiebra de numerosos trapiches rurales que funcionaban en los campos del



sur, particularmente, en las cercanías de San Cristóbal, Baní y Azua pues estos pequeños establecimientos ahora no podían competir con las monstruosas cantidades de azúcar que los centrales producían a un costo mucho menor y con una calidad superior a la tradicional raspadura de melado de los campos dominicanos.

Y más importante todavía que estos efectos fue que el desarrollo de la industria azucarera coincidió con un período en que el tabaco dominicano empezó a ser rechazado en sus tradicionales mercados europeos debido a su mala calidad por el deficiente tratamiento y curado que se le daba a la hoja, desacreditándose frente a los compradores que terminaron prefiriendo los tabacos de otros puntos del Caribe. Irónicamente, en 1880, cuando los azules llegan al poder gracias al respaldo del tabaco, este producto empieza a perder mercado en Europa y a dar paso al azúcar como el principal producto de exportación.

Además de azúcar, también empezaron los dominicanos de algunas zonas del país a producir café y cacao en estos años, gracias a los buenos precios que alcanzaron estos productos en Europa y en los Estados Unidos. El mismo Luperón, después de ejercer el poder y de viajar por Europa como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Gobierno, decidió cerrar su casa de comercio en Puerto Plata y hacer una finca de caña y varias de café, cacao y otros frutos con la intención de colocarlos en el mercado de Nueva York. A juicio del más importante pensador azul de aquellos años, Pedro Francisco Bonó, el descuido del tabaco y el favor que se le estaba dispensando al azúcar, al cacao y al café iba a resultar perjudicial para el bienestar social del país, porque, decía Bonó, el cacao y la caña eran negocios de la gran propiedad y de los grandes propietarios con grandes capitales que no favorecían a la masa campesina que era, en última instancia, en quien descansaba el progreso del comercio y la producción de la riqueza tradicional del país.

Lo que Bonó quería decir, también, era que el desarrollo de la industria azucarera estaba despojando de las pocas tierras que tenían a los campesinos del Sur y del Este del país y los convertía en una masa de proletarios agrícolas sin futuro sujetos a los vaivenes de un producto dependiente de las alzas y bajas de los precios en el extranjero que sólo ofrecía trabajo durante la zafra, pues mientras no se cortaba caña “el tiempo muerto” dejaba cesante a casi todo el mundo con la consiguiente miseria y endeudamiento de aquéllos que en un tiempo fueron peones o campesinos con por



lo menos un pedazo de tierra en donde vivían de una agricultura de subsistencia, que aunque no producía para el mercado, por lo menos les ofrecía víveres y frutos para su manutención diaria. Un efecto notable de la industria azucarera a los pocos años de su desarrollo, fue la escasez de frutos y víveres en la ciudad de Santo Domingo a consecuencia de haberse convertido en campos de caña todas las tierras circundantes, desapareciendo los pocos conucos y estancias que anteriormente existían.

Pero la industria azucarera también significaba algo más, y esto era que en el correr de los años, el polo económico del país, que en las últimas dos décadas había girado en torno al tabaco cibaño, ahora empezaría a desplazarse hacia el azúcar sureño al convertirse Santo Domingo en pocos años en un centro financiero tan importante como Puerto Plata, gracias a las transacciones que producía la actividad de la industria azucarera en sus alrededores. Con el tabaco en baja, como se mantuvo durante todo el resto del siglo XIX, ahora los gobiernos tendrían que recurrir al azúcar para aumentar sus entradas o para buscar el apoyo financiero que eventualmente les hiciera falta para mantenerse en el poder.

Eso fue lo que ocurrió en más de un sentido. En 1879, cuando Luperón instaló su Gobierno Provisional en Puerto Plata, nombró Delegado en Santo Domingo, el Sur y el Este a su lugarteniente el General Ulises Heureaux, quien también fungió durante ese año como Ministro de Guerra y Marina. Durante la Presidencia de Meriño, Heureaux siguió residiendo en Santo Domingo y ejerciendo el cargo de Ministro de Guerra y Marina, con pleno control de las fuerzas armadas dominicanas. De 1882 a 1884, Heureaux fue nombrado Presidente de la República y como tal hizo todo lo posible por atraerse a aquellos prominentes líderes rojos que se encontraban sin jefe por haber muerto recientemente Buenaventura Báez. Dos de esos líderes, Generoso de Marchena y Manuel María Gautier se convirtieron así, en poco tiempo, en importantes asistentes políticos de Heureaux, quien les permitió recobrar parte de su perdida influencia a cambio de la lealtad a su persona de la antigua clientela política baecista que buscaba desesperadamente volver al poder.

De manera que mientras Luperón y muchos otros azules se contentaron con influir en el nombramiento de los Presidentes de turno, Heureaux fue más lejos incorporando a su servicio a los políticos rojos e integrando con ellos un grupo de poder con base en los partidarios sureños de Báez que le hizo ver las conveniencias



de separarse de la tutela del gran caudillo Gregorio Luperón, quien hasta entonces había sido reconocido como jefe del partido azul. Heureaux convino con los rojos en hacerse del poder con su apoyo y trabajó para lograrlo. Y gracias al apoyo del Sur y de los rojos arrancó de las manos de Luperón la maquinaria azul y logró instituir un régimen personalista que llegó a diferenciarse poco de los anteriores regímenes de Báez.

El que los azules llegaran al poder en 1879 y se instalaran en él definitivamente no fue por casualidad. Durante unos veinte años los cibaños habían estado luchando contra los grupos oligárquicos y burocráticos del sur para imponer un estilo político basado en las teorías y doctrinas liberales de la época. Durante todo este tiempo la lucha fue ardua pues los cibaños tuvieron primero que afrontar la oposición de las provincias del sur que en 1858 se resistieron a organizarse democráticamente en la forma que establecía la Constitución de Moca. También tuvieron que luchar durante dos años contra Santana y los españoles para reconquistar la soberanía y restaurar la República conforme a la misma Constitución de 1858. Más adelante tuvieron que luchar contra Báez y sus seguidores rojos para impedir que el país fuese vendido a los Estados Unidos y para derrocar la tiranía que se instituyó bajo los postulados de la Constitución de 1854 que había compuesto Pedro Santana para gobernar conforme a los intereses de la sociedad sureña. También tuvieron que luchar los azules contra sus mismos hombres que, imbuidos en un pernicioso militarismo caudillista, en varias ocasiones quisieron asaltar el poder amparados en los generales y guerrilleros que surgieron de la noche a la mañana durante la guerra de la Restauración.



11. Caudillismo y Burocracia

El caudillismo luce como un fenómeno propio de sociedades agrarias, pecuarias o agropecuarias que no han logrado adentrarse en un proceso de industrialización y en las cuales se nota que el desarrollo urbano es escaso o incipiente.

El caudillismo parece florecer más vivamente en aquellas sociedades en donde la renta de la tierra no alcanza para ser distribuida equitativamente y en donde la actividad político-militar aparece como un mecanismo que permite la apropiación forzosa de la renta. Esta apropiación forzosa la lleva a cabo el caudillo de varias maneras posibles: una, por ejemplo, consiste en la dominación o control de los aparatos de coerción del Estado desde los cuales el caudillo trata de operar para hacerse otorgar prebendas y para dispensar favores a sus seguidores provenientes de los recursos del Estado. Otra consiste en el control efectivo de medios de coerción que le permiten a él y a sus seguidores vender seguridad o dispensar castigos en determinadas zonas o regiones de un país donde los habitantes de esas regiones se ven obligados a pagar o a contribuir al mantenimiento del caudillo y de su hueste.

El caudillismo, pues, en este sentido, funciona como una institución que vende seguridad a cambio de dinero, de servicios y de lealtades en sociedades en donde el Estado no ha logrado desarrollar mecanismos policiales y de seguridad pública universales que alcancen para ser ofrecidos a toda la población. Esto muestra que el caudillismo parece un fenómeno propio de sociedades con Estados débiles como fueron las sociedades latinoamericanas en el siglo XIX, en las cuales el Estado quedó definido jurídicamente cuando se proclamó la Independencia, pero en donde los gobiernos centrales no tenían recursos materiales suficientes para operar en toda la



extensión de los países que quedaron convertidos en nuevas Repúblicas.

La incapacidad de los nuevos gobiernos se debió, entre otras cosas, primero, a la quiebra de los mecanismos de captación de ingresos fiscales que habían operado eficientemente en tiempos coloniales, pero que al ser expulsados los españoles dejaron a los nuevos Estados desprovistos de las burocracias fiscales que hubieran podido mantener la hacienda pública provista de recursos. Segundo, y como consecuencia directa de este hecho, los nuevos gobiernos centrales vieron reducido su poder de coerción al no tener dinero con que mantener unas fuerzas armadas profesionales que respondieran a los presidentes constitucionales y rechazaran las apelaciones o los ataques de los grupos de intereses políticos, económicos, étnicos o regionales que cuestionaban la imposición de una dominación central heredada de los tiempos coloniales.

Las disparidades regionales de las antiguas colonias españolas, que se acentuaban debido a la falta de caminos y de medios de comunicación, promovió desde muy temprano la formación de grupos de intereses contrarios al poder central de los nuevos Estados. El caudillismo vino a ser entonces una forma de expresión de intereses regionales opuestos normalmente a los intereses de una élite burocrática, política y militar establecida en las capitales de las nuevas repúblicas. Estos intereses regionales, muchas veces muy contradictorios entre sí, tenían condicionantes ecológicos diversos, pues diferentes regiones sólo permitían la producción de diferentes productos con diferentes mercados, por lo cual poco a poco se fueron desarrollando sistemas sociales que articulaban sus intereses políticos en forma igualmente diferente.

El caudillismo se expresaba más fuertemente cuanto más fuerte fuera la identificación del cacique con los intereses de su región, que normalmente veía a los intereses nacionales como subordinados o, por lo menos, idénticos a los intereses regionales. En todo caudillo prima la intención de anteponer sus intereses particulares al resto de la nación.

Ahora bien, en su forma más primitiva o en su forma inicial, el caudillismo aparece como una actividad de mercadeo de servicios políticos en una sociedad cuya economía es incapaz de producir suficiente empleo y en donde los hombres se enlistan en los movimientos políticos y militares con la finalidad de obtener recursos y bienes que la actividad económica no provee. Por eso yo decía al principio que el caudillismo es un mecanismo de apropiación de la



renta sin que el individuo participe en la actividad económica, sea ésta agrícola, pecuaria, comercial o industrial. Parece como si la rentabilidad del trabajo en la política y en la milicia caudillista tuviera una tasa mayor de rendimiento por horas-hombre de empleo que la rentabilidad de las demás actividades económicas.

Mientras los gobiernos latinoamericanos no lograron desarrollar la economía, el caudillismo mantuvo en crisis permanente al Estado. Pero a partir de 1870, aproximadamente, cuando América Latina empieza a incorporarse al mercado mundial a través del desarrollo de las economías de exportación de nuevos productos agrícolas o minerales, los Estados nacionales empezaron a percibir mayores recursos, ya sea como productores directos de esas ventas o por concepto de grandes empréstitos. A partir de entonces, los gobiernos adquirieron la capacidad de modernizar sus ejércitos y sus aparatos de coerción al tiempo que crearon nuevas vías de comunicación que les permitieron penetrar las principales regiones de sus países respectivos y amenazar la base misma del caudillismo que era el aislamiento regional y la debilidad fiscal del Estado.

La acumulación de capitales que produjo el desarrollo de las economías de exportación, permitió a muchos gobiernos fomentar el desarrollo de industrias de sustitución de importaciones cuya demanda de mano de obra y de materias primas terminaron transformando la base económica de los países latinoamericanos, al tiempo que estimuló un rápido crecimiento de las ciudades debido a la migración interna, por lo cual, los Estados centrales pudieron disponer definitivamente de grandes masas de hombres para ser incorporados a las fuerzas armadas regulares, obedientes al poder central y cuyas lealtades no podían ser afectadas por los reclamos particularistas de los caudillos regionales de extracción rural.

La modernización económica privó al caudillismo de una de sus principales bases de sustentación al emancipar del gran terrateniente rural o del cacique militar de la región la mano de obra que había permanecido desempleada por las limitaciones inherentes a la economía agropecuaria tradicional.

En la medida en que los Estados nacionales lograron reafirmar su poder militar al ser capaces de captar nuevos ingresos procedentes de las nuevas actividades exportadoras o industriales, en esa misma medida lograron imponer en el resto de los países una burocracia civil y militar obediente al poder central que fue marginando al caudillo del control de la vida pública obligándolo a



pactar con la autoridad del gobierno central, o a sucumbir, en los casos en que se rebeló contra ésta.

También, en la medida en que los gobiernos centrales pudieron disponer de crecientes superávits, gracias al desarrollo de las economías de exportación, en esa misma medida parte importante de los recursos del Estado fue utilizada para mejorar los servicios educativos y reforzar los aparatos de penetración ideológica, cuya misión esencial fue la reafirmación y consolidación de los valores supremos de la Patria tal como fueron definidos por los creadores de los Estados nacionales y los redactores de las Constituciones republicanas inmediatamente después de la Independencia.

Así pues, los valores tradicionales, locales o regionales que postulaban los caudillos fueron presentándose como algo obsoleto y retardatario. Lo más notable de todo el proceso es que los gobiernos centrales que más hicieron por extinguir el caudillismo y promover la centralización política y la modernización económica, fueron los gobiernos encabezados por grandes caudillos nacionales convertidos en dictadores más o menos absolutos que lograron imponer los intereses de su región, o de su ejército, o de su grupo económico, al resto de la nación. Parte del éxito de estos grandes caudillos parece haberse debido a que lograron convencer a sus naciones respectivas de que su proyecto personal, económico, institucional o regional correspondía a las aspiraciones de las mayorías y podía ser convertido en un proyecto nacional.

En la medida en que la nación aceptó o fue obligada a contribuir con el nuevo proyecto nacional, en esa misma medida fueron quedando atrás los caudillos regionales.

A pesar del desarrollo industrial y de la urbanización y la modernización sectorial de los países latinoamericanos, todavía se sigue hablando del caudillismo como una realidad que se niega a desaparecer. ¿Por qué? La respuesta hay que buscarla en la evolución económica de estas sociedades que sirvió para liquidar o debilitar el caudillismo tradicional de base rural, pero que ha permitido la aparición de grandes sectores marginados a quienes la nueva economía industrial, comercial y de servicios que opera en las ciudades, no ha logrado proporcionar empleo ni una participación justa en la renta nacional.

La disolución de las formas tradicionales de vida campesina y el crecimiento vegetativo de las masas pobres de las ciudades, originariamente procedentes de los campos, están acentuando el fenómeno de la marginalidad urbana, con lo que en las últimas décadas



se ha venido desarrollando un nuevo escenario social y económico que ha hecho posible la trasmutación del caudillismo hacia nuevas formas de activismo político enmarcado dentro de la actividad de partidos políticos, sindicatos o grupos paramilitares que tratan de captar las simpatías o las voluntades de las masas más pobres para tratar de imponer sus proyectos particulares al resto de la población.

El pluralismo institucional e ideológico dentro del cual se desenvuelve la mayoría de las sociedades latinoamericanas ha exigido de los aspirantes al poder formas de acción orientadas hacia la satisfacción de las necesidades básicas de la población que, en teoría, difieren profundamente de las antiguas formas de acción de los caudillos tradicionales. El nuevo caudillismo, pues, está obligado a justificar ideológicamente su presencia en el nuevo escenario urbano latinoamericano, y de ahí que el terreno más fértil para su florecimiento haya sido el desarrollo de los partidos populistas y reformistas, tanto de izquierda como de derecha, encabezados por figuras carismáticas dotadas de un verbo extraordinario, de una excepcional capacidad de articulación de intereses políticos, económicos y culturales de la más diversa índole.

La base de estos nuevos caudillos no es solamente como en el pasado la compra y venta de servicios y lealtades políticas, sino también su nueva capacidad de operar eficazmente en los diversos niveles del sistema político y de asegurar que, una vez alcanzado el poder —y aun sin alcanzar el poder—, los cuadros principales de su organización y muchos de sus seguidores tendrán acceso a formas de empleo o de ingreso informales que les permitirán mejorar su posición. Para el resto de la población, los caudillos populistas o reformistas en América Latina se presentan como hombres que venden la esperanza de que algún día serán capaces de ofrecer empleo, comida y vivienda a todo el mundo.

En sociedades iletradas, pobres y enfermas, como son las nuestras, la organización moderna de las instituciones, y la institucionalización y racionalización de los sistemas, son procesos semi-subversivos que afectan el sistema político tradicional. El mérito, el rendimiento y la eficiencia burocrática administrativa conspiran contra las formas tradicionales del ejercicio político, en las que la lealtad al partido y la incondicionalidad al caudillo son los valores supremos de la vida política, y hoy el Estado moderno latinoamericano se enfrenta a la gran tarea de superar el lastre autoritario del pasado caudillista.



Ahora bien, la persistencia de prácticas políticas procedentes de la cultura caudillista hace que la tarea de modernización del Estado sea una empresa sumamente difícil debido a la fragilidad de los sistemas políticos latinoamericanos, a la tardía conformación del Estado moderno, y a la marcada segmentación social y económica de las sociedades latinoamericanas. Con la industrialización, hay zonas y focos de desarrollo regional en donde los antiguos caudillos han desaparecido y su puesto ha sido ocupado por los nuevos magnates de las industrias y las finanzas que, agrupados en corporaciones y compañías fuertemente entrelazadas a través de vínculos familiares, mantienen una red de relaciones de dependencia, de patronazgo y clientela en relación con los jefes de partidos que buscan financiamiento en la empresa privada para apoyar sus actividades políticas, que a la hora de estructurar los cuadros de la administración pública que deberán servir a los nuevos gobiernos que surgen de los procesos electorales y de los golpes de Estado, terminan dejando de lado toda consideración acerca de los méritos profesionales de los candidatos y tienen en cuenta principalmente, cuando no solamente, las demostraciones de lealtad que éstos o la burocracia actual haya hecho en favor de los jefes políticos o de sus patronos económicos.

En un nivel más limitado, esto es, en el seno de los partidos latinoamericanos, la conciencia prevaleciente es que los gobiernos cambian, no tanto para promover nuevos programas de desarrollo o nuevas soluciones a los problemas nacionales, sino para incorporar en la nómina del Estado e integrar a la administración pública a toda una clientela de agitadores, activistas o propagandistas del partido ganador que, en vista de las condiciones prevalecientes en el mundo subdesarrollado, han permanecido sin trabajo durante años. El Estado, en un ambiente generalizado de pobreza, como es el caso de América Latina, sigue siendo uno de los principales empleadores ya que ni la industria ni la agricultura ni el comercio ni la minería ni los servicios son capaces de generar suficiente trabajo para mantener ocupada a toda la población. Las diferencias, en relación con el Estado tradicional latinoamericano, son, en cierto modo, diferencias de grado ya que hemos pasado de un Estado (el decimonónico) del cual todo el mundo esperaba la totalidad de los empleos, a un Estado (el moderno) del cual todo aquél que no logre conseguir empleo en los sectores económicos, trata de obtenerlo a través de la venta de servicios políticos.

Una de las grandes paradojas de la sociedad latinoamericana



contemporánea es que en la medida en que la vida urbana se ha ido democratizando y en la medida en que la política de partidos ha ido sustituyendo a la política personalista de los caudillos tradicionales, en esa misma medida las clientelas que demandan ser incorporadas a los cuadros de la administración pública han ido creciendo y, a la vez, se han ido organizando para articular sus demandas de empleo a través de las maquinarias de sus partidos cada vez con mayor fuerza, con lo cual la modernización de la administración pública y la creación de sistemas de servicio civil profesionales se hacen cada vez más difíciles. Una variable que, obviamente, contribuye a acentuar este fenómeno es el crecimiento demográfico ya que la población latinoamericana en general ha estado creciendo más rápidamente que la capacidad de las economías nacionales para generar empleos en los sectores económicos.

Esta es una de las razones por las que las leyes de servicio civil que los Estados latinoamericanos se han venido dando en los últimos años no logran ser aplicadas cabalmente, porque las mismas, en su intención reguladora de la administración pública, implican la puesta en ejecución de una racionalidad completamente contraria a la realidad social y política.





12. Sobre la Oligarquía Dominicana

Estrictamente hablando, en la República Dominicana no existe una oligarquía tradicional como ocurre en muchos de los países latinoamericanos. Lo que algunos han llamado oligarquía, en la República Dominicana desapareció durante la Era de Trujillo debido, entre varios factores, a la ruina económica que produjeron las crisis de 1921 y 1929. Desde entonces, el país ha venido desarrollando nuevas élites económicas y sociales que han reemplazado las viejas familias que concentraron durante alrededor de un siglo el poder económico, social y político en el país.

La vieja oligarquía colonial dominicana desapareció completamente durante los años comprendidos entre el Tratado de Basilea en 1795 y la Dominación Haitiana en 1822, cuando las invasiones extranjeras y las guerras obligaron a más de dos tercios de la población dominicana de origen español a emigrar hacia otros puntos del Caribe. Esta era una clase social cuyo poder económico residía casi exclusivamente en la posesión de grandes cantidades de tierras dedicadas a la crianza de ganado. Las guerras y las invasiones de principios del siglo XIX acabaron con el ganado y debilitaron también la base de sustentación de las pocas familias dominicanas que optaron por permanecer en el país.

Una nueva oligarquía surge durante la dominación haitiana y se mantiene a lo largo de todo el siglo XIX. Se podría hablar de ella como de la oligarquía tradicional republicana, que se sostiene nuevamente de la tierra y del ganado, así como de otros renglones de exportación desarrollados durante el gobierno de Boyer, como las maderas y el tabaco. Hateros, madereros, grandes tabaqueros y grandes comerciantes importadores y exportadores, además de unos cuantos profesionales y militares ligados a esas actividades



económicas, constituyeron la llamada oligarquía tardicional dominicana del período republicano.

Esta clase mantuvo durante casi un siglo el control del país. Debajo de ella sólo existía una gran masa de trabajadores y peones agrícolas o ganaderos. No existía una clase media de tamaño significativo pues los grupos que podían constituir la apenas estaban compuestos por unos cuantos artesanos, empleados de comercio, contadores profesionales y militares. Todo lo que de importancia acontecía en la política, en la cultura o en el mundo de los negocios se originaba en el seno de esas minorías, cuyos miembros eran los únicos que sabían leer y escribir. Su tamaño era muy pequeño porque la población dominicana en ningún momento del siglo XIX sobrepasó en mucho el medio millón de habitantes.

Una cosa que casi nunca se menciona es el carácter abierto de la sociedad dominicana en el siglo XIX debido a la desaparición temprana de la vieja oligarquía colonial y a la incorporación de nuevas familias de color a los más altos estratos sociales antes de y durante la Dominación Haitiana. Esta movilidad social se acelera a partir de 1844 gracias a la guerra y al ejercicio de la política bajo gobiernos independientes. Las actividades militares y la política se convirtieron durante la segunda mitad del siglo XIX en los vehículos más rápidos y efectivos para el ascenso social y económico, sin importar el color o el origen social de las personas.

La dominicana fue durante ese período una sociedad militarizada y politizada en grado extremo en donde ambas actividades, político y militar, tenían un carácter de mercado y en donde la minoría gobernante continuamente abría paso a todo aquel cuya efectividad militar o política le asegurara su continuidad en el poder. Aunque parezca paradójico, puede decirse que la milicia y la política en el siglo XIX tenían un efecto democratizador en la República Dominicana por lo que puede explicarse que fueran actividades tan populares entre las masas de la población, pues todo el que tuviera solamente las aptitudes requeridas podía alcanzar no sólo la gloria y el prestigio, sino también el poder económico y el político. Liliés y Luperón son sólo dos de los muchísimos ejemplos que podemos encontrar en este sentido en la historia dominicana.

Un ingrediente sí diferenciaba a las familias tradicionales de origen español que componían la oligarquía republicana, de las demás que se fueron incorporando a ella a lo largo del siglo XIX, y éste era la educación. Solamente permanecieron en el tope de la



sociedad dominicana aquellas familias que aprovecharon su ascenso para educarse y para aprender los mecanismos de la perpetuación económica, social, política o cultural, pues como hemos dicho, el ascenso era fácil debido al permanente estado de guerras y revoluciones, pero si no se contaba con el necesario grado de educación, la permanencia en el seno de la oligarquía se hacía más que difícil, imposible.

Eso contribuye a explicar porqué, por ejemplo, los grupos profesionales de las numerosas familias cubanas que inmigraron a nuestro país en el último cuarto del siglo XIX no tuvieron ninguna dificultad en integrarse a la élite dominicana y permanecer en su seno hasta nuestros días, llegando a confundirse totalmente con las más viejas familias dominicanas. Dado el enorme desarrollo económico y cultural de Cuba en el siglo pasado, puede decirse que la educación de la clase media cubana superaba en mucho la educación de la oligarquía republicana dominicana. Esta incorporación de familias cubanas fue uno de los primeros cambios sustanciales que recibió la oligarquía tradicional dominicana pues con ellas, así como con otras familias de origen judío procedentes de Curazao y Saint Thomas, el énfasis en la educación se acrecentó.

Nuevos cambios tuvieron lugar con la llegada e incorporación de otros grupos extranjeros a consecuencia del desarrollo de la industria azucarera a finales del siglo XIX y del desarrollo de nuevos cultivos de exportación como el café y el cacao, pues con ellos la actividad económica del país se vio grandemente estimulada y surgieron nuevos grupos de comerciantes exportadores e importadores de origen extranjero, fundados por inmigrantes recientes españoles y sirio-libaneses que ya en 1920 constituían una poderosa élite económica en la República Dominicana. De quiénes conformaban estos nuevos grupos hay numerosas evidencias en el Directorio de Deschamps, de 1906, y en el Libro Azul, de 1920, por ejemplo. Yo he visto una lista preparada en 1926 por un sociólogo norteamericano que vino a hacer su tesis de maestría en el país, en que señala la importancia del elemento extranjero, sobre todo español, en la formación de una nueva élite económica que operaba independientemente de la oligarquía tradicional dominicana debido a la novedad de sus negocios basados no en la propiedad de la tierra o en la ganadería, sino en el ejercicio del comercio de exportación e importación y en el desarrollo de una incipiente industria de sustitución de importaciones.

Ahora bien, tanto este nuevo grupo como la oligarquía tradi-



cional republicana se arruinaron por los efectos de las crisis de precios de 1921 y 1929 y muy pocos sobrevivieron económicamente. La quiebra del viejo orden político también tiene lugar en el gobierno de Horacio Vázquez. Los sectores medios que se habían desarrollado gracias a los cambios económicos producidos por el desarrollo de las nuevas exportaciones, empezaron a presionar en busca de una nueva participación en la conducción del Estado y en el manejo de la política a la cual solamente habían tenido acceso los que se incorporaban a la oligarquía tradicional. No tengo ninguna duda de que Trujillo encarnó las aspiraciones de esos nuevos sectores de clase media que, aunque insignificantes en número, habían reforzado su poder al hacer uso de las ventajas del nuevo desarrollo educativo e institucional puesto en marcha en el país a partir del Gobierno de Ramón Cáceres y acelerado en los años de la Ocupación Militar Norteamericana. El ejército y la burocracia y otros grupos medios empobrecidos por las crisis de 1921 y 1929 fueron los vehículos que sirvieron para dar base política al nuevo régimen que quebraría políticamente la dominación de la oligarquía tradicional republicana.

Trujillo no tuvo un plan maestro para liquidar la vieja oligarquía. Esta se liquidó a sí misma al no poder adaptarse a los cambios que tuvieron lugar durante su régimen. Trujillo fue ante todo un comerciante y un empresario que utilizó la política como un medio de engrandecimiento personal. Para muchas familias tradicionales la política se había convertido en un fin en sí mismo, principal pasatiempo y modo de vida en una sociedad agraria, rural y biclasista en donde el prestigio llegaba a contar tanto o más que el lucro pues largas décadas en el ejercicio del poder habían permitido la creación de estructuras estables de supervivencia económica para aquellos que sabían utilizar la educación o los recursos del Estado.

El desarrollo agrícola, comercial e industrial que tuvo lugar en la Era de Trujillo convirtió al Dictador en el sustituto de la antigua oligarquía tradicional republicana, y asimismo permitió la sustitución de las viejas familias por nuevos grupos económicos compuestos por inmigrantes relativamente recientes, a quienes el comercio, la industria y las finanzas les resultaban más naturales que las profesiones liberales o la política profesional.

La apertura de nuevas tierras para la agricultura, la multiplicación de los comercios, el crecimiento de la burocracia, la creación de nuevas industrias, el crecimiento de la población y de las ciudades, la ampliación de las facilidades educativas y de las profesio-



nes, entre otros muchos factores, contribuyeron a crear una incipiente clase media y diversos sectores obreros durante la Era de Trujillo, cuya participación política era extremadamente limitada, pero los cuales no cesaban de crecer debido a las exigencias del proceso de crecimiento económico que experimentó el país entre 1940 y 1960.

Nadie puede negar hoy que a medida que crecían estos sectores medios, en esa misma medida ampliaba Trujillo las bases sociales de su régimen. Aunque también parezca paradójico, puede decirse que al hacer posible la formación de los sectores medios y al incorporar a los más altos niveles a personas y familias procedentes de los grupos medios, ya fueran de origen dominicano o extranjero, Trujillo terminó creando las bases para lo que sería, después de su caída, uno de los experimentos de democratización económica más notables en toda América Latina. Al desaparecer la antigua influencia de la oligarquía tradicional republicana, y al desaparecer las limitaciones políticas propias de la tiranía, en 1961, se desataron en el país las energías acumuladas durante treinta años en el seno de los nuevos grupos medios y de las capas populares, a quienes se les ofrecía ahora la posibilidad de participar libremente, no en la política o en la milicia solamente como en el siglo XIX, sino en el mundo de los negocios, haciendo posible con ello su incorporación a nuevos esquemas de consumo similares a los de las clases medias de los países más desarrollados cuyo avance económico y social nos ha venido sirviendo de modelo.

El desarrollo de la clase media dominicana ha venido a ser así la realización de los más profundos anhelos populares y el principal ingrediente de democratización social en el país en los últimos veinte años. En el seno de la clase media se condensan las más caras aspiraciones dominicanas, no sólo en lo que toca a los modos de consumo, sino también a los modos de la acción política, de la promoción social, y del avance educativo y cultural. De ahí que el populismo haya sido el principal ingrediente de la vida política en los últimos veinte años y que hoy sea impensable la creación o el mantenimiento de partidos oligárquicos como fue la norma en el pasado.

Partidos, sindicatos, asociaciones profesionales, grupos de intereses, gremios, corporaciones y clubes culturales y deportivos, instituciones éstas creadas en el curso de las dos últimas décadas expresan muy claramente el carácter populista de la cultura política dominicana debido al acelerado crecimiento de la clase media



cuyos empeños liberales están enraizados en su afán de sustituir la vieja oligarquía tradicional republicana o, si otro es el caso, en incorporarse a ella o, por lo menos, a sus mismos esquemas de consumo y estilo de vida. El dinamismo de la vida social y política dominicana no puede entenderse sin considerar a la nueva clase media como el protagonista principal.

La oligarquía tradicional republicana murió hace más de treinta años y nadie puede resucitarla. En su lugar han surgido numerosos nuevos grupos económicos que comparten entre sí el poder y que se lo disputan continuamente. Los que creen que existe hoy una oligarquía dominicana unificada y descendiente directa de la vieja oligarquía tradicional republicana están tan equivocados como los que creen que los comunistas operan aquí en forma unificada o que los grupos medios se conducen todos de la misma manera.

El proceso de desarrollo de la República Dominicana en los últimos veinte años ha sido tan rápido y se ha llevado a cabo en forma tan democrática, que los diversos grupos sociales que lo han hecho posible no han tenido tiempo todavía de estructurarse conforme a los patrones de clase que algunos intelectuales a veces señalan. La nuestra es una sociedad nueva, totalmente nueva en relación con la que existía antes de 1930, y los cambios que actualmente están aconteciendo en su seno anuncian la constitución de una comunidad nacional totalmente diferente a la que nuestros padres y muchos de nosotros conocieron hace apenas treinta años.



TERCERA PARTE: La Modernización y las Ideas





13. Modernización, Industrialización y Cambios en el Siglo XX

Hace exactamente un siglo, en 1880, la República Dominicana era prácticamente todo lo opuesto al país que conocemos hoy. Cualquier crónica de los muchos viajeros extranjeros que anduvieron por el territorio nacional a finales del siglo pasado señala que la parte oriental de la isla de Santo Domingo, ocupada por la República Dominicana, era un territorio prácticamente despoblado (435,000 personas en 1888) con sólo tres centros urbanos que podían recibir el nombre de ciudades, cuya población no pasaba de los 10,000 habitantes, con una economía de escaso desarrollo en donde la producción descansaba en el cultivo de tabaco, en la crianza de ganado libre, en los cortes de algunas maderas preciosas y en la fabricación de un poco de aguardiente de caña. Economía en la cual la propiedad de la tierra estaba regida por un sistema de terrenos comuneros originado en los oscuros años del período colonial que se había perpetuado prácticamente sin cambios hasta finales del siglo XIX, debido a la escasez de la población, a la falta de mercado interno y a la lógica ausencia de demanda para los productos agrícolas y debido, sobre todo, a una depreciación casi absoluta de la tierra que en más de un sentido también estaba determinada por la total ausencia de caminos que conectaran las entonces llamadas ciudades entre sí. Economía basada, por una parte, en una agricultura de subsistencia para alimentar a una población que en su casi totalidad vivía en el campo y que en aquellos casos en que respondía a los estímulos del mercado se orientaba hacia la exportación de los escasos productos que hemos mencionado anteriormente. Economía, también, de escasa circulación monetaria debido, claro está, a su limitada capacidad de exportación y a los bajos requerimientos económicos de una población



reducida que, al decir de los viajeros, se contentaba con una vida sobria y de bajo consumo en donde los elementos indispensables para la vida eran arrancados de conucos familiares o adquiridos en los ventorrillos, pulperías y bodegas de los campos o en las pocas tiendas de abastos que había en los escasos centros urbanos de la ópera.

La producción agrícola se sustentaba en una tecnología primitiva que no conocía el arado ni los abonos ni los injertos ni mucho menos el uso de semillas mejoradas ni, en el caso de la ganadería, el uso de cercas o de pastos mejorados. La tecnología agrícola se reducía al uso de la coa y el machete auxiliados por el todavía universal *garabato*.

En las ciudades, por otra parte, la población se organizaba en torno a los escasos comercios que se nutrían del poco dinero que circulaba con motivo de las cosechas principales y de las exportaciones de los frutos de la tierra. Las ocupaciones apenas iban más allá de la existencia de un artesanado, relativamente numeroso es cierto, pero íntimamente ligado a la economía rural, a los cuales se le superponía una pequeñísima capa de profesionales y burócratas compuesta por algunos abogados y notarios, contadísimos médicos y funcionarios del Gobierno y oficiales del ejército. Sociedad, como se ve, relativamente simple en donde el tiempo transcurría conforme a los ciclos de las cosechas y en donde el ritmo económico puede decirse que estaba marcado por la velocidad con que se movían las recuas de burros y de mulos que transportaban los productos hacia los pocos puertos de salida. Economía, pues, de ritmo lento y pausado como corresponde normalmente a una sociedad rural y tradicional en donde la vida discurre conforme a patrones de comportamiento establecidos por la costumbre, en forma tal que los hábitos hace tiempo han quedado como congelados en numerosos ritualismos colectivos que marcan las normas del uso del tiempo, los hábitos de la administración pública y el estilo de la lucha política. Sociedad compuesta por un campesinado y un peonaje numerosos poseedores de una educación formal prácticamente nula en el seno de las cuales el analfabetismo es la regla y por lo tanto la comprensión de la naturaleza y de las leyes del universo que los rodea es virtualmente nula, por lo que el conocimiento y manipulación del medio se debe llevar a cabo a través del desempeño de ritos tradicionales ancestrales que reflejan creencias y supersticiones y nociones mágicas sobre, por ejemplo, el régimen de las lluvias, los ciclos de las plantas, el liderazgo político y el éxito o el fracaso de los cultivos, entre otras cosas.



Sociedad, por otra parte, en donde el campesinado y el peonaje estaban atados a una cadena de dependencia en relación con una minoría de comerciantes importadores y exportadores cuyos agentes funcionaban a nivel local en las ciudades del interior y respondían a los intereses de casas comerciales ubicadas en los principales puertos y dependientes, a su vez, de casas matrices cuya sede central se encontraba en el extranjero. Sociedad biclasista en donde los artesanos, a pesar de su número, no llegaban a ser suficientes para componer una clase media que sirviera de intermediaria efectiva entre los señores de las ciudades y los campos y el resto de la población compuesta, como hemos dicho, mayoritariamente por peones y campesinos. Sociedad, en fin, con una élite de hábitos tradicionales, de orientación parroquial y pueblerina de la cual sólo muy contados de sus miembros tenían la posibilidad de viajar al extranjero y de entrar en contacto personalmente con el mundo exterior, por lo que su conocimiento de lo que ocurría en el seno de las sociedades “modernas” o industrializadas del norte del Atlántico se realizaba a través de la lectura de libros y periódicos que llegaban a los puertos de la República en los barcos que venían a buscar las maderas, el tabaco y los pocos productos que el país exportaba.

Elite aquélla prácticamente encerrada sobre sí misma y dividida por perniciosos regionalismos condicionados, en última instancia, por la dualidad económica del país y por el aislamiento e incomunicación de las ciudades y los campos debido a la ausencia de caminos. Elite acomodada al cambio lento de la sociedad y la economía y acostumbrada a un modo de vida patriarcal y a usos y costumbres compartidos por el resto de la población que reflejaban una extraordinaria religiosidad que se hacía evidente en la participación masiva en las fiestas religiosas de las vírgenes de La Altagracia y Las Mercedes y la observancia respetuosa de los ritos católicos de Semana Santa. Elite, en resumen, contrapuesta a la mayoría de la población de origen y ocupaciones rurales, como hemos dicho, cuyas costumbres eran el resultado de una mezcla de costumbres campesinas españolas y africanas de los siglos XVI y XVII, en las que prevalecía la existencia de uniones consensuales, familias extendidas, patrones de apareamiento serial, matrifocalidad familiar, autoritarismo paterno, subordinación permanente de la mujer al hombre y división natural del trabajo según los sexos, tanto en las comunidades de peones como en las de campesinos que trabajaban su propia tierra. Mundo rural éste en donde la dieta



se reducía al consumo de carnes de vaca o de puerco acompañados por plátano, yuca y otras raíces con ocasional acompañamiento de arroz y frijoles. Dieta de sustentación básica, es cierto, en la cual el chocolate de agua era ingrediente siempre presente pero en donde la leche y los huevos escaseaban, haciendo de la comida dominicana típica una ingestión monótona de pocos alimentos cuya mayor sofisticación se alcanzaba en la preparación de un sancocho o de un arroz con pollo.

Muchas más cosas pueden decirse en la composición de un retrato de la sociedad dominicana de finales del siglo XIX, pero espero que estos comentarios sean suficientes para dar una idea de que hace exactamente un siglo, en 1880, la República Dominicana no tenía ciudades, no tenía caminos, no tenía industrias, no tenía luz eléctrica, no tenía escuelas suficientes, y sus instituciones más desarrolladas apenas alcanzan a una iglesia desprovista de sacerdotes; a una caricatura de ejército plagado de generales y caudillos regionales que se disputaban continuamente el mando y trataban de reorganizarlo a su antojo cada vez que llegaban al poder; a una burocracia extraordinariamente ineficiente, desconocedora de la estadística y cuyas prácticas administrativas habían sido heredadas de usos coloniales españoles y, finalmente, a la universal gallera que era, junto con la pulpería, el corazón y la pasión de la vida dominicana, en donde todos los símbolos de lo valioso quedaban resumidos en las lealtades de los hombres a sus animales de combate. Lealtades que sólo podían ser superadas por las que se juraban los compadres al establecer vínculos permanentes de amistad y familiaridad que los protegía de los peligros de la ferocidad política y de las incertidumbres de la estrechez económica. El compadrazgo estaba incorporado a toda una dinámica de lealtades personales y de adscripciones políticas y familiares, locales y regionales que venían a culminar en la estructuración de un sistema de patronazgo y clientela absolutamente universal cuya expresión social era el caudillismo.

Pues bien, esta sociedad que acabamos de describir en pocas palabras, se vio de repente conmovida en los últimos veinte años del siglo XIX, cuando, luego de una consistente política de incentivos a la inmigración y a la inversión extranjera por parte de los gobiernos liberales posteriores a la Restauración, capitalistas cubanos y norteamericanos aprovecharon la existencia de tierras incultas, despobladas y baratas en la República Dominicana y procedieron a invertir cantidades masivas de dinero en la apertura de



plantaciones de caña y en la construcción de centrales azucareros movidos por máquinas de vapor que podían procesar en un día 200 veces mas caña de la que era capaz de mover el más grande de los trapiches tradicionales dominicanos.

Hay varios estudios sobre el impacto de la introducción de la industria azucarera en la República Dominicana a finales del siglo XIX que muestran cómo en regiones del país en donde la vida había transcurrido dentro de los cauces de un estilo pastoril, de buenas a primeras la tecnología y el capital desplazaban a los escasos peones y campesinos y hateros que las habitaban y las convertían en extensas plantaciones de caña cuya urgencia por mano de obra les permitía pagar salarios hasta entonces desconocidos en el país, atrayendo, en consecuencia, una numerosa inmigración, tanto interna como externa, para atender a los requerimientos de una nueva agricultura moderna con plantas industriales igualmente modernas, cuya producción se auxiliaba con el trabajo de un ferrocarril igualmente moderno, salidos todos de las mismas entrañas de las sociedades del norte del Atlántico en donde casi tres siglos de acumulación de capitales habían hecho posible un salto tecnológico cuya magnitud había producido la muy conocida revolución industrial en Europa y en los Estados Unidos.

La industrialización en la República Dominicana comienza, pues, en forma similar a como se produjo y se produciría en muchos de los antiguos territorios coloniales, esto es, con la introducción masiva de capital acumulado en las potencias industriales de la época, cuyas economías en expansión obligaban a sus empresarios a buscar nuevas fuentes de materias primas en los lugares en donde la tierra y el trabajo eran baratos y, al mismo tiempo, pero secundariamente, nuevos mercados a sus productos. En algunos países el proceso comenzó con la explotación de las minas, como fue el caso de México, y en otros con la explotación de la caña de azúcar como fue el caso de Brasil y Cuba y, particularmente, el de Santo Domingo. El desarrollo de la industria azucarera en la República Dominicana obligó a las poblaciones campesinas en donde se instalaron los centrales azucareros a replegarse hacia los montes a medida que las tierras iban siendo captadas por los ingenios y, al mismo tiempo, obligó a estas mismas personas a buscar su sustento como trabajadores agrícolas o industriales asalariados en unas empresas cuyo ciclo de producción y cuya competitividad en el mercado mundial generaba un nuevo ritmo de vida en todas las áreas bajo su influencia. Con la aparición de los centrales azucareros los



dominicanos asistimos a las primeras transformaciones radicales en el campo dominicano, y los sociólogos sabrán explicar las profundas implicaciones que tenía para docenas de comunidades campesinas y de familias de peones verse de la noche a la mañana convertidos en proletarios agrícolas o en vagabundos rurales obligados a vivir errantes por haber perdido sus tierras, en buena o en mala forma, en manos de los centrales.

Esas transformaciones tenían lugar al mismo tiempo que el país desarrollaba nuevos cultivos de exportación que a la vuelta del siglo vinieron a convertirse, junto con el azúcar, en la base y sustentación de la economía dominicana, pues en adición al tabaco surgieron el café y el cacao al abrirse numerosas plantaciones en las tierras húmedas de la región central y del sur del país. Al igual que como ocurrió en otros países de América Latina, el rápido desarrollo de una economía orientada hacia la exportación de materias primas contribuyó a la expansión de la demanda y con ello a la ampliación del reducido mercado interno favoreciendo un rápido incremento en las importaciones de bienes manufacturados que el país no estaba en condiciones de producir. Y por ello, en más de un caso, algunos hombres de visión empresarial que habían acumulado algún capital en el comercio de importación y exportación, aprovecharon ese incipiente crecimiento del mercado interno y se dispusieron a fabricar algunos productos que hasta entonces tenían que importarse.

El país contaba con una base artesanal y lo que se necesitaba eran nuevos capitales para la creación de las primeras industrias como puede verse en el establecimiento, en los últimos años del siglo XIX y en los primeros del siglo XX, de una fábrica de fideos, una fábrica de fósforos, una fábrica de medias, una fábrica de sombreros y dos fábricas de jabón en la ciudad de Santo Domingo, además de varias fábricas de hielo que se establecieron en San Pedro de Macorís, en Azua y en Puerto Plata durante esos mismos años. Estas fábricas vinieron a agregarse al gran número de panaderías, sastrerías, talabarterías, sombrererías, tabaquerías, baulerías, zapaterías, cigarrerías, latonerías, herrerías, alfarerías, tenerías, que constituían la base de la producción local en prácticamente cada uno de los principales pueblos del país.

A partir de 1910, la República Dominicana empezó a sufrir los primeros grandes déficits en la oferta local de manufacturas y ya los talleres tradicionales no daban abasto, se multiplicaron los aserraderos, las fábricas de gaseosas, nuevas ebanisterías, se crearon



periódicos y se amplió el número de fábricas de ladrillos que vinieron a unirse a las numerosas destilerías, carpinterías, chocolaterías y licorerías que habían surgido en años anteriores. La producción local estaba bastante diversificada aunque su escala se mantenía más cerca del taller medieval que de la fábrica moderna. Los insumos que utilizaban esos talleres eran en su mayor parte materias primas locales: aguardiente, cebo, cacao, cuero, tabaco, coco, madera, sal. En aquellos casos en que se requería importación de materia prima, la proporción del costo de estos insumos estaba ampliamente compensada con la baratura y abundancia de la mano de obra local disponible.

En lo que a la industria azucarera toca, la expansión territorial del ingenio a finales del siglo XIX, no sólo cambió el ritmo de la economía de su zona de influencia con la nueva disciplina industrial y la introducción del ferrocarril, sino que produjo inmediatamente exigencias económicas y jurídicas sobre el sistema de tenencia de la tierra que mantuvieron una presión constante sobre los gobiernos de la República hasta que, finalmente, en 1911, el Estado se vio precisado a expedir una ley para la partición de los terrenos comuneros que sería el inicio del fin del tradicional sistema dominicano de tenencia de la tierra que se había mantenido vigente y casi intocado durante unos 400 años. El ingenio, esa gran empresa capitalista agroindustrial, vino a convertirse así en el primer y más decisivo factor de cambio en la vida rural dominicana, en el sur del país, a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX.

Otro importante factor de cambio es la introducción del ferrocarril en el Cibao oriental y central en la última década del siglo XIX, construido para abrir nuevas tierras al cultivo del cacao y del café y para poder sacar estos productos por el puerto de Sánchez, así como para favorecer la exportación de tabaco y otros frutos de la tierra por el puerto de Puerto Plata. La extraordinaria opulencia que experimentaron los países europeos y los Estados Unidos a finales del siglo XIX, gracias a la increíble acumulación de riquezas producida por la revolución industrial y por el régimen de dominación colonial de estas potencias, generó una demanda hasta entonces nunca vista por productos cuyo consumo se había mantenido continuamente en expansión, pero a los cuales las grandes masas de la población todavía no tenían pleno acceso. El crecimiento de la demanda mundial por el azúcar, el café, el tabaco y el cacao tuvo su impacto en diversas regiones del mundo capaces de produ-



cir estos productos. Por razones ecológicas, en la República Dominicana, los gobernantes de entonces quisieron aprovechar esa coyuntura aun fuera a costa del endeudamiento del país con tal de que un ferrocarril hiciera posible la explotación de tierras que durante más de 400 años habían permanecido prácticamente deshabitadas y totalmente incultivadas.

La introducción del ferrocarril en una economía cuyo ritmo marchaba al paso de las recuas de burros y de mulos obligó a los dominicanos a reajustes profundos en su estilo de vida a finales del siglo XIX, sobre todo si se observa que, conjuntamente con el ferrocarril, la República Dominicana acogió el uso del telégrafo a través del cable francés y abrió sus puertas a varias firmas navieras cuyos barcos movidos a vapor acortaban la distancia entre la República Dominicana y los Estados Unidos y Europa en forma considerable. Los cambios en las estructuras de las comunicaciones a finales del siglo XIX, no fueron, desde luego, universales ni afectaron a todo el mundo al mismo tiempo ni de la misma manera, pero de inmediato el mundo de los negocios se transformó haciéndose más ágil e incorporando en años inmediatamente posteriores, a principios del siglo XX, nuevos inventos que entonces empezaron a afluir cada vez con mayor rapidez a medida que la élite dominicana entraba en contacto directo e inmediato con sociedades más modernas y a medida que el ingreso aumentaba gracias a los beneficios que dejaban los nuevos productos de exportación. En breve llegaron la máquina de escribir y el linotipo y las comunicaciones escritas también se agilizaron, surgiendo nuevos periódicos diarios, como el *Listín Diario*, en Santo Domingo, y *El Diario*, en Santiago.

Ahora bien, el ritmo de estos cambios no era el mismo en las diferentes zonas del país. Todavía en 1910 la República Dominicana no tenía más carreteras que dos caminos abiertos en el Gobierno de Ramón Cáceres, uno de los cuales llegaba hasta Los Alcarrizos y el otro hasta el río Haina. La difusión de los rasgos de la vida moderna recientemente introducidos, solamente era evidente, como hemos dicho, en las zonas de influencia de los centrales azucareros, particularmente en la ciudad de Santo Domingo y en el nuevo centro urbano de San Pedro de Macorís que el azúcar estaba haciendo posible.

En el Norte y en el Cibao el ferrocarril había creado focos de modernidad en el puerto de Sánchez, en Puerto Plata y en las ciudades de Santiago y La Vega, cuyas élites tradicionalmente ha-



bían estado orientadas al exterior pues es fama que era más fácil para un habitante de Santiago o Puerto Plata viajar en barco hasta New York que hasta Santo Domingo, debido a la ausencia de camino o a las dificultades de la navegación de cabotaje. El resto del país se beneficiaba muy ligeramente de los cambios económicos a través de los gastos del Gobierno, pero el aislamiento de sus poblaciones dejaba a las comunidades campesinas y a los poblados del interior prácticamente intocados. La vida política continuó por los mismos cauces, la educación no varió sustancialmente y el ejercicio del poder militar se mantuvo operando dentro de las líneas del caudillismo tradicional.

Ahora bien, el hecho de que el principal mercado del azúcar dominicano fuera el del puerto de New York, el hecho de que a finales del siglo XIX los Estados Unidos se empeñaban cada vez más en mantener una presencia naval en el Caribe compatible con sus planes de expansión económica en esta zona y en el resto de América Latina, pues la construcción del Canal de Panamá era para ellos una cuestión de vital importancia estratégica y económica, estos hechos, repito, pusieron a la República Dominicana en contacto cada vez más directo con los Estados Unidos, de manera que poco a poco lo moderno comenzó a ser percibido como lo norteamericano, pues la Primera Guerra Mundial fue ocasión suficiente para el rompimiento de los lazos que tradicionalmente el país había mantenido con diversos países de Europa entre ellos Alemania, y, lo que es más importante, las dificultades políticas y financieras del país arrojaron finalmente a la República Dominicana en manos del gobierno militar de la Marina de los Estados Unidos, a partir de 1916. En otras partes he estudiado los cambios que se produjeron en el país durante el gobierno militar norteamericano entre 1916 y 1924. Sobre estos cambios podrían escribirse muchos libros porque cada uno de ellos afectó profundamente un aspecto clave de la vida dominicana. El más conocido de todos fue el que tuvo lugar a raíz de los empeños del gobierno militar de comunicar a la Capital de Santo Domingo con las principales regiones del país a través de la construcción de una red de carreteras que comenzó en 1917 y que concluyó en 1922. El impacto de las carreteras en la vida dominicana fue mucho mayor que el impacto del ferrocarril porque por primera vez quedó el gobierno nacional en capacidad de centralizar efectivamente la vida administrativa, económica y militar de la República, ya que las carreteras permitieron la introducción de automóviles y camiones que hicieron cada vez más ágil



y más versátil el sistema de transporte dominicano y terminaron por liquidar el sistema tradicional de recuas que ya se encontraba bastante debilitado en la zona del Cibao por la introducción del ferrocarril. Con las carreteras, el país pudo contar por primera vez con una infraestructura vial básica para integrar el mercado interno y hacer posible la intermediación de los productos industriales. Las recuas, desde luego, no desaparecieron inmediatamente porque las carreteras construidas por el gobierno militar norteamericano apenas fueron las tres arterias principales de todo un sistema vial que tomaría 50 años en completarse, pero sí puede decirse que a partir de entonces la ocupación de chofer o de propietario de camión se convirtió en un símbolo de modernidad que contrastaba con la de recuero. En poco tiempo, también, las carreteras contribuyeron al decaimiento del negocio de los ferrocarriles, porque los camiones manejaban más eficientemente la carga y hay noticias de 1926 que informan que era mucho más barato transportar mercancías por camión que por ferrocarril en unos momentos en que la gasolina apenas costaba unos cuantos centavos el galón. De manera que, aunque mucha carga agrícola siguió transportándose por la línea Sánchez-La Vega y Santiago-Puerto Plata para su exportación, el examen de las cifras muestra que a medida que fue creciendo el volumen de carga transportado por carretera fue disminuyendo el volumen transportado por ferrocarril. Ya para 1950, los trenes que operaban en el Cibao se habían hecho obsoletos porque su rentabilidad, cada vez más baja, había imposibilitado la realización de nuevas inversiones para su mejoramiento o modernización, en tanto que cada año había estado creciendo el número de kilómetros de carretera que se construía y nuevas zonas del país eran conectadas con los principales centros urbanos y con las tres grandes arterias viales que eran las carreteras Duarte, Sánchez y Mella. Un rasgo interesante de las carreteras es que mientras el ferrocarril se mantuvo como vehículo para el acarreo de carga agrícola, esto es arroz, café y cacao, la carretera de inmediato se convirtió en la vía de transporte de las manufacturas importadas de países más desarrollados que la República Dominicana, esto es, de sociedades más modernas e industrializadas. La carretera vino a ser así la vía de penetración de nuevos productos industriales y de rasgos culturales procedentes del extranjero. Sin las carreteras no puede explicarse la industrialización y la modernización de la República Dominicana en el siglo XX. Puede perfectamente establecerse una relación entre el aumento del kilometraje vial con el aumento en la produc-



ción de la riqueza en la República Dominicana y, desde luego, con el aceleramiento del ritmo de los cambios que ha experimentado el país en los últimos 50 años.

Otros cambios en la vida dominicana durante este período están directamente relacionados con la administración pública, en especial con las áreas de la educación y la salud, en donde el gobierno norteamericano invirtió esfuerzos y dinero para transformar las condiciones prevalecientes hasta entonces. “Durante los años 1917 a 1920”, dando inicio así a una dinámica de desarrollo educativo que si bien marchó lentamente las dos décadas siguientes a la terminación de la Ocupación, generó un interés creciente en las zonas rurales por la educación primaria. Debe tenerse en cuenta que hasta entonces más del 90 por ciento de la población dominicana era completamente analfabeta.

Las campañas sanitarias para combatir el paludismo, la sífilis, las enfermedades venéreas y los parásitos intestinales que afectaban a la mayoría de la población dominicana también dieron inicio a nuevas políticas de higiene y salubridad que, reforzadas en las décadas del 40 y el 50 con fondos internacionales, contribuyeron a producir un impresionante descenso en la mortalidad que terminó dando por resultado un aumento de la expectativa de vida y, mucho más importante aún, un aumento notable en la tasa de crecimiento de la población.

Pero no podemos concluir nuestros comentarios sobre este período sin mencionar el impacto que tuvo la tarifa aduanera puesta en vigor en 1919 con el propósito de favorecer la entrada al país de artículos manufacturados norteamericanos libres de impuestos. En virtud de esta tarifa fueron declarados libres de derecho de importación más de 245 artículos y les fueron exageradamente reducidos los derechos de importación a más de 700, lo que dio por resultado una perniciosa competencia de artículos y manufacturas extranjeras contra las manufacturas locales arruinando en muchos casos a pequeñas artesanías e industrias que se vieron imposibilitadas de competir con la avalancha de artículos norteamericanos que tuvo lugar luego de la promulgación de esta tarifa aduanera. Si se lee el informe que presentó el Lic. Francisco J. Peynado a los miembros de la Comisión Especial del Senado de los Estados Unidos para estudiar los asuntos de Haití y Santo Domingo a principios de enero de 1922, uno puede inmediatamente darse cuenta de lo que significó la imposición de esa tarifa al abrir las puertas del país a la importación indiscriminada no sólo de artícu-



los manufacturados que competían con los que se producían localmente, sino también hasta del café, del tabaco, del azúcar, del maíz, de los frijoles, de la cebolla, de las papas, de la carne de vaca y de aves de corral. La lista de las principales industrias existentes en ese año que menciona Francisco Peynado, quien, dicho sea de paso, fue posiblemente el dominicano que mejor conoció la situación de su país en esa época, registra fábricas de camisas, de ropa para hombres, de ladrillos, de cal, de cigarros y cigarrillos, de alcohol, de losetas y mosaicos. En más de una ocasión Peynado dice que a resultas de la tarifa “varias fábricas han tenido que suspender su trabajo” lanzando a la calle a fabricantes y obreros dominicanos en el ramo de los calzados y en el ramo de la fabricación de ropas. “Todos languidecen”, decía Peynado, “por causa de que de la reducción de derechos con que la nueva medida de tarifa arancelaria favorece las prendas de vestir extranjeras los va reduciendo a la impotencia para la lucha”.

El incipiente desarrollo industrial dominicano, que pudo haberse fortalecido gracias a los capitales que se formaron con la subida de los precios durante la Ocupación, se retrasó por lo menos unos veinte años al hacerse prácticamente imposible competir con los productos norteamericanos que llegaban al país libres de impuestos. La ocupación norteamericana también dejó un gusto muy marcado por el consumo de artículos y manufacturas norteamericanas y aunque, en los años que siguieron, los dominicanos volvieron a consumir algunas mercancías europeas, desde entonces más de la mitad de las importaciones dominicanas habrían de venir siempre de los Estados Unidos. Una marcada americanización del lenguaje también tuvo lugar durante aquellos años con la diseminación de marcas de fábricas en inglés de casi todos los productos que se consumían en el país.

Puede afirmarse que la Ocupación Militar Norteamericana dio inicio a un proceso de americanización del gusto dominicano tal como puede observarse con una simple hojeada a los periódicos de la época en los cuales los anuncios y la publicidad en favor del consumo de manufacturas norteamericanas fue aumentando a medida que fueron pasando los años, de tal manera que, 40 años más tarde, cuando se reactivó el reciente proceso de industrialización que ha tenido lugar después de la muerte de Trujillo, uno de los principales obstáculos para el creciente desarrollo de la industria local resultó ser la existencia de patrones de consumo muy definidos entre la población dominicana que tiende a preferir los artícu-



los de fabricación extranjera, preferentemente norteamericanos, en lugar de los artículos fabricados en el país. No se crea, sin embargo, que estos cambios que hemos venido reseñando transformaron de inmediato la economía y la sociedad dominicanas ni, mucho menos, la cultura. A pesar de las obras públicas realizadas en el gobierno militar y en la administración de Horacio Vásquez, y de las nuevas inversiones que se llevaron a cabo en el comercio y en la industria en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, todavía en 1940 la vida dominicana seguía transcurriendo dentro de cauces provincianos mientras la estrechez económica limitaba el desenvolvimiento de la mayoría de las familias. La población del país había crecido algo pero todavía Santiago y Santo Domingo, las dos principales ciudades, no pasaban de los 40,000 habitantes. El resto de los pueblos eran comunidades de menos de 10,000 habitantes ligados a muy pocas actividades mercantiles y a la explotación de predios rurales servidos por un escaso número de artesanos que procesaban materias primas del país y algunos productos importados. Las sociedades locales seguían estructuradas a la manera tradicional con sus élites organizadas en clubes de primera, en los pueblos más grandes —como el Club Unión, en Santo Domingo, el Casino Central, en La Vega, el Centro de Recreo, en Santiago, el Club del Comercio, en Puerto Plata, el Club Esperanza, en San Francisco de Macorís, y otros. Los sectores medios seguían constituidos por los artesanos y trabajadores calificados organizados en diferentes instituciones gremiales y de ayuda mutua, pues todavía el escaso desarrollo industrial no había generado una masa de trabajadores suficientemente numerosa, según las diversas ramas de actividad, como para hacer posible el desarrollo de sindicatos y organizaciones obreras.

La crisis económica de 1929 jugó, al igual que en otros países de América Latina, un papel importante en el incipiente proceso de industrialización en la República Dominicana porque con el colapso casi total de las exportaciones el país se vio súbitamente privado de recursos para pagar las importaciones de manufacturas a que se habían acostumbrado a consumir los dominicanos en los últimos 20 años. De buenas a primeras se produjo una calamitosa escasez de todo tipo de bienes de consumo que tuvo que ser enfrentada por los dueños de talleres y artesanos locales que eran los únicos que sabían producir los sucedáneos, pero cuya capacidad de producción en gran escala era sumamente limitada. Fue la depresión económica producida por la crisis mundial de 1929, lo que



produjo el reto que hizo posible el segundo despertar industrial dominicano en el siglo XX. Una de las industrias más favorecidas por la crisis fue la del calzado pues entre 1930 y 1933 el Gobierno dictó una serie de medidas proteccionistas para revertir los efectos de la ley de tarifas de 1919 y para proteger la fabricación de productos nacionales, gravando incluso, la importación de alpargatas españolas que hacía algunos años se habían convertido en el calzado más popular entre las capas pobres de la población.

En este período se reorganizaron las industrias de tabaco, de alcoholes, de cerveza, de pastas alimenticias, y se creó en 1937 la primera fábrica de aceites vegetales que vino a solucionar así el enorme problema de tener que importar este importante producto del extranjero. También aparecieron pequeñas fábricas para moler trigo, para fabricar queso y para la fabricación de chocolate. Aunque en 1939 el país contaba ya con una planta artesanal e industrial relativamente diversificada, ésta apenas daba abasto a la demanda porque su estructura consistía en pequeños establecimientos que habían surgido para satisfacer las necesidades locales. Así, San Pedro de Macorís, por ejemplo, en donde los ingenios habían hecho posible un proceso de crecimiento económico y de rápida expansión del mercado provincial en las décadas anteriores, tenía, antes de la Segunda Guerra Mundial, fábricas de camisas, de muebles, de jabones, de polvos, de brillantinas, de rones, de harina de maíz, tenerías, fábricas de hielo y pastas alimenticias. Santiago, por su parte, mantenía su vieja tradición manufacturera habiendo incorporado a sus industrias una factoría para la elaboración de almidón de yuca en gran escala convertida en la segunda industria de la región luego de las grandes fábricas de cigarros y cigarrillos La Habanera y La Tropical. En Santiago la industria del calzado estaba bastante desarrollada por ser esta ciudad el centro principal de abastecimiento del mercado regional del Cibao, conjuntamente con La Vega. En Santiago se fabricaban, además, ropas de hombre, sombreros de paja, licores y bebidas alcohólicas, y, conjuntamente con La Vega, sus empresarios habían iniciado la explotación de los grandes aserraderos de la región. Puerto Plata se consideraba todavía, en 1939, la ciudad más industrial de la República y había numerosos talleres para la fabricación de quesos, mantequilla, embutidos, pastas alimenticias, galletas de soda, vinos y licores, ron, camisas, jabones, bayrhum, zapatos y botas, muebles, además de su clásica fábrica de fósforos que se consideraba única en la República Dominicana por su modernidad. Este patrón de distribución



de las industrias dominicanas en los principales pueblos del país antes de la Segunda Guerra Mundial, sufrió una notable alteración al surgir como empresario Rafael Trujillo, quien, en control absoluto del Estado y con una extraordinaria capacidad de ahorro, se inició como gran inversionista industrial en los años 30, convirtiendo poco a poco a Santo Domingo en el principal polo industrial de la República al establecer en esta ciudad los grandes complejos industriales básicos de aceites vegetales, de carnes, de leche, de textiles, de calzados y de cemento.

Trujillo aprovechó la crisis económica posterior a 1929 para establecer un régimen de austeridad que mantuvo congelados los salarios durante muchos años y estableció un bien articulado régimen de monopolios de la producción y comercialización de la sal, del arroz, de la leche, de la carne y del café, para convertirse en el principal ahorrante e inversionista de la República y terminó siendo el primer gran capitán de industrias de la República Dominicana asociándose con grupos de empresarios nacionales y extranjeros a quienes incorporó a sus negocios o a quienes obligó a dejarlo a él incorporarse a aquellas industrias que estaban establecidas desde hacía años y que demostraban que dejaban beneficios. Varios de los primeros socios de Trujillo fueron comerciantes e industriales españoles o dominicanos que habían participado en la primera fase de sustitución de importaciones a principios de siglo en las ciudades de Santo Domingo, San Pedro de Macorís, Santiago y Puerto Plata. El crecimiento del imperio económico de Trujillo se expandió gracias a la nueva escasez de importaciones que produjo la Segunda Guerra Mundial y que él, con sus capitales y los de sus asociados, se dispuso a satisfacer rápidamente creando nuevas industrias que se vieron favorecidas en los años inmediatamente posteriores con el auge económico que produjo el crecimiento de las exportaciones debido a la demanda mundial de productos tropicales que provocó la guerra de Corea.

Al igual que a principios de siglo, nuevamente, a principios de los años 50, el crecimiento de las exportaciones generó ingresos suficientes para ampliar el mercado interno a través de la expansión de la demanda, produciendo con ello un incentivo natural a la industrialización. A partir de la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento del complejo industrial trujillista se mantuvo en ascenso sostenido con la apertura de nuevas fábricas de bebidas, licores, papel, leche procesada, clavos, botellas y vidrio, café, dulces, mármol, medicinas, pinturas, sacos, cordeles y tejidos, textiles, ropa y azúcar.



Para tener una idea de cuál era el desarrollo económico e industrial de la República en tiempos de la Segunda Guerra Mundial, eso es, hace menos de 40 años, basta mencionar los siguientes datos: aparte de los 14 ingenios que operaban casi en su mayoría en el sureste del país, la mayoría de los llamados establecimientos industriales no pasaban de ser pequeñas fábricas familiares o domésticas que empleaban muy pocos trabajadores y producían para satisfacer estrictamente las necesidades del mercado local. De acuerdo con las estadísticas oficiales, todas las industrias del país sólo empleaban 36,631 obreros, de los cuales 26,407 trabajaban en los ingenios azucareros. El resto de los establecimientos industriales eran unos 1,719 cuyos tamaño y escala pueden medirse si observamos que el capital invertido en el 96 por ciento de todos ellos no alcanzaba la suma promedio de 15,000 pesos. De hecho, el 80 por ciento de los llamados establecimientos industriales de esa época no tenía un capital invertido mayor de 5,000 pesos, e igualmente el 96 por ciento de todos ellos empleaba un promedio de trabajadores que en ningún caso pasaba de los 16 obreros. El 60 por ciento de las industrias dominicanas de entonces empleaba menos de 5 obreros cada una, y apenas un 25 por ciento tenía entre 6 y 10 obreros por empresa.

Estas industrias eran, como hemos dicho, pequeñas empresas familiares ocupadas en la fabricación de ropa, jabón, queso, mantequilla, harina de maíz, chocolate, carteras, colchones y almohadas, helados, zapatos, sombreros, almidón, manteca, carbón, pan, cigarrillos y andullos, sal y bebidas. Las más grandes eran algunos cuantos molinos de arroz, factorías de café y fábricas de fósforos y de cigarrillos y las recientes industrias de grasas vegetales, y de cemento construidas durante y antes de la Segunda Guerra Mundial.

Como se ve, era bien difícil, por no decir imposible, que surgieran los sindicatos y las organizaciones obreras en esos años y el único caso en que se produjo un intento de sindicalización fue en la industria azucarera, única actividad industrial suficientemente moderna que era capaz de emplear amplios grupos de trabajadores sometidos a una disciplina laboral y a un régimen de salarios que los apartaba de las ocupaciones artesanales tradicionales. En general, las relaciones laborales en las demás industrias dominicanas, con excepción de los cigarrillos, el cemento, las grasas vegetales y los fósforos, estaban marcadas por un alto contenido de personalización en su régimen de trabajo que las asemejaba mucho más a los clásicos talleres familiares medievales europeos que al de



las empresas surgidas a raíz de la revolución industrial. Los sociólogos tienen aquí mucho campo para indagar sobre el grado de desarrollo del capitalismo en la República Dominicana hace apenas 40 años.

Durante los últimos años de la guerra, el desarrollo industrial dominicano fue estimulado por el aumento de la demanda de azúcar y melazas que se produjo en Estados Unidos y que repercutió favorablemente en una ligera mejoría en la distribución del ingreso entre los trabajadores de la industria azucarera y el resto de la población del país, cuyas necesidades de manufacturas que apenas llegaban en el mercado local debido a las restricciones a la importación impuestas por la guerra, alentaron el establecimiento de numerosas nuevas empresas. Si hemos de creer en los datos oficiales, entre 1943 y 1945 se invirtieron 2.3 millones de dólares en la creación de 1,154 nuevas empresas manufactureras que dieron empleo a 4,554 nuevos trabajadores. Debe tenerse en cuenta en el manejo de estas cifras que la mayor parte de ese capital fue invertido en la construcción de la fábrica de cemento, de la textilera y del matadero industrial, y que la mayoría de esas empresas eran pequeñísimos talleres manuales con no más de dos o tres empleados como promedio. En todo caso, las cifras muestran una reacción inmediata de los productores locales a la escasez de manufacturas y puede afirmarse que muchas de esas pequeñas industrias familiares se convirtieron, con el correr de los años, en grandes empresas que hoy cubren el mercado nacional y producen excedentes para la exportación.

La industrialización que se inició durante la Segunda Guerra Mundial y que continuó casi ininterrumpidamente hasta 1958, terminó cambiando el carácter meramente administrativo de la ciudad de Santo Domingo al convertirla en un centro manufacturero a donde acudieron decenas de miles de dominicanos provenientes de los campos y ciudades del interior en busca de ocupación. Este patrón de migración interna se repite en grados diversos en los demás centros urbanos del país, dando por resultado que en 1960 solamente el 60 por ciento de la población dominicana vivía en el campo, en tanto que en 1930 el 84 por ciento de la población habitaba en la zona rural. Hoy, a consecuencia de esa industrialización y urbanización iniciada en la Era de Trujillo, más de la mitad de la población vive en las ciudades. Santo Domingo es un conglomerado urbano cuya población crece seis veces más rápido que la del resto del país y contiene más del 20 por ciento de la población



de todo el país. El crecimiento del imperio económico de Trujillo llegó a ser tan grande que al final de su vida él controlaba cerca del 80 por ciento de la producción industrial y sus empresas daban ocupación al 45 por ciento de la mano de obra activa gracias a lo cual, unido a su control absoluto del Estado que empleaba el 15 por ciento de la población activa, hacía que un 60 por ciento de la familia dominicana dependiera de una manera o de otra de su voluntad.

Esto se ha debido también a las inversiones en infraestructuras sanitarias que hicieron de inmediato más atractiva la vida urbana que la vida rural para muchos campesinos y peones sin tierras quienes, atraídos por la ilusión de encontrar un trabajo en las nuevas industrias que se estaban construyendo, empezaron a dar forma por primera vez al amplio mercado de trabajo urbano de donde se nutriría de mano de obra barata la industria dominicana en años recientes.

Pero volviendo a los cambios sociales que tuvieron lugar entre las dos guerras mundiales, los servicios sanitarios mejoraron notablemente a partir de la ocupación norteamericana; la construcción de hospitales, la promoción de nuevos médicos y la ejecución de intensas campañas antiparasitarias, de vacunación, así como la introducción de los antibióticos a finales de la década del 40, cortaron radicalmente las tasas de mortalidad y permitieron una fertilidad más acentuada entre las mujeres dominicanas, de manera que puede decirse también que los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial marcan el inicio de la llamada hoy explosión demográfica. Todavía en 1944 los políticos dominicanos creían que el país estaba despoblado y fomentaban la natalidad ofreciendo incentivos a las familias numerosas, lo que indica que el fenómeno de crecimiento explosivo de la población no empieza a hacerse evidente hasta la realización del censo de 1950 en que la población dominicana fue registrada en 3 millones de habitantes que contrastaban con el escaso millón que había en 1920. Muchos felicitaron al gobierno de entonces considerándolo responsable del crecimiento demográfico del país, lo cual, creían ellos, era un signo de madurez social y de desarrollo, pues ahora sí, pensaban ellos, era posible dotar de trabajadores a la economía dominicana que durante siglos se vio limitada por falta de brazos y los gobiernos del siglo XIX tuvieron que recurrir en más de una ocasión a políticas de fomento de la inmigración.

La expansión de la población obligó al gobierno a aumentar



su burocracia y a ampliar los servicios públicos al tiempo que crecía el número de hombres empleados en las fuerzas armadas para atender a los requerimientos defensivos del régimen de Trujillo que se encontraba permanentemente amenazado desde el exterior, lo que quiere decir que aumentaron los empleos en el sector terciario. Junto con la población empleada en las numerosas pequeñas industrias y talleres cuya cifra aumentaba cada año, poco a poco fueron constituyéndose diversos sectores medios que recibieron un gran impulso entre 1948 y 1958, gracias al extraordinario crecimiento de la economía dominicana que se vio favorecida, como hemos dicho, por una favorable coyuntura de buenos precios para sus productos de exportación y que empezó a cosechar los frutos de una constante política de colonización agropecuaria, gracias a cuya ejecución se abrieron cientos de miles de tareas de tierra que hasta entonces habían permanecido inexploradas. La apertura de numerosos canales de riego en campos incultos que fueron dedicados a la siembra de arroz y plátano, el incremento extraordinario de la ganadería y el desarrollo de nuevos cultivos como guineos, yuca, maní y vegetales, ampliaron el horizonte rural dominicano considerablemente durante la década del 50, al tiempo que creció la población, creció la producción agropecuaria, y el número de empleos; también creció la matrícula escolar y se multiplicaron los profesionales universitarios. Es de señalar que la Universidad de Santo Domingo, que había sido reorganizada en 1932 y había mantenido un estudiantado de alrededor de 1,000 estudiantes durante muchos años, vio crecer su matrícula en unos 3,000 estudiantes a finales de la década de los años 50, y se mantuvo graduando unos 100 profesionales cada año, dotando al país, por primera vez en toda su historia, de un nuevo estrato social medio que terminaría ocupando el liderazgo social, político y económico dominicano en años recientes. Sobre los alcances del “profesionalismo” se habló como propaganda durante la Era de Trujillo y es una lástima que el tiempo no nos alcance para explorar sus implicaciones más profundamente. Pero es importante tenerlo en cuenta a la hora de explicar los cambios recientes que ha sufrido la sociedad dominicana porque muchos de los profesionales que se graduaron en los últimos diez años de la Era de Trujillo, salieron a realizar estudios al exterior y regresaron con ideas nuevas, convertidos en portadores de innovaciones tecnológicas modernas en diversos campos y especialidades y se han incorporado al actual proceso de industrialización de los últimos veinte años.



Todos estos cambios, sin embargo, no fueron suficientes para satisfacer las necesidades básicas de la población debido a que la expansión económica y la industrialización de esos años se realizaron sobre la base de un sistema de monopolios familiares que, respaldados por un régimen político tiránico, aprovecharon el desarrollo de las riquezas dominicanas para acumular enormes ahorros que eran transferidos hacia el extranjero. El resultado fue un crecimiento económico deformado, totalmente asimétrico, en el cual solamente una minoría de minorías estaba en capacidad de aprovechar las ventajas del reciente desarrollo industrial en tanto que la mayoría de la población quedó prácticamente marginada del acceso a las fuentes de riqueza del país. A finales de la década del 50 era evidente que los hospitales construidos eran insuficientes; las escuelas no daban abasto para atender a la población y el analfabetismo había crecido; que el costo de la vida había aumentado y los salarios seguían congelados; que cada vez había más desempleados deambulando por las ciudades, mientras la pequeñísima oligarquía familiar trujillista drenaba al país de los capitales que debieron ser reinvertidos en la creación de nuevos empleos; que los campos se habían empobrecido debido a que varios millones de tareas de tierra habían caído en manos de propietarios que habían desplazado de sus predios a sus antiguos ocupantes y que, por diversas razones, no habían realizado nuevas inversiones para poner estas tierras a producir. Durante la década del 50 fue notable el proceso por medio del cual los grupos urbanos encabezados, particularmente, por comerciantes, profesionales y militares, enriquecidos recientemente gracias al desarrollo industrial de los últimos años, volcaron sus ahorros hacia la compra de propiedades rurales como un medio de adquirir seguridad económica y prestigio social en un país en donde la propiedad de la tierra tradicionalmente ha sido tenida como símbolo de lo valioso, o los escondieron en bancos nacionales y extranjeros esperando nuevas oportunidades de inversión tan pronto terminara la Dictadura.

La aparición de un proletariado rural que se hacía cada vez más numeroso, debido a la política pronatalista del gobierno, y cada vez más pobre debido a la continua pérdida de sus tierras, aceleró el proceso de urbanización marginalizada al arrojar a las zonas periféricas de las principales ciudades del país a una enorme masa de hombres y mujeres sin educación, sin salud, sin empleo y sin tierras. Este proceso de marginalización ya era notable en 1960 y se aceleró rápidamente durante la década siguiente conformán-



dose así una masa universal de chiriperos, buscavidas y jornaleros, que han venido a constituir un mercado fácil para la contratación barata de mano de obra en la economía dominicana.

Puede decirse que Trujillo recibió, en 1930, una sociedad tradicional, biclasista, provinciana, atrasada y pobre, y dejó, al morir, una sociedad en transición pero subdesarrollada, con un capitalismo deformado por un crecimiento industrial monopolista que al poner el control de los recursos del país en manos de una familia absolutamente inescrupulosa, privó a la nación de la oportunidad de experimentar un desarrollo económico armónico, dejando al país en una situación de singular semejanza, a escala diversa, claro está, con muchas de las sociedades latinoamericanas contemporáneas.

De manera que, a la muerte de Trujillo, el país se enfrenta con la siguiente realidad: una población de 4 millones de habitantes en la cual todavía el 60 por ciento de la población vive en el campo; con más del 70 por ciento de sus habitantes analfabetos; con pequeños pueblos y ciudades que están empezando a recibir oleadas masivas de familias campesinas que huyen de la miseria de los campos; con una agricultura que ya había dado de sí lo que podía, pues la producción y la productividad en el sector rural eran más el resultado de la apertura y colonización de tierras nuevas que de una modernización real en las técnicas de cultivo, ya que el uso de maquinarias, de abono, de semillas mejoradas y de control de plagas eran bastante limitados y apenas había dos ingenieros agrónomos en todo el país; con una nueva élite cuya única experiencia económica estaba referida a las actividades comerciales, y la industria era todavía una aventura en la que muy pocos confiaban pues, hasta entonces, Trujillo y sus asociados habían sido los únicos industriales; con una población inadecuada y fatalista que se hacía eco de un pesimismo colectivo en el cual la élite jugaba un papel preponderante, pesimismo que se había acentuado debido al aislamiento en que la Dictadura mantuvo a los dominicanos; con estructuras institucionales prácticamente inexistentes en donde las asociaciones empresariales o profesionales o estudiantiles y obreras no existían; con una experiencia de participación política democrática realmente nula; con los poblados y ciudades del interior afectados por servicios sociales y sanitarios ineficientes ya que el desarrollo urbano de los años anteriores se había concentrado en el beneficio de las ciudades de Santo Domingo, San Cristóbal y Santiago, dejando prácticamente abandonados al resto de



los pueblos del país; con los caminos y carreteras destruidos debido al colapso económico que sufrió el país en las postrimerías del régimen y con una población enardecida al ofrecérsele por primera vez en más de treinta años la oportunidad de expresarse políticamente en movimientos de masas hasta entonces desconocidos en la historia de la República Dominicana.

Como se ve, el punto desde el cual tenían que partir los dominicanos en 1961 presentaba un panorama tan desolador que hoy parece increíble que en 18 años la República Dominicana haya podido cambiar como ha cambiado. Por ejemplo, con la muerte de Trujillo se desataron todas las energías de la nación; los grupos medios que habían venido formándose empezaron a organizarse en una pléyade de instituciones, grupos de presión, grupos de intereses y asociaciones que han terminado dándole a la República Dominicana una fisonomía institucional en el sector privado que contrasta radicalmente con la hegemonía gubernamental y estatal que fue la norma de la vida dominicana desde Nicolás de Ovando (1502) hasta el Consejo de Estado (1962). Por otra parte, se liberalizaron los controles políticos que impedían a los dominicanos el ejercicio pleno de la libre empresa, y los gobiernos recientes han seguido la política de permitir la libre competencia contra los antiguos monopolios trujillistas que quedaron como propiedad del Estado bajo la hoy llamada Corporación Dominicana de Empresas Estatales (CORDE). Este juego de la libre empresa ha sido un factor de cambio con muchísimas implicaciones para el desarrollo del nacionalismo, si tenemos en cuenta que en 1941, por ejemplo, el 87 por ciento de toda la inversión industrial en la República Dominicana estaba controlada por extranjeros, mientras que hoy, gracias a la proliferación de industrias nacionales, el control extranjero en este sector está reducido a un 34 por ciento.

Ahora bien, la paulatina nacionalización de la industria en la República Dominicana, que comenzó en los años 50 con la compra de la mayoría de los ingenios azucareros, ha tenido su costo pues el reciente desarrollo industrial del país ha sido sustancialmente financiado con préstamos y asistencia extranjera, de manera que la República Dominicana ha vuelto a endeudarse luego de un período de unos 15 años en que la deuda externa fue prácticamente inexistente. Sin embargo, en un país con escaso ahorro interno como era la República Dominicana a mediados de la década pasada, la única manera de reemprender el desarrollo industrial era a través de la captación de capitales en el extranjero, como de hecho ha ocurri-



do, recurriendo al Banco Mundial, al Banco Interamericano de Desarrollo, a la Agencia para el Desarrollo Internacional y al Fondo Monetario Internacional, instituciones éstas que han surgido o han aumentado sus operaciones a partir de 1960, luego que se puso en marcha la Alianza para el Progreso. Algún día los economistas estudiarán el impacto que el enorme flujo de dólares provenientes del exterior ha tenido en la marcha de la economía dominicana en los últimos 15 años, pero no hay que ser un experto para darse cuenta de que la circulación monetaria ha aumentado a niveles nunca antes conocidos y el comercio ha expandido en una gigantesca proliferación de empresas que han contribuido a dinamizar la competencia económica haciendo posible la aparición de una banca nacional que hoy cuenta ya con más de 50 instituciones financieras en el país, incluyendo las asociaciones de ahorros y préstamos para la vivienda y las compañías de seguros. La sola presencia de tan gran número de instituciones financieras es un claro signo de que el capitalismo finalmente ha llegado a la República Dominicana dejando atrás las formas económicas tradicionales y semif feudales que fueron la norma durante siglos.

Y como prueba de esta afirmación, basta recordar que hace no más de 25 años, los campesinos llegaban a las ciudades a cambiar pollos y puercos por ropa y zapatos, expresando claramente el atraso de la economía monetaria y la existencia de transacciones pertenecientes a sociedades en donde todavía los capitales eran insuficientes para generar una dinámica económica más moderna.

El crecimiento de la población y el consiguiente crecimiento de las ciudades que ha acompañado a la expansión monetaria, permiten también entender el desarrollo industrial y comercial en la República Dominicana en años recientes, pues no ha sido sino hasta hace unos diez años en que puede hablarse de la constitución de un mercado interno capaz de demandar y consumir la totalidad de la producción industrial. Examinadas las cifras oficiales de hace 25 años, asombra ver la cantidad de arroz, maíz, plátanos, yuca, carne, además de zapatos, que el país exportaba porque el mercado interno era insuficiente para asimilar la producción. Conocemos las enormes presiones económicas que se ejercieron en más de una ocasión en favor de la explotación de artículos de primera necesidad y podemos mencionar las numerosas instancias en que durante los últimos 18 años los dominicanos se han visto precisados a importar grandes cantidades de alimentos básicos. De hecho, un 12



por ciento de las importaciones se gastan en la compra de alimentos en el extranjero.

La expansión del mercado interno ha significado la multiplicación de los negocios de todo tipo, especialmente en el área de los servicios, con lo que, finalmente, la República Dominicana ha experimentado el fenómeno de la formación de una vigorosa nueva clase media cuyo volumen puede medirse utilizando como indicadores, para sólo mencionar unos cuantos, el número de teléfonos, el número de vehículos privados y públicos, el número de casas propias construidas dentro del sistema de ahorros y préstamos, el número de profesionales graduados en las diversas universidades, el número de funcionarios a nivel medio que se han incorporado a las miles de empresas y oficinas que han empezado a funcionar en todas partes del país, y, si alguien pudiera desagregarlo, el número de contribuyentes con ingresos sustanciales que aparecen registrados en el Impuesto sobre la Renta.

No vamos a decir, desde luego, que todos estos cambios han sido producidos exclusivamente por la industrialización, aunque sí se puede sostener que sin el crecimiento industrial de las últimas décadas estas transformaciones en la vida económica y social dominicana no pueden explicarse. Por ejemplo, la modernización industrial dominicana de los últimos años ha sido decisiva para elevar el nivel de vida de muchos dominicanos y sustentar el crecimiento y multiplicación de los sectores medios, o, si se quiere llamar de otra manera, de la emergente clase media dominicana.

Esta es una clase media nueva, completamente diferente a las clases medias de los más grandes países latinoamericanos que se formaron antes de la Segunda Guerra Mundial y tiene en su haber, aunque no se lo haya propuesto como un objetivo porque su novedad no le ha permitido organizarse todavía políticamente, el haber contribuido con sus presiones, sus resistencias y sus intereses a la democratización creciente de la República Dominicana. Clase media que proviene de estratos sociales secularmente privados de las más mínimas satisfacciones y que no está dispuesta a renunciar al gozo de un consumo, que a muchos parece conspicuo, pero al cual cree legítimamente que tiene derecho luego de haber sido bombardeada durante años por el cine, la prensa, la radio y la televisión con demostraciones de cómo vive la clase media de los países modernos y desarrollados del norte del Atlántico.

Otro fenómeno que ha acompañado el surgimiento de la clase media en la República Dominicana en las últimas dos décadas es la



aparición y multiplicación de partidos políticos de contenido ideológico, fenómeno éste desconocido también en la historia dominicana. Hasta la muerte de Trujillo todos los partidos que hubo en el país fueron agrupaciones personalistas y caudillistas que fomentaban la lucha por el poder con el simple propósito de medrar, bajo la tutela de un caudillo, estructurando redes de relaciones personales basadas en el clientelismo.

Muchos de los partidos políticos dominicanos de la actualidad, inmersos como están en un cuerpo social que preserva numerosas formas políticas tradicionales, no han podido despojarse totalmente del caudillismo, pero el hecho de que poco a poco se hayan alineado detrás de ideologías sociales contemporáneas muy en boga a nivel mundial, indica un empeño de sus dirigentes por poner al día los términos de referencia de la lucha política en la República Dominicana.

El crecimiento de la industria, por otra parte, y la actividad de los partidos, por otra, han contribuido al desarrollo del sindicalismo con el fomento de cientos de organizaciones obreras impenables hace apenas 30 años cuando las mayores empresas industriales, fuera de la industria azucarera, apenas tenían más de 15 empleados. Hoy, el sindicalismo organizado es perfectamente posible y deseable pues la industria dominicana da empleo a más de 200,000 obreros y anda alrededor de 85 obreros y empleados el promedio de trabajadores en las principales industrias que han surgido en el país, o se han expandido gracias a los beneficios ofrecidos por la Ley 299.

Debido a las tensiones creadas por la demanda de nuevos servicios de agua, luz, teléfono, alcantarillas y escuelas, los gobiernos han contado con la ayuda internacional para satisfacer esas necesidades básicas de la población llevando acueductos y redes eléctricas a todos los pueblos, extendiendo éstos y otros servicios a la población rural. El resultado ha sido que la modernización de las ciudades ha alcanzado rápidamente al campo, pues la construcción de caminos vecinales ha continuado, y por ellos se han infiltrado en las más remotas comunidades rurales la motocicleta, el radio y la televisión, acortando y, en muchos casos, prácticamente eliminando las distancias culturales que anteriormente existían entre el campo y la ciudad. Zonas rurales hay de la República Dominicana, como es el caso del Cibao Central, en donde las fronteras entre lo rural y lo urbano van desapareciendo rápidamente y en donde comunidades que hasta hace poco han llevado un modo de vida



campesino, están empezando a comportarse conforme a patrones de vida sub-urbanos en donde los hombres y las mujeres siguen residiendo en la zona rural pero se trasladan cada día a vender su trabajo, a educarse y a comprar servicios al pueblo más cercano. Esta modernización no es necesariamente beneficiosa para todo el mundo. De hecho, el acceso de la ciudad al campo ha puesto a los campesinos a merced del hombre de empresa de la ciudad que tiene los capitales, la educación y la tecnología suficientes para apropiarse de sus tierras y explotarlos más eficientemente desplazándolos hacia los barrios marginados o convirtiéndolos en miembros de una gran masa de proletarios agrícolas que cada día crece más, llenando cada vez más los campos y barrios marginados.

Gran parte de la latente inestabilidad política dominicana surge hoy de la insatisfacción de amplios sectores de la población que no han podido incorporarse a las ventajas de la modernización que la industrialización ha provocado, pero que han sido sensibilizados por las nuevas ideas que han llegado al país en los últimos años y por nuevos contenidos en la educación que se difunden continuamente en las aulas y en los medios de comunicación, de manera que la población dominicana de hoy, en términos relativos, está más educada que la de hace 30 años, pero las expectativas que esta educación ha producido en el seno de las masas chocan con la enorme brecha que hay entre ellas y la nueva clase media y la antigua élite nuevamente enriquecida. De ahora en adelante los conflictos políticos en la República Dominicana no serán producidos por las luchas entre caudillos, sino por el conflicto entre grupos sociales de intereses diversos. Las nuevas ideas y las ideologías sociales contemporáneas jugarán un papel decisivo en la vida política dominicana de los próximos veinte años.

En general, puede decirse que la industrialización, la urbanización, el incremento de las comunicaciones, la afluencia de ideas y tecnologías nuevas, el aumento de los viajes internacionales, del turismo y de la migración y la influencia continua de modos de vida de sociedades industrializadas más modernas, a través del cine, la radio y la televisión, todo esto ha producido también un proceso de secularización en la vida dominicana que ha afectado enormemente la vida religiosa. Prácticamente de ayer eran aquellas gigantes procesiones de Semana Santa o los peregrinajes religiosos a Higüey o hacia Santo Cerro que concentraban decenas de miles de hombres, mujeres y niños procedentes de todas partes del país y que demostraban una influencia sustancial de la Iglesia Católica en



la vida y en el pensamiento dominicanos. Por un tiempo la Iglesia Católica reinó sola en la República Dominicana y su influencia fue incontestable, pero los cambios económicos y sociales que han tenido lugar en el país han hecho entrar en crisis a esta institución que, sociológicamente hablando, sólo estaba preparada para operar en una sociedad tradicional en donde la vida social y política estaba centralizada y jerarquizada rígidamente y en donde no había florecido el pluralismo institucional y el consumismo que hoy presenciamos. Es desde hace poco cuando la Iglesia empieza a adaptarse a los cambios y cuando en vez de oponerse a los mismos, como hizo hasta 1965, se compromete cada vez más con soluciones en donde se realice la justicia social y se respeten los derechos humanos.

La historia de la modernización dominicana es sumamente compleja porque la instalación de industrias nuevas, con tecnología nueva, ha afectado las mismas raíces del acontecer económico y de la organización social y cultural del país, y ha incorporado la República Dominicana a la dinámica del capitalismo moderno, y ha obligado a todos y cada uno de los habitantes del país a acomodarse y a adaptarse a los enormes cambios en su modo de vida tradicional que han alterado sus formas de alimentarse, de vestirse, de divertirse, de viajar, de creer, de hacer el amor y de educarse.





14. Etnicidad, Identidad Nacional y Migración

Al enfocar el problema de la identidad nacional hay que hacer previamente dos observaciones. La primera es que esa realidad como algo acabado sencillamente no se da. El problema de la identidad es ciertamente un fenómeno ideológico, filosófico si se quiere, pero asimismo es un hecho social afectado por la misma dinámica de las relaciones humanas que son siempre cambiantes, fluidas y normalmente difíciles de precisar. Por eso, cuando alguien habla del devenir histórico de la identidad nacional se refiere a los cambios que ha sufrido la autopercepción nacional entre los dominicanos. Porque, al fin de cuentas, el sentido de la identidad en una persona o en un grupo social cualquiera es lo mismo que su autopercepción como individuo o como grupo, y no se puede hablar de identidad nacional si no es a través del examen de la reflexión que los dominicanos han hecho de sí mismos a lo largo de su historia.

En este sentido, también hay que hacer una segunda observación, y ésta es que la profundidad o exactitud o calidad o dimensión de esta autopercepción no es la misma en todos los componentes de una sociedad o de un grupo humano. Por las razones que sean (que pueden ser enumeradas en una gama que va desde la educación y la inteligencia hasta la intuición), no todos los miembros de una sociedad se ven a sí mismos de la misma manera y, por lo tanto, las formas de definirse a sí mismos dependen mucho del acceso que algunos de ellos tengan a aquellos medios de comunicación o de difusión de las ideas que le permitan influir con su visión en los demás miembros de la sociedad.

Con ello se quiere decir que cuando se habla de la historia de la noción de la identidad nacional en Santo Domingo, probable-



mente se está hablando de la historia de la autopercepción nacional entre algunos grupos, y no en la totalidad de la población. Esto, desde luego, nos lleva a cuestiones muy serias en cuanto al análisis histórico se refiere, porque se podría argüir que la definición de la identidad nacional podría ser, o no ser, una cuestión de estadísticas. Esto es, podríamos discutir sobre si lo que piensa una minoría que controla los medios educativos y de comunicación porque sabe leer y escribir, y es la única capaz de dejar documentos a la posteridad que luego son objeto del examen de los historiadores, es lo que realmente siente la mayoría que se ve obligada en muchos casos a repetir o a imitar aquello que le viene desde arriba y, al mismo tiempo, es incapaz de escribir lo que piensa y por lo tanto no deja a la posteridad ninguna prueba de que estuvo de acuerdo o en desacuerdo con lo que la élite pensó, escribió o publicó en un momento dado.

Así que no hay tal cosa como la identidad nacional. La identidad nacional es un concepto dinámico, siempre cambiante. La identidad cultural no es más que una aspiración mítica de una totalidad y una unidad inexistentes, de un consenso nacional también inexistentes. Nunca en la historia de ninguna sociedad todos los miembros de esa sociedad han estado en consenso acerca de cuáles son los contenidos esenciales de su cultura.

Antes al contrario, si nosotros examinamos con cuidado, veremos que aquello que una sociedad dice que es su identidad cultural es simplemente aquello que sus intelectuales o una élite dominante en un momento dado han postulado como la identidad cultural de esa sociedad y que debido a su control de los medios de comunicación y de los sistemas educativos, transmiten o imponen, en un momento dado y luego a través del tiempo (esto es, en la historia), a los demás miembros de esta sociedad y a las generaciones venideras.

Además, la misma esencia de la vida social es el cambio y en el caso de cualquier sociedad, pero digamos ahora en el caso de la sociedad dominicana, ésta siempre ha estado cambiando. Ha estado recibiendo influencias de España, de África, de Inglaterra, de Francia, de Europa, de Haití, de Estados Unidos y ha estado siempre en un devenir incesante que la ha ido transformando de la misma manera que esas mismas sociedades influyentes se han ido transformando a lo largo del tiempo.

De manera que cuando los folkloristas, los sociólogos, los políticos y algunos intelectuales claman, con gran emoción y



gran vehemencia, que es necesario preservar las raíces culturales, defender las esencias culturales, impedir la penetración cultural o que una potencia mayor termine eliminando nuestra identidad cultural, yo lo que pienso es que esa es una posición extremadamente reaccionaria que se niega a aceptar que la esencia de la vida social es el cambio y que no es posible detener el cambio. El cambio social y cultural es indetenible. Los dominicanos de hace 100 años eran diferentes a los dominicanos de hace 80, de hace 50, de hace 20 y de hoy. Eso por un lado.

Por otra parte, yo creo que el cambio en la República Dominicana ciertamente se ha acelerado, hay cambio social lento y cambio social más rápido. El cambio social en la República Dominicana y, desde luego, el cambio cultural se acelera, a partir de 1880, digamos, cuando la economía dominicana se abre al exterior y se incorpora al mercado mundial desarrollando azúcar, producida en grandes centrales, café para la exportación, cacao para la exportación, después de los años noventa y, desde luego, ampliando su producción de tabaco.

En la medida en que la República Dominicana vino a depender aún más de un mercado mundial cada vez más cambiante, en esa misma medida elementos culturales procedentes de esas sociedades del norte del Atlántico se hicieron cada vez más presentes. Al principio, en los puertos de exportación e importación y luego por difusión en el resto de la sociedad. Las carreteras contribuyeron a acelerar la difusión de estos rasgos de la vida moderna por un efecto que Toynbee en su época llamó occidentalización de la cultura, que no es más que la planetarización también de la misma cultura. Los dominicanos, como los haitianos, como los chilenos, como cualquier otro pueblo de la tierra, no tienen más remedio que entender que este planeta va hacia una única y múltiple unidad. Única en el sentido de que todos vamos a compartir en alguna manera los elementos producidos por otras culturas. Pero al mismo tiempo con la necesaria multiplicidad.

Los que se preocupan por ese hecho están luchando o están preocupándose por algo que no pueden remediar. Es esencia de la cultura cambiar, ser dinámica, incorporar rasgos y elementos procedentes de otras culturas. La difusión, ha sido también uno de los rieles por los cuales ha transcurrido desde el principio la historia humana. La difusión es incorporación de rasgos culturales producidos en otras culturas. Ninguna cultura puede producir todo lo que necesita para que la sociedad se mantenga funcionando en térmi-



nos materiales y mucho menos en términos ideales, morales, espirituales, estéticos o en general intelectuales.

Digo todo esto para someter de antemano un marco para la discusión de lo que voy a decir a continuación.

Si a mediados del siglo XVIII, en los años en que vivía el Padre Antonio Sánchez Valverde, alguien hubiera preguntado a un habitante de esta parte de la Isla qué era él, probablemente hubiera contestado, desde luego, “español”, o tal vez “dominicano”, queriendo significar con esta última expresión “habitante de Santo Domingo”. Ahora bien, pasados ya casi 300 años después de descubierta la Isla por Colón, y pasados esos tres siglos de abandono, miseria, aislamiento, contactos y conflictos con los extranjeros, alguien también encontraría algo que sale en la mayoría de los documentos oficiales y municipales: un notable énfasis entre los habitantes de esta parte de la Isla en señalar que ellos, además de ser españoles, eran “los más fieles vasallos de Su Majestad”, con lo cual querían decir, no solamente que eran españoles, sino que eran españolísimos. Y lo más curioso del caso es que muchos de los que redactaron esos documentos no eran ya para esa época puros descendientes de españoles, pues se sabe que para finales del siglo XVIII la mayoría de la población dominicana era de color, aunque también se sabe que es cierto que la élite que ocupaba o desempeñaba los más importantes puestos oficiales o municipales estaba compuesta, todavía, por gente blanca. Ciertamente que ser español significaba también ser blanco, tal como puede verse en más de un caso en muchas piezas de la legislación concerniente a esta isla y a otras partes de América, en que se hace notar que aquellas personas que no eran blancas, esto es indios, negros, mestizos o zambos, lo que fuera, no eran españoles, o sea que no tenían capacidad jurídica para ser ciudadanos de pleno derecho porque no tenían categoría racial para ser aceptados socialmente como tales.

Ahora bien, había también un tercer ingrediente en la hispanidad dominicana, al igual que en el resto de la hispanidad americana, que era el catolicismo. Ser español también significaba ser católico. Porque no era posible de ninguna manera concebir la hispanidad como algo separado de la catolicidad, en especial en tierras americanas en donde lo hispano había sido el portador de lo cristiano. Y en donde, en especial, a consecuencia de los conflictos de la Reforma y de los enfrentamientos con las idolatrías aborígenes, lo hispano solamente podía ser definido como lo cristiano



católico, ya que cualquier otro tipo de cristianismo podía ser susceptible de acusación de herejía. A los habitantes de Santo Domingo esto les constaba probablemente más que a ningún otro grupo de origen europeo en América porque las devastaciones de 1606 dejaron más de una huella en el alma dominicana. Huellas tan profundas que todavía en el Acta de la Independencia redactada por José Núñez de Cáceres más de dos siglos más tarde, las Devastaciones son mencionadas como un castigo cuya imposición los dominicanos no podían perdonarle a España.

Hay que recordar que, así como el siglo XVII fue el período de exacerbación de lo católico frente a la amenaza del extranjero protestante, el siglo XVIII fue el período de la exacerbación de lo hispánico frente a la amenaza del francés que ocupaba las tierras occidentales de la Isla y que soñaba con desalojar a los habitantes de la parte oriental. Curiosamente, mientras las autoridades españolas cuidaban por la preservación de estos dos elementos de la nacionalidad (esto es, religión e hispanidad) la población dominicana crecía y se multiplicaba, mezclándose amos con esclavos, dando por resultado un proceso de acercamiento racial que obligó a las autoridades a dejar de lado las muchas reglamentaciones jurídicas y rigideces sociales que en las sociedades virreinales del Continente permanecieron incólumes para así dar participación a la gente de color en las filas de las milicias, en los cargos de la administración pública y en los cuadros eclesiásticos. La amenaza del avance francés en Saint Domingue obligó a la apertura de los rangos sociales para dar participación a una creciente población de color que ya de hecho había venido conviviendo en condiciones de relativa igualdad con sus amos o sus patronos en los hatos orientales.

El resultado fue que el color de la piel ya había adquirido un nuevo valor a principios del siglo XIX, y de ahí la famosa expresión de los habitantes de Santo Domingo, cuando los franceses inquirían sobre su color y nacionalidad, respondiéndoles que ellos eran “blancos de la tierra”. Una de las grandes paradojas de la formación nacional dominicana es que mientras la población hispánica se ennegrece, la mentalidad dominicana se emblanquece. En este contradictorio proceso la Revolución Haitiana jugó un papel muy importante porque, como se sabe, Santo Domingo se convirtió en esos años en uno de los principales centros de refugio de los franceses que huían de las persecuciones de sus antiguos esclavos y las atrocidades que narraron produjeron su impacto en la mentali-



dad colectiva de la época. De manera que la propaganda antinegra de los días de la Revolución coronaron la ideología antiesclava que se había conformado durante unos 300 años, durante los cuales la excelencia racial, política y social residía en los miembros de la élite hispana y de sus descendientes. Este fenómeno no es particular de Santo Domingo. En todas las sociedades latinoamericanas el Conquistador impuso un orden de cosas que obligó a las poblaciones sometidas, ya fueran indias o negras o mestizas o mulatas, a aceptar la blancura como la excelencia. De ahí la gran crisis espiritual que sufrieron los dominicanos “blancos de la tierra”, cuando, después de un siglo en lucha contra los franceses y de más de dos siglos en ansioso empeño de emblanquecimiento, tuvieron que someterse a las tropas de Toussaint que ocuparon a Santo Domingo para imponer un gobierno dirigido por negros puros y africanos que a su vez eran “franceses”, esto es, de un gobierno que exhibía como rasgos esenciales aquéllos que hasta entonces habían resultado ser la antítesis de la hispanidad dominicana.

Es interesante observar la reacción de los dominicanos frente a esta situación. Cuando la invasión de Leclerc les ofreció la oportunidad de escoger entre lo francés y lo africano (o lo negro) los dominicanos escogieron lo francés, y por eso apoyaron a las tropas francesas y se aliaron con el General Kerversau para desalojar a los soldados de Toussaint. No importaba el color de los dominicanos de aquella época: ellos se sentían más cerca de los franceses que de los haitianos. Y aunque se acomodaron bastante bien con el gobierno de Ferrand durante la Era de Francia en Santo Domingo, lo cierto es que, a la hora de probar sus lealtades, cuando Napoleón Bonaparte invadió España en 1818, los dominicanos de entonces prefirieron volver a ser españoles y apoyar a Sánchez Ramírez en la Guerra de la Reconquista.

Más de una vez se ha señalado que en unos momentos en que el desalojo de Fernando VII del trono español desató las energías latinoamericanas y permitió a las élites organizar a las poblaciones de las colonias españolas para luchar por su independencia de España, en Santo Domingo, por el contrario, la élite organizó a la población para luchar por su independencia de Francia y volver al seno del dominio español que ambas, esto es la élite y la población, consideraban que correspondía a su identidad nacional. Más de una vez también se ha señalado que hubo algunas personas que le sugirieron a Juan Sánchez Ramírez la conveniencia de independizarse de España y proclamar un Estado independiente, como ya



también lo habían hecho los haitianos, y se dice que Juan Sánchez Ramírez se negó a acceder a ese reclamo. Cuán popular fuera esa temprana ansiedad de la independencia se puede medir frente a la popularidad de la Guerra de la Reconquista y al apoyo que en todo momento gozó Sánchez Ramírez, lo que indica que los dominicanos no se percibían en aquellos momentos como algo muy diferentes de lo que hasta entonces habían estado acostumbrados a ser, esto es, blancos (entre comillas), católicos y españoles. Si algo había variado era que a esos tres rasgos, digamos que de enunciación positiva, ahora, a principios del siglo XIX, podían agregárseles dos rasgos de connotación negativa: ser antifranceses y ser antihaitianos. No debe olvidarse que los haitianos empezaron a ser detestados por los dominicanos a partir de 1805, no tanto por ser franceses o por ser negros, sino por los crímenes que las tropas de Dessalines y Cristóbal cometieron en su retirada después de su frustrado cerco en Sato Domingo.

El fracaso del experimento proespañol de la España Boba generó un profundo desencanto entre los dominicanos que habían peleado en la Guerra de la Reconquista, a quienes se les había prometido, además de las condecoraciones de rigor, beneficios económicos que nunca recibieron. Y generó desencantos entre la élite criolla que veía que la situación no mejoraba debido a la incapacidad de España para hacer frente a la más pobre de sus colonias en unos momentos en que las guerras de la independencia exigían su atención en el resto del continente.

En lo que toca al resto de la población, en especial al de los criollos de color, el régimen de la España Boba apenas si generó otra cosa que no fuera indiferencia, como lo muestra la facilidad con que muchos de ellos lograron entenderse con los haitianos de las zonas fronterizas a quienes siguieron vendiéndoles ganado como antes lo hacían a los franceses en el siglo XVIII. El entusiasmo antiespañol de Núñez de Cáceres frente al triunfo de las armas de Bolívar en Suramérica, lo llevó a concebir una especie de nacionalidad gran colombiana como algo adecuado a la psicología dominicana. Pero ciertamente, como lo demostró su caída y el fracaso de su proyecto de independencia, los dominicanos no estaban por la emancipación de España en los términos planteados por Núñez de Cáceres, aunque tampoco quiere decir que estuvieran totalmente en favor de la unificación con Haití, como pretendió hacer creer Boyer en 1830 cuando, en respuesta a los reclamos españoles, publicó una serie de manifiestos escritos años antes haciendo creer



que los dominicanos habían llamado a los haitianos en 1822. Sobre este tema de los manifiestos, que es como decir sobre la identidad nacional en 1822, hay tanta tela por donde cortar que eso amerita ser tema de otras investigaciones.

Ahora bien, en cuanto a la Dominación Haitiana, es muy difícil discutir las palabras del General Guy Joseph Bonnet en cuanto a las diferencias radicales entre los dominicanos y los haitianos en aquella época, no solamente en cuanto a las percepciones que cada pueblo tenía de sí mismo, sino en cuanto a lo que cada pueblo había venido creando dentro de sí mismo en relación con sus costumbres y diferentes modos de vida. Tanto Boyer, Presidente de Haití, como Bonnet, en 1830, habían concluido que los dominicanos y los haitianos eran dos naciones tan diferentes entre sí como los belgas y los holandeses. No hay que insistir en la forma en que la conducta y la política haitianas ofendieron el sentimiento nacional dominicano en aquellos momentos, pero sí hay que recordar que a la política de haitianización que quiso poner en práctica el Presidente Boyer se estrelló frente a la resistencia nacional dominicana que se negó en todo momento a dejar de hablar español y a dejar de practicar el catolicismo.

La guerra dominico-haitiana exacerbó el antihaitianismo de los dominicanos que preferían ser cualquier otra cosa, inclusive franceses, antes que ser haitianos como lo demuestran no sólo las negociaciones con los cónsules franceses en 1844, sino el apoyo que otorgó en todo momento la mayoría de la población dominicana a los dos principales líderes conservadores de la época que se llamaron Pedro Santana y Buenaventura Báez.

Finalmente, como se sabe, los dominicanos se arrojaron en brazos de España. Los que quieren decir que Pedro Santana hizo la Anexión en contra de la voluntad general pueden hacerlo con pleno derecho y hasta podrían presentar documentos posteriores a la Anexión para probarlo. Pero lo cierto es que en 1860 los dominicanos estaban convencidos de que una alianza con España, ya fuera protectorado o anexión, era una opción que podía protegerlos de los haitianos o de los norteamericanos. (Aquí se puede discutir de qué dominicanos se está hablando, si de la élite o de la población que respaldaba a los líderes de la élite.) Como quiera que sea, la Anexión mostró varias cosas. Una, que después de casi 40 años de haber desalojado a los españoles y de haber vivido en un régimen republicano bajo el dominio haitiano o en forma independiente, los dominicanos ya no se sentían españoles, y los espa-



ñoles tampoco los sentían como tales, como puede constatarse en las numerosas cartas, memoriales e informes que las autoridades españolas rindieron a su gobierno durante los años de la Anexión y la Guerra de la Restauración, explicando las diferencias profundas entre ambos pueblos.

La Guerra de la Restauración consolidó la identidad nacional dominicana en el sentido de que mostró a los dominicanos que aquello que ellos estuvieron siendo durante 300 años y que quisieron volver a ser desde la Reconquista hasta la Anexión era una quimera porque el tiempo no había pasado en vano y la población había terminado diferenciándose tanto de España como de Haití como de Francia como de las demás naciones del continente. Los dominicanos se quitaron un gran peso de encima con la Guerra de la Restauración al saber lo que *no* eran y lo que *no* querían ser, cosa que demostraron durante la Guerra de los Seis Años contra Báez, cuando éste trató de imponerles la anexión a los Estados Unidos de América, un pueblo con una extracción sajona, de religión protestante y de idioma extraño, mucho más ajeno a todo lo que hasta ese momento los dominicanos habían estado rechazando.

Todo el mundo conoce de sobra la famosa carta de Pedro Henríquez Ureña a Federico García y Godoy, en la que dice que la Revolución Unionista del 25 de noviembre de 1873 que derrocó a Báez, marca la consolidación de la nacionalidad dominicana al rechazar de una vez por todas el anexionismo como fórmula política en el país. Y yo creo que si se interpreta la literatura del último cuarto del siglo XIX como expresión del alma popular, habían que concluir en que Pedro Henríquez Ureña tenía razón, pues se observará cómo a partir de entonces es cuando surge la gran poesía patriótica dominicana de Deligne, de Prud'Homme y de Salomé Ureña de Henríquez. Y es también cuando se realiza el esfuerzo romántico de la búsqueda de las raíces aborígenes con el *Enriquillo*, de Galván, y con las *Fantasías Indígenas*, de José Joaquín Pérez. Y es cuando el nuevo cantor popular por excelencia no es un Meso Mónica de mentalidad colonial, sino un Juan Antonio Alix que recoge todo lo que tenía de único y de singular en esos momentos la sicología criolla. De Meso Mónica a Juan Antonio Alix hay todo un siglo de cambios profundos en el alma popular dominicana.

Hasta ahora se ha visto cómo los dominicanos estuvieron viéndose a sí mismos y cambiando su visión a medida que el país



fue sufriendo el impacto de diversas influencias. A finales del siglo XIX una influencia adicional interviene en este proceso y termina produciendo una reformulación de nuestra identidad basada en una consideración positivista de la evolución histórica dominicana. Me refiero a la influencia de Eugenio María de Hostos, al señalar que España había sido la gran culpable de todos nuestros males y que la Religión Católica había sido la responsable de nuestro atraso educativo. El devastador razonamiento hostosiano dejó a los dominicanos (o por lo menos a los pensadores dominicanos), sin un asidero en el cual sostener la dominicanidad que hasta entonces había sido concebida y sentida como expresión de la catolicidad y la hispanidad más acendradas. Todo el mundo conoce la evolución ideológica que produjo el positivismo en la República Dominicana y las nuevas formulaciones de José Ramón López y de Américo Lugo sobre las dificultades de crear una nación viable en un país cuyos elementos constitutivos habían sido sacudidos por una historia de calamidades que había hecho perder a los dominicanos, por un lado, la capacidad de alimentarse y de convertirse en un pueblo saludable habiendo perdido también la élite que hubiera podido dirigirlo hacia una organización nacional racional y avanzada.

Lo grave de López y de Lugo no es el efecto de su análisis fenomenológico sobre la realidad social dominicana, sino la tradición intelectual a que dieron origen, la cual se incrustó en nuestras escuelas por la influencia que el positivismo tuvo durante cerca de 50 años en Santo Domingo y terminó conformando un pesimismo sobre el ser dominicano y sus posibilidades que cualquiera podría señalar que, como ideología, respondió a la mentalidad de la élite, pero cuyos más gruesos elementos quedaron fijados en la mentalidad popular dominicana en la forma en que lo registró Guido Despradel Batista, en 1938, en su famoso folleto sobre “Las Raíces de Nuestro Espíritu”, el cual, a nuestro entender, refleja muy fielmente lo que los dominicanos creían de sí mismos en esa época, esto es, que el pueblo dominicano era atrasado, inculto y subdesarrollado porque descendía de tres razas de las cuales no podía esperarse demasiado: el indio primitivo, el español haragán y el negro lujurioso.

Es curioso que la primera edición de este folleto casi coincide con la matanza de los haitianos (en ningún momento estoy implicando que Guido Despradel Batista, quien era bisnieto de un haitiano que se radicó en Santo Domingo en tiempos de Boyer, lo



escribiera en defensa de la matanza), pero es curioso porque, a continuación de la matanza, Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer estuvieron escribiendo durante varios años una nueva teoría de la historia dominicana basada en las ideas de Lugo, López y Despradel que durante más de dos décadas estuvo siendo difundida y machacada en la radio y en los periódicos y en las escuelas para hacer ver a los dominicanos que si hasta entonces ellos no habían sido capaces de constituir una nación era porque los elementos de los cuales habían surgido no alcanzaron para mucho. Pero eso ya no importaba pues ahora se presentaba la oportunidad de reformar esos elementos y constituir una nueva nacionalidad gracias a la presencia de un hombre providencial que venía a arreglar todos los entuertos de la historia dominicana. Este hombre, claro está, era Trujillo. Creo que nadie puede discutir que durante la Era de Trujillo, y por la influencia de Manuel Arturo Peña Batlle y de Joaquín Balaguer, junto a muchos otros pensadores menores, entre 1941 y 1961, a los dominicanos se les educó y se les estuvo haciendo creer que ellos eran una población mayoritariamente blanca, católica e hispana gracias a que Trujillo los había salvado de la africanización creciente, de la influencia haitiana.

El trujillismo, como ideología, aprovechó el pesimismo anterior que sostenía que los dominicanos habían ido desnacionalizándose desde los días del Tratado de Basilea y la Dominación Haitiana y debido al socavamiento antihispánico y anticatólico de las ideas de Hostos, y sostenía que gracias a la política tutelar de un hombre providencial, ya era nuevamente posible volver al encuentro de las “esencias” de la dominicanidad que tradicionalmente habían sido la hispanidad, la catolicidad y la blancura.

Ahora bien, la ideología trujillista se aceptaba porque tenía un fondo de verdad. Ciertamente era que tradicionalmente ser dominicano había consistido en creer que se era blanco, en creer que se era católico y en creer que solamente se descendía de los españoles o, en el peor de los casos, de los indios y de algunos negros. Ciertamente era que después de más de 100 años de enfrentamientos con los haitianos los dominicanos, que siempre habían tratado de desvincularse del negro, habían llegado a creer que sólo eran negros los haitianos. Ciertamente era que hasta entonces los dominicanos habían sido una población en donde la Iglesia Católica había tenido una influencia excepcional si se juzga la ausencia de serios conflictos entre la Iglesia y el Estado como fue la norma en muchas sociedades latinoamericanas.



La propaganda trujillista confundió a los dominicanos, tanto, que en 1960, por ejemplo, a los empadronadores del censo que se llevó a cabo ese año se les dio instrucciones para que a todo aquél que no fuera evidentemente negro se le empadronara como blanco. De ese hecho el autor fue testigo, como lo fueron muchos otros dominicanos.

Pero hay algo más. El trujillismo fue un optimismo que hizo renacer la confianza de los dominicanos en su propia capacidad para avanzar por sí mismos. El trujillismo, con su propaganda desmesurada sobre la excelencia de lo dominicano, en tanto que identificado con Trujillo y opuesto a lo haitiano, logró desatar energías dormidas en la sociedad dominicana y poner en marcha nuevos esfuerzos para la producción de la riqueza que han servido de base luego para el actual desarrollo económico dominicano.

Pero como el trujillismo como ideología se asentó sobre el racismo y otras falacias históricas, a la caída de la dictadura, cuando los dominicanos entraron en contacto con el mundo exterior, entonces descubrieron que habían sido engañados y se dieron cuenta que eran un país muy pequeño, muy pobre y muy atrasado. Decenas de miles de dominicanos emigraron hacia los Estados Unidos precisamente en el curso de una década que se caracterizó por la revisión de las relaciones raciales en Norteamérica. En New York y en otras partes de Estados Unidos los dominicanos descubrieron lo que muchos puertorriqueños habían descubierto décadas atrás, esto es, que no importaba lo que ellos creían ser, ya que, objetivamente hablando, ellos descendían de padres españoles y de madres africanas y que la mitad del origen de un dominicano no era demasiado diferente del origen de un haitiano. Sobre esto puede haber mucha discusión, pero considero que el descubrimiento de la negritud dominicana transcurre en dos niveles diferentes. Uno es éste que acabo de señalar, esto es, el del contacto de los dominicanos con los grupos de color y otras minorías en los Estados Unidos en unos momentos en que el movimiento de los derechos civiles conmueve aquel país y hace que todo el arte y la literatura, así como los medios de comunicación, sufran un vuelco radical, sobre todo en la segunda mitad de la década del 60. Un segundo nivel es de orden ideológico, y empieza a manifestarse en grupos profesionales e intelectuales universitarios de orientación marxista, que a partir de 1966 empezaron a llamar la atención sobre lo que ellos denominaban “la alienación racial y cultural del pueblo dominicano”. Aunque originalmente impopulares por la



prédica radical y antitradicional de un nuevo racismo antiblanco, la sostenida campaña de estos intelectuales poco a poco ha ido calando en diferentes sectores urbanos de la población dominicana que sensibilizados por las experiencias de subordinación racial de muchas familias dominicanas en Estados Unidos, poco a poco están rechazando la óptica anterior que sostenía que los dominicanos eran mayoritariamente blancos para ahora sostener que los dominicanos son mayoritariamente de color.

De manera que los modos de la percepción racial están cambiando. Y también están cambiando los modos de la percepción religiosa, debido al proceso de secularización en que ha entrado la sociedad dominicana por la modernización creciente de las ciudades, por la influencia de las comunicaciones internacionales y por la pérdida consecuente de la espiritualidad católica tradicional que fue dable observar hasta la guerra civil de 1965. Lo que quedaba de la hispanidad también está desapareciendo pues ya España no es metrópoli para los dominicanos. La metrópoli ha cambiado. Los modelos vienen ahora de la sociedad norteamericana a la cual los dominicanos se han adaptado admirablemente con un entusiasmo solamente comparable al que los indios sintieron en los primeros días en que Colón y sus compañeros les cambiaban espejitos y cascabeles por pepitas de oro.

El punto central del descubrimiento de los orígenes negros del dominicano reside en las actitudes y en la conducta de los emigrantes que regresan a sus comunidades dominicanas procedentes de Estados Unidos. Este intenso proceso que viene produciéndose desde hace más de veinte años ha transformado a estas personas en nuevos agentes sociales de la modernidad, del capitalismo y de la emancipación racial. A través de la simple observación, de conversaciones y de los anuncios que aparecen diariamente en la prensa es posible detectar que luego de casi cuatro siglos persiguiendo una ideología blanca, los dominicanos finalmente se percatan de que no están tan lejos de la negritud, aunque tampoco demasiado cerca. Para los emigrantes dominicanos residentes en Estados Unidos los negros no son solamente los haitianos que se han quedado en su Isla sino también los negros americanos de Harlem o cualquier otro ghetto de las grandes ciudades norteamericanas.

Para el dominicano de color, integrarse a la vida de cualquier centro metropolitano norteamericano constituye una experiencia racial traumatizante que lo hace enfrentarse al hecho de que él es un ser humano de segunda categoría, que vive en un ambiente



social donde se le considera y se le trata como a un negro más de los que proceden de Haití, de las Indias Occidentales o del Africa. El aspecto más intolerable de su vida en los Estados Unidos es el tener que ser tratado como negro y, en consecuencia, el descubrimiento de que *es* negro, después de haber pasado gran parte de su existencia creyendo, pensando y pretendiendo exactamente lo contrario.

Aquí tienen los sicólogos un campo virgen para el estudio del proceso de cambio experimentado en la imagen de sí mismo del dominicano y en la propia percepción como resultado del rechazo social y el aislamiento. He observado que este proceso se lleva a cabo a través de una “reconstrucción del ego”, esto es, aceptando que no se es lo que se pensaba ser y realizando un esfuerzo consciente para identificarse con el nuevo ambiente social. He visto dominicanos que desesperadamente tratan de borrar todo rastro de sus orígenes, comportándose como negros norteamericanos o como africanos, vistiéndose, hablando y bailando como ellos. Para que esto suceda, sin embargo, se requiere un gran dominio del idioma inglés, cosa que pocos dominicanos poseen. Por lo tanto, este proceso es experimentado apenas por una minoría de nuestros emigrantes.

Entonces, ¿qué sucede con la mayoría? Muy pocos de ellos se encuentran solos. Todos sabemos que los emigrantes se incorporan a una de las muchas redes que les aseguran una continuidad social entre la sociedad remitente y los nuevos grupos receptores en los Estados Unidos. Por lo tanto, la ruptura con la República Dominicana y con los valores y actitudes dominicanas no es inmediata.

El proceso de adaptación incluye el descubrimiento gradual y la reestructuración del ego mientras penetran a la nueva subcultura del migrante newyorkino, que en el caso de los dominicanos tiene rasgos culturales hispanos y criollos. Los dominicanos se “ennegrecen” en la medida que los rasgos culturales de esa subcultura se asemejan a aquellos que reconocen como existentes en su cultura de origen. A fines de los años 60 y principios de los 70, el movimiento en defensa de los derechos civiles estaba teniendo un gran impacto en la República Dominicana. Esto era visible en los cambios que exhibían los dominicanos ausentes que regresaban a sus comunidades de origen luciendo afros, raras vestimentas y bailando música disco y salsa. Fueron muchas las familias dominicanas que se escandalizaron con la traumática experiencia de ver a sus



hijos, hijas y parientes hablando en favor de los negros y comportándose como los negros norteamericanos y otras minorías de Estados Unidos, sobre todo porque siempre habían pretendido que no eran negros o, al menos, porque nunca pensaron serlo. En 1976 y por primera vez en la historia, un grupo de músicos dominicanos procedentes de Estados Unidos presentaron un concierto popular de “música negra dominicana”. Sin embargo, no tuvieron mucho éxito pues la reacción de la sociedad en conjunto fue muy negativa frente a la nueva “negritud” que traían consigo los dominicanos ausentes.

Si bien es cierto que los dominicanos descubrieron su negritud en los Estados Unidos, no lo es menos el hecho de que las comunidades de dominicanos ausentes en Estados Unidos se conservan altamente integradas y han logrado fortalecer sus lazos con la sociedad dominicana a través de un desarrollado sistema de remesas y viajes, lo que constituye un obstáculo para el “ennegrecimiento” cultural de los dominicanos ausentes que han aprendido a beneficiarse de la migración sin perder, necesariamente, sus rasgos criollo-hispánicos.

Uno de los factores que mantienen unidos a los dominicanos residentes en Estados Unidos y que a la vez mantienen el tema racial más o menos disimulado es la influencia de los partidos políticos dominicanos. Esto así porque según se ha ido institucionalizando la democracia política en la República Dominicana, y según ha ido en aumento el bienestar económico de las comunidades dominicanas en el exterior, más y más políticos se han dedicado a viajar a Estados Unidos para mantener organizaciones estrechamente relacionadas con los grandes partidos nacionales, las cuales reafirman entre los inmigrantes la idea de que ellos son tomados en cuenta y de que no han perdido sus afiliaciones políticas y culturales con el lar nativo. En mi opinión, esta ingerencia de los partidos políticos nacionales en la vida del dominicano ausente ha alterado el proceso natural de asimilación a los demás conjuntos subculturales que forman los latinoamericanos, los negros, los caribeños y los africanos en los grandes centros metropolitanos del Este de los Estados Unidos. Al mismo tiempo, la participación en las actividades políticas nacionales ha ido fortaleciendo el concepto de etnicidad entre los emigrantes.

En consecuencia, la idea hasta ahora sustentada entre algunos académicos dominicanos y norteamericanos de que la asimilación de los dominicanos ausentes por estos grupos subculturales en Esta-



dos Unidos es automática, debe ser revisada. Lo que los dominicanos han tomado de estos grupos es aquello que ya existía en su propia cultura, aun cuando no hubiera sido aceptado antes de manera universal. Tomemos como ejemplo el caso de la práctica religiosa. Los dominicanos se autodefinen como católicos, y si bien es cierto que al llegar a Estados Unidos muchos dominicanos ausentes buscan la iglesia católica más cercana a su domicilio, otros muchos se dedican a la práctica de la santería o del vudú en cualquiera de sus múltiples manifestaciones. Creo que resultaría muy difícil probar que ésto se debe a la influencia de la migración ya que en la República Dominicana está muy extendida la práctica de la santería y del culto vudú, y éstas religiones, de hecho, han sido trasplantadas en los Estados Unidos por los emigrantes caribeños. Podríamos decir casi lo mismo en cuanto a los bailes en vista de que casi todos los nuevos ritmos de la música negra en los Estados Unidos eran, en una u otra forma, familiares a los inmigrantes mientras éstos vivían en la República Dominicana.

La impresión que he logrado recoger en cuanto a la percepción racial es la siguiente: los dominicanos residentes en la Isla o en los Estados Unidos, sin importar el color de su piel, aún piensan que sus orígenes no son africanos y esto es algo que tienen a mucho orgullo. Cuando se comparan con los negros americanos, los dominicanos se consideran físicamente mejores, más desarrollados y hasta más educados ya que la mayoría de los contactos tiene lugar en los ghettos o en las factorías.

A los emigrantes dominicanos se les hace muy difícil entender la violencia, el crimen y la falta de seguridad existentes en las grandes ciudades norteamericanas y tienden a relacionar el crimen y la violencia con los negros, influenciados quizás por los medios informativos. Aconsejan a sus hijos sobre la peligrosidad de los negros, enfatizando las diferencias existentes en términos educativos y raciales frente a los negros americanos quienes, en lo más profundo de sus mentes, tienen más similitud con los haitianos que con ellos.

Sin embargo, los dominicanos residentes en los Estados Unidos saben que ellos no son blancos porque no son reconocidos como tales por los mismos blancos ni por los negros norteamericanos. Las reacciones ante este hecho difieren de acuerdo con el individuo, pero creo que pueden distinguirse dos patrones.

Uno es el de la generación más vieja que trabaja y ahorra dinero con el propósito de regresar “algún día” a su país. Este



grupo en general acepta la discriminación y la considera como el precio que hay que pagar para conseguir un trabajo, ahorrar y enviar dinero a sus familiares en la Isla. El otro grupo es el de los jóvenes que han nacido o crecido en los Estados Unidos y han ido a la escuela en los ghettos negros y, por supuesto, son considerados como negros por sus compañeros de clase y por el medio social.

Es dentro de esta nueva generación donde suceden los verdaderos cambios en la etnicidad, en los valores raciales y en las percepciones. Como muchos de ellos nunca regresan a la patria y cuando viajan a ella, si lo hacen, es sólo en Navidad o durante la temporada de verano, entonces podemos deducir que su impacto en la sociedad dominicana es menor que el de la televisión, las películas norteamericanas o la música disco.

En conclusión, la migración ha afectado la percepción racial de muchos emigrantes dominicanos, pero no ha alterado significativamente el sentido de etnicidad y nacionalidad en la República Dominicana, donde la estructura de clases aún representa una estratificación racial colonial y donde la mayor aspiración de un dominicano es la de no ser negro o, por lo menos, no ser reconocido como tal. Creo que el papel que han jugado los partidos políticos nacionales así como la permanencia de los lazos sociales y culturales, gracias a la era del jet, de las comunicaciones telefónicas y de la televisión vía satélite, merecen ser estudiadas para poder explicar más a fondo las actitudes desasimilatorias de los dominicanos.





15. Los Historiadores y la Percepción de la Nacionalidad

El tema central de las siguientes páginas es el examen de la percepción de la dominicanidad en la obra de nuestros historiadores y cómo esa percepción ha ido variando a medida que los tiempos y circunstancias han influido en su forma de escribir y de enjuiciar la historia dominicana. Tal vez sea útil, para comenzar, iniciar nuestro recuento con los dos historiadores clásicos dominicanos que trabajaron en la reconstrucción de nuestro pasado en el Siglo XIX y a partir de quienes la historia dominicana adquirió categoría de disciplina en el mejor sentido del término. Me refiero, como ustedes se imaginan, a Don Antonio Del Monte y Tejada y a Don José Gabriel García. Estos dos señores publicaron las primeras obras generales de historia dominicana que se escribieron para el país. El primero de ellos, Del Monte y Tejada, comenzó su obra en 1816, en Cuba, después de haber emigrado a causa de la invasión de las tropas haitianas que comandaba el General Dessalines. Su historia es una narración de lo que él pudo reconstruir sobre la vida colonial de Santo Domingo. Consta de cuatro tomos, el primero es en su mayor parte una copia fiel del Diario de Colón extraída quién sabe cómo de los manuscritos de la *Historia de las Indias* de Bartolomé de las Casas que entonces no se había impreso. El segundo es un fragmentario recuento de los principales hechos de armas e incidentes políticos de la colonia dominicana en los siglos XVI y XVII y el tercero es un ensayo de historia socio-política de las colonias española y francesa de la Isla durante el siglo XVIII. El cuarto es una recopilación de los principales documentos que él utilizó en la preparación de su obra, especialmente para su tomo sobre el siglo XVIII, que es el más completo de los tres. Como ciudadano español que era, Del Monte y Tejada intenta explicar y jus-

tificar la presencia de España en Santo Domingo. De su obra se ha dicho que sus rasgos más sobresalientes son su *hispanismo* radical, su *narrativismo* metodológico y su *providencialismo* católico. Fíjense bien: Hispanismo, narrativismo y providencialismo son los rasgos que al decir de los que han escrito sobre estos asuntos caracterizan la obra de este primer historiador que es Antonio Del Monte y Tejada.

El otro es Don José Gabriel García, quien ha sido llamado muchas veces “el padre de la Historia Dominicana”, pues él fue el primero en intentar escribir una historia que presentara cierta continuidad cronológica, desde el Descubrimiento hasta el último cuarto del siglo XIX. De García se ha dicho con mucha razón que nadie como él conoció la historia dominicana de su época, especialmente en lo que respecta a los esfuerzos de los dominicanos por convertirse en una nación independiente. José Gabriel García es el padre de la historia nacional pues toda su obra, que son muchos títulos, pero entre los cuales se destaca su monumental *Compendio de Historia de Santo Domingo*, se orienta a establecer cuáles fueron los hechos que contribuyeron a institucionalizar la dominicanidad con la consolidación política de aquella entidad que al principio pareció a algunos tan carente de futuro y de viabilidad pero que terminó llamándose República Dominicana. Hay en la obra de José Gabriel García rasgos y postulados ideológicos que más tarde cobrarían fuerza en las obras de otros historiadores, por ejemplo, el sentido de la hispanidad como razón de ser de la supervivencia nacional y de la formación de la dominicanidad amenazada de ser absorbida o aniquilada por los ocupantes haitianos que gobernaron la parte del Este de Santo Domingo durante 22 años, sustituyendo la dominación española por una dominación republicana cuyos matices culturales e institucionales eran de origen francés o africano. No debe olvidarse que las guerras de Independencia que se libraron en Santo Domingo fueron llevadas a cabo contra ejércitos invasores haitianos y que García, un soldado que peleó en esas guerras era heredero de aquella cultura hispánica criolla imbricada profundamente con el catolicismo y con un espíritu de clase establecido parcialmente sobre consideraciones raciales. Como en Santo Domingo el proceso de emancipación transcurrió en forma diferente del resto de los países de Hispanoamérica, García no alcanzó a ver a los dominicanos como un grupo criollo que luchaba contra un imperio explotador como llegó a ser el español en América sino que percibió a su pueblo como un reduc-



to hispánico que había quedado abandonado en medio del Caribe desde hacía varios siglos y que, pese a ese abandono, había luchado contra toda clase de enemigos para mantener su identidad cultural y la soberanía de España en esas tierras de Santo Domingo; reducto hispánico que a la hora de buscar su independencia de España en 1821 había caído bajo la dominación haitiana y que en 1844 inició una guerra que duró unos quince años para emanciparse de un invasor de raíces culturales diferentes. Por eso la historia de García, que es la historia de la formación original de la nacionalidad dominicana, presenta rasgos de *hispanismo*, de *antihaitianismo*, de *catolicismo*, de *tradicionalismo*, pues la tradición fue una de las principales fuentes que él utilizó, y ocasionalmente de *providencialismo*.

Debo decirles que con la obra de García, que comenzó originalmente como un Compendio para el uso de las escuelas, se formaron dos generaciones dominicanas hasta que, en 1922, apareció otra obra muchos de cuyos datos eran extractados de la suya con excepción de los últimos capítulos que eran una cronología del autor cuyo nombre fue Bernardo Pichardo. La obra de Pichardo sustituyó a la de García y a otra que se parecía bastante a la suya que había sido escrita por Don Manuel Ubaldo Gómez. La obra de Pichardo, vino a ser así el catecismo histórico dominicano durante los cincuenta años a partir de 1922, esto es, hasta hace unos cuantos días. Su *Compendio de Historia Patria* resume todas las cualidades de las obras de los autores ya mencionados (hispanismo, providencialismo, narrativismo, antihaitianismo, cronologismo y falta de sentido crítico), con la particularidad de que el estilo retórico en que el autor escribió la obra hacen más patentes esos rasgos y hoy en día mencionar entre ciertos círculos este libro resulta poco menos que una mala palabra. Sin embargo, ahí se formaron las nuevas generaciones dominicanas y la visión de la historia que de ahí se desprende es la que se enseñó en las escuelas a todos los muchachos durante tres generaciones. Como de la obra de García nunca se hicieron ediciones posteriores a la tercera que fue en 1893, hasta hace varios años (1968), el Compendio de Pichardo se convirtió así en *LA Historia Dominicana*. Una especie de Biblia histórica donde estaba toda la verdad de lo que había ocurrido en la Isla desde la llegada de Colón hasta la llegada de los americanos en 1916.

Incidentalmente hay que recordar las muchas controversias que se suscitaban en la escuela por la lectura de las únicas 45 pági-



nas dedicadas al período colonial (que compone los primeros 330 años de los 400 y tantos de nuestra historia) porque en ellas se narra la batalla de un puñado de españoles dizque contra doscientos mil indios armados con arcos y flechas. Según la tradición, recogida como verdad histórica por Del Monte y Tejada y recogida por Pichardo, no bien había comenzado la batalla, la Virgen de las Mercedes se apareció encaramada en un níspero para favorecer a los cristianos y todas las flechas que los indios les lanzaban les eran devueltas por la Virgen, todo lo cual produjo un enorme pánico entre los indios quienes se vieron obligados a salir huyendo. ¡Una Virgen encaramada en un níspero ayudando a los españoles a vencer a los indios!

Detalles como éste que provocaban desconfianza entre los estudiantes menos crédulos, unidos al estilo pomposo de Bernardo Pichardo o al muy culto pero barroco estilo de José Gabriel García, contribuyeron notablemente a que los dominicanos llegaran a detestar los estudios históricos y consideraran esta ciencia la más árida de todas las actividades intelectuales. Muy pocos se ocuparon del estudio sistemático de la historia dominicana con excepción de unos cuantos hombres excepcionales que conviene mencionar para tener una idea cabal de lo que hablamos. Uno de esos hombres fue el Dr. Apolinar Tejera, quien dedicó la mayor parte de sus esfuerzos a expurgar la historia de una buena cantidad de errores que la tradición había legado a Tejada, García y a Pichardo. Con su libro *Rectificaciones Históricas* el respeto a la tradición quedó muy mal parado y a partir de entonces los documentos empezaron a hablar con más fuerza entre los pocos que se interesaban en la historia dominicana. Quiero aclarar, sin embargo, que nadie fue más respetuoso por los documentos y su testimonio que Don José Gabriel García y que el mismo Antonio Del Monte y Tejada. Lo que ocurrió cuando ellos escribieron sus historias fue que había hechos sobre los cuales habían tradiciones tan fuertemente arraigadas que nadie, ni siquiera ellos mismos, era capaz de dudar sobre su fundamentación histórica.

Con todo, puede decirse que Apolinar Tejera abre un nuevo momento en la historia de la historiografía dominicana que muy bien podríamos llamarlo *documentalista*, pues casi al mismo tiempo que él elaboraba sus trabajos de rectificación histórica otro dominicano, el Licenciado Don Américo Lugo se había ido a Europa a visitar los archivos españoles y franceses y, al cabo de algunos años de intensa labor, legó al país la primera colección de copias



de documentos coloniales depositadas en archivos extranjeros. El ejemplo de Lugo muy pronto fue seguido por otro investigador, el Licenciado Máximo Coiscou Henríquez, quien también fue a España y desenterró del Archivo General de Indias bastantes documentos sobre las postrimerías del siglo XVIII y los principios del siglo XIX que Lugo, que se había dedicado a los siglos anteriores, no había tenido ocasión de ver. al tiempo que Coiscou buscaba sus documentos, también lo hacía otro investigador, el capuchino Fray Cipriano de Utrera, quien pasó varias temporadas, de varios años cada una, sumergido en el Archivo General de Indias y quien llegó a conocer tan profundamente la vida colonial dominicana, especialmente en lo que a cuestiones eclesiásticas y militares se refiere, que es fama que sus libros los escribía directamente él mismo en el linotipo. A Fray Cipriano siguió Don Emilio Rodríguez Demorizi, el más formidable trabajador que haya producido la historiografía dominicana hasta hoy. Asiduo visitante a prácticamente todos los archivos europeos que tienen que ver algo con la historia dominicana, Rodríguez Demorizi ha publicado hasta la fecha más de cien volúmenes sobre los más diversos aspectos de la vida dominicana que son verdaderos modelos del arte y la ciencia editorial en materia de documentación histórica. A propósito de trabajos de recopilación en los archivos españoles conviene tener presente al Dr. J. Marino Incháustegui quien durante muchos años trabajó en el Archivo General de Indias, en Sevilla, y en el Archivo General de Simancas, donde hizo copiar miles de documentos relativos a la historia de los gobernadores y capitanes generales de Santo Domingo en el período colonial. Esta enumeración de historiadores quedaría muy incompleta si yo no mencionara al Dr. Vetilio Alfau Durán, quien ha dedicado toda su vida, con un celo refinado similar al de Apolinar Tejera, a rectificar, dilucidar y precisar cuestiones de primera importancia que han lastrado la labor de reconstrucción histórica en la República Dominicana. Alfau Durán ha especializado sus labores en la bibliografía y la biografía históricas y puede decirse que casi nadie lo supera en cuanto al conocimiento del acontecer cotidiano de la vida dominicana a lo largo del siglo XIX. Su dominio de la historia eclesiástica dominicana posiblemente no sea superado por nadie dentro ni fuera del país. Otro investigador que también ha trabajado intensamente en los archivos españoles ha sido el Licenciado César Herrera, quien logró conseguir después de dos años de trabajo en Sevilla unos 25 volúmenes de documentos depositados hoy en el Archivo General



de la Nación. Este grupo de investigadores componen el núcleo de historiógrafos que ha cumplido con la misión de poner a disposición de los dominicanos de hoy varias decenas de miles de documentos que de no haber sido por sus trabajos estarían hoy sepultados entre los olvidados legajos de los archivos extranjeros. Puede decirse que si existe en estos días un movimiento de renovación en cuanto a los estudios históricos se refiere, ello se debe en gran medida a la posibilidad de manejar materiales de primera mano con que cuentan hoy los historiadores dominicanos.

Ahora bien, los “documentalistas” también han escrito sus propias obras que van más allá de la simple recopilación de documentos. Y lo interesante del caso es que algunos de ellos escribieron sus obras junto con otros intelectuales a quienes tocó vivir sus mejores años dedicados al quehacer político durante ese período que se conoce como la Era de Trujillo. La moderna historiografía dominicana no se comprende cabalmente si no se conoce lo que ocurrió en la República durante la Era de Trujillo y si no se tiene en cuenta el clima intelectual en que se vivió durante esos 31 años. Trujillo fue la encarnación del Estado. Y, además, Trujillo fue un tirano que instituyó su tiranía a sangre y fuego. Pero Trujillo fue una revolución en la República Dominicana. Llegó al poder en 1930 y lo que encontró fue una sociedad rural, tradicional, biclasista y precapitalista, y cuando murió dejó una sociedad desarticulada y subdesarrollada, en vías hacia el capitalismo dependiente, en rumbo hacia una urbanización caótica provocada por un cierto crecimiento industrial que contribuyó a generar, además, una clase media emergente y amplios sectores obreros que hasta entonces no existían. La presencia avasalladora de Trujillo y de su ejército en la vida dominicana, con todas las transformaciones que ello implicaba, impresionó notablemente a los intelectuales dominicanos provenientes de una baja clase media empobrecida, que hacía tiempo buscaba una explicación a su situación, y buscaba asimismo un gobierno que le diera sustancia política a sus aspiraciones continuamente olvidadas por los grupos dominantes tradicionales. De ahí que andando el tiempo la literatura política dominicana se inclinó hacia la historia en búsqueda de una explicación justificativa a la presencia de Trujillo en el poder, y después de algunos esfuerzos dio con una buena cantidad de explicaciones. La historia, se dijo, “enseñaba” que los dominicanos habían vivido de una revolución en otra, de un gobierno en otro, de caos en caos. Ahora Trujillo ofrecía la continuidad y la inalterabilidad institucional y



política: luego, Trujillo era necesario. La historia dominicana, también se dijo, “demostraba” que la dominicanidad siempre estuvo amenazada por la presencia de ejércitos haitianos en territorio nacional; Trujillo había asesinado 18,000 haitianos para salvar la dominicanidad: luego, Trujillo era el salvador de la nacionalidad. Igualmente se afirmó que la historia “demostraba” que antes de Trujillo no había habido cambios económicos y sociales de trascendencia; ahora se comprobaba que el país marchaba de transformación en transformación: luego, Trujillo era el hombre providencial llamado a conducir para siempre los destinos nacionales. Y así sucesivamente...

Así fue surgiendo una historia trujillista en la cual se recogieron y se reinterpretaron los postulados básicos de la historiografía tradicional para hacer aparecer a Trujillo como el defensor de una dominicanidad de orígenes hispánicos amenazada de muerte por la presencia haitiana, y para hacerlo aparecer como el constructor de una nacionalidad que no existía, pues había estado igualmente permeada y absorbida por la influencia haitiana que desde 1859 había dejado de hacerse sentir militarmente para penetrar pacífica y subrepticamente en el país. La *dominicanidad* fue exaltada como el más puro de los sedimentos *hispánicos* que quedaba en el Nuevo Mundo, cuyo constituyente esencial era el *catolicismo* heredado de la Madre Patria luego de una labor civilizadora que se inició en los mismos días de la Conquista y que no terminó sino después de las invasiones y ocupaciones haitianas y de la tarea disolvente de los filósofos antiespañoles como lo fue el ilustre pensador Eugenio María de Hostos. Como Hostos era positivista y el positivismo era enemigo del catolicismo, también fue erradicado todo elemento positivista de las escuelas dominicanas, de manera que la dominicanidad, esto es, la *hispanidad* y la *catolicidad* quedarán debidamente protegidas. Esa hispanidad tenía que ver mucho con la raza, con la *blancura* de la población dominicana, cuya hibridación con los antiguos esclavos africanos no había sido suficiente para eliminarla y por lo tanto podía contrastarse con sus vecinos haitianos que además de ser negros practicaban vodú. Y siendo el vodú un rito primitivo, una práctica diabólica, un culto hacia entidades espirituales que si tenían existencia debía ser de un orden inferior, los dominicanos no podían ser otra cosa como no fueran superiores a los haitianos...

Como se ve, lo que tiene lugar durante la Era de Trujillo es la manipulación de la historia para la justificación del régimen polí-



tico de entonces. Es la búsqueda de las esencias hispánicas que realmente existían y todavía existen en el pueblo dominicano, para mostrar a los dominicanos cuán necesario era ese régimen que preservaba las más viejas y profundas esencias de la nacionalidad. No hay duda de que los dominicanos somos un pueblo de cultura hispánica, de antecedentes religiosos católicos, con una autopercepción racial que nos hace creer que somos de raza blanca cuando en realidad somos una comunidad mulata. Pero no hay duda que la exaltación de ese catolicismo, más aparente que real, de ese hispanismo tan mezclado con ingredientes africanos y hasta aborígenes, y de esa blancura tan mezclada con sangre negra, vino a ser una especie de tergiversación de la verdadera personalidad histórica del Pueblo Dominicano y alteró notablemente su conciencia nacional al hacerle creer que estaba compuesto por una proporción alterada de sus verdaderos ingredientes étnicos, religiosos y culturales. Esta tergiversación empezó a ser patente en cuanto murió Trujillo y la intelectualidad trujillista, con razón y sin ella, se vio abiertamente combatida por una nueva intelectualidad que también se fue a la Historia a buscar la justificación de sus posiciones políticas, en este caso del antitrujillismo.

El primer rasgo notable de esta intelectualidad fue su *antitradicionalismo* y su rechazo de todo (y subrayo todo) lo que los historiadores anteriores habían escrito, arguyendo que la historiografía tradicional estaba llena de vicios ideológicos que han deformado la naturaleza real del pueblo dominicano. El segundo rasgo fue, claro está, su *antitrujillismo*, pues la escuela trujillista había derivado hacia la exaltación de los supuestos ideológicos tradicionales para justificar el carácter providencial de Trujillo como el gobernante que venía a construir una nacionalidad aparentemente inexistente, y para justificar, además, la política antihaitiana de Trujillo que llegó a ser la vía única y necesaria para salvar al país de la extinción nacional frente a un enemigo desnacionalizante y absorbente como era la cultura haitiana. De manera que al hispanismo tradicional, convertido en ideología oficial en tiempos de Trujillo, la nueva historiografía dominicana buscó oponer un contenido nuevo que vendría a ser la *negritud*. Se hizo notable el empeño de estos autores por destacar las raíces africanas del pueblo dominicano y las similitudes raciales, culturales y hasta políticas, existentes entre los haitianos y los dominicanos, tratando de establecer una nueva óptica que se fundamentaría en la supuesta unidad histórica de ambos pueblos.



En este orden de cosas el marxismo fue el instrumento conceptual utilizado por estos historiadores. Frente al método tradicional, dijeron ellos, había que utilizar un nuevo método científico, que no sería otro, al decir de ellos, que el materialismo histórico. De ahí que en la mayoría de sus escritos, normalmente apareciera como artículo de fe la declaración, previa al examen mismo de las fuentes o al análisis de las mismas, de que sus trabajos *son o serán* investigaciones científicas porque ellas han sido realizadas utilizando como método el materialismo histórico que, al decir de ellos, *es el único método* de la investigación histórica. Como los historiadores tradicionales no conocieron a Marx ni el marxismo, luego todo lo que ellos dijeron o escribieron no es científico y, por lo tanto, falso o tendencioso, pues ha debido responder a una ideología de clase, en este caso de la clase dominante, que fue a la que los historiadores tradicionales pertenecieron. La verdad histórica, según ellos, residiría entonces en el método, no en las fuentes. De ahí el descuido por las fuentes frente al profundo respeto por las autoridades, singularmente por las autoridades del marxismo. Y por ello lo más corriente fue leer en libros o folletos o artículos que se suponía, porque así lo anunciaban sus autores, que eran investigaciones científicas, como muchas veces se consideraba más valioso lo que Marx, Lenín o Engels declararon hace muchos años para otras sociedades que lo que los documentos primarios sobre los hechos reales podían decir sobre los procesos históricos supuestamente estudiados. Así, un rasgo también observable fue que sus miembros escribieron con mucha mayor frecuencia sobre los méritos que podría tener el materialismo histórico si se aplicara al estudio de la realidad dominicana, que lo que lograron escribir como investigadores aplicando el materialismo histórico a las evidencias que han podido quedar de nuestro pasado. De ahí que muchas veces un lector medianamente cuidadoso encontrara que lo que se suponía iba a ser una investigación histórica, esto es, una reconstrucción crítica de una época dada, no fuera más que una consideración propagandista de tesis preconcebidas sobre determinados hechos o personajes. Y aunque todavía quedan hoy algunos escritores que persisten en desconocer las fuentes documentales, aparentemente esa situación que se produjo hace algunos años parece estar cambiando tal como lo demuestran algunas obras aparecidas recientemente que, aunque insisten en los mismos supuestos, empiezan ya a reflejar una corrección de la óptica anterior que se mantuvo ciega al enorme legado positivo de los historiadores



tradicionales y de los que hemos llamado hace un momento documentalistas.

Hacia dónde derivará la historiografía dominicana en los próximos años es todavía difícil de establecer. Como se puede ver, la historia es un quehacer que no se lleva a cabo en fríos laboratorios sino al calor de la vida política y cultural de los pueblos y si algo enseña ella es que es capaz de cambiar con la misma rapidez de las circunstancias sociales y políticas de una comunidad determinada. Sin embargo, a pesar de los cambios, algo queda. Y eso es la noción del flujo de los acontecimientos, la idea de que las cosas se originaron de una manera y concluyeron o evolucionaron de otra manera. En el caso dominicano esa noción todavía está incompleta, no porque las opiniones y percepciones de los historiadores hayan cambiado con los tiempos y circunstancias, sino porque en este país no se enseña suficiente historia en las escuelas. Y eso, esa falta de enseñanza acerca de nosotros mismos, es fatal para la formación de una clara conciencia de la dominicanidad porque al no saber colectivamente qué hemos sido y por qué hemos llegado a ser lo que somos, la historia se ha quedado en manos de élites que la han escrito conforme a sus propias circunstancias y el pueblo, la mayoría, ha quedado fuera del proceso de intelección de la idea nacional y sólo ha recibido las nociones e informaciones que le han llegado a través de la propaganda oficial o de la propaganda anti-oficial.

Normalmente oigo a la gente quejarse de la falta de conciencia nacional entre la población dominicana. Desde tiempos de Hostos se viene repitiendo que los dominicanos no sabemos lo que somos y que, por lo tanto no formamos una nación. Tanto se repitió ese aserto durante los primeros treinta años de este siglo que cuando Trujillo llegó al poder encontró el terreno perfectamente abonado para que sus ideólogos y justificadores montaran toda una nueva concepción de la historia dominicana basada en un providencialismo político que hacía aparecer aquel régimen como el único que había sido capaz de construir la nacionalidad dominicana. Tan falso fue ese providencialismo trujillista que después de la desaparición de ese régimen muchos dominicanos han vuelto a la inseguridad original y hoy hay quienes insisten en que los dominicanos no somos una nación porque no tenemos conciencia de nuestra dominicanidad. Hace unos días, por ejemplo, un prominente educador dominicano observaba con inquietud, en un artículo publicado en la prensa diaria de Santo Domingo, que tenía



la “impresión de que en nuestro país no existe realmente un verdadero sentimiento de Patria”, y decía que “tenemos a los Padres de la Patria, tenemos Bandera Nacional, pero ¿qué significan los Padres de la Patria y la Bandera Nacional para los dominicanos?” Los primeros, decía este educador, representan personajes históricos que tuvieron méritos, pero que la mayor parte no sabe en qué consisten fundamentalmente esos méritos. “La Bandera es un símbolo que tampoco tiene para muchos un significado trascendente como símbolo de la Patria.”

De ser cierta esta afirmación, eso significa que a pesar de los esfuerzos de los historiadores por encontrar explicaciones a la formación y naturaleza de nuestro ser nacional, todavía hace falta algo que lleve al seno del pueblo la noción de lo que somos realmente, o por lo menos, de lo que creímos ser en otros momentos particulares de nuestra vida nacional.

Y ese algo no puede ser otra cosa que la educación permanente de los dominicanos sobre sí mismos, no puede ser otra cosa que la enseñanza permanente de nuestra propia historia desde los primeros años de la vida escolar hasta los últimos grados de la enseñanza superior. Actualmente los dominicanos crecen sin saber mucho acerca de sí mismos. Como se sabe, la mayoría de nuestros niños no llega al cuarto curso de la escuela primaria, y los que llegan y continúan sus estudios apenas reciben clases de historia en el cuarto y en el quinto cursos de la escuela primaria, y no es sino seis o siete años más tarde cuando en la escuela secundaria se les vuelve a dar clases sobre el pasado de su país y sobre los valores que implica este pasado. Si el joven no llega a la universidad, esos tres cortos cursos fueron todo cuanto recibió de enseñanza sobre su país y para esa fecha los conocimientos recibidos habrán sido tan fragmentarios que su idea de lo que es esta nación, y cómo llegó a serlo, es tan débil que apenas podrá resistir la influencia de culturas más agresivamente definidas que, por las razones que sean, están penetrando a gran velocidad en la República Dominicana. De ahí que muchos jóvenes y adultos no sientan vergüenza alguna en americanizarse a su manera, por un lado, o en haitianizarse, a la manera de otros, por otro lado.

Si en la República Dominicana no se pone en práctica cuanto antes un programa que lleve la historia dominicana a las escuelas, día tras día y año tras año, en todos los cursos de las escuelas primaria y secundaria, no está lejos el día en que los dominicanos prefieran dejar de ser lo que son para acogerse a los dictados de otras



potencias con culturas bien definidas porque sus ciudadanos supieron defenderlas creando conciencia nacional en cada uno de ellos a través de la enseñanza de su historia en las escuelas. Y para los que no crean que ese día está más cerca de lo que parece, me permito recordarles que desde no hace poco aquí hay gente que prefiere ser gobernada por chinos o por rusos antes que por nosotros mismos, así como aquí hay un Jefe de Estado que una vez prometió renunciar a su cargo frente al Presidente de los Estados Unidos, antes que hacerlo frente al Congreso de su propio país, que, teóricamente, debe ser el representante del pueblo dominicano.

Creo que si aquí existiera una población más consciente de sus valores históricos, los dominicanos estaríamos más empeñados en buscar la solución de nuestros problemas dentro de nosotros mismos, porque si una otra cosa enseña la historia dominicana, ésta es que nunca ningún poder extranjero ha intervenido en este país para ayudar a perfilar nuestra dominicanidad conforme a nuestro propio genio nacional, tal como lo demuestran la ocupación haitiana, la ocupación española y la ocupación norteamericana.

Se dice que la historia, puesto que varía con los tiempos, no puede dejar lecciones para el futuro. Sin embargo, en sus variaciones la historia también va enseñando otra cosa y esta es que la verdad, a la corta o a la larga, prevalece, así sea en la consumación de los siglos. Lo importante es incorporar a la totalidad de la población en la búsqueda de la verdad histórica a través de su enseñanza permanente, en las escuelas, no importa cómo la escriban los historiadores, pues el pueblo por sí mismo sabrá encontrar el camino de sus propias definiciones.



16. Intercambio Cultural y Desarrollo

Hablar del Intercambio Cultural y el Desarrollo constituye para mí, conjuntamente, un placer y un grande honor, pues hoy conmemoramos el cuadragésimo aniversario del programa de intercambio educativo y cultural en el cual participé como becario durante los años 1968 y 1969, gracias a lo cual pude realizar estudios de Historia de América y Europa en la Universidad de Georgetown, en Washington, y logré enriquecer mi vida con un millón de hermosas experiencias que me han ayudado a lo largo de los años a entender mejor el mundo que me rodea. Les ruego que perdonen ustedes el tono personal de este discurso, pero me va a ser muy difícil hablar hoy ante ustedes sin hacer referencia a lo que he aprendido en mi contacto personal con las personas que manejan éste y otros programas de intercambio cultural en el país, y con los cientos de estudiantes y personas que se han beneficiado de ellos.

Recuerdo todavía muy claramente cuando gané mi beca en 1967 en un concurso en el cual participaron varios profesores universitarios. Recuerdo, también, los incidentes de los preparativos de mi viaje a los Estados Unidos. Yo nunca había salido del país hasta ese momento y para mí aquello era la realización de un sueño muy acariciado. No me olvido, ni creo que pueda olvidarlo nunca, haber llegado en lo peor de un invierno lluvioso y gris a la ciudad de Washington, donde me esperaba una especie de angel guardián, que resultó ser la encargada del Programa Fullbright-Hays allí, una dulce señora de origen francés de apellido Culver. El viaje desde el aeropuerto de Friendship, en Baltimore, a Washington, en autobús, que luego he repetido muchas veces, fue para mí una tremenda experiencia pues mi inglés apenas servía para pedir



ham and eggs y, a pesar de las instrucciones que yo confiaba estar siguiendo al pie de la letra, nunca estuve seguro de haber tomado el autobús correcto.

Viendo las cosas en retrospectiva, creo que tuve una suerte muy grande pues por alguna razón que nunca llegué a descubrir la señora Culver se había tomado la molestia de reservarme una habitación en una casa de estudiantes extranjeros llamada The International Student House, manejada por una organización de cuáqueros en el fomento de la convivencia internacional. Allí me quedé durante todo el tiempo que duraron mis estudios conviviendo día tras día con muchachos y muchachas de todas las naciones, razas y religiones. Imagínense ustedes lo que podía significar para un muchacho de 22 años, que había pasado la mayor parte de su vida en La Vega, un pueblito pobre situado en el mismo centro de una isla tropical, cuyo único contacto con el mundo exterior había sido a través de los libros y de historias de los viajes familiares o de los extranjeros que visitaban mi casa, lo que podía significar verme de un día para otro rodeado de numerosos jóvenes de diversas edades y nacionalidades y lenguas tratando todos de hacer vida común y luchando cada uno por aprender un idioma común que acercara algo nuestras diferencias culturales. Dependiendo de las circunstancias y de las personalidades, la lucha con el inglés era algo cómico, patético y dramático.

Para mí, aquélla fue la parte más traumática de mi estancia en los Estados Unidos. Seis horas diarias de aprendizaje continuo en la universidad en un entrenamiento intensivo me obligaron a aprender inglés en diez semanas, de tal manera que el mismo día en que yo me encontraba sumido en la mayor de las tristezas convencido de que nunca aprendería a hablar inglés fluentemente, y diciéndome que lo mejor que podía hacer era regresarme a mi país, vino mi profesor y me anunció que el lunes próximo tomaba mi primer curso en ciencias políticas en el programa de verano de la escuela de graduados. Pese a mis protestas, no pude quedarme estudiando inglés pues ya mis profesores sabían lo que no sabía que sabía. Después aprendí que a casi todos los estudiantes les pasa lo mismo aunque parece que unos sufren más que otros.

Al verme solo y obligado a estudiar Teoría de los Sistemas Políticos y otras extrañezas por el estilo decidí tomar las cosas filosóficamente. Hice amistades y me dispuse a hablar tanto como podía, hasta que un buen día alguien me preguntó: “¿De qué parte de los Estados Unidos es usted? No puedo precisar su acento”.



Como por encanto descubrí que ya la gente me entendía y que ya podía pasar la prueba de esa xenofobia provinciana norteamericana que no perdona a quien no hable su propio idioma, presente aún en ciudades tan cosmopolitas como la capital de los Estados Unidos.

Durante el tiempo que estuve en los Estados Unidos estudiando, me dediqué a escribir mucho, a leer todo lo que podía, a viajar tanto como me era posible y tuve la oportunidad de tratar con miles de personas cuya humanidad —cultura, dirían los antropólogos— me era hasta ese momento totalmente desconocida. En ese entonces yo tenía vicio por escribir (escribía más cuartillas que cualquier periodista en funciones) y en esa época me gustaba mucho escribir cartas registrando todas mis experiencias a unas cuantas personas que se interesaban en lo que yo hacía. En muchas de esas cartas, recuerdo, siempre salía a relucir mi íntima admiración por los cambios que se producían día tras día en mi modo de ver las cosas cotidianas. Y lo que es más importante, la conclusión, a la que yo llegaba cada día, en el sentido de que la Humanidad es una sola y única cosa y que las diferencias que existen entre los hombres son meros accidentes culturales que en nada afectan la identidad última del Hombre.

Aquéllos fueron años de intensa prueba para todo el mundo. Los estudiantes que vivíamos en los Estados Unidos no podíamos escapar a las tensiones sociales y económicas que producía la guerra de Vietnam, ni a la intensa inestabilidad política que provocaba la lucha de los negros y las minorías por sus derechos civiles, ni a los gigantescos conflictos de conciencia que habían arrojado sobre el pueblo norteamericano los asesinatos de los hermanos Kennedy y de Martin Luther King. La música de los Beattles, los desórdenes estudiantiles, el lanzamiento de los cohetes tripulados a la luna, las elecciones en que Richard Nixon resultó electo Presidente, el hecho de que los negros eran libres pero seguían viviendo en ghettos y ocupaban los estratos más bajos de la sociedad norteamericana, o el haber presenciado un toque de queda en la misma capital de los Estados Unidos, e incendios de protesta a varias cuadras de la Casa Blanca y a dos esquinas de mi propia casa; todo esto generaba una gran inquietud social que me hizo descubrir que por detrás de la solidez y la majestad de las instituciones democráticas de los Estados Unidos, cuyo Estado siempre me pareció la resurrección moderna de la Roma republicana, se encontraba una sociedad viva y palpitante en intenso proceso de cambio y de ajuste consigo misma.



Poco a poco, me fui despojando de todas las ideas preconcebidas con las que había llegado acerca de mi propio país y acerca de los Estados Unidos y, en especial, acerca del resto del mundo. El contacto intenso, íntimo muchas veces, con personas de todo el mundo me convenció de que sólo existe una única humanidad, dividida en mundos económicos —uno industrial, otro en transición, otro atrasado—, en naciones o en “razas”, pero siempre empeñada en una sola y larga lucha planetaria por la supervivencia y por la civilización. Pronto descubrí que las diferencias entre un dominicano y un angolés no eran mayores que entre nosotros y los venezolanos, a pesar del idioma. Y más adelante descubrí que cualesquiera que fuesen las diferencias aparentes debidas al apego a los lenguajes y a los modos culturales, todas desaparecían ante la voluntad de la comunicación humana. De tal manera que cuando dos hombres quieren comunicarse y encuentran el vehículo para hacerlo, las barreras caen como por encanto.

Desde entonces he viajado quizás algo así como medio mundo y cada vez que lo hago ratifico esas conclusiones. Creo haber descubierto que los dominicanos no somos especímenes únicos de la especie humana, como se nos ha predicado desde niños, y que nuestro país no es el único pobre y con dificultades. He aprendido también que existe un Tercer Mundo tan pobre y subdesarrollado como nosotros que ha permanecido durante siglos al margen de la tradición científica y tecnológica occidental, mundo éste que vino a ser permeado por las culturas nordatlánticas a través de las dominaciones coloniales de las potencias europeas a partir de los siglos XVII y XVIII. Este Tercer Mundo es el mundo de las sociedades subdesarrolladas de hoy, que, en muchos casos, especialmente en América Latina, se quedaron atrás porque siempre funcionaron como centros de saqueos coloniales. Sociedades que al alcanzar su independencia política en el siglo XIX habían enriquecido sus metrópolis quedando constituidas por campesinados tradicionales dominados por élites urbanas que se disputaron el poder durante más de un siglo hundiéndose aún más estos países en el lodazal de las revoluciones, de las tiranías y de la corrupción administrativa.

La falta de comprensión de esta historia común a todos los pueblos latinoamericanos generó desde mediados del siglo XIX la elaboración de teorías de la más diversa índole para tratar de explicar por qué Europa y los Estados Unidos avanzaban por la revolución industrial y la modernización mientras América Latina se quedaba atrás. Ustedes podrán recordar cómo en muchos los



más importantes pensadores latinoamericanos cayeron en un doloroso pesimismo que se apagó un poco en Argentina, México y Brasil gracias a su temprano desarrollo industrial, pero que todavía a principios y mediados de este siglo era algo así como la ideología dominante de las élites urbanas de las demás sociedades latinoamericanas, especialmente en las Antillas, en donde al subdesarrollo se le unió el fenómeno de la insularidad de los pueblos dominicano, cubano, haitiano y puertorriqueño, y cada uno de ellos llegó a sentir que sus problemas nada más tenían lugar dentro de los límites de sus islas respectivas.

En el caso dominicano, el pesimismo llegó a convencer a muchos, como ocurrió en Puerto Rico antes de Muñoz Marín, de que nunca saldríamos del atraso en que nos encontrábamos, a pesar de todo el optimismo trujillista que nos vendía la idea de que el país se había salvado gracias a la presencia providencial del Benefactor de la Patria. Como la Era de Trujillo era vista y sufrida como un fenómeno único en América Latina, durante mucho tiempo los dominicanos creyeron que “solamente aquí ocurren estas cosas” y esta noción de la singularidad de nuestros males se hizo general y tanto más aceptada, por cuanto que durante los treinta años de la Dictadura apenas salían hacia el extranjero, literalmente hablando, unos cuantos cientos de viajeros cada año. Viajar al extranjero o enviar a sus hijos a estudiar fuera del país era algo que estaba reservado para unas cien familias dominicanas antes del año 1961, pues aquella era una época en que los pasaportes eran retenidos por el Servicio de Inteligencia Militar y todo viajero era sospechoso de entrar en contacto con los enemigos del régimen. Ustedes deben recordar estos tiempos y el tipo de experiencias que confrontaba una familia cuando quería que un hijo suyo fuera a estudiar alguna especialidad, si es que la familia disponía de los fondos para pagar esos estudios.

Nuestro país ha cambiado tanto en los últimos 18 años, que a muchos se nos ha olvidado lo pobres que éramos y la falta de dinero que había aún en las familias reputadas como ricas y acomodadas en aquel entonces. El país vivía encerrado sobre sí mismo rumiando viejas mentiras convertidas en mitos, como aquél de que el Central Río Haina era el más grande del mundo, y la población vivía obligada a aceptar la propaganda oficial, reforzada por la tradición de insularismo y pesimismo de que todo lo bueno se le debía a un hombre providencial, así como que todo lo malo se debía a que nada bueno podía salir de un pueblo que parecía



descender del indio haragán, del negro lujurioso o del español abusador. Nada más hay que ver las estadísticas de los años 1960 y 1961 para darnos cuenta de la pequeñez de nuestro mundo económico y la falta de recursos humanos que padecíamos para enfrentar nuestras dificultades.

En esos momentos apenas sabíamos lo que era el desarrollo. En una que otra noticia que la prensa publicaba, se decía que América Latina debía cambiar sus estructuras y se anunciaba que los Estados Unidos estaban poniendo en marcha la Alianza para el Progreso para favorecer el desarrollo latinoamericano.

Se decía que había que invertir por lo menos 20,000 millones de dólares en nuestros países para hacerlos despegar hacia el desarrollo en forma similar a como lo habían hecho los países del norte del Atlántico. De buenas a primeras la palabra desarrollo se convirtió en algo así como un ensalmo para diagnosticar problemas y sugerir vías de solución a los mismos.

Estas noticias coincidieron con la muerte de Trujillo y la caída de su régimen. En 1962 nos llegó la Libertad y con ella un gobierno democrático al que se le ofreció ayuda desde el exterior para poner en marcha “planes de desarrollo”, específicamente para echar a caminar la reforma agraria. Más adelante, en los años siguientes, esa ayuda fue ampliada y se creó un Fondo de Inversiones para el Desarrollo Económico y Social. Para administrar éstos y otros recursos que siguieron llegando procedentes de la Agencia para el Desarrollo Internacional, el Banco Interamericano de Desarrollo, la Organización de los Estados Americanos y la Organización de las Naciones Unidas, los gobiernos dominicanos de esos años crearon diversas instituciones que empezaron a funcionar a la carrera con sus directores y administradores llenos de buena intención pero con la mayor inexperiencia del mundo. El desarrollo era algo nuevo que apenas se entendía y la experiencia más cercana que los dominicanos teníamos era el llamado “progreso trujillista” que había creado al país más problemas de los que había resuelto.

En 1962 el país se encontraba con una economía en bancarrota, decapitalizado por la fuga de dólares (se calculaba que en los Estados Unidos solamente había en depósito unos 120 millones de dólares de origen dominicano), con una población enferma y mayormente analfabeta, con una burocracia obsoleta e ineficiente, con la dependencia casi absoluta de un monocultivo, con un sistema educativo peor que el que diseñó Hostos a finales del siglo XIX y, en fin, con complicadísimos problemas sociales y políticos que



el tiempo nos ha hecho olvidar un poco, pero que en aquellos días casi nadie sabía cómo enfrentar. Al llegar los recursos del exterior y al reorganizarse el Estado en los nuevos gobiernos que surgieron en esos años, había que trabajar para la nueva meta, que era ahora el desarrollo. Pero nos encontrábamos que sólo teníamos cinco economistas, tres de ellos abogados a quienes les había dado por las cosas del dinero y las finanzas. Había que hacer una reforma agraria, pero nos encontrábamos que sólo teníamos —óiganlo bien porque ya se nos ha olvidado— un solo ingeniero agrónomo. Había que elaborar programas de mejoramiento social, y no existía un solo sociólogo, ni un antropólogo, ni un solo trabajador social, y solamente un demógrafo. Y para echar las bases de aquella democracia no existía ni un solo graduado en ciencias políticas que ayudara a entender lo que pasaba. Los problemas más graves estaban ahí delante de todos, se sentía, no había dinero, no había secretarías, no había técnicos, las universidades sólo graduaban ingenieros civiles, arquitectos, médicos, abogados y farmacéuticos, y las otras profesiones se consideraban un lujo para el país pues nunca se habían necesitado.

Pero ahora, a partir de 1962, todo el mundo hablaba de desarrollo y todos lo queríamos. Para promoverlo se crearon las asociaciones pro-desarrollo, la primera de las cuales fue la Asociación para el Desarrollo, Inc., de Santiago, detrás de la cual proliferaron muchas otras en los pueblos del Cibao y luego en el Sur y en el Este. En Santo Domingo surgieron más adelante la Fundación Dominicana de Desarrollo y el Comité de Ciudadanos para el Desarrollo Económico y Social, y junto a estas instituciones siguieron otras de tipo educativo: la Universidad Católica Madre y Maestra, la Asociación Pro Desarrollo y Cultura (APEC), el Instituto Superior de Agricultura, y otras más de tipo oficial para atender a los nuevos requerimientos del país. Los dominicanos nos lanzábamos por una ruta nueva con todo el empuje de los novatos.

A pesar de las dificultades, seguíamos adelante y podría decirse que para 1965 había aparecido ya una conciencia desarrollista en todos los sectores con alguna responsabilidad en la vida dominicana y se habían dado pasos decisivos hacia la creación de instituciones para favorecer el mejoramiento económico y social del país.

Pero faltaban recursos humanos. Al principio éstos fueron suplidos con las misiones técnicas de los organismos internacionales. Parte importante del problema, recuerdan ustedes, era



que no había estadísticas, que nadie sabía cuánto se producía, cuánto se vendía, cuánto se ahorraba, cuánto se invertía, cuántos éramos, cuán educados éramos, cuán sanos o enfermos, cuántos compraban o cuántos vendían. Había que hacer una reforma agraria y no sabíamos cuál era la estructura de la tenencia de la tierra; había que llevar a cabo un plan de desarrollo industrial, y no se conocía el mercado; había que reformar la educación y apenas si había cuatro técnicos con cierta experiencia en procedimientos educativos modernos; había que mejorar los programas de salud y asistencia social y ni siquiera se sabía claramente de qué se enfermaban y se morían los dominicanos ni quiénes necesitaban ayuda del Estado ni cómo se podría llevarles esa ayuda. En una palabra: no había información.

No había información adecuada acerca de los problemas económicos y sociales porque hasta ese momento no había gente entrenada para buscar, producir y difundir esa información. Por eso hubo que importar numerosas misiones de técnicos extranjeros que venían con sus familias por uno, dos y tres años. Aquéllos fueron los años de las misiones técnicas. Casi toda la información científica que se produjo sobre el país en aquellos años fue preparada por técnicos extranjeros que eran auxiliados por los pocos dominicanos calificados que había, los cuales a su vez recibían parte del entrenamiento que necesitaban. Los primeros informes acerca de la agricultura, la salud, la industria y la educación del país fueron, casi podría decirse, “emergency reports”, a juzgar por la cantidad de material recogido. Generalmente esos informes formaban parte de diagnósticos necesarios para elaborar las solicitudes de préstamos internacionales o de ayuda técnica. Los cuadros del Banco Central y de la Oficina Nacional de Planificación recibieron mucho entrenamiento en esos años y contribuyeron posteriormente con informes propios. Pero todavía en 1966 no había con qué planificar nuestro desarrollo por falta de una cartografía básica y por falta de una evaluación de nuestros recursos naturales.

Esa grave carencia de información era en más de un sentido el resultado de la falta de recursos humanos calificados. Para suplir esta necesidad el Gobierno Dominicano envió cientos de jóvenes estudiantes al exterior entre los años 1963 y 1964 para que recibieran el entrenamiento que aquí no se ofrecía. La mayoría de esos estudiantes regresó a los pocos años, después de haber aprendido muchas cosas que aquí no se enseñaban. En muchos de los estu-



dios e investigaciones que se llevaron a cabo a partir de 1966, trabajaron muchos de esos jóvenes profesionales que habían salido del país a especializarse en universidades extranjeras años antes. Ese programa oficial de enviar al extranjero jóvenes becados por el Gobierno, se suspendió en 1966 y nunca más volvió a ponerse en marcha, pero nuestros estudiantes siguieron saliendo enviados por sus familias, en los casos en que tenían recursos para pagarles sus estudios fuera del país y, sobre todo, becados por las agencias internacionales de financiamiento, los Gobiernos amigos o apoyados por la Fundación de Crédito Educativo que empezó a funcionar en estos años. A partir de 1967 proliferaron las becas provenientes del exterior; luego la Universidad Católica Madre y Maestra creó un programa de superación profesional para enviar a sus profesores a estudiar fuera, y las demás universidades también hicieron esfuerzos por facilitar el entrenamiento superior de sus docentes. En poco tiempo se hizo evidente que la base de nuestro desarrollo estaba en la educación. Se hicieron estudios para evaluar nuestros recursos humanos, las universidades crearon nuevas carreras para responder a las demandas de la nueva sociedad dominicana, surgieron las llamadas “carreras para el desarrollo”, se celebraron seminarios como aquél de Acción Pro-Desarrollo sobre problemas de la educación dominicana, y ya para 1970 el país estaba recibiendo los frutos de aquellos primeros esfuerzos. Regresaron los agrónomos que habían comenzado sus estudios en el Instituto Superior de Agricultura y otras escuelas agrícolas y se habían ido a Texas a estudiar; regresaron los economistas con sus maestrías y uno que otro doctorado procedentes de las más diversas universidades de los Estados Unidos, regresaron demógrafos y sociólogos, graduados en Norteamérica y en diversos países latinoamericanos; regresó un antropólogo de Inglaterra, y otros muchos técnicos en las más diversas ramas, desde cooperativismo pesquero hasta educación de retardados mentales. Casi todos encontraron trabajo pronto, la mayoría de ellos en las universidades. En los años siguientes, las universidades captaron una gran parte de los jóvenes dominicanos graduados fuera del país. En la primera mitad de la década de los 70, la República Dominicana recibió nuevos contingentes de graduados en numerosas especialidades desde la ciencia política hasta la medicina nuclear.

Para que ustedes tengan una idea de la cantidad de estudiantes que salió y ha seguido saliendo al extranjero en busca del entrenamiento especializado que el sistema educativo dominicano



no puede proporcionar, y para que podamos evaluar el impacto de los múltiples programas de asistencia técnica y de intercambio cultural que han favorecido el desarrollo dominicano a través de la calificación de nuestros recursos humanos, voy a mencionar unos pocos datos que nos darán una cierta idea de la cantidad de estudiantes que han mejorado su capacidad de acción en el extranjero en los más diversos campos del saber humano y que han venido a integrarse a los esfuerzos por el desarrollo nacional.

Veamos. Entre 1962 y 1977 la Agencia para el Desarrollo Internacional (AID) ha facilitado fondos a diversos departamentos del Gobierno Dominicano que han permitido financiar los estudios de 1,500 dominicanos en Agricultura, Educación, Desarrollo de la Comunidad, Administración Pública, Salud, Seguridad Pública, Administración Fiscal, Nutrición, y otras áreas más cuya mención alargaría mucho esta lista. Durante este mismo período, salieron unos 115 estudiantes a realizar estudios de Maestría y Doctorado en Humanidades, Ciencias Sociales y Ciencias Básicas en universidades norteamericanas dentro de los Programas Fullbright-Hays y LASPAU y otros 400 adicionales en visitas de intercambio auspiciadas por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Acerca de los becarios con fondos de la Organización de las Naciones Unidas, solamente he podido obtener los datos a partir de 1972 hasta 1977, pero es importante mencionar que en estos últimos cinco años la ONU y sus organizaciones anexas, como la FAO, la UNESCO, CEPAL, UNCTAD, ONUDI, UNITAR, OIT, CELADE, y otras más que sería largo mencionar, han facilitado fondos para proporcionar entrenamiento a 421 estudiantes más en las áreas de Educación, Comercio, Industria, Exportaciones, Derecho Internacional, Planificación y Economía, Demografía, Telecomunicaciones, Medio Ambiente, Empleo y Agricultura. Por su parte, la Organización de Estados Americanos (OEA) ha becado en los últimos cinco años, unos 323 dominicanos en prácticamente todas las áreas del saber humano, proporcionando en algunos casos formación profesional en campos tan esotéricos como Ceramología Histórica, Etnomusicología, Informática y Computadores, aunque la mayor parte de las carreras a seguir han estado concentradas en las áreas de la Agricultura, Educación, Administración, Economía, Planificación y Ciencias Básicas y Aplicadas. En total, tengo registradas unas 2,799 (2,800) personas beneficiadas a través de estos programas, sin contar otras muchas que salieron becadas por la OEA y la ONU en diez años anteriores, esto es, entre el 1962 y



1972, pues estos datos no se encontraban disponibles cuando pedí estas informaciones. Sin temor a exagerar creo que puede afirmarse que cerca de unos 3,500 estudiantes han salido del país a recibir entrenamiento en universidades extranjeras desde la muerte de Trujillo hasta hoy, favorecidos por los diversos programas de intercambio cultural y asistencia técnica que sostienen en el país la AID, la OEA, la ONU y el Departamento de Estado de los Estados Unidos.

Aquí no he contado todavía los cientos de estudiantes que han salido enviados por sus padres y familiares a universidades de todo el mundo ni los varios cientos (548 entre 1968 y 1973 —única cifra disponible—) que han salido favorecidos por préstamos de la Fundación de Crédito Educativo, o con becas del Banco Interamericano de Desarrollo, la Fundación Ford, el Rotary Club Internacional y otras instituciones. Por otro lado, también es conveniente observar otra zona del mundo de donde salen recursos que también han sido puestos a disposición de muchos otros dominicanos. En mi esfuerzo por lograr una estadística lo más completa posible, he querido también medir el número de jóvenes que han ido a estudiar a países socialistas y las cifras que he podido conseguir, aunque no tan exactas como las anteriores, indican que hasta la fecha han regresado de los países socialistas, especialmente de la Unión Soviética, Cuba, Rumanía y Checoslovaquia, unas doscientas personas que recibieron algún tipo de entrenamiento en los campos de ingenierías, las ciencias políticas, la literatura y las ciencias sociales. Y llama la atención el hecho de que hoy por hoy, existen cerca de 300 dominicanos cursando estudios especiales y de postgrado en universidades de los países de la Europa Socialista, la mayor parte de los cuales se concentran en la ingeniería hidráulica, en la ingeniería química, en la ingeniería electromecánica, en la ingeniería de minas, en medicina, algunos en economía, tres en sociología y dos en teatro y literatura. Con lo que la cifra de estudiantes que han salido en los últimos 16 años a buscar entrenamiento fuera del país podría subir considerablemente, muy por encima de las 4,000 personas.

Las universidades han sido, como he dicho, la gran sala de recepción de los recién graduados, quienes a su regreso se dispusieron a enseñar a sus estudiantes lo que habían aprendido fuera. El fermento intelectual universitario de los principios de esta década de 1970 es ahora cuando lo estamos sintiendo pues es ahora cuando empiezan a verse los trabajos de algunos de sus profesores y



estudiantes. En poco tiempo hemos aprendido que la educación es una inversión. La matrícula ha aumentado, la demanda por créditos y por becas también ha crecido. Los graduados también han ido en aumento y las universidades siguen enseñando y entrenando jóvenes para el desarrollo. El crecimiento de la matrícula universitaria ha ido aparejado con el crecimiento económico de los últimos años, al tiempo que el número de ellas ha crecido y hay planes para la creación de otras nuevas. Los dominicanos hemos aprendido que la educación superior rinde beneficios y que no hay progreso económico y social sin ella. Hay hoy un empeño general en el seno de la mayoría de las familias para que sus hijos vayan a la universidad o a una escuela superior mientras la agricultura prospera, la industria crece y el comercio se multiplica. Recordemos nada más que cuando comenzaron las nuevas inversiones privadas a la muerte de Trujillo y en los años posteriores, no había suficientes secretarías ejecutivas ni administradores de empresas disponibles. Los esfuerzos que se hicieron al crearse programas de entrenamiento empresarial no han sido en vano y la inversión en este tipo de educación ha sido altamente rentable. Ha sido altamente rentable para los empresarios que invirtieron sus esfuerzos y recursos en los programas de APEC y en los de las demás universidades, particularmente en los de la Universidad Católica Madre y Maestra, que fue la pionera en la creación de una escuela de administración de negocios en el país.

Igualmente útil ha sido la formación de economistas que ahora trabajan para la banca, el comercio, la industria y el Gobierno, o de los sociólogos que han estado presentes de una manera o de otra en los numerosos estudios de mercado y de factibilidad que se han hecho para amparar con previsiones racionales las nuevas inversiones dominicanas de los últimos años, o que han estado presentes, asimismo, en los numerosos estudios y diagnósticos hechos por el Sector Público y por las agencias internacionales de desarrollo en busca de información para la elaboración de programas de progreso económico y social. Hay cosas que no se hacen públicas, pero hay que decir las pues en muchos de los proyectos que han significado un paso decisivo en la programación, planificación o implementación del desarrollo dominicano, han estado envueltos, casi siempre, directa o indirectamente, ingenieros, médicos, antropólogos, sociólogos, politólogos, trabajadores sociales, geógrafos, demógrafos y otros especialistas y técnicos.

Puede decirse que, en más de un sentido, la existencia de los



graduados y especialistas graduados en el exterior que se han incorporado a la vida dominicana en los últimos años han contribuido mucho al moderno desarrollo dominicano. Para respaldar esta opinión me viene de inmediato a la mente los trabajos que durante varios años han realizado el Instituto Dominicano de Estudios Aplicados, así como otras firmas especializadas en estudios de mercado, encuestas, publicidad y pesquisas sociales, sin mencionar los numerosos profesionales en estas ramas que, en adición a sus empleos respectivos, sirven también de consultores o asesores de numerosas empresas. Sin el concurso de estos especialistas muchos estudios que han servido para mejorar la calidad de la vida dominicana de hoy tal vez habrían tenido otra importancia. Para cada presa que se ha levantado en el país se han realizado investigaciones sociales para medir su impacto y para entender sus proyecciones económicas; para el célebre y exitoso plan de acueductos rurales realizado por el Instituto Nacional de Aguas Potables y Alcantarillado (INAPA), con el concurso del Banco Interamericano de Desarrollo, se estudió con bastante profundidad la situación socio-económica de la población campesina dominicana; el Plan de Desarrollo del Yaque del Norte, que se asoció a la construcción de la presa de Tavera se comprendió mejor cuando aparecieron los seis importantes volúmenes preparados por el IDES DESAL, o Instituto para el Desarrollo Social; para la creación de las zonas francas industriales se han llevado a cabo investigaciones sociales importantes; para elaborar el Plan Nacional de Salud se llevó a cabo en 1974 la extraordinaria *Encuesta Diagnos*, que ha sido la más completa encuesta socio-económica que jamás se haya aplicado, fuera de los censos nacionales, para conocer las condiciones económicas, sociales y culturales de la población dominicana, asociadas a los problemas de salud; y para programar y ejecutar la política nacional de población y de bienestar familiar, el Consejo Nacional de Población y Familia y la Asociación Dominicana Pro Bienestar de la Familia, han llevado a cabo numerosos estudios sobre condiciones de vida de la familia dominicana en todos los niveles, sobre la vida sexual de la población y sobre las relaciones entre el desarrollo económico y el crecimiento demográfico; en una línea similar pero con otra orientación y metodología, el Banco Central de la República Dominicana ha llevado a cabo ya dos grandes encuestas sobre presupuestos familiares que son material de primera mano para conocer los patrones de consumo de nuestra población en función de los estratos de ingreso. La lista podría ser bastante larga si a ella



agregamos los numerosos estudios que han sido hechos para decidir acerca de la instalación de nuevas industrias o la construcción de ciertas obras públicas, como canales, puertos y autopistas.

Como ustedes ven, no es poco lo que el país ha ganado en su lucha contra el subdesarrollo, gracias a los diversos programas de intercambio cultural y de asistencia técnica. En adición al impacto material que la presencia de varios miles de graduados de las más diversas disciplinas en universidades extranjeras ha ejercido en la sociedad y en la economía dominicanas, a mí me parece que hay también un ingrediente positivo que debe ser tomado en cuenta, pues el mismo ha contribuido grandemente a despejar la imagen que los dominicanos teníamos de nosotros mismos. Me refiero a la confianza en la capacidad de los técnicos y científicos para cambiar las condiciones de vida de un pueblo. Esta confianza se ha expresado en los diferentes programas que se han puesto en el país desde que regresó el primer graduado en el exterior hasta la fecha, y ya empieza a sentirse en el abandono del pesimismo tradicional de los dominicanos. Cada joven que regresa a nuestro país después de varios meses o varios años de estudios en el extranjero, viene —y esto lo he percibido personalmente en nuestras universidades— con un nuevo espíritu de trabajo muy diferente al que existía en la República Dominicana hace 20 años en que muchos creían que las cosas aquí no podrían cambiar porque “a este país no lo salvaba nadie”. La ciencia y la técnica, las humanidades y las ciencias sociales que nuestros estudiantes han aprendido siguiendo métodos modernos en universidades del exterior son, me parece a mí, el mejor antídoto contra el fatalismo, el insularismo y el pesimismo tradicional dominicano. Por eso creo que estos programas deben ser acogidos con el mayor calor por nuestros centros de educación superior, y que deben ser fomentados para que cada día mayor número de dominicanos salga a estudiar hacia los centros de saber y de producción científica más avanzados del mundo.



17. El Nuevo Liderazgo Institucional

Del liderazgo que hablo en esta ocasión es del que se ha desarrollado en la República Dominicana en el curso de los últimos veinte años, a consecuencia del extraordinario proceso de crecimiento económico que ha experimentado el país y a consecuencia, también, del notable proceso de descentralización política e institucional de la vida dominicana que comenzó con la muerte de Rafael Trujillo en 1961.

En ese entonces, la sociedad dominicana se encontraba constreñida por la existencia de un régimen político que desalentaba la mayor parte de las iniciativas grupales, y cualquier tipo de liderazgo social que no surgiera con el propósito de apuntalar al régimen o de enaltecer la figura de Trujillo podía ser considerado de inmediato como potencialmente subversivo. El líder único e indiscutido era Trujillo y estaba establecido que muy pocas obras buenas podían llevarse a cabo sin su autorización o su inspiración.

Los dominicanos dormitábamos en el seno de una vida institucional letárgica guardando las energías para la acción individual o familiar y para el desempeño de nuestros negocios o profesiones particulares. La participación política venía condicionada desde arriba y la incorporación al proceso de toma de decisiones solamente era posible cuando la Superioridad Política así lo estimaba conveniente y optaba por llamar a su seno a aquéllos que al destacarse individualmente lucían capaces de colaborar eficazmente con el régimen. El liderazgo nacional era un liderazgo central, vertical, autoritario y personal. Casi nadie asumía la responsabilidad, o el riesgo, de tomar iniciativas grupales o sociales o institucionales de un liderazgo que pudiera interpretarse como eventualmente independiente o potencialmente cuestionador del orden establecido. A



lo sumo, lo más que permitía el régimen era la asociación de ciudadanos en los clubes rotarios, en los clubes recreativos y en una que otra asociación cultural masónica cuyos miembros, tarde o temprano, tenían que manifestar su lealtad al gobierno y enfatizar el carácter apolítico, pero trujillista, de su institución. Las demás instituciones de acción social, como las sociedades de ayuda mutua o las entidades profesionales, cuando no tenían un origen oficial, terminaban sometidas a la oficialidad de la vida social dominicana, permeada como estaba por el totalitarismo reinante. Los grupos deportivos y religiosos, por su propia naturaleza y por el contexto político dentro del cual operaban, se mantenían inmersos en su propio acontecer y no había partidos, no había sindicatos, no había asociaciones profesionales o campesinas, o empresariales, y eran rarísimas las instituciones voluntarias de servicio social de proyección moderna.

Esa era la realidad institucional dominicana hace apenas veinte años, y en 1960 muy poca gente pensaba que las cosas podían ser de otra manera por lo que un enorme pesimismo inundaba los espíritus en unos momentos en que los jóvenes que se habían atrevido a cuestionar el régimen establecido habían ido a parar a la tumba, a las cárceles y a las salas de tortura o, con mucha suerte, al exilio. Pero con la muerte de Trujillo las cosas empezaron a cambiar y lo han estado haciendo tan rápidamente en el curso de estas últimas dos décadas que hoy nos parece impensable que nuestra sociedad pudiera desempeñarse sin el auxilio de las miles de organizaciones nuevas que han surgido en todos los rincones de la República para organizar las energías y los intereses de la nación y canalizar los esfuerzos de nuestros ciudadanos en pos de metas de bien común o de logros sociales e institucionales específicos.

La historia de este proceso es la historia de la fragmentación paulatina de un régimen político y de un sistema social unitario y autoritario que se produce a medida que la riqueza de la nación se redistribuye y que el sistema político se democratiza debido a las enormes presiones populares que desde 1961 hasta la fecha han estado expresando la demanda por la constitución de una sociedad más abierta y pluralista. Y aunque no vamos a contar toda esa historia hoy, sí debemos recordar que el primer paso en este largo y complejo camino fue de orden político con la creación de los numerosos partidos políticos que se fundaron para tratar de encauzar el proceso inicial de democratización. Junto con la multiplicación de los partidos, que en una época pasaron de cuarenta, empe-



zaron a surgir las primeras asociaciones empresariales independientes que vinieron a sustituir funcionalmente las viejas Cámaras de Comercio, y rápidamente se multiplicaron los pequeños y grandes periódicos y revistas que representaban numerosos intereses particulares o grupales, y se aceleró la carrera de los incipientes grupos obreros para organizar sus primeros sindicatos y luchar por determinadas conquistas laborales como la semana de cuarenta y cuatro horas, una conquista notable que costó no pocos forcejeos pues a muchos patronos les resultaba difícil ceder a los reclamos de sus empleados que no querían seguir trabajando los sábados por la tarde.

Los años de 1962 a 1965 fueron un período de intensa atomización de la vida institucional dominicana, fueron una época de reacondicionamiento social y político durante la cual la nación entera buscó reorganizarse sobre bases enteramente diferentes a las que habían servido para gobernarnos en los últimos treinta años. Época de cuestionamiento, de búsqueda, de protesta, de confrontaciones con las instituciones que heredaban el poder anterior y cuya autoridad perdía legitimidad día tras día al no poder incorporar al proceso de toma de decisiones a los grandes grupos de la población que cada día se organizaban para luchar por la defensa o representación de sus intereses particulares. El gobierno, las fuerzas armadas y la Iglesia llegaron a perder mucha de su legitimidad en esos años porque representaban un pasado que la nación rechazaba militantemente. A una huelga sucedía otra y a una protesta se sumaban otros cientos. Las viejas instituciones se desmoronaban y cada semana surgían otras nuevas. Las funciones se confundían. Los partidos políticos querían sustituir al gobierno y gobernar desde sus locales o desde las manifestaciones callejeras. Los estudiantes querían sustituir a los partidos políticos. Los obreros se aliaban a los estudiantes. Los campesinos despertaban de su sueño secular bombardeados por la propaganda política originada en las ciudades y muchos se atrevían a organizarse en las primeras ligas agrarias importadas por los partidos políticos. La Iglesia se aliaba a los empresarios y éstos se asociaban con los viejos militares trujillistas. El gobierno se transformaba. Se creaban nuevos departamentos, surgían nuevas instituciones autónomas, aparecían nuevos bancos o escuelas o universidades. La gente hablaba del desarrollo, de la democracia, de la libertad. Se organizaban elecciones, se creaban nuevas directivas. Surgían nuevos negocios. Proliferaban las estaciones y los programas de radio. La riqueza de Trujillo se diluía



entre el Estado, su familia y manos particulares. Los salarios aumentaban, subían los precios y las ventas. Crecían las importaciones. La economía se complicaba. Había problemas serios de balanza de pagos. La agricultura se notaba estancada. No había administradores, no había escuelas de gerencia, no había escuelas de enfermería, no había economistas, los empresarios apenas se daban cuenta de que existían. No se publicaban libros, no había caminos vecinales, no había acueductos rurales, no había presas, las ciudades no tenían calles. La gente empezó a salir al extranjero. Los dominicanos empezaron a comparar. Las impaciencias crecieron. Las tensiones se agudizaron. Cuba y Puerto Rico se presentaban como modelos. Rápidamente los partidos y los grupos se ideologizaron. Los gobiernos no funcionaban. A una conspiración sucedía la otra y las crisis se acumulaban. Del golpe de Estado caímos en la represión y en el desorden callejero y, finalmente, en la guerra civil, y en la revolución.

Durante este período surgieron muchas cosas nuevas que han quedado. Una Asociación para el Desarrollo en Santiago y varios pueblos del interior. Una Fundación Dominicana de Desarrollo en Santo Domingo. Las asociaciones de ahorros y préstamos. APEC, la Corporación de Fomento Industrial, la Universidad Católica Madre y Maestra, CORDE, el Instituto Agrario Dominicano, el Instituto Azucarero, FIDE, el *Listín Diario*, la *Revista ¡Ahora!*, el Instituto Superior de Agricultura, el Banco Popular Dominicano, el Consejo Nacional de Hombres de Empresa, la Asociación de Industrias, Foupasa, la Casc, la Central General de Trabajadores, Unachosín, por ejemplo. Y surgieron otras cosas que no quedaron, como Fenama, Fenepia, la Acción Dominicana Independiente, la Unión Cívica Nacional, el Movimiento Revolucionario 14 de Junio, también como ejemplos.

De todo ese proceso y del enorme trauma de la guerra civil y sus secuelas una cosa quedó clara en la mentalidad dominicana y esto ha sido la conciencia de que la construcción de una sociedad democrática no puede ser obra de un solo grupo, ni de un solo gobierno, ni puede ser llevada a cabo a través de la violencia ni por la vía del golpe de Estado. La reestructuración política e institucional que tuvo lugar después de la guerra civil, y el consecuente restablecimiento de la paz pública a través del uso firme de los recursos y la fuerza del Estado, fueron el factor más importante en la creación de un clima de estabilidad política que hizo posible que las energías económicas desatadas a raíz de la muerte de Trujillo



encontraran libre cauce y que los grupos que hasta entonces habían acumulado el capital o las técnicas necesarias se lanzaran a aprovechar las inmensas posibilidades que se abrían a la inversión privada debido a la ampliación explosiva del mercado interno, cuya historia (la del mercado interno) es también interesantísima, pero la vamos a dejar para otro día.

En los últimos catorce años la República Dominicana ha hecho uno de los mayores esfuerzos que país alguno haya hecho en América Latina para desarrollarse económicamente al tiempo que intenta establecer instituciones democráticas que den curso a las aspiraciones nacionales expresadas explosivamente en los años que siguieron a la muerte de Trujillo. El carácter imperfecto de la democracia limitada que se estableció luego de la guerra civil, obligó nuevamente a los numerosos grupos medios que surgieron gracias al crecimiento económico de la década pasada a reorganizarse institucionalmente para alcanzar metas de desarrollo social que el Gobierno Central o sus instituciones no estaban en capacidad de lograr. Por ejemplo: frente a la ineficiencia con que siempre se ha manejado el Instituto Dominicano de Seguros Sociales, los ciudadanos y las empresas han tenido que recurrir cada vez más frecuentemente a la creación de programas de seguro médico grupal o colectivo que sustituyen o complementan los servicios que el Estado debía ofrecer pero no ofrece. Otro ejemplo: frente a la secuela de violencia que dejó la guerra civil y a la consecuente inseguridad de los ciudadanos y las empresas que no sentían suficientes garantías con los servicios policiales que ofrecía el Estado Dominicano, han proliferado las firmas que ofrecen servicios de protección física o institucional. Otro ejemplo: frente a las enormes deformidades en las estructuras de precios y de mercados existentes en la economía dominicana, continuamente surgen nuevas organizaciones de comerciantes para defender sus intereses que ellos consideran amenazados por los esfuerzos gubernamentales de control o de estabilización de precios; otro ejemplo: frente al caos y el desorden en que el Estado dejó caer a la Universidad Estatal al dejarla en manos de los grupos de extrema izquierda con la intención política de mantener bajo control u observación a las fuerzas políticas más radicales de la Oposición, los ciudadanos cada día recurren más al desarrollo o a la creación de nuevas instituciones privadas de educación superior que hoy compiten muy favorablemente con la primera universidad del país; y frente al fracaso deplorable del sistema educativo oficial, que ha sido incapaz de mantener las



escuelas públicas funcionando razonablemente o de alfabetizar a los nuevos grupos que se incorporan año tras año a la población, los ciudadanos particularmente han tenido que ir desarrollando nuevas escuelas privadas para dar servicios a las más humildes familias de nuestros barrios populares, así como a los hijos de la nueva clase media que aspira para ellos una educación de mejor calidad que la que ofrece el Estado. Otro ejemplo: frente a la incapacidad tradicional del Estado para hacer frente a las necesidades del desarrollo agrícola, han tenido que ser los grupos privados los que han tomado la iniciativa de promover la creación de nuevas escuelas superiores de agricultura y de institutos de investigación agrícola. Frente a la falta de hospitales adecuados proliferan las clínicas privadas. Frente a la incapacidad del Estado para promover la cultura en el seno de los barrios populares y de las zonas marginadas de las ciudades y campos del país, los jóvenes estudiantes se han lanzado durante años a promover clubes deportivos y culturales que conforman uno de los rasgos más sobresalientes del actual proceso de urbanización y de democratización de la vida dominicana. El fracaso del Estado en llevar los servicios educativos y culturales a las capas más pobres de la población ha puesto en manos de nuevos grupos el liderazgo de la formación y el entrenamiento de las masas.

Los ejemplos podrían seguir casi al infinito. Por las razones que sean, que son muchas, los gobiernos que hemos tenido hasta la fecha no han sido capaces de establecer un esquema de incorporación de las energías nacionales a sus planes o programas de desarrollo, y la ciudadanía ha tenido que ir organizándose por sí misma para encontrar respuesta a sus más urgentes necesidades. Eso explica que haya un Instituto de Cardiología, o un Centro de Rehabilitación, o un Instituto Dermatológico, o un Instituto para la Diabetes, privados, para mencionar en el área de la salud unas cuantas instituciones. O eso explica que haya cientos de escuelas y colegios privados, o una Sociedad de Bibliófilos o cientos de clubes deportivos y culturales, para mencionar el área de la educación y la cultura. O eso explica que se cuenten por millares las organizaciones campesinas que se han organizado para ayudar a los campesinos en su lucha por la tierra o por el crédito agrícola, para mencionar nada más que un tipo de organizaciones que opera en el sector agropecuario.

Estos ejemplos son suficientes para señalar el punto esencial de la cuestión, y ahora mencionaré unos cuantos números para tener una idea de las dimensiones del actual desarrollo institucional en la



República Dominicana. A la fecha de hoy existen registrados en la Secretaría de Estado del Trabajo unos 883 sindicatos de trabajadores, muchos de ellos inactivos, es cierto, pero con la mayoría operando a toda fuerza y haciendo valer las aspiraciones, los derechos o los reclamos de los obreros y empleados del país. Por el lado empresarial, el Consejo Nacional de Hombres de Empresa acoge en su seno unas 40 asociaciones, en tanto que la Federación Dominicana de Comerciantes contiene unas 37 asociaciones comerciales registradas, acercando a un centenar los grupos empresariales organizados en el país. El Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas ha registrado en sus encuestas de 1980 más de 4,800 asociaciones campesinas, promovidas por más de 56 grupos de intereses diferentes con el propósito de ayudar a los campesinos en su lucha por la tierra o por la educación y promoción social de sus miembros o simplemente para mejorar sus posibilidades de obtención del crédito agrícola. La Fundación Dominicana de Desarrollo registra en su guía que publica cada dos años unas 167 asociaciones de servicio voluntario entre las cuales se incluyen muchas fundaciones e instituciones de ayuda pública que no hemos mencionado. Se cuentan en más de un centenar las asociaciones de profesionales, y en más de 200 los clubes culturales y deportivos que operan a todo lo largo y ancho del país. Pasan de 500 las escuelas y colegios privados y se acercan a 40 —también hay que mencionarlos— los partidos políticos.

Todos estos números, más muchos otros que no hemos incluido para no alargar la lista, indican que existe en el país una voluntad de acción y de participación en la solución de los problemas nacionales, una voluntad de acción que hace tiempo se ha puesto en marcha privadamente, con asistencia unas veces de los gobiernos de turno, pero generalmente muy a pesar de los gobiernos de turno. Por una de esas características propias de los países con sociedades tradicionales, los gobiernos a veces tienen miedo de los particulares y obstaculizan la labor de los particulares. La historia que la mayoría de nosotros conocemos es la de que cuando el Estado no satisface una necesidad, ahí estamos los ciudadanos privados para crear una nueva institución que resuelva o, por lo menos, mejore los problemas. Cuando los recursos no son suficientes, normalmente vamos al Estado en busca de ayuda para que colabore con el sector privado en la puesta en marcha de esa nueva obra. Si la obra es buena, el Estado termina apoyando a los ciudadanos en su tarea. Pero todos sabemos cuánto trabajo cuesta con-



vencer a los gobiernos de que la obra que ellos no son capaces de desempeñar puede ser llevada a cabo más eficazmente por ciertos grupos de ciudadanos. Esta dinámica, instituciones privadas/gobierno de turno, ha enseñado a los dominicanos a vivir a medias, pues el Estado no resuelve definitivamente ciertos problemas porque considera que ya hay grupos privados que se están ocupando de los mismos, y por su parte los grupos privados no resuelven definitivamente los problemas que se han dedicado a resolver porque sus recursos en un país pobre como el nuestro no alcanzan para ello.

Pero lo cierto es que en el curso de los últimos veinte años todas esas cientos de instituciones que se han venido desarrollando con o sin ayuda de los gobiernos, con el favor o el pesar de algunos funcionarios, han permitido a la nación dominicana generar un nuevo liderazgo funcional que opera en el seno de nuestras comunidades con una clara vocación de servicio y un notable compromiso de acción social. Este es un liderazgo joven pero maduro y experimentado en las luchas por el desarrollo económico y por la democratización política de la República Dominicana. Es un nuevo liderazgo que ha surgido de las entrañas mismas de la población atendiendo a las necesidades de las mayorías, no importa, pero en todo caso es un liderazgo legítimo y legitimado por su acción cotidiana y por la demostración continua de su eficacia y su capacidad para resolver problemas.

En la República Dominicana hay hoy miles de hombres y mujeres de todas las edades que de una manera o de otra han estado participando en la creación y construcción de las miles de instituciones y organizaciones nuevas que han surgido en los últimos veinte años para ayudar a resolver los problemas que los gobiernos no han sido capaces de resolver. Poco a poco, estos hombres y mujeres están descubriendo que su acción institucional es, aunque efectiva, muchas veces limitada, por la insuficiencia de sus recursos o por los obstáculos que encuentran en el sector público. Muchos de esos hombres y mujeres están empezando a descubrir que la sola acción privada no es suficiente para resolver los grandes problemas nacionales y que ya está haciendo falta un nuevo esquema de colaboración que aúne los esfuerzos del sector público y el sector privado en un gran esfuerzo nacional de desarrollo económico y social y de pluralismo institucional. Hace tiempo que las demandas en este sentido han venido creciendo y que la convicción en este sentido se acrecienta en el seno del sector privado.



Pero hace tiempo, también, que los ciudadanos particulares vemos que muchos de los que se han estado ocupando de la cosa pública no entienden que la función de gobernar va mucho más allá de la simple función de administrar, y que gobernar es articular, coordinar, participar y llamar a colaborar en la empresa del Estado a todos los grupos de intereses que operan en la sociedad.

El nuevo liderazgo institucional que se ha desarrollado en la República Dominicana está listo ya para incorporarse a un esquema de participación en un gran proyecto de desarrollo nacional. En el pasado y en el presente los gobiernos no han sido capaces de entender este fenómeno y se han encerrado en un ejercicio gubernamental exclusivo y exclusivista que no ha servido para resolver los grandes problemas nacionales. Ello, lejos de desalentar a los ciudadanos los ha estimulado para organizarse y reorganizarse en nuevas instituciones de intereses o de servicio. Pero en el futuro, con las complejidades del desarrollo económico y social del país, nadie podrá gobernar solo, y tarde o temprano los gobiernos se verán obligados a reconocer que su labor sólo puede ser efectiva en tanto que sea llevada a cabo con la colaboración de todos los grupos del sector privado. El próximo gobierno, el que surja de las elecciones de 1982, no importa quien lo presida, correrá el riesgo de fracasar en la solución de los problemas del país, si no tiene en cuenta esta experiencia de nuestro desenvolvimiento institucional y si los aspirantes a constituirlo no se dedican desde ahora a elaborar el esquema de participación que hará posible una convivencia constructiva entre el sector público y el sector privado.





18. Una Historia Reciente de la Educación Superior

Con el propósito de estimular el debate acerca de la universidad dominicana de hoy, deseo recordar en qué consistía nuestra educación superior hace apenas 20 años.

Recuerdo que comencé mis estudios universitarios en 1961, justo en el momento en que comenzaba a derrumbarse la Era de Trujillo. En esa época había sólo una universidad en el país con apenas 3,000 estudiantes concentrados en unas cuantas carreras tradicionales: Filosofía, Pedagogía y Derecho; Finanzas y Contabilidad; Medicina, Odontología, Farmacia y Laboratorio; Ingeniería, Agrimensura y Arquitectura. Si había más carreras en ese entonces, no me acuerdo; y lo cierto es que los estudiantes que tenían algunas inquietudes y querían estudiar algo más que eso, estaban condenados a seguir una de esas carreras y a esperar que la suerte algún día les permitiera salir del país a adquirir una especialidad que satisficiera su vocación.

La universidad era entonces un centro de transmisión de conocimientos tradicionales que eran útiles para operar dentro de una sociedad tradicional, más rural que urbana, más mercantil que industrial, con mucha movilidad social y ninguna democracia, con una cultura política autoritaria, con una escuela atrasada e igualmente autoritaria. La universidad era un lugar donde se transmitían varios paquetes de saberes convencionales e instrumentales para el manejo de la realidad material. Ninguno de esos saberes ni sus fundamentos eran cuestionados en lo más mínimo por profesores y estudiantes. La ciencia estaba simplemente ahí, creada y establecida en Europa y en Estados Unidos, sobre todo en Europa, y sus bases se consideraban incommovibles. Para los catedráticos y las autoridades universitarias de aquella época el papel principal de la



universidad consistía en repetir y explicar los libros de texto y tratar de que los estudiantes aprendieran a aplicar los métodos propios a cada disciplina y sus técnicas para que luego fuesen capaces de utilizarlos en el manejo de la realidad material.

La educación universitaria de hace apenas 20 años era sencillamente eso: una práctica pedagógica, no científica sino simplemente pedagógica, destinada a dotar de instrumentos de trabajo a los que pronto serían los profesionales del país. La universidad dominicana de finales de la Era de Trujillo no estaba orientada al quehacer científico y eso lo puedo demostrar de inmediato señalando que tras un análisis preliminar de todas las tesis que se han escrito en la universidad dominicana desde 1831 hasta 1961, hemos encontrado que más del 50 por ciento de ellas resultan ser plagios totales o parciales que los estudiantes preparaban, y todavía preparan, bajo la mirada bondadosa de sus profesores que entendían entonces que la realización de una tesis de grado era el equivalente a cumplir con un requisito innecesario de presentar un trabajo escrito al final de la carrera. En muy pocos casos los profesores exigían originalidad y calidad en la preparación de las tesis y los estudiantes mismos, por su parte, entendían que preparar la tesis equivalía a pasar unos cuantos días en la biblioteca copiando párrafos y capítulos y a veces hasta libros enteros acerca del tema que se escogía. La enseñanza universitaria de entonces estaba limitada a la simple repetición de los textos establecidos, aunque es justo reconocer que había algunos profesores inteligentes que se atrevían a introducir algunas innovaciones en sus clases. El estudiante asistía al salón de clases y allí escuchaba la cátedra magistral de unos profesores cuya sabiduría era incuestionable. Sólo en las carreras en las que había prácticas de laboratorio la relación alumno-profesor se hacía más directa y cercana y, en general, no las ofrecía el titular de la materia sino un monitor que era el encargado de estas tareas. El profesor era, generalmente, un ser distante y encopetado que asistía a sus clases con saco y corbata a cumplir con sus obligaciones docentes unas tres o seis horas a la semana, mientras ocupaba el resto de su tiempo en el desempeño de algún cargo público o en los trabajos de su consultorio o de su bufete privado. No había profesores de tiempo completo en la universidad en aquel entonces. Ser profesor universitario era desempeñar una posición de alto prestigio social y político que permitía producir algunos ingresos adicionales a los de la práctica profesional.

Se escribía poco en la universidad y se discutía mucho me-



nos. La discusión era peligrosa y hasta podía ser considerada subversiva. El contenido mismo de las carreras dejaba poco espacio para la controversia académica y el énfasis de la enseñanza recaía en la aplicación de técnicas a la solución de problemas específicos a cada disciplina. La enseñanza universitaria, para decirlo de alguna manera, era una enseñanza instrumentalista y acrítica, desprovista de toda reflexión acerca de la sociedad dominicana y sus problemas.

Todo eso cambió de la noche a la mañana, a partir de octubre de 1961, cuando una rebelión de estudiantes se lanzó a las calles de la ciudad universitaria y empezó a recorrer edificio por edificio derribando más de 200 estatuas, bustos y retratos del Dictador Trujillo, reclamando el establecimiento de la autonomía y del fuero universitarios y demandando, al mismo tiempo, que se permitiera a los estudiantes y a los profesores organizarse en asociaciones corporativas para poder participar en el proceso de selección de profesores y en el gobierno mismo de la universidad. La universidad fue cerrada y volvió a abrirse en enero de 1962, con un estudiantado rebelde, extremadamente politizado y dispuesto a luchar a costa de la vida de sus miembros por la autonomía y el fuero universitarios. La lucha fue corta y sangrienta pero el desplome final del régimen trujillista con la expulsión del Presidente Balaguer y la instalación del Consejo de Estado facilitó el otorgamiento de la autonomía, el fuero universitarios y el establecimiento de un régimen de co-gobierno y participación estudiantil en medio de un proceso de rápida democratización de la vida política dominicana, en un año en el cual se celebraban las primeras elecciones libres de la República Dominicana en casi medio siglo.

La vieja universidad trujillista se convirtió en la nueva Universidad Autónoma de Santo Domingo. Los partidos políticos se asociaron con los grupos estudiantiles y utilizaban a éstos como fuerza de choque en las movilizaciones callejeras y en la lucha contra los gobiernos de esos años. Siguiendo una tradición muy extendida en América Latina, la universidad se convirtió en uno de los principales centros del quehacer político y los estudiantes llegaron en ocasiones a funcionar como verdaderas falanges de los partidos, con una capacidad de movilización nacional tan grande que en ocasiones lograba poner en peligro la estabilidad de los gobiernos.

El fermento revolucionario de América Latina y la reciente experiencia de la Revolución Cubana, así como la llegada masiva de toneladas de nuevos libros y material de lectura y propaganda



política conteniendo miles de ideas nuevas que reflejaban las ideologías sociales contemporáneas, generaron un fermento intelectual y político en el seno de la Universidad Autónoma de Santo Domingo que rápidamente se extendió a las escuelas secundarias y primarias del país y durante varios años el estudiantado fue una importante variable en el sistema político dominicano. Se llegó incluso a creer que los estudiantes podrían encabezar un proceso revolucionario y durante más de diez años la Universidad Autónoma vivió sometida a esta ilusión, especialmente después que un grupo de jóvenes estudiantes que habían regresado de Europa y que estaban asociados con los partidos de izquierda se incorporaron a la universidad como profesores, tras desplazar a los antiguos profesores trujillistas luego de un violento proceso de destrujillización.

Las diferencias entre la universidad trujillista y las universidades extranjeras y la especial coyuntura revolucionaria y universitaria latinoamericana, alimentaron lo que dio en llamarse en aquellos días el “movimiento renovador universitario”, que tenía como propósito lo que se llamaba entonces “la democratización de la enseñanza”, esto es la extinción de la universidad “cerrada”, “de élite”, y la apertura de las puertas de la universidad a todo aquel que hubiese terminado el bachillerato y que tuviese la intención de proseguir estudios superiores. El movimiento renovador triunfó y expulsó de la universidad a más de 200 profesores, sustituyéndolos por activistas políticos de partidos de izquierda y por algunos ex-estudiantes que habían participado activamente en el lado constitucionalista durante la guerra civil de 1965. El movimiento renovador triunfó por la violencia que logró institucionalizar en el seno de la universidad y por el interés del gobierno provisional de García Godoy de apaciguar ese foco de inquietudes que era la UASD para de esa manera ganar tiempo y lograr mantener un clima de paz que le permitiera organizar las elecciones generales de 1966 para poder transferir el mando pacíficamente. El resultado de esas elecciones es bien conocido, las ganó Joaquín Balaguer, el Presidente a quien los estudiantes habían contribuido a derrocar en enero de 1962 y el líder político que representaba en aquella época, a ojos del estudiantado y de los profesores revolucionarios, el retorno del trujillismo a la República Dominicana.

Entre 1966 y 1974 se vivió en el país en un estado de violencia permanente. La guerra civil continuó calladamente a lo largo de un oscuro proceso de terrorismo, en el cual casi diariamente perdían la vida policías y soldados y dirigentes de los partidos de



izquierda. En este proceso la Universidad Autónoma de Santo Domingo jugó un papel crucial y muchos de los dirigentes estudiantiles, que también era dirigentes políticos, perdieron la vida durante esos años junto con 3,000 dominicanos más que murieron asesinados por las fuerzas oscuras de los bandos contendientes.

En vista de la quiebra de las instituciones políticas y la incapacidad de los partidos para alternar en el juego democrático en las elecciones del 70 y del 74, los estudiantes y los profesores de la UASD llegaron a creer que la universidad podía funcionar como un sustituto de los partidos políticos y trataron por muchos años de llenar ese vacío propagando la noción de la excelencia de la democratización de la enseñanza y abriendo las puertas de la universidad a todo aquel que así lo solicitara. Con esto se buscaba, según me declaró en una ocasión un vicerector académico que era prominente miembro del movimiento renovador, “generar en forma acelerada una gran masa de proletarios intelectuales que al recibir una educación inadecuada e insuficiente, debido a las estrechísimas condiciones económicas de la universidad que impedían ofrecer una docencia adecuada, se vieran lanzados al mercado de trabajo al terminar sus estudios incapacitados de obtener un empleo y, en consecuencia, la frustración los llevaría a convertirse en verdaderos agentes revolucionarios”. Yo nunca he sabido si los demás dirigentes del movimiento renovador compartían estas ideas o si ésta era una estrategia particular de unos cuantos dirigentes que gobernaron la universidad durante varios años, pero lo cierto es que el resultado de aquella política de democratización de la enseñanza generó una intensa serie de violentas pugnas con el gobierno dominicano durante doce años, al negarse éste a aumentar el presupuesto universitario hasta los niveles que los estudiantes, los profesores y las autoridades universitarias demandaban. Para nadie es un secreto que la UASD padeció entonces de un acelerado proceso de deterioro en su infraestructura física, de desorden institucional, de politización de su vida institucional y de empobrecimiento académico al abandonar la docencia muchos profesores que no resistieron el permanente estado de desorden y al ser sustituidos por activistas políticos de escasa formación académica y de dudosa reputación profesional.

La democratización de la enseñanza significó, por otra parte, importantes avances en la vida de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, pues todo el movimiento de crítica a la universidad trujillista implicó la toma de conciencia de que la universidad



debería ser un instrumento de cuestionamiento de los males sociales y el compromiso político de la mayoría de los miembros de la comunidad universitaria se debía, en muchos de los casos, al intenso deseo de servir al país y de contribuir a resolver los problemas nacionales.

Como en todo fermento revolucionario, el proceso de renovación de la UASD tuvo de todo: grandes y nobles inspiraciones, inmensos sacrificios y abnegado espíritu de servicio por parte de muchas personas. Esto se reflejó en la creación de nuevas carreras. Me acuerdo de algunas de ellas, como la carrera de Sociología, Veterinaria, Economía, Agronomía e Idiomas, que se suponía que hacían una enorme falta y que contribuirían al desarrollo del país. La Universidad Autónoma de Santo Domingo logró incluso captar las tierras de una antigua finca de Héctor Trujillo y crear una escuela de Agronomía y Veterinaria en Engombe.

Ahora bien, tal como ha ocurrido con muchas universidades estatales latinoamericanas, durante los años de Balaguer la UASD funcionó más como centro para la acción política y como trampolín para la promoción de carreras políticas, que como un verdadero centro para la actividad científica y para el desenvolvimiento de la vida académica. Se podría explicar de muchas maneras y se podría justificar también de muchas maneras el porqué la UASD funcionó así entre 1966 y 1978, pero nadie puede negar que el descrédito la afectó de tal forma que en ella se inscribieron durante ese período aquellos estudiantes que no tenían con qué pagar sus estudios en las nuevas universidades privadas que estuvieron surgiendo en otras partes del país. Más tarde volveremos a hablar de la UASD a partir de 1978.

Ahora que hemos mencionado las universidades privadas, quiero que me permitan hacer algunas consideraciones acerca de ellas. Comencemos con la Universidad Católica Madre y Maestra, de la que muchos de nosotros hemos sido estudiantes y profesores, la cual vista hoy, a 20 años de distancia de su fundación, podemos asegurar que ha servido de modelo para muchos otros esfuerzos de modernización académica y de administración universitaria que se han llevado a cabo recientemente en el país.

Cuando la Universidad Católica Madre y Maestra se fundó, el grupo de directivos del sector privado que fue reclutado para que ayudara a dirigir y administrar esa nueva institución, tuvo varias discusiones acerca de cuáles debían ser los fines y las funciones de la nueva institución académica. Recuerden ustedes que en 1962,



año en que se funda esta universidad, estaban muy en boga los programas de la Alianza para el Progreso y las nuevas ideas acerca del desarrollo económico y social de América Latina, el cual debía ser llevado a cabo en forma pacífica y por la vía capitalista, a diferencia de las ideas que propugnaban los partidos de izquierda, inspirados por la revolución cubana, que creían que la solución los problemas de América Latina solamente podrían tener lugar a través de la revolución armada y por la vía socialista. La UCMM nace inspirada en las ideas desarrollistas de aquel entonces. En más de una ocasión sus directivos han recordado que ellos quisieron construir una universidad no tradicional, con carreras no tradicionales que no se ofrecían en la universidad del Estado, destinadas a resolver problemas del desarrollo económico dominicano. Por eso la universidad comenzó con las carreras de Enfermería, Administración de Empresa, Economía y Educación, y como universidad privada que ha sido, sus directivos se han empeñado en mantenerla operando siempre con criterios de costo-eficiencia bajo el supuesto de que la educación es al mismo tiempo una inversión personal y una inversión social, que debe rendir beneficios cuantificables tanto al individuo como a la comunidad. La Universidad Católica Madre y Maestra pensó originalmente que su clientela iba a estar reducida a los estudiantes del Cibao solamente, pero su popularidad aumentó casi proporcionalmente en la misma medida en que se deterioraba la vida académica de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, durante la década del 60 y gran parte de los años 70.

El experimento académico de Santiago resultó ser tan novedoso que bien pronto logró el apoyo de amplios sectores sociales y el mismo gobierno de Héctor García Godoy, que entregó la Universidad Autónoma a los grupos izquierdistas que componían el movimiento renovador, pasó una Ley por medio de la cual se otorgaba a la Universidad Católica Madre y Maestra un subsidio para permitirle cubrir sus costos de operaciones y sostener su experimento institucional. El empeño de los directivos de la UCMM fue que ésta funcionara como un college, más o menos de la misma manera que funcionaban las universidades norteamericanas, y que los mismos criterios de administración, de organización, de selección de estudiantes, de evaluación académica, de promoción y carreras docentes que se utilizaban en las universidades norteamericanas se utilizaran en la Universidad Católica.

Estas ideas prendieron rápidamente y la universidad logró



reclutar, a finales de la década del 60, a un nutrido grupo de hombres y mujeres sumamente jóvenes, recién salidos de diversas universidades norteamericanas y de algunas universidades latinoamericanas y europeas, a donde habían ido a realizar estudios de posgrado. Muchos de los que están aquí presentes hoy recordarán el clima de entusiasmo, de optimismo y de creatividad que se apoderó de la comunidad académica universitaria en los años 1969 y 1970, cuando la Universidad Católica sufrió un intenso proceso de expansión y renovación de sus cuadros docentes al incorporar a todos aquellos jóvenes recién graduados que venían a repetir y a aplicar en Santiago todo lo que ellos habían visto en el extranjero. Un hecho que favorece enormemente el crecimiento de la Universidad Católica fue el haber logrado un primer préstamo para el desarrollo institucional de varios millones de dólares, otorgado por el Banco Interamericano de Desarrollo, con el cual la universidad tendría la oportunidad de construir el más moderno recinto universitario de las Antillas y de intensificar su programa de mejoramiento de profesores al tiempo que podría financiar un ambicioso programa de modernización institucional que comprendería los siguientes aspectos:

1. Selección de los estudiantes por medio de pruebas de aptitud, para hacer posible que la institución esté abierta a la capacidad, requisito necesario para el logro de la excelencia académica, logrando con ello un crecimiento controlado y haciendo posible que la Universidad ofrezca al país más calidad que cantidad de profesionales.
2. Profesorado de tiempo completo, en su gran mayoría especializado en el área de su docencia. Profesores profesionales, no profesionales profesores, como era la tradición.
3. Sistema de evaluación anual del profesorado y del personal administrativo.
4. Sistema de créditos académicos.
5. Sistema de semestres, en lugar de año como era la tradición en el país. La Universidad ha venido ofreciendo dos semestres y una sesión de verano.
6. Sistema de índice académico o promedio de puntuación para



determinar la permanencia o la separación de un estudiante en la Universidad.

7. La obligación de asistir por lo menos a un 80 por ciento de las horas de clase impartidas en cada asignatura.
8. La departamentalización académica para el logro de una mayor eficiencia en la utilización de los recursos humanos y de las instalaciones.
9. El ofrecimiento de un primer año común, o ciclo básico de los estudios generales, obligatorio para todos los estudiantes de nuevo ingreso.
10. Un calendario académico fijo, dividido en dos semestres: agosto-diciembre, enero-mayo; y una sesión de verano.
11. Pasantía obligatoria durante dos veranos, para todos los estudiantes, en aquellas carreras que necesitan alguna experiencia práctica.
12. Programa de crédito educativo, de su propio presupuesto, para todos aquellos estudiantes que carecen de recursos económicos para hacer una carrera universitaria. Más de un 40 por ciento del estudiantado se beneficia de alguna manera de este programa de préstamos estudiantiles.
13. El sistema de prematrícula, que ayuda a la eficiencia de la administración docente y permite una adecuada planificación para la utilización del personal docente y de las instalaciones, aparte de que disciplina al estudiante en la planificación personal de la utilización de su tiempo para una más pronta terminación de su carrera universitaria, de conformidad con su capacidad.
14. La implantación de un sistema financiero-contable utilizando criterios de contabilidad y control de presupuesto aplicables a las instituciones no lucrativas y particularmente a las universidades.
15. Sistema computarizado para el manejo de la información de



los estudiantes, desde su solicitud de ingreso a la Universidad, hasta la terminación de su carrera.

16. Computarización de la organización administrativo-financiera de los aspectos de norma y control presupuestario, cuentas por pagar y por cobrar, inventario actualizado de los bienes que constituyen el patrimonio de la Universidad.
17. Ofrecimiento de programas en Ciencias de la Computación, especialmente para los estudiantes de Ingeniería y en programas de carreras cortas para contadores y administradores.

Yo recuerdo que el año crítico en toda esta evolución de la UCMM fue el año de 1970. Entonces se realizó una reunión en el Hotel Montaña, muy parecida a ésta que realizamos hoy en el INTEC, y yo acababa de ser nombrado Director de la Biblioteca, y aquella era mi primera experiencia con la alta administración universitaria en la cual participaba un pequeño pero extraordinario grupo de sus más inteligentes profesores. Pronto se me hizo evidente que había una misma concepción universitaria, pero había dos grupos de opiniones perfectamente diferentes y contradictorias de cómo debía ser administrada la universidad. Durante unos 6 meses esas contradicciones se fueron agravando e hicieron crisis en marzo de 1971 en ocasión de una crisis estudiantil provocada por incidentes que habían tenido lugar en la UASD y que no tenían nada que ver con la vida interna de la UCMM. No hubo forma de conciliar ambas concepciones y el resultado de la crisis fue la expulsión de un gran número de estudiantes que habían estado reclamando su participación en el co-gobierno de la universidad, al estilo de la UASD, y la expulsión también de un selecto grupo de profesores que apoyaron a los estudiantes durante la crisis y se opusieron activamente a la política académica seguida por las autoridades universitarias. Hablar de eso hoy, a más de 12 años de distancia, puede ser que remueva viejas heridas, pero yo me sentiría feliz si esta remembranza sirviera para que recordáramos que esa crisis fue lo que dio lugar a la fundación del INTEC, porque estos profesores que salieron de la Universidad Católica, con su propia concepción de la universidad, que no se diferenciaba filosóficamente de la que prevalecía y todavía prevalece en la Universidad Católica Madre y Maestra, esos profesores, repito, se mantuvieron unidos y al venir a



la Capital decidieron fundar el Instituto Tecnológico de Santo Domingo, del cual hablaremos un poco más adelante.

La Universidad Católica pasó por dos o tres años de profunda depresión. Las condiciones políticas de aquel entonces hacían creer a muchos que una universidad debería estar al servicio de los partidos políticos y que los estudiantes debían ser co-responsables en la gestión administrativa y de planificación universitaria. En todo momento la Universidad Católica Madre y Maestra se resistió a poner en marcha un programa de democratización de la enseñanza en el sentido en que la UASD lo había implementado y las autoridades y profesores que tuvieron a su cargo la administración de la Universidad durante la década del 70 cada vez con más claridad lograron precisar sus ideas en torno al concepto de que una universidad es ante todo una empresa de servicios académicos que debe maximizar su rendimiento a través de una administración orientada hacia la productividad y hacia la calidad de la enseñanza. La noción original de que la universidad debe ser una universidad para el desarrollo y el feliz suceso de haber obtenido un préstamo del BID para financiar sus operaciones de crecimiento durante unos 6 ó 7 años, contribuyeron a reforzar la práctica de la planificación y del crecimiento controlado y los criterios de optimización en el uso de los recursos que siempre han sido muy escasos para la educación superior.

Es importante tener en cuenta que toda esta evolución ha tenido lugar concomitantemente con un proceso global de modernización de la República Dominicana. En los últimos veinte años el país se ha transformado sustancialmente y hemos pasado de una sociedad rural a una sociedad urbana con una dinámica clase media y con un diez por ciento de la población viviendo en el exterior y viajando intensamente y retornando a su lugar de origen trayendo consigo rasgos y elementos modernos de sociedades más avanzadas, particularmente de los Estados Unidos. En estos veinte años el Estado se ha sobredimensionado, se ha reorganizado y la cultura política se ha democratizado. Han surgido miles de organizaciones privadas y grupos de interés y de presión, con lo cual la sociedad como un todo se ha institucionalizado extraordinariamente. La vida política ha ido perdiendo sus viejos contenidos caudillistas y ha evolucionado consistentemente hacia la institucionalización de un sistema de partidos que participan en elecciones periódicas cada cuatro años. En el curso de estos veinte años, también, han salido fuera del país a realizar estudios en el exterior alrededor de 10,000



dominicanos, la mayoría de los cuales ha regresado no sólo habiendo aprendido teorías, métodos y técnicas en sus respectivas disciplinas, sino también habiendo experimentado diversos sistemas de vida universitaria. Una buena parte de los profesionales que han regresado han pasado en una forma o en otra, por nuestras universidades y se han incorporado también al proceso de modernización de nuestras principales instituciones educativas. Poco a poco ha ido surgiendo una nueva conciencia universitaria en el país, basada en la excelencia académica y en la promoción de valores sociales y humanos propios de una sociedad que cambia día tras día y que se ve obligada a enfrentar el reto de su desarrollo en un plano de convivencia democrática.

Desde 1973 en adelante, fecha en que se creó el Centro de Estudios Dominicanos, las universidades empezaron a descubrir que debían poner atención a la investigación y a los problemas dominicanos. Hasta este momento la investigación era apenas un decir en el seno de las universidades y apenas se limitaba, como hemos dicho, a la simulación de una búsqueda científica en los casos en que los estudiantes tenían que escribir su tesis para cumplir con sus requisitos de graduación. Durante la década pasada proliferaron en el seno de las principales universidades los “centros de investigación” estimulados por un intenso deseo nacional y generacional de comprender mejor la realidad dominicana, de explicarla y de ayudar a transformarla. La bonanza económica de mediados de la década favorecida por la coyuntura y altos precios internacionales, por un lado, y la existencia de un gobierno que puso en marcha una enorme cantidad de programas de desarrollo sin tener en cuenta las opiniones de técnicos y académicos, movieron a muchos universitarios a reclamar mayor atención para la investigación de los problemas nacionales en el seno de las universidades. Surgieron carreras nuevas para atender a las nuevas necesidades de una sociedad en transición hacia la modernidad pero agravada por enormes problemas económicos y sociales. Se crearon nuevas carreras en las ingenierías y ciencias sociales y se abrieron numerosas carreras técnicas para atender a las demandas de una población en crecimiento deseosa de acceder a la educación superior.

El INTEC no estuvo ajeno a todo este proceso y éste ha sido el contexto en el cual ha tenido que desarrollar sus actividades. El INTEC surge, como hemos dicho, de la crisis de la UCMM que tuvo lugar en marzo de 1971 como resultado del enfrentamiento,



yo creo, de dos concepciones diferentes acerca del manejo interno de la universidad y acerca del papel que deberían jugar los estudiantes y egresados en el gobierno universitario. Los fundadores y administradores del INTEC han logrado crear en los últimos diez años un nuevo modelo de gestión administrativa basado en el corporativismo académico y en la discusión comunitaria de los problemas y planes de la universidad. No puedo hacer la historia del INTEC con la perfección con que la ha contado Rafael Marión-Landais en su libro, *INTEC: Primera Década (1972-1982)*, pero sí puedo decir que la superación de todas las crisis por las que esta institución ha pasado durante los últimos diez años, se ha debido sobre todo a la inextinguible fe de sus componentes de que era posible y viable la existencia de una universidad moderna con fuerte énfasis en las ingenierías, en los estudios aplicados y en las tecnologías, en una sociedad cuya planta industrial apenas comenzaba a modernizarse. INTEC ha seguido su propio patrón en más de un sentido, pues ha hecho sus propias innovaciones en su empeño de sostener la vigencia del principio de que es posible “producir una sana participación profesional y estudiantil en las decisiones de la institución”.

Ahora bien, el INTEC ha crecido en una década en que los estudiantes parecen haber aprendido que el activismo revolucionario y las movilizaciones políticas terminan perjudicando la realización de sus carreras y “las veces que las autoridades han promovido esta participación, los resultados han sido desalentadores por falta de respuesta. Posiblemente el acelerado ritmo de estudios desaliente la dedicación de tiempo a estos menesteres por parte de educandos y profesores. La participación es tarea pendiente en la institución”.

Las rectorías de Rafael Corominas y de Eduardo Latorre han tenido por resultado visible la rápida institucionalización del INTEC y la organización de la acción académica conforme a líneas más realistas de las que se presentaron cuando el INTEC fue creado. Hay que recordar que cuando el INTEC se fundó se pensaba que comenzaría como una escuela de estudios graduados, pero la realidad y la demanda de servicios educativos de la sociedad dominicana lo han obligado a que la mayor parte de las carreras que se ofrezcan sean a nivel de la licenciatura. Un área en que el INTEC ha tenido notable éxito es en la preparación de cursos de ciclos cortos a través de su Departamento de Educación Permanente y yo creo que éste es uno de los campos que mayores posibilidades tiene



para la expansión futura y para el logro de ingresos adicionales para la institución. En vista de las enormes deficiencias de la escuela secundaria y en vista, también, de la rápida movilidad vertical de la sociedad dominicana, hay decenas de miles de personas promovidas social, económica y políticamente por el reciente proceso de democratización, modernización y desarrollo que esperan y que demandan diversos tipos de entrenamiento que sólo un modelo de universidad flexible como es el INTEC puede ofrecer rápidamente. La UCMM inició, a mediados de los años 70, las llamadas carreras para la formación de técnicos medios y produjo una gran innovación en esa área. INTEC ha sostenido y puede expandir con gran éxito los llamados cursos o programas de entrenamiento de ciclo corto.

El proyecto de consolidación y expansión académica del INTEC, financiado con recursos del Banco Interamericano de Desarrollo, hará por esta institución lo que el primer préstamo del BID hizo por la UCMM: le permitirá construir sus facilidades físicas y desarrollar su campus y le permitirá financiar la fase de consolidación institucional que otorgará al INTEC finalmente una fisonomía académica definitiva. El INTEC tiene ante sí varios retos, creo yo. Hace poco se comprometió a especializar, en un plazo no mayor de tres años, el diez por ciento de su presupuesto para fines de investigación. Esto, en el mundo académico dominicano, es revolucionario porque nunca los presupuestos de investigación de nuestras universidades han pasado del uno por ciento. Ello abre las puertas para que el INTEC deje de ser una institución repetidora de conocimientos producidos por otras sociedades para ser ella misma un centro productor de conocimientos nuevos. En esencia, lo que le da carácter definitivo a una universidad es su capacidad de producir conocimientos nuevos, de hacer avances a la ciencia a través de la investigación y de ser capaz de transmitir pedagógicamente estos nuevos conocimientos a sus estudiantes.

En este sentido, el INTEC es pionero en la toma de esta decisión y probablemente sus pasos tengan que ser seguidos por las demás universidades del país si es que no quieren quedarse atrás. Ahora bien, es muy difícil que las demás universidades orienten tantos recursos a la investigación porque hasta ahora el mayor lastre de la universidad dominicana ha sido el de haberse constituido y haber permanecido como una institución puramente docente. Las justificaciones que se dan son muchas, siendo entre ellas la más importantes el que la demanda de docencia es siempre alta, no ocurre lo mismo con la investigación.



El crecimiento demográfico y la expansión económica han sido tan rápidos en los últimos 15 años, que ha producido una verdadera explosión en la demanda de servicios educativos a nivel superior. La UASD trató de satisfacer esta demanda abriendo sus puertas prácticamente sin limitaciones, pero con un presupuesto sumamente estrecho y el resultado en 1978 era el de un deterioro visible de la calidad académica. En vista de que tanto la UNPHU, como la UCMM, como el INTEC habían optado por una política de crecimiento controlado y cupo limitado, muy pronto se hizo evidente que todavía quedaba espacio para que nuevas instituciones ofertaran y vendieran servicios educativos a los miles de bachilleres que la escuela secundaria ha estado produciendo cada año. He hablado en otras partes acerca de la llamada proliferación de nuevas universidades y del negocio de la venta de servicios supuestamente de nivel superior y por ello no voy a entrar en detalles en esta ocasión. Lo que sí quiero enfatizar es que la proliferación de universidades que ofrecen cursos y carreras con pocas exigencias académicas a todos los que puedan pagar por ellos, conjugada con el poco nivel académico de los graduados en la universidad estatal, han terminado produciendo una caída en el standard académico dominicano y han fijado niveles de calidad inferiores que han terminado siendo aceptados como normales por una población inadecuada y sedienta de obtener instrumentos que le permitan manejar mejor la realidad material y al mismo tiempo que le otorguen el prestigio social que ofrece la adquisición de un título universitario. Esta situación también contribuye a mantener vigentes los viejos vicios de la universidad tradicional dominicana agravados hoy por el relajamiento de las normas académicas y por la confusión de los principios institucionales. Hay llamadas universidades que dicen ofrecer educación superior cuando en realidad lo que están vendiendo son certificados de promoción de cursos y títulos o diplomas a los que han tenido un mínimo de paciencia y de dinero para pagar por ellos. No pienso entrar en el tema de las escuelas de medicina para extranjeros porque no es asunto para ser discutido en este seminario. Concluyendo este punto, quiero decir que en vista de que ya hay tantas instituciones que dicen ser universidades y que ofrecen una docencia y unos títulos de licenciatura legalmente equivalentes a los del INTEC, de la UCMM, de la UASD, de la UNPHU y del IES, la única manera que tendrán las universidades que quieran escapar a la mediocridad académica prevaleciente es la aplicación y mantenimiento de una política de exigencia



académica y de énfasis en las investigaciones en el sentido en que el INTEC y la UCMM lo han hecho.

Me hubiera gustado tener tiempo para conversar acerca de la UNPHU, del IES y de la UCE, que son experiencias que completan el cuadro de la evolución de la universidad dominicana en los últimos veinte años que comencé a describir al principio de estas páginas. Yo creo que es mejor que termine aquí estos comentarios, porque lo que nos trae hoy a esta reunión es la discusión acerca del INTEC y su futuro, además de que he estado hablando demasiado tiempo y no quiero entrar en el estudio de otros casos para evitar distraer la atención de ustedes del tema que hoy nos ocupa.



CUARTA PARTE: La Escena Contemporánea





19. Las Crisis Económicas Dominicanas en el Siglo XX

Las sociedades cambian más o menos lentamente. Algunas veces los cambios se aceleran y los ciudadanos que viven inmersos en los afanes de la vida cotidiana como que pierden por momentos el sentido de la dirección de los acontecimientos. En tiempos de cambio rápido las noticias se nos acumulan una tras otra y nos abruman en su tropel de informaciones contradictorias. Finalmente, los hechos se diluyen y los eventos de corta duración quedan atrás, dejando tras de sí una estela de significados que sólo es comprensible cuando se analizan en su dimensión del largo plazo.

Aunque parezca contradictorio, una de las claves para desenmarañar las fluctuaciones del ciclo económico o para comprender las crisis económicas reside en el estudio de la larga duración, en el análisis de los procesos y acontecimientos que persisten por encima del cambio de corto plazo y que enlazan las épocas históricas en estructuras y tendencias duraderas, a veces seculares, que normalmente se dejan a un lado como materia de los historiadores pero que afectan por mucho tiempo la vida de todos los ciudadanos. No es cómodo para el historiador hablar del corto plazo. Eso es normalmente materia del periodista o del economista, siendo la diferencia entre estos dos profesionales el que mientras el periodista se ocupa solamente en registrar los acontecimientos, el economista ambiciona dirigirlos a espaldas del periodista o, parafraseando Keynes, a través de un estadista.

He escogido hablar de la situación actual a través de la larga duración, recordando que ésta no es la primera crisis económica que la República Dominicana ha tenido que enfrentar en el último siglo. Crisis más graves las hubo en 1921 y en los primeros años de la década de 1930 y aún antes hubo serias crisis entre 1897 y



1906, como también tuvimos crisis entre 1958 y 1961 y, luego, en 1966. Cada una de estas depresiones tuvo sus propias causas, aunque dos de ellas, la de 1921 y la de 1930 fueron provocadas directamente por el comportamiento de los precios de nuestras exportaciones en el mercado mundial. En las otras ocasiones, las razones de nuestras dificultades económicas también estuvieron de alguna manera ligadas al comportamiento de la economía internacional, pero hubo factores de orden interno, de política fiscal o monetaria, que agravaron o complicaron lo que de otra manera hubiera podido ser una depresión económica momentánea. Esta no es tampoco la primera vez que la República Dominicana acude al Fondo Monetario Internacional. La primera vez que tuvo que hacerlo fue en 1959 y luego en 1964, y en ambas ocasiones se cumplieron las obligaciones que el país contrajo y la economía finalmente logró encaminarse hacia adelante.

Viéndolo bien, la economía dominicana ha estado creciendo continuamente y en forma prácticamente sostenida durante más de cien años, desde que gracias a las políticas de incentivos de los gobiernos azules, los inversionistas dominicanos y extranjeros se metieron de lleno a desarrollar plantaciones de azúcar, café y cacao en las llanuras del Sur y del Este y en las zonas húmedas del Cibao y las montañas, y lograron desarrollar una economía de plantaciones orientada a la exportación que terminó incorporando el país al mercado internacional de alimentos. Esta nueva economía de plantaciones desarrollada en el seno de un país en aquel entonces medio despoblado fue durante muchos años considerada como la base ideal de una sociedad rural y mercantil con una extensa agricultura de subsistencia que daba para alimentar satisfactoriamente a una escasa población que en 1920 todavía no alcanzaba el millón de habitantes.

De tal manera se ilusionaron los gobernantes dominicanos con las posibilidades de las plantaciones azucareras, cafetaleras y cacaotaleras que durante treinta años dieron todos los incentivos posibles a los que querían tierras o derechos de exportación, con lo cual el país vino a hacerse casi totalmente dependiente de estos cultivos y del tabaco que tradicionalmente había sido la principal fuente de divisas en la segunda mitad del siglo XIX.

El habernos incorporado a la economía mundial a través de estos productos al tiempo que se producía un reordenamiento de las finanzas públicas en virtud de la Convención Domínico-americana de 1907, colocó a la República Dominicana en una situación



monetaria ideal al establecerse como medio de pago una moneda universal que circulaba libremente en el país en medida proporcional al monto y valor de nuestras exportaciones. El país se movía al ritmo de la economía mundial y su bienestar era una función de los precios de sus exportaciones. El ciclo económico de los países capitalistas era nuestro ciclo económico y el comercio y las finanzas marchaban al ritmo de la economía mundial. Cuando los precios cayeron en 1921, el comercio dominicano se arruinó; cuando los precios se recuperaron a partir de 1924, el comercio se recuperó, aunque los comerciantes que surgieron en este nuevo período no fueron los mismos del período anterior, como tampoco fueron los mismos comerciantes los que lograron levantarse luego de la crisis de 1930 en adelante.

Una cosa enseñó a toda América Latina la gran depresión mundial y parte de esa lección también llegó a la República Dominicana: esa dependencia total de cuatro productos para obtener divisas con qué comprar prácticamente todas las mercancías y manufacturas necesarias para el consumo, tenía el inconveniente de que cuando el precio de un producto bajaba, normalmente bajaban los precios de los demás y el país podía verse privado de la noche a la mañana de medios para hacer frente a sus obligaciones internacionales, como de hecho ocurrió en 1932 cuando la República Dominicana tuvo que solicitar una moratoria en el pago de su deuda con los Estados Unidos y cayó en una profunda crisis de desabastecimiento de manufacturas importadas necesarias para la vida diaria.

La lección tenía su corolario: puesto que no era posible ya eliminar la rígida estructura de las plantaciones orientadas hacia la exportación porque ellas eran la fuente de divisas para pagar las importaciones, sí era en cambio posible aprovechar los excedentes en divisas que esas exportaciones generaban en períodos de buenos precios externos para de esa manera comprar equipos y maquinarias y establecer una planta industrial de transformación de materias primas nacionales que sustituyeran muchas de las manufacturas hasta entonces importadas. Lección simple ésta que se puso en práctica en la mayoría de los países de América Latina entre las dos guerras mundiales y que en la República Dominicana dio origen a nuestras primeras industrias modernas, las cuales, en su mayoría, quiero repetirlo, fueron instaladas para aprovechar el incipiente mercado interno que demandaba artículos producidos a partir de materias primas nacionales.



Esa primera industrialización de sustitución de importaciones funcionó bien por muchas razones: primera, éstas fueron todas industrias extraordinariamente protegidas por un sistema de contratos de incentivos que las exoneraba de prácticamente todo tipo de impuesto y que puso el Estado al servicio de sus necesidades; segunda, éstas fueron industrias prácticamente monopólicas, sin competencia privada ni estatal, que funcionaban en un mercado laboral con oferta ilimitada de mano de obra en el cual fue posible mantener los salarios congelados por larguísimo tiempo; tercera, éstas fueron industrias creadas justo en el momento en que la economía volvió a reactivarse y en que la agricultura dominicana recibió el mayor empujón que jamás había recibido en toda la historia del país gracias al desarrollo en gran escala del cultivo del arroz y otros cultivos y a un gigantesco plan de colonización agraria y construcción de carreteras que expandió la frontera agrícola dominicana en casi diez veces más de lo que había sido justo antes de la Segunda Guerra Mundial.

Hay todavía algunos actores y testigos de este proceso de aceleramiento del crecimiento de la agricultura y la industria dominicanas entre 1940 y 1960 que no me dejarán mentir si digo que durante esos veinte años los dominicanos llegaron a creer que la industrialización ligera y la agricultura de alimentos para abastecer el mercado interno —no sólo en la agricultura de exportación— constituían la clave del reciente proceso de urbanización y modernización del país. El modelo —para usar una palabra que no me gusta mucho— funcionó bastante bien durante esos años: una agricultura de plantaciones orientada hacia la exportación producía las divisas que el país necesitaba para abastecerse de equipos y maquinarias e instalar una planta industrial que procesaría materias primas nacionales para satisfacer la demanda de un mercado interno cada vez más grande y creciente que se urbanizaba en la medida en que la población se duplicaba cada veinte años. Recuerden ustedes que de un millón y cuarto de personas que había en 1935, justo en las vísperas del inicio de esa primera industrialización, pasamos a dos millones en 1950 y a tres millones de habitantes en 1960.

Ahora bien, justo en esos mismos años empezó a ponerse en boga en América Latina una nueva teoría que si bien no se difundió inmediatamente en la República Dominicana —tal vez porque no había economistas en aquella época todavía— terminó imponiéndose después de muerto Trujillo en 1961, justo cuando empie-



zan a llegar los primeros economistas graduados al país. Me refiero a la famosa tesis de Raúl Prebisch y sus colegas de la Comisión Económica para la América Latina, de las Naciones Unidas, que sostenía que un estudio comparado de las estadísticas de los precios de las exportaciones y las importaciones de América Latina indicaba que cada año y desde hacía ya bastante tiempo, los términos de intercambio de los países latinoamericanos en el comercio internacional se iban deteriorando, con lo cual paulatinamente y proporcionalmente las exportaciones latinoamericanas valían cada vez menos en tanto que las importaciones de los países más desarrollados valían cada vez más, y eso, a largo plazo, significaba un eventual empobrecimiento de los países de la región. En consecuencia, sostenían los descubridores de esta teoría, había que industrializar a los países menos desarrollados para acabar con la dependencia comercial, tecnológica y cultural.

Aunque el movimiento de industrialización comenzó temprano en los países más grandes de América Latina, no fue sino después que esta tesis se difundió ampliamente cuando se desarrolló una ideología, llamémosle así, de la industrialización a ultranza, o de la industrialización como condición esencial al desarrollo económico y social de América Latina. Esto empezó a verse más claramente cuando se pusieron en marcha los planes y programas de la Alianza para el Progreso, a partir de 1960, y llegaron a la República Dominicana las nuevas nociones de que sin industrialización no habría desarrollo, y de que el desarrollo no podía ser sino un proceso integral que debía abarcar una reforma agraria, una reforma educativa y, desde luego, una reforma fiscal y arancelaria.

A pesar de la creación de la Corporación de Fomento Industrial, de la Ley 4, y de la Ley de Reforma Agraria, no fue mucho lo que se pudo avanzar en este sentido en la década de 1960 debido a las numerosas dificultades políticas de aquellos tiempos. Pero fue tanto el papel y la tinta que se gastaron durante esos años y fue tanta la retórica industrialista y desarrollista que se utilizó en aquel período, que para 1967 ya nadie dudaba de las virtudes de desarrollar una planta industrial de sustitución de importaciones bien protegida que tuviera como finalidad procesar en el país las materias primas que componían las manufacturas hasta entonces importadas, bajo el supuesto de que ese proceso de transformación serviría para generar un nuevo empresariado más moderno que saldría del sector comercial e importador y que dinamizaría la vida dominicana con una mentalidad industrial, amén de que se crea-



rían entonces nuevos empleos que todavía no existían debido a que los productos llegaban acabados desde el extranjero.

El gobierno de entonces compró el argumento y pasó la Ley de Incentivo Industrial en 1968, madre de la industria moderna, madre del nuevo empresariado industrial, madre de las zonas francas, madre de la modernización empresarial, madre de la nueva intermediación financiera y madre del endeudamiento del sector privado en los últimos quince años. El gobierno también compró otros argumentos, entre ellos el que sostenía que era una bendición haber heredado de Trujillo una planta industrial que podía expresarse indefinidamente para financiar obras públicas no reproductivas, que podían haberse financiado con crédito externo en condiciones blandas y a muy largo plazo; o el que sostenía que era posible mantener un sistema de precios agrícolas congelados en favor del sector urbano de la población y financiar los déficit de la producción agrícola mediante las facilidades de la Comodity Credit Corporation y la PL 480; o el que sostenía que había que desarrollar un empresariado privado así fuera a costa de las mismas empresas estatales, favoreciendo la creación de empresas competidoras que han terminado arrinconando a las mismas empresas públicas; o el que sostenía que una reforma agraria se limitaba a romper el poder del sector empresarial rural más moderno y emprendedor como era el arrocero, en tanto que se dejaba al campo sin otras inversiones que no fuesen caminos vecinales y obras de riego; o el que sostenía que el endeudamiento del gobierno central era estructuralmente independiente del endeudamiento del sector descentralizado y autónomo del Estado; o el que sostenía que el grueso de las obras públicas debía concentrarse en la capital de la República y en Santiago por ser las dos ciudades más grandes del país; o el que sostenía que se podía manejar indefinidamente la hacienda pública arrastrando un déficit interno de alrededor del 10% del presupuesto nacional...

En fin, esta segunda fase de la industrialización dominicana de este siglo tuvo también su razón de ser, o sus razones de ser: una ideológica, impuesta por la necesidad de crear un empresariado moderno y dinámico en un país que hasta entonces había estado limitado a una clase empresarial mercantil o terrateniente sin conciencia de sí misma ni de sus intereses de clase; una económica, impuesta por la noción o la ilusión de que la industrialización de sustitución de importaciones algún día serviría para independizar al país de la dependencia de las importaciones de manufac-



turas; y otra política, impuesta por el interés del gobierno de turno de crear una nueva élite económica que diera sustancia y contenido a un régimen de transición entre la tiranía y la democracia que se desenvolvía en una coyuntura de altos precios de exportación y suficientes excedentes en divisas capaces de financiar todo el proceso.

Para 1978, diez años más tarde, el resultado de todo ese complejo de políticas era ya evidente en la existencia de una clase media urbana procedente de los estratos más bajos de la población y recién llegada a la cultura de consumo de las modernas sociedades latinoamericanas; en la existencia de un nuevo empresariado industrial sobreprotegido y consentido por el Estado que puso a su disposición todos los mecanismos de financiamiento y de diseño de políticas económicas y enriquecido súbitamente por la prosperidad que todavía seguían trayendo los precios del azúcar, del cacao y del café, y los nuevos precios de los nuevos productos minerales de exportación, el oro y el ferroníquel; en la existencia de un sector público entregado totalmente al servicio de los proyectos arquitectónicos y urbanísticos de un gobernante singular cuya atención no reparaba en el hecho de que cada año los ingresos fiscales eran menores debido al excesivo régimen de exoneraciones que se había establecido para mantener la nueva industria de sustitución de importaciones funcionando.

Los años de prosperidad de la década de los 70 hicieron creer a muchos que los recursos del Estado daban para todo y para todos. El prebendalismo político se convirtió en la norma y la retórica populista de la oposición no hizo más que aumentar el tono de la retórica reformista e igualmente populista del gobierno. Las campañas agraristas oficiales y comunistas llegaron a coincidir en la ilusión de que en la República Dominicana habría tierras para repartir a todo el mundo; las campañas políticas de la oposición hicieron surgir la esperanza de que con un cambio de régimen los salarios serían descongelados y que casi por acto de magia el desempleo sería eliminado, al tiempo que se perfeccionaría la democracia entonces tan limitada por la hegemonía de un sector militar extremadamente politizado que incursionaba en los negocios y violaba todas las reglas establecidas en el sector privado.

En 1978 finalmente se produjo el cambio. Como no había forma de crear empleo masivo en el sector industrial ni en el campo a través de la reforma agraria, el gobierno optó por la vía de la expansión de la nómina del sector público duplicándola en me-



nos de dos años, y agotando automáticamente su capacidad para la inversión reproductiva del sector público. Como las empresas públicas estaban al borde de la quiebra por el drenaje de fondos a que fueron sometidas en los años anteriores, el gobierno tomó un préstamo de 185 millones cuyo pago ha sido un verdadero dolor de cabeza para nuestros economistas; como el oro estaba subiendo y el sector público se quedaba sin recursos, el gobierno tomó otro préstamo de 70 millones para comprar la Rosario Dominicana y utilizar sus beneficios para subsidiar los gastos del sector público; como el gobierno era hostil al empresariado industrial y ponía la mayor parte de su empeño en lograr un desarrollo agropecuario más equilibrado, los empresarios pronto entraron en conflicto abierto con él y durante cuatro años las relaciones gobierno-sector privado estuvieron marcadas por una gran tensión política que le restó mucho dinamismo a la economía por el régimen de desconfianza en la inversión privada que fue desarrollándose en unos años en que el partido oficial se convirtió en el primer opositor del gobierno para de esta manera tener una opción electoral abierta. Algún día se estudiará en detalle cuanto daño hizo al país y a la inversión privada la hostilidad del gobierno que se instaló en 1978 hacia los empresarios, y las campañas políticas opositoristas de su propio partido que en esos años apoyaba abiertamente la revolución sandinista en Centroamérica, el régimen de Manley, en Jamaica, y anunciaba una próxima revolución en la República Dominicana.

Lo cierto es que se trabajó siguiendo la ley del menor esfuerzo. Se gobernó para ganar o conservar simpatías políticas, no para resolver problemas. Se trató de comprar a los líderes medios y bajos del partido oficial con puestos y prebendas en la administración pública. Se aumentó el empleo público y se recargó el gobierno de empleados innecesarios de tal manera que tanto el gobierno central como las empresas estatales cayeron en letargo de ineficiencia que sólo podía ser subsanado mediante el crédito público y emisiones monetarias sin respaldo. Los precios del petróleo subieron grandemente y ello terminó dando el tiro de gracia a una administración que se inició bajo los mejores auspicios y terminó defraudando a la mayoría de los dominicanos. En agosto de 1982, el país estaba al borde de la bancarrota.

Año y medio han transcurrido desde entonces. La estrategia del nuevo gobierno ha consistido en reducir y eventualmente suprimir los déficit del sector público y de obtener nuevos términos en



el pago de la deuda pública y privada que se duplicó entre los años 1978 y 1982.

Los déficits de algunas empresas públicas se han reducido, en algunos casos a costa de una enorme impopularidad debido a que han afectado a gran parte de la población urbana como fue cuando se aplicó el famoso Código K durante los meses de verano del año pasado. Pero en conjunto, el gobierno no ha logrado alcanzar las metas de reducción de esos déficits en la forma prevista y en 1983 tuvo que emitir más de 240 millones de pesos sin respaldo. Parte de la estrategia de saneamiento de las finanzas públicas también ha estado ligada a un reordenamiento del sistema tributario, lo cual se ha estado llevando a cabo y ha permitido al gobierno aumentar sustancialmente sus ingresos fiscales, a costa de su popularidad política. Pero como es un gobierno que ha dicho que no piensa reelegirse, este programa de reordenamiento tributario de seguro que continuará, y si no hay interrupciones en la gestión fiscalista, es seguro que los ingresos fiscales por concepto de impuesto sobre la renta, aduanas y rentas internas terminen mostrando diferencias positivas en relación con las cifras de 1982.

La evolución de la cuestión cambiaria ha sido tan accidentada que se ha generado una crisis de confianza en la firmeza del peso dominicano y el resultado ha sido la aparición de la ola de especulación financiera más fabulosa que jamás se haya visto en la historia dominicana desde tiempos de Lilís, con la triste consecuencia de que la anunciada democracia económica que sirvió de base a la campaña electoral del presente gobierno ha terminado dejando el sitio al proceso de concentración del ingreso más intenso que los dominicanos hayamos presenciado desde los tiempos de Trujillo.

Las presentes negociaciones con el Fondo Monetario Internacional vaticinan una devaluación real del peso dominicano y el inicio de un proceso inflacionario similar al de los demás países sudamericanos, tal vez más lento, como explicaré de inmediato, pero en cualquier caso no muy diferente del de México y Venezuela en meses recientes.

Hay que prepararse para afrontar esa crisis. Las empresas, las instituciones, la familia, los gobiernos deben prepararse para vivir con la crisis. Debemos prepararnos para vivir con una moneda devaluada y con inflación. Tal vez deberíamos traer especialistas chilenos, argentinos y brasileños para que hablen con los empresarios, con los administradores de universidades, con los gobiernos, con los profesionales acerca de cómo vivir en la inflación. En



Argentina ya hay especialistas en dar consultas para afrontar la inflación en las empresas. No hemos tenido todavía una hiperinflación como la sudamericana, pero es probable que la veamos en el curso de esta década. Esto hay que preverlo y hay que tenerlo muy en cuenta. Los dominicanos hemos tenido hasta la fecha una de las tasas de inflación más bajas de América Latina porque hemos tenido una de las economías menos industrializadas con uno de los sectores financieros menos desarrollados. En la medida en que México, Argentina, Chile y Brasil se industrializaron y desarrollaron sectores financieros complejos, en esa misma medida la demanda de dólares para financiar las inversiones en bienes de capital y las importaciones de materias primas para las nuevas industrias fue mayor, y por esa razón, entre otras claro está, sus monedas cayeron rápidamente.

Nosotros nos habíamos salvado de una gran devaluación al no tener un sector industrial tan desarrollado como el de esos países. Como nuestra industria es una industria de sustitución de importaciones que se nutre de materias primas producidas fuera del país y nuestros pagos internacionales de esas materias primas y de equipos y maquinarias tenemos que hacerlos en dólares, entonces en la medida en que nuestra demanda de esos artículos ha sido relativamente modesta, en esa misma medida nuestra demanda de dólares se ha mantenido baja y nuestra devaluación también ha sido modesta. Tradicionalmente las autoridades monetarias dominicanas han ejercido una política conservadora, es cierto, pero también es cierto que nuestra inflación actual y nuestra tasa de devaluación se mantuvieron relativamente bajas debido, como hemos visto, más a razones estructurales que de simple política monetaria.

Si alguna ventaja tiene la devaluación que se aproxima, ésta será la de generar un intenso movimiento en favor de un tercer proceso de industrialización en el país, esta vez orientado a las exportaciones y no a la sustitución de importaciones. A veces es interesante ver los acontecimientos desde una perspectiva de larga duración para entender su sentido y sus ironías. Observen ustedes: durante años los economistas, los periodistas, los políticos y los mismos empresarios han estado demandando de los gobiernos la puesta en marcha de nuevos programas de fomento a las exportaciones y han estado sugiriendo y mencionando los incentivos que esos programas deberían contener. Por una de esas coincidencias históricas, la devaluación que se aproxima hará más por las exportaciones dominicanas que cualquier ley o decreto que artificial-



mente se hubiera promulgado años atrás, y la coincidencia es que este gran incentivo estructural está apareciendo justo en el momento en que se pone en marcha el Plan de la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, cuyos efectos todavía no se ven pero no hay dudas de que serán evidentes en el mediano plazo.

En este nuevo proceso surgirán nuevos industriales y nuevos empresarios exportadores que aceptarán el nuevo reto de introducirse en mercados nuevos con productos nuevos para ellos y con métodos de producción igualmente nuevos. Los demás industriales, los que han sido afectados negativamente por la actual crisis, van a pasar por serias dificultades, es cierto, pero tienen en su haber la experiencia acumulada en el ramo y sus talentos empresariales para dar inicio a un proceso de reconversión industrial que el gobierno y las asociaciones empresariales deberían abocarse a estudiar conjuntamente, para tratar de encontrar una solución temprana a este problema que ya está afectando la misma unidad del sector empresarial. Así como la sustitución de importaciones fue una bandera de lucha empresarial en los años sesenta y setenta, la nueva bandera tendrá que ser la de la reconversión industrial y la industrialización para la exportación, sea a través de zonas francas o sea a través de plantas tradicionales.

El nuevo empresariado exportador probablemente surgirá de entre los que no han estado ligados a las grandes industrias dominicanas pues éstas tienen desde hace muchos años su mercado interno cautivo y no tienen por qué aventurarse en mercados inciertos, competitivos y difíciles. Este es un nuevo campo para los jóvenes ambiciosos y de talento que no debieran temer a asociarse con grupos o firmas extranjeras que posean redes de comercialización establecidas en los Estados Unidos.

Entre las ilusiones que he ido elaborando a medida que he ido comprendiendo cuán grande es la profundidad de la crisis que se nos aproxima en este fin de siglo, se encuentra la de una República Dominicana en la cual todo el que quisiera entrar y salir de nuestro territorio pudiera hacerlo con toda seguridad y sin tener que pedir visa, y en la cual todo el que quiera exportar lo que quiera pueda hacerlo con una simple notificación aduanal, y en la cual alguien tenga los pantalones de sostener públicamente que es posible hacer de esta media isla un gran puerto libre en el cual los ingresos fiscales salieran de un régimen racional de impuestos a la renta y a la propiedad, de manera que el Estado no explotara a sus ciudadanos para poder funcionar y que los ciudadanos trabajaran en plena



libertad de contratación y producción comprando y vendiendo en donde les plazca, sin burócratas autoritarios temerosos del lucro ajeno sino, por el contrario, educados en la noción de que el Estado debe estar al servicio de los productores y no “the other way around”.

Pero no nos hagamos ilusiones. Los líderes políticos o los funcionarios de los gobiernos pueden decir en un discurso que se sienten optimistas frente al futuro del país, que confían en que el país seguirá desarrollándose, que confían en que todo seguirá bien, que la marcha del desarrollo no se detendrá, que siempre hemos estado mejor cada año; pero lo cierto es que a partir de 1981 hemos empezado a dejar de estar mejor y, a menos que encontremos nuevas grandes posibilidades de producción, lo cierto es que lo que se nos avecina en este fin de siglo es una gran crisis que todos los que ejercemos algún tipo de presencia pública en el país nos guardamos de anunciar públicamente para que no nos acusen de pesimistas, porque la gente no sigue a los pesimistas sino a los vendedores de esperanzas, a los que dicen ser optimistas.

Ahora bien, lo que el país necesita en estos momentos no son falsos optimismos sino una conciencia clara de nuestras limitaciones y de nuestras posibilidades. Así como la República Dominicana ha logrado sobreponerse a todas las crisis económicas por las que ha pasado en el curso de este siglo, así también yo creo que los dominicanos sabremos enfrentar el reto del desarrollo nacional en las próximas dos décadas. Pero para ello hay que partir de una apreciación diferente de la realidad dominicana. Hay que entender que los recursos de que el país dispone son recursos limitados y que los programas de desarrollo integral a la manera en que se soñaron en los años 60 ya no serán posibles. Si nosotros examinamos la curva del crecimiento del presupuesto nacional desde el año 1933 hasta el 1981, observaremos que éste fue siempre mayor cada año que el inmediatamente anterior, lo que indica no solamente que el Estado era capaz de captar cada año mayor cantidad de recursos, sino que la Nación dominicana estaba en condiciones de producir más cada año y de ahorrar y destinar a programas de desarrollo económico social una parte sustancial de sus ingresos. El estancamiento relativo del presupuesto nacional en los últimos tres años indica que los recursos de que dispondrá el Estado en el futuro para atender a las necesidades sociales serán menores cada año y que los programas de desarrollo tendrán que ser orientados a la satisfacción de las necesidades básicas de la población.



Por sus limitaciones económicas, el Estado dominicano tendrá que renunciar a la ilusión de querer ser un empresario competidor del sector privado y tendrá que aprender a contentarse con establecer las bases institucionales y políticas que hagan posible una apertura nacional de la economía para que la República Dominicana se convierta en el gran puerto libre del Caribe, en la gran zona franca de la región, donde el turismo, la industria y la agricultura de exportaciones sean los principales pilares del nuevo desarrollo económico dominicano. Será necesario la realización de un gran esfuerzo nacional, mental e institucional para transformar al Estado competidor y obstaculizador en un Estado productor y colaborador.





20. La Caída de Trujillo entre Dos Crisis Económicas

Hay estudios que demuestran que a partir de 1941 la economía dominicana había entrado ya en una fase de clara recuperación y que los efectos de la gran crisis de los años 30 habían quedado atrás. La Segunda Guerra Mundial había comenzado, y los retos que ahora tenía que enfrentar el Gobierno Dominicano para hacer frente a una nueva crisis de las exportaciones eran de otra naturaleza. Ahora tenía el Gobierno que enfrentar una nueva escasez de importaciones, no porque no dispusiera de divisas debido a la caída de sus exportaciones, como había ocurrido a partir de 1930, sino porque la economía de guerra de las naciones industrializadas les impedía surtir adecuadamente los mercados de ultramar. Es bien conocido el hecho de que durante los años de la guerra, los dominicanos vivieron sometidos a un estricto régimen de cuotas de importación y que, en consecuencia, la escasez de numerosos productos industriales que antes se importaban tuvo que ser enfrentada con un extraordinario esfuerzo de producción local a nivel artesanal, que fue complementado con el esfuerzo de industrialización realizado por Trujillo y varios asociados en las áreas de las grasas vegetales, el cemento, la cerveza, los zapatos, las carnes, los textiles, la madera y otras industrias básicas basadas en la explotación de materias primas nacionales y orientadas fundamentalmente a la sustitución de importaciones.

Gracias a la restricción del gasto en divisas durante la Segunda Guerra Mundial, el país pudo acumular grandes reservas que una vez terminada la guerra permitieron sostener el proceso de creación de la moneda nacional, a partir de 1947, y permitieron a Trujillo, por otra parte, embarcarse en un proyecto de industrialización para sustituir importaciones en gran escala. La política



agropecuaria destinada a lograr la autosuficiencia alimenticia para abastecer una población que entonces no pasaba de los dos millones de habitantes tuvo un éxito marcado pues el país logró convertirse en un exportador neto de productos alimenticios al tiempo que su frontera agrícola se expandía día tras día gracias a un intenso programa de colonización agropecuaria que cada año recibía más recursos del gobierno. Puede decirse con toda seguridad que para 1950, la República Dominicana mostraba todos los signos de haber emprendido un proceso de crecimiento económico autosostenido que sólo se veía limitado por la alta dependencia de unos cuatro productos básicos de exportación —azúcar, cacao, café y tabaco— cuyos precios habían aumentado durante y después de la Segunda Guerra Mundial, y cuya producción, sobre todo en el caso del azúcar, había aumentado considerablemente.

Ese proceso de crecimiento económico, que pudo haberse interrumpido debido a una súbita baja de los precios y de las exportaciones en los años 1948 y 1949, se vio fuertemente estimulado a partir de 1950 cuando en junio de ese año los Estados Unidos entraron en la Guerra de Corea y de repente la economía mundial recibió el impacto de los gastos de guerra de las naciones industrializadas. La influencia de la Guerra de Corea en el crecimiento económico dominicano también ha sido analizada antes por otros especialistas, y no voy a detenerme a examinarla en detalle ahora. Pero sí es importante señalarla porque ella es el motor principal del crecimiento de las exportaciones dominicanas entre 1950 y 1958 y ella explica, igualmente, la existencia de los altamente favorables términos de intercambio de que gozó el país durante todos esos años. Aunque fluctuantes, los saldos favorables en la balanza comercial dominicana permitieron al país durante toda una década acumular enormes reservas internacionales que fueron utilizadas por el Gobierno para financiar la compra de equipos y maquinarias destinadas a ampliar el parque industrial dominicano, mejorar la infraestructura de transporte, modernizar el equipo bélico de sus fuerzas armadas y dinamizar en alto grado el sector de la construcción, que vino a convertirse, junto con el industrial, en el sector más dinámico de la economía. La construcción de las industrias de Trujillo, de los barrios de mejoramiento social en muchas partes del país, de la Feria de la Paz y de la Autopista Duarte estableció una dinámica de creación de empleos y de ampliación del consumo no conocida por la economía dominicana en toda su historia.



Durante este período crecen todos los indicadores económicos. Crece la producción industrial, crecen las exportaciones, crecen las importaciones de equipos y maquinarias más rápidamente que las importaciones de bienes de consumo, crece la población, crece el comercio, crece el tamaño del gobierno, crecen los ingresos fiscales, crece el medio circulante, crecen las ciudades, crece la migración del campo a las ciudades, crece el ingreso per cápita, aunque mucho más lentamente que el ingreso global, crece el mercado interno... todo crece. Esos son los años de esplendor de la Dictadura de Trujillo, que parece interminable y que hacen sentir al Dictador en la plenitud de su gloria. Con las reservas acumuladas gracias a los extraordinariamente favorables términos de intercambio, Trujillo se embarca en la nacionalización de la industria azucarera construyendo dos ingenios y comprando otros nueve, compra y nacionaliza también la industria de la electricidad, y todavía le sobran recursos en 1955 para embarcarse en la construcción del mayor monumento a su gloria que al decir de muchos costó más de 30 millones de pesos (entonces exactamente iguales a la misma cantidad en dólares) y que llevó el nombre de la Feria de la Paz.

Aunque algunos han querido ver en la construcción de la Feria de la Paz el inicio de la crisis que contribuye a poner fin al régimen de Trujillo, debido a que esa importante inversión se hizo en un sector no reproductivo, lo cierto es que la economía dominicana continuó por tres años más produciendo un alto excedente de recursos financieros que fueron utilizados por el gobierno para seguir financiando su plan de industrialización y su programa de obras públicas y, desde luego, para enriquecer aún más a la minoría de minorías que rodeaba al Dictador y su familia.

La crisis de finales de la década no la produjo la construcción de la Feria de la Paz, aunque ese gasto restara liquidez al Gobierno Dominicano e impidiera que esos recursos hubieran sido utilizados en inversiones más reproductivas. Lo que realmente produce la crisis es una nueva crisis del sector externo cuyo inicio coincide justamente con la inauguración de la Feria de la Paz, pero que tarda unos tres años en hacerse evidente, a la cual se le une una crisis política internacional que por sus repercusiones termina agravando la crisis externa y poniendo en crisis también a todo el sistema político dominicano en el plano interno. A continuación lo explico.



Crisis del sector externo

A pesar de la rápida industrialización experimentada por el país desde los años de la Segunda Guerra Mundial, la República Dominicana nunca dejó de ser un país dependiente de sus exportaciones de productos primarios pues el peso del sector manufacturero en la economía, tanto en la generación de empleo, como en su participación en el producto interno bruto, no pasaba de un 15 por ciento. Sin embargo, a pesar de la dependencia de las exportaciones de cuatro productos básicos, el motor de la economía durante todo el período posterior a la Segunda Guerra Mundial lo constituyó el gasto del gobierno que durante todo el tiempo que hemos reseñado se mantuvo siempre en una cifra superior al 20 por ciento del producto bruto interno sin incurrir en déficits del sector público. La misma construcción de la Feria de la Paz no produjo un déficit considerable, y los pequeños déficits presupuestales en que incurrió el gobierno en los tres años subsiguientes, fueron más que compensados por los ahorros privados, en los cuales, hay que decirlo, la fortuna del Dictador, sus familiares y allegados jugaba un papel muy importante. A pesar de la expansión económica del período, el ritmo de inversiones era mucho más lento de lo que hubiera podido ser si las condiciones políticas hubieran sido otras o si hubiera existido un régimen de libre competencia en vez de un sistema de monopolios manejados por el Dictador. De ahí que los ahorros privados fueran altos y que la liquidez fuera también muy alta, como lo demuestra la extraordinaria preferencia de los capitalistas dominicanos por el mantenimiento de fondos líquidos depositados en los bancos. En 1959 se llegó a calcular que en los últimos nueve años el sector privado dominicano había llegado a acumular y mantenía unos 140 millones de pesos en cuentas de ahorro en los bancos del país, en tanto que el producto interno bruto había crecido unos 320 millones durante el mismo período. Como se ve, no es en el interior del país en donde se origina la crisis, pues durante todo este período, los precios se mantienen estables, los salarios crecen muy moderadamente, en algunos casos se mantienen congelados, la energía todavía es barata, los costos de producción son igualmente bajos, y las tasas de rentabilidad del sector industrial son muy altas.

El problema, pues, hay que buscarlo en el comportamiento de la balanza de pagos. Al terminar la Guerra de Corea, las exportaciones dominicanas empezaron a perder dinamismo. Entre 1950



y 1954 las exportaciones dominicanas estuvieron creciendo a un 8.3 por ciento acumulativo anual, pero a partir de 1955 su crecimiento fue mucho más lento, apenas un 2 por ciento por año, con el agravante de que los precios también empezaron a bajar perdiendo el país, en consecuencia, las ventajas de los favorables términos de intercambio de que había estado gozando hasta el momento. Tomen ustedes el caso del azúcar, por ejemplo, y observen que aunque las exportaciones azucareras crecieron entre 1955 y 1959 en un 3.5 por ciento por año, el valor de las mismas sólo creció en un 1.6%. Algo parecido, pero de peores proporciones también ocurrió con el tabaco, el cacao y el café, cuyos precios empezaron a vacilar visiblemente a partir de 1955 de tal manera que aunque hubo un año de buenos precios, como el 1957, el efecto global acumulado del período 1955-1958 fue una declinación real de valor de compra de las exportaciones dominicanas en el exterior. Eso por un lado.

Por el otro lado hay que mencionar el hecho de que si bien es cierto que la declinación del ritmo de las exportaciones no produjo ningún déficit en la balanza comercial, el país entró en dificultades con su balanza de pagos a partir de 1955, debido particularmente a los flujos de capital que se produjeron cuando Trujillo se dedicó a comprar diversas empresas industriales extranjeras. Vistos año por año los déficits en balanza de pagos, los primeros desde que comenzó la recuperación económica durante la Segunda Guerra Mundial, fueron déficits moderados (17.3 millones en 1955; 6.6 en 1966; 5.8 en 1957; 3.0 en 1958), pero en 1959 el déficit esperado por las autoridades era de unos 28.0 millones de dólares, una suma récord que hacía totalizar el déficit acumulado en esos últimos cinco años en unos 60 millones de dólares, lo cual era excesivo para una economía del tamaño de la dominicana cuyas exportaciones en 1958 habían sido de sólo 136 millones.

Es importante mencionar las más importantes operaciones de compra de empresas extranjeras durante este período para que se entienda el origen del déficit de balanza de pagos. Solamente el origen, debo decir, pues más adelante hay otro factor de orden político que lo agrava. En 1955 el Gobierno Dominicano pagó 13.2 millones por la compra de la Compañía Dominicana de Electricidad. Dos años más tarde, en 1957, el Central Río Haina compró por 35.8 millones a la West Indies Sugar Company por sus ingenios, pagando un inicial de 10 millones y firmando tres pagarés de 8.6 millones cada uno, el último de los cuales debía ser cancela-



do en septiembre de 1959. En 1957 Trujillo también adquirió otros intereses extranjeros valorados en 2.5 millones, y en los dos años siguientes negoció la compra del Central Romana, entonces propiedad de la South Porto Rico Sugar Company, según se dice, por la suma de 70 millones de dólares. Esta operación, como se sabe, no llegó a ejecutarse debido a múltiples razones, unas de tipo financiero, otras de tipo político.

Otra de las cuestiones que incidieron en el agravamiento de la situación de balanza de pagos del país en 1959 fue la invasión de Constanza, Maimón y Estero Hondo y las complicaciones políticas internacionales en que se vio envuelto el régimen de Trujillo a partir de junio de 1959 con el gobierno de Cuba y con el gobierno de Venezuela. Hasta entonces, Trujillo había comprado armas, aviones y barcos de guerra a precios sumamente favorables aprovechándose de la amplia disponibilidad de excedentes militares que quedaron disponibles en el mercado después de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea. Sin embargo, justo a partir del triunfo de la Revolución Cubana y debido a las amenazas que el exilio dominicano en Cuba y Venezuela lanzaba contra la Dictadura, el Gobierno Dominicano se movilizó frenéticamente tratando de prepararse para enfrentar tanto a Cuba como a Venezuela. Ya en octubre de 1959 la prensa norteamericana refería los amplios gastos en que Trujillo estaba incurriendo en busca de armas y denunciaba una operación de préstamo ascendente a unos 40 millones de dólares otorgado por el Bank of Nova Scotia y el Royal Bank of Canada, aparentemente para financiar balanza de pagos. Esa operación tiene su historia aparte y no la vamos a mencionar ahora, y aunque se la hizo conocer en aquellos días como un financiamiento destinado a respaldar las operaciones del Central Río Haina, lo que parece cierto es que el dinero allegado en virtud ese préstamo fue utilizado para pagar la compra de armas a precios muy altos en el mercado europeo por parte del Gobierno Dominicano, cuya inseguridad lo llevó incluso a adquirir una fábrica de carabinas automáticas en Europa y varios aviones a propulsión a chorro, así como una enorme cantidad de municiones y fusiles belgas. La razón por la cual Trujillo se fue al mercado europeo en busca de armas hay que buscarla en la decisión del gobierno norteamericano de cortar la ayuda militar a todos los gobiernos latinoamericanos a partir de marzo de 1959. De acuerdo con sus fuentes, *The New York Times*, llegó a calcular que en 1959 y en 1960 el Gobierno Dominicano incurrió en gastos milita-



res ascendentes a unos 75 a 80 millones de dólares, cada año, lo cual, de ser cierto, muestra entonces, el enorme drenaje de recursos que sufrió la economía dominicana en aquella coyuntura. Aun cuando la suma gastada hubiera sido solamente la mitad, todavía la salida de capital por concepto de la compra de armas era mucho más de lo que la economía dominicana podía soportar en 1959.

La prueba de esta última afirmación está en que ya a finales de este año las autoridades monetarias dominicanas y las autoridades del Fondo Monetario Internacional sabían que la República Dominicana necesitaba ayuda financiera para estabilizar su balanza de pagos y de alguna manera controlar las importaciones. En diciembre de 1959 cristalizaron las negociaciones para la firma del primer acuerdo de préstamo stand-by firmado por la República Dominicana con el Fondo Monetario Internacional, el cual fue finalmente contratado por un monto de 11.25 millones de dólares, de los cuales, la República Dominicana sólo llegó a utilizar unos 9.0 millones. Hasta entonces, el país había gozado de una situación cambiaria envidiable. Había libre convertibilidad, había libre flujo de importaciones y exportaciones, no había restricciones cambiarias de ningún tipo. El tipo de cambio reflejaba una solidez real basada en la existencia de reservas internacionales cada vez mayores acumuladas gracias, como hemos dicho, al crecimiento del volumen y el valor de las exportaciones en una época de guerra en otras partes del mundo que había favorecido los términos de intercambio del país. Pero ahora, con las extraordinarias salidas de capital provocadas por los pagos de las empresas extranjeras nacionalizadas, por los gigantescos gastos en compras de armas y por una enorme huida de capitales que se inició justamente a raíz de la invasión de Constanza, Maimón y Estero Hondo, el Gobierno, de común acuerdo con el Fondo Monetario Internacional, se vio obligado a establecer restricciones cambiarias y controles a las importaciones.

Para que se tenga una idea del volumen de la huida de capitales, baste mencionar que en las cuentas de balanza de pagos, se registra entre 1960 y 1961 una partida de 82 millones de dólares que salen del país como “capítulos no registrados” o como “errores u omisiones”, que más adelante se constató que fueron dólares del sistema bancario otorgados a los familiares y allegados de Trujillo cuando el régimen se derrumbaba.



La crisis interna

La crisis de balanza de pagos que ya hemos examinado era seria, pero no grave. De acuerdo con los estimados de las autoridades económicas dominicanas y las del Fondo Monetario Internacional, ese acuerdo stand-by acordado por un año debía ser suficiente para equilibrar la economía. Se esperaba que los precios del azúcar subieran, como en efecto, lo hicieron, y se esperaba que al controlar la salida de capitales y restringir las exportaciones, la República Dominicana podría exhibir un superávit cambiario de unos 30 millones de dólares a finales de 1960, en contraste con el déficit de 28 millones con que cerró en 1959. Ahora bien, lo que nadie esperaba era que Trujillo iba a intentar asesinar al Presidente de Venezuela Rómulo Betancourt el 24 de junio de 1960 y que, a consecuencias de este hecho y de las presiones de Venezuela y los Estados Unidos, la Organización de Estados Americanos impondría al país severas sanciones políticas y económicas que culminarían con un estado generalizado de desabastecimiento de productos de consumo, con una dramática escasez de gasolina, lubricantes y combustibles, y con un grave deterioro de la calidad de la vida de los dominicanos, para no mencionar el estado de inestabilidad política interna que agudizó la represión militar y policial y resucitó los métodos sangrientos de control por parte de la Tiranía.

Una ironía de la crisis política es que, a pesar del enorme desabastecimiento y del sufrimiento y las privaciones que sufrió la población a causa de las sanciones, fueron éstas precisamente uno de los elementos que contribuyeron a que la balanza de pagos comenzara a recuperar su equilibrio a finales de 1960 y que el Gobierno Dominicano no tuviera necesidad de utilizar toda la línea de crédito de los 11.25 millones otorgados en virtud del acuerdo stand-by. Sin embargo, las sanciones y las restricciones del acuerdo con el Fondo Monetario Internacional ejercieron su impacto negativo sobre el resto de la economía pues la producción industrial disminuyó sustancialmente, el turismo, entonces escaso, también disminuyó, el número de barcos que entró al país con mercancías decreció, los permisos de construcción se redujeron en más de la mitad, aunque la producción de cemento aumentó para dar continuidad a la terminación de la autopista Duarte y para la exportación. Un excelente indicador de la depresión económica que sufrió el país durante el peor año de la crisis que fue el 1961, es el consumo de cerveza, bebida popular por excelencia que dis-



minuyó más de un 25 por ciento su producción. No tengo a mano la producción de ron ni de otros productos esenciales o básicos. En general, el ingreso nacional per cápita a precios constantes, calculado con base de 1967, disminuyó en más de un tercio, al descender el producto bruto y al verse obligado el gobierno a establecer numerosos impuestos al consumo interno en un desesperado esfuerzo por reunir fondos con que hacer frente a sus gastos de defensa. Esos impuestos eran contabilizados en un llamado Fondo para la Defensa Nacional y sirvieron, más que para dotar de recursos sustanciales al gobierno, para irritar políticamente a la población al encarecer sustancialmente el costo de la vida.

Al morir Trujillo a mediados de 1961, en medio del peor año de la crisis, la población estaba abrumada por los altos precios y la escasez de manufacturas importadas. La caída de la producción había obligado a muchas industrias a despedir a numerosos empleados y la situación había llegado a ser sumamente explosiva. De hecho, cuando Trujillo fue asesinado ya hacía meses que existía en el país un estado de notoria agitación política caracterizado por la resistencia contra el gobierno encabezada por miembros de la Iglesia y por núcleos de profesionales de clase media a quienes el gobierno persiguió, encarceló, torturó o asesinó sin piedad en el curso de esos dos años. La crisis se manifestaba visiblemente en el deterioro de las calles y carreteras, en la falta de pintura de las viviendas privadas y edificios públicos, en el desgaste de la ropa y del calzado de los dominicanos y, sobre todo, en un profundo fatalismo que se apoderó de los espíritus a medida que el gobierno se hacía más tiránico y represivo y las cárceles se llenaban de presos políticos. Tomó bastante tiempo a los dominicanos recuperarse del pesimismo en que los dejó Trujillo, pero entretanto el gobierno de Joaquín Balaguer, que quedó a cargo de la administración pública en 1961, quiso maniobrar para sobrevivir políticamente y tomó una serie de medidas destinadas a facilitar la democratización política del país y a buscar una salida a la crisis económica. La historia de la democratización política dominicana posterior a la muerte de Trujillo ha sido estudiada por numerosos especialistas y por eso no la vamos a tratar aquí. Lo que nos interesa, en cambio es ver qué hizo el gobierno de Balaguer para enfrentar la crisis.

Entre las muchas medidas de tipo económico adoptadas por Balaguer en su corto período de gobierno unipersonal (el Estado de Emergencia decretado el año anterior permitía al Presidente de



la República gobernar por decreto y pasar leyes sin la participación del Congreso Nacional), las más importantes fueron la estatización de la mayor parte de las empresas y fincas de Trujillo, sus familiares y algunos asociados muy cercanos, y la eliminación de numerosos impuestos al consumo creados en la coyuntura anterior, así como la reducción de los precios de los más importantes artículos de primera necesidad. De esta manera, en muy pocos días, aumentó el ingreso real de la población dominicana y la demanda agregada experimentó una fuerte expansión a finales de 1961, justo en las últimas semanas del régimen de Balaguer, quien fue derrocado a mediados de enero de 1962 y fue sustituido por un gobierno de transición colegiado llamado Consejo de Estado compuesto por siete miembros.

El Consejo de Estado trabajó desde el principio por lograr que las sanciones impuestas por la Organización de los Estados Americanos fueran levantadas, cosas que logró en enero de 1962, justo antes de que Balaguer fuera derrocado por sus compañeros de gobierno (Balaguer había tenido que modificar la Constitución a finales de 1961 y ampliar el Poder Ejecutivo con la creación del Consejo de Estado, conservando él la Presidencia de la República y del mismo Consejo. Esta maniobra le sirvió de poco pues, como hemos dicho, fue derrocado por tiempo después). Con las sanciones levantadas, el Gobierno Dominicano entonces logró restituir la capacidad del país para exportar e importar libremente desde y hacia los Estados Unidos y muy pronto se reinició el flujo de mercancías necesario para restituir los inventarios y para satisfacer la demanda de productos manufacturados de que los dominicanos habían estado privados por dos años. El Consejo de Estado recibió un préstamo de 25 millones de dólares de la Alianza para el Progreso, además de 22 millones de dólares adicionales que el gobierno de los Estados Unidos había retenido al aplicar las sanciones económicas al régimen de Trujillo y no entregar el diferencial que le correspondía al país por concepto del beneficio extra de los precios preferenciales de la cuota azucarera cubana, que había sido distribuida en 1960 entre numerosos productores, entre ellos la República Dominicana, a la cual, y por primera vez en su historia, los Estados Unidos le otorgaron una cuota de unas 130,000 toneladas. Con estos recursos, el Consejo de Estado pudo lanzarse de lleno a un programa de emergencia para lograr la reactivación económica del país.

En corto tiempo los resultados de la política económica del



Consejo de Estado se hicieron evidentes. El Gobierno continuó con la rebaja de impuestos de algunos artículos de primera necesidad y de algunas importaciones industriales. Al confiscar definitivamente las empresas de Trujillo y sus familiares, el Consejo de Estado pudo crear nuevos empleos en las empresas estatales para favorecer su clientela política. En vista de que Trujillo había mantenido los salarios en el sector público congelados, el Consejo de Estado mantuvo una política de aumentos generosos a los empleados públicos y, sobre todo, a los empleados y obreros de las empresas estatales y, particularmente, de la Corporación Azucarera Dominicana. Estos aumentos fueron calculados posteriormente y hay quien dice que el promedio general de las alzas de salario ocurridas en el país en 1962 fue de un 54 por ciento, lo cual es muy importante tener en cuenta para explicar entonces el extraordinario aumento de la demanda agregada en el país y la notable recuperación del ritmo de las importaciones que la crisis de balanza de pagos, el acuerdo stand-by y las sanciones de la OEA habían reducido sustancialmente. Es precisamente esa explosión en la demanda lo que también explica el fuerte estímulo que recibieron muchos importadores para invertir recursos en pequeñas fábricas de sustitución de importaciones y para que los industriales demandaran una ley de incentivo y protección industrial tanto del Consejo de Estado como de los gobiernos posteriores.

Por el momento, sin embargo, la demanda había que satisfacerla con importaciones pues la planta industrial dominicana no era lo suficientemente diversificada como para satisfacer todas las necesidades de los dominicanos que, también, a partir de 1962 empezaron a viajar masivamente al extranjero, particularmente a Puerto Rico y Nueva York en busca de mercancías hasta entonces no fabricadas en el país o que simplemente habían dejado de ser importadas durante los dos años de la crisis. A pesar de la recuperación de los precios del azúcar, y del otorgamiento de la cuota azucarera a precios preferenciales por el gobierno norteamericano, a pesar de la ayuda financiera directa recibida por el Consejo de Estado para financiar su plan de emergencia, a pesar del extraordinario aumento de la inversión privada y a pesar de la reactivación real en el ritmo de la economía que volvió a alcanzar los niveles de 1958, lo cierto es que en 1963, cuando el Consejo de Estado entregó el poder al gobierno de Juan Bosch, nuevos indicios se observaban sugiriendo una nueva crisis de balanza de pagos.

Los esfuerzos que realizó Bosch para disminuir el déficit pú-



blico y aumentar las reservas internacionales tuviera una contradicción interna insoluble pues aunque el gobierno mantuvo un régimen de austeridad que fue aplaudido por todo el mundo y las finanzas públicas mostraron también signos de notable recuperación gracias a su estricta administración, la política cambiaria del gobierno estuvo orientada a lograr la libre convertibilidad de la moneda una vez las reservas en divisas alcanzaran los niveles que el gobierno deseaba. El mismo Presidente Bosch en más de una ocasión declaró que ésa era la meta de su política económica: lograr a corto plazo la libre convertibilidad del peso dominicano y eliminar totalmente cualesquiera restricciones cambiarias o controles de importaciones que existieran todavía en virtud del acuerdo stand-by con el Fondo Monetario Internacional, el cual, dicho sea de paso, fue saldado enteramente por el gobierno en junio de 1963 cuando la República Dominicana terminó de pagar los 9 millones de dólares utilizados por el gobierno de Trujillo en 1960.

Lo que ninguno de los asesores económicos del Presidente Bosch, ni los mismos funcionarios del Fondo Monetario Internacional se daban cuenta era que ya no era posible volver a la libre convertibilidad ni a una política de liberalización total de las importaciones como querían también los comerciantes importadores y una parte importante del sector industrial. Ya la República Dominicana había entrado en una nueva era política en que la población demandaba mayoritariamente el respecto a sus derechos democráticos, entre ellos el derecho a viajar libremente al extranjero, a consumir todo lo que su dinero podía comprar y a ponerse al día en los estilos de consumo de las naciones más desarrolladas. La liberalización del consumo, el aumento sustancial de la masa monetaria debido a los programas de emergencia del Consejo de Estado y del gobierno de Bosch, el aumento de la nómina del sector azucarero en más de 27,000 empleados y obreros en 1963, la indetenible sed de consumo de los dominicanos, la necesidad de reponer los inventarios casi extinguidos o muy disminuidos durante la crisis, todo eso había producido una explosión en la demanda global que no podía ser satisfecha por la limitada planta industrial dominicana de sustitución de importaciones básicas que se había desarrollado en la Era de Trujillo, y por ello el problema cambiario dominicano no podía ser otra cosa que un reflejo de su estructura productiva. La gran contradicción en la política económica del gobierno de Bosch fue el no haber comprendido de que ya no era posible la libre convertibilidad.



Pero la libre convertibilidad era una de las metas a las que aspiraban los funcionarios del Fondo Monetario Internacional en aquellos años. Estudiados los documentos del acuerdo stand-by de 1959 y del nuevo stand-b de 1965 que tuvo que firmar el Triunvirato a causas de una nueva crisis de la balanza de pagos, se concluye muy fácilmente que el problema económico dominicano era un problema de producción y exportación, así como del tamaño relativo de una economía que había acumulado una liquidez que le permitía demandar más importaciones de las que sus exportaciones podían pagar. A partir de entonces, los economistas dominicanos y los analistas económicos que publican sus opiniones en los periódicos han estado persiguiendo un fantasma. Si se lee la enorme montaña de artículos, editoriales y comentarios aparecidos en la prensa dominicana en los últimos veinticinco años, también es fácil constatar cómo para muchos de nuestros más distinguidos economistas el problema económico dominicano ha estado reducido al manejo de la balanza de pagos y cómo durante muchos años las soluciones que siempre se sugirieron fueron soluciones de corto plazo basadas en el manejo de variables puramente monetarias destinadas a cerrar la balanza de pagos en equilibrio a fines de cada año. Las políticas fiscales que hubieran servido para producir aumentos rápidos en la producción tomaron mucho tiempo en diseñarse, decidirse y ejecutarse y, andando el tiempo, las maniobras políticas de los grupos económicos más influyentes en la vida nacional, lograron imponer un estilo de crecimiento económico a la República Dominicana cuyos costos sectoriales terminaron distorsionando la marcha global de la economía e imponiendo estilos de vida de alto costo social para la nación dominicana.





21. Las Relaciones Económicas Domínico-Americanas

Casi diez años después de la intervención militar norteamericana en Santo Domingo, cualquiera estaría tentado a pensar que todo aquel aparato desplegado para impedir que en la República Dominicana apareciera otra Cuba obtuvo finalmente el éxito buscado. La continuidad política y la seguridad de que gozan las inversiones norteamericanas en Santo Domingo parecen indicar que la intervención de 1965 ha rendido sus frutos. Nueve años de continuidad en un país tan explosivo como la República Dominicana no es poca cosa. Y si esa es una estabilidad lograda a base de la aplicación de una política específica, como es la masiva y selectiva aplicación de la ayuda económica, el éxito es mayor todavía. Cualquier observador superficial diría que las metas de la intervención han sido ya alcanzadas pues se evitó el surgimiento de otra Cuba y se instaló un gobierno tan complaciente y deseoso de servir los intereses norteamericanos como el que más.

Ahora bien, lo interesante es que pese a las manifestaciones de docilidad que ha dado el gobierno dominicano frente a los Estados Unidos a lo largo de estos nueve años aceptando todo tipo de inversiones económicas y los postulados básicos de la política exterior norteamericana, hay un aspecto de las relaciones entre ambos países que pese a su instrumentalidad en la obtención de esa docilidad, no ha marchado siempre con la prontitud y efectividad que Washington hubiera querido. Este aspecto es el de la ayuda económica que, como se sabe, ha sido impresionante, pero cuya negociación no siempre estuvo despojada de conflictos producidos por los intereses diversos de ambos gobiernos. Intereses que, como mostraremos en este artículo, respondían más bien a una concepción de la importancia táctica del uso de la ayuda que a la utilidad global de la misma.



Un país como los Estados Unidos puede volcar enormes recursos en los bolsillos un gobierno latinoamericano con un propósito claro y definido, pero las necesidades de ese gobierno, tal y como las perciben sus líderes, pueden ser totalmente diferentes a las que Washington puede creer que sean más importantes. El caso dominicano ilustra con algunos detalles esta situación con la particularidad de que nos permite ver cómo un gobierno latinoamericano, dócil y complaciente en determinadas ocasiones, puede manipular a los Estados Unidos buscando sus propias finalidades en la negociación de la ayuda económica. Hasta ahora la teoría preva-
ciente en la República Dominicana ha sido que nada ocurre en Santo Domingo sin que haya sido impuesto por las buenas o por las malas por los Estados Unidos. Y aunque hay mucha base para sostener esta afirmación, pues no es un secreto para nadie que hay pocos países tan dependientes de los Estados Unidos como la República Dominicana, también hay base para sostener que en las relaciones domínico-americanas ha habido, en lo que a la ayuda económica se refiere, un cierto “bargaining process” provocado por el interés del gobierno dominicano de utilizar los fondos de la ayuda en forma algo diferente a como el gobierno norteamericano lo tenía pensado.

Esto no quiere decir, desde luego, que la discusión del uso de la ayuda sea un indicador de independencia política. Más bien quiere decir que las vías a través de las cuales el Gobierno Dominicano ha aceptado la dependencia de los Estados Unidos han debido conformarse a su posición política interna y a un diagnóstico propio de su situación económica y financiera. Lo que los norteamericanos consideran que pueden ser las necesidades básicas del Gobierno Dominicano en varias ocasiones ha resultado que no son las que éste ve como tales. Veamos.

Cuando Joaquín Balaguer tomó posesión de la Presidencia en junio de 1966 el Gobierno Dominicano estaba totalmente dominado por unos 400 funcionarios y asesores norteamericanos que trabajaban en todos los niveles de la administración pública; los militares estaban prácticamente manejados por una misión norteamericana de 65 hombres; el Ministerio de Agricultura tenía que trabajar con la presencia de unos 45 técnicos norteamericanos que decidían en muchos casos cuestiones elementales; la Policía Nacional y los organismos de seguridad del Estado eran asesorados por unos 15 expertos en cuestiones de seguridad pública, de los cuales, según las informaciones, un tercio por lo menos pertenecía a la CIA.



Otros departamentos del gobierno tales como la Oficina de Desarrollo de la Comunidad y el Instituto Agrario Dominicano también trabajaban con el concurso de asesores norteamericanos, que además de prestar sus servicios profesionales, también ejercían medidas de presión en caso de que sus contrapartes dominicanos no siguieran los lineamientos políticos o administrativos que emanaban directamente de la oficina local de la AID o de la Embajada Norteamericana. De estos hechos puede dar fe cualquier funcionario del Departamento de Estado que estuviera al tanto de la situación dominicana en el año siguiente a la salida de los infantes de marina de Santo Domingo.

Esa abrumadora presencia norteamericana, aún después de la salida de las tropas, sembró en el ánimo popular la noción de que el país había quedado ahora en una situación de dependencia muy cercana al coloniaje, sobre todo cuando se sabía que no era posible ir muy lejos en la implementación de políticas dentro de la Administración Pública sin contar con la aprobación o aquiescencia de la AID o de la Embajada norteamericana. Poco a poco los dominicanos fueron acostumbrándose, aunque con resentimiento, a esta situación, y llegó a hacerse universal la noción de que sin el concurso de los Estados Unidos sería muy difícil echar el país hacia adelante. Esta idea arraigó, sobre todo, en el seno del gobierno, especialmente en los niveles superiores, que eran los que trabajaban más en contacto con los técnicos y asesores norteamericanos y recibían más directamente su influencia. Además, era en estos niveles en donde existía una conciencia clara de las verdaderas necesidades del Gobierno Dominicano y de la inmensa capacidad de los Estados Unidos para satisfacerlas si las cosas se hacían conforme a los intereses norteamericanos.

La ayuda económica vino a ser así el nuevo instrumento de control luego de la salida de las tropas norteamericanas. El país había quedado sumamente afectado por la guerra civil, sobre todo si se tiene en cuenta que el conflicto armado tuvo lugar después de varios años de crisis económica provocada por la sequía y los malos precios de los productos de exportación dominicanos. El país necesitaba desesperadamente de la ayuda externa y ahí estaban los Estados Unidos dispuestos a ofrecerla. La ofrecieron en la forma de donativos, de préstamos y del otorgamiento preferencial de la cuota azucarera, y aunque no es mi propósito hacer aquí una historia de la ayuda, conviene aclarar que sin ella hubiera sido muy difícil para la República Dominicana salir de la situación de dete-



rioro en que quedó postrada al final de la guerra civil. Ahora bien, el costo de la recuperación económica ha sido muy alto en términos de dependencia, pues hubo momentos en que el Gobierno Dominicano llegó a plantear su supervivencia en función del otorgamiento o no de la cuota azucarera que necesitaba para obtener las divisas que le permitirían equilibrar aceptablemente su balanza de pagos.

Si se examinan las cifras de la ayuda entre el 1966 y el 1973, uno queda abrumado ante la enorme cantidad de dinero que los Estados Unidos volcaron sobre la República Dominicana. Entre abril de 1965 y junio de 1966 el Gobierno Dominicano recibió unos 122 millones de dólares, la mayor parte de ellos en donaciones otorgadas con el propósito de evitar la bancarrota económica del Estado Dominicano. En los tres años que siguieron, esto es, durante la primera administración de Balaguer, la ayuda alcanzó los 144 millones de dólares, la mayor parte de los cuales llegaron en la forma, no de donaciones, sino de préstamos a largo plazo para la implementación de ciertos programas de desarrollo. Esos préstamos fueron negociados a través de la AID y en más de una ocasión se hicieron bajo la aplicación de la Ley Pública 480 para la obtención de alimentos. De junio de 1969 a junio de 1973 la ayuda bajó a 78 millones de dólares, la mayor parte de los cuales llegaron en la forma de asistencia a través de la Ley Pública 480.

Como se ve, la dependencia económica de la República Dominicana, sobre todo durante el quinquenio 1966-1970, fue verdaderamente extraordinaria, y puede asegurarse que sin la cuota azucarera y sin la gigantesca ayuda económica directa, el país hubiera sobrevivido solamente en base a una política de extrema austeridad con un notable y peligroso aumento del desempleo. Durante este período el 32 por ciento de los ingresos en divisas estuvieron representados por la ayuda económica norteamericana y la cuota azucarera. Esto quiere decir que el Gobierno Norteamericano era el responsable de casi la tercera parte del total de los ingresos en divisas del Gobierno Dominicano. De haberse suspendido la ayuda y la cuota azucarera, la situación económica dominicana se habría deteriorado.

Durante ese primer período los Estados Unidos tenían una política de otorgar una ayuda que fuera solamente suficiente para cubrir el déficit de la balanza de pagos. Es decir, el Gobierno Norteamericano, a través de la AID, desembolsaba las sumas que permitían al Gobierno Dominicano cerrar su balanza de pagos con



un ligero superávit. Según informes, a la AID no le interesaba que el superávit fuera muy alto, porque entonces disminuía la dependencia, pero tampoco estaba interesada en que el país sufriera un déficit muy grande pues entonces la economía se debilitaba, el empleo podía decrecer y la estabilidad política tan precariamente alcanzada se vería amenazada. El Gobierno Norteamericano presionaba a través de la AID, y también del Fondo Monetario Internacional para que el Gobierno Dominicano adoptara rígidas medidas de austeridad, cosa que en efecto Balaguer hizo desde el principio mismo de su mandato.

Pero también quería el Gobierno Norteamericano que esa austeridad alcanzara el área del gasto externo, esto es, del gasto en divisas a través de una política de restricción de las importaciones. Siempre hubo una pugna muy visible en los altos niveles del gobierno, en donde se veía a los norteamericanos tratando de que el Gobierno Dominicano conociera el monto de la ayuda que supuestamente le iba a otorgar *solamente* después que se hubieran adoptado ciertas medidas recomendadas por Washington para restringir las importaciones. En esa pugna el Gobierno Dominicano, por su parte, pensando que los Estados Unidos estaban políticamente obligados a cubrir el déficit en la balanza de pagos para proteger la estabilidad del régimen, no enfatizaba mucho en esos aspectos restrictivos pensando que de todas maneras mientras menos restricciones hubiera, mayor sería el déficit, claro está, pero también mayor sería la ayuda norteamericana y por lo tanto más fuerte el apoyo político de los Estados Unidos al régimen de Balaguer.

Como se ve, los Estados Unidos utilizaban las negociaciones con los préstamos de la AID y de la PL480 para ejercer determinadas presiones y conseguir que se modificaran ciertas políticas en el campo económico. Los negociadores dominicanos y norteamericanos de algunos de esos contratos pueden dar fe de ello. Es probable que también se llevaran a cabo presiones de tipo político en el seno del Gobierno Dominicano, especialmente en la negociación de la cuota azucarera, pero como estos asuntos siempre han estado ligados a la Presidencia de la República es muy poco lo que se sabe de los mismos.

En los años de 1966 a 1969, una de las cosas que más trató de conseguir Washington fue la devaluación del peso dominicano para que de esa forma la balanza de pagos lograra un equilibrio más rápido y, en consecuencia, el monto de la ayuda norteamericana, no tuviera que ser tan grande. Los dominicanos, desde luego,



se opusieron a ello. Además de los argumentos políticos en contra de la devaluación, el Gobierno Dominicano pensaba que si los norteamericanos iban a cubrir de todas maneras el déficit de la balanza de pagos, no había por qué ayudarlos a ellos en ese sentido a través de una devaluación de la moneda que también podía resultar en una cuota azucarera menor. Con la devaluación Washington buscaba otorgar menos ayuda al país. Pero el mantenimiento de la paridad del dólar con el peso dominicano era la forma con que el Gobierno Dominicano buscaba, y de hecho conseguía, sacar más ayuda de los Estados Unidos.

Durante ese período (1966-1969), una proporción muy grande del presupuesto nacional se utilizaba para cubrir los salarios y había muy poco dinero para hacer inversiones. El grueso de las inversiones de ese período se hicieron con fondos de la ayuda externa por lo que el programa de inversiones públicas estaba determinado, en cuanto a su cantidad y en cuanto a los proyectos, por decisiones de la AID. Una de las condiciones de la ayuda era que se asignaran recursos del Presupuesto Nacional como elementos de contrapartida para los programas financiados con la ayuda norteamericana. Es decir, si un programa de inversión costaba, digamos, 15 millones, la AID exigía que el Gobierno Dominicano aportara dos o tres millones de ese costo para ellos poner doce o trece millones como evidencia del deseo del Gobierno Dominicano en efectuar la obra. Sin embargo, el Gobierno Dominicano se resistió mucho a otorgar fondos para esos proyectos porque políticamente encontraba más útil orientar sus recursos hacia otro tipo de inversión con un impacto político constatable como eran y todavía son las obras públicas urbanas y suntuarias en donde el producto de la inversión es perfectamente visible y, además, su realización genera empleo urbano rápido que puede ser políticamente capitalizado.

Otro aspecto de discusión en las negociaciones de la ayuda externa fue el relativo al origen de las importaciones dominicanas. Siendo la República Dominicana un país que dependía tanto de los Estados Unidos para conseguir sus divisas, a los norteamericanos les parecía mal que apenas un 50 por ciento de sus importaciones provinieran de los Estados Unidos. El otro 50 por ciento eran importaciones japonesas y europeas. Al negociarse los programas de préstamos la AID insistía mucho en que el país comprara más artículos en los Estados Unidos reorientando así sus importaciones. Estas insistencias que adquirían frecuentemente el carácter de



exigencias abiertas, encontraban la natural resistencia del Gobierno Dominicano. Pero en este aspecto los Estados Unidos fueron inflexibles. Por un período de tiempo, los fondos de la ayuda norteamericana sólo podían dedicarse para compras en los Estados Unidos. Este fue el período en que el Presidente Johnson tuvo que enfrentar el déficit crónico en la balanza de pagos norteamericana. Pero como los dominicanos estaban también preocupados con su déficit, esa “ayuda atada” provocaba ciertos resentimientos.

Durante estos años el grueso de la inversión pública se hacía con fondos de la AID. Estos recursos de la AID se orientaban generalmente hacia el desarrollo agrícola del país, mientras el Gobierno Dominicano realizaba otras inversiones en el sector urbano. El interés primordial del Gobierno en esos fondos de la AID se debía a las divisas que con ellos recibía, pues estas divisas servían para equilibrar la balanza de pagos. Se sabe que el Presidente de la República no tenía demasiado interés en recibir esos fondos ya que los programas agrícolas en que se invertían no tenían prioridad desde su punto de vista pues éstas eran inversiones que a corto plazo no generaban ningún impacto político. Antes de 1972, año en que hubo un cambio visible en la política agraria del Gobierno Dominicano, era notable el interés de Balaguer por sacrificar el desarrollo agrícola del país al simple juego de su permanencia en el poder. Este descuido de las inversiones en el sector agropecuario por parte del Gobierno Dominicano sirve para explicar el lento crecimiento en la producción agrícola no azucarera que el mismo Gobierno admite hoy que existe en la República Dominicana. El interés del Gobierno Dominicano en la firma de los préstamos con el AID residía, ya lo hemos dicho, en la obtención de divisas no en las repercusiones sociales y económicas de su aplicación en los proyectos de desarrollo agrícola.

Este aspecto de las negociaciones relativas a la ayuda norteamericana, como se comprende, siempre estuvo lleno de rozamientos. En la medida en que el Gobierno Dominicano recibía mayores ingresos presupuestales gracias a la ejecución de una política de contener los salarios, en esa misma medida aumentaban sus inversiones en obras públicas no prioritarias calificadas algunas veces por los mismos norteamericanos como gastos de lujo por el evidente dispendio de fondos que podían ser utilizados en programas de desarrollo económico y social. Lo que más chocaba —y todavía choca— era que mientras el Gobierno hacía esas inversiones dispendiosas, se negaba a dar parte de sus recursos para complementar los



programas de ayuda financiados con recursos externos en campos de alta prioridad como lo era el sector agrícola o la educación. En este sentido, un caso muy ilustrativo ha sido un préstamo de la AID, de unos 10.9 millones de pesos, orientado al mejoramiento de la educación de los maestros que nunca ha sido firmado porque el Gobierno rehusa aportar los recursos del presupuesto necesarios para ello. Ese préstamo, si algún día se utiliza, servirá para mejorar los salarios de los maestros, asegurar su perfeccionamiento profesional y establecer un sistema de escalafón que permita instituir una verdadera carrera magisterial en la República Dominicana.

Ahora bien, pese al disgusto que generaban dentro de la AID esas dificultades, ellas eran vistas por algunos norteamericanos como dificultades menores dentro de aquel vasto programa de ayuda a la República Dominicana. Con excepción de este último préstamo para la educación, puede decirse que el Gobierno Dominicano aceptó finalmente todo lo que el Gobierno Norteamericano ofrecía pues Balaguer y sus asesores sabían que no era posible echar hacia adelante el país sin el concurso de los Estados Unidos. Esta conciencia de la necesidad de la ayuda americana se hizo evidente más de una vez en la tarea del Gobierno Dominicano para obtener una cuota azucarera favorable que le proporcionara divisas para financiar sus importaciones. Además del intenso cabildeo llevado a cabo tanto en Washington como en Santo Domingo por los funcionarios dominicanos para convencer a los Estados Unidos de la importancia de la cuota, el Presidente Balaguer llegó a ofrecer al Presidente Nixon —no al Congreso Dominicano— su renuncia en caso de que él fuera un obstáculo para la obtención de la cuota azucarera. Balaguer desde luego, no renunció, la cuota buscada (700,000 toneladas) fue obtenida y con ella él consiguió no sólo reforzar la posición económica de su gobierno sino también demostrar que los Estados Unidos lo apoyaban políticamente.

La cuestión de la cuota azucarera fue para el Gobierno Dominicano un asunto de vida o muerte durante las dos primeras administraciones de Balaguer. Junto con la ayuda económica directa en forma de préstamos y donativos, la cuota azucarera sirvió para reforzar la expansión de la economía dominicana aunque ello significara también el acentuamiento de la dependencia, pues debe recordarse que las legislaciones norteamericanas de 1965 y 1971 relativas a la cuota establecía el derecho de los Estados Unidos de suspenderla a cualquier país productor que diera un tratamiento injusto a las inversiones norteamericanas. La cuota básica domini-



cana asegurada en esas legislaciones era relativamente pequeña, pero lo que importaba al Gobierno Dominicano era la parte que podía obtener de la redistribución de la cuota cubana y la reasignación del déficit de producción de otros países, principalmente Puerto Rico, lo mismo que otras reasignaciones discrecionales.

Durante esos años el precio promedio del azúcar dominicano en el mercado norteamericano anduvo muy por encima de los precios del mercado mundial por lo que la cuota azucarera significaba para la República Dominicana una ventaja considerable y una protección privilegiada a su principal fuente de ingresos. Para 1966, por ejemplo, la cuota azucarera significó para la República Dominicana un ingreso adicional de 53.5 millones de dólares, que no hubieran entrado al país de haberse vendido el azúcar en el mercado mundial. En los años siguientes hasta 1971, esa cifra se mantuvo más o menos estable (55.9 en 1967; 67.7 en 1968; 50.2 en 1969; 48.6 en 1970; 43.5 en 1971), pero en 1972 los precios mundiales dieron un notable salto hacia arriba y la diferencia en los beneficios fue de sólo 12.9 millones de dólares. Aunque los datos para 1973 faltan, sabemos que la República Dominicana no obtuvo ninguna ventaja exportando azúcar en ese año hacia los Estados Unidos, sino más bien desventajas puesto que dejó de ganar el dinero que representaban los buenos precios del mercado mundial que se han mantenido en aumento hasta hoy. Pero, esta política ha beneficiado muy poco al Gobierno Dominicano, pues precisamente ahora en diciembre de 1974, la legislación azucarera norteamericana está terminando, y los precios del mercado mundial andan por las nubes. Ello significa que 1975 será un año de notable independencia financiera para el Gobierno Dominicano en relación con la ayuda y la cuota norteamericanas, pues a medida que han pasado los años, su importancia ha ido decreciendo hasta llegar a ser prácticamente innecesarias para el financiamiento de las importaciones dominicanas. Recuérdese que la ayuda y la cuota juntas representaban en 1966 el 47 por ciento de todos los ingresos en divisas del Gobierno Dominicano, mientras que en 1972 sólo representaron el 8.7 por ciento.

Económicamente hablando esto sugiere varias cosas. Una de ellas es que el país ha sido capaz de recuperarse de la crisis de 1964-1967, y su balanza de pagos, anteriormente deficitaria, ha podido equilibrarse razonablemente. Otra, y de esto hablan mucho los funcionarios de la AID, es que esa recuperación ha sido posible gracias a una ayuda económica aplicada convenientemente que ha



servido para estimular la economía del país y llevarla a niveles nunca antes alcanzados por otro gobierno dominicano. Según estos funcionarios, junto con la ayuda también han contribuido al despegue económico dominicano otros factores, como son el crecimiento de la producción azucarera estimulado por la posibilidad de la obtención de cuotas cada vez mayores, y la inversión extranjera y doméstica cuyos agentes, al notar el apoyo político de Washington al Gobierno Dominicano, han arriesgado sus capitales en un área tradicionalmente inestable como lo es la República Dominicana. Curiosamente, la inversión extranjera ha crecido en términos absolutos, pero proporcionalmente se mantuvo hasta 1971 en niveles similares a los de 1964 en relación a la inversión doméstica, esto es, alrededor del 35 por ciento.

Sin embargo, la inversión privada y la ayuda extranjera han significado una tremenda inyección de capitales a la economía dominicana, pues entre 1966 y 1971 fueron invertidos en el país unos 1,009.7 millones de dólares y una parte sustancial de los mismos fue dirigida a sectores tan decisivos como la minería y la energía. Las condiciones otorgadas por el Gobierno Dominicano a esas inversiones no han podido ser más halagadoras. La Falconbridge Dominicana, por ejemplo, una empresa de capital norteamericano que opera bajo cubierta canadiense y se dedica a la explotación de níquel en la región central del país, invirtió unos 205 millones de dólares asegurados por los Estados Unidos contra todo tipo de riesgo político, especialmente expropiación. Otros negocios extranjeros no tan grandes como la Falconbridge pero sí muy importantes desde el punto de vista económico, como la compañía aurífera Rosario Dominicana, o la Refinería de Petróleo, de propiedad estatal y de la Shell, o la industria de alimentos lácteos de la NESTLE, han obtenido ventajas notables en la negociación de sus contratos de instalación con el Gobierno Dominicano.

El Gobierno Dominicano y, particularmente, el Presidente Balaguer han admitido públicamente en más de una ocasión la necesidad de la inversión extranjera para el financiamiento del desarrollo dominicano. Cada vez que los políticos de dentro o de fuera del gobierno han levantado la voz para pedir que la inversión norteamericana sea limitada, regulada o expropiada, Balaguer ha aparecido defendiéndola con una interesante justificación que, además de económica, es de una notable significación política. Para citar nada más que una de sus muchas intervenciones en defensa de la inversión norteamericana en la República Domini-



cana, oigámoslo hablar en 1970 vendiendo una justificación que tiene mucho que ver con la geopolítica de los intereses norteamericanos en el Caribe:

“Para hablar con la claridad que requieren las circunstancias y para llamar las cosas con sus nombres y no con rodeos eufemísticos, puede decirse que los Estados Unidos, aleccionados por el drama de Cuba, no permitirán jamás que en la República Dominicana o en cualquier otro país de la zona del Caribe, se instaure otro régimen semejante al que ha sustraído a la patria de Martí, del concierto de la civilización cristiana. Ese sólo hecho bastaría para hacer injustificable la desconfianza del inversionista nativo o extranjero que contempla con recelo el futuro político del pueblo dominicano. Querrámoslo o no lo querramos los dominicanos, aquí no se podrá reanudar el milagro de la Sierra Maestra, a no ser que se produjera un conflicto mundial en que la suerte de la civilización se decidiera en favor de quienes han abrazado en la humanidad de hoy las doctrinas del materialismo ateo”. (Lis-tín Diario, 30 de octubre de 1970.)

Aparte de la retórica aparente de estas declaraciones presidenciales, Balaguer refleja en sus palabras una convicción que ha arraigado profundamente en la mente de los políticos dominicanos. La gente recuerda que los Estados Unidos ocuparon el país en 1916 y lo gobernaron durante ocho años. Recuerda también que a raíz de la muerte de Trujillo la política dominicana estuvo influida decisivamente por las manipulaciones del Departamento de Estado a través de sus funcionarios consulares y diplomáticos. Recuerda que lo que por un momento se creyó iba a ser un movimiento cívico-militar triunfante con el propósito de instalar al depuesto Presidente Bosch nuevamente en el poder, fue frustrado por el uso masivo de fuerzas militares de los Estados Unidos, que no salieron del país hasta que no quedó instalado un gobierno que claramente convenía a los intereses norteamericanos. Si por un momento existió la idea entre los dominicanos de que los Estados Unidos era incapaz de volver a intervenir militarmente en un país latinoamericano, la acción de 1965 creó la conciencia —y el convencimiento— de que la era de la no-intervención ha pasado y de que los Estados Unidos seguirán interviniendo militarmente, cuando su permanente intervención diplomática no dé los frutos buscados.



De manera, pues, que una inmediata consecuencia de la Intervención norteamericana de 1965 ha sido la aparición de un cierto fatalismo político entre los dominicanos, en el sentido de que los Estados Unidos seguirán manipulando por cualesquiera medios la política dominicana ya sea mediante los recursos diplomáticos normales, o mediante el uso de técnicas de espionaje y represión política que anteriormente se creían desechadas. La historia de la política dominicana y de las relaciones entre los Estados Unidos tiende a confirmar esa creencia entre los dominicanos, pues el control a que quedó sometido el país luego de la salida de las tropas norteamericanas en 1966 lejos de atenuarse parece haberse acrecentado día tras día.

Así, las relaciones dominicoamericanas entre 1966 y 1974 han estado regidas, por esta suposición básica. Y el Gobierno Dominicano, encabezado por un presidente que cree fervientemente en ella, ha aceptado la dominación norteamericana con un realismo que algunos consideran cínico en el sentido de que mientras por un lado predica la fatalidad de la dominación, por otro trata de sacar las mayores ventajas políticas y económicas de la misma con la finalidad de alcanzar sus propias metas muchas veces fijadas sin el conocimiento o a pesar de los deseos de Washington.



22. La Sociedad Dominicana Contemporánea

La República Dominicana de hoy es el resultado de transformaciones económicas y culturales acumuladas durante bastante tiempo, pero cuyas manifestaciones más significativas apenas se han evidenciado en años recientes debido al rápido aceleramiento de la modernización. La sociedad dominicana, particularmente, se ha complicado de tal manera que ha venido a parecerse cada vez más a las de los países más desarrollados de América Latina, y no exagero si digo que un claro rasgo de la sociedad dominicana de los últimos años es el haber pasado por un rápido proceso de latinoamericanización de sus estructuras y sus instituciones. Ya no hay diferencias esenciales, yo diría, entre la sociedad dominicana y la sociedad mejicana o la brasileña o la venezolana o la chilena, por ejemplo, hablando en términos generales.

Un buen punto de partida para entender cómo hemos llegado a complicarnos en la forma en que lo hemos hecho consiste en examinar las cifras del crecimiento demográfico. No voy a hacer una exposición cuantitativa, de ningún modo, pero sí es importante hacer notar que en el caso dominicano el proceso de crecimiento demográfico ha sido comparativamente más alto que en el resto de los demás países latinoamericanos excluyendo quizás a Costa Rica.

En el año 1920 nosotros teníamos 895,000 habitantes. En el año 1935 teníamos 1,250,000. En el año 1950 teníamos dos millones y pico. En el año 1960 ya éramos 3 millones. En el año 1970 habíamos crecido a algo más de 4 millones, y ahora, justo en diciembre de 1981, cuando se hizo el Censo Nacional de Población y Vivienda, habíamos alcanzado la cifra de 5,600,000 habitantes, lo que quiere decir que para 1990 tendremos alrededor de los 9 millones, y para el año 2000, si es que la curva decrece con la



velocidad que los demógrafos prevén, tendremos entre 10 y 12 millones de personas viviendo en la República Dominicana. Ahora bien, por más que nuestra tasa de crecimiento demográfico descienda en el curso de los próximos veinte años, lo cierto es que para fines de siglo la población mínima del país no bajará de los 10 millones de habitantes. Este proceso de crecimiento demográfico forma parte de un fenómeno mundial que también ha venido ocurriendo a escala planetaria y que ustedes conocen con el nombre de explosión demográfica, la cual se acelera en la medida en que la medicina moderna y los programas internacionales y oficiales que tratan de disminuir las tasas de mortalidad tienen éxito.

Uno de los pocos países en donde el crecimiento demográfico parece haberse estancado, contrario a la República Dominicana y al resto del mundo subdesarrollado, es Haití, y esto es importante tenerlo en cuenta para fines de comparación, porque si ustedes comparan la población que tenía Haití en 1844 con la nuestra en los momentos de la Independencia, ustedes podrían darse cuenta de que en Haití había casi siete veces más personas que en la República Dominicana; es decir, que mientras los haitianos eran unas 845,000 personas en ese año, la población dominicana apenas pasaba de los 126,000 habitantes. Al comparar hoy las dos curvas de crecimiento demográfico, una de las cosas que más sorprenden es la forma en que Haití ha ido dejando de crecer en tanto que la población dominicana ha alcanzado a la haitiana y ha terminado sobrepasándola, dando por resultado que hoy, en 1983, los dominicanos somos más numerosos que los haitianos. Si algo indica el comportamiento de la curva de crecimiento demográfico de Haití es que ese país ha llegado ya, debido a las limitaciones de su medio ambiente, a la pobreza de su tierra, a la escasez de su espacio, al atraso de su agricultura, a sus limitaciones ecológicas, a un punto límite en el crecimiento de su población, en tanto que la población dominicana no parece que dejará de crecer por lo menos en los próximos veinte años, a menos que algún cataclismo natural, como una gran epidemia, por ejemplo, se lleve una gran parte de la población y establezca un nuevo límite a nuestro crecimiento, cosa que es muy difícil, pero no es descartable debido a la aparición y difusión de nuevos gérmenes y nuevas enfermedades que circulan hoy por el mundo cada vez más rápidamente gracias a la forma en que se han intensificado los viajes internacionales.

Uno de los corolarios del crecimiento demográfico ha sido el proceso de urbanización de la República Dominicana, y esto se



nota en el hecho de que en la medida en que la población dominicana ha ido creciendo, en esa misma medida —es más, en mayor medida— también se ha ido urbanizando. En el año 1920, de cada cien personas que había en el país, 84 vivían en el campo y 16 vivían en las ciudades. Hoy, en el año 1983, de cada cien dominicanos 53 viven en las ciudades y 47 viven en los campos. Se espera que para fines de siglo unas 70 personas de cada cien vivan en las ciudades, en tanto que sólo 30 vivan en los campos. Pero no nos engañemos: como entonces habrá más del doble de la población de hoy, a pesar de que la población campesina será entonces proporcionalmente más baja que la de hoy, para fines de siglo habrá tanta gente en el campo dominicano como hoy porque todavía quedarán unos 3 millones de ciudadanos dominicanos viviendo fuera de las ciudades. De hecho, se puede decir que esas personas serán aquellas que de alguna manera habrán logrado evitar ser expulsadas por las precarias condiciones del medio rural dominicano; porque si una cosa muestra nuestro proceso de urbanización es que el mismo se ha debido, entre otras cosas, a la expulsión de los campos de las bocas y los brazos que la agricultura dominicana no puede emplear ni mantener.

El proceso de urbanización dominicano comienza entre las dos guerras. Se acelera después de la Segunda Guerra Mundial y el detonante del mismo, en términos históricos, puede decirse que ha sido el proceso de industrialización, incipiente primero en la Era de Trujillo, pero acelerado después en el curso de las últimas tres décadas. Observen ustedes en relación con esto el crecimiento de las ciudades de Santo Domingo, San Cristóbal y Santiago, en las cuales existen hoy grandes masas de obreros y trabajadores industriales que no existían hace apenas treinta años y que han contribuido a dar a esos centros urbanos la configuración social que poseen hoy día. Para 1940 todavía Santiago y la Capital eran ciudades que tenían barrios de gente pobre, pero no puede decirse que la mayoría de los habitantes de sus barrios fueran gente marginada. Era muy difícil entonces encontrar en los pueblos del interior barrios marginados, del tipo de los que conocemos hoy; pero ya en 1960, en vista de la atracción que ejercían ya las ciudades sobre la población campesina, se empezaban a hacer visibles en los principales pueblos del país los primeros barrios marginados, lo que quiere decir que estos centros urbanos estaban recibiendo más gente de la que sus recursos podían soportar.

Una de las cosas que pone al día a la República Dominicana



en relación con América Latina en el curso de los últimos veinte años es el aceleramiento de la marginalidad urbana; esto es, la formación rápida de grupos de personas que han dejado de ser campesinos pero que al migrar a las ciudades no han logrado convertirse en ciudadanos urbanos porque no han logrado adquirir las destrezas necesarias para ser productivos en las ciudades y tienen forzosamente que dedicarse a vivir del chiripeo.

Por más esfuerzos que se hacen y que se han hecho en los últimos veinte años, por más empeños que hayan desplegado los gobiernos y diversas instituciones del sector privado para acercarse a la población marginada y atraerla a la educación, lo cierto ha sido que no ha sido posible sacarla del estado de ignorancia y de atraso cultural en que se encuentra. Las razones son muchas; falta de recursos materiales y humanos, se nos dice. Pero los hechos son terribles: las tasas de deserción escolar son muy altas. De cada cien niños que entran al primer curso de la escuela primaria solamente 38 pasan el sexto curso y apenas terminan la escuela primaria. En las zonas rurales, la situación es peor pues de cada cien niños que entran a la escuela en los campos, apenas 23 terminan el sexto curso y tal vez 6 concluyan el bachillerato. De esos seis, dos, con mucha suerte, lograrán ingresar a la universidad, y éstos tendrán una probabilidad entre quince de salir graduados en una carrera profesional. A pesar de lo que continuamente se llama explosión de la educación superior en la República Dominicana, una cosa salta a la vista y ella es que las posibilidades de los habitantes del campo son mucho más limitadas que las de los habitantes de las ciudades para tener acceso a la educación, ya sea ésta primaria, intermedia o superior. Y lo más notorio, aunque lógico, es que las posibilidades de los habitantes de los barrios marginados de alcanzar un cierto nivel de educación se encuentran seriamente limitadas.

Eso es pavoroso, no solamente por el espectáculo de ver ya alrededor de tres millones de personas que van arrastrando su ignorancia por todas partes y que dentro de cinco años van a ser más de cinco millones, sino porque para planear, programar o simplemente poner en marcha programas de desarrollo ningún país puede tener éxito mientras mantiene una población cuya productividad es sumamente baja debido a que la mitad funciona como analfabeta.

Sobre esto del analfabetismo y la cantidad de la población analfabeta en el país debemos decir algo pues las cifras estadísticas



que salen de los censos y las mismas cifras oficiales de la Secretaría de Estado de Educación no reflejan toda la verdad, pues cuentan como alfabetizados a muchas personas que realmente no lo son. Esas cifras dicen que el que sabe leer y escribir su nombre es una persona alfabetizada, y eso es absolutamente falso de toda falsedad. Hasta que una persona no pasa el cuarto año de la escuela primaria, no puede decirse que esté funcionalmente alfabetizada. La UNESCO clasifica a los que no han alcanzado el cuarto año de la primaria como analfabetos funcionales porque son personas que no pueden funcionar eficazmente en una sociedad compleja, en una sociedad moderna, debido a las limitaciones de sus conocimientos y de los instrumentos conceptuales que poseen.

La urbanización dominicana ha estado aparejada también con un proceso de cambio cultural debido a la norteamericanización creciente de la población dominicana. En la medida en que los dominicanos han continuado emigrando hacia los Estados Unidos, en la medida en que la sociedad dominicana se ha ido democratizando social y culturalmente, en la medida en que la sociedad dominicana también ha ido creciendo económicamente y en la medida en que los medios de comunicación también se han ido expandiendo y amplían la influencia de su impacto, en esa misma medida la sociedad dominicana ha ido absorbiendo rasgos culturales procedentes de sociedades mucho más desarrolladas del norte del Atlántico, particularmente de los Estados Unidos, cuyos rasgos y contenidos culturales penetran en la cultura dominicana a través de varios canales.

Un primer canal es el cine y la televisión. Aquí todavía no se ha hecho ningún estudio del impacto del cine y de la televisión en la modernización de la sociedad dominicana, pero solamente observando la revolución sexual que ha tenido lugar en los últimos diez años podemos decir que esa debe ser una de sus explicaciones más plausibles. En menos de quince años todos los conceptos relativos a la sexualidad han estado cambiando, desde la virginidad hasta las relaciones prematrimoniales y extramatrimoniales. El gran vehículo de educación sexual, en este caso, ha sido el cine y la televisión, mucho más que la literatura porque la población dominicana es una población iletrada que no lee y por lo tanto el impacto de la letra impresa es mucho menor que el de los medios audiovisuales. En este sentido, también la radio ha ejercido un impacto considerable. Pero el impacto que la radio ha tenido ha sido, a nuestro juicio, mayor en lo que respecta a los cambios en



las actitudes políticas, particularmente en lo que respecta al proceso de democratización social y política de la República Dominicana. En cuanto a la modernización de las actitudes ante la vida, creo yo, la radio no ha alcanzado el impacto que parecen haber ejercido el cine y la televisión.

Ahora bien, los medios de comunicación no son los únicos factores de cambio en el país ni funcionan aisladamente del resto de otros factores. El hecho de que la sociedad dominicana se haya convertido en una sociedad más urbana, más industrializada, más de servicios, ha terminado afectando el comportamiento y funcionamiento de la familia nuclear. Tradicionalmente, los dominicanos han considerado que la familia nuclear es la familia ideal, pero la integridad de la misma está siendo conmovida hoy por las exigencias de la nueva vida urbana y de la vida industrial, con lo cual los valores y modos de comportamiento que antes regían en el seno de la familia nuclear están perdiendo funcionalidad. Ya no es posible, por ejemplo, que todos los miembros de la familia desayunen, almuerzen y cenén juntos al mismo tiempo porque ya la mujer trabaja o estudia; al hombre el trabajo le queda lejos y no puede regresar a su casa a comer al mediodía, o la escuela le queda lejos a los niños y tampoco pueden regresar al mismo tiempo a la casa. Esta simple asincronía de las actividades familiares en el contexto de una sociedad más urbanizada y compleja está produciendo cambios fundamentales y sustanciales que a la corta o a la larga terminan afectando la integridad de la familia. Eso se traduce, en algunas instancias, en que a medida que los miembros de la familia van creciendo y van desarrollándose los lazos de solidaridad entre ellos van aflojándose y van diferenciándose de los lazos de solidaridad existentes en la familia nuclear tradicional o en la familia ampliada tradicional.

Otra cosa que también debemos tener en cuenta como uno de los rasgos de la sociedad dominicana actual es la existencia de la no-familia, el desarrollo y crecimiento del fenómeno de la no-familia. Yo no sé si algunos de ustedes sabe que la República Dominicana tiene la tercera tasa de divorcios en el mundo, después de California y Nueva York, independientemente de las estadísticas de los divorcios de extranjeros que se hacen en Santo Domingo al vapor. Nosotros vamos hacia una sociedad de no-familia o, por lo menos, hacia una familia completamente no tradicional en el más claro sentido de la palabra. El hecho de que por cada diez parejas que se casen, cuatro se divorcien ya implica que el estado natural de soste-



ner y criar a los hijos es el estado extramatrimonial o no matrimonial con lo cual la imagen de lo que estamos viendo hoy difiere mucho de la imagen que teníamos de la sociedad dominicana tradicional. Pero hay que tener cuidado en el manejo de estas imágenes porque el fenómeno parece que tiene un sentido social muy definido y que esas estadísticas de divorcio no son universales para todas las clases sociales ya que hay capas de la sociedad dominicana en donde el matrimonio nunca ha sido el estado natural para la procreación y crianza de los hijos. Eso puede observarse muy claramente en las cifras que se elaboraron para un estudio de matrimonios y divorcios en el año 1973, las cuales resultaron de una encuesta que encontró que de cada cien niños que nacen en la República Dominicana setenta y tres son niños que nacen fuera del matrimonio.

Nosotros, pues, hace tiempo que vivimos en una sociedad no matrimonializada a pesar de las imágenes que circulan en contrario. Eso hay que tenerlo en cuenta cuando se hacen planes de educación o planes de desarrollo, porque siempre se creyó que la familia de clase media, blanca, católica, de origen más o menos español era el prototipo de la familia dominicana. Pues bien, ahora resulta que ese no es el tipo real de la familia dominicana, a pesar de que siempre lo tuvimos como el tipo ideal. Y no es el tipo real porque en la sociedad dominicana existen patrones de apareamiento muy diferentes a los que la moral católica tradicional nos ha hecho pensar que son los prevalecientes. Pues no; lo prevaleciente no es la familia casada e integrada. Lo prevaleciente es la familia abandonada debido al machismo y a la pobreza y debido al permanente abandono por parte de sus maridos que sufren las mujeres una vez que han tenido hijos con ellos. Hay datos que muestran que en las zonas marginadas y en las zonas rurales, que todavía conforman una parte significativa de la población del país, por lo menos ocho de cada diez mujeres se ven abandonadas por lo menos una vez por sus maridos antes de los primeros cinco años de convivencia marital.

Esto significa que la mujer es la que tiene que hacerse cargo de los hijos y significa, también, que las familias entonces funcionan matrifocalmente y que la mujer tiene un gran peso en la estructuración y el funcionamiento de la sociedad, mucho mayor del que los intelectuales, los políticos, los economistas, los jefes de gobierno y los educadores creemos que tienen. Por desconocer o no tener en cuenta cabalmente esta realidad es que diseñamos



programas de desarrollo, hacemos leyes e incluso creamos instituciones como si la sociedad dominicana fuera una sociedad regida en base por los hombres, pero es, en mucho, regida por las mujeres y es muy importante tener eso en cuenta.

Ahora bien, algo que tampoco se tiene en cuenta es que las mujeres dominicanas, en general, en el curso de sus vidas tienden a tener varios hijos con varios hombres diferentes. ¿Significa eso que las mujeres dominicanas son prostitutas? No significa eso. Lo que ocurre es lo que los antropólogos llaman un patrón de apareamiento serial. En una sociedad dominicana por el hombre, en la cual el hombre posee todos los derechos, en la cual también hay una tasa muy alta de violencia sexual, la mujer necesita protección y cuando pierde su primer hombre se ve en la necesidad de buscar otro hombre que la mantenga o la proteja. Así, se asocia con un nuevo hombre, con el cual normalmente tiene otro hijo, pero en el curso de esa o de una segunda barriga ese nuevo hombre la abandona o la maltrata y nuevamente se ve desamparada y en la necesidad de encontrar otro hombre que la mantenga y la proteja.

Si se hace una encuesta demográfica como las que se han hecho o realizan un estudio sobre composición de la familia en las zonas rurales o en las zonas pobres del país, ustedes van a encontrar que las mujeres dominicanas tienen normalmente entre cinco y nueve embarazos en el curso de su vida fértil, de los cuales sobreviven entre cuatro y seis muchachos. Normalmente, esos cinco a nueve embarazos son la obra de unos tres padres diferentes, en promedio, con los cuales las mujeres dominicanas se tienen que ir asociando sucesivamente para hacer frente a las exigencias de la vida y la cultura de la pobreza en que se desenvuelven. Los que han estudiado este problema dicen que las mujeres siguen teniendo hijos con la esperanza de que sean su posible fuente de seguridad en su vejez, al tiempo que sirven, ilusoriamente, de fuente de sostenimiento del lazo conyugal con el hombre con quien ellas actualmente viven.

Dentro de su educación, la mujer dominicana entiende que si ella tiene hijos con un hombre, eso va a hacer que el hombre se mantenga más cerca de ella. Pero eso no es verdad. Faltan, desde luego, estudios detallados, pero los que hasta la fecha han hecho algunos antropólogos y sociólogos en algunos barrios de la capital y de Santiago y Puerto Plata, así como en algunas comunidades rurales del Cibao, indican que a la corta o a la larga los hombres dominicanos abandonan a las mujeres no importa cuántos hijos la



mujer tenga con ellos. Más tarde o más temprano, por su parte, la mujer termina buscando otro hombre, con lo cual muchas veces, si es que ha tenido la suerte de recibirla, termina perdiendo la pequeña asignación que el hombre anterior hubiera podido pasarle.

Estos son algunos de los hechos que a veces no se tiene en cuenta cuando se diseñan programas de planificación familiar. Los técnicos y planificadores a veces no entienden que las mujeres tienen muchas y diversas necesidades de tener hijos y que las motivaciones para ello son muy variadas. Por cumplir con la doble función de inversión para el futuro y de aparente seguridad conyugal en el presente es por lo que, entre otras cosas, la mujer dominicana se niega a esterilizarse temprano. Los estudios muestran que no es posible esterilizar de manera general a la mujer dominicana hasta después del tercer embarazo. Esa es la razón por la cual, a pesar de que se ha logrado reducir la tasa de fecundidad en las multíparas, va a ser tan difícil disminuir sustancialmente la tasa de crecimiento demográfico en los próximos años, la cual según el último censo de población, es de casi tres por ciento, 2.88% para ser más exactos. Las madres de los próximos veinte años ya están nacidas y no se dejarían esterilizar sino hasta después de que tengan tres hijos, por lo menos, y tal vez más embarazos.

Volvamos, pues, a la observación de hace un rato: nosotros vivimos en una sociedad idealizada en la cual nosotros participamos como miembros de una clase media más o menos europeizada, más o menos bilingüe, más o menos norteamericana. Esta élite y esta clase media están yuxtapuestas a una sociedad que no les corresponde ni en estructura, ni en costumbres, ni en proyecciones, ni en proyectos de vida, ni en proyectos nacionales. Aquí hay más de una sociedad viviendo frente a frente. De hecho, hay dos sociedades urbanas enfrentadas a la sociedad rural. Tenemos una sociedad más o menos blanca, más o menos educada, más o menos moderna —vamos a llamarle así— que vive de los bancos, de las industrias, de las profesiones, de los negocios de servicios, de las exportaciones, de las importaciones, y tenemos, por otro lado, una sociedad pobre, iletrada, marginada, dependiente, desempleada, más o menos tradicional. Por otro lado, también tenemos una sociedad bastante marginada de los canales de participación.

A propósito de participación, una de las cosas que sorprende a los extranjeros es que las principales asociaciones sin fines de lucro o de servicio público estén en manos de un mismo grupo de personas o de varios grupos que circulan entre sí a manera de élites



muy móviles, en tanto que el resto de la población apenas logra integrarse a la dirección de estas instituciones. Pues bien, esto también fue así en cuanto toca al Estado. El control del Estado durante cientos de años estuvo en manos de una misma clase que permitía la incorporación de determinados individuos a través de la política, a través del ejército y a través de la Iglesia. A partir de 1960 la sociedad dominicana ha dado muestras de que eso ha estado cambiando sustancialmente. Y yo me atrevería a vaticinar que en los próximos años las pocas instituciones dominicanas que hoy se ven en manos de una misma clase tendrán que incorporar a gentes de otras clases o empezarán a recibir una fuerte competencia de instituciones similares muy competitivas que habrán de organizar los nuevos grupos sociales que poco a poco están adquiriendo relevancia en la República Dominicana y que anteriormente funcionaron como clases subordinadas dentro de la sociedad dominicana, incluyendo al Estado mismo.

Tomemos, por ejemplo, los partidos políticos. Los partidos siempre fueron patrimonio de unos cuantos caudillos asociados con los sectores sociales y económicos más importantes que normalmente vivían de la gran propiedad rural o de las exportaciones y las importaciones. Hoy los partidos políticos dominicanos se han convertido en uno de los vehículos de ascenso económico y reconocimiento social más rápidos, y están compitiendo con las clases establecidas y con los grupos establecidos dentro de esas clases. Lo más interesante es que los partidos dominicanos exhiben en una u otra forma el estilo populista de los años 50, siguiendo el modelo y la retórica peronista o siguiendo el modelo y la retórica mexicana de los años 60 y 70.

Es interesante también señalar que el populismo político fue acelerado y estimulado por los programas de desarrollo que se pusieron en marcha a partir de 1962 cuando la Alianza para el Progreso. En la competencia del desarrollismo contra el izquierdismo en América Latina por ganarse el favor de las masas, poco a poco se fue desarrollando una nueva retórica de la acción gubernamental en favor del desarrollo, que los partidos políticos terminaron haciendo suyas e incorporando al juego político, al tiempo que los gobiernos hacían lo mismo en su interés por recibir nuevos o mayores recursos provenientes de los programas de la Alianza para el Progreso. Hoy, el populismo está de tal manera incrustado en nuestro quehacer político que a menos que haya un gran cataclismo, el populismo seguirá siendo la bandera de lucha de todos los



partidos y gobiernos durante los próximos veinte años, y va a ser muy difícil para las personas que han ejercido el poder o que piensan ejercerlo de manera tradicional encontrar respuestas de las masas a menos que sus mensajes sean mensajes de tipo populista.

Esto significa que quienes van a acceder al poder no van a ser los más capaces de resolver los problemas sino los más capaces de vender las esperanzas. Tomen ustedes los programas de los partidos políticos, de cualesquiera que sean, y observen lo que esos programas dicen que van a llevar a cabo en un período de gobierno. Pues bien, vistas las cosas claramente, no hay quien pueda realizar esas promesas en un solo período de gobierno, ni en dos períodos de gobierno. Sin embargo, los políticos siguen haciendo las mismas promesas, las aumentan, las perfeccionan y las gentes o las clientelas políticas las creen, las comparten y las difunden y las mantienen como plataforma de lucha y también como plataforma de esperanzas. En un proceso de democratización política como en el que estamos envueltos, el consenso nacional es que la democracia política debe sostenerse ya que los dominicanos no queremos pasar por un nuevo trauma de un golpe de Estado y una guerra civil. Pero eso significa que para los gobiernos va a ser cada vez más difícil mantenerse en el poder con un libre juego democrático sin hacer grandes concesiones a las masas luego de haber sido arrastradas al juego electoral con promesas que luego los gobiernos tienen dificultades en cumplir cabalmente.

Lo que nosotros hemos estado presenciando en la República Dominicana en los últimos 18 años es una transformación radical del sistema político dominicano muy parecida a la que tuvo lugar en México hace ya muchos años, a partir de 1938, digamos. Esto es, un Estado que da lugar al libre movimiento de las ideas y de las opiniones, pero cuyos gobiernos hacen frente a las crisis en forma autoritaria. Una retórica populista y un gobierno de intenciones liberales combinados con un comando central autoritario. Señales del autoritarismo las hemos estado viendo como herencia de Trujillo durante los años de Balaguer, que sostenía un gobierno autoritario a la manera de un despotismo liberal. Pero también hemos visto las señales de autoritarismo en los gobiernos del PRD. En los momentos en que los gobiernos del PRD han tenido que enfrentar una crisis la muñeca no se les ha aflojado ni les ha temblado el pulso. De ahí que en los próximos años vamos a continuar presenciando la paradoja de gobiernos y partidos oficiales que dirán que han llegado al poder en nombre del pueblo; que dirán que están en



el poder para gobernar en favor del pueblo; que dirán que están ahí porque las masas lo pusieron, pero que cada vez que la situación se les apriete, ellos también sabrán apretar la muñeca. Así que no nos equivoquemos creyendo que el populismo político de los partidos —no importa cuál de los grandes partidos se encuentre en la oposición— va a significar anarquía. Todo lo contrario, lo más probable es que signifique un refinamiento de los sistemas del ejercicio autoritario del poder.

Veamos ahora el problema de la educación. La educación ha sido afectada por todo el proceso de crecimiento demográfico. Si ustedes examinan la matrícula escolar y observan su comportamiento por cursos y niveles, ustedes verán que la curva de crecimiento de la población se corresponde con la curva de crecimiento de la matrícula, y que ésta, a pesar de las deserciones y caídas de los estudiantes debido a la pobreza o a la falta de medios, se mantiene creciendo año tras año.

¿Cuáles son las implicaciones de estas curvas? Que en una sociedad cuya economía está también llegando a los límites de crecimiento, como es el caso dominicano, cada día los recursos disponibles para educar a la población van a ser relativamente menores. Un simple indicador, simple porque es el más sencillo y el más visible, nos dice algo al respecto: desde el año 1933 hasta el año 1981 el presupuesto dominicano fue cada año mayor que el anterior. A partir de 1981, la curva de crecimiento del presupuesto nacional empezó a llegar a un techo, empezó a mostrar su curva logística. ¿Qué quiere decir eso? Que como la población va a seguir creciendo, los fondos del presupuesto nacional que han sido asignados siempre en forma insuficiente para atender a las necesidades educativas, van a ser mucho más insuficientes en el futuro y, por lo tanto, el sector público tendrá cada día relativamente menos recursos disponibles para financiar la educación.

Eso quiere decir que cada año va a ser más difícil para el Estado proporcionar los servicios que proporcionaba antes. Lo grave de esta situación —y aquí hay varias gravedades implícitas— es que algunos gobiernos populistas son gobiernos estatistas y pretenden que el Estado controle no solamente otras áreas de la vida nacional sino también, y sobre todo, pretenden que el Estado controle absolutamente la educación. Ahora bien, no importa quién gobierne, no importa quién sea el Ministro de Educación, como en los próximos años habrá cada vez menos recursos para financiar la educación pública, es de esperarse que los métodos de



control sigan cambiando y pasemos cada vez con mayor rapidez de la persuasión a la coerción en el sistema educativo dominicano.

Para las universidades y colegios privados éste es un problema de perspectivas alarmantes. Hay que ponerle atención a eso y hay que pensar en cómo se moviliza la opinión pública o en cómo se influye en los gobiernos para que entiendan que en una sociedad democrática cada familia tiene el derecho de educar a sus hijos en la forma en que le dé la gana y que por eso escoge una escuela y no otra. El Estado sí tiene el derecho de regular el contenido general de la educación, pero no tiene derecho de controlar las formas particulares en que la educación se imparte.

Otro de los componentes del fenómeno dominicano y del mismo proceso de modernización del país es la emigración. En los últimos veinte años nosotros hemos exportado legalmente a los Estados Unidos casi trescientos mil dominicanos. Hace ya casi diez años que nuestra cuota anual de visas de residencia para los Estados Unidos es de 20,000 personas. Hay un aparente consenso entre los que ponen atención al fenómeno de la migración en el sentido de que la emigración de dominicanos a los Estados Unidos es una válvula de escape social y económica que le quita presiones a una economía que produce unos 60,000 jóvenes que entran en edad de trabajo todos los años y de los cuales apenas se les puede conseguir empleo a alrededor de unos siete u ocho mil, un poco más de un diez por ciento. De esta manera, al exportar veinte mil trabajadores todos los años, y al crear unos diez mil empleos adicionales, la República Dominicana quedaría con un déficit anual de generación de trabajos de unos 30,000 empleos.

Hay quienes dicen, sobre todo los norteamericanos, que la emigración es sustancialmente mayor; que por cada 18,000 dominicanos que entran legalmente a los Estados Unidos cada año —porque las cuotas no se agotan totalmente— se van ilegalmente del país entre treinta y cuarenta mil. Yo nunca he estado muy convencido de que las cifras de ilegales sean tan altas, pero hay una serie de indicadores que sugieren que es relativamente alta, sobre todo porque se les dan visas de turismo a alrededor de unas 40,000 personas todos los años, y de éstas, alrededor de un 15 por ciento se queda ilegalmente en los Estados Unidos. O sea que estamos hablando de unas 20,000 personas emigrando legalmente cada año y de unas 4,000 personas quedándose ilegalmente, las que sumadas al número indeterminado de los que emigran ilegalmente por otras vías, y a los diez mil nuevos empleos que se crean



cada año, terminan reduciendo el déficit a unas 25,000 plazas de trabajo anuales, por lo menos.

Es cierto que muchos dominicanos se han ido a los Estados Unidos, pero también es cierto que muchos dominicanos regresan, y hay estudios y tesis doctorales que sugieren que entre el quinto y el sexto año de residencia en los Estados Unidos una gran parte de los que se fueron terminan regresando, aunque continúan viajando una vez al año a los Estados Unidos para no perder su tarjeta verde que los acredita como residentes. Esta es una de las cosas que conviene estudiar porque, después del cine y la televisión, la migración de retorno, que es como estrictamente se le llama a este fenómeno, es el otro gran vehículo de la modernización y de la norteamericanización de las costumbres en la República Dominicana.

Yo creo que en vista de la cercanía con los Estados Unidos, en vista de la apertura cultural de la sociedad dominicana, en vista del gusto por lo norteamericano que los dominicanos hemos venido desarrollando desde 1880 y, sobre todo, en vista de la inevitabilidad de la emigración, de la inevitabilidad del comercio, de la inevitabilidad del contacto cultural, de la inevitabilidad de la penetración de elementos culturales, yo creo que lo que más le conviene a la República Dominicana, por más herético que esto suene, es el aceleramiento de la modernización que implica la norteamericanización del país para sacar las mayores ventajas que podamos, como lo hizo Puerto Rico en su momento, aunque tengamos diferentes sistemas jurídicos y políticos. A mí me parece que lo que los dominicanos deberíamos hacer es tratar de que en vez de que emigren 20,000 dominicanos hacia los Estados Unidos cada año, que emigren 60,000, 80,000 ó 100,000. En años recientes, los Estados Unidos estuvieron dando entrada a unos ciento cincuenta mil vietnamitas durante varios años. Vietnam es, desde luego, un país con el cual los norteamericanos tienen una obligación moral, pero con el cual no tienen la cercanía ni el compromiso geopolítico que a largo plazo tienen con la República Dominicana.

Para fines educativos es importante también tener en cuenta que ese rasgo de la norteamericanización es un rasgo del cual no nos podemos librar, lo que quiere decir que los contenidos tradicionales de la educación deben variar. En vez de sostener en nuestras escuelas, en nuestros programas universitarios, en nuestros programas de alfabetización, textos y curricula con contenidos basados en una concepción tradicional, los dominicanos responsa-



bles del planeamiento, diseño y conducción del proceso educativo deben tratar de ver cómo se asimilan los rasgos de una sociedad ultra-avanzada, post-desarrollada como lo es la de los Estados Unidos, a la cual nosotros, por simple gravitación, nos estamos acercando rápidamente y a la cual, tarde o temprano, en el curso de los próximos veinte años nos vamos a incrustar cultural y económicamente.

Nosotros somos como un meteorito que va a toda carrera hacia el océano de la norteamericanización, y yo creo que lo que la hora actual manda como estrategia es simplemente tratar de prever el proceso y tratar de ver de qué manera ese proceso resulta cada vez más beneficioso para la República Dominicana. Podríamos hablar del Plan Reagan para la Cuenca del Caribe. Este es un tema que pienso tratar públicamente en otra reunión y lo voy a dejar para después. Pero también hay mucha tela para cortar por ese camino y creo, para mencionarlo de pasada, que es una apertura por donde se pueden construir nuevos esquemas de colaboración basados en el desarrollo tecnológico, en la modernización planificada. Hay que empezar ya a diferenciar lo ideológico de lo práctico, de lo tecnológico, de lo económico.

Yo creo que se puede elaborar un gran esquema de modernización cultural, social y económica dominicana para los próximos años basado en la cercanía y en la colaboración con los Estados Unidos. Y eso, les aseguro, no va a fracasar porque la sociedad dominicana es ya una sociedad secularizada. Los dominicanos no son católicos, son pseudo-cristianos, cuasi-cristianos. Los dominicanos no se sienten españoles. Los dominicanos se sienten más cerca de los Estados Unidos que de España, nuestra Madre Patria. Los dominicanos ya son una sociedad tan abierta, debido entre otras cosas a la apertura de su sector externo desde hace ya ciento y pico de años, que es capaz de recibir cualquier influencia cultural sin oponer una fuerte resistencia de tipo religioso o cultural como oponen otras sociedades. La resistencia que es dable esperar a cualquier programa de modernización planificada de la sociedad dominicana será de tipo político e ideológico y tendrá mucho que ver con la falta de participación en el progreso de determinados grupos que quedarían marginados de los acontecimientos, pero los obstáculos que podría enfrentar un esquema de modernización acelerada de la sociedad dominicana son menores de lo que podrían ser en cualquier otra isla del Caribe.

Obviamente, estoy hablando de algo que ya ha venido ocu-



riendo sin que nadie se lo haya propuesto. La modernización dominicana de los últimos años ha tenido lugar al tiempo que hemos venido urbanizándonos e industrializándonos, y al tiempo que hemos ido construyendo una democracia política y hemos abierto nuestras puertas al extranjero, a las ideas extranjeras y a los turistas. Cuando hablo de un gran esquema de modernización lo que propongo es simplemente perfeccionar los mecanismos de apertura cultural, de educación de nuestros jóvenes en el extranjero, de importación de tecnología, de liberalización del Estado, de exaltación de las prácticas de tolerancia política y de convivencia social, de solidaridad ciudadana, de proliferación de grupos organizados para responder a las necesidades del bien común. En ese sentido, creo yo, los Estados Unidos comenzaron mucho antes que nosotros y tienen una experiencia acumulada de la cual los dominicanos podríamos extraer excelentes lecciones. ¿No hay acaso diferencias en la conducta y en la preparación y en la productividad de un dominicano antes de haber migrado a los Estados Unidos y después de haber regresado convertido en un pequeño empresario o inversionista o profesional o técnico o artesano? Yo no sé cómo demostrarlo, pero tengo la impresión de que otro de los factores que han estado detrás de todo nuestro proceso de democratización cultural ha sido la continua ida y venida de los dominicanos a los Estados Unidos, cargados no solamente con efectos electrodomésticos y ropas nuevas, sino también con nuevas ideas acerca del mundo del trabajo y de las cosas, así como nuevos hábitos laborales y nuevas energías productivas. En pocas palabras: tenemos que proteger la emigración hacia los Estados Unidos. Tenemos que fomentarla y tenemos que cabildear tanto en el país como en Washington para que podamos ampliarla. La proyectada nueva ley de inmigración de los Estados Unidos deja muy poco margen para esto, pero hay que seguir insistiendo en que la República Dominicana y los Estados Unidos, así como éstos y el Caribe, están necesariamente obligados a enfrentar unidos el gran reto que se avecina en este próximo fin de siglo.

Al hablar de ese reto tenemos también que hablar de las necesidades básicas. Las necesidades cambian en función de las estructuras y del medio ambiente de cada sociedad, pero siempre hay necesidades básicas sin cuya satisfacción la vida se deteriora y pierde calidad. La alimentación, el vestido, la vivienda, la luz, el agua, los servicios sanitarios, el empleo, la educación y la seguridad son las más evidentes y, desde luego, las más necesarias. El mensaje



que quiero dejarles en torno a la cuestión de las necesidades básicas y su satisfacción es el siguiente: en vista de que los recursos son insuficientes para resolver todos los problemas del desarrollo dominicano, debemos pues pensar en que habrá que establecer algún orden de prioridad. Si se leen los periódicos y las revistas de los años 60 o algún discurso de los que se pronunciaban en esa época, se podrá observar un término que se usaba corrientemente y el cual casi todo el mundo creía que era posible realizarlo. Este término era el desarrollo integral de las sociedades latinoamericanas.

Olvidémoslo. No es posible hoy el desarrollo integral. Nunca fue posible. No hay recursos con que desarrollar hoy integralmente la sociedad dominicana en la medida en que se soñaba durante los años 60. Esto quiere decir que cuando escojamos programas para ejecutarlos y ponerlos en marcha, tendremos que escoger bien nuestras metas y tendremos que escoger bien la población a la cual vamos a atender con esos programas, y señalar muy claramente cuáles de las necesidades básicas de los grupos escogidos estaremos nosotros dispuestos a tratar de satisfacer. No hay con qué hacerles frente a todas las necesidades básicas de la población dominicana. Eso no puede hacerlo el Estado y, mucho menos, tampoco puede hacerlo el sector privado. De manera que cuando se trabaje en nuevos programas de desarrollo, se debe pensar muy bien con cuáles grupos habrá de trabajar y entonces escoger cuáles son las necesidades básicas de esos grupos que se pueden satisfacer, tratando de llevar soluciones a los grupos de la sociedad dominicana que necesitan más ayuda.

Ya hemos llegado al final de los años del desperdicio. De ahora en adelante comienzan los años del ahorro forzoso y de la previsión ante el futuro y la incertidumbre económica. En esta nueva época de crisis en la que hemos entrado solamente sobrevivirán los que entiendan las limitaciones de la economía dominicana y los que sepan aprovechar con sentido práctico y sin ilusiones ideológicas las nuevas oportunidades que se están abriendo con el desarrollo de una nueva economía basada en las exportaciones.

De ahora en adelante el desarrollo dominicano tendrá que ser planificado y tendrá que ser cuidadosamente administrado para aprovechar al máximo los escasos recursos que produce nuestra pequeña economía. Ese es el gran reto que tenemos por delante. Esa es la gran lección que tendremos que aprender los dominicanos si es que queremos mantener a la República Dominicana como un lugar donde vale la pena vivir.





23. Raíces del Problema Dominicano

Me propongo realizar una reflexión sobre algunas de las causas de nuestra incapacidad para superar los problemas del desarrollo. Durante veinte años los dominicanos y las agencias extranjeras de ayuda internacional hemos producido cientos de estudios globales y sectoriales y hemos celebrado cientos de cursos, seminarios, mesas redondas, conferencias y encuentros en los cuales se han conocido y discutido excelentes diagnósticos acerca de la agricultura, el comercio, la industria, la construcción, la salud, las finanzas públicas, la educación y la balanza de pagos. El material que contienen todos esos trabajos es de indudable calidad y ha sido utilizado para elaborar proyectos y programas de desarrollo que han contribuido a resolver algunos problemas, pero aparentemente no ha servido para colocar al país dentro de una dinámica de crecimiento económico autosostenido con una equitativa distribución del ingreso.

En realidad, y a pesar de todos esos esfuerzos, la situación económica del país es hoy mucho más difícil de lo que era en años anteriores y si algún consenso existe hoy acerca de la situación económica dominicana éste es que el nuevo gobierno que se instaló el pasado 16 de agosto ha encontrado el Estado al borde de la bancarrota y con problemas financieros tan graves que exigen rápidas y valientes soluciones.

Muchas de esas soluciones han sido propuestas durante años en esos estudios y diagnósticos y han sido postuladas en los varios esquemas globales de política económica que han presentado los gobiernos a la consideración de la nación. Pero aun cuando tenemos conciencia de las posibilidades técnicas de acción, lo cierto es que algunos ciudadanos seguimos preguntándonos si esas soluciones que proponen nuestros técnicos y políticos son su-



ficientes para entender el problema dominicano en su conjunto.

La pregunta que muchos nos hacemos continuamente es ¿por qué si sabemos cuáles son nuestros más importantes problemas, y si teóricamente conocemos sus soluciones, las empresas del Estado van de peor en peor, la captación de recursos fiscales es cada año proporcionalmente menor, el CEA va hacia la quiebra, los negocios no prosperan, la industria funciona a menor capacidad de lo deseable, el comercio se queja y los empresarios sacan sus dólares al exterior? ¿Por qué ya no hay inversión extranjera en el país? ¿Por qué ha habido tanta tensión entre el sector privado y el gobierno?

Yo creo que tengo una explicación. A mí me parece que una gran parte de los problemas del país se derivan de un núcleo fundamental de estructuras de los dominicanos hemos heredado y a las cuales casi nunca les ponemos atención a la hora de estudiar las soluciones a esos problemas. Esas son estructuras que vienen dadas desde mucho antes de nosotros nacer y, por lo tanto, no son ni han sido la creación de ninguno de los gobiernos que hemos conocido en el curso de nuestras vidas, por lo que al señalarlas debe quedar claro que no me estoy refiriendo a ningún gobierno en particular, a pesar de las evidentes coincidencias.

Una estructura que limita y condiciona el funcionamiento de la economía dominicana es el pequeño tamaño de nuestro territorio y el reducido número de nuestra población, que todavía en 1920 era de menos de un millón de personas y que apenas hace dos años sobrepasó los cinco millones de habitantes. Algo que nuestros economistas, planificadores y políticos raramente tienen en cuenta es que durante siglos éste fue un país despoblado, literalmente despoblado, con pequeños pueblos de unos cuantos miles de habitantes que llevaban el nombre de ciudades, pero en donde la sociedad transcurría dentro de los cauces de un estilo de vida esencialmente aldeano, pueblerino, parroquial, provinciano o como quiera llamársele. Normalmente se pierde de vista que hasta hace menos de veinte años la dominicana era una sociedad sumamente tradicional dividida en dos clases, con la mayoría de la población habitando en los campos y trabajando como peones de plantaciones azucareras o de hatos ganaderos, o explotando la tierra en pequeñas parcelas de subsistencia que producían un excedente anual de tabaco, frijoles, arroz o café para ser colocado en los mercados urbanos, ya fuera para abastecer el consumo interno o para la exportación. Nuestros técnicos, académicos y políticos repiten mucho los conocidos porcentajes de la población urbana y la



población rural que han registrado nuestros censos, pero no han ido al fondo de las implicaciones de esos números para explicar su significado, que dice que la nuestra ha sido siempre, incluso hasta ahora, una sociedad esencialmente rural y campesina, tradicional y aldeana, dependiente y pobre, de cuyo seno ha surgido formas políticas e institucionales que se han sustentado siempre en la intensidad de las relaciones primarias interpersonales, en los lazos de familiaridad y parentesco y, naturalmente, en relaciones de dependencia y de servicio basadas en el patronazgo y la clientela, en el compadrazgo y en el caudillismo.

En sociedades de economía pequeña y de organización campesina con asentamientos aldeanos las cosas no pueden marchar de la misma manera que lo hacen en grandes sociedades urbanas, industrializadas y modernas en donde la existencia de grandes mercados internos o externos favorecen la creación de economías de escala que exigen altos grados de competencia y de flexibilidad para atender eficientemente los negocios, ya sean éstos de carácter público o de carácter privado. En las sociedades modernas, la disciplina industrial rompe con la personalización de las relaciones humanas y establece nuevas jerarquías basadas en la eficiencia y en el rendimiento económico. El individuo sobrevive porque es eficiente, trabajador y productivo y no porque pertenece a una familia o grupo o partido o casta determinados, o porque cuenta con la protección especial de algún gran patrón, caudillo, jefe o patriarca familiar o político. En las sociedades industriales occidentales, el Estado ha llegado a ser un instrumento al servicio de los intereses privados que soportan el peso de la organización económica y, a través de sus empresarios, renuevan constantemente su tecnología, sus capitales, sus sistemas de producción y de administración. Por ello, el Estado ha sido organizado para fomentar el desarrollo de los negocios y para mantener un clima permanente de protección y promoción de la inversión, porque en esas sociedades se entiende que mientras mayor es la inversión, mayor es el empleo, y mientras mayor es el empleo, mayor es el mercado. Con lo que lógicamente se concluye que mientras mayor es el mercado, mayores son los negocios, mayores las ganancias y mayores los impuestos. Así, todos ganan y la economía se sostiene bajo una dirección articulada entre los intereses del sector privado y las metas del sector público.

En otras sociedades de pequeña economía sucede todo lo contrario, como ha sido el caso de la República Dominicana. Aquí la población siempre fue mayoritariamente pobre, muy pobre, y



analfabeta. La principal fuente de vida fue generalmente la agricultura conuquera o, dicho más técnicamente, la agricultura de subsistencia, debido a que la tecnología disponible y el mercado interno no permitían más que la explotación de pequeñas parcelas y no resistían unidades urbanas muy grandes, por lo que los asentamientos humanos no podían pasar de ser simples aldeas que controlaban recursos limitados y que no podían escapar de la pobreza. Como en toda sociedad aldeana, la comunidad tenía un gran peso en el control de la vida social y en el desenvolvimiento de la conducta individual. La aldea estaba organizada muy claramente desde tiempos inmemoriales, con sus tradiciones, sus jerarquías, sus controles y sus rígidas estructuras de parentesco y de liderazgo. En la aldea todo el mundo era pobre o casi pobre, siempre lo había sido y se esperaba que su familia también siguiera siéndolo, como había sido siempre. Solamente en las ciudades o en el extranjero había ricos y la conexión entre éstos y la aldea se establecía por intermedio de los jefes, caudillos o patriarcas que desde siempre habían gobernado el lugar o la región. A través de ellos fluía el control de la tierra, de las aguas, de los créditos, de las mercancías y de los otros recursos que la comunidad, por su pequeñez o por su atraso cultural, no era capaz de aprovechar. En los pueblos más grandes, la contraparte de la aldea era el vecindario, comunidad con su organización social casi tan estructurada como la aldeana, a diferencia de que sus miembros estaban más orientados a la prestación de servicios que a la producción primaria. En ambos universos sociales, quiero enfatizar, la vida transcurría a la manera tradicional y sus relaciones con la élite urbana eran siempre de dependencia y servicio, de tensión de clases a veces, y de sometimiento político todo el tiempo.

Un ingrediente adicional era el catolicismo que todos compartían, unos con mayor convicción o entusiasmo que otros, pero que marcaba profundamente la mentalidad tradicional. En una sociedad de ritmo de cambio lento y de pobreza secular, el catolicismo proporcionaba una ideología económica pasiva, al difundir la noción de que la pobreza era una virtud y de que el lucro excesivo era pecado. Como religión de pobres, que fue como se desarrolló originalmente el catolicismo, su noción de la pobreza como virtud fue durante siglos una creencia universalmente aceptada mientras la mayoría de la población fue pobre y mientras se observaba un equilibrio social basado en la pobreza de la mayoría de los miembros de la sociedad dominicana. Como ideología y como representa-



ción mental y moral del mundo, el catolicismo reforzaba, por otra parte, la conciencia moral en el uso de los recursos limitados de la aldea, del vecindario o de la comunidad. En este tipo de sociedades, con catolicismo o sin él, sus miembros desarrollan y sostienen con todos los elementos de la tradición la noción de que al ser los recursos tan escasos, solamente aquél que le quita a los demás parte de lo que les pertenece, es capaz de superar la pobreza. Lo que quiere decir que el enriquecimiento se considera como moralmente erróneo porque supone la apropiación de recursos ajenos y se percibe como socialmente subversivo porque supone el debilitamiento de la base que sustenta la vida de la comunidad.

Por ello, en la aldea la lucha de clases no es la pugna entre grupos de interés firmemente articulados, sino entre grupos primarios contra grupos primarios, de familias contra familias y, mayormente, de la mayoría de los miembros de la aldea contra los pocos individuos que han demostrado inventiva, talento, iniciativa o liderazgo suficientes como para romper el círculo de la pobreza y convertirse en nuevos “empresarios” de nuevas gestiones económicas que rinden más que las otras actividades. En las aldeas y comunidades, el empresario, el innovador, tiende a ser rechazado por los aldeanos. Para que los demás miembros no adquieran o desarrollen conductas similares, la comunidad desarrolla excelentes medios de control social que comprenden una interesante gama de murmuraciones, chismes, intrigas, envidias, calumnias, insultos que hacen ver al grueso de la población que la conducta desviada del nuevo “empresario” innovador es algo que merece castigos. El fin económico de la aldea es, pues, que la pobreza se distribuya de la manera más equitativa posible.

Los que han tenido la paciencia de escuchar estas descripciones y están familiarizados con la moderna antropología económica, saben que estoy hablando de una cosa que se llama hace tiempo “la teoría del bien limitado”, muy útil para comprender el funcionamiento de las sociedades pequeñas con economías pequeñas y sociedades aldeanas. Pero, ¿cómo se aplica todo esto a lo que ha pasado en la República Dominicana en los últimos veinte años y a lo que está pasando en el país en estos mismos días?

Bueno, yo creo que si examinamos la dinámica del desarrollo dominicano reciente, podremos encontrar algunos hilos conductores entre la teoría del bien limitado y el clima de pesimismo y desconfianza que desde hace unos cuatro años existe entre nuestros empresarios. Piensen un poco hacia atrás cuando Trujillo co-



menzó a desarrollar su complejo industrial, ganadero y azucarero. La voracidad y la violencia con que Trujillo se hizo rico lo convirtió en la fuerza social y política más subversiva que jamás ha operado en la República Dominicana, pues desarticuló prácticamente todas las estructuras tradicionales dominicanas e introdujo en el país una dinámica de crecimiento económico y de enriquecimiento sin consideración a los intereses del resto de la sociedad, cuyos controles sociales se quebraron ante la inmensa fuerza militar de la Dictadura.

La dinámica capitalista que Trujillo introdujo en la sociedad tradicional dominicana permitió la creación de nuevos grupos empresariales en el sector comercial importador y exportador, y en el sector industrial. En aquella sociedad de apenas tres millones de habitantes, de limitado mercado interno y de salarios congelados, la industria y el comercio prosperaron gracias a que el país gozó por largos años de buenos precios de exportación que le permitieron pagar sus importaciones en bienes de capital y de consumo, pero también prosperó la industria gracias a que el Estado la protegió contra cualquier tipo de interferencia como no fuesen los intereses particulares del Dictador. Toda oposición al profundo proceso de cambio social y económico que significaba la revolución capitalista de Trujillo se pagaba muy caro, por lo que los valores aldeanos y tradicionales de la sociedad dominicana fueron consistentemente reprimidos por un aparato estatal que enfatizaba la modernidad económica, el espíritu de empresa, el afán de lucro y la acumulación de la riqueza. La radio y la televisión, la propaganda y la educación fueron orientados hacia la creación de una conciencia nueva antitradicional, antialdeana, anticampesina, pro-urbana y pro-industrial en la sociedad dominicana.

La gran revolución capitalista que necesitaba este país se inició con Trujillo, pero es una lástima que este gigantesco proceso de cambio haya sido distorsionado por las aberraciones de su personalidad, entre ellas su criminalidad, pues la repulsa que generó su régimen en el seno de la sociedad dominicana también sirvió para apoyar el resurgimiento de los valores aldeanos una vez muerto el Dictador. Ustedes recuerdan lo que pasó en la República Dominicana poco tiempo después del derrocamiento de la Dictadura, en 1961. Toda la industria y los bienes de Trujillo pasaron al Estado, que quedó en manos de grupos liberales que se comprometieron a construir una democracia representativa. Ustedes recuerdan que en pocos años se crearon miles, literalmente hablando, miles de aso-



ciaciones, grupos de interés, instituciones y grupos de presión que debilitaron enormemente el poder del Estado y contribuyeron a crear una base institucional más amplia que la que existió en la Era de Trujillo. También se crearon los partidos políticos y surgieron nuevos periódicos y estaciones de radio y televisión. Poco a poco el vacío político de Trujillo fue llenado por numerosas fuerzas nuevas procedentes de todos los niveles de la sociedad dominicana, muchas de ellas dirigidas o compuestas por hombres y mujeres del sector tradicional de la vida dominicana.

Muy pronto se difundió la noción de que no era posible lograr la democracia si no se lograba antes el desarrollo económico. Una gran efervescencia desarrollista se apoderó de las mentalidades más modernas. Pronto se hizo evidente que el desarrollo tenía dos caminos: la vía capitalista y la vía socialista. Ahí estaban Cuba y Puerto Rico, Rusia y Europa. Durante años los partidos y sus grupos universitarios subsidiarios, profesoriales y estudiantiles, difundieron la idea de la revolución, en tanto que los grupos privados difundían la idea de que la industrialización, la libre empresa, la inversión extranjera y la democracia eran la mejor solución. En la década de los años sesenta el Estado nunca estuvo en manos de los revolucionarios. Siempre estuvo manejado por antiguos burócratas trujillistas enrolados en el nuevo movimiento liberal o por empresarios cuyas familias habían hecho fortuna en la Era de Trujillo. El Estado volvió a ser nuevamente un instrumento de protección y desarrollo para el sector industrial y comercial. Las mentalidades más modernas se concentraron en los negocios y poco a poco los partidos se fueron quedando con los líderes aldeanos que al morir Trujillo encontraron en el socialismo y en el comunismo una ideología igualitaria que andaba más a tono con la noción tradicional del bien limitado que con la motivación económica del lucro.

A partir de la Guerra Civil de 1965, y debido a que en 1966 el poder quedó en manos de un partido neotrujillista, los partidos se abstuvieron de participar en los esfuerzos desarrollistas del gobierno de turno por la repugnancia moral que les producía la política de protección desmedida a los nuevos grupos comerciales e industriales y a la empresa extranjera. Durante casi diez años los partidos estuvieron actuando para impedir que el Estado se convirtiera en lo que había sido durante la Era de Trujillo: en un instrumento al servicio del sector privado, organizado para fomentar, promover y proteger los negocios privados dentro del sistema capi-



talista. En ese desesperado esfuerzo por combatir el capitalismo, que los partidos políticos liberales e izquierdistas confundían con el trujillismo, sus dirigentes perdieron de vista que la gran transformación que la sociedad dominicana demandaba, y todavía demanda, es la conversión de una sociedad tradicional y atrasada, bicultural, rural y no industrializada, en una sociedad capitalista, abierta, pluralista, democrática y urbanizada. Aunque parezca paradójica esta afirmación, durante más de diez años los partidos políticos de izquierda se instituyeron en un conjunto de fuerzas sumamente reaccionarias al no percibir que la vía del desarrollo dominicano era la vía capitalista y al promover esquemas de organización social basados en ideologías socializantes, pero referidos fundamentalmente a las experiencias y valores aldeanos de sus miembros y dirigentes.

¿Cómo se puede probar esto? Pues observando la ferocidad con que los mil y un líderes de los partidos de izquierda han vivido regateándose entre sí ese escasísimo recurso que es el liderazgo político. Observando cómo han pasado casi veinte años regateándose a los gobiernos prácticamente todas las iniciativas que implican la transformación de las estructuras agrarias, de los sistemas de trabajo o del clima de inversiones para el desarrollo. Observando cómo esos líderes se conducen al estilo de la aldea y del vecindario ventilando públicamente sus diferencias internas y proyectando a escala nacional los problemas de su vecindario político gracias al auxilio que le prestan la radio, los periódicos y la televisión. La murmuración, el chisme y la intriga aldeanos se proyectan ahora sobre el conjunto de la nación. Gracias a los medios de comunicación, la aldea ha crecido y se ha acomodado a la escala de la nación. Y es natural que así sea, puesto que las estructuras tradicionales que han soportado el funcionamiento de la sociedad dominicana no han cambiado, a pesar del crecimiento económico de los últimos veinte años. El analfabetismo permanece, la marginalidad urbana se ha multiplicado, la pobreza crece y la ideología aldeana encuentra terreno fértil en la inmensa masa de desempleados, buscavidas y chiriperos que escuchan y siguen a una clase media igualmente aldeana que aspira a suplantar a la élite que heredó el poder económico, político y social que dejó Trujillo.

Ahora bien, los partidos de izquierda sólo han aportado el ingrediente ideológico. Hay otros ingredientes y otros actores en el escenario dominicano y entre ellos se destacan muy claramente los empresarios. Yo recuerdo el año 1967 cuando se organizó un gru-



po de hombres preocupados por la falta de una conciencia empresarial en el país. Acción Pro-Desarrollo se llamaba ese grupo. Ellos creían que a pesar de que el país había tenido un par de décadas de crecimiento industrial y comercial, todavía los líderes o participantes en ese movimiento no tenían conciencia de que todos juntos formaban un empresariado nacional, una élite económica, un conjunto de fuerzas con intereses similares. El hecho más patente de las investigaciones que se llevaron a cabo para formar a Acción Pro-Desarrollo era que los empresarios dominicanos apenas se conocían entre sí, o apenas se reconocían a sí mismos como grupo. Una causa importante, entre otras muchas, era que el capitalismo dominicano era entonces, y todavía lo es en gran medida, un capitalismo familiar y aldeano.

Este fenómeno del capitalismo familiar tiene sus implicaciones. Como institución propia de una economía pequeña que no permite el desarrollo de grandes empresas de capitalización pública, la empresa familiar refleja todos los vicios y virtudes de la economía aldeana. Por ejemplo, la eficiencia no es siempre el valor supremo de la empresa, porque en la economía aldeana casi todas las demás empresas son ineficientes. La empresa es normalmente propiedad de una familia prominente en el mundo social y en el mundo político; luego la imagen de la empresa va asociada a la imagen pública, social o política del dueño o jefe de la empresa. El mérito dentro de la empresa no se acumula solamente en función de la productividad o eficiencia del empleado, sino en función de la lealtad del empleado al patrono. De ahí que el sindicato o la organización laboral sean vistos como una traición al patrón. Las relaciones patrón-empleado son de tipo paternal y ambas partes tienden a reforzar esos lazos de dependencia. Por otra parte, como la empresa está concebida como un negocio familiar, se resiste interiormente a crecer más allá de las posibilidades gerenciales de los miembros de la familia involucrados en su administración.

Ahora bien, más importante que todo ello, para los fines de este análisis, es que la empresa familiar, por lógica, responde en última instancia a intereses familiares que no siempre son de naturaleza económica, y por ello la competencia con otras empresas está muchas veces teñida de una intensa carga de emocionalidad personal. El mundo de la empresa transcurre dentro de un universo económico de recursos limitados. La competencia existe y es muy fuerte, pero no sólo en el plano del mercado, sino en el plano de la acción política, ya que en la aldea todo el mundo se conoce y sabe



que existen canales para lograr el favor de los que controlan el Estado. De esta manera, las estrategias que muchas empresas ponen en juego para asegurar su supervivencia están más ligadas a la capacidad de maniobra política de sus dirigentes que a la competencia gerencial de sus administradores. Con ello, se distorsionan muchos aspectos del lado de la oferta del mercado y no es posible lograr lo que algunos empresarios más ilustrados hace tiempo que andan proponiendo: la integración del sector privado en un gran bloque de intereses que influya decisivamente en el Estado para que la política económica sea diseñada enteramente en su favor.

Lo más interesante del fenómeno es que el Estado ha caído desde hace cuatro años en manos de una nueva élite burocrática que procede de partidos de izquierda o mantiene en su seno a miles de burócratas aldeanos que sin ser de izquierda sustentan una ideología administrativa de tipo estatista que identifica el bienestar del país con la conveniencia del gobernante de turno. No siempre es fácil al sector privado transitar por el seno de esta burocracia estatal de espíritu aldeano sin enfrentar numerosos obstáculos. Hay burócratas para quienes el empresario es un elemento subversivo que amenaza el destino de su aldea nacional con sus motivaciones de lucro. Nunca se vio más claro este fenómeno que a partir de 1978 cuando el Estado fue cerrado a toda influencia constructiva del sector privado. El Estado quedó en manos de un equipo burocrático aldeano y el sector privado se movilizó en una intensa batalla para lograr ser oído a través de sus organizaciones más representativas.

Lo más instructivo de toda esta experiencia es que durante años los partidos han ido adquiriendo una ideología populista, de izquierda o de derecha, no importa, pero siempre populista. Este populismo ha llegado a penetrar otras instituciones dominicanas y es una especie de sangre universal que fluye a través de los medios de comunicación, de las universidades, de las empresas autónomas, del Estado mismo y de la Iglesia. Este populismo es tan generalizado, tan universal, que en estos últimos veinte años los dominicanos hemos llegado a invertir los pocos valores elitistas que heredamos de la colonia. En este proceso, el populismo se ha ido mezclando con el estatismo burocrático, y ambas actitudes han venido conformando una especie de ideología oficial básica que supone que no es posible el desarrollo si no se realiza bajo la dirección y los recursos del Estado. Como esa es una ideología socialmente aceptada y políticamente compartida por los partidos, los burócratas se



sienten legitimados en la administración del Estado y suponen que su actuación es siempre correcta con tal de que sea realizada siempre en nombre del pueblo. Esto, me parece a mí, es una aberración de la democracia, pues dentro de esa norma de acción se cometen impunemente los más grandes disparates políticos y financieros sin que la ciudadanía pueda defenderse o la misma aldea pueda pedir cuentas por el dispendio de recursos que llevan a cabo sus administradores.

El populismo y el estatismo llevados a ultranza son dos elementos subyacentes en toda la historia de la quiebra de CORDE y del CEA, así como de los grandes déficit en que ha ido incurriendo el gobierno central para ocultar o subsanar los déficit de las empresas estatales y de las instituciones descentralizadas. Trujillo nos cegó con la ilusión de que el Estado dominicano era todopoderoso, como todopoderoso fue él durante unos treinta años. Los herederos de Trujillo, desde el poder o fuera de él, han pasado más de veinte años creyendo que el Estado es capaz de hacerlo todo y que solamente desde el Estado pueden resolver los problemas económicos, sociales y culturales del país. Esta óptica se ha generalizado de tal manera en el seno de las masas que hoy, y desde hace tiempo, los dominicanos tienden a creer que deben esperar todo del Estado: los empleos, los favores, los esfuerzos constructivos y las soluciones a los problemas del desarrollo.

Emborrachados por esta ilusión los gobiernos dominicanos han realizado o encargado cientos de estudios y proyectos de desarrollo que no han servido para resolver la situación porque han sido hechos por técnicos y burócratas para quienes el Estado parecía ser la única realidad social y política. Después de veinte años de experimentación con la democracia, los dominicanos hemos avanzado mucho, es cierto, pero no hemos logrado articular un consenso acerca de lo que queremos y cómo vamos a alcanzar lo que queremos. En los últimos cuatro años el Estado ha caído en manos de personas de ideas filosocialistas, populistas o estatistas que por razones geopolíticas están obligadas a manejar nuestra economía mixta a la manera capitalista, y hay que ver los enormes conflictos de conciencia con que han vivido algunos de nuestros técnicos y burócratas cuando después de haber pasado más de diez años hablando en contra del capitalismo y proponiendo soluciones socialistas o socializantes, se vieron obligados a desempeñar posiciones en la administración pública que los obligaron a cambiar de retórica y a defender políticas económicas diseñadas para preservar



el funcionamiento del capitalismo en la República Dominicana. Por el lado de los partidos, se puede observar que sus líderes han seguido presionando al Estado y a los empresarios para que se distribuya equitativamente la pobreza nacional entre un número cada vez mayor de dominicanos, mientras el empresariado se debate en crisis políticas y en crisis de conciencia que lo mantienen dividido e incapacitado para influir decisivamente en la formación de una política económica coherente. Algunas de esas crisis de conciencia están ligadas a un cierto complejo de culpa creado por la noción de que el lucro es algo socialmente injusto y moralmente cuestionable.

La política económica de la pasada década logró desarrollar al empresariado dominicano a costa del Estado. Estudios recientes sobre la política de incentivos, así como sobre el régimen fiscal dominicano indican que el gran financiador y subsidiador del crecimiento industrial y comercial dominicano ha sido el Estado y que hoy la bancarrota oficial se debe en mucho a la forma voraz con que la empresa dominicana ha recabado del Estado los mayores favores, así como a la forma irresponsable con que los administradores públicos han manejado el Estado creyendo que los recursos daban para todos y para todo.

Parte del gran problema dominicano es una cuestión de conciencia. Lo que el filosocialismo de los políticos, de los intelectuales, de los académicos y de algunos administradores públicos oculta, y lo que el estatismo y el populismo de los técnicos y los políticos también ocultan es que la pequeñez de la economía dominicana no da para todos, que no hay recursos para ser repartidos satisfactoriamente entre todos, y que mantener campañas políticas electorales u oficiales bajo el supuesto de que habrá tierra, agua, casa, escuelas, empleo, salud y diversión para los cinco millones y medio de dominicanos no es otra cosa que un gran engaño o una gran ilusión. No hay nadie en este país ni fuera de él que pueda dar vivienda a todos los dominicanos en los próximos cuatro años, ni reforestar todo el territorio que ha sido devastado, ni reponer los ríos, ni dar tierras que sirvan a todos los campesinos que no la tienen. El problema dominicano no se resuelve en cuatro años ni en ocho. Ni mucho menos lo puede resolver el Estado actuando por sí solo con una política económica populista que ha llenado de empleos improductivos la nómina de la administración pública o que ha dejado desmoronarse los ingenios y las empresas estatales. Tampoco puede el sector privado resolver por sí solo los problemas



nacionales. Es cierto que la noción de lucro como pecado es una construcción ideológica elaborada sobre un edificio social que depende de recursos muy limitados, pero también es cierto que hay que retribuir a la sociedad parte del excedente que se le extrae como resultado de la tecnología más avanzada o de la gestión empresarial más sofisticada y eficiente.

El sector empresarial debe acercarse al Estado y éste debe abrirse a los empresarios. Las modernas sociedades capitalistas, a pesar de las diferencias relativas de tamaño, han avanzado gracias, entre otras cosas, al equilibrio de intereses que han logrado entre sector privado y el Estado. La economía dominicana no resiste que el sector privado y el Estado vivan como dos alacranes. Es necesario que los burócratas oficiales comprendan que su función es proteger la iniciativa privada, alentando a los más hábiles que son generalmente los más productivos, y que se acostumbren a aceptar a los hombres a quienes el lucro los mueve a invertir, de la misma manera que aceptan o siguen a aquéllos a quienes la ambición de poder o de gloria los lleva a servir en la política.

Es necesario, también, que los empresarios se acostumbren a ceder y a ver el proceso político como un proceso de ajuste continuo a circunstancias cambiantes que vienen dadas no sólo por las coyunturas de precios internacionales sino también por las ideas morales y políticas subyacentes. Hay una razón oculta para cada acción humana, aunque ésta sea muchas veces una sinrazón. Una de las grandes sinrazones dominicanas ha sido la de no entender que nunca hemos dejado de ser una aldea económica limitada con recursos limitados y con una ideología social tradicional y aldeana que nos impide reconocernos a nosotros mismos como lo que somos: como una comunidad que necesita unirse y entenderse antes de que las nuevas tensiones nos arrastren al conflicto abierto. Hasta ahora la sociedad dominicana ha estado resolviendo pacíficamente sus conflictos sociales, y ha logrado establecer una democracia representativa. En la medida en que el sector privado le pida a esta democracia lo que ella no puede dar, o en la medida en que los que manejan el Estado y los partidos ofrezcan lo que esta democracia tampoco puede dar, en esa misma medida estamos debilitando su viabilidad.

Hemos crecido económicamente, hemos logrado modernizar bastante nuestras ciudades, hemos expandido el sector industrial y el sector comercial, hemos desarrollado nuestros servicios y nuestras comunicaciones, pero hemos creado una sociedad dual, en la



cual la modernidad de las ciudades, de los bancos, de los aeropuertos y de las comunicaciones no ha logrado eliminar el fenómeno subyacente de la vida aldeana de la sociedad tradicional. El gran problema dominicano reside en la gran tensión existente entre dos sociedades yuxtapuestas e imbricadas hasta tal punto que los valores sociales fundamentales aparecen desdibujados y confundidos en una maraña de retórica y de demagogia que ha terminado ocultando cuáles son las metas finales del desarrollo y dentro de cuál sistema pueden ser alcanzadas esas metas. El gran dilema dominicano reside en la definición práctica de las metas nacionales, en el no definir si vamos o no vamos a desarrollar el país dentro del capitalismo o dentro del socialismo. En el no definir si el Estado va a ser un instrumento para el desarrollo de los negocios o si, por el contrario, va a continuar siendo lo que ha querido y no ha logrado llegar a ser: un Estado benefactor que no logra generar una dinámica de creación de riqueza que le permita cumplir con todos sus compromisos y metas de bienestar social.

El problema dominicano va más allá de lo que dicen los estudios técnicos. El problema dominicano es un problema de conciencia.



24. El Futuro Dominicano

En esta exposición voy a hablar acerca del futuro dominicano. No para hacer profecías, pues soy incapaz de hacerlas ya que los historiadores estamos más entrenados para mirar al pasado que hacia el futuro, sino para que a la luz de lo que ha venido aconteciendo en la República dominicana en las últimas décadas, invitarlos a reflexionar sobre lo que parece va a ocurrir en el país en los próximos diez años *si se mantienen las tendencias actuales en el crecimiento de la población y si no encontramos o desarrollamos los recursos suficientes para atender a las nuevas necesidades* que necesariamente habrán de surgir a consecuencia de nuestra multiplicación demográfica y de nuestra acción física sobre el medio ambiente.

Esta reflexión se hace hoy más necesaria que nunca pues por primera vez en nuestra historia, como veremos más adelante, el uso de los recursos de que disponemos está alcanzando límites reales. El crecimiento económico de los últimos años está llegando a una serie de fronteras, más allá de las cuales será sumamente difícil transitar pues aunque los cinco millones y medio de dominicanos de 1980 nos multiplicaremos en las próximas dos décadas un poco más lentamente de lo que estuvimos haciéndolo en los últimos treinta años, en 1990 seremos más de 7 millones de personas y en el año 2000 seremos unos 10 millones. Como no debemos olvidar que vivimos en una isla compartida con Haití, recordemos que hoy nuestros vecinos tienen una población de cinco millones de habitantes que, aunque crece más lentamente que la nuestra, también será de unos 6 millones y medio en 1990 y de unos 8 millones en el año 2000. Esa población probable para toda la isla, de unos 18 millones de personas para dentro de veinte años, podría disminuir-



se si se reducen las tasas de fecundidad, como parecen haberse reducido las de la República Dominicana recientemente, pero en ningún modo la población total de la isla será menor de 15 millones de habitantes dentro de veinte años.

Estas simples cifras pueden ser acompañadas por otras que vienen registrándose por lo menos desde 1920 cuando la mayoría de la población vivía en el campo. Desde entonces, y a medida que la población ha ido creciendo, las ciudades han venido también creciendo y multiplicándose de manera que hoy un poco más de la mitad de la población vive en centros urbanos y se espera que para 1990 haya cerca de cinco millones de personas viviendo en las ciudades y unos 3 millones viviendo en el campo. No creo que tenga que señalar que esta tendencia se debe, entre otras cosas, al creciente deterioro relativo de la calidad de la vida en nuestras zonas rurales que sirve de factor de expulsión de nuestros campesinos hacia las ciudades. Se ha debatido mucho en los últimos tiempos acerca del proceso de migración interna en el país y también se ha señalado que así como los pueblos del interior han estado aumentando su población en detrimento del campo, así también la ciudad de Santo Domingo ha venido creciendo en detrimento de los demás centros urbanos, de tal manera que en 1990 la capital de la República tendrá cerca de tres millones de habitantes y en el año 2000 su población será de unos 4 millones de personas.

Tanto la población del campo y de las ciudades seguirán siendo igualmente jóvenes pues la capacidad de los dominicanos para reproducirnos, aunque está decreciendo ligeramente, no será suficiente para impedir que en 1990 y en el año 2000 cerca del 80 por ciento de la población siga siendo menor de 35 años.

Estas tendencias generales que acabamos de mencionar también están teniendo lugar en la mayor parte del mundo, y si queremos colocar el futuro dominicano en su justa perspectiva, me parece que deberíamos observar, aunque sea rápidamente, hacia dónde va el planeta, pues muchos de nuestros problemas están estrechamente ligados a la evolución económica y ecológica mundial, ya que nosotros somos uno de los muchos países cuyos recursos parecen insuficientes para atender las necesidades básicas de sus crecientes poblaciones.

Hace apenas un mes y tres días fue publicado en los Estados Unidos un voluminoso informe sobre los cambios probables en la evolución de la población mundial, los recursos naturales y el medio ambiente en lo que queda de siglo. Las más notorias conclusio-



nes de este informe indican que nuevas tensiones demográficas, ecológicas y económicas cada vez más intensas determinarán definitivamente la calidad de la vida en el planeta. Estas tensiones son hoy suficientemente severas como para impedir que más de 2,000 millones de personas puedan satisfacer sus necesidades básicas de alimento, vivienda, salud, educación y trabajo, pues la capacidad del planeta para proveer recursos suficientes para toda la humanidad es cada día menor. Para el año 2000 dicen los autores de ese informe, la tierra tendrá 6,350 millones de habitantes, aumentando a razón de 100 millones de personas por año, siendo muy significativo que 90 de esos 100 millones de nuevos niños están ya naciendo en los países subdesarrollados.

Y aunque la producción mundial de alimentos se habrá casi de duplicar para el año 2000, el hambre seguirá siendo prácticamente universal debido a las enormes diferencias en la capacidad de captación de los recursos del planeta entre las naciones ricas y las naciones pobres. La capacidad de aumentar la producción de alimentos alcanzará nuevos límites porque dentro de veinte años ya casi no quedará tierra cultivable disponible y los aumentos en la producción de comida dependerán mucho más de la utilización de nuevas técnicas, lo que quiere decir que habrá que invertir más recursos para aumentar el uso de fertilizantes, pesticidas, fuentes hidráulicas, maquinarias y combustibles cuya producción depende, en última instancia, de la disponibilidad de petróleo y energía.

Las naciones ricas e industrializadas, que consumen la mayor parte de la energía mundial, serán capaces de mantener sus economías funcionando a base de petróleo, pero las naciones menos desarrolladas que no producen petróleo no serán capaces de producir lo suficiente con qué costear sus demandas de energía y tendrán que echar mano, como lo han venido haciendo, de sus forestales, de tal manera que los bosques del planeta seguirán reduciéndose a una velocidad de más de 300 millones de tareas por año, cuatro veces más que el tamaño de la República Dominicana, lo que quiera decir que para el año 2000 más del 40 por ciento de la foresta que todavía queda en el planeta se habrá extinguido, y habrá zonas en las que simplemente no quedará un árbol que cortar para hacer carbón o para prender un sencillo anafe doméstico.

La pérdida de los bosques seguirá contribuyendo a deteriorar la calidad de los suelos y de las aguas de amplias regiones del mundo. Los desiertos crecerán y nuevas zonas desérticas aparece-



rán. Al paso que va la desaparición de los bosques, un 20 por ciento de las especies, animales y vegetales, desaparecerán en el curso de los próximos veinte años, especialmente en las zonas tropicales. Y habrá otras zonas, donde la población ya ha llegado al límite de su capacidad de asentamiento, en que la vida humana se hará tan precaria que el hambre y la desnutrición impondrán por sí mismos los límites al crecimiento demográfico, como ya está ocurriendo en Haití, en las colinas del Himalaya y en ciertas zonas de Africa.

Las ciudades seguirán creciendo. Para el año 2000 se espera que la ciudad de México alcance una población de más de 30 millones de habitantes, tres veces más que la actual población de la ciudad de Nueva York. Calcuta se acercará a los 20 millones, mientras que Bombay, Cairo, Jakarta y Seúl, para mencionar otras, tendrán poblaciones de entre 15 a 20 millones. Este crecimiento urbano desmesurado está creando enormes demandas de servicios de agua, servicios sanitarios, servicios eléctricos, servicios de salud, alimentos, viviendas y puestos de trabajo. Los países subdesarrollados como el nuestro tendrán casi que duplicar la disponibilidad de estos servicios durante los próximos veinte años, para que nuestras poblaciones sigan viviendo tan mal como viven actualmente y para evitar que la calidad de la vida de nuestros pobres se deteriore aún más. A medida que la población siga aumentando, y con ella sigan creciendo las ciudades, el crecimiento urbano se hará más descontrolado y será cada vez más difícil y más caro llevar los servicios básicos a sus habitantes.

La producción de la riqueza mundial aumentará, pero las enormes disparidades entre las naciones ricas y las naciones pobres también aumentarán, lo que quiere decir que el ingreso personal subirá a más de 8,500 dólares anuales en los países desarrollados, mientras que los países subdesarrollados tendrán grandes dificultades en lograr un ingreso per cápita mayor de 600 dólares al año. Por cada dólar que nuestros países logren aumentar a su producto nacional bruto, los países industrializados lograrán aumentar al suyo 20 dólares. Con esto, la capacidad de ahorro y de inversión será cada vez más limitada para nuestros países que se verán cada vez más imposibilitados de comprar la energía necesaria para producir alimentos suficientes para sus poblaciones. Ya hay regiones enteras del planeta cuya población está siendo afectada por la desnutrición, y sus habitantes quedan permanentemente tarados por falta de desarrollo corporal y cerebral. De continuar esta situa-



ción, como todo parece indicar, los 600 millones de desnutridos que hay hoy en los países subdesarrollados, seguirán creciendo en número y alcanzarán a ser unos 1,300 millones de seres humanos fuera de toda capacidad para sostenerse por sí mismos o para sostener a otros.

La tierra simplemente no alcanzará para producir alimentos para toda la humanidad y el mundo tendrá que echar mano al mar aprovechando gran parte de la producción pesquera mundial y reorientándola hacia el consumo humano, pues hoy la mayor parte de las proteínas que se producen en el mar son empleadas en la alimentación de animales. Aunque se duplicara la cantidad de pescado cogido anualmente, la disponibilidad de pescado por persona en el año 2000 seguirá siendo prácticamente igual a la que existía en 1970, con lo que la situación no habrá mejorado.

Gran parte de las reservas mundiales de agua se extinguirán en un período en que la humanidad requerirá mayor cantidad de este líquido. En más de la mitad de los países del mundo la población demandará en el año 2000 por lo menos dos veces más agua que la de hoy. Sin embargo, en muchos países subdesarrollados la disponibilidad de agua seguirá decreciendo y alcanzará niveles críticos antes de veinte años, como son las islas del Caribe y partes de Africa, el Medio Oriente y zonas de Asia. La pérdida de las forestas tropicales han hecho decrecer y harán decrecer las reservas de agua. Las alzas en los costos de los proyectos hidrológicos harán cada vez más difícil dotar a las ciudades y campos de este líquido y en muchos casos, como ya ha ocurrido, habrá zonas de los países subdesarrollados que verán mermados sus recursos por la contaminación que produce y seguirá produciendo la descarga de pesticidas proveniente de los canales o los productos químicos provenientes de nuevas y viejas industrias. La pesca regional costera también sufrirá a consecuencia de estos fenómenos.

Estas son unas cuantas conclusiones del mencionado informe y algunas de las posibles rutas por donde la población del mundo tendrá que transitar en los próximos veinte años cuando muchos de nosotros no habrán alcanzado los cincuenta años de edad. Creo que podemos decir que la juventud de hoy ha recibido un mundo en crisis y ha heredado un planeta estropeado y degradado por la acción humana incontrolada e inconsciente. No hay que ser adivino para uno darse cuenta de que la República Dominicana no va a ser una excepción en este escenario mundial que se proyecta para el año 2000 y que con sólo reducir la escala de las magnitudes



mencionadas hace un momento podemos visualizar *cuál podría ser el futuro dominicano si las cosas siguen como van* y si los dominicanos no encaramos desde ahora el reto de enfrentar los enormes problemas que nos llevan hacia el desastre ecológico, económico y social antes de veinte años. Para ello debemos tener conciencia de la dimensión real de nuestros problemas y por ello les pido ahora que reflexionemos sobre las siguientes informaciones:

El primer problema que se presenta a todo el que estudia las necesidades de la población dominicana es el de la alimentación. Los datos oficiales del Gobierno Dominicano reconocen que más del 75 por ciento de la población dominicana está subalimentada pues sus ingresos no alcanzan para comprar suficiente comida como puede verse en la encuesta de presupuestos familiares llevada a cabo por el Banco Central recientemente, en donde se destaca que el 80 por ciento de las familias poseen un ingreso mensual inferior a los 300 pesos. Con nuestra actual estructura de precios ese ingreso es insuficiente para atender a las necesidades de consumo de la mayoría de nuestra población que está constituida por familias de unos cinco miembros, en promedio. Esto quiere decir que en la República Dominicana existen hoy unos 4 millones y medio de hombres, mujeres y niños pobres cuyo futuro, *si las circunstancias actuales no se agravan*, será seguir multiplicándose dentro de su condición para constituirse en una gran masa de 6 millones de pobres en 1990 o de 8 millones en el año 2000. *Si las condiciones de alimentación de esta población no son satisfechas* hasta un mínimo vital básico, debemos esperar la formación de una nación de desnutridos crónicos en los próximos diez años, pues de acuerdo a informaciones recogidas recientemente por médicos dominicanos, cada día aumenta más el caso de desnutridos graves en los hospitales del país.

Para enfrentar la gran tarea de nuestra alimentación, los dominicanos tenemos dos caminos: uno, aumentar la producción y la productividad agrícolas, y otro, importar alimentos desde otros países. De acuerdo con datos recientes preparados por técnicos dominicanos y extranjeros, la producción agrícola ha ido creciendo en los últimos veinte años casi a parejas con el crecimiento de la población, por lo que los déficits en la producción de alimentos han tenido que ser compensados con la importación.

Ahora bien, las proyecciones indican que *de seguir creciendo como va la población dominicana y de mantenerse nuestros niveles actuales de eficiencia tecnológica*, dentro de unos cuantos años no



habrá tierra suficiente para producir los alimentos necesarios y por ello los aumentos en la producción agrícola tendrán que llevarse a cabo mediante el crecimiento de la productividad a través del uso de semillas mejoradas, pesticidas, fertilizantes, maquinarias, riego y tecnología moderna. Si los datos que esos técnicos han preparado son ciertos, es dable esperar que la proporción de tierra agrícola disponible siga reduciéndose en los próximos veinte años y que la proporción de once tareas de tierra agrícola por persona que existía en 1960, pase a una proporción de 4 tareas en 1990, para no mencionar las 2 tareas y media per cápita que habrá disponible en el año 2000. Estas cifras sólo son válidas en caso de que los dominicanos nos dedicáramos a explotar todas las tierras agrícolas disponibles, una parte de las cuales no están siendo utilizadas actualmente. Pero si tomáramos en cuenta la cantidad de tierras bajo cultivo hoy, y mantuviéramos constante su utilización, las cifras cambiarían, pues señalarían que para 1990 la disponibilidad de tierra en cultivo sería de 2 tareas por persona y de menos de tarea y media en el año 2000.

Menciono estos simples datos para que tengamos mejores bases para entender y discutir las limitaciones ecológicas y reales a la realización de una reforma agraria como la que nuestros políticos normalmente prometen. Si en 1990 alguien tuviera la capacidad de repartir lotes de tierra agrícola iguales a todos y cada uno de los campesinos de ambos sexos y de todas las edades que residirán en ese año en las zonas rurales, esos 3 millones de dominicanos no podrían alcanzar a más de once tareas por persona. Y si tal cosa se hiciera, en el año 2000 cada uno de nuestros campesinos no alcanzaría a 9 tareas.

Otro problema serio que los dominicanos tendremos que enfrentar en los próximos diez a veinte años es el de la vivienda de nuestra población. Hoy, en 1980, hay alrededor de un millón de familias en el país, de las cuales 400 mil tienen viviendas tan inadecuadas que van contra toda noción de decencia y dignidad humanas. Al paso que va creciendo la población, tendríamos que construir 40 mil viviendas al año para que el problema siguiera exactamente igual a como está ahora. Y si quisiéramos dotar de viviendas a las nuevas familias que van a constituirse en los próximos veinte años, los dominicanos tendríamos que construir otras 15 mil viviendas más al año. Yo supongo que todos los que estamos aquí esta noche estamos de acuerdo en que sería ideal que cada familia dominicana poseyera una casa de por lo menos tres



habitaciones, baño y cocina, piso de cemento, agua corriente y electricidad. Pues bien, de acuerdo con los expertos en estas cuestiones, casi dos terceras partes de la totalidad de las familias dominicanas, están incapacitadas económicamente para construir las viviendas que necesitan y más de la mitad no tiene ingresos suficientes para calificar al financiamiento que ofrecen las Asociaciones de Ahorros y Préstamos, los Bancos Inmobiliarios y el Instituto Nacional de la Vivienda.

Lo mismo ocurre con la educación. Al paso que va el país, si se mantienen los niveles de analfabetismo que han primado durante los últimos veinte años, y suponiendo generosamente que sólo hay un 32 por ciento de analfabetos en el país (lo cual no es cierto), podemos asegurar que en 1990 la República Dominicana tendrá 2 millones y medio de analfabetos, y en el año 2000 un poco más de 3 millones. Supongo que ustedes estarán de acuerdo en que esa masa de hombres, mujeres y niños sin educación será uno de los lastres más pesados que una nación de nuestro tamaño pueda cargar en su marcha hacia el siglo XXI. Lo más grave del caso es que alfabetizar a esos dominicanos por el método más barato actualmente disponible, que sería a través del uso de escuelas radiofónicas y métodos de educación a distancia, requeriría hoy de recursos que escapan a las posibilidades del Estado Dominicano, cuyo presupuesto de gastos para la educación apenas da abasto para pagar a los maestros y a la burocracia y para construir unas cuantas aulas por año que no alcanzan siquiera para cubrir el déficit existente que son 5,000 aulas. Para atender a la población estudiantil que habrá en 1990 los dominicanos tendremos que construir por lo menos 1,200 aulas todos los años. Los gastos en que habría que incurrir para construir y dotar de maestros, de mobiliario y de equipo esas escuelas, y de libros de texto y materiales educativos a todos los estudiantes del país, sobrepasan los cien millones de dólares al año, sin tener en cuenta la inflación futura.

La cuestión del empleo es igualmente dramática: asumiendo que la situación laboral dominicana no se deteriorara como lo ha venido haciendo en los últimos años, esto es, que el nivel de desempleados permaneciera constante en un 24 por ciento de la población económicamente activa, tendríamos que concluir que de los 700 mil adultos dominicanos que se encuentran hoy sin trabajo, pasaríamos a más de un millón en 1990, los que en el año 2000 sobrepasarían el millón y medio. Puede decirse que uno de los



mayores retos para la economía dominicana de los próximos años es producir suficiente riqueza para poder generar inversiones que demanden suficiente mano de obra como para dar empleo a la mayoría de la población adulta.

Pero aún proyectando generosamente el crecimiento de nuestro producto nacional bruto en función de las tasas experimentadas en los últimos diez años, a lo más que podremos alcanzar es a triplicar nuestra capacidad de producir riqueza de aquí al año 2000, *suponiendo que los precios del petróleo se mantuvieran estables* y que todos los planes de desarrollo que deben entrar en ejecución, o ya han sido puestos en marcha recientemente, dieran resultados óptimos. Según proyecciones recientes, y *si todo marchara de la mejor manera posible*, nuestro producto nacional bruto podría aumentar hasta un máximo de 6,400 millones de dólares para 1985 y de 13,700 millones de dólares para el año 2000. Ahora bien, de acuerdo con estimaciones hechas hace apenas dos meses por el Banco Mundial, “la simple extrapolación de las tendencias existentes proveen muy poca base para el optimismo en relación con el futuro de la economía dominicana. El desempleo y los problemas sociales asociados con él podrían empeorarse como resultado del crecimiento demográfico y de las oportunidades educativas inadecuadas conduciendo a un aumento de la fuerza de trabajo no calificada, a una cada vez más limitada disponibilidad de tierra arable, y a una continua baja en la inversión”.

No hay que repetir que el precio del barril de petróleo venezolano ha crecido de unos 3.30 dólares en 1973 a unos 33 dólares en 1980, y que hoy nuestras exportaciones de azúcar, cacao y café juntas no alcanzan para cubrir los costos de importación de este producto. Pero conviene recordar que estas alzas de precios, que tienen mucho que ver con decisiones políticas de los países productores, también están directamente relacionadas con el conocimiento de que a las reservas mundiales controladas por la OPEP se les calculaban en 1960 una duración de 40 años, y ya en 1978 se preveía que sólo habrán de durar unos 28 años a partir de esa fecha. De manera que si la oferta del petróleo a nivel mundial no se expande gracias al descubrimiento de nuevas reservas, lo más seguro será esperar que nos demos cuenta de lo que significa la carga del petróleo para nuestra economía, supongamos idílicamente por un momento que los precios no suban más en los próximos veinte años y que el precio del petróleo permanezca constante en 33 dólares el barril, al tiempo que proyectamos la tendencia del



consumo de los últimos nueve años: este simple ejercicio nos dice que de aquí a 1990 la República Dominicana tendría que gastar más de 600 millones de dólares al año en petróleo, pero para el año 2000 tendría que emplear cada año más de 800 millones de dólares para pagar el petróleo que importamos, casi la misma suma que el presupuesto nacional del año pasado.

Ahora bien, como según los expertos en materia energética del Banco Mundial los precios seguirán aumentando en por lo menos un 5.4 por ciento al año debido a muchas razones que ustedes conocen y que no discutiremos ahora, la visión más optimista de las cosas nos dice que para 1990 los dominicanos tendremos que buscar cada año por lo menos 1,000 millones de dólares para pagar el petróleo importado, aumentando gradualmente esta cifra para pagar más de 2,000 millones en el año 2000: dos veces más que el presupuesto de 1980. Habrá que ver entonces qué podremos exportar los dominicanos para hacer frente a estas obligaciones pues según algunas proyecciones, es posible que el oro de Cotuí ya se haya acabado para el año 2000. No hay que decir que si encontráramos yacimientos de petróleo rentables en el país y si la minería de oro y otros minerales siguiera expandiéndose, estas perspectivas podrían variar sustancialmente.

El problema de la energía será tan serio en los próximos diez a veinte años que el pueblo intensificará la práctica de cortar árboles para hacer carbón ya que los precios del gas seguirán subiendo junto con los del petróleo, y los combustibles vegetales volverán a constituir la primera opción de los grupos de menores ingresos, especialmente en las zonas rurales. Si ustedes quieren saber lo que esto significa, veamos las tendencias de la deforestación en lo que va de siglo y observemos que en 1916 el país contaba con 47 millones de tareas cubiertas de bosques, equivalentes al 60 por ciento del total de la superficie nacional. La tala a que esos bosques fueron sometidos durante años redujo la superficie boscosa del país a apenas 9 millones de tareas en 1967 cuando los aserraderos tuvieron que ser clausurados, de manera que hoy, en 1980, solamente un once por ciento de la superficie nacional está cubierta de bosques y se ven por doquier extensos territorios totalmente deforestados y erosionados debido a la explotación indiscriminada, a los incendios forestales, a la agricultura de tumba y quema, al tráfico ilegal de madera, al sobrepastoreo y a los arrastres del suelo producidos por las lluvias. Territorios definitivamente perdidos para la agricultura y en donde se tardará más de cuarenta años en



recuperar una pulgada de capa vegetal. De no haberse clausurado los aserraderos hace 13 años, probablemente hoy no quedarían más que unos cuantos miles de árboles de pino, a juzgar por la forma en que las 12 millones de tareas de pinares que había en 1939 quedaron reducidas a menos de 3 millones y medio en 1967.

Estamos viviendo en un país enfermo, desnutrido, iletrado, pobre y saqueado. A los cuatro millones de hombres y mujeres jóvenes que vivimos hoy en la República Dominicana y que queremos seguir viviendo aquí en los próximos veinte años, nos han dejado de herencia un planeta y un país en donde los recursos no alcanzar para satisfacer nuestras necesidades básicas y en donde las tensiones internacionales, provocadas por la creciente competencia por esos recursos escasos, podrían llevar a la humanidad a una guerra total.

Vamos a un mundo sin petróleo, sin agua y sin alimentos suficientes. Nos encaminamos hacia nuevos estilos de vida que tendrán forzosamente que desarrollarse para enfrentar las gigantescas tensiones que producirá la creciente escasez de recursos ante una creciente población mundial. Hasta ahora muchas sociedades occidentales y sus élites, incluyendo la nuestra, han vivido dentro de una cultura de despilfarro desperdiciando año tras año recursos naturales y económicos que podrían servir para resolver la pobreza de buena parte de la humanidad. Estamos llegando a un punto en que pronto no habrá suficiente para desperdiciar porque apenas habrá suficiente para que una minoría pueda consumir, si es que los gobernantes y los aspirantes a gobernantes, de todos los países, y del nuestro particularmente, no toman conciencia rápidamente de que estamos llevando a verdaderos límites de nuestra capacidad de distribuir la riqueza del planeta.

Llama mucho la atención que la mayoría de nuestros políticos no se hayan ocupado del futuro y que todavía haya gente que quiera volver al pasado. Casi ninguno de los dueños de partidos, que hasta ahora han gozado de un virtual monopolio de la palabra pública, ha intentado explicar al pueblo hacia dónde va el país en los próximos diez años. Los dueños de partidos están tan ocupados en sus propias garatas, producidas por el interés de asegurar su propio futuro de aquí a dos años, que luce como si no se dieran cuenta de lo que está pasando a su alrededor, o como si no entendieran la seriedad de estos simples hechos que mencionamos hace unos momentos.

Lo más grave de la situación dominicana no es tanto el difícil



futuro que nos espera, *cuyas soluciones técnicas están a la mano*, sino que en los últimos tiempos el liderazgo nacional haya caído en manos de individuos que han demostrado su incapacidad para comprender y resolver los problemas nacionales desde el Gobierno o desde la Oposición, o que han demostrado su incapacidad para entender los problemas nacionales y para transmitir a la población dominicana las nociones de cómo habrán de resolverse esos problemas. Solamente podrán ofrecer soluciones al problema dominicano aquéllos que entiendan sus causas y sus direcciones. Los que se hicieron políticos de oficio porque no sabían hacer otra cosa que vender sus lealtades a los dueños de partidos, no serán capaces de transformar este país para revertir las tendencias negativas de nuestro desarrollo. Esa tarea solamente podrán emprenderla los miles de hombres y mujeres que durante años han estado estudiando, trabajando y aprendiendo acerca de los problemas del país y que hoy se sienten frustrados ante la incapacidad de los políticos de oficio para buscar y encontrar soluciones reales a los problemas nacionales.

Hace ya veinte años que murió Trujillo y hoy tenemos en el país más desnutridos, más analfabetos, más desguarnecidos, más desarraigados, más enfermos y más pobres que antes. Claro, también hay más ricos y también se ha podido desarrollar una clase media que desgraciadamente hoy está empezando a empobrecerse. Este empobrecimiento de la clase media dominicana es uno de los muchos síntomas acerca del próximo deterioro de la calidad de la vida en el país debido al cual muchos de sus miembros podrían volver de nuevo a la pobreza. Durante estos últimos veinte años el país ha logrado educar una nueva generación de hombres y mujeres jóvenes sin ligazón ninguna con el pasado y con grandes esperanzas puestas en el futuro. Hombres y mujeres responsables en sus familias, en sus empresas, en sus sindicatos, en sus negocios, en sus oficinas, en sus fincas, en sus profesiones, en sus escuelas y universidades que están esperando la oportunidad de expresarse y de contribuir a resolver los problemas nacionales con la misma eficiencia con que han logrado resolver sus problemas particulares.

Los problemas del futuro no podrán ser resueltos por los agentes del pasado y ni siquiera podrán ser comprendidos por los mismos hombres y mujeres que los han provocado. Los nuevos dominicanos, los que tendremos que vivir en el futuro que otros nos han fabricado, los ciudadanos que hasta ahora no hemos hecho uso de la palabra, hemos confiado en que otros tenían las solucio-



nes. Hemos ayudado durante años y hemos esperado los resultados de la gestión de los políticos de oficio. Toda esa esperanza se ha ido al suelo y hoy estamos descubriendo que el nuevo orden que habrá que construir para resolver los problemas nacionales de los próximos veinte años tendrá que ser organizado por un nuevo liderazgo nacional.

Un nuevo liderazgo surgido del mismo seno de las mayorías dominicanas que tendrán que enfrentar la enorme tarea de buscar alimentos, ropa, casa, medicinas, escuelas y diversión a los siete millones de habitantes de 1990 y a los 10 millones del año 2000. Un nuevo liderazgo comprometido con soluciones sociales profundas, justas y racionales *orientadas al logro del bienestar de todos*. Un nuevo liderazgo y un nuevo orden de cosas que detenga las tendencias críticas de la actual evolución económica y social dominicana y que incorpore a la solución de nuestros problemas a todos los hombres y mujeres que pueden producir y construir, ordenar y defender, vestir, curar, alimentar, educar, informar y divertir.

Un nuevo liderazgo esencialmente popular donde todos los gremios, grupos y sectores de la vida dominicana estén incorporados al proceso de desarrollo y en donde las decisiones no sean adoptadas por minorías de partidos, de grupos o de familias como ha sido la norma del pasado.

El pasado nos ha caído encima ya, y nos lleva hacia un futuro del cual nosotros, los hombres y mujeres jóvenes de este país, no podremos escaparnos aunque quisiéramos, y no nos queda otro camino que enfrentarlo como el mayor reto que generación alguna ha tenido que encarar jamás en la historia dominicana. El reto de las próximas dos décadas es nuestro reto y nosotros somos los responsables de encontrar las soluciones. Todos los jóvenes de este país, y todos aquéllos que aún se sienten jóvenes, saben que el destino dominicano está en sus manos y que no pueden dejar que los responsables del pasado continúen estropeando nuestro futuro.





INDICE EXPLICADO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia



Indice Explicado

PRIMERA PARTE: LAS SINTESIS

1. Una Síntesis de la Historia Dominicana 15

Este trabajo fue escrito para ser presentado en una “Reunión sobre la Integración Latinoamericana” convocada por el Presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, y celebrada en diciembre de ese año en la Academia Nacional de la Historia, en Caracas. Fue publicado en su primera versión en 1980 por el Comité Ejecutivo del Bicentenario de Simón Bolívar en el libro *América Latina: Hacia la Integración*, Caracas, págs. 235-246. La versión ampliada que se publica en este volumen fue preparada a petición de la Fundación Friedrich Ebert, en Santo Domingo, en diciembre de 1985.

2. Una Historia de la Población Dominicana 29

Este estudio fue preparado para el “Seminario sobre Problemas de Población en la República Dominicana”, realizado por la Universidad Autónoma de Santo Domingo y el Consejo Nacional de Población y Familia durante los días 13 al 19 de enero de 1975. Su título original fue “Nuevas Consideraciones sobre la Historia de la Población Dominicana: Curvas, Tasas y Problemas”. Fue recogido por la revista *EME-EME Es-*



tudios Dominicanos, Vol. III, No. 15 (noviembre-diciembre 1974), págs. 3-28. Fue publicado también por la Universidad Autónoma de Santo Domingo, *Seminario de Problemas de Población en la República Dominicana*, Santo Domingo, 1975, págs. 37-63.

3. Una Historia de la Iglesia Dominicana 53

Preparado para la “Primera Reunión de la Comisión de Estudios de Historia de la Iglesia de América Latina (CEHILA)”, celebrada en Quito, Ecuador, entre los días 3 al 10 de enero de 1973. Publicado inicialmente como “Notas para una Historia de la Iglesia en Santo Domingo”, *EME-EME Estudios Dominicanos*, Vol. I, No. 6 (mayo-junio 1973), págs. 3-18. Publicado en España más tarde con su título original “Periodificación de la Historia de la Iglesia en Santo Domingo”, *Para Una Historia de la Iglesia en la América Latina*. Editorial Nova Terra, Barcelona, 1975, págs. 111-125.

4. Una Historia de La Vega 69

Discurso Inaugural del “Seminario acerca de la Restauración y Puesta en Valor de las Ciudades Sánchez y La Vega”, organizado por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS), celebrado en La Vega entre los días 5 y 8 de octubre de 1978. Esta versión ampliada sirvió de presentación al libro *La Concepción de La Vega*, de Mario Concepción, celebrada en el Museo Nacional de Historia y Geografía, el 4 de agosto de 1982.

5. La Primera Abolición de la Esclavitud en Santo Domingo 87

Este estudio fue presentado en el “Seminario Internacional sobre la Abolición de la Esclavitud en las Antillas”, organizado por la Universidad de Puerto Rico, en Río Piedras, Puerto Rico, en mayo de 1974. Publicado inicialmente en *La Torre. Revista General de la Universidad de Puerto Rico*. Año XXI, No. 81-82 (julio-diciembre 1973), págs. 229-255. Publicado también en



EME-EME Estudios Dominicanos, Vol. III, No. 13 (julio-agosto 1974), págs. 3-25.

6. España y Santo Domingo en el Siglo XIX 111

Discurso pronunciado en la “Eleventh Annual Meeting of the Society for Spanish and Portuguese Historical Studies”, celebrada en The Hispanic Institute, New York, el 13 de abril de 1980.

7. Haití y la República Dominicana: Otra Historia 127

Transcripción de la cinta magnetofónica de la Conferencia Pública pronunciada en el Instituto Francais, en Puerto Príncipe, Haití, el día 3 de abril de 1979.

**SEGUNDA PARTE:
LA SOCIEDAD REPUBLICANA**

8. La Economía Dominicana en la Primera República . . . 147

Cátedra pronunciada en el curso sobre “La Sociedad Dominicana en la Primera República”, organizado por el Departamento de Historia y Antropología de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, el 10 de septiembre de 1976. Publicado inicialmente con su título original en “Datos sobre la Economía Dominicana durante la Primera República”, *EME-EME Estudios Dominicanos*, Vol. IV, No. 24 (mayo-junio 1976), págs. 21-44. Recogida más tarde con el mismo título por Tirso Mejía-Ricart (ed.), *La Sociedad Dominicana Durante la Primera República 1844-1861 (Curso Monográfico)*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1977, págs. 13-40.

9. Las Luchas Constitucionales Dominicanas en el Siglo XIX. . 171

Discurso de Orden pronunciado el día 6 de noviembre de 1977 en el Palacio de la Gobernación de San



Cristóbal, con motivo del Día de la Constitución. Publicado inicialmente como “Acerca de las Luchas Constitucionales Dominicanas en el Siglo XIX”, *EME-EME Estudios Dominicanos*, Vol. V, No. 30 (mayo-junio 1977), págs. 3-15.

10. La Economía Dominicana y el Partido Azul 185

Publicado en la revista *EME-EME Estudios Dominicanos*, Vol. V, No. 28 (enero-febrero 1977), págs. 3-12. Recogido como el Capítulo XXXI de Frank Moya Pons, *Manual de Historia Dominicana*. Santo Domingo, Academia Dominicana de la Historia, 1977, págs. 403-412.

11. Caudillismo y Burocracia 191

Este ensayo fue escrito a petición del periodista Bienvenido Alvarez Vega, quien pidió al autor, en mayo de 1982, unas “Notas sobre el Caudillismo Dominicano”. Esta nueva versión fue presentada en la “Reunión Organizativa del Congreso Sociedad, Democracia y Administración Pública”, celebrada en el Instituto Nacional de Administración Pública (INAP), Alcalá de Henares, España, durante los días 29 y 30 de noviembre y 1 de diciembre de 1983.

12. Sobre la Oligarquía Dominicana 199

Notas preparadas también para el periodista Bienvenido Alvarez Vega en febrero de 1981.

**TERCERA PARTE:
LA MODERNIZACION Y LAS IDEAS**

13. Modernización, Industrialización y Cambios en el Siglo XX 207

Conferencia dictada en el Museo del Hombre Dominicano, el 27 de marzo de 1980, dentro del ciclo “Raíces de la Cultura Dominicana” con el título “Modernización



y Cambios en la República Dominicana en el Siglo XX”. Una nueva versión con énfasis en la industrialización fue leída como discurso inaugural del Seminario “ANJE 1980, Desarrollo Industrial en la República Dominicana”, a petición de sus organizadores, el día 10 de julio de 1980. La primera versión fue publicada por el Museo del Hombre Dominicano, *Ensayos de Cultura Dominicana*, Santo Domingo, 1981, págs. 211-245. La segunda fue recogida por la Asociación Nacional de Jóvenes Empresarios, Inc., *La Política Económica en la República Dominicana*, Santo Domingo, págs. 95-132. La presente versión reúne ambas presentaciones.

14. Etnicidad, Identidad Nacional y Migración 235

Este trabajo combina dos conferencias dictadas en dos universidades de los Estados Unidos. La primera parte fue presentada en el “Seminar on Caribbean Identity and Migration” organizado por el Centro de Estudios del Caribe de la Universidad de la Florida, en Gainesville, Florida, el 11 de octubre de 1981. Fue publicada luego en el No. 1 de los *Ocassional Papers* del Center for Latin American Studies, University of Florida, Gainesville, 1982. A resultas de este hecho, el autor fue invitado por el Departamento de Antropología de la Universidad de Michigan, en Ann Arbor, Michigan, el 19 de mayo de 1983, para ofrecer una nueva interpretación acerca de los cambios en la etnicidad dominicana como consecuencia de la emigración a los Estados Unidos. Esta interpretación constituye la segunda parte del trabajo.

15. Los Historiadores y la Percepción de la Nacionalidad . . . 253

Discurso de Orden pronunciado el día 27 de septiembre de 1975 en el acto de graduación celebrado por el Instituto de Estudios Superiores. Una versión resumida titulada “Notas sobre la Historiografía Dominicana” fue presentada luego por el autor en la “Reunión Técnica de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia”, celebrada en la Academia Nacional



de la Historia, en Caracas, Venezuela, del 2 al 7 de junio de 1980. El discurso original fue publicado por el Instituto de Estudios Superiores en 1976 con el título *Historia Dominicana, Historiadores y Percepción de la Dominicanidad*.

16. Intercambio Cultural y Desarrollo 265

Conferencia dictada en el Instituto Cultural Domínico-Americano, de Santo Domingo, el 27 de julio de 1978.

17. El Nuevo Liderazgo Institucional 279

Conferencia pronunciada en el Club de Ejecutivos, de Santo Domingo, el 13 de marzo de 1981.

18. Una Historia Reciente de la Educación Superior 289

Conferencia pronunciada en la “Jornada de Evaluación Institucional, del Instituto Tecnológico de Santo Domingo, el 10 de noviembre de 1983. Publicada en Intec, *Jornada de Evaluación Institucional, Documentos 9*, Santo Domingo, 1984, págs. 37-52.

**CUARTA PARTE:
LA ESCENA CONTEMPORANEA**

19. Las Crisis Económicas Dominicanas en el Siglo XX 307

Discurso pronunciado en el “Almuerzo Mensual de la Cámara Americana de Comercio”, celebrado en el Hotel Lina, Santo Domingo, el 22 de febrero de 1984.

20. La Caída de Trujillo entre Dos Crisis Económicas 321

Ponencia presentada en el “Seminario sobre las Crisis Económicas Dominicanas en el Siglo XX”, organizado por el Instituto de Estudios Superiores, el 14 de diciembre de 1985, y celebrado en el Club de Ejecutivos, en Santo Domingo.



21. Las Relaciones Económicas Domínico-Americanas 335

Este artículo fue publicado originalmente en inglés en enero de 1975 con el título “Quid pro quo: Dominican American Economic Relations 1966-1974” en la revista *SAIS REVIEW* que se edita en la School for Advanced International Relations de la Universidad de Johns Hopkins, en Washington, D.C. Fue luego publicado en español en la revista *Renovación*, No. 273, del 24 de junio de 1975.

22. La Sociedad Dominicana Contemporánea 347

Discurso de orden pronunciado en el “Tercer Encuentro Anual de la Asociación de Egresados de UNAPEC”, celebrado en el Hotel Lina, Santo Domingo, el 13 de diciembre de 1984. Este discurso es una versión pública de la transcripción de la cinta magnetofónica de la conferencia privada dictada en el Encuentro de Evaluación Institucional del Consejo de Directores de la Asociación Pro-Educación y Cultura (APEC), en La Romana, el día 9 de febrero de 1984.

23. Raíces del Problema Dominicano 365

Discurso pronunciado en el “Almuerzo Mensual de la Cámara Americana de Comercio”, celebrado en el Hotel Lina, Santo Domingo, el 27 de octubre de 1982.

24. El Futuro Dominicano 379

Conferencia dictada en el “Primer Encuentro de Jóvenes Sobresalientes de la República Dominicana, El Reto de los 80”, organizado por Jayces’72, Inc., en el Hotel Santo Domingo, el 27 de agosto de 1980.





Este libro se terminó de imprimir
el día 3 de Abril de 1986
en los Talleres de
EDITORA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A, Esq. Central, Zona Ind. de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

